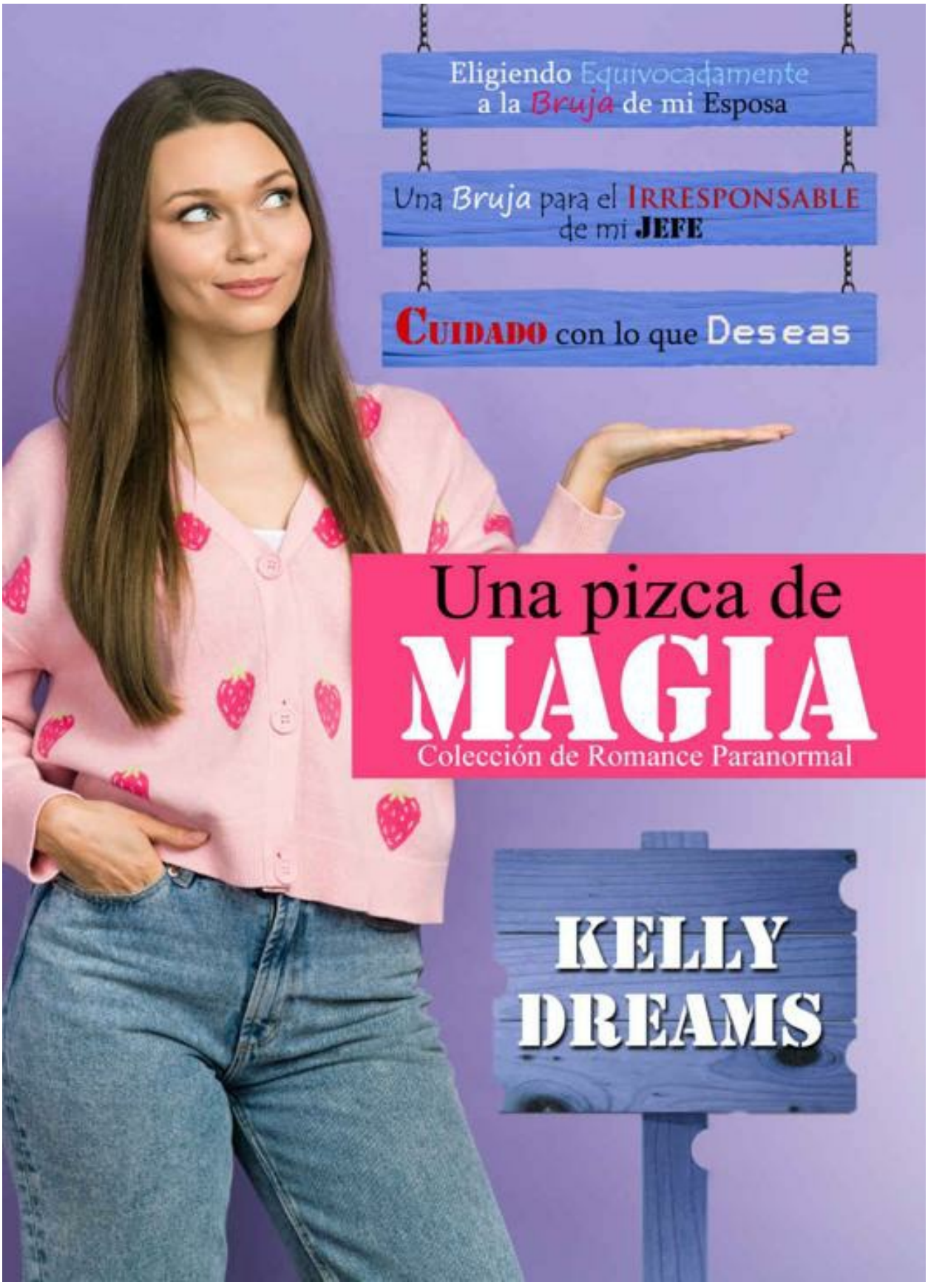
Eligiendo Equivocadamente
a la Bruja de mi Esposa
Una Bruja para el IRRESPONSABLE
de mi JEFE
CUIDADO con lo que Deseas
Una pizca de
MAGIA
Colección de Romance Paranormal
KELLY
DREAMS


Eligiendo Equivocadamente
a la Bruja de mi Esposa
Una Bruja para el IRRESPONSABLE
de mi JEFE
CUIDADO con lo que Deseas
Una pizca de
MAGIA
Colección de Romance Paranormal
KELLY
DREAMS

UNA PIZCA DE MAGIA

Colección de Romance Paranormal

Incluye:
Eligiendo equivocadamente a la bruja de mi esposa
Una bruja para el irresponsable de mi jefe
Cuidado con lo que deseas

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

UNA PIZCA DE MAGIA
Colección de Romance Paranormal
Incluye:
Eligiendo equivocadamente a la bruja de mi esposa
Una bruja para el irresponsable de mi jefe
Cuidado con lo que deseas
© edición 2024
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A mis ***Facebookeras,***
Gracias por acompañarme en cada aventura y estar ahí para mí.

Kelly Dreams

ARGUMENTO

La colección de romance paranormal incluye tres novelas de corte romántico y sobrenatural. Magia, romance, erotismo, malos entendidos y mucha diversión te esperan entre sus páginas.

ÍNDICE GENERAL

COPYRIGHT

ARGUMENTO

ÍNDICE GENERAL

ELIGIENDO EQUIVOCADAMENTE A LA BRUJA DE MI ESPOSA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
EPÍLOGO
FIN
UNA BRUJA PARA EL IRRESPONSABLE DE MI JEFE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
EPÍLOGO
CUIDADO CON LO QUE DESEAS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

Eligiendo equivocadamente a la bruja de mi esposa

ELIGIENDO EQUIVOCADAMENTE A LA BRUJA DE MI ESPOSA

Si **Blaire Matheson** hubiese sabido lo que le esperaba al volver a casa, se habría quedado en Seattle. Estaba decidida a poner distancia con su más reciente pasado y cumplir con su deber para con el Servicio de la Familia. Un año, todo lo que tenía que hacer era pasar los próximos trescientos sesenta y cinco días en Blair Manor, pero apenas habían pasado dos meses cuando el *Alto Hechicero* de la casa lo complicó todo.

Iver Bryson estaba al límite. Como *Alto Hechicero* de Bryson debía elegir lo antes posible una esposa a fin de equilibrar su creciente poder. Contaba con las candidatas adecuadas, solo debía elegir una y unirse a ella, una tarea sencilla que acabaría por convertirse en una enorme metedura de pata al echar a suertes su futuro y obtener a la mujer equivocada. Blaire no pertenecía al aquelarre, no tenía ni una pizca de magia, pero en el fondo de su corazón sabía que no había podido hacer mejor elección.

Lo que comenzó como una absurda equivocación, estaba a punto de convertirse en la más loca, absurda y especial de las elecciones.

CAPÍTULO 1

Iver Bryson era un hombre capaz de poner de rodillas a una mujer, hacerla suspirar de placer y también de matarla de un susto. Blaire no podía dejar de mirarle entre sorprendida y anonadada mientras lo veía dejar caer el dedo con el que la había apuntado y lo escuchaba decir:

—Te tocó.

Un escalofrío le bajó por la columna mientras miraba a su alrededor y veía las caras de consternación en las mujeres presentes y en el hombre que había entrado tras él tan solo unos minutos antes.

—¿Qué estáis haciendo, *milord*? —Consiguió que las palabras le atravesaran la garganta y emergieran de su boca.

—Lo que se espera de mí —replicó sin mirarla siquiera.

No lo había hecho. En realidad no miró a nadie durante demasiado tiempo, se limitó a entrar como una tromba en el salón y detenerse delante del grupo de cuatro mujeres que, hasta ese mismo instante, habían disfrutado de los bocadillos y el té que ella misma les servía.

Había vuelto a instalarse en *Braid Manor* tras diecisiete años viviendo fuera de sus muros, lejos de su influencia y de los recuerdos que le evocaba ese lugar. Iba a ser algo temporal. Se lo había repetido innumerables veces durante los últimos dos meses, cumpliría con su deber para con la familia Bryson y volvería a marcharse.

Al contrario que su tía o incluso su madre, quienes habían dedicado toda su vida a cumplir con la sagrada misión atada a su sangre, ella no tenía la más mínima intención de hacerles de niñera a los descendientes de lord Bryson. Si el último año las cosas no se hubiesen ido al garete de la manera en que lo hicieron, seguiría en Seattle encargándose de sus cosas, disfrutando de su trabajo y, en definitiva, de la vida que había elegido para sí misma. Pero todo lo que podía salir mal, había salido mal y aquí estaba de nuevo, en su Escocia natal, en la casa en la que se había criado y envuelta de nuevo por los secretos que custodiaban los Truly y los Matheson desde hacía cientos de años; la existencia de brujas, hechiceros y la magia primigenia.

Su tía Eleanor la había puesto al corriente de cómo estaban las cosas por la mansión al poco tiempo de llegar; el actual *Alto Hechicero* estaba en proceso de elegir esposa.

No había vuelto a ver a Iver desde que era una cría, pero el recuerdo que tenía del hombre doce años mayor que ella, distaba mucho del frío y distante hechicero con el que se había encontrado a su regreso. Sus ojos, los cuales siempre habían sido de un cálido cielo de verano, ahora eran tan duros y oscuros como el zafiro, una señal inequívoca de que había superado el límite; aquel por el que un Alto Hechicero se vería obligado a elegir una bruja con la que compartir el poder que portaba a fin de no destruirse a sí mismo y caer en la locura.

Esas últimas semanas habían sido un completo hervidero de chismes en la cocina, de visitas inesperadas que terminaban con el *Primario* del *Alto Hechicero* encerrado con ellas en la biblioteca o en despacho de la primera planta. James Avery era como el ama de llaves, el mayordomo y asistente personal de lord Bryson, un todo en uno que gestionaba con precisión milimétrica la enorme mansión victoriana que la familia poseía en Braid, a las afueras de Edimburgo. El tipo siempre había estado al lado del hijo de los señores de *Braid Manor*. Por lo que podía recordar de su adolescencia en la mansión, siempre había tenido ese aire británico y solía vestir con elegancia y seriedad.

Él era el responsable del *afternoon tea* al que llevaba atendiendo buena parte de la tarde. Una excusa perfecta para reunir a cuatro *hijas del aquelarre*; brujas solteras, de familias importantes o adineradas, que venían con la esperanza de ser las elegidas para contraer matrimonio con el hechicero de los Bryson.

No podía decir que hubiese alguna que destacase por encima de las demás. En el tiempo que les sirvió el té y les trajo varios pastelitos y sándwiches, las mujeres se comportaron con corrección y amabilidad, ignorando su presencia la mayor parte del tiempo mientras cuchicheaban entre ellas. El tema de conversación parecía girar en torno al hombre por el que estaban allí y lo que esperaban si eran elegidas.

Blaire acababa de dejar una última bandeja sobre la mesa auxiliar cuando se abrió la puerta y él atravesó el umbral como un general listo a entrar en el campo de batalla. Sus ojos recorrieron la estancia sin mucho entusiasmo, su color era tan oscuro que no había rastro del suave azul que recordaba ver en ellos.

Y entonces, sin venir a cuento, levantó el dedo índice y se puso a murmurar alguna cosa mientras apuntaba a cada una de las mujeres presentes, ella incluida, durante un par de rondas. Al final de la última, su dedo y sus palabras terminaron sobre ella con ese *«te tocó»*.

Esos ojos oscuros ni siquiera la miraron a la cara, pero no es que hiciera falta a juzgar por la determinación con la que acortó la distancia entre ambos y le cogió la mano sin previo aviso.

Los jadeos fueron lo bastante audibles como para que cualquiera los notase, pero él parecía tener otras cosas en mente, ya que ignoró incluso el murmullo de su primario al tiempo que introducía los dedos entre los suyos, creando una íntima y caliente conexión entre ambos.

—Oh, Dios…

—¿Ella?

—Pero si no es…

—¿Es una broma?

Los murmullos estrangulados se perdieron en sus oídos en el mismo instante en que sintió un calor contra su palma. Bajó la mirada para encontrar la mano masculina apretada con fuerza contra la suya y notar a continuación un creciente cosquilleo; no sabía si se debía a la falta de riego por la fuerza con la que la apretaba o a algo muy distinto.

—Aquí y ahora —le escuchó murmurar. Levantó la cabeza, pero sus ojos estaban ocultos por unas espesas pestañas oscuras. Tenía el pelo revuelto, algo más largo de lo que recordaba y olía a fresco, como a bosque después de un día de lluvia—. Desde este momento hasta la eternidad.

Un ligero temblor la sacudió en el mismo instante en que fue consciente de lo que significaban esas palabras, así como del creciente calor que nacía entre sus manos y se filtraba a través de sus dedos, atravesándola por completo, como si algo se hubiese colado en sus venas y le subiese por los brazos.

—Mi vida será tu vida, mi fuerza será tu fuerza, mi don será tu don —continuó él y con cada nueva palabra que pronunciaba, sentía que se deshacía por dentro, que algo la recorría como un río de lava, dejando tras de sí una ola de frío que le arrancaba cualquier posible respuesta. Intentó arrancar la mano de la de él, pero no pudo—. Te acepto y te recibo para que nuestros caminos se conviertan en uno.

Un relámpago de dolor le atravesó la base del dedo anular y al bajar de nuevo la mirada hacia él vio una intrincada banda oscura que antes no había estado ahí, la misma que también emergía de la piel alrededor de la base del suyo.

—Está hecho. —Sus dedos se desenlazaron por fin, las bandas gemelas presentes en cada uno de los dedos anulares de sus manos derechas.

—¿Qué…? ¿Qué has hecho? —Solo pudo jadear sintiendo como las piernas le flaqueaban ante la dimensión de lo que acababa de pasar.

Él no respondió, le soltó completamente la mano, miró la suya y sin un solo gesto o comentario más, giró sobre los talones y abandonó la habitación con la misma decisión con la que había entrado.

—No… No puede ser…

—¿Lo ha hecho?

—Eso parece.

—Estoy atónita.

Las voces empezaron a elevarse a su espalda haciendo que se volviese a mirarlas. Un nuevo escalofrío le recorrió la espalda, pero no era nada comparado con la sensación que ahora la

embargaba, con el ruido que le inundaba los oídos apagando todo a su alrededor. Sus ojos se cruzaron entonces con los del primario de lord Bryson y ambos compartieron un momento de completo estupor.

—¿Qué…? —Intentó que saliese alguna palabra de su garganta, pero lo que obtuvo fue un graznido.

—Está loco… —Mencionó James recorriéndola ahora de la cabeza a los pies, sacudiendo la cabeza en el proceso—. ¿Qué demonios ha hecho?

—Diría que está muy claro… —aseguró una de las cuatro chicas levantándose de su sillón para acercarse a ella y mirarla casi como si fuese un espécimen de lo más raro—. El *Alto Hechicero* de los Bryson ha elegido a su nueva esposa.

—Esto es absurdo —chasqueó otra de las mujeres, que ya recogía su bolso y se lo llevaba debajo del brazo—. Se ha reído de todas en nuestras caras.

—¿Ha echado a suertes a ver con cuál se quedaba? —preguntó la tercera, una bonita pelirroja que llevaba un elegante traje de chaqueta y pantalón—. Eso es lo que ha hecho, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—Increíble. —Se rio la pelirroja. Entonces sacudió la cabeza y la miró—. Suerte con tu nueva tarea, bonita. Te hará falta para tratar con ese hombre.

—¿Y qué le digo yo ahora a mi padre? —preguntó la primera que se había levantado. Una rubia despampanante vestida de blanco—. ¿El *Alto Hechicero* decidió echar a suertes quién sería su nueva esposa y la elegida fue la sirvienta? No te ofendas, querida, no es personal…

—No es una sirvienta, ya no. —La señaló una de ellas, haciendo un gesto con la mano en dirección a la nueva marca sobre su piel—. Es la señora de la casa.

Locas. Estaban todas locas. Ella no era la esposa de Iver, no era una hija del aquelarre, podía pertenecer a la rama familiar que custodiaba a la familia, pero nada más, no tenía nada que ver con esa gente y su poder. ¿Su esposa? ¡Ni de broma!

—Loco… Se ha vuelto loco. —El exabrupto de James la hizo dar un respingo. Se giró hacia él y lo vio señalándola con un gesto de la mano—. No te muevas de aquí, Blaire. Hablaré con él. Esto no tenía que pasar. Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado. Lo solucionaremos.

Un nuevo escalofrío le bajó por la espalda y la garganta se le resecó hasta parecerse demasiado a una lija.

¿Solucionarlo? ¿Cómo? Esto no tenía jodido arreglo, se dijo bajando una vez más los ojos sobre su mano para ver el aro que rodeaba el dedo anular, no había forma de arreglar lo que acababa de pasar.

No se lo pensó dos veces, giró sobre los tacones de sus botas y salió del salón como si la persiguiese el mismísimo diablo.

—¡Blaire!

Ignoró la llamada de James, sus oídos se cerraron a cualquier sonido que no fuese el de su propio corazón latiéndole en los oídos y el de un torrente que nunca antes había sentido, uno que ahora corría con la misma velocidad que el miedo por sus venas.

Su esposa. No. Imposible. Ella no podía ser la esposa de un Alto Hechicero. Cualquier cosa menos eso.

by Kely

CAPÍTULO 2

—¡Has perdido la cabeza por completo!

Iver levantó la cabeza del libro que había cogido de la estantería y se encontró con los ojos marrones de su *primario*. Le sorprendía que James no hubiese aparecido antes, sin duda estaría intentando procesar todavía lo sucedido en el salón.

—No lo creo —replicó dejando el libro sobre la mesilla auxiliar pegada a su sillón—. Mi salud mental sigue siendo la misma de la que gozaba ayer.

—¡La has elegido al azar! —No se molestó en bajar el tono mientras atravesaba a zancadas la habitación—. ¡Si eso no es locura, no sé qué narices es!

—Es practicidad —repuso encogiéndose de hombros—. Dijiste que eligiese una esposa y eso fue lo que hice. Ya está. Se terminó el drama.

—No se trata tan solo de elegir esposa, sino de encontrar una compañera afín, una bruja a tu altura. ¿Y qué hiciste? ¡Empezaste a echar a suertes a las candidatas!

—Y la suerte quiso que la afortunada fuese una… pelirroja.

—¡Es morena! —clamó levantando las manos para enfatizar su corrección.

—Lo que sea.

—¡Y ni siquiera era una candidata!

—Me dijiste que las elegidas del aquelarre esperaban en el salón. —Frunció el ceño mientras recordaba las palabras exactas—. Y fui al salón.

—Oh. Fuiste al salón, sí. Entraste en la habitación como una tromba, ignoraste a todo el mundo y te pusiste a rifar entre ellas hasta que dijiste, cito textualmente, «te tocó» —exclamó hecho un basilisco—. Apenas empezaba a recuperarme de la conmoción de semejante selección cuando veo que reclamas a esa mujer como tu nueva esposa.

Sí. Sin duda esa era una descripción fiel a los hechos, unos que se habían producido de la forma en la que su mano derecha y buen amigo, James Avery, acababa de relatar.

El *primario* llevaba el último mes recordándole sus deberes, insistiendo en que había llegado el momento de elegir una compañera acorde a su posición, la bruja necesaria para aplacar su poder y compartir su responsabilidad.

Como uno de los *Altos Hechiceros* estaba destinado desde su nacimiento a portar un considerable poder mágico, uno que iba expandiéndose y creciendo hasta llegar al punto de ser

peligroso. Se había convertido en una medida de seguridad, así como en una tradición, el elegir esposa en el momento en que sus ojos, azules de nacimiento, empezaban a tornarse oscuros; la señal de que había alcanzado el límite y que debía elegir a alguien del sexo opuesto para equilibrarlo. Las candidatas solían ser mujeres de su propio gremio, poseedoras de un conocimiento ancestral que contribuiría a enriquecer a su propia línea de sangre y al mismo tiempo, las compañeras perfectas para compartir sus dones; todas excepto una, al parecer.

—Si no era candidata, ¿qué hacía allí?

—¿Me estás vacilando? ¿A ti que te parece que podría hacer? ¡Lo que le corresponde como miembro del *Servicio de la Familia*! —El chillido que emitió lo llevó a encogerse y sacudir la cabeza—. ¡Atender esta maldita casa!

El servicio de la familia se remontaba a la existencia del primer *Alto Hechicero*.

Generación tras generación, humanos carentes de magia servían a una familia concreta y protegían su secreto frente a una sociedad que no estaba preparada para afrontar la existencia del poder mágico como algo más que un juego de cartas o las ilusiones creadas por un mago de salón. La magia existía y era real. Su poder era inmenso, indefinido y en ocasiones salvaje, lo suficiente como para que debiese mantenerse en la más estricta clandestinidad y fuera del alcance de aquellos que podrían querer usarlo para propósitos egoístas o peligrosos.

Ese legado solía pasar de padres a hijos, de hermanos a hermanas, aunque no siempre todos decidían continuar con la tradición. Había quienes convivían con los hechiceros toda su vida y quienes simplemente se comprometían durante el periodo de un año y después seguían su propio camino.

Iver repasó mentalmente cada uno de los miembros que servían actualmente en su familia. Eleanor había estado con él desde incluso antes que naciera. Ella y su esposo, Harold Truly, eran los actuales guardianes de la casa Bryson. Kieran era su hijo mayor. Había sido su compañero de juegos, su hermano en muchos aspectos y seguía siéndolo aun cuando decidió seguir su propio camino lejos de su Escocia natal. Y también estaba Agatha Matheson, la hermana de Eleanor. Quien se había mudado junto con su hija Blaire a *Braid Manor* después del fallecimiento de su marido.

—*Blaire*. —Tan pronto como pronunció su nombre le vino a la mente una jovencita desgarbada con la cara llena de pecas y una indomable melena negra que parecía no haber conocido el cepillo en toda su vida—. No es posible. Blaire… es una chiquilla…

Al menos, eso había sido la última vez que la vio. Una joven adolescente con unos enormes y enternecedores ojos verdes. Había sido enviada al extranjero para continuar con sus estudios y no había vuelto a verla desde entonces. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Y cuándo había vuelto?

—No me cabe duda de que Blaire Matheson fue una adolescente en algún momento de su

vida, ¡pero ahora es una mujer de treinta y dos años a la que has otorgado el apellido Bryson!

¿La desgarbada criatura que recordaba estaba ya en la treintena? ¡Jesús!

Arrugó la nariz e intentó replicar en su mente la escena que había protagonizado, un momento trascendental al que no había dado importancia alguna y del que empezaban a surgir muchos más problemas de los que vaticinó en su momento.

No estaba interesado en el matrimonio, no de la manera en que lo haría cualquier persona común y corriente. Su padre había elegido a su madre como soporte, alguien con quién compartir su poder y evitar así que se desbordara. La relación entre ambos había sido cordial, amistosa, se profesaban cariño, después de todo lo habían concebido a él, pero no era un secreto para nadie que ambos no se amaban. De hecho, habían elegido otras parejas a las que entregar su corazón.

«Respeto a tu madre. No podría haber encontrado una compañera de viaje mejor. Me ha hecho el regalo más grande, tú, pero no he podido amarla como se merecía. Mi corazón le pertenece a Caite y sé que el de tu madre también pertenece a otro». Recordaba las palabras de su padre y la sinceridad con la que las había pronunciado. Ambos hablaban con naturalidad sobre su relación, admitiendo que estaban juntos porque ese era su destino, pero no porque se hubiesen enamorado.

«Hay muchas formas de amar, Iver, sea cual sea la que encuentres en tu camino, respeta siempre a tu esposa. Ella será la que te sostenga y te dé lo más preciado, aun si tu corazón termine perteneciéndole a alguien más».

Respeto. Afecto. Una unión provechosa. Eso era lo que tenía en mente a la hora de elegir a la mujer que llevaría su apellido. Sabía que cualquiera de las candidatas elegidas sería adecuada en ese sentido, todas ellas se habían preparado para este momento desde su infancia; toda bruja lo hacía. Después solo tendría que conocerla, establecer unas cuantas normas que beneficiaran a ambos y seguir adelante con su vida.

El problema era que no había tomado por esposa a una de las candidatas. No había elegido a una bruja, sino a una mujer que no tenía la menor idea de lo que significaba heredar su caudal de poder.

«¿Qué estáis haciendo, milord?».

«Lo que se espera de mí».

Ni siquiera se había molestado en mirarla a los ojos, no tenía interés en la mujer cuya mano apretaba entre las suyas mientras pronunciaba las palabras que los unirían, por lo que tampoco le dio demasiada importancia a sus palabras o al tono aterrado que ahora recordaba en ellas.

Vaya, vaya.

Si eso no era una enorme metedura de pata, no sabía que podía serlo.

Había convertido a la joven Blaire Matheson, no solo en su esposa, sino también en bruja.

—Me parece que se ha producido un pequeño error de cálculo —admitió en voz alta.

—¿Pequeño? ¿En serio? ¿Crees que *esto* es un pequeño error de cálculo? —Se exasperó James con su habitual inclinación teatral—. Esa chica no pertenece al aquelarre, pedazo de alcornoque. ¡No es una hija del aquelarre!

—Pero sí es elegible —respondió bajando la mirada sobre la mano derecha. El dedo anular tenía ahora un intrincado tatuaje alrededor de la base, uno idéntico al que había aparecido en su contraparte femenina—. Si no lo fuese, esto no estaría ahora en mi dedo… —*Y en el de ella*, se dijo recordando ese pequeño detalle en particular. Si la mujer no hubiese sido apta, el lazo nunca se habría manifestado. El anillo tatuado que lucía alrededor del dedo era un indicio físico de que el matrimonio estaba sellado, pero la fluidez que ahora sentía corriendo por sus venas y la ausencia del creciente peso que había experimentado los últimos meses sobre su pecho era la garantía de que su recién adquirida esposa era adecuada a su papel—. Puede que no se trate de una de las hijas presentadas por el aquelarre, pero tampoco había garantías de que alguna de ellas fuese compatible conmigo —admitió en voz alta—. Podría haber sido peor.

—¿Peor? —La expresión de incredulidad en su rostro fue casi cómica, por lo que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír cuando su compañero continuó con gesto afectado—. Sí, claro. Podría ser peor. Podría pasar que tu reciente esposa, una sierva de la familia y ajena al coven, a la que te has unido de manera irreflexiva, ahora comparta tus dones. Que esa ignorante bruja recién nacida no tenga la menor idea que hacer con lo que ahora corre por sus venas. Más aun, podría ser catastrófico… Tanto como el hecho de que una hija del servicio de familia, ahora convertida en bruja, esté decidida a dejar a su flamante marido a los pocos minutos de su emparejamiento y poner pies en polvorosa.

—No puede estar pensando en marcharse. —Aquello sí que no se lo esperaba.

—Acaso te sorprende.

Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Vaya. Qué interesante.

—¿Interesante? —James dejó escapar tal jadeo de consternación que no le sorprendería si lo próximo que hacía era desmayarse ahí mismo. Su primario era muy dado al drama—. ¡Esa bruja inexperta es ahora parte de la familia Bryson! Eso no es interesante, es una calamidad.

—Vamos, vamos. —Abandonó su asiento para reunirse con él. Si seguía subiéndole la presión de esa manera acabaría explotando como un géiser y sabía muy bien lo que eso traería además consigo—. A menos que hayan cambiado las normas en los últimos quinientos años, las alianzas sirven para eso, añadir nuevos miembros a una familia a través del matrimonio con el fin de perpetuarnos, ya sabes.

—*Una bruja*, solo tenías que elegir a una bruja del aquelarre y desposarla —clamó el hombre frente a él agitando las manos como si de esa manera pudiese hacerle comprender su gravedad—. Tenías cuatro candidatas disponibles, chicas de buena familia, educadas, elegantes y

nacidas en el coven. ¿Por qué, oh, señor, lo echaste a suertes? ¿Y por qué la incluiste a *ella* en el lote?

—Di por hecho que toda mujer presente sería una candidata elegible —admitió con sencillez—. Si no lo era, no debería haber estado allí.

—Blaire es parte del servicio de tu casa, pedazo mendrugo. Lleva dos meses en la mansión, ha comenzado su anualidad.

—No lo sabía —admitió y chasqueó la lengua. Ni siquiera se había enterado que había vuelto—. La última vez que la vi era una jovencita…

—Pues ya no lo es.

—Algo de lo que me estoy dando cuenta, ya que es mi esposa.

—Al menos te das cuenta de algo —rezongó James resbalando las manos ahora sobre el impoluto chaleco que llevaba encima de una camisa oscura—. Bien. Lo hecho, hecho está. Este desastre no puede deshacerse, así que solo nos queda enfrentarnos a ello y esperar que con el tiempo las cosas se asienten y la familia Bryson no acabe hundiéndose en la miseria.

—Y su segundo nombre era *Dramatismo*.

—Alguien tiene que ponerse en lo peor ya que a ti parece darte todo exactamente igual —lo acusó su amigo. Iver optó por la sensatez de permanecer en silencio—. Prepárate. Tú has iniciado esto y tú vas a arreglarlo. Lo primero es lo primero. Ve a buscar a tu esposa.

Dejó escapar un ligero resoplido.

—Tranquilízate, ella sigue en la mansión —le aseguró. Podía sentir su presencia como si se tratase de otra parte de sí mismo presente en otra habitación.

—Seguro que no por mucho tiempo —replicó con absoluto sarcasmo.

—Hoy no estás del mejor de los humores, James.

—¿Puedes culparme por ello?

No, no podía.

—Supongo que…

—¡Iver Gideon Bryson! —Ambos hombres se giraron al escuchar la voz de la matrona de la casa, quién entraba en la biblioteca como una tromba—. Espero que tengas una explicación para esto.

—Si la tiene será un milagro… —mencionó James en un susurro, haciéndose a un lado para dejar que la mujer se encontrase con su señor.

Él lo fulminó con la mirada antes de volverse hacia Eleanor, quién era como una segunda madre para el hechicero.

—¿Y bien? —exigió clavándole el dedo en el pecho—. ¿Qué le has hecho a mi sobrina?

Sonrió ligeramente al tiempo que levantaba la mano derecha y señalaba con el índice de su mano izquierda la marca del nuevo anillo.

—Creo que me he casado con ella.

CAPÍTULO 3

—Esto tiene que ser cosa del jodido karma. —Blaire dejó la maleta sobre la cama y atravesó la habitación para abrir las puertas del armario y coger la ropa que estaba colgada. No se molestó ni en quitarla de las perchas, lo lanzó todo dentro de la maleta mientras repetía la operación abriendo y cerrando cajones—. ¿Cómo lo explicas sino? Vuelvo aquí para huir de aquello y, ¿cómo acabo? —Se miró la mano y no pudo evitar empezar a frotarse de nuevo el dedo contra el pantalón vaquero. Casi esperaba que la tinta de aquel sobrenatural tatuaje se borrase en el proceso—. Acabo de mierda hasta el cuello.

Dejó caer la mano con un frustrado gemido y se sentó en el borde del colchón. Se pasó los dedos por el pelo, retirándoselo de la cara mientras observaba su propio reflejo al otro lado de la habitación. El espejo de la cómoda era pequeño, pero suficiente para que viese lo desesperada que estaba.

Tenía el rostro totalmente enrojecido y los ojos tan brillantes que era un milagro que las lágrimas no hubiesen caído todavía.

—¿Por qué, de entre todas las mujeres disponibles sobre la faz de la tierra, tenía que elegirme a mí? —Le preguntó a su propio reflejo—. ¡Yo no soy bruja!

Tan pronto como esas palabras emergieron de su boca, sintió un cosquilleo recorriéndole la piel y acto seguido el espejo estalló. Los pedazos de cristal salieron como un cohete en todas direcciones dándole el tiempo justo para levantar los brazos y girarse en un intento por protegerse el rostro y la cabeza de los proyectiles.

Apretó los ojos con fuerza esperando sentir el impacto y el dolor de las laceraciones. Los segundos fueron pasando sin que nada de eso ocurriera. Abrió los ojos, bajó ligeramente el brazo y jadeó al encontrarse rodeada por lo que parecía una lluvia congelada en el tiempo.

Los fragmentos se mantenían estáticos en el aire, desafiando todas las leyes de la física y lo bastante cerca de ella como para que se encontrase gateando hacia atrás y caer al suelo por el otro lado de la cama.

Se estremeció de la cabeza a los pies. Sabía que lo que estaba viendo solo obedecía a una explicación, a la clase de cosas que había vivido de niña en esa casa, sucesos que había querido olvidar, que había relegado de su memoria a fin de recuperar cierta normalidad en su vida.

—Esto es de locos —siseó recorriendo el espacio con los ojos abiertos de par en par—, de

locos.

Examinó rápidamente el dormitorio a fin de encontrar una rápida vía de escape que evitase el extraño fenómeno y se lanzó en una rápida carrera a gatas hacia la puerta de la habitación.

—Voy a matarlo. Lo haré pedacitos y luego le daré sus restos a los cerdos —mascullaba avanzando sobre las manos y rodillas—. Pero no antes de que deshaga esta cosa.

Echó mano de la manija de la puerta y suspiró aliviada cuando esta cedió, permitiéndole arrastrarse hacia el pasillo.

—¿Blaire?

La inesperada voz la hizo dar un respingo, dejó escapar un pequeño chillido y al instante le llegó el sonido de cristales rotos dentro de la habitación.

—Oh, dios… —Se dejó ir de lado, sentándose en el suelo mientras esas piernas enfundadas en un caro pantalón de vestir pasaban por su lado y abrían por completo la puerta del cuarto del que acababa de escabullirse. Estaba temblando como una hoja, el sonido todavía reverberaba en sus oídos y su mente solo era consciente de lo que había evitado—. Eso ha estado cerca.

—El espejo está hecho pedazos.

La apreciación masculina hizo que levantase la cabeza y lo viese enmarcado en el umbral.

Era él. Iver Bryson. El maldito *Alto Hechicero* de *Braid Manor*, el único culpable de que hubiese estado a punto de ser troceada por los cachitos de ese maldito espejo.

—Tu agudeza no conoce límites, *milord*.

Como si recordase que estaba allí, ladeó la cabeza para mirarla y Blaire se quedó sin respiración.

Sus ojos volvían a ser de ese tono celeste que recordaba, enmarcados por unas espesas pestañas tan oscuras como el revuelto pelo negro que le caía sobre la frente. Y la estaba mirando, al contrario que en el salón, la miraba a la cara.

—Eras una niña… —Mencionó antes de verle recorrerla como si quisiera desmentir esas palabras—. La última vez que te vi eras una desgarbada adolescente.

Sintió como se le calentaban las mejillas un segundo antes de hacer a un lado cualquier tipo de vergüenza ante sus palabras y replicar con ironía.

—Es lo que sucede con la gente normal, *milord*, suelen crecer —soltó con cierto retintín. Entonces volvió a mirar hacia el umbral de su dormitorio y no pudo evitar estremecerse una vez más.

—¿Estás herida? —La preocupación en su voz era genuina.

—Eso no debería haber pasado —Ignoró su pregunta y señaló hacia la puerta—. El espejo…

—Te he preguntado si estabas herida. —La interrumpió acuclillándose ahora frente a ella, ignorando también su apreciación—. Sería un detalle de tu parte si respondieses a mi pregunta.

Azul claro y vibrante. Sus ojos brillaban como si estuviesen espolvoreados con purpurina. Y eran lo bastante hipnotizantes como para perderse en ellos y olvidarse incluso de su propio nombre.

—¿Blaire? —Pronunció de nuevo su nombre.

—No estoy herida —consiguió centrarse lo suficiente como para responder con coherencia —. Los cristales se… —Negó con la cabeza y se comió sus propias palabras. No pensaba hablar de lo que acababa de suceder ahí dentro. Quería olvidarlo, borrarlo de su mente y que desapareciese por completo—. Lo que quiera que hayáis hecho, ya lo estáis deshaciendo. No soy como vos y…

—¿Por qué me tratas de usted?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Sois el *Alto Hechicero* de Bryson —admitió con sencillez.

—Y tú mi esposa.

Ella se atragantó con el aire al escuchar esa afirmación y acabó tosiendo.

—Un error que, estoy convencida, estáis cercano a solucionar.

Más le valía.

—Nunca fuiste tan formal conmigo en el pasado. —El comentario parecía más la reflexión a un recuerdo que la constatación de un hecho—. No hay motivo para que lo seas ahora.

No. No lo había sido. Era de las pocas personas que lo habían llamado por su nombre. Por aquel entonces había sido algo así como un hermano mayor, alguien lo bastante paciente como para dedicarle tiempo a una adolescente y entretenerla con trucos de magia. Con toda probabilidad se había sentido más cercana a él de lo que él podía sentirse cercana a ella, después de todo se trataba del cabeza de la familia Bryson, un hombre que ya a los veintisiete años tenía sobre sus hombros infinitas responsabilidades.

Pero ya quedaba muy poco de aquel en el tipo que tenía ahora ante ella. A los cuarenta y cuatro, Iver Bryson seguía siendo muy atractivo, ese aire de madurez lo hacía si cabía mucho más interesante y poseía además una sensualidad de la que, para ser honesta consigo misma, se había cuidado mucho de apreciar en el pasado.

No había ni una sola cana en ese pelo negro, aunque sí alguna arruguita en la zona de los ojos. Tenía un rostro fuerte, que hablaba de una voluntad de hierro y unos labios que se curvaban ligeramente, prometiendo todo tipo de travesuras.

Blaire se estremeció y apartó al momento de su mente todas esas apreciaciones.

Él era, en muchas maneras, su jefe, el patrón para el que llevaban toda la vida trabajando su madre y sus tíos, así que cualquier apreciación que se alejara de esa línea de pensamiento era descartable.

—Yo, por el contrario, creo que es más necesario que nunca —repuso levantando la

barbilla al decir aquello—. Después de todo, acabo de empezar mi anualidad al servicio de la familia. No soy…

Una inesperada risa interrumpió su discurso.

—Debes de ser la primera mujer en mi familia que prefiere conservar el puesto de servicio en vez de aceptar el de señora de la casa.

—No soy la señora de la casa.

—Lo eres —desmintió su afirmación al tiempo que le cogía la mano en la que había aparecido el anillo tatuado y rozaba la trama con el pulgar—. Esto lo deja muy claro.

—Esto solo demuestra las estupideces que un adulto puede cometer jugando al *«eeny, meeny, miney, mo»* para elegir algo tan serio como una esposa.

—Primera lección, querida, no discutas con tu marido.

—¿Ahora vais a darme lecciones?

—A juzgar por el estropicio del espejo, sí —admitió con sencillez—. Lo último que quiero es que salgas herida a causa del desconocimiento de nuestra magia.

—Yo no tengo magia, no soy bruja.

—Ahora lo eres —declaró y no dejó margen a réplica—. Mi poder fluye por tus venas, tu cuerpo lo ha asimilado. Tienes acceso a todo lo que soy, por lo que ahora tienes que aprender a controlarlo… O al menos, evitar que vuelva a repetirse lo de ahí dentro.

—No tengo el más mínimo interés en aprender esa clase de trucos, de hecho, preferiría que pusieseis fin aquí y ahora a esto a fin de que ambos podamos retomar nuestras respectivas tareas —declaró arrancando la mano de la suya y alejarse así lo bastante como para poder ponerse en pie—. Solo desdeciros o lo que sea que tengáis que hacer y listo.

—¿Qué me desdiga de qué? —preguntó incorporándose también.

Levantó la mano y señaló con un dedo la marca en su anular.

—Esto.

—No puedo. —Negó con la cabeza.

—¿Cómo qué no?

—Mi caudal ya es parte de ti. —La señaló con un gesto de la barbilla.

—Pues recuperadlo. Todo. Os prometo que no lo necesito, ni tampoco lo deseo.

—No es posible.

—¿Me estáis tomando el pelo?

Negó con la cabeza una vez más y se inclinó sobre ella, cogiéndole el rostro con suavidad entre sus grandes manos antes de decirle con voz suave y muy sensual.

—No —contestó con total convicción—. Azar o no, te he elegido a ti y mi elección fue aprobada por los arcanos. Eres mi esposa, Blaire Bryson, compartes mi poder y con un poco de entrenamiento, serás una bruja competente.

—Anda ya… —Fue todo lo que se le ocurrió decir. Era muy difícil pensar con ese rostro tan cerca, con esos labios moviéndose de esa manera y esa voz provocándole cosas que no debería provocar.

—¿Qué te apuestas? —Sonrió y su sonrisa fue mucho más devastadora de lo que habría creído jamás.

—No hago apuestas con hechiceros.

—Bien, entonces hazla con tu marido —insistió deslizando el pulgar sobre su rostro.

—No tengo marido —rezongó, pero incluso su voz sonó sin convencimiento.

—Ahora sí, brujita. —Su pulgar había resbalado hacia sus labios y se deslizaba ahora por el inferior—, ahora sí.

Blaire contuvo el aliento, sus ojos se encontraron una vez más y esa juguetona sonrisa que nunca había visto sobre él le curvó los labios.

—¿Empezamos con las lecciones? —sugirió él.

—¿Qué lecciones?

—Podemos empezar por… —Le acarició los labios con el aliento—. *«Como responder al beso de un marido hechicero»*.

—En estos momentos, estoy tentada a cambiaros el título por *lord Caradura, milord*.

—Hazlo, sin duda me lo he ganado.

Sí. Se lo había ganado, pensó ante el contacto de sus labios y sabía que no era el único que acabaría dándole… tan pronto pudiese pensar de nuevo con coherencia.

CAPÍTULO 4

—¿Qué le ha pasado al espejo de esa cómoda?

Blaire ladeó la cabeza hasta encontrarse con el hueco vacío en el espejo y acto seguido apuntó con el dedo hacia la pared paralela a la cama.

—¡Por Santa Columba! —jadeó su tía, pero su consternación parecía tener más que ver con la rotura del espejo que con el hecho de que los fragmentos se hubiesen clavado como dagas en la pared—. Habrá que llamar de nuevo al pintor para que arregle eso.

El comentario era tan absurdo que quiso reír, pero su risa se había esfumado por completo, dejando todavía espacio a la conmoción de lo que acababa de vivir.

Miró los pedazos de espejo clavados en la pared sin evitar preguntarse qué habría pasado si no se hubiesen detenido en el aire o si hubiesen seguido su trayectoria estando ella todavía sentada en la cama. Las posibles respuestas eran lo bastante aterradoras como para no querer conocerlas.

—¿Todavía quieres volver a Seattle?

La hermana de su madre estaba ahora junto a la cama, recogiendo la ropa que había dejado caer de cualquier manera dentro de la maleta.

—Ese no es el destino que tengo en mente —admitió y señaló la maleta—. Me marché sabiendo que no volvería. Nada me queda allí.

—¿Cuándo vas a decirme qué pasó exactamente? —preguntó doblando cuidadosamente las prendas—. Tu madre está como loca. No entiende por qué decidiste volver a Escocia de manera tan tempestuosa.

No. No lo sabía. Ningún miembro de su familia conocía la verdad.

No. Aquello no era del todo verdad. Había alguien que estaba al tanto, pero le había hecho jurar que no diría una palabra al respecto. Era su vida y nadie tenía derecho a meterse en ella.

Kieran siempre había estado cerca y ese día, la cercanía de su primo le había salvado la vida.

Su madre y su tía, por otro lado, eran dos de las personas más protectoras que conocía. Estaba convencida de que en el momento en que supiesen lo ocurrido, se aliarían para mantenerla en *Braid Manor* y tirar la llave. Eleanor, además, era una mujer sumamente perspicaz, leía a las personas como nadie y nada más verla aparecer por la puerta con la maleta

supo que algo le había pasado.

Si bien había conseguido escurrir el bulto los últimos dos meses, eso no significaba que ella dejase de intentar sonsacárselo.

—Se olvidará de ello tan pronto como sepa lo que ha pasado hoy aquí —aseguró con un resoplido—. O quizá le explote la cabeza tras oír la noticia. Podría ocurrir cualquiera de las dos cosas. O las dos al mismo tiempo.

La mujer dejó escapar un resoplido.

—Ese muchacho ha perdido la cabeza por completo.

¿Muchacho? Solo su tía llamaría de esa manera a un hombre hecho y derecho como Iver.

—¿En qué demonios estaría pensando al echar a suertes su vida de esa manera? —Chasqueó para sí—. Menos mal que tiene a los arcanos de su parte…

—Él quizá tenga a los arcanos, pero está claro que a mí me han abandonado por completo. —No pudo evitar rezongar—. Esto no debería haber pasado. Nada de esto. Nada en absoluto.

Y eso incluía el beso de antes, el que la había dejado sin respiración y sin palabras.

Iver se había marchado después de eso, dejándola confundida, anonadada y con un creciente cabreo por su propia incapacidad para mandarle a paseo.

—Tiene que haber una manera de deshacerlo —continuó—. No es posible que un estúpido juego infantil traiga consigo consecuencias tan inverosímiles. Yo no pertenezco a ningún aquelarre, por amor de dios, si no soy capaz ni de calentar agua sin quemar la dichosa olla.

—Espero que eso sea una exageración, sobre todo después de haberme molestado en enseñarte a preparar mis mejores recetas.

—Lo es —admitió con un mohín—. Pero no soy bruja.

—No naciste bruja, cariño, pero eso no quiere decir que no puedas llegar a serlo —concretó y la señaló con un gesto—. Ya tienes el brillo en ti.

—¿Brillo? ¿Qué brillo? —Bajó la mirada sobre sí misma.

—Todo usuario de magia suele poseer un brillo especial, algo sutil que lo identifica como hechicero o bruja —declaró mirándola a los ojos—. Cuando pasas tanto tiempo alrededor de ellos acabas por darte cuenta de ello.

—Ya, pero yo no soy una usuaria de magia —insistió mirando de reojo los cristales clavados en la pared—. Y lo que sea que me ha contagiado ese mentecato, no es algo que desee.

—¿Mentecato? —Su tía ahogó una risa, entonces volvió a concentrarse en su ropa—. Sí. Ese era uno de los apelativos con los que solías llamar al joven Iver. Uno de los más… suaves. Es curioso. No me había dado cuenta hasta ahora.

—¿De qué?

—Que no sois dos desconocidos —admitió corroborando sus pensamientos con un asentimiento de la cabeza—. Solías pasar tiempo en su compañía de chiquilla…

—Eso fue hace quince años —rezongó—. Ahora las cosas son muy distintas.

Ella era distinta y él también.

—Sus padres apenas se conocían cuando se casaron —mencionó recogiendo la ropa doblada para llevarla de vuelta al armario—. Con el tiempo aprendieron a quererse y respetarse. Quizá si hubiesen tenido tiempo para conocerse antes, las cosas habrían sido distintas para ellos.

Distintas a un matrimonio de conveniencia. Uno en el que cada lado de la pareja había encontrado el amor en brazos de otras personas, pero se mantenían unidos y compartían el peso de sus deberes porque así era como funcionaban las cosas en el aquelarre.

—Lord y lady Bryson eran ambos usuarios de magia, un *Alto Hechicero* y una poderosa bruja —señaló lo evidente—. Ambos nacidos en el coven. Sabían desde su más tierna infancia cuál sería su labor y qué se esperaba de ellos. Es lo natural, pero esto… ¡Esto no lo es!

—¿Por qué no habría de serlo? —preguntó la mujer con el ceño fruncido—. Iver es un hombre encantador, tiene una muy buena educación y es respetuoso con todo el mundo. No hace distinciones entre usuarios de magia o personas corrientes. Y además es atractivo.

—Tía, por favor, no intentes venderme una moto cuando no tengo el más mínimo interés en ella.

—Tendrás que empezar a cultivarlo, cariño mío —replicó con un chasquido de la lengua y bajó la mirada con gesto elocuente hacia su mano—. Nadie se esperaba que ocurriese una cosa así. Ni siquiera pensaba que podía ser posible, pero aquí estás. Te ha elegido, te ha dado lo que le pertenece y tú lo has aceptado…

—No. Alto ahí. Yo no he aceptado absolutamente nada. —Negó con rotundidad—. Él ni siquiera me lo preguntó, de haberlo hecho ahora conocería mi respuesta todo el jodido distrito; un alto y rotundo no.

—¿Estás segura?

—La duda ofende, tía.

Ella sonrió y sacudió la cabeza. Cerró la maleta abierta sobre la cama y le dio unos golpecitos con el dedo.

—Tu madre regresa mañana por la mañana. Si no quieres que se lleve el susto de su vida, será mejor que la llames y la pongas sobre aviso —le aconsejó al tiempo que señalaba la maleta —. Y antes de utilizar esto, piensa primero a dónde vas a ir y qué vas a hacer. Huir nunca ha sido la solución a ningún problema, se gana mucho más hablando las cosas que dándoles la espalda.

—Las palabras no son mi fuerte —rezongó.

—Ya lo serán —le dijo y miró una vez más la pared decorada con los pedazos de espejo clavados en ella—. No. Definitivamente, no es un decorado que me guste. Recoge tus cosas y llévalas al dormitorio del fondo del pasillo…

—Eso no será necesario, Eleanor.

El carraspeo que acompañó a la voz masculina hizo que ambas se giraran hacia la puerta.

James permanecía en el umbral, echando un fugaz vistazo al dormitorio hasta que se topó con los cristales clavados a la pared. El respingo que dio fue casi cómico.

—Jesús. ¿A quién querías apuñalar, criatura?

—Tendrás que preguntárselo al espejo —le dijo indicando el susodicho con un gesto de la barbilla.

—Bien. Ahora entiendo la premura de Iver por sacarte de aquí y ponerte a buen recaudo.

—¿Qué farfullas, James? —Lo retó su tía con la mirada. Esa mujer era capaz de traer firmes a toda la población masculina de la mansión.

—Lady Bryson se trasladará a las habitaciones de la primera planta como corresponde a la señora de la casa.

—No soy la señora de la casa.

—Me parece bien —asintió su tía.

—A mí no.

—¿Necesitas que envíe a alguien para trasladar sus cosas, Eleanor?

—No, gracias. Se quedarán dónde están.

—No, querido. Blaire se hará cargo.

—Ni de broma.

—Bien. —El hombre aceptó la palabra de su tía, ignorando sus protestas y se volvió una vez más hacia ella—. Iver te espera en la biblioteca, *miladi*. Cuando estés lista.

—Espero que haya encontrado un asiento cómodo, porque va a esperar mucho, pero que mucho tiempo —siseó, le dedicó a su tía una mirada de decepción, fulminó a James y lo sobrepasó para salir por la puerta.

—Blaire, ¿a dónde vas?

—A dónde nadie me encuentre —alzó la voz sin molestarse en mirar hacia atrás—. Quizá entonces pueda obtener un poco de paz.

—¿Siempre ha sido así o…? —escuchó que decía James.

—Iver no se aburrirá, tenlo por seguro —replicó su tía, pero Blaire no llegó a escucharla, pues ya se había marchado del lugar.

CAPÍTULO 5

La recordaba. A la niña que había sido, la muchacha que siempre estaba cerca de él. Ella, quién se atrevía a usar su nombre, a quién no le daba miedo su poder, ella que no creía en la magia y ahora compartía su fuente.

¿Qué era esto sino uno de los caprichos del destino?

No había vuelto a pensar en ella. La sacó de su mente en el mismo instante en que abandonó la mansión y se concentró en sus propias responsabilidades. Blaire había sido por aquel entonces una adolescente desgarbada, nada que ver con la mujer de generosas curvas y lengua punzante con la que se había reencontrado. Y esos ojos verdes, encontró algo en ellos que lo mantuvo atrapado en su mirada unos segundos, sin duda era lo que más destacaba en un rostro bastante corriente y salpicado con pecas.

No. No era lo único, pensó, sus labios eran igual de atrayentes, tanto que había cedido al deseo de probarlos. El resultado fue lo bastante chocante como para hacerle ver que la mujer que había elegido al descarte y a quién se había vinculado, su esposa, podía llegar a gustarle más de lo que se le había pasado por la cabeza.

Esposa. La palabra era como arena en su boca, incómoda, nada agradable, pero tampoco esperaba que lo fuese. Su intempestiva decisión tenía más que ver con el hecho de atajar un problema, que encontrar a alguien con quién compartir sus responsabilidades y que le hiciese compañía en la enorme mansión.

Su poder había llegado al punto álgido, el cambio de pigmentación en sus ojos era la señal más clara, la que cualquiera podía ver, pero también estaba ese ardor constante en sus venas, los episodios de dolor en los que apenas podía sostener siquiera un bolígrafo en las manos. Esos no se veían, los mantenía profundamente enterrados en su interior a fin de que nadie supiese lo lejos que estaba llegando en su terquedad. Sabía que no tenía mucho más tiempo por delante, así que no se opuso a los tejemanejes de James, quién se afanaba por buscarle a la compañera perfecta, ya que él ni siquiera se había molestado en conocer a ninguna de las posibles candidatas.

Esa mañana el dolor había sido especialmente intenso, tanto que se encerró en la biblioteca. Estaba convencido de que había llevado su creciente incomodidad con cierta dignidad, consiguiendo enmascarar sus debilidades, pero su *Primario* le conocía lo bastante bien como para ponerle ante las narices la solución definitiva.

El interrumpir de aquella manera en el salón y ponerse a elegir de aquella manera solo era para darse a sí mismo la oportunidad de no sentirse culpable con el resultado. Si entraba y elegía a la primera mujer sobre la que posase la mirada, sería demasiado fácil, casi insultante, así que puestos a insultar, al menos que todas se sintiesen de igual manera.

Bajó la mirada a su mano y la giró para ver el patrón tatuado alrededor de su dedo anular, el vínculo que lo unía a la última mujer en la que habría puesto la mirada, a quién siquiera habría considerado y que, erróneamente tomó como una de las candidatas dispuestas por su amigo.

En el momento en que tuvo sus dedos entre los suyos, el abrasador dolor que corría por sus venas empezó a aliviarse y la cabeza dejó de latirle como si la estuviesen aporreando. Era imposible no tomar aquello como una señal, sentir que hacía lo correcto, así que se limitó a pronunciar los votos de unión y terminar con aquello de una vez.

Necesitaba tanto de esa clase de alivio que no le importó nada más. Y cuando estuvo hecho, cuando el vínculo matrimonial se mostró en sus dedos y el dolor se esfumó por completo, solo deseaba retirarse y descansar, disfrutar aunque solo fuese durante unos breves minutos de algo que llevaba meses anhelando.

Ver que sus ojos volvían a tener el color azul de antaño lo sorprendió nada más ver su reflejo en una de las vitrinas de la biblioteca. Suponía que antes o después recuperarían su tono, pero esperaba que fuese algo paulatino y no radical.

Blaire había hecho todo aquello, le había concedido el alivio y a cambio había ganado un caudal de poder que no sabía ni como encauzar.

Recordó los fragmentos de cristal clavados en la pared y el estado de nerviosismo en el que la había encontrado. Acababa de verla saliendo a gatas del dormitorio cuando notó el estallido de poder y escuchó el sonido aporreando la pared.

No es una bruja.

No. Ella no pertenecía al aquelarre, era una mortal más, no había sido educada en los caminos de la magia, no tenía ninguna disciplina al respecto, era un bebé en pañales en lo que a su gremio se refería. Y ahora contaba con buena parte de su poder, un caudal que si no aprendía a controlar y encauzar iba a traer consigo muchos problemas para ambos.

Tendría que empezar por ahí, por enseñarle lo más básico. Lo justo para que no se hiciese daño a sí misma de manera accidental y no entrase en pánico como le había ocurrido en el dormitorio.

Arrugó la nariz y miró hacia la puerta abierta de la biblioteca al sentir a su recién adquirida esposa atravesando el umbral principal de la mansión. Se marchaba.

No podía decir que le sorprendiese, había visto la maleta abierta y la ropa sobre la cama. Una situación normal, dada su precipitada elección y quién era ella.

Dejó escapar un suspiro y se acercó a una de las ventanas que daban al frente de la casa

para ver su figura dirigiéndose con paso decidido hacia la entrada y de ahí a la calle.

—Al menos no lleva consigo la maleta —mencionó para sí mismo.

Pronto anochecería. Las horas de luz ya empezaban a acortarse, la ola de calor que había azotado de manera muy inusual el pasado mes de agosto dejaba paso a las frescas temperaturas de septiembre.

—Tu flamante y recién adquirida esposa ha decidido declinar tu oferta y se ha largado.

La voz de James resonó en la habitación. Se volvió para verlo en el umbral.

—Lo sé —admitió señalando con un gesto hacia la ventana—. Acabo de verla salir.

—Supuse que lo harías —admitió. Entró y cerró la puerta a sus espaldas dejando clara su intención de mantener una charla—. ¿Has visto la decoración de la pared de su dormitorio? Eso ha sido peligroso y lo sabes.

—Todo irá bien, James —lo tranquilizó—. Aprenderá a mantener sus niveles, a encauzar el poder y hacerlo salir de manera segura.

—No es bruja, Iver, no nació en el aquelarre —le recordó con un resoplido—. No tiene predisposición para la magia…

—Y sin embargo se ha cargado el espejo y ha dirigido los fragmentos contra la pared.

—De chiripa —replicó su primario poniendo los ojos en blanco—. Y es un milagro que no se haya hecho ni un rasguño.

—Un milagro, sí. —No podía negar lo evidente.

—Necesitaremos más de esos para mantener esta casa en pie —añadió y fue a servirse un vaso de whisky—. Por lo pronto, ya he dado orden de que trasladen sus cosas al ala que ocupaba Lady Bryson.

—No. Trasládalas a la mía —rectificó.

—Um… Me gusta como piensas.

—Será más seguro para todos mantenerla cerca de mí hasta que sea capaz de encauzar el caudal de magia —añadió, dejando claro la dirección de sus pensamientos—. Habrá tiempo más que suficiente para que ocupe el ala de la señora de la casa.

—Espero que eso nunca llegue a ocurrir. —No pudo evitar enarcar una ceja en respuesta —. ¿Qué? ¿No puedo soñar acaso? Deberías de probarlo, es de lo más estimulante y si ya esos sueños se cumplen… Ni te lo cuento.

—James, no hace ni una hora que estamos casados y mi esposa ya ha abandonado su hogar —le recordó con profunda ironía.

—Razón de más para que la mantengas lo más cerca posible de ti —replicó encogiéndose de hombros—. Mira. Lo hecho, hecho está. El vínculo se ha establecido, tú vuelves a estar bajo control y luces esa preciosa mirada azul cielo…

—No te pases…

—Si consigue dominar el caudal y usar la magia, el aquelarre no se opondrá a vuestra unión.

—Como si pudiesen oponerse a un vínculo matrimonial cerrado.

—Oponerse lo que dice oponerse, no pueden, pero dar por saco ya te digo yo que sí —aseguró levantando el vaso en un mudo brindis antes de beberse el whisky de golpe—. Oh, señor. Lo necesitaba. —Dejó el vaso en su sitio y se volvió hacia él—. Bueno. Que sepas que las candidatas del aquelarre han flipado en colores con tu elección, pero se lo han tomado bien. Creo que harán apuestas sobre el tiempo que durará tu nueva esposa en la mansión antes de que te canses de ella o pidas al consejo que anule el vínculo.

—Eso no pasará.

—Si es un vínculo como dios manda, no, claro, pero eso habrá que ir viéndolo sobre la marcha —aseguró—. Un *Alto Hechicero* unido a una chica del servicio. Sin duda será la noticia del año para nuestra comunidad.

—Como si me importasen los rumores…

—No, si a ti te da igual todo —resopló y añadió—. Por eso estoy yo al mando de las relaciones públicas y tú, bueno, tú te encargas de las empresas y de poner tu linda carita en eventos oficiales.

—Hoy estás más irritante que de costumbre, ¿lo sabías?

—¿Qué puedo decir? No todos los días tu *Alto Hechicero* se vincula a una chica común y corriente. Y no cualquier chica, no, a un miembro de su servicio familiar… Puestos a meter la pata, al menos la has metido con estilo. Ella está al tanto de quién eres, de la existencia de la verdadera magia y no ha salido gritando con las manos en alto pidiendo que la encierren.

—No, ha salido por la puerta nada más enterarse de que se ha casado conmigo.

—Eso escuece, ¿a que sí?

Iver lo fulminó con la mirada.

—Te diré lo que haremos. —Lo señaló con el dedo—. Te pones un abrigo, porque está refrescando, sales ahí fuera, buscas a tu esposa y la traes a casa antes de que pille un resfriado. Mientras me encargaré de que preparen la cena… y notificaré al aquelarre que tenemos nueva lady Bryson en la mansión.

—Déjalo para mañana.

—¿Acaso no piensas cenar?

—La notificación al aquelarre.

—Claro, deja que corra la pólvora, así los fuegos artificiales serán mucho más grandes cuando se enteren tus padres.

Sus padres habían abandonado la mansión en el mismo instante en que él alcanzó la madurez de su poder y obtuvo el rango de *Alto Hechicero*. Era algo que sabía que antes o

después sucedería, ya que se trataba de una tradición, el paso del testigo a la siguiente generación. Si bien seguían en contacto, cada uno de sus progenitores había elegido continuar con sus vidas de manera paralela. Solo Seamus Bryson, su padre, se había quedado en Escocia, trasladándose a Glasgow. Elisabeth Bryson, su madre, había optado por irse a los Estados Unidos e instalarse en Nueva York, ciudad que encajaba mucho mejor con su alma cosmopolita.

—Si conozco bien a mi padre, lo más probable es que se entere incluso antes de que le llegue la notificación al consejo —admitió. No había nada referente a la familia Bryson que él no supiera antes que nadie—. Sea como sea, ahora no tengo tiempo para él o para el aquelarre.

—Cierto, lo mejor será que cumplas con tus recién adquiridas obligaciones como marido y encuentres a tu fugada esposa —le aconsejó—. Una bruja novata con tu poder y suelta por Edimburgo no es el mejor de los titulares.

—Doy por hecho de que conoce la ciudad, James.

—No lo digo por eso, sino porque ya tenemos bastantes historias de brujas y fantasmas en la *Vieja Apestosa* como para añadirle ahora una humana con poderes mágicos fuera de control.

—Tu optimismo es abrumador.

—Pues espera a ver mis dotes como chef, te dejarán con la boca abierta.

—¿Cómo esa vez en la que casi nos dejas a todos sin respiración por la cantidad de ajo que llevaba la comida?

—Dijiste que te gustaba el ajo.

—Y me gusta, pero esa maldita sopa habría matado a un maldito vampiro a dos millas de distancia.

—No sabes apreciar la *Alta Cocina*.

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Que cocine Eleanor —apuntó dirigiéndose hacia la puerta mientras convocaba sobre sí mismo el abrigo—. No le daré a Blaire más razones para abandonar *Braid Manor* o a mí.

—¿Razones para abandonarla? —resopló su primario—. Iver, lo que tienes que hacer es darle razones para quedarse. Y por ahora no es que te esté yendo demasiado bien en ese sentido.

—¿James?

—¿Sí, *querido*?

—Cállate.

Lo último que escuchó antes de desvanecerse con un solo pensamiento fue la risa del hombre resonando en la biblioteca.

by Kelly

CAPÍTULO 6

Las luces se iban encendiendo en todos los edificios ahuyentando las primeras sombras de la noche. La quietud que se respiraba en la colina de Calton contrastaba con los sonidos propios del tráfico de la ciudad. El viento parecía llevar hasta allí cada uno de ellos, haciéndola sentirse acompañada a pesar de estar en completa soledad.

No sabía cuándo tiempo llevaba allí sentada, intuía que lo suficiente para helarse el culo y arrepentirse una y mil veces de haber salido de la mansión sin una maldita chaqueta.

Parecía mentira que hubiese pasado gran parte de su vida en aquella ciudad, había actuado como una turista desconocedora de que en aquella parte del mundo podía enfrentarse a todas las estaciones del año en el transcurso de una hora.

Cerró los ojos, cruzó las piernas y respiró profundamente para calmar su turbulento interior.

En circunstancias normales habría dado la vuelta nada más llegar al final de la calle en la que se encontraba la mansión para coger el abrigo, pero no tuvo tiempo de considerar siquiera tal acción. En un abrir y cerrar de ojos dejó de ver la vía por la que solía transitar cada día para encontrarse en pleno campo, observando una de sus vistas favoritas de la ciudad.

Este era el destino que había tenido en mente. Era su refugio, su lugar para estar sola y alejarse del mundo, pero por norma general solía llegar a él caminando desde la parada del autobús.

El frío dejó de ser un inconveniente, el asombro ocupó su lugar, al igual que lo hizo después la histeria. Hervía por dentro, era como si la sangre en sus venas se hubiese calentado y todo su cuerpo acusase un ligero hormigueo que tardaba en remitir.

Magia. Hechicería. Un poder ajeno a ella corría ahora en su interior y la experiencia resultaba más aterradora que vivificante.

—Esto no puede estar sucediéndome… —Repitió en voz alta por enésima vez—. No volví aquí para acabar metida en un nuevo lío, sino para escapar del último.

Pensaba que un cambio de aires le vendría bien, que podría olvidarlo todo y pasar página, hacer como si nada hubiese ocurrido. La anualidad del servicio solo era una excusa, una forma de cumplir con la familia y tener un lugar en el que refugiarse mientras se lamía las heridas.

Aquella misma mañana había estado moviéndose por la ciudad, asistiendo a alguna

entrevista de trabajo. Esperaba encontrar algo a media jornada o en días alternos para poder compaginarlo con su estancia en la mansión.

Al contrario que su madre y su tía, no se veía al mando de una casa, atendiendo a extraños y sirviéndoles como si no tuviesen también dos manos para poder hacer las cosas. No se veía como ama de casa, no después de la opresiva experiencia en la que había estado sumergida este último año.

«He matado al demonio, ahora me uniré a tu ejército de celestiales».

Blaire se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos con fuerza unos segundos. Su voz no la abandonaba, como tampoco lo hacía aquella horrible imagen que seguía persiguiéndola aun cuando lo había dejado todo atrás.

Respiró profundamente empapándose del aire frío de la colina y se estremeció al sentir por fin el frío traspasándole la piel y enfriando los rescoldos de poder que corrían por sus venas.

—Estúpida hechicería… —masculló encogiéndose sobre sí misma en busca de algo de calor.

—Mucho me temo que la única *estúpida* aquí sería la joven bruja que ha salido de casa sin coger al menos el abrigo.

La inesperada voz la sobresaltó casi tanto como el pesado abrigo de lana que cayó sobre sus hombros. La tela olía a él y era lo bastante reconfortante como para no desear deshacerse de él. Levantó la cabeza y se encontró con esos ojos azul cielo fijos en ella.

—¿Acabas de llamarme estúpida?

—¿Cómo debería de llamar sino a alguien que sale de su casa en mangas de camiseta con este frío? —replicó sin dejar de mirarla.

—No deberías de llamarle nada, porque no es asunto tuyo lo que ella haga o deje de hacer.

—Lo es cuando dicha bruja resulta ser mi esposa.

—No soy bruja y tampoco tu esposa.

—Error y error —chasqueó la lengua antes de sentarse como si nada a su lado—. Ahora eres una bruja y también mi esposa.

—No elegí ser ninguna de las dos cosas, así que, no lo soy.

Él se rio, estiró las piernas y apoyó las manos contra el suelo.

—Si las cosas fueran tan fáciles, yo mismo habría declinado el título que tengo, Blaire —admitió con cierto sarcasmo—. Pero nunca lo son. —Se giró hacia ella y la miró con curiosidad —. Has dado un buen salto para llegar aquí.

Se limitó a enarcar una ceja, no pensaba entablar una conversación con ese hombre. Él era el culpable de lo que estaba sucediendo.

—¿Insinúas que ahora también soy un conejo?

—No osaría jamás llamar a una bruja algo semejante.

—¿Qué parte de «no soy una bruja» no has entendido? —resopló volviéndose hacia él.

—¿Y tú? ¿Qué parte de que sí lo eres se te escapa? —replicó mirándola de soslayo—. Pareces una chica inteligente. Y no eres ajena a las costumbres de nuestro aquelarre, con lo que no puede tomarte por sorpresa el poder que ahora corre por tus venas. Su existencia, quiero decir, entiendo que la sensación sea nueva y difícil de comprender. Es obvio que te has desplazado desde las inmediaciones de la mansión hasta aquí de un solo salto. Que son, ¿unas tres millas? Es impresionante teniendo en cuenta que careces de educación y entrenamiento.

—Ni siquiera sé cómo demonios he aparecido aquí —resopló ignorándolo de nuevo para concentrarse en las vistas de la ciudad. Aquello era algo tangible, que conocía y no la dejaba en el limbo.

—Intuyo que era el destino que tenías en mente cuando saliste de casa —mencionó como si no le molestara lo más mínimo su indiferencia—. Has debido estar aquí varias veces, conoces perfectamente cada edificio, cada árbol, cada piedra… Eso es lo que te permitiría desplazarte con tan solo un pensamiento al lugar en el que quieres estar.

No se molestó en mirarle, pero sus palabras adquirieron un ilógico sentido en su mente, uno cuya conciencia venía dada por el conocimiento de su existencia, del poder que esgrimía ese hombre y los que eran como él.

—Conocer la existencia de la magia, del poder que puedes extraer del aire, la tierra, el fuego o el agua, verlo con tus propios ojos tiene que ser bastante… impactante. A menudo, buscamos explicación a las cosas y cuando no se la encontramos, nos cuesta aceptarlo como realidad… Pero, ¿sentirlo? Notar esa corriente en las venas, el chisporroteo en la piel, ese algo intangible que sabes que está ahí y que tú puedes tocar… Es algo completamente distinto. Lo es porque se vuelve algo que no puedes negar porque se hace muy real. —Un buen resumen, pensó con un estremecimiento. Acababa de poner en palabras lo que había sentido esas últimas horas —. Ahora tienes en tus manos una realidad que te cuesta aceptar, que ni siquiera has tenido tiempo de asimilar y admito que soy el único culpable de ello.

—Lo admites. Que bien. Mini punto para ti, lord Bryson.

—¿Ya no te atreves a llamarme por mi nombre?

—No es que no me atreva, es que no pienso darte ese placer.

—¿Cómo sabes qué sería placentero para mí?

Lo miró de soslayo.

—No lo sabía, acabas de confirmármelo.

Se rio. Una risa cálida, sensual y masculina que le provocó un escalofrío y trajo a su mente el beso que habían compartido tan solo momentos antes.

—Empiezo a recordar algunas cosas con respecto a ti, al menos a tu yo adolescente —repuso ladeando la cabeza para mirarla—. Eras muy respondona. Siempre parecías tener la

lengua a punto. No te cohibía mi magia, pero tampoco la encontrabas…

—Memorable —completó la frase pronunciando ambos la misma palabra a la vez.

—Te acuerdas —asintió satisfecho—. Eras alguien difícil de impresionar.

No respondió. No tenía la menor intención de darle información sobre sí misma que pudiese utilizar en su favor.

—Supongo que esta vez tendré que esforzarme un poco más —continuó ignorando su silencio.

Lo miró de soslayo y se encontró con esos ojos azules fijos en ella.

—¿Ya vas entrando en calor?

Sí. El abrigo que había dejado caer sobre ella había alejado el frescor de la noche, pero al mencionarlo se dio cuenta de que él iba ahora en mangas de camisa. Llevaba las mangas enrolladas en el antebrazo, su piel oscura estaba salpicada de vello negro, pero no parecía estar pasando frío.

—Aguanto el frío mucho mejor que tú, según parece —le dijo, sorprendiéndola con aquella lectura—. El saber encauzar el poder para mantenerme caliente también ayuda.

Blaire mantuvo los labios pegados, negándose a caer presa de la curiosidad que él intentaba entretejer a su alrededor.

—¿Vas a hablarme para decirme algo más que insultos?

—No fui yo la que llamó «estúpida» a alguien a modo de saludo.

—Me limité a hacer una aclaración con respecto a tu afirmación sobre la hechicería y lo que realmente se consideraría estúpido en una situación como en la que te encontrabas…

—¿Eso es una disculpa?

Volvió a reír y sacudió la cabeza, entonces asintió.

—Te pido disculpas por llamarte estúpida —pronunció con mucho cuidado cada palabra —. No creo que lo seas. Como ya dije, me pareces una mujer inteligente.

Lo era, la mayoría de las veces, otras… Era mejor no pensar en esas otras ocasiones en las que su inteligencia se había ido a paseo.

—Eleanor me ha comunicado que Agatha regresa esta noche. —Escuchar el nombre de su madre en la boca masculina le produjo un escalofrío—. Me gustaría presentarle mis respetos. Imagino que la noticia de nuestro matrimonio será toda una sorpresa…

Se volvió muy lentamente hacia él y se lo quedó mirando.

—¿Así es como lo haces todo? —Su tono fue acusador, pero no le importaba—. Primero me jodes la vida echando tu futuro a suertes y ahora quieres hablar con mi madre, presentarle tus respetos como si no pasase nada. ¿Así es como pasas los días?

—Hasta hace poco pasaba buena parte de la jornada en mi empresa, pero tuve que dejar de ir a la oficina y trabajar desde casa cuando mi poder empezó a rebasar el límite. —Su respuesta

no era lo que esperaba escuchar—. El cambio de color en mis ojos fue un cambio exterior, pero había otros que no se veían a simple vista y… Digamos que era más seguro para todos que me quedase en casa. Gracias a ti, eso ha cambiado. Al compartir mi torrente de poder contigo he drenado cualquier exceso, estoy totalmente en control de mi magia y en condiciones de enseñarte a utilizar los dones que has adquirido.

Abrió la boca para rebatir eso, pero él la interrumpió.

—Y no, no suelo pasarme los días jodiéndole la vida a nadie… a menos que se lo merezca, claro está —añadió con cierta ironía—. Sé que mi método de hoy no ha sido el más acertado, ni tampoco el más… educado para encontrar esposa…

—No, ¿en serio?

—Pero… —Remarcó la palabra y la señaló con un gesto de la mano—, tampoco se suponía que tú fueses a estar allí. No *eras* una hija del aquelarre.

—¿Ahora la culpa es mía?

—Podríamos decir que en parte…

—Hay que joderse.

—Esa boca —chasqueó de modo correctivo—. Sé que tienes unos modales excelentes.

—Solo cuando la ocasión lo amerita.

—¿Y esta no es una de esas?

—¡No! —siseó y se levantó de golpe, sujetando el abrigo tan solo porque el viento parecía haberse levantado de repente—. ¡No lo es! ¡Cómo demonios va a serlo! ¡Lo único que encajaría ahora mismo es pegarte una patada en el culo!

Una sonora carcajada emergió de la garganta masculina en respuesta. El viento ahora le agitaba el pelo y sus ojos refulgían de manera sobrenatural.

—Qué carácter —mencionó risueño—. Está bien, Blaire, me lo merezco.

—Te mereces mucho más que eso, mentecato —rezongó incapaz de mantener la boca cerrada—. Ojalá… ojalá que tú…

—No. —Acortó completamente el espacio entre ambos y le cubrió los labios con un dedo, impidiéndole hablar—. Tus palabras son armas peligrosas, sobre todo en estos momentos…

—Ni siquiera he empezado… —siseó apartándose de su contacto—. Si vuelves a hacer eso te voy a…

—Blaire, escúchame. —Volvió a silenciarla de aquella manera y reaccionó sin pensar. No podía decir qué demonio la poseyó, pero ese condenado dedo acabó entre sus dientes recibiendo un mordisco poco cariñoso.

—¡No tengo nada que escuchar de ti! —estalló, apartándose al mismo tiempo que él se miraba el dedo con incredulidad. Iver se había apartado a la velocidad de la luz, pero no estaba tan lejos como le habría gustado.

—¿Acabas de morderme? ¿En serio?

Apretó los labios y entrecerró los ojos sobre él.

—Eso te enseñará a mantener los dedos para ti mismo —masculló entre dientes.

—Impresionante. —Fue toda su respuesta. Se miró una vez más el dedo y sonrió como si aquello le pareciese gracioso—. Me he casado con una bruja… en toda la extensión de la palabra.

—No soy…

—Lo eres, *cariño*, completa e irremediablemente —aseguró prestándole ahora toda su atención—. Y es posible que, después de todo, mi elección no haya sido tan desafortunada.

—*Desafortunada* no es la palabra que habría elegido para esto.

—Estoy seguro de que no —admitió él. Acortó una vez más la distancia entre ambos y le tendió la mano en lo que suponía sería un gesto de son de paz—. Vámonos a casa.

—Si vuelvo a esa mansión, será solo para hacer las maletas…

Una perezosa y enigmática sonrisa le curvó los labios.

—Perfecto —aseguró estirándose para cogerla de la muñeca y atraerla de un tirón hacia él —. Tus nuevas habitaciones ya están listas, solo tendrás que traer tus cosas.

—Eso no es…

—Luego me lo cuentas, Blaire. —La interrumpió una vez más, pero en esta ocasión no había ningún dedo sobre sus labios. No, sus brazos la rodeaban ahora, ciñéndola contra él, mientras esos risueños ojos azules se reían de ella—. Ahora nos vamos a casa. Si sigues agitando de esta manera el viento, atraerás a ciertos vecinos que no estoy seguro de que quieras conocer todavía…

—¿De qué vecinos estás…? —Las palabras se le atascaron en la garganta cuando un inesperado escalofrío le recorrió la columna al ver un par de fantasmagóricas figuras emergiendo de la oscuridad de los alrededores. Por si su etérea consistencia no fuese suficiente advertencia, el arcaico outfit que se podía adivinar dejaba claro que tampoco pertenecían a la época actual—. Ah… esos… vecinos…

«Lord Bryson». Una voz etérea, lejana, atravesó la penumbra mientras una de las figuras, la de un hombre de cierta edad, cruzaba el espacio como si flotase. *«Lady Bryson»*.

Su acompañante no pronunció una palabra, se limitó a inclinar la cabeza en reconocimiento mientras la figura pasaba por delante de ellos y se perdía de nuevo en el horizonte.

«Milord». El ente femenino le dedicó una ligera reverencia antes de fijarse en ella, provocándole un nuevo escalofrío. *«Lady Bryson»*.

Al igual que el otro fantasma, ella continuó su camino y se desvaneció.

—Ya puedes volver a respirar. —El susurro que cayó en su oído la hizo dar un respingo, pero no fue muy lejos, los brazos de su autoproclamado marido la sostenían contra él—.

Tenemos que irnos… Estamos demasiado cerca del cementerio y no estoy de humor para entablar una charla filosófica con un fantasma.

—¿Haces eso a menudo?

—Solo cuando estoy muy, pero que muy aburrido.

Volvió a estremecerse. Ese tenía que ser el pasatiempo más tétrico del que alguien había hablado alguna vez.

—Hora de volver a casa, lady Bryson —añadió de nuevo cerca de su oído. El calor de su aliento la hizo temblar, pero también alejó el creciente frío que parecía habérsele instalado de repente en los huesos—. Y mañana, a primera hora, empezaremos con tus lecciones de brujería.

No le dejó ni replicar. En un instante estaba mirando las luces sobre la ciudad y al instante siguiente se encontraba en el salón de la mansión, viendo la mirada cada vez más abierta de su madre.

—Blaire Edwina Matheson, ¿qué diablos has hecho ahora, muchacha?

Blaire no sabía que le sorprendía más, si el reproche en la voz de su madre o la mirada divertida de un hombre al que solo había visto en la galería de cuadros de la mansión; lord Seamus Bryson, el padre de Iver.

—De todas las posibilidades existentes, nunca me habría imaginado esta —mencionó el hombre quién no parecía demasiado conmocionado con lo que estaba presenciando—. Una hija de la familia como nueva lady Bryson. Estoy deseando escuchar la historia que ha dado como resultado este enlace.

Y no era el único, se dijo a sí misma volviendo a mirar a su madre, quién se había llevado ya las manos a las caderas y la miraba con gesto acusador.

¡Ni que todo esto hubiese sido culpa suya!

CAPÍTULO 7

Y el apocalipsis acababa de desatarse en su salón, pensó Iver viendo a su padre y a Agatha Matheson de pie ante ellos. En honor a la verdad había esperado tener algo más de tiempo para preparar sus respuestas, no tanto por el viejo hechicero, como por la encantadora mujer que ahora los fulminaba a ambos con la mirada.

No pasó por alto la desaprobación que vio en ella al mirar a su hija. Parecía dar por sentado que su esposa era la culpable de lo ocurrido; nada más lejos de la realidad.

—Blaire Edwina Matheson, ¿qué diablos has hecho ahora?

El reproche en su voz era palpable, pero no debía dirigirlo hacia la chica, sino hacia él, el único responsable de la situación.

—De todas las posibilidades existentes, nunca me habría imaginado esta. —Su padre no se andaba por las ramas y a juzgar por su tono de voz, la noticia le resultaba más divertida que escandalosa—. Una *hija del servicio de la familia* como nueva lady Bryson. Estoy deseando escuchar la historia que ha dado como resultado este enlace.

El sarcasmo goteaba de cada una de sus palabras. Obviamente no necesitaba escuchar nada, lo más probable es que hubiese exprimido ya al pobre James para sonsacarle hasta la última palabra.

Horas. Apenas habían transcurrido unas horas desde que el salón se hubiese convertido en el escenario de su brillante elección y ya tenía explicaciones que dar.

De tratarse solo del viejo, no tendría problema en mandarlo a paseo, pero por educación y respeto, debía darle a Agatha Matheson la respuesta que Blaire parecía tener problemas para formular.

—¿No vas a decir nada? —insistió la mujer con la mirada clavada en su hija antes de deslizarla hacia él con algo más de reserva—. ¿Y vos, *milord*?

Asintió con la cabeza.

—Me disculpo por no estar aquí a su llegada, señora Matheson. —Fue su respuesta. Entonces se volvió hacia la mujer que todavía llevaba su abrigo sobre los hombros. Blaire estaba helada, pero no era un frío del que pudiese deshacerse con tan solo ponerse al lado de una estufa, era la huella que dejaban los fantasmas. Todavía le sorprendía la facilidad con la que había

convocado el viento. Lo había hecho carente de toda conciencia, el caudal había respondido a sus emociones, lo que la convertía en un auténtico polvorín—. Permíteme. —Antes de que la joven pudiese protestar, le quitó el abrigo, lo dejó sobre el respaldo de un sillón y cogió sus manos entre las de él para insuflarle calor a través del vínculo por el que fluía el caudal de su magia—. Así. Ya empiezas a recuperar el color.

—¿Qué estás…? —Poco a poco sus mejillas ganaron color y vio en sus ojos la comprensión de que algo estaba cambiando.

—Mañana empezaremos con las lecciones.

—Y una mierd…

—Sí, yo también lo espero con ansias.

Una ahogada tos interrumpió aquel pequeño intercambio obligándoles a prestar de nuevo atención a los presentes.

Su padre, el que había maquillado aquella risita tras la tos, lo miraba con cierta ironía, mientras Agatha parecía genuinamente sorprendida por el intercambio de ellos; escandalizada en realidad.

—Como decía, lamento no haber estado presente en el momento de su llegada. Quería ser yo el que le comunicase la noticia que, a la luz de los acontecimientos, parece ser ya de dominio público —añadió volviéndose completamente hacia la mujer. Al igual que su hermana Eleanor, Agatha llevaba mucho tiempo cuidando de su familia, atendiendo la mansión y haciendo que todo funcionase con la precisión de un reloj suizo. Era una mujer algo más discreta que la matrona de la casa, pero no por ello menos formidable—. Sé que todo esto la habrá cogido por sorpresa…

—Puedo aseguraros que así ha sido, *milord* —replicó y la sequedad en su voz dejaba claro que «sorpresa» se le quedaba corto—. Fue una sorpresa escuchar, nada más traspasar el umbral de *Braid Manor*, que había una nueva lady Bryson en casa. Lo que no puedo siquiera empezar a describir es lo supuso conocer el nombre de dicha dama.

Los ojos verdes de la mujer cayeron sobre la chica con gesto acusador.

—Esperaba el momento en que mi hija volviese a casa para obtener una explicación al respecto.

Iver notó un tirón en el caudal, ladeó la cabeza para mirar a su esposa y pudo comprobar que esta había acusado las palabras de la mujer como algo más que un toque de atención.

—No era necesario que esperases a que volviese, lo ocurrido hoy en la mansión parece ser el cotilleo del día. —La voz de Blaire era suave, aunque debajo existía un profundo disgusto—. Y no soy yo la que tiene que dar explicaciones al respecto. En esto soy la parte… ¿damnificada? Al parecer estaba en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

—¿Fue así, Iver? —La pregunta de su padre iba cargada de ironía.

No se molestó ni en mirarle cuando tomó el relevo a su nueva compañera.

—Todo lo que debe saber ahora es que Blaire es mi esposa —sentenció mirando a la mujer y viendo en sus ojos el impacto de sus palabras—. La elegí a ella y pronuncié los votos que nos han unido. La mujer que está aquí a mi lado y comparte el sello de esponsales que me rodea el dedo, es mi esposa, la nueva lady Bryson.

—¿Os habéis parado a pensar en que no es *hija del aquelarre*? Ella no es una bruja, no es igual a vos. —El reproche fue tan inesperado como la acusación que contenían sus palabras—. No es una candidata elegible para acompañaros en el camino que debéis transitar.

—Y sin embargo, ambos llevan el sello que los vincula, querida Agatha —interrumpió su padre clavando la mirada en la mano de su esposa—. Y eso no es todo, puedo apreciar que también comparte tu caudal, ¿no es así, Iver?

Lanzó una mirada soslayada a su padre y vio esa particular sonrisa suya curvándole los labios. En esta ocasión no estaba siendo sarcástico, ni tampoco irónico, solo constataba un hecho que cualquier usuario de magia podría ver.

—Puede que no haya nacido en el seno del aquelarre, pero el vínculo matrimonial está intacto, no hay una sola grieta en él ni tampoco rechazo —declaró con seguridad—. Blaire Bryson es, a todos los efectos, la esposa del *Alto Hechicero* de Bryson y es una bruja.

—Dios. Mira que te gusta oírte hablar diciendo eso… —masculló ella a su lado—. Te lo he dicho por activa y por pasiva. ¡No soy una maldita bruja!

Su estallido se llevó por delante las luces del salón.

—Oh, dios… —Oyó jadear a la mujer.

—Vaya… Eso ha sido inesperado. —Añadió su padre visiblemente sorprendido.

—Mierda —rezongó al mismo tiempo Blaire.

—No te muevas ni una pulgada —le dijo mientras comprobaba la estancia y descubría que las bombillas se habían volatilizado y los circuitos de las lámparas estaban fritos.

—¿Haces los honores o vamos a seguir con esta interesante reunión a oscuras? —preguntó Seamus.

Se mordió una respuesta menos que elegante y conjuró rápidamente dos orbes de luz que iluminaron la estancia.

—Gracias —replicó el viejo en voz alta mirando ahora a ambas mujeres—. Sé que puede ser difícil de comprender, Agatha, pero está claro que tu hija es ahora la bruja de los *Braid Manor*. Iver ha compartido con ella su poder y el que no lo haya rechazado demuestra la fuerza del vínculo matrimonial existente. Si una unión no fuese fructífera, si no hubiese una conexión primaria, el anillo dibujado en sus dedos no estaría completo, probablemente ni siquiera se mantuviese sobre la piel de esta jovencita.

—Pero… —La mujer se volvió hacia su hija y esta vez parecía mirarla de manera distinta

—. Oh, Blaire. ¿Tienes siquiera una ligera idea de lo que esto significa, de cómo serán las cosas para ti a partir de ahora?

—No me apartaré de su lado, no tendrá que atravesar todo esto sola —se adelantó él.

La mujer sacudió la cabeza y lo miró a los ojos.

—En su día os dije que ella no era como vos… —mencionó la mujer y no pudo evitar fruncir el ceño ante tal comentario—. También se lo dije a Blaire. Y sin embargo aquí estáis de nuevo, más unidos si cabe que antes. Hay cosas que no pueden evitarse, ¿no es así?

El comentario los dejó a ambos un poco descolocados, pero ninguno tuvo tiempo a responder, pues la mujer continuó.

—Bien. Si así tienen que ser las cosas, que así sean —sentenció decidida antes de volverse hacia su hija—. Pero quiero una boda como dios manda.

—¿Qué? —El chillido que pegó su esposa casi le perfora los tímpanos.

—Sí. Sin duda sería lo más adecuado —corroboró ahora su padre, quién parecía realmente divertido con aquel giro de los acontecimientos.

—No, ni hablar —negó su compañera con total rotundidad—. Que boda ni que boda.

—Ayudará a presentarte como una hija de pleno derecho de los Bryson frente al aquelarre y proclamará ante el mundo que sois los nuevos señores de *Braid Manor* —añadió el hombre volviéndose una vez más hacia él—. He de admitir que has sido más valiente que yo con tu elección. Te has arriesgado. El resultado puede no haber sido lo que esperabas, lo que ninguno de nosotros esperaba en realidad, pero quizá esto es justo lo que necesitamos los Bryson para seguir creciendo. Sangre nueva y de la familia más leal que podrías encontrar jamás. —Avanzó entonces hacia la chica y le puso la mano sobre el hombro—. No te dejes mangonear por él, querida niña, mantente firme contra viento y marea y verás que al final del viaje estarás justo dónde siempre has querido estar.

—*Milord*. —Su parlanchina esposa parecía haberse quedado sin palabras ante su padre.

—No creo que necesite consejos para eso… —murmuró solo para oídos de la mujer que tenía al lado y que le respondió con una fulminante mirada.

—Inevitable. —La suave risa femenina los llevó a ambos a mirar a Agatha. La mujer parecía haber perdido un poco de la tensión que la atenazaba y el suspiro que soltó no hizo más que confirmarlo—. Eleanor tenía razón, los caminos de esta casa son… inesperados e inevitables.

—Una sabia apreciación de una mujer todavía más sabia.

—No quiero una maldita boda —masculló ella volviéndose hacia él—. Me niego. No pasaré por eso… Ni de coña.

Su negativo fervor lo cogió por sorpresa.

—Te das cuenta de que con ceremonia o sin ceremonia ya estamos casados, ¿no?

—Es un poco difícil pasarlo por alto cuando esto no se borra —levantó el dedo marcado con irritación—. Así que no será necesario llevar a cabo una estúpida ceremonia para confirmarlo. Solo sería un recordatorio más de tu maldita estupidez.

—¡Blaire! —La censuró su madre—. No puedes hablarle así a lord Bryson.

—Es su marido. Que le hable como quiera. Con suerte lo hará espabilar —aseguró Seamus con una sonora carcajada—. Sí, señor. Parece que por fin va a salir el sol en esta vieja casa.

—Locos, estáis todos jodidamente locos —declaró ella con rotundidad—. Pero, ¿qué pensáis que estáis haciendo? ¿Quiénes sois vosotros para decidir algo como esto? Se trata de mi vida. *Mi vida*. Y no he pasado todos estos años viviéndola a mi manera como para que ahora intentéis imponer un criterio que ni he pedido, ni necesito.

—Blaire… —El tono de Agatha perdió intensidad y algo en su mirada le dijo que no le sorprendía el estallido de su hija.

—No debí volver aquí —sentenció ella con una pizca de amargura—. Ha sido un error… Uno más.

Sin una palabra más, dio media vuelta y cruzó el salón a zancadas, sumiéndolos a todos en un inesperado silencio.

—¿Qué ha sido eso? —Iver esperó a dejar de escuchar los pasos de su esposa para hacer la pregunta.

Agatha sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiese daros una respuesta, pues eso significaría que sé lo que le pasa —mencionó ella con un suspiro—. Espero que tengáis más suerte que yo y os lo cuente, porque hasta ahora yo solo he obtenido silencio.

Asintió en respuesta y volvió a mirar hacia el umbral por el que había salido.

Su esposa había vuelto a huir, pero al menos en esta ocasión no se había marchado de casa. Suponía que podía tomar eso como una buena señal.

CAPÍTULO 8

Una boda. De todas las estupideces que habían tenido lugar el día de hoy, aquella podía competir con la del mismísimo matrimonio echado a suertes.

No la pondrían de nuevo en esa tesitura. No había fuerza humana o sobrenatural sobre la faz de la tierra que la llevase de nuevo a pasar por algo semejante.

Blaire echó un vistazo a la puerta que acaba de atravesar y se volvió para cerrarla con la llave. No quería estar aquí, no necesitaba estas enormes dependencias, pero James había dejado claro que no pensaba permitirle recuperar su dormitorio. La había interceptado en el momento justo para indicarle la dirección de sus nuevas habitaciones y la imposibilidad de utilizar la antigua.

«Todavía no hemos sido capaces de extirpar los pedazos de cristal de la pared».

El recuerdo de lo que le había pasado al espejo la obligó a replantearse su decisión y aceptar, aunque solo fuese de manera momentánea, aquella nueva ubicación.

Atravesó la antesala compuesta por un pequeño salón y entró en un dormitorio que era tres veces el suyo. El mobiliario era elegante y también moderno, con unos toques delicados y absolutamente femeninos que lo hacían parecer acogedor a primera vista. Dos puertas conducían al vestidor y al baño, un par de amplios ventanales cubrían casi toda una pared y algunos óleos decoraban la otra atrayendo la atención sobre un pequeño tocador y un largo cajonero.

Se sentó a los pies de la cama, la cual era lo bastante grande como para que pudiese perderse dando vueltas en ella. Se pasó las manos por el rostro y hundió los dedos en el pelo, tirando de él hasta sentir el pinchazo de dolor en el cuero cabelludo.

—No debí haber vuelto —murmuró para sí—. No debí volver a *Braid Manor*.

Pero, ¿qué otra elección tenía?

No podía seguir encadenando una mentira tras otra, ya no había manera de ocultar una vida que no existía, que se había hecho pedazos ese último año y cuyos fragmentos todavía no había terminado de pegar.

Cada vez era más difícil decir «todo va bien» y que su voz no la traicionase. Los pretextos para mantenerse alejada de su familia, para evitar que su madre fuese a verla se agotaban con rapidez. Lo único que podía hacer era esto, regresar al único lugar en el que había sido feliz

alguna vez, en el que se había sentido segura y protegida, aun si las mentiras la seguían también.

«Necesito un cambio de aires, cogerme unas largas vacaciones y reconectar con mis raíces. Además, ¿no eras tú la que siempre me recuerda que no he hecho la anualidad para la familia Bryson? Bueno. ¿Qué mejor momento para hacerlo que este?».

Había sido lo bastante convincente como para que su madre no solo no sospechase de su repentina necesidad de volver a casa, sino que se lo plantease como el regreso a casa de su hija; la familia volvía a reunirse. Sin embargo, su tía Eleanor no era tan fácil de contentar. Ella supo que algo no andaba bien en el mismo instante en que la vio, pero era lo bastante precavida como para no decir nada delante de su madre, aunque eso no significaba que no la interrogase cada vez que tenían algún momento a solas.

No. Ya no era la Blaire que había sido cuando dejó *Braid Manor* quince años atrás, ni tampoco la mujer independiente y confiada en la que se convirtió tras su paso por la universidad y sus primeros pasos en el mundo laboral. El último año se había encargado de hacerla pedazos, de desestabilizarla y llevarla a un punto de no retorno en el que casi se pierde a sí misma para siempre.

Y ahora, salida de la nada, aparecía ante sí una nueva batalla y ella estaba completamente desarmada.

—Lady Bryson —murmuró mirando el tatuaje que le rodeaba el dedo anular—. ¿Por qué? ¿Por qué de entre todas las malditas mujeres presentes en el salón tuvo que elegirme a mí?

Se dejó caer de espaldas sobre la cama y cerró los ojos. No quería llorar, pero se sentía tan impotente, tan cansada de todo, que las lágrimas acudieron y resbalaron por sus mejillas sin que pudiese hacer nada para detenerlas.

—No soy una bruja, no soy una de ellas —musitó con voz entrecortada—. No soy como él… Nunca lo seré.

Y sin embargo ya no podía negar lo que sentía en su interior, el calor que habitaba en sus venas, el cosquilleo sobre su piel, el frío intenso que empezó a embargarla cuando estuvo en presencia de aquellos fantasmas.

—Fantasmas. Eran dos jodidos fantasmas… —dejó escapar una amarga risotada y se volvió hasta acurrucarse de lado—. Espíritus del viejo cementerio de Calton viniendo a saludar. Joder, ¿puede haber algo más surrealista que eso?

Los fragmentos del espejo congelados en el aire. Los mismos clavados luego en la pared. Las luces que habían estallado tan solo unos minutos antes en el salón.

Había vivido buena parte de su infancia en este lugar, conocía el olor y el sonido que tenía la magia y ahora también sabía cómo era llevarla en las venas.

Bruja por matrimonio.

—Unos heredan títulos nobiliarios, casas solariegas, deudas… —enumeró con un

chasquido—. ¿Y qué heredo yo? El caudal de magia de un *Alto Hechicero*.

Y esa herencia no se disminuiría con el tiempo, sino que crecería de la misma manera en que crecía el poder de Iver. Era la ley de la hechicería, la forma en la que ocurrían las cosas desde hacía generaciones y más generaciones. Su familia lo sabía mejor que nadie, conocían sus leyes, sus secretos y los custodiaban como los guardianes que eran.

Desde que era una niña y aprendió los secretos que se ocultaban en esa mansión, desde que comprendió y vivió la existencia de la magia como algo normal, pero que al mismo tiempo debía ser mantenido en secreto, supo que su vida sería muy distinta a los de los demás.

Secretos. Toda su vida había estado llena de secretos y mentiras, algunas ni siquiera parecían tener fin. Y a la luz de los recientes acontecimientos, no era probable que pudiese deshacerse de ellas.

Estaba cansada de tener que fingir ser algo que no era, de intentar representar un papel en el que no encajaba, de ser algo, cualquier cosa, que le permitiese seguir entera y poner un pie delante de otro. Estaba perdida. Se había perdido a sí misma en algún punto del camino y aún no había sido capaz de encontrarse.

Bruja. Esposa. La señora de Braid Manor. Lady Bryson.

—No desaparecerá —admitió en voz alta—. Aunque lo desee con todas mis fuerzas, no desaparecerá.

Ni siquiera la magia podía deshacer una unión vinculante, no cuando los anillos gemelos aparecían y el contorno permanecía cerrado. Iver Bryson era su marido. Él lo había decidido de manera unilateral, se había jugado su propia vida y su futuro de una forma infantil, pero incluso así la unión se había forjado.

La sorpresa e incredulidad de todo el mundo no se debían tanto al hecho de que ella no fuese una *hija del aquelarre*, como a que él fuese el *Alto Hechicero* de Bryson. En las familias patriarcales del aquelarre primaba el pedigrí, la pureza de poder, por lo que era costumbre que las uniones se hiciesen siempre entre brujos. De hecho, no podía recordar si se había dado algún caso parecido en el pasado, no en su familia, al menos. Sí había oído hablar de escándalos de brujas uniéndose a mortales sin magia, de hechiceros eligiendo a mujeres que no pertenecían a un coven, pero se trataba de usuarios menores, no de alguien del nivel de poder de Iver.

Miró una vez más el aro tatuado en su dedo y lo frotó una vez más.

—¿De todas las posibles candidatas tenía que ser yo? —preguntó al vínculo, como si este pudiese responder—. ¿Te diste cuenta de que había brujas guapísimas y poderosas en el salón? Por qué demonios te fijaste en mi dedo, ¿eh? ¿Tienes idea de lo que esto supone para mí?

No obtuvo respuesta, pero tampoco la esperaba. Se conformaba con dejar salir todo lo que tenía dentro ahora que estaba sola.

—¿Pero tú has visto el desastre que hice en el dormitorio? —insistió con un mohín—. Ese

espejo podía haberme cortado en pedacitos. No sé cómo encauzar esto, ni siquiera sé lo que significa *encauzar*.

Dejó escapar un profundo suspiro y se llevó la mano a la frente, dejándola caer a continuación sobre los ojos.

—Me has convertido en esposa y bruja en el mismo día —resopló—. ¿Y ahora qué?

Sabía muy bien lo que venía ahora: Aceptar que su vida había cambiado una vez más.

Por más que gritase, patalease y se negase a aceptarlo, no había la más mínima posibilidad de que aquello fuese a cambiar. Tenía que comportarse como una adulta, sacar fuerzas de flaqueza y enfrentarse una vez más a lo que la vida le había deparado.

Y en el proceso, se encargaría de que su nuevo y flamante marido se diese perfecta cuenta de la metedura de pata que había cometido al elegirla a ella.

—Iver Bryson, no tienes ni idea de la que te espera.

A decir verdad, ella tampoco la tenía, pero ya se encargaría de improvisar por el camino.

CAPÍTULO 9

Blaire se despertó con dolor de cabeza a la mañana siguiente.

Se sentía como si tuviese a todo un equipo de bailarines zapateando en el cerebro. El hecho de haberse pasado media noche dando vueltas podía ser la causa más probable de su malestar y el encontrarse ahora desorientada tampoco ayudaba gran cosa.

Se tomó unos cuantos minutos para encontrar el ánimo para dejar la cama, deambuló de un lado al otro y terminó en el baño, enjuagándose el rostro con agua fría.

—Dios mío, parezco medusa.

Su pelo había cobrado vida propia. La maraña en la que se había convertido dudaba que tuviese arreglo y, por primera vez en mucho tiempo, le importó un bledo.

Le dio la espalda al espejo y volvió al dormitorio.

El *tam-tam* en su cabeza parecía haber adquirido un ritmo propio, de hecho, casi podía escuchar el murmullo de voces que le hacían de coro. Pero no, no se trataba de su cabeza, el nuevo sonido venía de la puerta cerrada del vestidor.

—¿Hay una radio ahí dentro?

La posibilidad era absurda, pero dado que no había estado antes en esta ala de la mansión, tampoco podía afirmar con seguridad que no tuviesen un equipo de música o altavoces instalados ahí dentro.

Braid Manor podía tener el exterior de una mansión victoriana, pero su interior tenía todas las comodidades modernas imaginables. En los dos últimos meses había podido constatar las reformas que se habían llevado a cabo en algunas áreas de la casa, con lo que un sistema de sonido integrado solo sería un capricho más de los Bryson.

Abrió la puerta con intención de buscar el panel que controlase el volumen. Las luces interiores estaban encendidas iluminando una pequeña habitación adyacente en la que ya estaban colgadas sus escasas prendas. En uno de los estantes alguien había colocado también sus zapatos y deportivas, mientras que otro contenía el único par de bolsos que poseía y una vieja mochila con la que solía salir de excursión.

—Incluso han traído la infame maleta —musitó al encontrar la susodicha a un lado del enmoquetado espacio.

La música que había creído escuchar ganaba intensidad a medida se adentraba en el

habitáculo. Tal y como había esperado se habían instalado unos altavoces en el techo, pero curiosamente solo parecían estar en funcionamiento los que se encontraban al fondo del estrecho pasillo.

Rodeó la pared que parecía hacer la función de división y se detuvo en seco al encontrarse con un ancho y desnudo pecho masculino empezando a ser cubierto por una impecable camisa de color blanco.

De pie en lo que a todas luces era el área masculina del recibidor, llenando el espacio que desembocaba en la puerta abierta de un dormitorio adyacente, Iver Bryson parecía tomarse con calma el ritual matutino de vestirse. Con el pelo negro húmedo peinado hacia atrás, un sencillo collar alrededor del cuello, los pies descalzos y un pantalón de vestir que se ceñía a sus caderas como un guante, el hombre parecía estar más fresco que una lechuga.

Ya fuese porque quizá se le escapó un jadeo o porque presintiese su presencia, su marido ladeó la cabeza lo justo para mirar hacia delante y la vio.

—Buenos días, Blaire. —La saludó como si no fuese una sorpresa para él el encontrársela allí—. ¿Qué tal has dormido?

Sacudió la cabeza como si pensase que de ese modo él desaparecería; no funcionó. Él continuó con su tarea y empezó a abrocharse los botones ocultando toda aquella bronceada piel y unos músculos sin duda producto del gimnasio.

—¿Los dormitorios de esta planta comparten vestidor? —consiguió hablar a través de la seca boca.

Él enarcó una ceja ante lo que parecía ser una pregunta inesperada y asintió.

—Solo los nuestros —admitió sin más—. Son las habitaciones principales, la de los señores de la casa.

Por supuesto. ¿Dónde iba a alojarla ese maldito de James sino?

Anoche no había podido pensar en nada más que en todo lo que había pasado y en la manera de hacerle frente. Estaba tan desconcertada que todo lo demás carecía de importancia.

—¿Va todo bien? —La preocupación en la voz masculina hizo que bajase de inmediato la mano que ni siquiera se había dado cuenta de haberse llevado a la frente.

—Tengo jaqueca —repuso y se apresuró en añadir—. Y no, no es una estúpida excusa. Me duele la cabeza.

—Entiendo.

—Dudo que alguien que no tenga un cuerpo de baile danzando en la cabeza pueda entenderlo —masculló.

—Es tu magia, no la estás drenando.

—Yo no tengo de eso… —resopló, entonces se corrigió a sí misma—. Mejor dicho, lo que tengo no es mío… Así que…

—¿Recuerdas lo que hablamos ayer sobre empezar con tus lecciones?

Recordaba cuál había sido la primera en impartirle, una inesperada y demasiado íntima en la que tampoco quería pensar.

Hasta ahora se había borrado su beso de la cabeza, ¿por qué tenía que recordárselo?

—Si mal no recuerdo te dije dónde podías meterte esas lecciones… —repuso, pero incluso su respuesta parecía pálida comparado con el insistente martilleo—. ¿Puedes apagar la música? Lo digo en serio. Me estalla la cabeza.

—No es por la música… —repuso caminando hacia ella, le cogió la mano y se la llevó al pecho, justo dónde la camisa se abría y sus dedos acabaron por tocar la cálida piel desnuda—. Es por el caudal de magia que llevas dentro. Hasta que aprendas a drenarlo de manera automática, tendrás que concentrarte en hacerlo de otra forma. Cierra los ojos.

—Ni lo sueñes.

Sus labios se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Como quieras, permanece con ellos abiertos —concedió y había cierto tono divertido en su voz—. Respira profundamente e imagina como el calor que te corre por las venas, el que crece en tu pecho, empieza a moverse desde todos los rincones en dirección a tu brazo. Piensa en ello como un conducto por el que pasaría el agua e imagina ese caudal fluyendo hacia tus dedos, saliendo de ellos y entrando en mi pecho.

La manera en que hablaba, las pausas que hacía y el tono de su voz le resultaron hipnóticos. El tamborileo en su mente empezó a remitir lo bastante como para que pudiese dar forma a esas instrucciones y las convirtiese en imágenes. Sintió como el calor se movía en su interior y recorría cada parte de su cuerpo hasta deslizarse por su brazo y recalar en sus dedos. Entonces, ante sus atónitos ojos, vio como bajo sus yemas aparecía un suave y mortecino brillo que fue *in crescendo*.

—Despacio, Blaire. No hay prisa. Déjalo que fluya desde tu interior.

Quedó prisionera de ese brillo, era incapaz de dejar de mirar como parecía surgir de su mano para ser absorbido por la piel masculina.

—¿Cómo…? —No tenía palabras para explicar la sensación y el asombro que experimentaba en esos momentos. Solo sabía que su malestar se estaba extinguiendo.

—Y ahora vas a ir un pasito más allá —le informó con voz ronca. El cambio en el tono la llevó a levantar la cabeza y encontrarse con esos ojos azules del color del cielo ahora brillando como si estuviesen espolvoreados por purpurina—. Concéntrate en el calor que sientes en las yemas de los dedos, en el cosquilleo que te recorre la palma. ¿Los notas?

Asintió, eso era todo lo que podía hacer en esos momentos.

—Ahora imagina como ese calor y cosquilleo se convierten en pequeñas chispas de luz que van creciendo y se elevan al igual que pequeños fuegos artificiales. Pero estos son mucho,

muchísimo más delicados y debes soltarlos con suavidad… —Guio su mano, arrancándosela del pecho y volviéndole la palma hacia arriba. La luz le acariciaba la superficie como si una bombilla led estuviese pegada a su piel y dibujara cada una de sus líneas—. Déjalos salir, Blaire, siente como se elevan, como estallan aun si no puedes escuchar su sonido.

Algo pareció cobrar forma en la palma de su mano, un pequeño destello que parpadeó seguido de otro y otro más.

—Sigue, déjalo salir por completo. —La voz de Iver se convirtió en un susurro, como si él ya no estuviese a su lado, como si no fuese su propia mano la que sostenía la propia y esas pequeñas chispas fuesen todo lo que había en el mundo—. Escúchala, oye lo que te susurra…

Sus palabras se convirtieron en los comandos que su mente necesitaba, captó una suave e indefinida melodía, algo parecido a un tintineo y se dejó arrullar en él. No había escuchado nunca nada parecido y aun así lo encontraba familiar, encajaba en algún lugar dentro de sí misma.

Las chispas empezaron a extinguirse y la luz se fue apagando poco a poco hasta que volvió a contemplar tan solo su blanca y suave piel.

—Has nacido para esto.

El comentario la sobresaltó. La presencia de Iver volvió a ser tan tangible como lo era la mano que encerraba ahora la suya manteniéndolos unidos.

—¿Qué…? ¿Qué es lo que acaba de pasar?

—Acabas de encauzar la magia por primera vez —aseguró con visible orgullo—, y de manera impecable, debo decir.

—¿Encauzar?

¿Esto era encauzar?

—¿Qué tal tu cabeza?

¿Su cabeza?

—Ya… no me duele.

—Estupendo —aceptó él y se llevó su mano a los labios, besándole los nudillos antes de dejarla ir—. Si vuelves a sentir que tienes un grupo de baile danzando ahí dentro, solo deja salir la magia para que se drene o encáuzala de la forma en que acabo de enseñarte. Crea esas chispas hasta que vuelvas a sentirte bien.

Blaire tiró de la mano a fin de soltarse y se miró la palma una milésima de segundo antes de esconderla tras la espalda.

—Volveremos a probar después del desayuno —le informó al tiempo que volvía a concentrarse en su camisa. Terminó de abotonarla, la metió por dentro del pantalón y cogió el chaleco en el que ni siquiera había reparado y se lo puso con un movimiento fluido—. Por cierto. Si necesitas alguna cosa para tu guardarropa…

—No necesito nada.

—…házmelo saber —continuó ignorando su resoplido—. De hecho, te dejaré una de mis tarjetas mientras no nos envían las tuyas.

—¿Qué parte de no necesito nada no has entendido?

Él se volvió hacia ella mientras se abrochaba el chaleco.

—Ahora eres mi esposa, Blaire, es mi obligación proveerte de lo que necesites —replicó con sencillez—. Siempre y cuando sea razonable, claro está. No me pidas un castillo, por favor, aunque estamos en Escocia, nos saldría más cara la reforma y el mantenimiento que la propiedad en sí.

Entrecerró los ojos y se lo quedó mirando.

—Pues ahora que lo mencionas… —replicó con voz dulce—, quizá no es tan mala idea eso del castillo. Pero para que te vayas tú a vivir a él y me dejes en paz.

Con esa última frase, dio media vuelta y se dispuso a atravesar su parte del vestidor.

—¿Blaire?

Se contuvo de mascullar un improperio ya que eso la haría parecer una niña con una rabieta.

—¿Qué? —respondió sin volverse siquiera en su dirección.

—Tienes veinte minutos, esposa —le informó—. Los necesitarás para domesticar al león.

—¿De qué león estás…? —empezó a preguntarse. Entonces se llevó una mano a la cabeza, a su alborotado pelo y supo exactamente a que se refería—. ¡Vete al cuerno!

La sonora carcajada masculina fue lo último que escuchó antes de cerrar la puerta del vestidor de una patada.

by Kelly

CAPÍTULO 10

—Te veo bien, ¿cuándo vas a retomar la actividad presencial en la empresa?

Iver enarcó una ceja ante el recibimiento que le ofreció su padre nada más cruzar el umbral del pequeño salón en el que solía hacer el desayuno y la mayoría de las comidas familiares. No esperaba encontrarlo todavía en la mansión, pero tampoco es que le sorprendiese.

—Tu madre me ha llamado —añadió doblando el periódico que había estado leyendo para dejarlo a un lado sobre la mesa—. Esperadla sobre las once y prepárate para un drama bíblico.

Se contuvo de poner los ojos en blanco y miró los servicios puestos en la mesa antes.

—Si buscas a tu flamante esposa, está en la cocina.

—¿Qué hace en la cocina? —La pregunta brotó antes de que pudiese detenerla.

—Parecía estar teniendo una batalla a muerte con un bol de *porridge* —le informó al tiempo que cogía los cubiertos y se disponía a dar parte de su desayuno—. Buen trabajo, por cierto. Parecía estar bastante controlada para ser su primer día como bruja. Toda una proeza teniendo en cuenta el caudal que le has traspasado.

—No es a mí a quién tienes que felicitar, el mérito es de mi esposa.

—Así que tiene una predisposición natural hacia la magia, eso es bueno —admitió llevándose el primer bocado a los labios—. Cuanto mayor control tenga sobre el caudal que ahora corre por sus venas, menos oposición encontrará en el aquelarre.

—Dudo que le importe su opinión o la de cualquiera relacionado con la hechicería.

Seamus dejó escapar un bufido de risa.

—Y ese es uno de los motivos por los que tu elección es tan interesante —aseguró de buen humor.

Optó por no responder, miró una vez más a su alrededor, le echó un vistazo al reloj y se volvió para marcharse por dónde había venido.

—Si vas a quedarte en la cocina, dile a Eleanor que me envíe una cesta más de estos panecillos —le soltó cuando estaba a punto de salir—. Las manos de esa mujer son de oro.

Lo miró de soslayo y salió ignorando a propósito la petición.

No podía decir que le sorprendiese la ausencia de su esposa en el desayuno. Aun cuando le había dicho expresamente que la esperaría para comenzar el día juntos, se trataba de dar un salto de fe y aceptar algo que él llevaba toda la vida sabiendo que llegaría. Iver estaba preparado para ello, pero que para Blaire era un cambio drástico y repentino.

Dejó atrás el pequeño comedor y atravesó la mansión hacia las cocinas.

El ambiente siempre parecía cambiar en las inmediaciones de aquella parte de la casa. El aire parecía menos pesado, había mucha más luz y las conversaciones no dejaban de fluir. El aroma del pan recién hecho y de la comida que salía de aquellas dependencias invitaba a pasar, sentarse a la pequeña mesa en la que solía encontrar a Eleanor llevando a cabo alguna de sus tareas y degustar sus platos.

—Esa niña es tan terca como una mula.

—Ya no es una niña, Agatha.

—Pues se está comportando como tal —resopló la mencionada—. Dime sino qué hace aquí. Tendría que estar ahí fuera, en el salón pequeño, desayunando con su marido.

—Mientras desayune, me da exactamente igual dónde lo haga —repuso la matrona con decisión—. Y si mi muchacho es inteligente, será de la misma opinión.

Mi muchacho. Sonrió al escucharse llamar así. Para esa mujer siempre sería el niño que correteaba por la vieja casa, el que se llenaba los bolsillos de tierra y se escabullía a la cocina para comerse sus tartaletas de limón. Eleanor había estado presente mientras crecía y no había tenido el más mínimo reparo en llamarle la atención o tirarle de las orejas si lo requería. No había hecho distinciones entre su hijo Kieran y él cuando estaban juntos, le había mostrado el mismo cariño que su propia madre y solo por eso, la quería tanto como a ella.

—Blaire no está preparada para esto —continuó Agatha con un bajo suspiro—. ¿Matrimonio? ¿Un marido hechicero? No volvió a *Braid Manor* para esto.

—No sabemos por qué volvió —admitió la mujer limpiándose las manos en el delantal—, pero lo hizo. Y eso es lo más importante. Cuando necesitó un lugar en el que cobijarse, en el que sanar sus heridas, cuales quiera que estas sean, eligió volver a casa.

—Nadie está más agradecida que yo por tenerla de vuelta, Ele, pero, ¿esto? ¿Ahora? —Hizo una larga pausa, como si estuviese cavilando en algo, entonces chasqueó la lengua—. Creí estar haciendo algo bueno por ella al mandarla fuera, al darle la oportunidad de conocer otra vida lejos de esta obligación que lleva generaciones en nuestra sangre, pero parece que hemos vuelto al punto de partida.

—Quizá no debió marcharse para empezar —replicó la mujer con sencillez—. ¿Qué sabremos nosotras? El destino tiene sus propios planes y está claro que los que ha ideado para nuestra Blaire están aquí, en este lugar y con Iver.

¿Lo estaban? Se preguntó él también. Las palabras de las dos mujeres le dieron algo en lo que pensar.

Sí. Su esposa había abandonado la mansión cuando era poco más que una adolescente, sus recuerdos de ella pertenecían a aquella época y llevaban tanto tiempo enterrados en lo más profundo, que le sorprendía recordar ahora ciertas cosas. Su vida había estado lejos de esta casa y de las obligaciones de su familia y a juzgar por lo que acababa de escuchar, su vuelta parecía

deberse a algo privado, algún suceso del que no había querido hacerles partícipes.

¿Habría vuelto realmente en busca de seguridad? ¿De un lugar en el que lamerse las heridas? ¿Y qué heridas eran esas?

La realidad es que ya no sabía quién era la mujer con la que se había unido, pues distaba mucho de ser la chiquilla que recordaba.

Pero, ¿acaso no era algo con lo que había contado ya? ¿El no saber gran cosa sobre su futura esposa? La realidad era que ni siquiera conocía a las candidatas que había seleccionado James y sin embargo había estado dispuesto a crear un vínculo con cualquiera de ellas a fin de resolver sus propios problemas. Eso era lo que se esperaba del cabeza de la familia Bryson, lo que se le había inculcado desde la cuna. Blaire solo había sido una incógnita en la ecuación, pero el resultado no dejaba de ser el mismo, ¿no?

No del todo. A las otras mujeres no las conocía de nada. Sabía de sus familias, de sus trayectorias, pero no podía decir que recordase como eran de jóvenes. Con ellas no tenía la conexión previa que había tenido con la morena de pelo indómito, una fugaz y lejana en el tiempo, pero que estaba allí y cada vez se hacía más presente.

Había gestos en su esposa que le recordaban esa juventud. Su forma de moverse, de expresarse, la manera en que parecía ir siempre despeinada, pero todas ellas eran encarnadas ahora por una mujer adulta, una que le despertaba curiosidad.

Y deseo, admitió para sí mismo al recordar su aspecto apenas unos momentos antes en el vestidor o el beso que había reclamado el día anterior. Le gustaba la chica, le gustaba lo bastante como para empezar a fantasear con ella.

Sacudió la cabeza e hizo a un lado sus pensamientos para entrar en la estancia haciéndoles notar su presencia.

—…solo espero que ella pueda amoldarse a…

—Buenos días —saludó haciendo que ambas mujeres se volviesen hacia él.

—Buenos días, querido —lo recibió Eleanor con la misma sonrisa de siempre.

—Buenos días, *milord.*

—Ahora somos familia, señora Matheson —le dijo con amabilidad—. Llámeme, Iver, por favor.

La mujer se sonrojó un poco, pero algo cambió en sus ojos y su expresión se suavizó.

—Por supuesto —admitió ella y añadió—, pero solo si dejas de llamarme señora Matheson.

—Hecho —sonrió.

—¿Has desayunado ya? Tu padre está en el salón pequeño…

—Lo sé. Vengo de allí —admitió deslizando la mirada hacia Eleanor—. Esperaba encontrar también a Blaire…

La mujer chasqueó la lengua y señaló el umbral que conectaba el área de la cocina con el área de comedor.

—La encontrarás ahí dentro, peleándose con el *porridge* —le informó—. Siéntate a la mesa. Si esperas que se una a vosotros en el salón, tendrás que llevarla a rastras.

—Preferiría no tener que hacerlo, la verdad —admitió irónico.

—Y eso te convierte en un hombre inteligente —murmuró su suegra.

Con un gesto hacia ambas mujeres, cruzó la habitación y entró en el área en el que solían hacer vida la familia. Sentada en una esquina de la mesa de madera, su esposa revolvía con desgana el gomoso contenido de su bol. La alborotada melena a la que había hecho mención estaba ahora recogida en una gruesa trenza, algunos mechones rebeldes se habían escapado sin embargo acariciándole la cara.

—Si no te gusta la avena, debiste haber buscado una mejor alternativa como desayuno.

Respingó en el asiento antes de levantar la cabeza como un resorte y encontrarse con su mirada.

—¿Qué coño haces aquí?

Enarcó una ceja ante su elección de palabras, pero se limitó a pasarlas por alto, apartar una silla y ponerse cómodo.

—Buscarte —afirmó sin andarse con rodeos—. Esperaba verte en el salón de desayuno, pero como no has hecho acto de presencia… Vine en tu búsqueda. Esperaba que pudiésemos compartir un primer desayuno como marido y mujer.

Ahora fue ella la que enarcó una ceja.

—No somos marido y mujer.

—Lo somos, pero si necesitas una ceremonia nupcial para corroborarlo…

—No tengo la más mínima intención de plantarme en el altar, gracias.

—¿Plantarte? Sin duda es una nueva forma de decirlo.

—Olvídate de la dichosa boda —resopló y hundió la cuchara en la avena e hizo a un lado el bol.

—¿Qué te ocurre? —Fue directo al grano—. Tu humor se ha volatilizado y puedo notar que no es a causa del caudal…

—Nada que sea de tu incumbencia.

—Pero lo es. Eres mi esposa. Si te ocurre algo, quiero saberlo.

—Entiendes el concepto de privacidad, ¿no? —resopló al tiempo que le dedicaba una mirada de lo más irónica.

—Mucho mejor de lo que piensas.

—¿En serio? Me cuesta creerlo.

—¿No puedo preocuparme por ti?

—No es necesario que lo hagas, me basto y me sobro para hacerlo yo misma.

—Blaire.

—¿Qué?

—A menos que tengas intención de convertir la avena en una especie de gomosa arma arrojadiza, intenta calmar tus nervios.

El contenido del cuenco de la chica había empezado a bullir como si estuviese al fuego. El mejunje hervía y creaba pequeñas pompas que explotaban, por ahora, en el interior del cuenco.

—¿Qué demonios…?

—Tu magia es emocional —le informó al tiempo que enfriaba de golpe el contenido del recipiente con tan solo un movimiento de los dedos—. Accedes al caudal a golpe de emociones, lo cual puede ser peligroso, ya que no tienes control sobre ello. Lo haces de manera inadvertida, dejas que el torrente te llene y lo haces estallar sin pensar. Por supuesto, solo requiere un poco de concentración y entrenamiento el que aprendas como controlarte a ti misma y evitar convertir el *porridge* en un arma…

Ella miró el tazón ahora alejado de su mano y luego a él, sus labios se curvaron con total ironía.

—¿*Porridge* asesino? ¿En serio?

—Tú mejor que nadie sabe lo que le ocurrió al espejo de tu anterior dormitorio.

Sus palabras parecieron afectarla ya que su ironía dio paso a la visible preocupación y al miedo.

—¿Los fragmentos siguen clavados en la pared?

—No. Ya no —admitió, pues los había retirado él mismo minutos antes de llegar al comedor. La fuerza con la que estaban clavados daba validez a la preocupación que había manifestado James—. La habitación vuelve a estar en condiciones de ser habitable.

El alivio asomó en sus ojos un segundo antes de que estos volviesen a velarse por la preocupación.

—Te enseñaré a dominar el caudal para que nada de esto vuelva a pasar si no es lo que quieras que pase.

—Lo mejor que podrías hacer es quitarme lo que me has dado, pero entiendo que no es algo que puedas obtener de vuelta.

—No, no lo es —corroboró—. Ahora es tuyo, es parte de ti. Ya sabes cómo se siente, conoces su melodía, solo tienes que aprender… como tocar las piezas correctas.

—Si esperas que aprenda a tocar el piano que hay en el salón, ve pensándolo de nuevo, porque podrías hacerte viejo esperando por algo así.

Sonrió en respuesta y negó con la cabeza.

—No espero que hagas nada que no quieras hacer —admitió—. Aunque no te lo parezca,

soy consciente de que vivimos en el siglo veintiuno. No voy a coartar tu independencia, ni a decirte qué puedes hacer y qué no con tu vida. Tus decisiones son cosa tuya, tú decides y afrontas las consecuencias de ello… no yo.

—Bien, puedo vivir con eso —respondió moviéndose sobre el asiento que ocupaba—. Nunca he tenido vocación de ama de casa.

—¿Y de qué tienes vocación? —se interesó—. ¿A qué te dedicas?

—Ahora mismo a nada —replicó en voz baja, casi molesta de admitir aquello para alguien más que para sí misma—. Decidí… tomarme un año sabático y cumplir con mis obligaciones familiares para con los Bryson.

—La anualidad —asintió. Era un periodo que todo miembro de la familia que guardaba a un *Alto Hechicero* debía cumplimentar. De algún modo era como un juramento de lealtad, una manera de decir que no se olvidaban de sus raíces ni su legado. Solía llevarse a cabo entrando al servicio de la casa, ya fuese de su mantenimiento, del servicio doméstico o incluso como ayudante personal o empleado de alguna empresa de los Bryson—. ¿Y sin tener vocación de ama de casa optaste por entrar en el servicio doméstico?

—No es como si la familia Bryson pudiese necesitar una ilustradora, ¿no?

—Bueno, ahora la tiene —aseguró señalándola con un gesto de la barbilla—. Así que, ¿pintas? ¿Dibujas? ¿Artes gráficas?

—Un poco, sí y absolutamente.

No pudo más que esbozar una sonrisa ante la manera en que respondió a sus preguntas.

—Interesante.

—Así que, a menos que estuvieses interesado en que pintase las paredes de la mansión o hiciese algún mural, mis habilidades eran más útiles en el servicio de la mansión.

—Bueno, el dibujo no está entre mis habilidades, así que podría pedirte que me sorprendieses elaborando alguno de esos murales —replicó pensativo—. Aunque tendrías que mirarlo como un pasatiempo, más que una labor propia de una anualidad… Ahora eres una Bryson.

—Y te encanta recordármelo.

—Sí —admitió—. La verdad es que sí.

—Sinceridad al poder —mencionó ella y, por primera vez desde que se reencontraron, la vio sonreír. No fue una gran sonrisa, ni siquiera le llegó a los ojos, pero fue suficiente para él.

—Bueno, veo que seguís aquí y ninguno está sangrando…

El inesperado comentario hizo que ambos se volviesen para ver entrar a Eleanor con una bandeja en las manos llena de cosas.

—Té, leche, bollos recién hechos, salchichas y puré de patata —señaló dejando la bandeja sobre la mesa—. También hay algo de pan moreno. Más os vale que os lo comáis todo.

—¿Todo? —El jadeo de la chica podía unirse a su propia risa.

—Me gustaría poder salir por la puerta al final del desayuno, Ele, querida —aseguró mirando a la mujer—. Y creo no equivocarme al decir que a Blaire también.

—Absolutamente.

—Dejad de protestar y desayunad como debéis —atajó la mujer—. Tenéis una larga jornada por delante y debéis coger fuerzas.

No esperó a que la contrariaran, dio media vuelta y se marchó por donde había llegado.

—La verdad es que eso tiene mejor pinta que la avena.

Iver se volvió hacia su esposa, quién se encogió de hombros en respuesta a su mirada.

—No me oirás discutírtelo —admitió y puso un plato delante de cada uno de ellos—. Vamos. Al ataque.

—¿Al ataque? —Se burló ella—. No había escuchado eso de tu boca desde… Hace mucho.

—Me has hecho esperar y tengo hambre —replicó fingiéndose ofendido—. Así que, sí. *Al ataque.*

Esa sonrisa apareció de nuevo y esta vez fue un poco más amplia que antes.

—Está bien. *Al ataque pues, mi comandante*.

Sus palabras despertaron un recuerdo en su mente, el de una joven y desgarbada muchacha con el pelo negro recogido de cualquier manera. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un tocón y ante ella había dispuesto un pequeño mantel con un desayuno similar a este.

«Venga, muchacha, al ataque». Le había dicho en aquella ocasión, tras haber escuchado el gruñido del estómago femenino. *«Ni siquiera yo puedo comerme todo esto solo»*.

«Al ataque pues, mi comandante». Esa había sido su respuesta, una coronada de una divertida y alegre carcajada.

¿Qué habría sido de esa niña feliz? ¿Qué habría pasado ese último año para que Blaire hubiese perdido esa capacidad de sonreír?

No lo sabía, pero con cada momento que pasaba cerca de ella, se encontraba con más ganas de descubrirlo.

CAPÍTULO 11

—Primera lección: *Las ardillas siempre tienen la razón.*

Blaire ladeó la cabeza para ver a su marido acuclillado a un lado del sendero por el que habían estado paseando.

—Las ardillas —replicó dirigiendo ahora la mirada al animalillo de pelaje marrón que se había detenido a los pies del tronco de un árbol.

Después del desayuno la había obligado a coger el abrigo y, un segundo después de ponérselo, se encontró contemplando la escalinata que bajaba a los *Jardines de Princes Street*. El suelo estaba mojado por la lluvia, el sol había salido tímidamente entre las nubes y hacía brillar las gotas que perlaban las flores que formaban el reloj floral mientras su estómago daba un salto mortal con tirabuzón antes de decidir mantener su contenido.

Estaban en plena ciudad, el viejo castillo los vigilaba desde su promontorio de roca y el bullicio del tráfico de la calle, a tan solo unos metros, llegaba hasta ellos de manera ahogada en aquel remanso de paz. Le encantaba aquel lugar.

—Sí. Estos simpáticos animalitos tienen una sensibilidad especial para todo lo sobrenatural, pero parecen sentirse atraídos por nuestro caudal —mencionó estirando la mano hacia el bichejo de cola esponjosa que volvió sus redondos ojillos hacia él. La ardilla movió los bigotes y no dudó en dar un paso adelante tan pronto como vio el premio que el hechicero había hecho aparecer sobre la mano—. Y les encantan las nueces y las bellotas.

—Esa cosa no se siente atraída por la magia sino por la barra libre que le estás ofreciendo —chasqueó.

El animalito cogió el fruto entre sus patitas delanteras y empezó a dar cuenta de él.

—No está solo ella…

Su comentario fue seguido por el sonido de las hojas y la aparición de un par de roedores peludos más. No era la primera vez que veía esos animalitos por los jardines. La proximidad a las zonas arbóreas hacía de aquel parque un patio de juegos ideal, si a ello le añadías además la presencia de la gente que a veces las alimentaba y lo acostumbradas que estaban a ver a los humanos, lo normal era ver al menos una o dos pululando por allí.

Pero tenía que admitir que nunca había visto una familia tan numerosa ni tan dispuesta a acercarse a los seres humanos.

—Son ardillas y tú tienes comida para ellas —replicó encogiéndose de hombros—. Tontas no son, pero de ahí a que lleven siempre la razón… Tu primera lección hace aguas, *querido*.

Él le devolvió la mirada al escuchar el cariñoso apelativo.

—*Sarcasmo*, Iver, eso se llama sarcasmo.

—Algo que pareces dominar muy bien —admitió él incorporándose—. Veamos si eres capaz de obtener la misma maestría con algo más.

—¿Quieres que me convierta en domadora de ardillas?

—No —negó y continuó por el sendero cimentado que discurría entre dos filas de bancos de madera y desembocaba en la Fuente Ross—. Las ardillas solo estaban ahí e iban a salir antes o después a saludar, lo que quiero es que empieces a practicar el encauce de la magia.

—¿Pretendes que vuelva a hacer eso de los fuegos artificiales? ¿Aquí? ¿Al aire libre? —Miró a su alrededor—. ¿En el centro de Edimburgo?

Los jardines no estaban muy concurridos, pero era suficiente tener un par de turistas con cámara o móvil en mano para que acabase en algún vídeo de *Tik Tok* o *YouTube*. De unos años para aquí la gente parecía ser incapaz de ir a ningún sitio sin el móvil y se había generado tal tendencia a grabar cualquier estupidez y subirla a una red social que el anonimato estaba en serio peligro de extinción.

—Hay muchas maneras de encauzar la magia y cada vez que lo hagas, liberarás un poco de esa energía que te corre por las venas —explicó amoldando su paso, mucho más largo, al suyo —. Puedes hacerlo de manera vistosa o de forma en la que solo tú puedas notar sus efectos.

—Es decir, con *brilli-brilli* o sin *brilli-brilli.*

—Algo así —repuso llevándose de nuevo las manos a los bolsillos del abrigo.

Blaire se echó un vistazo a sí misma. A su abrigo, a sus pantalones vaqueros y las gastadas deportivas que llevaba puestas. Tenía el pelo trenzado y aun así se le habían hecho ya caracolillos en la frente y en los mechones que se habían soltado; no había nada mejor que la humedad de aquella ciudad para un pelo como el suyo. Comparada con él, que parecía un empresario aprovechando el descanso de la mañana para salir a airearse, ella parecía una becaria mal pagada.

Sacudió la cabeza y se fijó en el color azul verdoso de la fuente que se alzaba ante ellos. Entonces su mirada fue más allá, al otro lado de la pequeña plaza en la que se encontraba un pequeño cementerio.

—Pregunta —anunció en voz alta—. ¿Vamos a tener visitas como las de anoche? El domicilio de los… vecinos está justo ahí enfrente.

—Es raro ver a los fantasmas pululando por ahí a plena luz del día —mencionó siguiendo

su mirada hacia la iglesia y el cementerio que la rodeaba—. Prefieren el amparo de la noche para abandonar sus *domicilios*…

Un poco más de sarcasmo en esa palabra y gotearía en el suelo, pensó poniendo mentalmente los ojos en blanco.

—Con todo, será mejor que no vayas a pasear por *Greyfriars* ni de noche ni de día. Puede ser atrayente para los turistas y un lugar al que los locales suelen acudir para escapar de los raros días de calor, pero hay cosas con las que es mejor no entrar en contacto… Y la antigua prisión de los *Covenanters* es una de ellas.

—El primer campo de concentración de Europa —mencionó rescatando de su memoria parte de la historia del país—. Y pensar que solo eran parte de un movimiento religioso en el seno del presbiterianismo. La humanidad siempre haciendo palidecer a sus descendientes dejando legados tan macabros como ese… Solo para que después venga esa escritora y convierta el cementerio en un lugar de peregrinaje para los fans de un niño mago literario.

—Esa mujer ha hecho mucho daño a nuestra comunidad.

—¿En serio?

—Ahora parece que no puedes ser un hechicero, mago o bruja si no llevas una túnica de cierto color y gritas el nombre de tal o cual casa —mencionó y juraría que su voz contenía cierto fastidio—. Y mejor no menciono lo de las varitas…

—Alguien parece un poco sensible con ese tema, ¿no?

—Si hubieses visto las… estupideces que he contemplado yo en alguno de los cónclaves del aquelarre, lo entenderías —admitió y acto seguido hizo a un lado el tema volviendo a lo que los ocupaba—. Bien. Aquí estamos.

—Una fuente con agua —señaló con un gesto de ambas manos—. Lo cierto es que me gustaba más el color dorado que tenía antes. Este es muy… rococó.

—El color de la fuente te va a dar igual —aseguró acercándose al agua—, todo lo que tienes que hacer es sentir el agua.

—¿Metiéndome dentro?

—Te meteré yo mismo dentro si no consigues encauzar la magia en las próximas dos horas —declaró echando un vistazo a su reloj—. Es justo el tiempo que tenemos para hacer esto.

—¿Por qué? ¿Tienes una cita o algo? Por mí no te cortes, puedes irte ya mismo.

—La cita la tenemos ambos, según parece.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Sin decir una palabra más se inclinó sobre la fuente y, con un sutil movimiento de los dedos, extrajo una pequeña esfera de agua que elevó alrededor de un metro desde la superficie.

—Joder… —No pudo evitar exclamar un segundo antes de llevarse las manos a la boca y

tapársela.

—Siente el agua, crea la figura en tu mente y conduce el calor que fluye por tus venas hacia ella hasta darle forma.

—¿Y no quieres ya de paso que riegue las plantas? —repuso con voz ahogada.

—Es lo mismo que has hecho esta mañana —le aseguró rodeándola hasta quedarse a su izquierda—. Extiende la mano hacia el agua, busca en tu interior esa línea de poder y empújala hacia tus dedos, haz que se pliegue a tus deseos.

—Creo que preferiría probar con una de esas varitas…

—Blaire.

Respiró profundamente, dio un paso adelante y extendió la mano. Nada. Nada en absoluto.

—No funciona.

—Escucha —le susurró ahora al oído haciéndola temblar—. Cierra los ojos si es necesario. Concéntrate en el sonido de tu magia, pídele lo que deseas, empújala y guíala.

No pensaba cerrar los ojos, todo aquello se volvía mucho más aterrador cuando no podía ver.

Dejó escapar el aire y volvió a llenarse los pulmones antes de intentarlo otra vez.

—Escucha —insistió él.

Aquietó su respiración y aguzó el oído. Al principio no pasó nada, pero entonces algo pareció sonar desde lejos, sintió de nuevo ese calor corriendo por sus venas, por todo su cuerpo y volvió a guiarlo hacia sus dedos permitiendo que saliese al exterior.

El agua pareció iluminarse desde abajo, tal que si hubiese una lámpara en el interior de la fuente, entonces empezó a emerger como si burbujeara.

—Con suavidad, piensa en ello como el trazo de un pincel y muévelo con la misma delicadeza con la que lo harías —la guio con paciencia.

Dibujar era fácil, pensó, pero esto era todo lo contrario.

Dejó que sus dedos acariciasen la superficie y al hacerlo sintió un estremecimiento completamente líquido en su interior. Era el agua, tenía vida, escuchaba y se plegaba a la voluntad de quién la escuchase. Y ella lo hacía.

Movió los dedos y empezó a moldear algo bastante tosco. El líquido seguía sus movimientos, cobraba forma bajo su danza con la misma facilidad con la que movía un pincel sobre el lienzo.

—Arriba —señaló Iver, quien se había apartado lo suficiente para que ella pudiese moverse a su antojo.

Levantó la mano y con ella se alzó la masa informe que seguía fluctuando mientras le daba forma.

—Sigue —la instó con suavidad—. Termina la forma.

Aprisionó la punta de la lengua entre los labios y entrecerró los ojos como solía hacerlo mientras se concentraba en su arte. Sin pensarlo añadió la otra mano y ahora sí pudo moldear algo lo bastante fiel a como lo recordaba.

—La ardilla… —reconoció Iver contemplando la forma.

Lo era, la ardilla del camino, pero empezaba a pesar demasiado y cuando quiso darse cuenta dejó caer los brazos y la figura se diluyó convirtiéndose en una masa de agua que volvió a caer en la fuente.

Estaba agotada, tanto que tuvo que apoyar las manos en las rodillas mientras jadeaba en busca de aire.

Señor, ni que hubiese corrido una maratón.

—Eso ha sido…

—Agotador —replicó ella incorporándose solo para señalar uno de los bancos más cercanos—. Voy a sentarme y no pienso moverme.

—No me opondré a ello —aseguró acompañándola—. Has usado bastante caudal como para que permanezcas sentada varias horas.

—He seguido tus instrucciones —lo acusó con el dedo.

—No era una crítica, Blaire —negó quedándose de pie a su lado—. Lo has hecho bien, muy bien.

—¿Entonces, *lección ardilla* aprendida?

—La daremos por aprendida cuando consigas hacerlo sin drenarte por completo —señaló la fuente—. Pero ya conoces la mecánica. Solo tienes que concentrarte en hacerlo más… sencillo.

—Nada de ardillas.

—Servirá con que hagas una simple esfera de agua —admitió antes de añadir—. Pero por ahora, limítate a descansar.

—No creo que pudiese hacer mucho más ni aunque lo intentase.

—Poco a poco, brujita, la magia no se domina en un solo día —declaró sentándose a su lado, dejando un poco de espacio entre ambos—. Y tú llevas menos de veinticuatro horas con ella a tu alcance.

Sí y sin embargo parecía que había pasado mucho más tiempo, sobre todo porque no podía evitar sentirse junto a él como lo hizo en el pasado.

Y eso era demasiado peligroso.

CAPÍTULO 12

—¿Vas a hablarme de esa supuesta visita?

Iver echó vistazo a la mujer sentada a su lado. Estaba agotada y no era para menos, acababa de convertir un sencillo ejercicio en algo mucho más elaborado, no sin un esfuerzo considerable por su parte.

Cuando esa mañana fue capaz de encauzar su magia sin previo conocimiento, tuvo la corazonada de que acabaría consiguiendo, cuando menos, contralar su propio caudal con el tiempo. Pero la creación de la que acababa de hacer gala, no era sencilla, requería de concentración y fluidez a la hora de dirigir el poder y ella acababa de crearla a golpe de cincel.

Sin preparación, sin estudio, sin el riguroso entrenamiento que recibía cada hechicero o bruja desde casi la cuna. Una humana sin caudal que no solo aceptaba el traspaso de un *Alto Hechicero*, sino que era capaz de esgrimirlo, con torpeza, sí, pero también con éxito.

La mención a la visita lo llevó de nuevo al encuentro de aquella mañana con su padre.

—Mi madre —resumió en tan solo dos palabras volviendo la mirada hacia el castillo que se elevaba ante ellos—. Parece que ciertas noticias llegan a Nueva York mucho más rápido que otras. No descartaría también que a lo largo del día o en próximas jornadas, apareciese también una división del aquelarre para confirmar los rumores de nuestro enlace.

—No parece hacerte demasiada ilusión la visita.

Había curiosidad en el tono de su voz.

—Preferiría gozar de unos días de tranquilidad antes de sumergirme en explicaciones y argumentos —admitió volviéndose hacia ella—. Mi prioridad es enseñarte a comprender y manejar el caudal mágico que te he traspasado, no tengo tiempo para perderlo en reuniones absurdas.

—¿Encontrarte con tu madre entra dentro de la clasificación de reunión absurda? —No le pasó por alto la ironía subyacente.

—¿En estos momentos? Totalmente.

—¿No os lleváis bien?

—Todo lo contrario. —Negó con la cabeza—. Tenemos una relación muy fluida.

Se volvió hacia ella al sentir su mirada clavada.

—Entonces supongo que lo que no quieres es tener que explicarle tu metedura de pata y la poca acertada elección que has hecho. —Se señaló a sí misma.

—No eres una elección poco acertada —le sostuvo la mirada al decir aquello—. Eres mi esposa.

—Solo porque la cancioncilla acabó sobre mí.

Eso no podía rebatirlo, pero tampoco era algo que desease admitir.

—El azar tiene caminos complicados de entender.

—Ahórrate las frases filosóficas —replicó poniéndose en pie y estirándose como una gata perezosa—. Estaba allí, vi lo que hiciste y conozco el resultado. El que haya decidido avanzar, en vez de enfurruñarme y patalear como una loca, es solo porque hacerlo no me reportará ninguna solución.

—Lo que denota tu madurez.

—No se trata de madurez, sino de sentido común. —Se encogió de hombros—. Y de autoconservación. No soy bruja, no nací en el aquelarre y sin embargo, ahora sé lo que debe sentirse al serlo…

—Eres bruja, lo que acabas de hacer con el agua es una prueba más que palpable.

—Eso ha sido un golpe de suerte aderezado con tus instrucciones y mi cabezonería —chasqueó la lengua—. No tengo deseos de herir a nadie. Ni de manera accidental, ni intencionada. Y tampoco quiero matarme a mí misma, así que… Autoconservación. Lo que dije.

—No deja de ser un movimiento inteligente por tu parte y un signo de madurez —aseguró confirmando su anterior pensamiento—. Cuando no puedes escapar de algo, solo queda adaptarte.

—No cantes victoria tan rápido, Iver Bryson, que haya aceptado asistir a tus lecciones, no quiere decir que esté de acuerdo con este asunto del matrimonio, vínculo o como quieras llamarlo. —Fue muy tajante con su respuesta—. Esa fue una decisión unilateral tuya. Yo no tuve voz o voto en ello, no me dio ni tiempo a procesar lo que estaba pasando cuando me encontré con esto en la mano. —Agitó los dedos para hacer hincapié en la marca oscura que le rodeaba el anular—. No soy tu esposa. No soy tu mujer. Solo soy la mitad de este acuerdo vinculante que se ha establecido entre nosotros.

—¿Por eso no quieres una boda?

—No es un error que esté dispuesta a cometer de nuevo.

La amargura en su voz fue casi tan sorprendente como el estamento que acababa de hacer.

Sabía que no estaba casada, que no había ningún vínculo vigente con otra persona, pues de haberlo el tatuaje en sus dedos nunca se habría manifestado, pero eso no quería decir que no lo hubiese estado.

—¿Ese es el motivo de que hayas regresado a Escocia después de tantos años?

—Regresé porque este es mi hogar, porque tenía la intención de tomarme un año sabático y cumplir con mis obligaciones como hija de una familia de servicio —resumió sin volverse siquiera hacia él—. Aunque, en serio, si llego a saber la clase de locas maquinaciones que te estaban pasando por la cabeza, podría haberme planteado el reconsiderarlo.

No estaba diciendo toda la verdad. Ignoraba qué era lo que habría pasado para que tomase tal decisión, pero había mucho más de lo que acababa de mencionar.

La vio acuclillarse ante la fuente y tocar el agua con los dedos. No iba a decir nada más al respecto, suponía que ya habría hablado más de la cuenta y no quería seguir adelante.

—¿Crees que podrás crear ahora la esfera que te pedí? —Optó por respetar su silencio y siguió con lo que los había llevado allí para empezar—. Ya sabes, una que no tiene orejas ni cola larga.

La mirada irónica que le dedicó tiró de sus labios.

—¿Y bien?

—Si pudiera haría un cocodrilo solo para ver cómo te muerde el culo.

—Con tu imaginación serías capaz de hacerlo —admitió y señaló a su alrededor—. Aunque creo que sería algo demasiado grande como para que pasase desapercibido.

—¿Siempre tienes respuestas para todo?

—No siempre, pero por alguna extraña razón, estar cerca de ti aguza mi ingenio.

—No sé para qué pregunto —masculló dándole la espalda. Se remangó una vez más los puños del abrigo y se concentró en la fuente—. Muy bien. Cocodrilo, allá vamos.

—Blaire, nada de cocodrilos.

Ella le miró por encima del hombro y la sonrisita que le dedicó lo transportó de inmediato a otra época, a un momento similar y a una mujer mucho más joven.

Se estremeció, no pudo evitarlo, pues empezaba a darse cuenta de algo que había pasado por alto. No. De algo que había intentado evitar a toda costa y que, si no tenía cuidado, podría complicarlo todo.

—Concéntrate. —Su voz sonó un poco más dura de lo que pretendía, pero lo prefería. No podía darse el lujo de perder de vista sus objetivos—. Empieza.

CAPÍTULO 13

—Parece mentira que seas británico y no puedas tomarte dos segundos para mirar el reloj.

Iver esbozó una renuente sonrisa al escuchar el rapapolvo de James. Su amigo y secretario personal había abierto la puerta incluso antes de que pudiese poner la mano sobre el pomo.

—La puntualidad británica la inventaron los ingleses, yo soy escocés —replicó y miró a su acompañante—, y mi esposa también.

—¿Vamos a empezar con esa absurda rivalidad entre Inglaterra y Escocia? —mencionó ella pasando por su lado—. Pues conmigo no contéis. Mi padre era inglés y mi madre escocesa. Eso me hace mitad y mitad. Con lo que podéis considerarme, Suiza.

—Lady Bryson, eres escocesa de la cabeza a los pies —aseguró su amigo como si la sola mención de que la chica pudiese tener un gramo de sangre inglesa fuese una ofensa. Curioso, dado que James era británico hasta la médula. Posiblemente no había un hombre más inglés que él—. Naciste en Escocia y estás casada con un escocés. Eso te hace totalmente escocesa.

—Doy fe de ello —asintió mientras la seguía a dentro.

—James, ¿por qué, de entre todas las personas cuerdas de esta casa, has dejado de llamarme por mi nombre? —chasqueó mientras se desabotonaba el abrigo y se lo quitaba para colgarlo dentro del armario del recibidor—. Ayer mismo era «Blaire» para todo el mundo en esta casa, no quiero que la estupidez de aquí, el *Alto Hechicero mentecato*, cambie eso.

—Bueno, querida, ayer no eras la señora de la casa —señaló lo obvio—, y hoy sí. Eso te convierte en lady Bryson, la esposa del *Alto Hechicero*.

—De verdad, solo me falta una placa con esa frase escrita para llevarla colgando del cuello —masculló por lo bajo—. Lo que sea. Mientras te dirijas a mí, soy Blaire.

—No discutas con la dama, James, no vas a ganar.

—¿Crees que no lo sé? —chistó antes de cerrar la puerta tras ellos y señalar con un gesto de la cabeza hacia el interior de la mansión—. Lady Elisabeth lleva un buen rato esperándoos en el salón. A los dos.

—¿No es sorprendente lo rápido que es capaz de atravesar el océano cuando se trata de algo que le llama la atención? —mencionó con palpable ironía—. Si la invito, pone excusa sobre

excusa antes de presentarse y cuando no lo hago, aparece sin que la invite.

—Seamus ha dicho algo parecido cuando la recibió.

—¿Mi padre sigue aquí? —Aquello podría considerarlo extraño de no ser porque conocía de sobra a su progenitor como para saber que le podía la curiosidad. No le sorprendería si se quedaba unos cuantos días pululando por la casa.

—Dado que le han preparado una habitación, diría que se quedará un tiempo.

—Fabuloso —arrastró la palabra mientras miraba una vez más a su esposa y fruncía el ceño—. Ve a cambiarte. Estás mojada.

—¿No? ¿De verdad? —Se llevó una mano al pecho fingiendo consternación—. Y yo que pensaba que el sonido que hacían mis deportivas era una nueva melodía… *Mecachis.* A que va a ser el agua entonces.

—Te dije que el cocodrilo llamaría mucho la atención.

—No es culpa mía que no se me dé bien hacer esferas redonditas y perfectas —replicó llevándose las manos a las caderas—. La última casi parecía una teta gigante.

—¿Una qué? —James se atragantó al preguntar aquello.

—Mi esposa es una bruja de lo más creativa —admitió. Había podido verlo con sus propios ojos—. Y empezamos a descubrir que también es muy patosa.

—La maldita fuente se volvió contra mí.

—Se volvió contra todo el mundo a varios metros de distancia.

—Tú estás seco —señaló su amigo.

—Solo porque fui el que le puso fin al «accidente» —repuso sin dejar de mirarla.

De alguna manera, esa pequeña bruja había conseguido reventar una de las tuberías y el agua había surgido como un géiser empapándola a ella y a todo ser vivo que estuviese cerca de la fuente.

—Ve a secarte —la instó a marcharse—. Si escucho un crujido más de tus zapatillas, estaré tentado de quitártelas yo mismo.

—Pero qué sensibilidad, ni que nunca se te hubiesen mojado los zapatos.

—Pues no, la verdad es que procuro estar en un lugar seco cuando se acerca el tsunami.

—Que gracioso.

—Diez minutos, Blaire —señaló mirándola a los ojos—. Y esta vez espero que tengas la amabilidad de reunirte conmigo en el salón.

Ella enarcó una ceja, pero sus labios ya se curvaban en una perezosa e irónica sonrisa que ni siquiera le llegó a los ojos.

—Por si acaso no contengas la respiración, no quisiera ser la culpable de que te ahogases —replicó antes de dar media vuelta y marcharse dejando tras ella el eco de esas mojadas pisadas.

—Ya veo que os lleváis mucho mejor que anoche.

Miró a su amigo de soslayo y él se limitó a señalar con un gesto el lugar por el que se había ido la mujer.

—No ha vuelto a salir corriendo —añadió constatando un hecho—. Eso debería de decirte algo.

—Que no tiene a dónde ir —murmuró más para sí que para él. Nadie dejaba una vida de varios años, su trabajo, a sus amigos y volvía a casa por tiempo indefinido si no era por una causa de fuerza mayor. Y sabía que no había vuelto por su familia, ninguno de ellos estaba enfermo o en problemas. No. Ella había regresado para escapar de algo—. ¿Hace mucho que llegó?

—Alrededor de una hora —respondió James sabiendo que hablaba de su madre—. Seamus la ha estado entreteniendo.

—¿Los dos están en la misma habitación? —chasqueó—. ¿Y el mobiliario sigue intacto?

—Parecían bastante civilizados cuando los dejé.

—No te fíes de las apariencias, James, con ellos nunca puedes fiarte —señaló.

Ambos dejaron el recibidor y fueron directos al salón cuyas puertas permanecían abiertas.

El matrimonio permanecía sentado en butacas enfrentadas, hablaban en voz baja y mantenían un tono correcto, afectuoso incluso, el mismo tipo de relación que habían tenido durante toda su vida en común. Podían no amarse, tener otras parejas, pero si era necesario presentar un frente común lo presentaban. La confianza que existía entre uno y otro era absoluta y cuando se trataba de él, esa unión se convertía en una maldita bola de demolición.

Carraspeó a fin de llamar su atención cuando entró en la sala acompañado de James, quién se mantuvo en un segundo plano como solía hacer siempre.

—Ah, ya estás aquí. —Lo recibió su padre—. ¿Qué tal le ha ido a nuestra nueva bruja con el entrenamiento? ¿Hay esperanzas?

Entrecerró los ojos, pero se negó a responder. En lugar de eso se volvió hacia su madre, quién dejaba su taza de té sobre la mesa auxiliar que había junto al sillón.

—¿Cómo, en nombre del cielo, se te ha ocurrido hacer algo tan absurdo como echar a suertes la elección de tu esposa? —La pregunta formulada por la mujer contenía más curiosidad que censura—. ¿Tan poco adecuadas eran las candidatas que tuviste que quedarte con la sobrina de los Truly?

—Según creo las candidatas eran todas hijas del aquelarre, de las mejores familias de hechiceros, ¿me equivoco, James? —preguntó su padre.

—No, no te equivocas —admitió mirándole a él de reojo.

—Y sin embargo, te quedaste con la chica del servicio. —La incomprensión estaba presente en la voz de su madre—. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que, para empezar, estuviese presente en la elección? ¿Quién la incluyó?

—¿El destino? —sugirió su padre—. Sea como sea, lo que está hecho, ya no puede deshacerse. Y no ha sido una elección tan catastrófica después de todo. Ha aceptado su torrente y comparte la magia de Iver. Promete ser una bruja de lo más interesante.

—Bueno, ¿y dónde está? —Insistió la mujer echándose hacia delante en el asiento—. ¿Cuándo voy a conocer a la nueva lady Bryson? No he visto a Blaire desde que era así de pequeña. Seguro que se ha convertido en una muchacha encantadora. ¿Por qué no habéis venido antes? Le dije a tu padre que estaría aquí a las once…

Iver hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Y tú llegaste casi una hora antes, Beth —le recordó su marido con gesto irónico—. No les eches a ellos la culpa de tu impaciencia.

—Se está cambiando…

—Oh, pero no era necesario, somos familia —aseguró ella y sabía que lo decía en serio. Su madre podía ser muchas cosas, pero respetaba a la gente sin importar su posición o rango—. Tenías que haberla traído contigo…

—Hemos tenido un pequeño percance con las lecciones y ha terminado empapada —resumió cortando a la parlanchina mujer—. Bajará en un momento.

—¿Estás seguro de eso? —La burla en la voz de su padre era palpable.

—Sí.

El hombre dejó escapar una breve carcajada.

—Estoy tan sorprendida con que la hayas elegido a ella —continuó su madre—. Esperaba recibir la noticia cualquiera de estos días. Es decir, la de que te habías emparejado. Pero, después de todo lo que me ha contado Seamus, no sé qué me sorprende más, si la manera de tu elección o el resultado de este.

—Creo que es un sentimiento común a todos los habitantes de esta casa —mencionó James.

—¿Cómo no lo detuviste?

—¿Creéis que tuve tiempo? —resopló su amigo—. Me quedé en shock cuando le vi empezar a mover el dedo canturreando mientras descartaba a cada una de las candidatas y terminaba en Blaire. Y entonces, aquí el señorito, pronunció los votos vinculantes y adiós a la cordura.

—Habría pagado por estar ahí para verlo —aseguró su madre volviéndose hacia él—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿De lo que le has hecho a ella?

Asintió. Sabía bien a qué se refería su madre porque la propia Blaire se lo había echado en cara sin miramientos.

—Pues espero que hagas algo al respecto —señaló con ese tono de advertencia presente en su voz—. Ella es ahora tu mayor obligación.

—No me estás diciendo nada que no sepa ya.

—Señal de que has heredado mi inteligencia —afirmó ella visiblemente orgullosa—. Espero que hagas buen uso de ella.

—Lo intenta —apostilló James con una risita.

—¿Tú de qué lado estás?

—Del de lady Elisabeth, siempre del suyo —sonrió divertido.

—Gracias, James.

—De nada, *miladi*.

Sacudió la cabeza y se volvió al escuchar el ligero golpeteo de unos nudillos contra la puerta.

—Con permiso. —Su esposa cruzó el umbral y no venía sola, traía consigo una bandeja de la que salía un aroma delicioso.

—¿Eso que huelo son galletas de avena y chocolate? —gimió su madre con muy poco decoro—. Dios. ¡Le dije que estaba a dieta!

—¿No tienes suficiente con las lecciones que también quieres servir a nuestros invitados? —La miró con gesto interrogante.

—Me encontré con mi tía mientras venía para aquí y me endosó la bandeja —replicó al tiempo que la dejaba con cuidado sobre una mesa auxiliar—. Y sí, son de avena y chocolate —completó volviéndose hacia su madre, quién ahora miraba a su esposa con ojo crítico—. Lady Bryson, bienvenida a *Braid Manor*.

—Blaire —pronunció su nombre con visible satisfacción—. Mírate. Eras tan solo una niña pequeña la última vez que te vi. Es probable que ni siquiera te acuerdes.

Su esposa sonrió en respuesta, manteniendo una prudente y educada distancia.

—Recuerdo que me dio una bolsita con unos caramelos de mora que se había traído de… ¿España, puede ser? —murmuró ella con calidez—. Me dijo que no le dijese nada a mi madre.

—Sí. —La mujer soltó una carcajada y dio un paso adelante para cogerle las manos a la chica—. Es asombroso, realmente asombroso —mencionó mientras la miraba como si fuese capaz de ver más allá de lo que se veía a simple vista, algo en lo que su madre era muy buena—. Sí. No podías haber llegado a su vida en mejor momento. —Antes de que pudiese interpretar las palabras de su progenitora, esta engulló a su esposa en un cálido abrazo—. Bienvenida a la familia, *hija*.

—Beth, la estás ahogando.

—No es verdad.

—Sí lo es —aseguró Iver acercándose para rescatar a la chica, cuyo rostro estaba asfixiado entre la vergüenza y la sorpresa—. Suéltala. Es mía.

Seamus enarcó una ceja en su dirección y James ahogó una risita mientras conseguía

liberar a Blaire de los brazos de su madre.

—Alguien se ha vuelto repentinamente posesivo, ¿no?

—Estoy tan alucinado como vos, *milord.*

—Es perfecto —continuó su madre mirándolos ahora a ambos—. Sencillamente perfecto.

—¿Tranquila, entonces? —le preguntó su padre.

—Sí, ahora sí —asintió ella en respuesta y se volvió hacia la bandeja—. ¿Quién quiere una galleta?

Iver los ignoró unos segundos para fijarse en el rostro enrojecido de su esposa.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé —admitió e hizo una mueca—. ¿Tu madre siempre es así?

—Y peor. —No le quedó más remedio que admitir—. Te pido disculpas por su efusividad. A veces puede llegar a ser un poco… intensa.

—¿Solo un poco? —Sonrió y por segunda vez desde que la conocía, vio en sus labios una sonrisa genuina que le tocaba los ojos.

—Así que, ¿te compró con sus caramelos de violetas? —Se interesó manteniendo durante unos instantes más esa privacidad que le daba el tenerla cerca.

—Y qué caramelos —admitió lamiéndose los labios como si pudiese saborearlos—. Mi madre no se enteró de que los tenía hasta que casi me los había terminado.

—Así que eres una amante del dulce.

—Sí —afirmó sincera—. Lo soy.

—Chicos, ¿queréis galletas?

—Cogeré una —aceptó su esposa al momento—. Soy incapaz de resistirme a los dulces de mi tía.

—Ya somos dos, querida, ya somos dos —aseguró su madre.

El carácter abierto de su progenitora envolvió al instante a Blaire, quién se vio arrastrada al sillón para sumergirse en una cómoda charla.

—Nunca pensé que volvería a ver algo así.

—¿A mi madre envolviendo a las personas alrededor de su dedo meñique sin que se den cuenta de ello?

—No hablaba de Beth, sino de ti.

Ladeó la cabeza y se encontró con los ojos chispeantes y la sonrisa secreta de James.

—¿De mí?

—Lo había olvidado —admitió su amigo y su gesto se volvió pensativo—. Pero parece que tú no.

—¿De qué hablas?

—De ella —señaló a la chica con un gesto de la barbilla—. La miras como lo hacías antes.

—¿A Blaire?

—No, a tu madre —resopló y sacudió la cabeza—. Claro que a Blaire. La miras como lo hacías cuando solo era una adolescente, del mismo modo en el que te advertí que no era buena idea que lo hicieras…

El comentario hizo que comprendiese a dónde quería llegar su amigo, pues era algo que había empezado a recordar a raíz de volver a verla, de pasar tan solo unas horas a su lado.

—Y tenías razón, no lo era.

—No la olvidaste. —No era una pregunta sino una categórica afirmación.

—Lo hice, James, sí que lo hice —admitió siendo sincero también consigo mismo—. Era lo correcto.

—¿Y ahora?

—Ahora todos esos recuerdos están volviendo y con ellos…

—No, Iver, no la olvidaste —se rio su amigo por lo bajo al tiempo que sacudía la cabeza y le posaba la mano en el hombro—. Y el destino parece haber confabulado para que puedas obtener lo que no has dejado de desear… Y ahora, hermano, ahora no hay nada que te lo impida.

Sí lo había, pensó mirando a la mujer de la que llevaba media vida enamorado aun si se había obligado a olvidarlo, y era sin duda el escollo más grande de todos; la propia Blaire.

CAPÍTULO 14

—¿Soy el único al que le escama que el aquelarre no haya dado todavía signos de vida?

Iver levantó la cabeza del periódico que ojeaba para mirar a su amigo entrando en el salón de desayuno.

—Este silencio, después de tu flamante método de elección, no acaba de cuadrarme —aseguró deteniéndose tras el respaldo de una de las sillas—. Cualquiera esperaría una reacción de algún tipo, sobre todo por parte de las familias de las candidatas.

—¿El ramo de cardos que enviaron a Blaire no te parece una respuesta lo bastante contundente?

Su esposa había recibido aquella semana una caja envuelta en regalo y en su interior había unas cuantas flores de cardo atadas con un pedazo de cinta rojo sangre. El obsequio venía firmado por las cuatro familias candidatas, lo que lo convertía en una declaración en toda regla.

Mientras James y él habían tomado aquella ofensa como lo que era, la muchacha se había limitado a admirar las flores y había terminado colocándolas en un jarrón con agua; el mismo que ahora decoraba la mesa del salón principal.

«No deja de sorprenderme la imaginación que tiene la gente a la hora de hacer regalos». Había mencionado ella después de poner el jarrón en su nueva ubicación. *«Se ve que me consideran completamente escocesa, ¿no?»*.

Sabía que hablaba con profundo sarcasmo, que entendía el insulto detrás de aquel envío envenenado, pero se había limitado a disfrutar de él e incluso había posado de manera ridícula, haciendo una «uve» con los dedos, junto al jarrón. El momento quedó inmortalizado en una fotografía que su amigo estuvo encantado de enviarles junto con una nota de agradecimiento del puño y letra de la nueva lady Bryson.

«Es un honor recibir tal insigne reconocimiento a mis raíces». Había garabateado en la nota. *«Por favor, no duden en enviarme la planta completa la próxima vez. Me encantará contar con algunas semillas en el jardín. Su humilde servidora, lady Bryson»*.

No había llegado respuesta alguna de vuelta, lo que lo hacía suponer que o estaban

demasiado sorprendidos por el descaro de la mujer o la consideraban una lunática. James y él, por otro lado, se había reído hasta las lágrimas en la privacidad de la biblioteca después de que su amigo enviase dichas tarjetas de agradecimiento.

—Sin duda fue igual de contundente que la respuesta de lady Bryson —aseguró. Sus ojos se arrugaron en las comisuras ante el recuerdo de lo sucedido—. Y hablando de la señora de la casa, ¿dónde está? Esperaba verla desayunando en tu compañía o más bien, esperaba veros tirándoos los trastos a la cabeza. Eso ya se ha convertido en un clásico por estos lares.

Sin duda sus batallas dialécticas eran refrescantes, sobre todo porque su encantadora y lenguaraz esposa solía ofuscarse bastante cuando las cosas no salían según sus propios planes. Las lecciones diarias a las que la obligaba a asistir la estaban ayudando a controlar el caudal que corría por sus venas. Hoy en día ya era capaz de drenar sola el exceso de magia, pero el encauzarla ya era harina de otro costal. Sus emociones la traicionaban, se desconcentraba con el vuelo de una mosca y el resultado era, en la mayoría de las ocasiones, explosivo. Necesitaba refinar sus movimientos y practicar la paciencia, una palabra que parecía no existir en su vocabulario.

Fuese como fuese, el tiempo que pasaba con ella le permitía ver más allá de su exterior, reconectar con aquella chiquilla que había conocido en el pasado, a quién se había sentido unido y conocer también a la mujer que era hoy en día; una que parecía guardar demasiados secretos.

—Te lo has perdido por unos cuantos minutos —respondió a su pregunta y señaló la puerta por la que había entrado con la barbilla—. Acaba de marcharse. Tiene una entrevista de trabajo.

—¿Cómo que tiene una entrevista de trabajo? —se sorprendió James—. Pero, ¿no se suponía que se había tomado un año sabático para cumplir con su anualidad para con la familia?

Sí. Esa había sido también su reacción. Ni siquiera sabía que estaba buscando empleo, en realidad, nadie lo sabía a juzgar por los coletazos de una acalorada discusión que escuchó procedente de la cocina.

—Esa fue la razón que dio para justificar su vuelta a casa —respondió recordando lo que ella misma le había mencionado en su primera clase delante de la fuente—, pero hay mucho más detrás de esa decisión, aunque todavía no sé el qué.

Aunque estaba dispuesto a descubrirlo.

—Esta mañana la encontré sosteniendo una acalorada discusión en la cocina con Agatha —mencionó.

—Déjame adivinar, la *dichosa boda.*

Sonrió de soslayo. Desde luego Blaire se estaba encargando de que todo el mundo en la casa tuviese muy claro lo que opinaba sobre una ceremonia de bodas. Lo que ninguno sabía era que su negativa parecía más tener que ver con no repetir algo que, según parecía, no le había reportado ninguna alegría y sí demasiada amargura.

Podía escucharla en su voz cada vez que alguien sacaba el tema, sentía su torrente agitarse como si fuesen los rápidos de un río y el final de aquellas discusiones estaba dando más trabajo a los electricistas de lo que lo habían tenido en años.

—Ese parece ser el tema principal de cada mañana, pero en esta ocasión estaba también aderezado por una supuesta entrevista de trabajo y el valor de su independencia —resumió rescatando las palabras que había escuchado—. Parece que la nueva señora de la casa va a crear su propio legado dentro de esta familia.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

—No me molesta —admitió en voz alta con total sinceridad—. De hecho, me parece de lo más estimulante.

—Por qué no me sorprende —rio su amigo.

—Ella rompe todos los cánones a los que estoy acostumbrado, por los que me he regido siempre —aceptó y no pudo evitar pensar en que ya lo había hecho mucho tiempo atrás, motivo por el que siempre se había sentido atraído hacia ella—. Es lo que la hace especial.

—Una bruja que no nació siendo bruja —corroboró James—. Una lady que no se suponía que llegase a serlo. Sin duda el destino tiene métodos de lo más extraños, pero parece que funcionan.

Sí, eso parecía.

—Entonces, ¿nuestra lady Bryson tiene una entrevista de trabajo? —Volvió al tema que los ocupaba—. ¿En qué exactamente? ¿Para qué empresa? ¿En qué lugar? Se lo habrás preguntado al menos, ¿no?

—Me he ofrecido a acompañarla…

—Y te ha mandado a paseo.

—Me ha dicho que no me necesita para hacer algo que lleva haciendo sola los últimos quince años —replicó poniendo en palabras la respuesta de la chica.

—Tiene razón.

—Eso fue antes de que volviese para preguntarme dónde estaba la dirección que le habían dado porque no le salía en *Google Maps* —añadió con goteante ironía.

James estalló en risas.

—Lo siento. Es solo que… Me lo estoy imaginando y…

—No, no te lo imaginas, créeme —aseguró negando con la cabeza. Su propia expresión había sido un completo absurdo después de escuchar las palabras de su esposa. Llegó a pensar que estaba tomándole el pelo hasta que se dio cuenta de que no era así—. Fue un momento de lo más surrealista.

—¿Y entonces? ¿Sabes ya la dirección y para qué demonios es la entrevista?

—Es para una *Charity shop* en la zona de Newington.

—¿Es una broma?

—¿Me ves cara de estar bromeando?

—No.

—Entonces es porque no lo estoy haciendo.

—Vale. Echemos el freno. Estamos hablando de tu esposa.

—Sí.

—¿En un *charity*?

—Sí.

—¿Lady Bryson de *Braid Manor*?

—Sí.

—¡Está loca! —jadeó—. No puede trabajar en un *Charity*. Que colabore o done, pero…

—Se lo he dicho.

—¿Y?

Mejor no repetir lo que le había dicho en voz alta.

—Digamos que ha mencionado mi título, mi apellido, mi fortuna, mi ego, mi escasez de valores y lo ha puesto todo en una coctelera de la que ninguno de ellos salió bien parado —resumió doblando el periódico para dejarlo a un lado—. No se ha parado a pensar que ella también lleva ahora el mismo título, que comparte mi apellido y mi fortuna también es la suya.

—Espero que esa apreciación te la hayas guardado solo para ti.

—Lo hice.

—Hechicero inteligente —asintió con un golpe de cabeza.

—Blaire es una mujer adulta, lleva valiéndose por sí misma toda la vida, no tengo derecho a exigirle algo por el simple hecho de llevar mi apellido —admitió con un resoplido—. Y, menos aún, después de la manera en que lo ha adquirido.

—Tu gran metedura de pata.

—Esa misma —admitió apartando la silla de la mesa para levantarse.

—¿Qué harás entonces?

—Lo que cualquier marido inteligente haría en estas circunstancias —respondió mirándole de soslayo—. Dejar que se salga con la suya. —James bufó, pero no se atrevió a contradecirle—. Así que aprovecharé la mañana para…

—¿Vigilarla?

—Ir a la empresa —señaló.

—Eso también me vale —aseguró con rotundidad—. Será una buena manera de decirle al aquelarre que estás de vuelta y en toda tu gloria.

—No recuerdo haberme marchado, James.

—Cuando te vean aparecer por la puerta y lloren de emoción a tus pies, ya cambiarás de

idea.

Enarcó una ceja a modo de pregunta, pero su primario optó por ignorarle y salió canturreando del salón de desayuno.

—Es hora de volver al mundo real —lo escuchó mencionar antes de desaparecer.

Iver sacudió la cabeza, miró el lugar vacío que había ocupado Blaire aquella misma mañana y respiró profundamente.

—Tú eres ahora mi realidad, ¿no es así? —murmuró para sí—. La única que tendré.

Una idea tan seductora como aterradora, pero que se convertía en un aliciente para seguir descubriendo quién era la mujer con la que se había casado.

CAPÍTULO 15

—No hay nada mejor para quitarse el mal sabor de boca que una *pie* de pollo con champiñones —ronroneó Blaire dándole un mordisco a la suculenta tartaleta que acababa de comprar. El cremoso sabor le estalló en la boca y a duras penas pudo contener un gemido de deleite—, y pensar que la maldita calle estaba aquí al lado.

Sacudió la cabeza y siguió caminando, pasó la parada del autobús que podría coger para llegar al centro y hacer el transbordo, pero no tenía las más mínimas ganas de volver a casa. Hacerlo significaba tener que responder de nuevo a preguntas indeseadas, buscar respuestas ambiguas y acabar enfrentándose de nuevo con su madre.

No había manera humana de sacarle la idea de la boda de la cabeza. Se negaba a atender a razones y cuando le pedía explicaciones a su negativa, el silencio se imponía y la frustración acababa llenando el ambiente. No recordaba haber discutido tanto con ella ni siquiera durante sus primeros años de universidad, cuando le insistía que volviese a casa por vacaciones.

Sacudió la cabeza y continuó su paseo esquivando a los transeúntes mientras calmaba el rugido de su estómago.

El desayuno tampoco había resultado tranquilo. Era un milagro que hubiese conseguido ingerir un par de bocados después de la discusión que inició también con Iver a raíz de esa maldita entrevista de trabajo y que terminó echando por tierra la lección del día.

—Para enmarcar —se dijo—. Voy a anotar este día en el calendario bajo el título *«como joder una mañana potencialmente buena»*.

Sin duda podría competir con la de un par de días atrás, cuando había llegado un paquete para ella y encontró en su interior un ramo hecho a base de cardos. Todo un detalle de las familias a las que su flamante marido había insultado al elegirla a ella por encima de las hijas del aquelarre.

Mientras Iver perdía el color y James ponía el grito en el cielo, a ella se le había escapado una carcajada. Poco después tenía las flores metidas en un jarrón y había posado haciendo el signo de la victoria junto a estas para que inmortalizasen el momento en una foto que no dudó en añadir a las tarjetas de agradecimiento.

Nadie iba a pisotearla, ni a menospreciarla. Y mucho menos un puñado de hipócritas que

no tenían las agallas de dirigirse al verdadero culpable de todo aquello, el *Alto Hechicero* de Bryson, y la usaban a ella en su lugar.

—A ver si la próxima vez se estiran y me los mandan en macetas para el jardín —chasqueó pensando en lo bonito que había quedado el ramo en la mesa del salón.

Sonrió. Algo que no hacía mucho desde que había vuelto, se dio cuenta, y las pocas veces que lo hacía era porque ese maldito hechicero hacía o decía algo inesperado o absurdo que la hacía recordar otro tiempo y otra *yo*.

A veces pensaba en cómo habrían sido las cosas si no se hubiese marchado, si su madre no se hubiese empeñado en enviarla lejos para darle la oportunidad de tener una vida ajena a la influencia de los Bryson, si hubiese sido más sincera consigo misma y…

Sacudió la cabeza y a duras penas ahogó un pequeño bufido de risa.

—Pide y te será concedido —murmuró con palpable ironía—. Aun si es una vida después.

Quince años. Habían pasado quince años desde aquel particular instante, uno que había quedado cubierto por nuevas ilusiones, nuevas metas, nuevos amores y traiciones que marcaban con tanta fuerza como un hierro ardiente sobre la piel.

—No mires atrás, Blaire, ya no mires más hacia atrás —se dijo deteniéndose al final de la calle, la cual era cruzada por la *Royal Mile*; el corazón de la *Old Town*.

Su vida era como esa ciudad en cierto modo. A un lado del antiguo cauce del río se encontraba su pasado y del otro su futuro. Uno oscuro, lúgubre y pedregoso y el otro nuevo e incierto, intentando dejar atrás la oscuridad y abrirse paso a través de la luz.

Y ella todavía seguía en medio de los dos, sin ser capaz de abandonar uno y entregarse por completo al otro.

El semáforo cambió a verde y se lanzó con el resto de los peatones a cruzar la adoquinada vía que ya empezaba a bullir con actividad y gente. Sin pensárselo mucho decidió comenzar el ascenso hacia la zona del castillo. No podía contar las veces que había hecho ese trayecto desde ese punto en concreto hasta la explanada de la antigua fortaleza, era como un ritual el sucumbir a ese paseo cada vez que andaba por la zona.

Todavía se preguntaba cómo había sido capaz de vivir tanto tiempo alejada de esta ciudad, de su tierra natal. Si bien había vuelto de vez en cuando a fin de ver a su madre y a su tía, siempre habían sido visitas fugaces y en los últimos años, ya ni siquiera eso.

Él se había encargado de ello del mismo modo en que se había encargado de todo lo demás.

Cerró los ojos y aspiró profundamente dejando que los sonidos de la calle, los acentos, las risas y el eterno chillido de la gaita lamiese sus heridas una vez más.

Había sido débil y crédula, pero ya no, nunca más.

Respiró profundamente al sentir como se agitaba la magia en su interior y se concentró en

apaciguarla. Lo último que quería hacer era estallar las bombillas de algún escaparate o llamar a alguno de los fantasmas de los que solían hablar los guías en sus tours. Por alguna razón, los espíritus se sentían atraídos por su magia, o eso era lo que le había explicado Iver cuando volvieron a visitarles de nuevo dos noches atrás, en las inmediaciones de Calton Hill.

«Se sienten atraídos por tus emociones, en especial por esa melancolía que a veces se asoma en tus ojos». Le había dicho al ver como una mujer de edad pasaba por su lado y le dirigía una reverencia al tiempo que le dedicaba unas palabras que no llegó a escuchar. *«No dejan de ser almas errantes después de todo»*.

—Un faro para fantasmas —chasqueó la lengua y se sacudió un escalofrío—. No, gracias. Prefiero pasar mi tiempo entre los vivos. Dan mucho menos *yu-yu*. La mayoría de las veces, al menos.

Se concentró en terminarse rápidamente el almuerzo mientras avanzaba mirando distraída las distintas tiendas que abarrotaban la ciudad. Los primeros grupos de gente se arremolinaban ya alrededor del guía que, paraguas en mano o con algún artículo lo bastante vistoso, reunía a los turistas a los que llevaría a pasear por la antigua urbe.

Escuchó parte de la explicación que narraba uno de ellos al lado de la *Cruz del Mercado* mientras pasaba por su lado y levantaba la cabeza para apreciar el enorme edificio de la catedral de St. Giles.

—Um… va a empezar a llover de un momento a otro —vaticinó al ver los cielos, inicialmente despejados, teñidos ahora con unos nubarrones oscuros que soltarían su carga sin pensárselo dos veces.

Se llevó la mano al bolso para echar mano del impermeable que siempre llevaba consigo cuando la melodía de su teléfono móvil comenzó a canturrear en su interior.

—Mierda. —La palabra se le escapó entre los labios en cuanto vio el nombre en la pantalla —. ¿Y tiene que ser ahora? ¿Hoy? ¿En serio?

Lo sorprendente era que no la hubiese llamado antes, no era una noticia que pudiese pasar desapercibida, no cuando su tía tenía la exclusiva. Respiró profundamente, aceptó la llamada y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, Kieran.

—¿Hola, Kieran? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme, pequeña bruja? —Se encogió al escuchar el tono de su voz y el palpable reproche—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Esperaba no tener que hacerlo, la verdad.

—No me sorprende lo más mínimo.

—¿Verdad que no? —replicó irónica.

Lo escuchó resoplar.

—En serio, Blaire, ¿en qué estabas pensando?

—¿Yo? —jadeó indignada—. Yo no pensaba en nada en absoluto. Estaba cumpliendo con la tarea que me asignó tu madre cuando lord Bryson entró y se puso a jugar al *Eeny meeny miny mo* con todas las mujeres presentes en el salón.

—¿Estamos hablando de Iver?

—¿Conoces a otro lord Bryson?

—Seamus.

—Uno que no esté ya casado —replicó poniendo los ojos en blanco—. O no lo estuviese hasta ese momento.

—Pero, ¿cómo demonios has terminado tú en medio de todo?

—Ya sabes… Estás en el lugar equivocado, en el momento más inoportuno y llega un lumbreras que no se molesta ni en mirar a quién está señalando con el dedo —replicó con goteante ironía—. Cuando quieres darte cuenta, escuchas un «te tocó» y lo próximo que sabes es que tienes una alianza tatuada en el dedo.

—Menuda locura.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Esperaba que mi madre le hubiese dado demasiado al whisky y lo que me estaba contando fuese solo un cotilleo escacharrado —admitió su primo—. Podría esperarme esto de cualquier hechicero, ¿pero de Iver? Ha sido un movimiento desesperado, incluso para él.

Su marido y su primo habían sido amigos desde que podía recordar, se habían criado juntos y eran como hermanos. No había nadie que conociese mejor al *Alto Hechicero* que Kieran.

—No sé si fue desesperación o estupidez, pero para el caso el resultado ha sido el mismo; una cagada monumental —resumió de manera contundente—. Y yo soy la que tiene que enfrentarse con las consecuencias. Estallo cosas, joder.

Una suave risa atravesó la línea aligerando la tensión inicial de la conversación.

—Mi primita ahora es la bruja de los Bryson, quién me lo iba a decir —mencionó con naturalidad—. ¿Cómo llevas la nueva carga?

—¿Cuál de ellas?

—Ni se me ha pasado por la cabeza que Iver pudiese ser una carga para ti. —Puso los ojos en blanco ante el tono condescendiente que escuchó del otro lado de la línea—. ¿Te adaptas a tu nuevo papel?

—Como acabo de mencionar, estallo cosas —resopló y bajó el tono de voz. Pasear por la *Royal Mile* hablando de magia, estallidos y cosas por el estilo no sería tan raro, no cuando incluso había guías vistiendo las túnicas de *Hogwarts*—. Iver me está enseñando a controlar todo este asunto del caudal, de la intensidad y al menos ya no rompo en pedazos espejos ni hago que sus pedazos se congelen en el aire antes de clavarse profundamente en la pared.

—¿Perdona?

—Es una historia muy larga —chasqueó quitándoselo de la cabeza—. Oh, he hecho una ardilla de agua y después de eso la Fuente Ross intentó ahogarme.

—Ya veo que llevas unos días de lo más intensos.

—Llevo una semana de mierda —admitió con un profundo suspiro—. No sabes lo peor de todo. Mi madre quiere una boda.

—¿Cómo?

—Una ceremonia tradicional, con sacerdote y todo —asintió con la cabeza a sabiendas de que no podría ver su gesto.

—Joder. —No estaba muy segura de si su primo se había ahogado o se había muerto la línea hasta que lo escuchó de nuevo—. Como si no hubieses tenido suficiente con la última…

—Ella todavía no lo sabe.

Hubo un momento de silencio en la línea, luego un profundo suspiro. Si Kieran estuviese delante de ella ahora mismo sabía que su mirada sería de reproche.

—Blaire, lo hemos hablado…

—Es mi vida, ¿vale? —resopló—. Mi vida. Mis errores. No hay necesidad de publicarlo en los periódicos.

—Blaire, ese hijo de puta estuvo a punto de matarte. —Se estremeció ante la dureza de sus palabras porque eran una realidad que no quería volver a recordar—. Si no le hubieses clavado ese cuchillo, te habría matado y lo sabes.

Cerró los ojos con fuerza. No quería recordar, no podía hacerlo, pero su mente parecía ser de otra opinión y las imágenes de aquella mañana acudieron a su mente en tropel.

Su vestido de novia manchado de sangre, el palpitante dolor de cabeza y el ardor en el rostro. La locura en una mirada que hasta ese momento solo le había reportado felicidad. El ardor en los pulmones, aquellos dedos cerrados como garras alrededor del cuello y su propia indefensión al ser incapaz de pelear con la suficiente fuerza. Y la repentina seguridad de que no volvería a ver a su familia, que su vida terminaría a manos del hombre con el que se suponía iba a casarse ese mismo día.

No sabía cómo había llegado aquel cuchillo a sus manos, suponía que había caído cuando la empujó con tanta fuerza que se llevó por delante la mesa y todo lo que tenía encima.

Y finalmente el aire que le estaba robando atravesó su garganta, respiró a grandes bocanadas y sus dedos se cubrieron de un líquido espeso y caliente.

—¿Blaire? ¿Blaire, sigues ahí? —Escuchaba su voz muy lejana, como envuelta en la niebla—. ¿Blaire?

—Te… Tengo que dejarte —musitó y no esperó a escuchar el exabrupto de su primo, cortó la llamada y se metió el teléfono en el bolsillo.

El móvil volvió a sonar de manera insistente, pero dejó de escucharlo. Tampoco sintió

cayendo sobre ella las primeras gotas de lluvia, ni como estas se congelaron, al igual que lo hizo todo movimiento a su alrededor mientras ponía un pie delante de otro y avanzaba intentando dejar atrás las imágenes que su mente traía de nuevo al presente.

Aquel tendría que haber sido el día más feliz de su vida, la culminación de sus sueños románticos, pero acabó convirtiéndose en una pesadilla de la que a duras penas había sido capaz de despertarse. Jamás, ni una sola vez desde el momento en el que le conoció, se le pasó por la cabeza que un hombre tierno, cariñoso y respetuoso como lo había sido él podría llegar a convertirse en el monstruo de todas sus pesadillas.

«Blaire».

Se estremeció al escuchar una voz ajena a aquel escenario, la de alguien a quién se había obligado a olvidar, a relegarlo como parte de sus inocentes sueños adolescentes y que sin embargo nunca se había ido por completo.

—No quería hacerlo… —murmuró envolviéndose con sus propios brazos en busca del calor que la había abandonado, rogando que él creyese en su palabra, que fuese capaz de ver más allá, de verla a ella—. Jamás le hice daño a nadie…

«Blaire, escucha mi voz».

La súplica en el tono masculino la sacudió una vez más. Se había acostumbrado a escuchar de nuevo ese profundo acento escocés, a reconocerlo por lo que era, por quién era él. Deseaba poder aferrarse a él como lo había hecho en el pasado, en una vida que ya no existía y que sin embargo guardaba los mejores recuerdos de su existencia. Quería ceder e instalarse en la seguridad que una vez le proporcionaron esos brazos, pero no se atrevía. Ella ya no era la misma de entonces, nunca volvería a serlo.

—Solo me estaba defendiendo… —musitó sintiendo que las lágrimas se abrían camino a través de sus mejillas, que sus piernas empezaban a acusar el temblor que sacudía todo su cuerpo.

«Lo entiendo, Blaire».

—Yo no le maté. —Sacudió la cabeza con fervor buscando deshacerse de aquellas imágenes, recordándose a sí misma cuál era la verdad—. No fui yo.

—Sé que no lo hiciste. —Una afirmación rotunda, sin atisbo de vacilación o duda a la que acompañaba una mirada decidida, brillante y fija en ella—. Sé que no fuiste tú.

Él estaba allí. Con ella.

—Iver… —pronunció su nombre reconociendo su presencia.

—Déjalo ir —le dijo tomándole el rostro entre las manos, limpiándole las lágrimas con los pulgares—. El pasado no tiene cabida en este presente.

—No volveré a ponerme un vestido de novia —susurró mirándole a los ojos, viendo la comprensión y la aceptación en ellos, encontrando una paz a la que deseaba aferrarse con

desesperación—. Se tiñó de rojo, Iver, se empapó… Mi vestido blanco se empapó con su sangre…

—Nunca te pediré que lo hagas —le prometió atrayéndola a sus brazos, envolviéndola en su calor y alejando de esa manera el frío que la consumía—. No necesitas un vestido blanco, no tienes que ser una novia, no para mí, Blaire. Nunca para mí.

Enterró el rostro en su pecho incapaz de pronunciar una sola palabra y se entregó al llanto, sacudiéndose con cada desgarrador sollozo, sintiendo de nuevo el peso de un pasado que no era capaz de dejar atrás, de la tristeza que se había llevado consigo cualquier atisbo de felicidad, todo mientras ese hombre que la ceñía contra él se abría paso, una vez más, en su presente.

CAPÍTULO 16

—No menciones una sola palabra de lo que has escuchado a mi familia. —La voz de Blaire sonaba lo bastante estable como para darle crédito—. Ellos no saben nada de esto. No quiero… No quiero que se enteren de esta manera. He de ser yo quién se lo diga, pero… —Sacudió la cabeza y el silencio volvió a apoderarse de ella.

Había sido así durante la última hora. Empezaba a hablar, titubeaba y después se sumía en el silencio durante algunos minutos hasta que un suspiro o algún ruido inesperado la sobresaltaba.

Iver todavía estaba procesando lo que había sucedido en plena *Royal Mile*. Había sentido la ruptura del torrente como un aguijonazo en el corazón solo un segundo antes de que su teléfono empezase a vibrar como loco sobre la mesa de su oficina. La urgencia en el tono de Kieran fue suficiente para que no esperase a escuchar nada más que una palabra antes de trasladarse con un solo pensamiento al punto exacto en el que sintió quebrarse la magia.

Nunca, en toda su vida como *Alto Hechicero*, había presenciado algo semejante.

Blaire había abierto una brecha en el equilibro de la magia creando un vacío a su alrededor que paralizó hasta el tiempo. Era como si de repente alguien hubiese cogido un fragmento de la ajetreada calle y la hubiese metido dentro de una bola de nieve, preservándola de cualquier injerencia externa.

Aquello no podía hacerlo una principiante, a duras penas conseguía llevarlo a cabo un hechicero de alto nivel como él y su esposa parecía hacerlo sin ser consciente de ello.

Acercarse a ella le costó una buena cantidad de su propio poder. Desentrañar la trama con la que se envolvía, cruzarla y desactivar lo que quiera que había puesto en marcha lo dejó exhausto. Sin embargo, cualquier fatiga se esfumó en el momento en que esos desesperados ojos verdes se encontraron con los suyos y vio las lágrimas derramándose por las heladas mejillas.

«Yo no le maté».

Esas cuatro palabras contenían tanto dolor y desesperanza que pensó que ella acabaría sucumbiendo allí mismo, abandonándole cuando apenas acababa de recuperarla. No podía permitírselo, no la dejaría ir aun si para ello tenía que sacudirla.

«Iver. Encuentra a Blaire. Está teniendo una crisis y no puedo llegar a ella». Había

escuchado nada más contestar a la llamada de Kieran. *«No puedes dejar que se pierda a sí misma de nuevo. Me costó muchísimo sacarla de ese estado la otra vez. No puede volver a pasar por semejante trauma».*

Era incapaz de quitarse de la cabeza los desgarradores sollozos que emergieron de su garganta tan pronto como la envolvió en sus brazos. El mundo volvió a ponerse en marcha a su alrededor, pero ni la lluvia, ni el rugir de los motores o el sonido de las máquinas trabajando penetró en el lugar exacto en el que abrazaba a su esposa. Los aisló a ambos al momento de todo, ocultándolos a los ojos de cualquier curioso y solo cuando pensó que podía dominarse a sí mismo, los sacó a ambos de allí trasladándolos a ese particular jardín a orillas del lago Duddingston.

El *Jardín del Dr. Neal*, como se lo conocía popularmente, era sin duda uno de esos lugares poco conocido incluso por los lugareños. Su estilo ecléctico, las distintas especies de plantas que poseía y el pequeño puente de estilo japonés sobre el estanque lo convertían en un refugio a las afueras de la ciudad. Allí podías escuchar el trino de los pájaros, el sonido de las hojas de los árboles mecidos por el viento o las pisadas de los escasos visitantes que esa mañana deambulaban por los caminos de arenisca.

Volvió a mirarla. Se había sentado en uno de los bancos de madera que miraban hacia el lago, la brisa le acariciaba el pelo húmedo ahora que las nubes habían dejado de nuevo paso a unos pequeños claros.

—Estoy bien —la escuchó musitar, lo miró de soslayo y vio en esos ojos verdes que no era así.

—No, no lo estás —negó con rotundidad—. Y no vas a estarlo hasta que dejes todo eso atrás.

Ella dejó escapar un sarcástico resoplido.

—¿Crees que no lo he intentado? —Sacudió la cabeza—. No tienes ni idea… Ni idea.

—Entonces háblame, haz que lo entienda.

Negó con la cabeza y sus dedos se aferraron a la madera del asiento como si de ese modo pudiese evitar el salir corriendo.

—Olvídalo. Olvida todo lo que ha pasado —pidió entre dientes, como si le costase pronunciar cada una de aquellas palabras—. Es lo mejor.

—¿Prefieres entonces que se lo pregunte a Kieran? —replicó atrayendo su atención—. Porque está claro que él sí conoce el motivo por el que has perdido el control, por el que estás así ahora…

—Kieran no…

—Él fue quién me llamó —admitió sin ambages—. Sabía que no estabas bien.

Le sostuvo la mirada durante unos segundos y entonces volvió a posarla sobre las plácidas

aguas.

—No debió hacerlo —concluyó negándose a decir una sola palabra más, pero esa no era una opción.

—Blaire…

—No puedo, Iver, ¿no lo entiendes? —Sonó tan angustiada que durante una milésima de segundo se planteó el dejarla estar—. No puedo. No quiero. ¡Déjalo estar!

Pero no podía hacerlo.

—Si esperas que me quede de brazos cruzados viendo cómo te hundes más y más es que no me conoces lo más mínimo —repuso con sequedad, volviéndose en el asiento para mirarla aun cuando ella seguía con la vista clavada al frente—. O me lo dices tú o me lo dice Kieran. De cualquiera de las dos maneras me enteraré, pero preferiría escucharlo de boca de mi propia esposa.

Ella ladeó la cabeza y volvió a encontrar esa angustia que no la abandonaba.

—Apuñalé a un hombre —mencionó con amargura, las palabras saliendo a través de los dientes apretados—. El día de mi boda, apuñalé al hombre con el que iba a casarme después de que él intentase matarme.

No dijo nada, no hacía falta, todas las respuestas a las preguntas que podría hacer estaba ahora en el rostro de su pequeña bruja.

—Estaba vestida de novia… —continuó casi con crueldad—. Llevaba el vestido con el que iba a casarme, un estúpido vestido blanco que acabó tiñéndose de rojo.

—Blaire…

Sacudió la cabeza con fuerza, el odio brillaba en sus ojos, pero sabía que no era por él, sino por sí misma, por lo que había pasado.

—Mi prometido, el hombre con el que había mantenido una relación de tres años apareció de repente en mi salón —continuó sin variar el tono—. Cuando escuché la puerta pensé que sería mi primo, él era el único que sabía lo de la boda. Pero no lo era. La bofetada que me lanzó al suelo no me la dio Kieran, sino Steven. Y no se quedó ahí. Me levantó del pelo y, sin soltarme, me arrastró hasta la cocina dónde me usó como una mopa contra toda superficie sobre la que hubiese algo.

—Hijo de puta… —No pudo contener el exabrupto.

—Estaba demasiado aturdida. No entendía por qué estaba haciendo eso. No respondía a mis preguntas o a mis súplicas —continuó ignorando su interrupción—. No era capaz ni de levantarme y entonces él estuvo de nuevo sobre mí, me rodeó el cuello con las manos e intentó asfixiarme.

Ella se estremeció visiblemente, a pesar de que su mirada estaba clavada en él, no dudaba que estuviese reviviendo de nuevo todo aquello.

—Su mirada era febril. No era él. No, no lo era. Su expresión… Ese no era Steven, no era el hombre al que conocía desde hacía más de tres años, era alguien dispuesto a matarme. Y lo habría logrado. Si no hubiese cerrado los dedos alrededor del mango de ese cuchillo, me habría matado —afirmó con rotundidad—. Yo estaba vestida de novia, ¿sabes? Y mi vestido ya no era blanco, mis manos estaban rojas al igual que la tela de mi maldito vestido. Le miré a la cara, vi la sorpresa y la incomprensión, pero no lo vi a él. No lo vi. No lo vi para nada.

—Te defendiste de un atacante, hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir.

Algo cambió en sus ojos, como si escuchar aquello de alguien que no fuese ella misma tuviese un mayor efecto.

—Se arrancó el cuchillo como si nada —murmuró perdiendo parte de su animosidad—, y me lo clavó a mí.

—Cristo.

—Me miraba como si no me conociese, como si yo no fuese nadie —continuó ella—. Me dejó allí tirada, sangrando, con el cuchillo hundido en un costado y se dirigió hacia el salón, dónde abrió las puertas correderas y se lanzó al vacío desde el balcón.

Las lágrimas volvieron a anegarle los ojos, pero se negaba a dejarlas salir.

—Kieran llegó justo en el momento en que él saltaba y le escuchó gritar diciendo: —mencionó con voz entrecortada—. *He matado al demonio, ahora me uniré a tu ejército de celestiales.* —Se lamió los labios y respiró de manera entrecortada cuando las lágrimas cedieron al fin por sus mejillas—. Dijeron que había sufrido un brote psicótico. Que había antecedentes… pero yo nunca supe de ellos.

—Lo siento, *Blaire*.

Sacudió la cabeza y respiró hondo, limpiándose las lágrimas con un par de pasadas de las manos.

—La boda era una sorpresa… —añadió con apenas un hilo de voz—. Iba a ser una sorpresa para nuestras respectivas familias y lo fue, al menos para la familia de él. —Volvió a pasarse una vez más las manos por la cara—. Si Kieran no hubiese llegado cuando lo hizo, si no hubiese escuchado lo que escuchó, si no hubiese impedido que siguiese desangrándome mientras venía la ambulancia… Su familia, la fabulosa familia Powell, me habría acusado de asesinar a su querido hijo.

—¿Qué? —No podía estar hablando en serio.

—A ojos de los Powell, yo era una extraña que les había robado a su hijo y las posesiones de este, alguien que había contaminado su mente alejándolo del verdadero camino y del Señor.

Iver contuvo un gruñido a duras penas.

—Mentiras y secretos —resumió y se encogió de hombros—. Siempre hay cosas de las que no podemos hablar, cosas que herirían a otras personas si las decimos en voz alta, secretos

que debemos guardar a fin de mantener el anonimato de la gente, de la familia, de lo que somos… Tantas mentiras y tantos secretos que al final la verdad ya no tiene verdadero sentido.

La miró de la cabeza a los pies intentando entender cómo era posible que esa mujer siguiese en pie después de todo lo que había mencionado, comprendiendo al fin la tristeza que había visto en sus ojos y su reacción ante su azarosa elección de compañera.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Hace cinco meses —contestó—. Me quedé con Kieran durante un tiempo y después… Bueno, decidí que poner distancia y volver a mis raíces era lo más indicado, al menos hasta que supiera qué hacer de nuevo con mi vida. Unos planes que se fueron de nuevo a la mierda, esta vez gracias a ti.

Optó por contener su lengua, pues no era el momento para volver sobre el asunto de su matrimonio.

—Y lo que acabas de oír es algo que solo, óyeme bien, solo me pertenece a mí —continuó ella encarándose ahora con él—. No le dirás una sola palabra a mi familia, ni a mi madre ni a mi tía o a mi tío. A nadie.

—No soy yo quién debe hacerlo.

—No, no lo eres.

—Pero tú tampoco puedes guardarte esto para ti de la manera en que lo has hecho hasta ahora —impidió que protestara al añadir—. Tú no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado. Lo que él te hizo… No tiene justificación alguna. Actuaste de la manera en que lo haría cualquier persona dispuesta a luchar por su vida, Blaire. Luchaste, pequeña, solo por eso eres digna de todo respeto.

—Le quería, ¿sabes? —admitió en un bajo susurro—. O por lo menos, quise al hombre que fue antes de esa mañana. Y el saber que a pesar de eso él me ocultó tantas cosas, el descubrirlo solo a raíz de lo que pasó… hace que me pregunte si en realidad llegas a conocer bien a una persona.

—Las mentiras no engendran sino nuevas mentiras —aseguró, pues era algo que había visto a lo largo de su vida, que había padecido en carne propia—. Engañarse a uno mismo no sirve para nada más que para conducirte al arrepentimiento e incluso al dolor. No merecen la pena.

—Es difícil ser sincero cuando tienes tantas cosas que ocultar, cuando tienes secretos que guardar.

—No lo hagamos entre nosotros —pidió siendo consciente de lo que estaba a punto de decir—. No dejemos que las mentiras o los secretos se interpongan en esta vida que comenzamos juntos. No hemos empezado con el mejor pie y asumo toda la responsabilidad por ello…

—Como que no fui yo la que eligió a su esposa al descarte.

—Nunca vas a olvidarlo, ¿verdad?

—Dudo que alguien olvide semejante hazaña durante varias generaciones —aseguró poniendo los ojos en blanco—. Tengo un ramo de cardos en un jarrón que lo confirma.

—Esa es otra cosa de la que tendremos que ocuparnos antes o después —admitió antes de retomar el tema—, pero por el momento… No más secretos entre tú y yo, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—De acuerdo.

—Si necesitas hablar con alguien de esto o de cualquier cosa que no puedas contarle a nadie más, ven a mí —le pidió—. No tienes que cargar sola con el peso del pasado, no debes hacerlo.

—Es mi pasado, Iver.

—Y tú la mujer de la que llevo enamorado media vida, aun cuando he hecho todo lo posible por olvidarlo —confesó para absoluto estupor de su esposa—. Ha pasado el tiempo y ninguno somos ya los de antaño. No eres la muchachita que recuerdo, aun si puedo ver todavía esa calidez y la ternura con la que solías tratarme entonces en ti, eres una mujer a la que estoy empezando a conocer; mi mujer. Y créeme cuando te digo que, bruja o no, sigue gustándome y mucho lo que voy descubriendo sobre ti.

Blaire no fue capaz de responder a su abierta declaración, permaneció sentada y mirándole un poco azorada. Su rostro, hasta ahora algo pálido, empezó a ganar algo de color en las mejillas y en el cuello.

—Tú siempre vas al grano, ¿no?

—Contigo espero hacerlo —admitió esbozando una perezosa sonrisa al tiempo que se giraba y le acariciaba la mejilla todavía fría—. Pero tranquila, Blaire, esperaré lo que haga falta.

—¿Lo prometes? —Ella misma pareció sorprendida de hacer semejante pregunta—. Bueno, ya sabes, es…

Deslizó el índice desde su mejilla a los labios impidiéndola seguir.

—Lo prometo —afirmó—. Te esperaré hasta que salga de mi boca el último aliento.

Una pequeña y tierna sonrisa empezó a tirar de los labios que había bajo su dedo.

—Eso valdrá —replicó cogiendo su mano para sostenerla en la suya mientras se alzaba de puntillas mientras él bajaba a su vez para encontrarse en un suave y tierno beso lleno de promesas de futuro.

CAPÍTULO 17

«Y tú eres la mujer de la que llevo enamorado media vida, aun cuando he hecho todo lo posible por olvidarlo».

Ese hombre tenía un don especial para dejarla sin palabras. ¿Lo decía en serio? ¿La quería de verdad o era solo lo que pensaba que ella quería oír?

Antes, en otra vida, habría dado saltos con solo escuchar esa declaración de su boca, se habría sentido la mujer más afortunada del mundo por tener el amor de aquel hechicero. Ahora, no podía negar que aquello le provocaba mariposas en el estómago, pero no conseguía hacer a un lado el miedo que se mezclaba con la excitación.

Nunca había sido una mujer de grandes pasiones. Por su vida solo habían pasado un par de relaciones fugaces, ninguna de las cuales le había dejado huella, hasta que conoció a Steven. Con él creyó encontrar algo más. Trabajaban en el mismo sector, aunque en empresas distintas, él era tranquilo, agradable, tierno y caballeroso. Siempre la trataba con dulzura y respeto y el sexo no estaba nada mal. Tras convivir un tiempo decidieron que había llegado el momento de dar el siguiente paso y él la sorprendió con una petición de matrimonio de lo más romántica.

Tenía la vida que deseaba, iba a ser feliz, aún si para ello tuviese que mentir y guardar secretos cuando su prometido le preguntaba por su familia.

«¿Estás segura de que esta es la clase de felicidad que estás buscando?». Las palabras de Kieran se filtraron en su mente. Él la había visitado un par de semanas antes de la boda para confirmarle que estaría a su lado, que no la dejaría sola en el que se suponía tendría que ser el día más importante de su vida. *«Es todo lo contrario a lo que has deseado desde que llegaste a Braid Manor».*

Todo lo contrario al hombre que había dejado atrás; el *Alto Hechicero* de los Bryson.

Iver había sido una constante en su mente incluso después de dejar la vieja casa victoriana para irse a estudiar al extranjero. No había dejado de preguntarle a todo el mundo por él, pero las respuestas que recibía a cambio la llevaban a ir apartándole poco a poco de su mente.

«Olvídate de él y concéntrate en tus estudios».

«Milord pertenece a un mundo en el que no tiene cabida gente como nosotros».

«Estoy segura de que te recuerda como a su latosa hermana pequeña».

«El Alto Hechicero de Braid Manor está obligado a casarse con una bruja».

No estaba a su altura. No era una bruja. Debía concentrarse en sus estudios y olvidarse de un hombre que, en realidad, nunca había sido otra cosa que amable con ella. Nunca le había mostrado un afecto distinto al que podría ofrecerle un hermano mayor o un primo y el que los separasen casi quince años, parecía un abismo que él no parecía dispuesto a saltar.

Su mundo era otro, uno en el que ella no tenía cabida, así que se había prometido a sí misma olvidarle, enterrar aquellos juveniles sentimientos en lo más profundo de su corazón y seguir adelante con su vida.

Y lo había conseguido, lo había dejado atrás, se había construido una nueva vida en Seattle, una feliz hasta que pasó aquello y decidió regresar a *Braid Manor*.

No lo olvidaste, Blaire, solo guardaste esos sentimientos en un rincón y los cubriste con tu propia determinación, pero no lo olvidaste.

Pero esos sentimientos ya no eran los de una adolescente enamorada, eran los de una mujer adulta que había vivido, que reconocía el deseo en los ojos de un hombre y en sus caricias. Alguien que deseaba mucho más que calidez y ternura, que una vida plácida y tranquila o un matrimonio echado a suertes. Y que tenía miedo a que todo eso no fuese suficiente para olvidar lo que sí deseaba olvidar; que había estado a punto de morir a manos de un hombre que siempre había proclamado amarla.

—¿Blaire?

El sonido de su nombre en la voz masculina la arrancó de sus pensamientos y la devolvió al acogedor despacho de su marido. Junto a él estaba una elegante y agradable mujer entrada en la cincuentena que aguardaba con una sonrisa pintada en los labios.

—¿Sí?

—¿Quieres una taza de té o un café?

Empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo.

—No… no le diría que no a un té caliente.

La mujer asintió.

—Le traeré una taza de té y unos bocadillos, lady Bryson —le dijo educada antes de volverse hacia su jefe—. ¿Lo de siempre para usted, señor?

—Al contrario que mi esposa yo sí he desayunado en condiciones, pero aceptaré también una taza de té —aseguró mirándola de soslayo al decir aquello antes de volverse de nuevo hacia la mujer—. Gracias, Lauren.

—Con permiso.

Blaire no pudo evitar fijarse en los taconazos que llevaba la mujer mientras avanzaba por el suelo enmoquetado y cruzaba después la puerta cerrándola tras ella.

—Menudos tacones.

—Nunca la he visto sin ellos. —El comentario de Iver la llevó a volverse de nuevo hacia él

—. Deja la chaqueta en el colgador, con un poco de suerte se secará del todo y no sobre ti.

—Estoy bien —replicó, pero optó por seguir su consejo—. Es lo bastante gruesa como para aislarme de la humedad. No he vivido buena parte de mi infancia en Escocia sin saber que solo tenemos dos estaciones, junio e invierno. Y en junio también llueve.

Una lenta sonrisa curvó esos labios que ya había probado dos veces. El recuerdo le produjo un cosquilleo interior que la obligó a apartar rápidamente la mirada. Se trasladó hasta una de las ventanas a través de la que podía verse una zona arbolada y varios edificios más.

—Estamos a las afueras de la ciudad, ¿no?

—En Lochside Way, sí —confirmó sus sospechas—. Y por si el *Google Maps* vuelve a fallarte, estamos en las inmediaciones del *Parque Central de Edimburgo*. Aquella masa de agua que ves allí es el…

—Lago Ross —completó la información antes de darse la vuelta para mirarle—. Con decir «sí, estamos a las afueras» era suficiente.

—¿Y que mi esposa no sepa dónde se ubica exactamente la empresa de su marido? —chasqueó la lengua con gesto burlón—. No me lo perdonaría en la vida.

—Lamento romperte la burbuja, Iver, pero no podría importarme menos dónde está tu empresa. —Señaló a su alrededor—. Difícilmente es un campo que domine o conozca.

—Me hieres profundamente.

—Lo superarás.

—Lo creas o no, este lugar hace que podamos mantener *Braid Manor*, pagar los sueldos de nuestros empleados y dar trabajo a otras personas —le dijo acercándose también a la ventana para mirar al exterior—. Las vistas pueden no ser las de Calton Hill, pero resultan perfectas para lo que hago en esta oficina.

—¿Papeleo? —Sugirió señalando el montón de carpetas que había en un lado de la mesa y otras tantas abiertas sobre el escritorio.

—Es lo que James más detesta en el mundo, así que me lo deja a mí —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. No puedo quejarme. Él ha estado al mando mientras yo trabajaba desde casa.

Aquello hizo que le prestase de nuevo toda su atención.

—¿No habría sido más factible usar lentillas o ponerte unas gafas y ya? —mencionó observando esos ojos azules que hasta hacía poco más de una semana eran de un color tan oscuro que casi parecía zafiro.

—Si todo se redujese al color de mis ojos… —replicó con palpable ironía. Entonces sacudió la cabeza, se lamió los labios y la invitó a sentarse en uno de los sofás ubicados al otro lado de la habitación—. Ahora sabes que el caudal que corre por tus venas puede aumentar o disminuir y si se da lo primero, solo necesitas drenarlo.

—Eso es lo que me has estado enseñando —asintió comprendiendo sus palabras.

—Y eres una alumna excelente —admitió él con un gesto de la barbilla—. El caso es que hay veces en que ese caudal no puedes drenarlo ni tan rápido, ni tanto como desearías. La magia empieza a crecer y a desarrollarse desde nuestro nacimiento, cuando esta alcanza unos parámetros por encima de lo normal y las habilidades de su usuario superan ciertos baremos, estamos hablando de un *Alto Hechicero*.

—Es decir, que hablamos de ti.

—Totalmente. —Le guiñó el ojo y continuó—. Hay un techo en ese nivel de poder, uno hasta el que podemos llegar sin peligro. A partir de ahí, cualquier exceso de caudal se vuelve peligroso y nos afecta en mayor o menor medida, dependiendo de si le ponemos remedio antes o después.

—¿Ese es el motivo por el que tus ojos pierden su tono original y se oscurecen tanto?

—Es uno de los síntomas más claros, un aviso de que va siendo hora de que cumplas con lo que se espera de ti y elijas una pareja con la que poder compartir ese exceso de caudal —asintió—. Pero no es el único signo, hay otros que no se ven a simple vista. El exceso de poder se convierte en un frío helador que te recorre las venas, que enfría tus emociones y te hace un poco menos… empático, por decirlo así. Y ese frío… es como mil agujas clavándosete en la piel o en la cabeza si esperas demasiado…

Y él lo había hecho, ¿no es así? Había llevado todo aquello al límite.

—Estabas en tu límite —dio voz a sus pensamientos—. Esa tarde, cuando entraste sin mirar a nadie en el salón, comportándote como si todo te diese igual y empezaste a rifar entre las mujeres presentes… Ya estabas en el límite… o incluso puede que lo hubieses superado ya.

—Sí —asintió con la cabeza—. En esos días el dolor era… bastante incómodo.

Insoportable, corrigió ella en su mente. Tenía que haber sido tan intenso como para que le diese igual el resultado con tal de poder ponerle fin a esa molestia.

—¿Y la solución era echarlo a suertes? —No se molestó en ocultar la ironía presente en su voz—. Muy maduro, *milord*, muy maduro.

—No me siento orgulloso de la manera en que me comporté en ese momento —resopló y añadió—, y aún menos de haberte metido en ello. Pero no puedo decir que me arrepienta, Blaire, no cuando el azar te eligió para mí.

El azar.

—¿Y si el azar hubiese elegido a alguien más? ¿Y si te hubieses dado cuenta de que yo no era una de esas *«candidatas»* elegibles? En ese caso ninguno estaríamos aquí teniendo esta conversación…

—Y yo tendría, con toda probabilidad, un matrimonio igual que el de mis padres —mencionó en tono reflexivo—. Respetaría a mi esposa, cumpliría con mis deberes para con ella y

lo más probable es que siguiese preguntándome que habría sido de aquella morena de pelo alborotado a la que seguiría intentando olvidar, sin percatarme que ella estaría muy cerca de mí. O quizá sí, en el momento en que te vi, aún después de que James me sacase de mi error, supe que te reconocería en cualquier lugar.

—Han pasado quince años, una cantidad de tiempo considerable para que la gente cambie —aseguró pensando en sí misma. Y no era solo por los cambios físicos, sino por la madurez, la experiencia y lo que esperabas de la vida.

—En eso consiste vivir, brujita, en avanzar, cambiar, madurar y definirte como persona —resumió—. Pero algunas cosas siempre permanecerán inalterables o lo bastante iguales como para recordarlas siempre.

—¿Cómo por ejemplo?

—Ese rebelde pelo tuyo.

—*Touchée*.

—Y la rapidez con la que te enciendes…

—Yo no me enciendo rápido.

—Conmigo sí —replicó risueño.

Puso los ojos en blanco.

—Eso es porque me sacas de quicio.

—Sigue diciéndote eso a ti misma, anda…

Enarcó una ceja ante el evidente sarcasmo en su voz.

—Lo haces, lo estás haciendo en este mismo instante —lo acusó, pero lo cierto es que disfrutaba de ese intercambio entre ellos—. Es algo innato en ti. Solo hay que echarte un vistazo para saber que eres el típico hombre acostumbrado a obtener todo aquello que desee.

—Aunque no lo creas, eso sucede en menos ocasiones de las que te imaginas.

—Dime una sola —lo retó—. La primera que te venga a la memoria.

—Tú. Entonces y ahora. —La señaló con un gesto—. Eres mi mayor deseo y convendrás conmigo en que *todavía* no te he obtenido.

—*Touchée* otra vez —le concedió ese tanto, pues una suave llamada a la puerta anunció el regreso de la asistente de Iver con el té y los bocadillos.

—Gracias, Lauren. —Su marido se levantó y cogió la bandeja de las manos de la mujer—. Eres un amor.

La dama chasqueó la lengua y lo miró con severidad.

—Dígale eso a su esposa, que es a quién tiene que agasajar a partir de ahora —le dijo, pero la manera en que habló y su expresión hablaba del afecto que la mujer tenía por su jefe. Entonces se volvió hacia ella—. Lady Bryson, no se imagina la alegría que nos da a todos saber que nuestro *Alto Hechicero* al fin ha decidido sentar cabeza. Les deseamos lo mejor, a ambos.

—Gracias —aceptó algo azorada. No estaba acostumbrada a que la tratasen con tanta deferencia—. Pero, llámeme Blaire, por favor, lo de lady Bryson… me abruma todavía.

La mujer asintió comprensiva, posó ligeramente la mano sobre el brazo de su marido y le dedicó una mirada cómplice antes de dar media vuelta e irse por dónde había entrado.

—Estoy atónito —mencionó Iver caminando de vuelta hacia ella—. Le has gustado.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Soy encantadora —se burló.

—Lo eres, no me cabe duda de ello —se rio dejando la bandeja en la mesa entre ellos—, pero ella es un poco… peculiar.

—Peculiar, ¿en qué sentido?

—Es una matriarca.

Sacudió la cabeza, pues no entendía a qué se refería.

—Una de las brujas que forman el consejo del aquelarre del Reino Unido —le explicó—. Y acaba de darte la bienvenida al mismo.

—Entonces, ¿no es ninguna de las que me ha enviado el ramo de cardos?

—No. —Su voz cambió inmediatamente de registro y sus ojos se entrecerraron un poco—. Ese grupúsculo pertenece a otro sector.

—¿Sabes? Das miedito cuando hablas así.

—Mientras se lo dé a ellos y no a ti, no habrá problema —repuso con palpable ironía.

—Procura no mancharte de sangre, vale, no hay manera de sacarla de la ropa.

—Menuda conversación que estamos teniendo.

—Son las mejores, Iver, si hay alguien poniendo la oreja, seguro que sale corriendo.

Una sonora carcajada emergió de la garganta masculina, los ojos azules se iluminaron y el rostro de su marido cobró una apostura traviesa e increíblemente sexy.

—Mira por dónde sí he terminado eligiendo a una verdadera bruja —mencionó risueño—. Eres la horma de mi zapato, no me cabe la menor duda.

Sonrió de soslayo y optó por echar un vistazo a la bandeja que había dejado entre ellos. Cogió una de las dos tazas de té y se sirvió un par de bocadillos en un platillo.

—No te he preguntado por la entrevista de esta mañana.

—Resulta que ya habían cogido a alguien —respondió encogiéndose de hombros—. No importa. Seguiré buscando.

—¿Puedo preguntarte en qué trabajabas antes de que decidieras venir a *Braid Manor*?

—Me he pasado los últimos seis años trabajando en un pequeño estudio de diseño —admitió llevándose la taza de té a los labios y aspirando profundamente su aroma—. Y con pequeño me refiero a que éramos solo cuatro personas. Ellos… fueron quienes nos presentaron a Steven y a mí. Y después de lo que pasó, no quise continuar allí.

—¿Por ti o por ellos? —La pregunta la tomó por sorpresa. Iver podía llegar a ser muy

intuitivo.

—Digamos que… un poco de ambas cosas.

Dejó escapar un profundo suspiro y cogió su propia taza a la que dio un largo sorbo.

—¿Lo echas de menos?

—¿El qué? ¿Mi trabajo?

Asintió mirándola por encima de la taza.

—Sí y no —admitió después de pensárselo un poco—. Estudie artes gráficas porque me gusta el arte y el diseño. Siempre me ha gustado dibujar, pero… No creo que pudiese volver a lo que tenía antes, no sin recordar todo lo que deseo olvidar.

—No vas a poder escapar de ellos toda la vida, de los recuerdos, quiero decir, esa no es la manera de vivir, Blaire.

—Recordar lo que me hizo tampoco lo es —replicó apretando los dedos alrededor de la taza.

—Deberías hablar con…

—No es el momento —lo interrumpió—. Lo haré, pero… necesito prepararme mentalmente para ello y no es fácil. Mi madre… mi tía… Solo Dios sabe lo que saldrá de ahí cuando lo sepan.

Dejó la taza sobre la mesa y se echó hacia delante.

—No me estaba refiriendo a ellas —le dijo entonces, llamando su atención—. Iba a sugerir que deberías hablar sobre lo que te pasó con un especialista.

Ahora fue ella la que devolvió la taza a la mesa.

—Ya lo hice —admitió mirándole—. De hecho, tengo su tarjeta y suelo hablar con ella cada quince días. Es una amiga de Kieran. Él no paró hasta arrastrarme a su consulta una vez abandoné el hospital.

—Al menos has tenido a alguien a tu lado durante todo ese tiempo —aceptó él con un gesto—. Me alegra saberlo.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Kieran. —Hizo una mueca—. Olvidé llamarle. Le dejé con la palabra en la boca y…

—Tranquila. Le envié un mensaje diciéndole que estabas conmigo y bien —le informó—. Puedes llamarle más tarde. Ahora, come algo y yo aprovecharé para reducir este montón de carpetas. —Señaló su escritorio—. Si no tienes planes para esta tarde, convendría que siguiésemos con las lecciones.

—No sé, deja que mire primero mi agenda —le dijo poniendo los ojos en blanco—. Sí, creo que puedo hacerte un hueco entre *«no ir a casa»* y *«evitar a mi madre como la peste»*.

—La boda —respondió y lo hizo en modo afirmación.

—No puedo pasar por eso otra vez —repitió lo que ya le había dicho antes—. Y no sé cómo hacérselo entender.

—Lo entendería perfectamente si te sentases a hablar con ella —aseguró con tono paciente —. Agatha no es tan frágil como pareces creer, brujita, ninguna mujer que haya criado a una hija ella sola, que haya sacrificado tanto para darle una vida mejor, puede ser frágil.

Sacudió la cabeza una vez más.

—Me prometiste que no les dirías nada —lo miró de manera acusadora—. Si se te ocurre romper tu palabra, yo…

—Jamás te traicionaría de esa manera, Blaire —Negó con rotundidad—, pero no me pidas que me quede de brazos cruzados viendo cómo te haces pedazos. No miraré hacia otro lado, no en lo que tenga que ver contigo.

—¿No ibas a ponerte con ese papeleo? —Señaló el escritorio dando así fin a aquella conversación—. Me comeré un par de estos y me iré a dar un paseo mientras haces lo que tengas que hacer.

—Preferiría que te quedases justo dónde estás…

—Y los condenados en el infierno preferirían una máquina de hacer hielo, pero mira tú, resulta que ahí abajo no hay corriente —chasqueó y le pegó un mordisco a uno de los bocadillos —. Um. Riquísimo.

—No te alejes —cedió ante su respuesta—. Y si me necesitas, llámame.

—Habló el marido sobreprotector.

—En realidad, habló el marido que tiene por esposa una brujita novata con tendencia a desafiar las leyes de la física con sus rupturas de poder —replicó. Entonces se inclinó sobre ella y, antes de que pudiese verlo venir, le apartó el pelo de la frente y la besó allí—. Esta tarde nos encargaremos de eso.

Un segundo beso cayó ahora sobre sus labios, demasiado fugaz para poder saborearlo.

—Nunca olvides que te quiero, brujita —susurró antes de apartarse y dirigirse hacia el escritorio.

Sería difícil olvidarlo cuando era algo que siempre había deseado escuchar.

CAPÍTULO 18

Su idea de terminar el día con una cena tranquila y un poco de conversación se fue al garete nada más traspasar la puerta de la mansión. El rostro pétreo de James y el sobre negro que tenía en las manos no era el mejor de los augurios.

—¿Quién se ha muerto ahora? —Las palabras de Blaire podrían haber sido las suyas propias. Su esposa se quitó la chaqueta, la colgó en el armario de la entrada y se volvió para coger su abrigo y hacer lo mismo.

—Gracias. —Aquel era un gesto inesperado, pero bienvenido. Algo había cambiado en el transcurso del día, la distancia crecida en todos esos años entre ellos parecía haberse esfumado por completo devolviéndoles a la época en la que no existía nada más que confianza.

—El aquelarre ha enviado esta tarde a uno de sus emisarios para entregaros esto —informó su amigo mirándole directamente—. No aceptan tu elección.

—No me sorprende lo más mínimo —admitió y dejó escapar un suspiro.

—Las cuatro casas del patriarcado han presentado ante el consejo una impugnación y una nueva convocatoria.

—¿Las cuatro casas…? —preguntó su compañera alternando la mirada entre ambos.

—Las familias a las que agradeciste con tanta amabilidad su regalo.

—Ah, *Los Cardos* —asintió con la cabeza.

—¿Los Cardos? —preguntó James enarcando una ceja.

—¿Acaso se han presentado de otra manera y me lo he perdido?

—No, no lo hicieron —comprendió con una perezosa sonrisa tirándole ya de los labios.

—¿Te hace gracia? —La preocupación de James era evidente.

—Lo cierto es que sí —admitió sincero—. Blaire tiene razón al decir que no se presentaron. Tú y yo sabemos perfectamente quién está detrás de ese abierto insulto, pero nadie firmó la declaración.

—Si con declaración te refieres a esa tarjeta escrita con letra pulcra y antigua, sí, no tenía firma —corroboró su esposa.

—Ahí tienes.

A su amigo le estaba costando seguirles el hilo.

—Asumo que ella no comprenda qué significa esto, pero tú… —Sacudió el sobre en sus manos—. ¡Es un insulto! ¡Y del más alto nivel! Jamás, desde que se tiene constancia, se ha producido una declaración semejante en contra de la familia Bryson y mucho menos de un *Alto Hechicero*.

No. Eso era verdad. Que él supiera, nadie había tenido las agallas de presentar una queja semejante contra una familia liderada por un *Alto Hechicero* y el que ahora lo hicieran por algo tan nimio parecía más una tomadura de pelo que algo que tener en consideración.

—De acuerdo, dado que la *ignorante* no sabe de qué va todo esto, ¿me lo explicas? —Su compañera podía ser muy irónica cuando la ocasión lo requería.

—Puedes llegar a ser muchas cosas, *cariño*, pero ignorante no es una de ellas.

—¿Cariño? —Las cejas de su amigo se alzaron hasta casi alcanzar el nacimiento del pelo.

—Tiene una subida de azúcar —replicó ella al momento, apartando la mirada como si no fuese consigo.

—Hemos decidido que no habrá secretos entre nosotros.

—¿Hemos? —Esa mirada verde cayó sobre él con la misma ironía—. Aceptamos barco como animal acuático.

—Blaire…

—Estamos en medio de un proyecto a gran escala de entendimiento mutuo —replicó ella mirando ahora a su amigo—. Es lo que se espera de los matrimonios, ¿no?

—Podría esperarse de cualquiera menos del vuestro, *miladi*.

—Tu confianza en nuestro proyecto es abrumadora.

—Estoy en shock, querida, has pasado de lanzarle algo a la cabeza esta misma semana a lo que quiera que sea esto —admitió él, pero algo de la tensión que parecía envolver a su primario se esfumó en ese momento—. En cuanto me recupere estoy seguro de que podré expresar mi más profunda alegría por este inesperado hecho.

—Créeme, sé exactamente cómo te sientes —asintió su esposa mirándole de soslayo—. Iver es capaz de dejarle a una sin palabras.

—Me gusta dejarte sin palabras ya que es señal de que escuchas lo que te digo —replicó dedicándole un guiño.

—Sorprendente —murmuró su amigo y la manera en que alternaba la mirada entre ambos era realmente cómica—. Parece que sí habrá boda, entonces.

—No —contestaron los dos a la vez sorprendiendo al hombre.

—Eso ha sido aterrador. —Los señaló él—. No volváis a hacerlo.

—Blaire no desea llevar a cabo toda la pompa de una ceremonia nupcial. —Se apresuró a excusarla y dar una explicación que no implicase tocar un tema delicado para su chica.

—Eres escocesa, querida, ¿ya te has olvidado? —chasqueó James—. No necesitas una

pomposa y lujosa ceremonia cuando puedes llevar a cabo algo más tradicional como el *handfasting*. Intenté decírselo a Agatha esta mañana después de todo el revuelo en…

—James, no —lo atajó. Su amigo lo miró y vio la advertencia en sus ojos, pues cerró el pico al instante.

—No es asunto mío —aceptó el hombre al tiempo que volvía a levantar el sobre—. Volvamos a lo que nos ocupa. Tienes que hacer algo con esto.

Cogió el sobre, lo abrió y sacó de su interior una breve cuartilla de papel en la que se le informaba que debía comparecer ante el consejo del aquelarre y presentar su alegato. Su matrimonio no sería reconocido por el coven mientras no lo hiciese, pues tenían constancia de que la mujer elegida, y con la que había forjado el vínculo de unión, no era una hija del aquelarre, sino una sierva de la familia carente de poder mágico.

A ojos de su círculo, su posición exigía una pareja a su altura, con pedigrí y una larga estirpe hechicera a sus espaldas.

—El aquelarre quiere que comparezcamos ante el consejo —mencionó volviéndose hacia Blaire, quién lo miró suspicaz mientras le tendía la tarjeta—. No reconocerán nuestra unión mientras no lo hagamos. E incluso así, es probable que se nieguen a hacerlo dado tu origen.

—¿Esto es por las tarjetas que les envié a esas familias?

Negó con la cabeza.

—No has sido tú, Blaire, esto es por mí. —Y lo era. La manera en que había llevado a cabo su elección era el único detonante de todo aquello, el que ella resultase ser elegida no era más que un daño colateral que había agitado un avispero ya de por sí inquieto—. Hice mi elección y ahora debo responder por ello.

—Si tu elección hubiese sido una bruja, no tendrías esto ahora entre las manos, ¿me equivoco? —preguntó mirando la tarjeta.

—Iver siempre ha sido un premio codiciado. No se trata tanto de a quién él eligiese como de quién lo eligiese a él —chasqueó James—. Puede que su actitud irreflexiva nos haya llevado hasta este punto, pero te eligió a ti y el vínculo se ha asentado entre ambos. El destino te ha escogido para él, lo hizo mucho antes de que entrase en ese salón y se pusiera a hacer el tonto. Esa clase de vínculo solo se romperá en la muerte.

Él asintió corroborando las palabras de su compañero.

—Eres lady Bryson, la señora de esta casa y consorte del *Alto Hechicero*. Es una ofensa en sí misma que se cuestione tu linaje —continuó su primario—. Eres la bruja de *Braid Manor* y es un insulto que te hayan dado la bienvenida con semejante… obsequio.

—Los cardos.

—Los cardos. —A James casi le costaba pronunciar la palabra sin montar una rabieta.

—Pero, ¿y lo bonitos que han quedado en la mesa del salón? —mencionó ella con tal

dulzura que casi le arranca una carcajada—. Creo que podría crear un blasón propio con esa flor. Algo único, que me identifique solo a mí, ¿qué os parece?

—Si ese es tu deseo… —Iver intentaba no estallar en carcajadas ante el irónico despliegue de su esposa.

—Sería un puntazo —continuó ella. Miró la tarjeta y sin pensárselo dos veces la hizo pedazos—. Aquí tienes. Tíralo a la basura. En el compartimento del papel. Que se note que reciclamos.

—Si no te quisiese ya, en estos momentos me habría enamorado por completo de ti —le dijo rompiendo a reír—. Eres la esposa perfecta, Blaire Bryson.

—Una a la altura de un *Alto Hechicero* —asintió James con palpable orgullo—. Me rindo a tus pies, querida.

—Bueno, bueno, bueno… —Empezó a agitar las manos, sus mejillas coloreándose un poco—. Dejad de halagarme que no nos lleva a ningún sitio y pongámonos serios. Se giró hacia él y lo miró a los ojos—. ¿Qué vamos a hacer?

—Les daremos lo que quieren.

—¿Disculpa?

—Quieren asegurarse de mantienen el poder, que sigo siendo fiel al aquelarre y obedeceré sus mandatos —aseguró tomando su mano y llevándosela a los labios para besarle los nudillos —. No es más que un gesto de cara a la galería, probablemente para decirles a *los Cardos* que no tienen de qué preocuparse, que me han echado un rapapolvo y me plegaré a sus deseos como un buen súbdito.

—Si creen eso es que son muy tontos —chistó James por lo bajo.

—Te gusta el nombre que les he puesto, ¿eh? —mencionó al mismo tiempo su esposa.

—Les retrata maravillosamente, brujita.

—Supongo que llegados a este punto tendremos que seguir las tradiciones y presentar al aquelarre a la nueva señora de la familia Bryson —añadió dejando que sus labios se curvaran en una perezosa sonrisa—. ¿Estarías dispuesta?

—¿Qué implicaría exactamente esa presentación?

—Pompa, ceremonia, joyas, altanería y una profunda dosis de ironía por tu parte — canturreó James en respuesta—. Daremos un baile en *Braid Manor*, el Baile de la Bruja.

—¿Un baile en honor de una bruja que no es bruja? —No se le escapó la ironía en a voz de la chica—. A vosotros os va el peligro.

—Es una tradición de esta casa que se remonta varios siglos atrás —le explicó—. El *Alto Hechicero* de Bryson presenta a su esposa y bruja ante el consejo del aquelarre para obtener su beneplácito a la unión. Si ellos la aceptan, será una hija del aquelarre, lo fuese ya o no, una bruja de pleno derecho y cualquier ofensa hecha a su persona, se convertirá en una ofensa a todo el

gremio.

—¿Y qué pasa si no aceptan?

—Que Iver se va a cabrear de lo lindo y va a poner patas arriba el aquelarre —canturreó James con gesto inocente—. ¿Verdad?

—Que perderán un *Alto Hechicero* y una estirpe lo bastante antigua como para que tengan muchos, pero que mucho problemas en el futuro —aceptó él con absoluta placidez.

—Y tú crees que no se atreverán a llegar tan lejos.

—Sé que no lo harán —admitió con secreta satisfacción—. Para hacer algo como eso todo el consejo debe estar de acuerdo. Sin excepción.

—Ah, vale. Ya veo por dónde vas.

—Y eso solo prueba lo inteligentísima que es mi esposa —aseguró divertido.

—Ha conocido a Lauren. —James llegó con rapidez a la clave de todo aquello—. Y le ha gustado a la consejera.

—No solo le ha gustado, le ha dado la bienvenida —corroboró pensando en que tendría que regalarle una buena botella de whisky a la bruja solo por el respeto y la aceptación que le mostró a su Blaire—. Eso hace que tengamos el consejo en nuestras manos.

—Algo me dice que no será la única —asintió su amigo, quién conocía bien a buena parte de los patriarcas y matriarcas que formaban el consejo del aquelarre.

—Pero la última palabra es tuya, Blaire. —Se volvió hacia ella—. No te meteré en esto si no deseas formar parte de ello.

Los ojos verdes de su compañera se encontraron con los suyos. Guardó silencio durante algunos segundos, pero acabó asintiendo con suavidad.

—Nací en el seno de una familia que vive para servir y proteger *Braid Manor* y a su señor. —Sus palabras lo calentaron por dentro, pues sabía que eran verdaderas—. Llevamos haciéndolo desde generaciones y, aunque no sea un papel con el que me identifique, respeto a mi familia y su legado, así que… Me apunto. Después de todo, si la propia lady Bryson no cuidase de esta casa y de su señor, alguien lo bastante idiota como para dejar su destino en manos del azar, no sé quién podría hacerlo.

—Me atreveré a decir que eso es un rotundo sí, Iver —mencionó James tan hinchado de orgullo como un pavo.

—Lo es —repitió ella—. Por si no te ha quedado claro. Es un sí. A lo de la fiesta. Nada de bodas.

Se rio entre dientes, sacudió la cabeza y le ciñó los dedos que todavía no había soltado.

—Un día te lo pediré, Blaire.

—¿Qué me pedirás?

—Que me digas que sí —respondió sin más—. Solo eso. Que me digas que sí.

Un día lo haría. Cuando ella fuese completamente suya, cuando no hubiese nada que se interpusiera entre ellos, cuando admitiese que le quería tanto como él a ella, ese día se lo pediría.

CAPÍTULO 19

Blaire entró en la cocina y levantó la mano para que los presentes no tuviesen oportunidad de iniciar la misma escena de la mañana.

—No, no me han dado el trabajo, pero pienso seguir buscando.

—No he dicho nada —mencionó Eleanor sin quitar el ojo del pastel que tenía en el horno —. Si tu marido está conforme con tu decisión, no hay nada más que decir.

—Mi marido puede decir misa… —resopló y miró a su alrededor—. ¿Y mi madre?

—En el piso de arriba, ha subido con las toallas y la ropa de cama de los armarios.

—Iré a echarle una mano.

—Está bien —asintió sin molestarse en mirarla.

Y esa era sin duda una actitud poco habitual en Eleanor, una que indicaba que la mujer seguía disgustada por la escena que había protagonizado allí esa misma mañana.

—¿Es tan importante que se celebre una maldita boda en esta casa? —No pudo evitar que la amargura cubriese su voz—. ¿Nadie puede comprender que no estoy interesada en algo así? No es cómo si mi matrimonio hubiese sido algo planeado y lo hubiese mantenido… en secreto.

Las palabras empezaron a vacilar y diluirse al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Quizá pudiésemos entenderlo si conociésemos el motivo de tal rotunda oposición por tu parte, hija —replicó la mujer volviéndose ligeramente hacia ella—. Puedes engañar a tu madre, liarla como lo has hecho estos dos últimos meses, pero a mí no.

Apretó los labios, no iba a contradecirla.

—Eres una mujer adulta, Blaire, capaz de tomar tus propias decisiones y afrontar las consecuencias, pero te olvidas que tienes una familia que te quiere y se preocupa por ti —aseguró conciliadora—. Entiendo que no desees una ceremonia de bodas, que no estés preparada para afrontar algo que ha llegado de golpe y sin anunciar…

Sacudió la cabeza.

—No se trata de eso, tía —admitió a regañadientes—. O no del todo. Hay más. Mucho más. Motivos que… Que ahora mismo no estoy preparada para poner en palabras y que hacen que no desee tener una ceremonia.

—Bien, pues díselo a tu madre de la misma manera en que me lo acabas de decir a mí —sugirió caminando hacia ella, posándole la mano en el hombro—. No es necesario que os

enzarcéis en una pelea absurda…

—Lo haría sin tan siquiera quisiera escucharme —dejó escapar un resoplido—. La idea de la boda ha sido suya. Yo no deseo una ceremonia. Iver lo sabe, lo entiende y está de acuerdo. Respeta mi decisión.

—Has hablado con él. —No era una pregunta, sino una afirmación que pareció aliviarla al momento.

—No es que me haya dejado muchas alternativas —admitió a regañadientes—. Comprende mis motivos y los respeta. Es todo.

—Pues eso ya me deja mucho más tranquila —aseguró con rotundidad—. Y sé a Agatha también la tranquilizará si lo escucha de ti.

—Es poco probable cuando acabo de enterarme de que ha estado hablando con James de la posibilidad de organizar un *Handfasting*.

—Es una tradición celta muy arraigada en nuestra familia —admitió y sonrió pensativa—. Tu tío y yo nos casamos por ese rito. No necesitábamos una gran ceremonia, todos nuestros seres queridos estaban allí y con eso nos bastó.

—Estoy segura de que debió de ser precioso, pero… —Sacudió la cabeza—. No puedo. No me preguntes por qué, solo… no puedo hacerlo. Ahora no.

Asintió y le cogió el rostro entre las manos.

—Existe un momento en la vida para cada cosa, cuando llegue este lo sabrás y podrás dejar atrás lo que sea que te haya hecho daño —le aseguró antes de besarla en la frente—. Ella también lo entenderá.

Sonrió con tibieza y se liberó de sus manos antes de dar un paso atrás y echar el pulgar por encima del hombro.

—Iré a hablar con ella, yo tampoco deseo verla así, pero… —Sacudió la cabeza e hizo una mueca—. ¿Yo también soy tan terca?

Su tía se echó a reír.

—Oh, cariño. Eres igualita que tu madre, escocesa hasta el último cabello de la cabeza.

Resopló de risa y sacudió la cabeza una vez más antes de señalar con un gesto hacia el horno.

—Espero que eso que huele tan bien sea la cena, tía, porque estoy famélica.

—Lo es, lo es —admitió con el orgullo típico de una buena cocinera—. Haz lo que tengas que hacer, que ya me encargo yo de todo.

—Volveré para ayudarte con la mesa.

—Ahora eres la señora de la casa, Blaire, no te corresponde a ti…

—Soy la señora de la casa y por eso tanto yo como Iver, colaboraremos —declaró con firmeza pensando en cómo iba a disfrutar diciéndole al *Alto Hechicero* que moviese el culo y la

ayudara a poner la mesa.

—Señor. Espero vivir lo suficiente para ver semejante hazaña —aseguró su tía con una sonora carcajada.

—Yo también —admitió, le dio un abrazo rápido y salió por la puerta con intención de ir en busca de su progenitora.

Agatha Matheson era una mujer hecha a sí misma, con unos ideales muy arraigados y un sentido familiar inquebrantable. Entendía que a sus ojos su reciente enlace hubiese sido precipitado, poco meditado y que le preocupasen todos los problemas que iban a surgir de ello.

Solo tenía que recordar la cara que había puesto cuando vio los cardos en el jarrón y descubrió que le habían sido enviados a ella. No rosas, ni orquídeas o cualquier otra flor más delicada o exótica, sino unos toscos cardos.

No había dicho nada, pero tampoco hacía falta. La conocía bien y había visto el dolor en sus ojos, la rabia y el disgusto. Como a cualquier madre, le dolía ver que a su hija la ofendían o la rechazaban de una manera tan tajante, pero si a ella le importaba un bledo el asunto de los cardos, su madre también debería de dejarlo correr.

En lugar de eso, había renovado sus esfuerzos con el tema de la boda, como si una ceremonia y un vestido pudiesen cambiar el hecho de que no era una hija del aquelarre.

Tan pronto como llegó al piso de arriba escuchó el canturreo de una conocida canción escocesa que siempre parecía estar en labios de esa mujer. Su letra en gaélico sonaba incluso más bonita en el dulce timbre que la pronunciaba.

Siguió el sonido hasta una de las habitaciones del final del pasillo, la que usaban para guardar las sábanas, toallas y otras cosas necesarias para las habitaciones.

—Sigues teniendo mejor entonación que yo —mencionó haciéndola consciente de su presencia.

Ella se volvió con una sonrisa curvándole los labios y señaló.

—Lamentablemente parece que has heredado la habilidad para no dar una tonada de tu padre.

Se rio entre dientes.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Pero heredaste su precioso pelo negro.

—Sí, arréglalo ahora —chasqueó y entró en el cuarto—. ¿Te ayudo con algo?

—Ya casi he terminado por aquí —aceptó doblando la última toalla para colocarla en su lugar—. ¿Qué tal te ha ido en la entrevista?

Hizo una mueca.

—Resulta que ya habían contratado a alguien —admitió—. No me importa. Pienso seguir buscando.

La mujer se limitó a dedicarle una mirada de soslayo, pero no dijo nada.

—Llevo trabajando y manteniéndome por mí misma desde que salí de la universidad, ¿en serio me ves sentada, sin hacer otra cosa que leer una revista de moda?

—No, sé que no serías capaz ni de sentarte cinco minuto para leer la prensa.

Touchée.

—Pero ahora eres la señora de *Braid Manor* y trabajar en una tienda como dependienta… —Su reproche fue suave, pero estaba allí.

—Preferiría trabajar en mi campo, pero no hay muchos estudios de diseño disponibles en la ciudad o cerca que necesiten de una diseñadora o ilustradora.

—¿Lo has consultado con tu marido? Él quizá pueda…

Levantó la mano y sacudió la cabeza en una rotunda negativa.

—No quiero que me hagan favores.

—Y eso lo heredaste de mí —admitió con una mueca.

—Ya sabes, de las madres solemos heredar todo lo bueno.

—No vas a salirte con la tuya halagándome —replicó mirándola una vez más—. Y lo sabes.

—Lo que sé es que eres lo bastante testaruda como para seguir adelante con las cosas aunque te des de bruces con una negativa —admitió dejando escapar un pequeño resoplido—. Sé que has estado hablando con James con respecto a una boda que ya te he dicho que no deseo.

—No entiendo por qué te…

—Mamá —le cogió la mano y negó con la cabeza—. Creo que me conoces lo suficiente como para saber que no soy alguien que se mueva por caprichos y que mis decisiones no tienen que ver con los impulsos. Te puedo asegurar que tengo motivos más que suficientes para no querer celebrar una ceremonia de bodas.

—¿Y qué motivos son esos, Blaire? —Se volvió hacia ella—. Todo lo que sé es que te niegas categóricamente a algo y no das razones. Y no lo haces por capricho, claro que no, es por algo mucho más profundo…

—Lo es —confesó con firmeza—. Hay un motivo de peso para el que no quiera… para el que no pueda… afrontar ahora mismo algo así, pero… Todavía no estoy preparada para contártelo.

—¿Qué te ha pasado, hija? ¿Qué ha ocurrido para que hayas dejado toda tu vida, un trabajo del que no dejabas de decir lo feliz que eras y decidieses volver de repente aquí? —La preocupación en su voz era evidente—. ¿Tiene algo que ver con esto de la boda?

Asintió con la cabeza, pero fue incapaz de decir una palabra más.

—No quiero una ceremonia, no la necesito —concluyó sin sentirse capaz de ir más allá.

—¿Y tu marido? —preguntó—. ¿Él está conforme?

—Lo estuviese o no, me importaría un bledo…

—Blaire.

—Pero, sí, está conforme —continuó—. Hemos tenido una larga charla esta tarde en la que han salido a la luz muchas cosas, algunas de las cuales todavía las estoy procesando…

Como el hecho de que le hubiese dicho abiertamente que la quería, que llevaba media vida enamorado de ella.

—Yo… —Respiró profundamente y la miró—. Te prometo que estoy bien y cuando esté preparada, te lo contaré todo, pero ahora no puedo.

Los dedos de su progenitora ciñeron los suyos.

—Sabía que había ocurrido algo —admitió con su habitual entereza—. No estabas siendo tú misma y te conozco demasiado bien como para que puedas engañarme con ello. —Dejó escapar un profundo suspiro y asintió—. Eres mi hija, Blaire, es imposible que no me preocupe por ti, que no desee tu felicidad por encima de todo. Sé que eres una mujer muy capaz, te has abierto paso en la vida por ti misma y eso me enorgullece, pero no es necesario que te enfrentes a los problemas sola. Cuando llegue el momento, cuando te sientas preparada para hablar, estaré aquí para escucharte.

—Lo sé —aceptó y al mismo tiempo se sintió aliviada de escucharlo de sus labios—. Lo sé, mamá. Y te prometo que lo haré, cuando llegue el momento y pueda sentirme de nuevo yo misma, te lo contaré todo.

La mujer que le dio la vida asintió y la atrajo a sus brazos, a ese ahora que recordaba de niña y que la hacía sentirse querida y protegida como entonces.

—Entonces, ¿estamos bien? —preguntó devolviéndole el abrazo.

—Estamos bien —admitió, la besó en la cabeza y la dejó ir—. No volveré a sacar el tema de la boda. Lo dejaremos… ahí, hasta que llegue el momento.

—Gracias —aceptó con una agradecida sonrisa—. Por entenderlo.

—Soy tu madre, cariño, es mi deber hacerlo —repuso con un chasquido que le sacaba hierro a todo el asunto—. Entonces, ¿has pasado la tarde con Iver?

Y ese era un terreno cenagoso en el que no quería meterse, pensó divertida.

—Sí, bueno, ya sabes… —empezó a evadirse—. Nos encontramos en la calle, lo acompañé a la oficina un rato, charlamos otro rato y luego nos pasamos el resto de la tarde con las lecciones… Lo de siempre.

Ella se rio, cosa que no esperaba.

—Es como antes, solo que… también distinto —admitió en voz alta—. Ninguno somos los que éramos.

—No. Ahora sois un matrimonio.

—Eso parece —resopló y sacudió la cabeza—. Prefiero no pensar en ello. Es… demasiado

complicado.

Volvió a sonreír, pero no hizo comentario alguno más.

—Bueno, cuéntame, ¿a qué otras entrevistas de trabajo tienes pensado acudir?

Se rio, no pudo evitarlo y le contó lo que tenía en mente de momento.

CAPÍTULO 20

—*El Baile de la Bruja.*

Blaire rescató el pensamiento de la conversación que habían tenido más temprano. Vio como Iver levantaba la cabeza desde su asiento en la biblioteca y la miraba con curiosidad. Habían pasado la última media hora disfrutando del café en la privacidad del lugar, algo que empezaba a convertirse en una costumbre después de la cena.

Al principio su marido lo puso como condición para hablar sobre las lecciones del día y resolver sus dudas, pero ahora intuía que no era más que un pretexto para pasar un poco de tiempo a solas y sin la tensión de las lecciones de magia.

—¿No hay un retrato al óleo de tus padres posando en un salón de baile de lo más recargado? —Recordaba haber visto un cuadro con una plaquita con ese título en algún lugar de la casa.

—No son mis padres, son mis bisabuelos y sí, es el *Baile de la Bruja.*

—¿Tus bisabuelos? —Pues sí que había errado el tiro por varias generaciones.

—Es curioso lo mucho que mi madre se parece a mi bisabuela —admitió con una perezosa sonrisa—. Suele teorizar sobre si alguno de sus antepasados habría cruzado el charco para irse a vivir a las Américas.

—No sería tan descabellado —aceptó al tiempo que recuperaba su taza de té de la mesa auxiliar y le daba un buen sorbo—. Pero dijiste que el baile es una tradición de *Braid House* y ese salón…

—Magia de ilusión —mencionó. Un segundo después, le escuchó murmurar alguna cosa y la estancia en la que estaban empezó a vibrar, a desdibujarse, para ser sobre escrita con una apariencia totalmente nueva.

Como si de una lona que cubriese un edificio se fuese retirando lentamente para dar paso a la nueva fachada, la habitación fue dejando ver su nuevo aspecto, el de una antigua sala de música con molduras recargadas, pesados cortinajes, muebles de época y un suelo marmóreo.

Cada uno de los detalles eran sólidos, reales, tanto que podía tocarlos con los dedos y sentirlos como algo tangible en vez de la ilusión que eran. Esta solo era una muestra del poder que poseía el *Alto Hechicero* de Bryson, un juego de niños para alguien con el caudal que

esgrimía Iver.

—El cambiar la perspectiva de la realidad y moldearla es la base de mi caudal, la forma natural de mi magia —le explicó moviendo el vaso de whisky que tenía entre los dedos antes de llevárselo a los labios y darle un buen trago—. Es el legado de los Bryson.

—Y es un legado impresionante —aceptó resbalando los dedos sobre la otomana que ahora ocupaba, sintiendo el brocado de la tela bajo sus dedos—. Parece tan real…

—En parte es real, porque lo creas basándote en tus recuerdos o en cosas que has visto y por otro lado es ilusión, porque es la magia quien le da forma y te envuelve en un escenario que antes no estaba ahí —resumió con sencillez—. ¿Quieres intentarlo?

Se le escapó una risa que podía muy bien considerarse como un ahogado bufido.

—¿Acaso quieres que estalle algo? —Era imposible que pudiese hacer ni un solo centímetro de todo eso.

—Tu caudal nace del mío, puedes moldearlo a tu antojo y darle la forma que elijas, solo tienes que concentrarte en ello —aseguró dejando el vaso de nuevo sobre el posavasos que había sobre la mesa y levantándose a continuación—. Veamos… Aquí, encima de esta mesa. ¿Recuerdas el jarrón en el que pusiste los cardos? Recréalo en tu mente, pedazo a pedazo, color a color, elemento a elemento e imagínalo aquí encima, adornando este lugar.

—¿Vamos a pasar de golpe y porrazo a una clase de hechicería avanzada?

—No existe tal cosa como hechicería avanzada, cariño.

—Pues de otro nivel. Yo qué sé —señaló a su alrededor con la mano—. Esto no parece algo tan inocuo como crear una ardilla de agua. Cosa que no es tan fácil, por cierto.

—Y sin embargo hiciste un cocodrilo… o algo parecido.

—No te metas con mi lagarto deforme.

—No soñaría con hacerlo. —Su tono era burlón y al mismo tiempo tierno. No sabía si siempre había sido así o veía esos diferentes matices a raíz de su declaración de esa tarde—. Vamos, lo primero es lo primero. En pie.

—¿No podemos dejar esta lección para mañana?

—No —replicó y se detuvo ante ella con la mano extendida—. Arriba.

Dejando escapar un resoplido, puso la mano sobre la de él y dejó que la izara sin esfuerzo.

—Vamos. Si consigues una réplica decente, dejaré que mañana te saltes nuestras lecciones.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes una reunión o algo por el estilo y por eso no vas a poder torturarme?

—¿Torturarte? Esa sí que es buena —resopló y antes de que pudiese añadir alguna cosa, la ciñó por la cintura y la giró de modo que se quedó con la espalda pegada a él y su boca acariciándole el oído—. Aquí el único que está siendo torturado soy yo. Ni te imaginas lo difícil que es estar a tu alrededor y no poder hacer nada de lo que tengo en mente.

Blaire se estremeció ante el tono sensual con el que pronunció aquellas palabras. El calor se extendió por todo su cuerpo, sintió ese hilo de poder canturreando en su interior, respondiendo ante él como lo hacía ella misma, como si fuesen uno solo.

—Eso sí que es una tortura —concluyó con un suspiro. Acto seguido notó los dedos masculinos rodeándole la muñeca derecha y llevándola hacia delante—. Estira el brazo, extiende los dedos y respira profundamente.

Como si pudiese hacerlo con él tan cerca, pensó. Estaba pegada a su espalda, rodeada por su aroma, con su respiración cerca del oído. Si conseguía hacer algo más que respirar, sería un jodido milagro.

Y lo peor de todo es que le gustaba estar así.

—*Facere delusio* —le susurró las palabras al oído—. Esas serán tus palabras guía.

Palabras guía. Los ingredientes para un hechizo. La base sobre la que se podía construir cualquier cosa a través del caudal y que servían para darle a la magia un propósito concreto.

Iver deslizó entonces la mano que tenía libre alrededor de su cintura hasta presionar su palma abierta bajo sus pechos, sin rozarlos siquiera.

—Respira hondo y suelta el aire muy despacio. —La instruyó de la misma manera en que lo hacía cada día, solo que esta vez su cercanía se convertía en algo muy íntimo—. Dibuja la imagen en tu mente, dale forma, color, extráela de tus recuerdos y tráela a la vida.

—No va a funcionar —consiguió replicar, pero incluso así su voz salió mucho más ahogada de lo que debería.

—Tienes todo lo que necesitas para que funcione al alcance de la mano —aseguró todavía cerca de su oído—. Posees todos los ingredientes, Blaire, solo necesitas meterlos en el caldero de tu mente y crear lo que deseas.

La mano que descansaba sobre su estómago la presionó con suavidad, pegándola más a él, mientras que la que le sostenía la muñeca, evitaba que bajase el brazo.

—Vamos. Puedes hacerlo, brujita, solo ponlo en tu mente y cuando lo veas tan claro allí como si lo vieses sobre la mesa, pronuncia las guías.

Era imposible concentrarse en algo que no fuese ese hombre pegado a ella, en cada uno de los planos de su cuerpo, en lo alto que era, en lo pequeña y delicada que se sentía en comparación, algo que no solía ocurrirle dado que no era precisamente una muñequita.

—Concéntrate, Blaire. —Juraría que halló cierta diversión en su voz—. Dibújalo en tu mente.

Dibujar un jarrón y flores, no a él, no lo que sentía envolviéndola.

Se dio a sí misma una sacudida mental, obligándose a hacer a un lado todo aquello que no venía al caso y se esforzó en recordar el maldito jarrón, los cardos que ella misma había colocado en su interior. Diseccionó la imagen como solía hacerlo cuando dibujaba, le dio fondo, le dio

forma, poco a poco, seleccionando los colores y creando aquellos que no recordaba con exactitud hasta que tuvo un boceto lo bastante certero como para satisfacerla.

—*Facere delusio.*

La imagen de su mente se trasladó al plano real, fluctuó como si fuese un holograma y entonces apareció sólida, real, como si se hubiese limitado a arrancarlo del lugar en el que estaba para posarlo sobre la mesa. Pero sabía que no había sido así, pues el jarrón no solo contenía cardos. El ramo que tenía ante sí incluía unas pequeñas ramas de eucalipto con las que había rellenado su dibujo mental, los colores y el diseño de la cerámica también era algo distinto, más intenso, más cómo le habría gustado que fuese.

Pero era real, o al menos lo parecía allí sobre la mesa.

—No solo has sido capaz, sino que además has añadido algunos cambios —le susurró él al oído, anclándola de nuevo a la realidad—. Bien hecho.

—Es… ¿Es real?

Las manos que él tenía sobre ella se aflojaron dejándola ir.

—Compruébalo por ti misma —la invitó al tiempo que se movía hacia la mesa y, sin dudarlo un segundo, deslizaba el dedo sobre la superficie del jarrón e incluso arrancaba una hoja de eucalipto—. Tiene tacto e incluso aroma… Impresionante.

Blaire avanzó lentamente hacia la mesa y el jarrón seguía en su sitio. No era una ilusión, era muy real, algo que constató con un estremecimiento al tocarlo. Sólido, exacto a como lo había visualizado en su mente.

—Creo que jamás me acostumbraré a esto —admitió apoyándose en la mesa, incapaz de apartar la mirada del jarrón—. Es… demasiado… extraño.

—Paso a paso, *amor*, paso a paso.

Escucharle llamarla de esa manera la hizo levantar la cabeza. No la estaba mirando a ella, sino el jarrón y lo hacía con una absoluta satisfacción y orgullo que le encogió las entrañas, pero también la llenó de calor.

¿A quién pretendía engañar? Pensó para sí misma en ese mismo instante en el que se dio cuenta de que ni todas las excusas del mundo podrían hacerla olvidar lo evidente. Nunca había dejado de querer a ese hombre. Había sido su primer amor y nunca lo había olvidado.

Una repentina debilidad se apoderó de ella, la imagen del jarrón parpadeó y casi podría jurar que también lo hizo la del propio Iver mientras sentía como las piernas dejaban de sostenerle y se iba al suelo.

—Blaire. —La fuerza de sus brazos, su aroma, la calidez que emanaba su cuerpo, todo la rodeó un segundo antes de que tocara el suelo. La cabeza le daba vueltas, los oídos le zumbaban y optó cerrar los ojos en un intento de dejar todo aquello atrás—. *Finite delusio.* —Lo oyó murmurar y sintió el tirón en su interior, en su propio caudal, obedeciendo aquella orden—. Está

bien, brujita, te has ganado y con creces el libre día de lecciones.

Se las ingenió para abrir al menos un ojo a fin de encontrarle.

—Creo que ese jarrón me ha dejado fuera de combate —murmuró.

—La ilusión requiere de bastante caudal y tú has decidido entregarlo todo a su creación —Sintió su cuerpo agitado, como si la moviese para acomodarla en sus brazos.

—¿Y por eso me siento como la mierda? —repuso sin mover ni un solo músculo, demasiado cómoda en el lugar que ahora ocupaba.

—Sí —afirmó con rotundidad.

—No volveré a hacerte caso en la vida —resopló cerrando los ojos de nuevo. Le costaba incluso mantenerlos abiertos—. Si quieres crear un jarrón, hazlo tú.

Su risa sonó tan cerca de su oído que se estremeció.

—Lo tendré en cuenta —le dijo y acto seguido sintió sus labios sobre su mejilla—. Te llevaré a la cama. Una buena noche de sueño y mañana estarás como nueva.

—A mi cama, la tuya no —Se las ingenió para farfullar, pues el agotamiento la estaba venciendo a pasos agigantados—. Si duermo contigo, no querré volver a dormir sola nunca más.

Una nueva risita o eso le pareció.

—¿Me lo prometes?

—No puedo… —musitó medio adormilada—, todavía no…

—Entonces, esperaré… —Sus palabras empezaron a desvanecerse en su mente y no llegó a escuchar el final de su respuesta—. Te esperaré como llevo haciéndolo toda la vida.

El sueño la reclamó completamente y no fue consciente de cómo Iver la llevaba a su habitación, la despojaba de su ropa con un solo pensamiento para vestirla al momento con el pijama y la arropaba para quedarse a su lado viéndola dormir hasta bien entrada la madrugada.

CAPÍTULO 21

Blaire abrió los ojos de golpe, jadeando como si acabase de correr una maratón o hubiese tenido la mejor noche de sexo de su vida. Sí, en realidad sería lo último, aunque no fuese tan real como le habría gustado que fuese.

—Mierda.

Hizo las sábanas a un lado de mala gana y saltó de la cama como un resorte.

Jamás había tenido tantos sueños eróticos con un hombre y desde luego, no tan vívidos. Su mente se había vuelto una calenturienta desde aquella noche en la que practicaron el ilusionismo en la biblioteca; el mismo instante en que aceptó que seguía queriéndole, que nunca había dejado de querer al que fue su primer amor.

Era incapaz de quitarse de la cabeza la sensación de su cuerpo envolviendo al suyo, de esa palma presionada contra su estómago, el aroma masculino envolviéndola por completo o el sexy tono de su voz al oído. ¡Y no había hecho otra cosa que hablar! Ni siquiera había vuelto a besarla, no de la manera en la que sabía que quería que la besara, cosa que la frustraba y volvía loca a partes iguales.

Tal y como le había prometido, al día siguiente no tuvieron lecciones y gozar por primera vez en más de una semana de tiempo para ella hizo que se encontrase sin saber qué narices hacer. Aún si todo hubiese comenzado en contra de su voluntad y como una imposición, había terminado acostumbrarse a pasar tiempo en compañía de Iver, a disfrutar —aunque no lo admitiría ni muerta—, de sus lecciones. De algún modo, todo aquel inesperado asunto de la magia la estaba ayudando a reencontrarse a sí misma, a descubrir de nuevo quién era o quién podía llegar a ser. Podía no haber nacido como bruja, no tener ni los más básicos conocimientos de hechicería e incluso, en muchas ocasiones, seguir sin entender cómo era capaz de crear lo que ahora podía crear, pero empezaba a sentirse viva, mucho más viva de lo que lo había estado en todos esos años.

Se arrastró hasta el tocador y se dejó caer sobre el taburete solo para hacer una mueca de horror al ver en lo que se había convertido su pelo.

—¿Cómo demonios le voy a meter yo el cepillo a esto? —gimió viendo aquella alborotada masa de pelo negro—. Dios. Los leones me envidiarían ahora mismo.

Cruzó los brazos sobre la superficie de la mesa y dejó caer la cabeza sobre ellos con un agónico gemido.

—Si no fuese porque me veo horrible con el pelo corto, me lo raparía —gimoteó solo para volver a incorporarse y enfrentarse a su reflejo—. Tú y yo nos vamos ahora mismo a la ducha. Y reza porque ese nuevo acondicionador que compramos sea tan bueno como anuncia la marca.

Desde que Iver había vuelto a retomar su rutina en la empresa, ella disponía de tiempo para hacer algunas compras y seguir con su incansable, aunque también frustrante, búsqueda de empleo. Entre que no había demasiada oferta disponible y que lo que iba encontrando estaba a varias horas de distancia incluso en tren, empezaba a plantearse si no sería una buena opción crear su propio estudio de diseño y empezar a ofrecer sus servicios de manera online.

La idea llevaba dándole vueltas en la cabeza desde hacía ya un tiempo, pero la había dejado de lado a raíz de todo lo ocurrido. Quizás ahora podría retomarla y estudiarla en profundidad.

Le dio la espalda al tocador y se metió en el pequeño spa que tenía ahora en el lugar del sencillo cuarto de baño de su antiguo dormitorio. Este lugar era perfecto para encerrarse durante horas sin hacer nada más que mimarse a sí misma y olvidarse del mundo exterior. El problema era que ese mundo siempre se acababa una vez traspasaba la puerta para volver a la realidad.

Y hablando de realidades. El baile de la bruja se celebraría en poco más de dos semanas, tiempo más que suficiente para organizarlo todo, le había dicho su marido y enseñarle lo básico a fin de que no se sintiese fuera de lugar.

Y con lo básico, había añadido también James, se refería a que no hiciese estallar todas las lámparas para dejarles a oscuras y salir corriendo como Cenicienta cuando diesen las doce.

Sí, el primario de su marido sabía cómo hacer que una se sintiese de puta madre.

James Avery podía ser muchas cosas, pero desde luego no era estúpido. Conocía al hombre desde que era una niña, pues siempre había estado al lado de Iver. Ambos poseían un vínculo que los hermanaba, uno forjado por la magia y la lealtad inquebrantable hacia la casa Bryson, así que era muy consciente de que todo lo que salía de su boca era siempre en favor de su amigo y de si misma.

«¿Qué tal se te dan los bailes de salón?». Le había preguntado mirándola como si estuviese evaluando sus conocimientos en etiqueta.

«¿Y a ti maquillarte?». Le había dicho con palpable ironía.

«Parece que ambos tendréis trabajo». Se había reído Iver.

Sí, había sido una conversación memorable, como todas las que solían tener últimamente.

Le esperaban por delante dos largas semanas llenas de cosas que no deseaba hacer y de las que tampoco podía evadirse. No había mentido cuando le dijo a su hechicero que honraría y protegería el apellido Bryson. Lo llevaba en la sangre, como cada uno de sus ancestros y, si bien

podía no tener los mismos ideales que su madre o su tía, seguía perteneciendo a la familia que durante tantas generaciones había cuidado de *Braid Manor* y sus inquilinos.

Abrió el grifo del agua caliente, la temperó a su gusto y se deshizo del pijama para meterse bajo el chorro de la ducha.

Necesitaba quitarse de encima los rescoldos del sueño o no sería capaz de mirar a Iver a los ojos. Con un poco de suerte, si remoloneaba un poco, tendría el tiempo justo para despedirse de él mientras salía por la puerta para irse a la oficina.

Y con un poco de suerte más, quizá pudiese obtener algo más que un casto y cariñoso beso en la cara.

Por dios. Quería que le comiese la boca. Quería su lengua jugando con la de ella, chupándola y haciendo muchas, pero que muchas cosas más.

Gimió, cerró los ojos y respiró profundamente.

Esa no era la línea de pensamiento correcta, pero parecía que últimamente no tenía otra.

Si fuese otra clase de mujer se lo tiraría y punto. Iría a buscarle al dormitorio, la biblioteca o dónde narices quiera que estuviese, le arrancaría la ropa y lo follaría hasta quedarse satisfecha. Pero no lo era. Y si bien aquello sonaba estupendo en su mente, a la hora de la verdad tenía demasiado pudor. Le costaba iniciar un acercamiento, sobre todo cuando él parecía dispuesto a «esperarla» como había dicho, sin hacer algo más alentador.

Le había dicho que la quería, incluso llegó a llamarla «amor» y estaba claro en cada uno de sus actos, de sus palabras y de la manera en que interactuaba con ella que no mentía. Iver le estaba dando el espacio que ella misma había pedido, concediéndole un tiempo que debería aceptar a fin de tomarse las cosas con calma para no cometer otro error.

Nunca imaginó que hablar de lo sucedido con él pudiese resultar tan catártico, pero lo había sido, su propia terapeuta había notado un cambio en ella tan solo el día anterior, correspondiendo con la videollamada que solían tener a raíz de su vuelta a casa.

«Sea lo que sea que hayas hecho, no dejes de hacerlo, Blaire. Es, con diferencia, una de las mejores sesiones que hemos tenido». Le había dicho ella. *«Algo ha cambiado. Quizá no lo aprecies a simple vista, pero está ahí. Sigue así y pronto podrás verlo por ti misma»*.

Sí. Muchas cosas habían cambiado, algunas de las cuales debía mantener en secreto pues no eran de dominio público; nunca lo habían sido.

Era difícil poder abrirse completamente cuando no podías compartir cosas como la existencia de la magia, el que tu marido era un *Alto Hechicero* o tú misma te habías convertido en una bruja. Siempre había cosas que ocultar, secretos que guardar y podía llegar a ser una carga demasiado pesada en ocasiones.

Iver había hecho que esa carga fuese sin embargo más liviana y desapareciese casi por completo al estar con él. Su hechicero no ponía límites a las preguntas que podía hacerle, ni

coartaba sus respuestas. Le enseñaba todo aquello que necesitaba aprender, le explicaba lo que no entendía y poco a poco empezaba a hacerla partícipe de un mundo que hasta ese momento solo había visto desde fuera, uno del que cada vez se sentía más parte de él.

Terminó rápidamente de asearse, se lavó el pelo a conciencia y lo desenredó con el nuevo producto hasta conseguir domarlo de nuevo. Para cuando consiguió vestirse y peinarse, volvía a sentirse de nuevo ella misma, así que abandonó el dormitorio y se dirigió hacia el salón de desayuno en el que esperaba encontrarse al señor de la casa enfrascado en las noticias del periódico.

—…de eso nada. Recuerdo perfectamente que ese día tú fuiste el que se dejó el grifo abierto.

Blaire frunció el ceño al escuchar un timbre de voz conocido y que no debería de estar allí.

—Sí, yo dejé el grifo abierto, pero la inundación procedía de la llave de paso que te cargaste en un intento por arreglarla —replicó Iver de buen humor.

—Ah, qué tiempos aquellos, hermano, qué tiempos aquellos.

—Creo que Eleanor está encantada de que ya hayan quedado atrás.

Una sonora carcajada la recibió mientras atravesaba el umbral del salón y se encontraba a su primo sentado a la mesa, charlando animadamente con su amigo de la infancia.

—¿Kieran? —jadeó al verle—. ¿Por qué nadie me dijo que estabas aquí?

—Acabo de llegar —replicó echando atrás la silla para levantarse y abrazarla cuando no dudó ni un instante en echarse a sus brazos—. He tenido el tiempo justo para ver a mi madre, saludar a mi padre, achuchar a mi tía y arrastrar a Iver a desayunar conmigo. Te habríamos esperado, pero ya me ha dicho que suelen pegársete las sábanas. —La abrazó y le dijo al oído—. Lo cual no pasaría si durmieses en la misma cama que él.

—¿Esa es tu manera de saludarme? —Se quejó, aunque no se lo tomó a mal. Kieran era así, nunca se andaba con rodeos.

—Lo he oído. —Se burló el aludido.

—Bien, esperaba que lo hicieras —aseguró su primo volviéndose hacia su amigo—. No sé cómo demonios no te has llevado ya a la cama al pibón de tu esposa.

—Eso me lo pregunto yo también… —murmuró Iver mirándola con una intensidad inesperada.

Apartó la mirada y fingió que la cosa no iba con ella.

—Pues ya seríamos tres.

La atención de los dos hombres cayó sobre ella con distintas expresiones, haciendo que se diese cuenta de que acababa de pronunciar aquello en voz alta.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Kieran alternando la mirada ahora entre ambos.

—Eso digo yo —Iver estaba conteniendo la risa, podía verlo en la manera en que se le

formaban arruguitas en la comisura de los ojos.

—Nada. Ninguno.

—Ya hablaremos tú y yo —articuló su marido, dejando claro que no iba a dejar pasar el comentario.

Optó por no decir nada y mirar de nuevo hacia otro lado, lo cual se hacía difícil con esos dos hombres presentes llenando el espacio de pura testosterona.

—¿Ha quedado algo de desayuno para mí o tengo que ir a suplicar a mi tía un poco de *porridge*? —preguntó cambiando al momento de tema y volviéndose también hacia su primo—. Y tú, ¿por qué no me dijiste que ibas a venir a casa?

—Tenía que venir a Londres por trabajo, así que aproveché, me subí al tren y me vine —le guiñó el ojo—. Y me alegra haberlo hecho solo para poder ver algo como esto.

—¿A Iver y a mí tirándonos los trastos a la cabeza? —Sugirió mirando de soslayo a su marido, quién le guiñó el ojo en respuesta.

—Algo me han contado —admitió con una carcajada, entonces sacudió la cabeza—. Pero no, me refiero a ti a toda tú y de esta manera.

—Sí, mi pelo no se ve igual después de un buen tratamiento de spa —se burló pasándose los dedos por su ahora mismo suave pelo negro.

—Que sepas que hace eso todo el tiempo.

—Oh, lo sé, es una experta en salirse por la tangente —aseguró su primo echándole un vistazo de soslayo antes de volver a concentrarse en ella—. Así que ahora mi primita es una bruja.

—Algo así.

—Eres una bruja —replicó su marido, recalcando la palabra como tantas y tantas veces hacía con ella—. Si necesitas un sombrero de pico y una escoba para creértelo de una vez, te los compro.

—Solo si tú te compras otro sombrero y una puñetera túnica a juego, no te digo —siseó volviéndose hacia él con los ojos entrecerrados.

—Como si no te hubieses puesto cosas peores —canturreó Kieran guiñándole el ojo a su amigo.

—Ambos nos las hemos puesto —aceptó Iver y se volvió hacia ella—. Siéntate y desayuna. Yo tengo que irme a la oficina, pero Kieran se quedará por aquí y podrás atosigarlo todo lo que quieras.

—¿En serio? —fingió una dulce inocencia—. ¿Todo para mí?

—Chicos, en serio, hermano mayor aquí, tened un poco de piedad e iros a hacer arrumacos a otro sitio —gimoteó Kieran fingiendo sentirse totalmente sobrecogido.

—Tú y yo vamos a tener más que palabras —le dijo a su primo.

—*Ains*, que cosas más bonitas me dices.

Abrió la boca para replicar, pero se calló al sentir al momento a su compañero a la espalda.

—Blaire, desayuna. —La empujó hacia una silla y la hizo sentarse para luego hacer aparecer ante ella un par de platos y bandejas que sin duda había trasladado desde la cocina.

—Joder. Tantos años y sigo sin acostumbrarme a esto, tío —aseguró su primo.

—Te veré para nuestras lecciones —le dijo inclinándose como siempre sobre su mejilla, pero en vez de besarla allí, como hacía siempre, sus labios le rozaron el oído—, y entonces hablaremos dónde vas a dormir a partir de hoy.

Un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo. Apenas tuvo tiempo de girarse para encontrarse con esos ojos del color del cielo antes de sentir ahora su boca sobre la suya y saborear su lengua cuando la introdujo en su interior en el más húmedo y tórrido beso que le había dado hasta el momento.

—Pórtate bien, brujita —le dijo esbozando una sonrisa satisfecha antes de retirarse y tenderle la mano a Kieran a modo de despedida—. Me alegra que estés de vuelta, hermano.

—Y yo de estarlo, Iver, y yo de estarlo —aseguró estrechando su mano.

Blaire lo siguió con la mirada mientras salía por la puerta incapaz de hacer a un lado las palabras que acababa de escuchar de sus labios.

—Bueno, no me cabe la menor duda de que volver a *Braid Manor* ha sido la mejor medicina para ti. —La voz de Kieran perdió el tono jocoso que había empleado hasta el momento, pero sus ojos no perdieron esa suavidad con la que siempre la miraban—. Te sienta bien el sonrojo.

—¿Qué sonrojo? —Intentó fingir indiferencia, pero ella misma notaba el calor en el rostro —. Será porque acabo de salir de la ducha.

—Claro, claro —admitió con total seriedad—. El que tu marido te haya metido la lengua hasta la campanilla no tiene nada que ver.

—Si eres más burro, rebuznas —chasqueó ella y optó por fijar la mirada en los platos que habían aparecido en la mesa para ella. Aquel era un truco que ya le había visto usar a su marido en más de una ocasión para evitarles el trabajo de traer las viandas desde la cocina.

Kieran se rio entre dientes y volvió a coger la taza de café que tenía delante.

—Iv me dijo que ya estaba al tanto de todo lo ocurrido. —*Iv*, así era como solía llamarle a veces su primo—. Has sido capaz de hablar con él.

—No es cómo si me hubiese dejado elección.

—¿Y tía Agatha? ¿Mi madre? ¿Ellas lo saben ya?

Negó con la cabeza.

—Ya conoces a tu madre, ella parece más bruja sin serlo de lo que lo soy yo ahora —Hizo una mueca, pues era la verdad. La intuición de su tía Eleanor llegaba a otro nivel—. Y en cuanto

a la mía… He hablado con ella. Le pedí que me diese tiempo para decírselo cuando estuviese preparada para ello. No… no puedo decirle que iba a casarme y al final todo salió mal, que no puedo volver a ponerme un vestido de novia sin recordar… lo que pasó.

—Blaire… —Estiró la mano y cogió la de ella—. Tienes que dejarlo ir, dejarlo en el lugar al que pertenece; el pasado.

—Lo intento —admitió y ciñó los dedos que cogían los suyos, los mismos que la habían sujetado mientras chillaba y lloraba, mientras se desangraba en el suelo de aquella cocina. Kieran había sido su mayor apoyo en aquellos días—. Pero es difícil borrarlo de mi mente cuando día sí y día también alguien empieza a hablarme sobre preparativos de boda, vestidos, invitados y… —Dejó escapar un profundo suspiro—. Mamá no estaba aquí cuando a Iver se le ocurrió la brillante idea de jugar al *Eeny meeny miny mo,* se enteró cuando llegó y ya te puedes hacer una idea de lo bien que se lo tomó. Sé que le preocupa lo que los demás puedan decir sobre mí, lo que el aquelarre pueda pensar de una mujer que no tiene su pedigrí, que ni siquiera es una hija de la magia… No quiere que me hieran de la misma manera en que la hirieron a ella por casarse con mi padre. Pero yo no soy ella. No necesito una ceremonia o un vestido de novia para demostrarles a los demás que soy tan válida como cualquiera, que esto no es una equivocación y ya está, porque de haberlo sido la alianza no seguiría tatuada en mi dedo. No quiero una boda, no quiero volver a vestirme de blanco, no quiero hacerlo para contentar a alguien más…

—¿Eso es lo que ibas a hacer con Steven? —preguntó con suavidad—. Blaire, sabes que te lo pregunté entonces, pero, ¿realmente deseabas casarte con él?

Sí, se lo había preguntado un par de semanas antes de la boda. Había sido el único con el valor suficiente para plantarse delante de ella y decirle: *«¿esto es lo que quieres en realidad?»*. Kieran la conocía quizá incluso mejor de lo que se conocía a sí misma y no vaciló en plantearle la pregunta que su mente había hecho una y otra vez.

Steven le había pedido matrimonio porque consideraba que llevaban el tiempo suficiente juntos como para formalizar su relación y formar una familia propia. Se habían convertido en los mejores amigos, estaban el uno para el otro, se complementaban, se respetaban y se querían. Era el paso adecuado, el que cualquier pareja enamorada daría y a pesar de ello… Blaire había tenido dudas la misma mañana en la que, tras levantarse y abrir las cortinas, vio su vestido de novia asomando en la funda de la tienda que colgaba del armario.

—Le quería, Kieran, a pesar de todo lo que pasó, yo le quise.

Él asintió sin soltarle la mano.

—Sé que lo hacías, pero también sé lo que veo ahora en ti, lo que he visto cuando estaba Iver ahí sentado —admitió con la sinceridad que le caracterizaba—. Ahora estás viva, Blaire, más viva de lo que te he visto en años.

—¿Quieres decir que antes no lo estaba?

—Quiero decir que te conozco, primita, que sé que habrías llegado al final si no hubiese ocurrido aquella tragedia, del mismo modo en que sé que quizá aquello era lo que debía de pasar para que hoy estés aquí y así —replicó con absoluta franqueza—. No se trata de llevar a cabo o no una ceremonia, sino de lo que esa ceremonia, intercambio de votos o lo que signifique algo o nada para ti.

—No pasaré de nuevo por todo aquello, Kieran, no puedo.

—Y no vas a hacerlo —aseguró señalando lo evidente—. Lo que tienes con Iver salta a la vista que no se parece en nada a lo que tuviste con Steven. Ni ellos son el mismo hombre ni tú eres la misma mujer.

No, no lo era. Nada era como entonces, ni su relación, ni tampoco lo que albergaba su corazón.

Kieran tenía razón en una cosa, a Steven lo había querido como a un amigo, como a un compañero, como a su amante y su novio, pero su corazón siempre le había pertenecido a alguien más, el hombre que no había dejado de reclamarlo desde el momento en que volvieron a verse.

—Nadie es culpable de amar y olvidar ese amor si no era el indicado, nadie puede culparte por no sentir lo que otros creen sentir, por no desear algo que otros anhelan con desesperación —sentenció con su habitual paciencia—. No eres culpable de las decisiones y elecciones tomados por otros, solo eres responsable de las tuyas.

—Ya sabes a dónde me han llevado esas elecciones.

—Y tú también. —Se encogió de hombros—. Así que no vas a ser tan estúpida como para volver a cometer el mismo error.

—¿Por qué todo el mundo insulta mi inteligencia? —Hizo un mohín.

—¿Quién ha osado meterse con ese pequeño e intrigante cerebro?

—Iver.

—Él no cuenta, es igual que cabronazo que yo.

Blaire puso los ojos en blanco.

—Por qué no me sorprende semejante afirmación.

—Porque ya lo sabes —admitió con una coqueta sonrisa curvándole los labios—. De hecho, llevas sabiéndolo muchos, pero que muchos años…

—¿Me estás llamando vieja? —Entrecerró los ojos.

—Si le haces esto a Iver, no me sorprende que esté tan desesperado contigo.

—Ese hombre no se desespera por nada, es inmutable.

—Y tú tonta.

—¿Quieres dejar de insultarme?

—Pero tonta, tonta.

—Kieran…

—Te adora —le dijo totalmente serio—. Te quiere desde que eras una maldita mocosa. Te ha esperado desde entonces y ahora que te tiene al alcance es tan jodidamente caballeroso que ha decidido esperarte hasta que aclares esa atolondrada cabecita tuya. Niña, si eso no te hace una grandísima idiota, no sé qué lo hace.

—Alguien lo bastante asustada como para no querer cometer de nuevo el mismo error, sobre todo con el hombre del que llevo toda mi vida enamorada —admitió en voz alta, sintiendo el picor de las lágrimas detrás de los ojos—. Ya no soy la persona que era, todo aquello… me cambió.

—¿Y qué hay de malo en los cambios? —chasqueó—. La vida nos enseña a ser más sabios, a no conformarnos con cualquier cosa y buscar la felicidad que nos merecemos. Y sin ser brujo, ni hechicero, ni vidente, puedo decirte sin temor a equivocarme, que tu felicidad está al lado de ese tío. Y la suya a tu lado. Sois dos patas para un banco, nena, siempre lo habéis sido. Y como me obliguéis a hacer de terapeuta una vez más para cualquiera de los dos, os pego una patada en el culo y os dejo en cualquier rincón apartado de las *Tierras Altas* para que os las arregléis solitos.

La seriedad de su primo al decir aquello la hizo reír. Una carcajada, una a la que siguió el torrente de risas que hacía tiempo no emergían de su garganta y que se mezcló con las caprichosas lágrimas que le mancharon las mejillas.

—Eres… Eres el peor terapeuta del mundo, Kieran —le dijo entre risas, secándose al mismo tiempo los ojos—, pero sin duda eres el mejor *primo-hermano-amigo* del mundo.

—No lo digas muy alto, cariño, que luego se me rifan —mencionó en modo secreto antes de abrazarla—. Esto es lo que quiero ver de ahora en adelante, cariño mío, así es cómo deseo que sea tu vida durante el resto de tus días.

—¿Una montaña rusa?

—Risas y felicidad, tonta —se rio a su vez—. Risas y felicidad.

—Vale, creo que eso puedo soportarlo —aceptó dedicándole una sonrisa de lo más sincera.

—Bien, porque pienso aliarme con mi querida tía y montarte una pedazo de boda que…

—¡Ni lo sueñes! —Negó rotunda.

—Bueno, pues una pequeñita.

—Kieran —gimió—. Hablo en serio, no quiero una maldita boda.

—Y no tendrás una maldita boda —repuso decidido—. Tendrás su equivalente escocesa, muy escocesa, jodidamente escocesa…

—Sigue siendo una…

—Una orden de tu padrino —repuso zanjando el asunto—. Pero no te preocupes. Seré flexible. Nada de blanco, nada de tul, nada monstruosamente grande y, nada, absolutamente nada de sangre.

—No conseguiré nada peleándome contigo, ¿verdad?

—A estas alturas ya deberías de saber qué no.

Y lo sabía, pensó Blaire, así que más le valía ir haciéndose a la idea de que antes o después, en algún momento de su vida, probablemente cuando menos se lo esperase, Kieran Truly se saldría con la suya y habría una condenada boda en su futuro.

CAPÍTULO 22

Empezaba a preguntarse cuándo aparecerían por allí alguno de los miembros del consejo o los ofendidos patriarcas del aquelarre. Así que encontrarse con ambas ramas esperándole a su llegada a la empresa no le sorprendía en demasía, aunque por lo poco que había escuchado ya, más de la boca de unos que de otros, la mañana iba a resultarle de lo más tediosa.

En cualquier otra circunstancia no le habría importado lo más mínimo, estaba acostumbrado a lidiar con estas minucias, pero dado el buen humor con el que había empezado la jornada, le fastidiaba que ahora viniese alguien a jodérselo.

Blaire lo deseaba. No era que no lo hubiese percibido cuando estaba a su alrededor, pero escucharlo en palabras, aun si fueron involuntarias, y de su propia boca, era todo lo que necesitaba para tomar una decisión con respecto a ellos. No más barreras, no más distancia, ya no eran dos críos para andarse con rodeos, no cuando ambos se necesitaban el uno al otro, algo que parecía evidente para cualquiera.

La quería, estaba desesperado por esa mujer y no tenía la menor idea del ejercicio de contención que tenía que practicar cada vez que estaba a su lado, tocándola, enseñándole la mejor manera de dar salida y forma a la magia que le había traspasado. Y no era el único. Lo veía en cada mirada, en cada una de sus palabras, en ese explosivo genio que salía a la luz cuando era incapaz de defenderse de otro modo. Esa preciosa bruja morena intentaba alejarse, poner distancia entre ambos, pero al final acababa acercándose de nuevo, despacio, con cautela y un toque de timidez. Su afilada lengua no era otra cosa que un escudo de defensa, una manera de evitar que alguien se le acercase demasiado y viese a través de las grietas de su alma la mujer que había sido, alguien a quién recordaba muy bien.

La cautela de su esposa obedecía a la inseguridad, a las heridas infligidas, a una confianza quebrada. Blaire había perdido el equilibrio a raíz del atentado sufrido, pues no podía darle otro nombre, su vida se había venido abajo como un castillo de naipes y le estaba costando bastante reconstruirla. Su confianza había resultado tocada y solo podía aliviar cualquiera de sus temores haciendo lo que había hecho hasta ahora; ir de frente, sin mentiras ni engaños, mostrándole la realidad a través de sus ojos.

Iver quería protegerla, deseaba pasar cada uno de los días de su vida junto a ella, cuidándola y ayudándola a sanar, asegurándose de que era feliz. Y esa felicidad pasaba por

asegurarse de que los tipos que estaban sentados frente a él, compartiendo un café matutino, no representaran una oposición a su matrimonio.

—Entenderás que tu elección haya cogido al consejo por sorpresa, máxime cuando tu primario había estado en conversaciones en tu nombre con algunas de las familias…

—Estoy al tanto de las conversaciones que mi primario tuvo en mi nombre con lord Emerson, lord Douglas, lord Cassidy y el aquí presente, McNully, así como las respuestas a las mismas —interrumpió cortante dejando al consejero Neill con la palabra en la boca—. Dudo que fuese una sorpresa para ninguno de ellos, puesto que estaban al tanto de mi situación y mi búsqueda de esposa, tal y como mandan nuestras tradiciones.

—Por supuesto. Aquí no se está juzgando tu obligación o deber como *Alto Hechicero*, Iver, sino tu… elección.

—En ningún momento expresé un interés particular sobre alguna de las candidatas por encima de las demás, así que no veo cuál es el problema. —Se encogió de hombros—. Las hijas del aquelarre que aceptaron la candidatura son conscientes de que pueden o no ser elegidas y me consta que han sido tratadas en todo momento con decoro, amabilidad y educación.

—Echasteis a suertes quién sería vuestra esposa sin mostrar el más mínimo interés en alguna de ellas, ni siquiera tuvisteis la decencia de mantener una breve conversación con alguna de las hijas —protestó McNully, quién parecía una granada a punto de explotar—. Convertisteis una tradición de siglos en un espectáculo bochornoso y ya no hablemos del resultado. Una sirvienta. Esa ha sido vuestra elección. Y una que no pertenece al aquelarre, además, que no forma parte de nuestra comunidad.

—En realidad, sí forma parte de la comunidad, ya que se trata de una hija del *Servicio de la Familia* a cargo de los Bryson —mencionó el consejero intentando apaciguar un poco el tono, entonces se volvió hacia él—. Pero debo coincidir con McNully en que ha sido una elección un tanto desafortunada, Iver.

—Mi *esposa* no es ni ha sido nunca una *sirvienta* —ignoró al consejero y clavó sus ojos azules completamente helados sobre el lord del aquelarre—. Es lady Bryson y haríais bien en recordarlo en el futuro.

—Iver… —Neill estaba haciendo un esfuerzo por apaciguarlo y mantener un tono cordial entre los presentes—. Has de comprender que estamos hablando de una mujer que no pertenece al aquelarre, no es una de nuestras hijas, su vínculo no…

Levantó la mano en la que llevaba dicho vínculo. El tatuaje seguía allí, fijo, inamovible, más nítido que nunca. Una señal en sí mismo.

—Lady Bryson es mi bruja consorte —sentenció—. Comparte mi caudal. Puede que no haya nacido dentro del aquelarre, que no sea una de sus hijas, pero el vínculo está asentado y no ha dado signos de desaparecer en ningún momento. Más aún, las habilidades que está

manifestando mi mujer, son comparables a las mías.

—¡Eso es absurdo! —clamó McNully golpeando la mesa con el puño. Los platos y las tazas vibraron y alguna incluso volcó mientras el hombre se ponía en pie—. Ninguna mujer carente de magia podría adquirir tal magnitud de poder. Ya es sorprendente que sea capaz de purgar el caudal que te corresponde, ¿pero manejarlo cuándo carece de experiencia y preparación? Será un milagro si no se mata a sí misma en el proceso.

—¡MacNully! —El consejero se levantó de golpe—. Haríais bien en recordar con quién estáis hablando.

Iver ni se inmutó, se limitó a alzar la mano interrumpiendo al hombre, pero no se incorporó.

—Entiendo que los patriarcas de las familias convocadas a la elección estén… disgustados o se hayan sentido ofendidos por mis métodos —replicó con absoluta calma—. Lo comprendo y acepto la responsabilidad en ello. Solo puedo decir en mi defensa, que en esos momentos había sobrepasado con creces el techo de mi poder y requería de una solución rápida y drástica. No me siento orgulloso de ello, pero eso es lo que sucedió.

—Cristo, Iver, ¿te has vuelto loco? —chasqueó Neill. El consejero era cercano a la familia, lo conocía desde que era un niño y era cercano a su padre, de ahí que se tomase tantas libertades a la hora de dirigirse a él—. ¿Es que no eres consciente de lo que significa tu rango? ¿De lo que trae consigo?

—Digamos que me confié, Neill, eso es todo —repuso calmado, entonces se volvió hacia el patriarca del aquelarre—. Admito mi culpa con respecto a mis métodos, pero mi elección es válida, el vínculo se creó delante de testigos y no tiene lugar a discusión. Blaire Bryson es ahora mi esposa y la dama de *Braid Manor*, algo que vuestras familias no debieron tener en cuenta a la hora de… agasajarla de la manera en que lo hicieron.

El tono rojo del rostro del hombre aumentó un grado, lo que dejaba claro que estaba al tanto y que, tal y como pensaba, eso había sido cosa de los patriarcas y no de un puñado de mujeres ofendidas.

—¿De qué agasajo estás hablando?

Sonrió para sí y procuró que eso no trasluciese en su rostro.

El consejo se vanagloriaba de ser estrictos con respecto al protocolo, les gustaba seguir las tradiciones al pie de la letra y no iban a llevar bien el que un puñado de individuos enfurruñados se lo hubiese saltado todo a la torera.

—Las familias del coven que participamos en la candidatura enviamos el presente de rigor a la nueva esposa, tal y como dictan nuestras normas de etiqueta —mencionó el hombre sin dejar de mirarle.

—Sí. A mi esposa le encantaron las flores —repuso y ahora sí se levantó, abandonando el

asiento para encontrarse a su misma altura—. Blaire tiene un gusto particular, es escocesa de nacimiento y adora la flor nacional. Quedó tan encantada con el regalo, que ahora preside la mesa del comedor.

—¿La flor na…? ¿El cardo? —Los ojos del consejero se abrieron como platos—. ¿Enviasteis cardos como obsequio de bienvenida a lady Bryson? —El tono de Neill se había endurecido hasta competir con el diamante.

—Lady Bryson incluso se tomó la molestia de escribir de su puño y letra unas líneas a modo de agradecimiento —continuó Iver con total naturalidad.

—¡Una burla! —siseó el hombre fulminándolo con la mirada.

—¿El regalo o la tarjeta? —replicó sosteniéndole la mirada—. De hecho, está a la espera de que le enviéis las semillas para el jardín. Ya se ha apropiado de un parterre en la que plantarlas. Los Cardos, ese es el nombre que desea ponerle en recuerdo a tan cálida bienvenida.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos. MacNully no hacía más que apretar los dientes, intentando no dejar salir su explosivo carácter en presencia del consejero, pues sabía que aquello no le aportaría nada a su causa.

—Me encargaré personalmente de que nuestro jardinero consiga esas semillas y os las enviaré para vuestra dama, *milord* —repuso y su voz no podía sonar más sarcástica.

—No puedo creer que… —Neill se contuvo a tiempo, pero la mirada que le lanzó al hombre decía que tendrían más que palabras una vez abandonaran la oficina—. Iver te ruego le expreses a lady Bryson nuestros mejores deseos.

Sonrió de soslayo.

—Podrás hacerlo tú mismo en un par de semanas, Neill —replicó con naturalidad—. Mi esposa desea celebrar *el Baile de la Bruja* para presentarse ante el aquelarre, tal y como mandan las tradiciones. Estamos ultimando la lista de invitados antes de proceder con las invitaciones. Esperamos contar con la presencia del consejo al completo.

El hombre asintió.

—Será un honor asistir a tal evento —admitió el consejero y miró a su acompañante de soslayo.

—Esperaremos impacientes la invitación —corroboró MacNully quién parecía tenerle más miedo al consejo de lo que había esperado, a juzgar por como reculaba.

—Estupendo, sé que a Blaire le hará ilusión contar con su presencia en un día tan especial —mintió descaradamente.

El consejero se adelantó entonces tendiéndole la mano y dando así por concluida esa incómoda reunión.

—No te quitaremos más tiempo, Iver —mencionó al tiempo que le estrechaba la mano—. Esperaré a conocer a tu esposa en el baile. No puedo evitar sentir curiosidad ante la dama que ha

conseguido llevarse al *Alto Hechicero* de Bryson.

—Os daremos la bienvenida como a un viejo amigo —declaró agasajando al hombre y recordándole así que seguía siendo considerado como un amigo de su familia. Entonces se volvió hacia el patriarca, quién le tendió la mano aunque sin tanto entusiasmo—. MacNully…

—Bryson —correspondió con sequedad—. Buena suerte con su nueva bruja.

Sonrió de soslayo, pero no respondió. Se limitó a apretarle un poco más los dedos antes de soltarle y llevarse ambas manos a la espalda.

—Caballeros —Una invitación a que dejasen su oficina.

Ambos respondieron con un gesto de la cabeza y se volvieron hacia la puerta en el momento en que esta se abría. Una fugaz mirada con su asistente le dijo que había estado escuchando y que tendría que ponerla al día de alguna cosa que, al parecer, no sabía.

Escuchó la voz de Lauren saludando a su homónimo, ya que ella era otra de las miembros del Consejo, antes de despedirles a ambos y volverse hacia la habitación a la que entró cerrando la puerta a sus espaldas sin ni siquiera tocarla.

—Te has portado extremadamente bien teniendo en cuenta la desfachatez de ese hombre —repuso. No hacía falta ni que dijese su nombre—. ¿Por qué no has informado al consejo sobre ese obsequio? Tu esposa es ahora una de las *Altas Damas* del aquelarre.

—Lo habría hecho si Blaire no se hubiese tomado el asunto mucho mejor que James o yo —admitió recordando como se había echado a reír la chica y lo que había terminado haciendo con los cardos—. Decidió que una nota de agradecimiento sería suficiente.

—Toda una dama, ya veo.

—Puso los cardos en un jarrón en la mesa del salón —admitió con una perezosa sonrisa tirando de la comisura de los labios—, y les pidió que les enviasen semillas para plantarlas en el jardín.

—Es bueno saber que tienes una compañera que no se amilanará ante el aquelarre.

—Si vuelven a ofenderla una vez más, de la manera que sea, el coven tendrá que hacer reformas.

—No habla el *Alto Hechicero*, ni tampoco *lord Bryson*, sino tú, Iver —mencionó ella con una pequeña sonrisa presente en sus labios—. Es prometedor.

—Es mi vida y mi futuro. Si la ofenden, me ofenden a mí. Punto.

—No hay nada más peligroso que un hechicero enamorado de su esposa, ni tampoco tan mono —canturreó ella—. Si ya me gustaba tu bruja, ahora me gusta incluso más. Estoy deseando asistir a ese baile para verla en acción.

—Algo me dice que no serías la única.

—Has despertado la curiosidad de Neill —admitió y miró hacia atrás—. Preveo que a McNully no le quedarán ganas de seguir haciendo el tonto después de que el consejo en pleno se

entere de la jugadita que se han traído los patriarcas.

—He ofendido a sus hijas, pero es a mí a quién deberían de dirigir su disgusto, no a mi esposa —chasqueó—. Solo espera a que Blaire reciba esas semillas, tendremos un precioso rincón lleno de cardos en el jardín.

La mujer se echó a reír.

—Eso querré verlo —aseguró ella, entonces se dirigió hacia la mesa sobre la que se habían volcado las tazas y el café y empezó a recogerlo todo—. Si ya has terminado con las visitas, tienes trabajo que hacer. Hay algunos archivos que tienes que revisar, unos documentos que firmar y el contable quiere que le eches un vistazo a unos libros…

Asintió. Echó un vistazo al reloj en la pared de su oficina y calculó rápidamente el tiempo que tenía por delante.

—Bien. Pues pongámonos a ello —admitió volviendo tras su escritorio—. Cuando antes empecemos, antes terminaremos con todo esto.

Y antes podría reunirse con su esposa, pensó.

—Lauren, hazme un favor, ¿quieres? —pidió con una repentina idea en mente—. Comprueba que sigue vigente la disponibilidad de la cabaña a orillas del Loch Lomond, en Rowardennan, para este fin de semana.

—Buen plan —admitió la mujer sin hacer preguntas—. Ahora me pongo con ello.

—Gracias —asintió y volvió a mirar el reloj—. Será mejor que empiece ya si pretendo salirme con la mía.

Con aquel nuevo plan en mente, se sumergió en el trabajo dispuesto a terminar lo antes posible para poder marcharse y ponerlo en marcha.

CAPÍTULO 23

«Coge la maleta y mete todo lo que necesites para pasar el fin de semana fuera».

Blaire no dejaba de mirar el mensaje que había recibido en el móvil esa misma mañana.

«¿Por qué? ¿A dónde vamos?».

Le había contestado ella y la respuesta no le había aclarado absolutamente nada.

«Continuaremos con las lecciones en otro lugar».

Ya está. Aquella era toda la explicación que había recibido al respecto.

Kieran se había reído de lo lindo. Había pasado buena parte de la mañana en su compañía, charlando y paseando por las inmediaciones de la mansión. Tenerle de nuevo allí había sido un regalo no solo para ella, sino también para sus padres, a quién no veía tan a menudo como le gustaría. Su primo tenía su vida hecha en Budapest, se había establecido allí y a juzgar por lo que había visto cuando pasó un tiempo con él tras salir del hospital, le gustaba la ciudad y era feliz en el país.

«Os vendrá bien pasar algo de tiempo juntos y lejos de las miradas de esta casa».

Su comentario la había llevado a pensar en esas supuestas miradas, en la forma en la que todo había cambiado y, al mismo tiempo, parecía seguir igual. Su familia, si bien había mostrado abiertamente su preocupación en un principio, parecía haber decidido que lo hecho, hecho estaba y que ahora era cosa suya y de Iver arreglárselas. Incluso su madre había dejado de lado esa insistencia en la boda, respetando sus deseos y adoptando una actitud mucho más relajada.

Pero era cierto, ellos habían estado siempre presentes de un modo u otro, sabía que podía encontrar a su tía en la cocina, a su tío arreglando alguna cosa en los terrenos de la mansión, a su madre pululando por el piso de arriba o a James haciendo… Lo que quiera que hiciera el primario del *Alto Hechicero*. Incluso después de que los padres de su marido hubiesen dejado *Braid Manor*, nunca habían estado realmente solos y la perspectiva de tenerle únicamente para ella le provocaba mariposas en el estómago.

Echó un vistazo a la mochila que tenía a los pies y se preguntó, por enésima vez en el corto espacio de tiempo que llevaba en el vestíbulo del edificio, a dónde pensaba llevarla ese hombre.

—Buenas tardes, señor Bryson.

—Buenas tardes, Duncan.

Blaire se volvió al escuchar la voz de su marido y se quedó mirando sorprendida al hombre que sonreía al empleado que le había hablado. Estaba tan acostumbrada a verlo de traje, que encontrárselo ahora vistiendo ahora ropa informal le parecía otra persona. El pelo negro ligeramente alborotado, un suéter marino asomando bajo una chaqueta de *trekking*, pantalones vaqueros y deportivas contribuían a darle un aire mucho más juvenil, desenfadado y rotundamente sexy. Los ojos azul claro parecían brillar mientras caminaba directo hacia ella con una sonrisa curvándole ya los labios.

—Perdona por haberte hecho esperar —la saludó inclinándose hacia ella para besarla fugazmente en los labios—. Podías haber subido a la oficina, eso habría hecho que me diese más prisa en terminar.

—Solo han sido cinco minutos —admitió lamiéndose los labios de manera involuntaria—. Dudo que hayas tenido tiempo de despedirte siquiera de tu asistente después de que te enviase el mensaje diciéndote que ya había llegado.

—Me dio tiempo —admitió y añadió—. Lauren te manda saludos. Espera poder verte la próxima vez.

—Da por hecho que habrá una próxima vez.

—Estoy convencido que habrá muchas próximas veces en las que te vea pululando por las instalaciones —aseguró y la recorrió con la mirada hasta recalar en la mochila a sus pies—. ¿Lista?

—¿Vas a decirme de una vez a dónde vamos y por qué?

—Como ya te dije en el mensaje, continuaremos con las lecciones en un entorno un poco más abierto, más natural —le informó—. Quiero saber hasta dónde eres capaz de extender tu caudal y los efectos que tiene nuestra tierra sobre ti.

—¿Qué tiene que ver la tierra con todo esto?

—Mucho más de lo que te imaginas —afirmó con cierto secretismo—. Lo entenderás cuando lo sientas corriendo por tus venas.

—¿Y para entenderlo tenemos que pasar todo el fin de semana fuera?

—Esta mañana te dije que tú y yo teníamos algo pendiente —le recordó y su expresión se volvió más íntima—, y no veo porqué deberíamos seguir postergándolo por más tiempo.

El corazón le dio un vuelco, pero procuró que no se le notase el nerviosismo que le producían sus palabras.

—Vayamos paso a paso, brujita, tenemos el fin de semana por delante —concluyó y le tendió la mano—. ¿Preparada?

Miró su mano y frunció el ceño.

—No vamos a coger el coche, ni tampoco el tren, ¿verdad?

Su sonrisa se extendió adquiriendo una picardía de lo más masculina.

—Hay maneras mucho más rápidas de llegar a los sitios, Blaire, lo sabes.

—Lo único que sé es que ese método de traslado me produce cada vez más náuseas.

—Cierra los ojos, respira profundamente y no notarás el traslado.

—No cuela.

—¿Prefieres que te distraiga? —sugirió con una inocencia que le daba escalofríos.

—No.

—Pues solo te queda coger mi mano… —Señaló moviendo los dedos a modo de alusión —. Vamos, brujita, prometo que no te soltaré.

Dejó escapar un profundo suspiro y colocó la mano en la suya, dejando que cerrase los dedos a su alrededor y la calentase su contacto. En el momento en que su piel entró en contacto con la de él sintió esa inmediata conexión, el caudal en su interior despertando de su letargo y canturreando como siempre lo hacía en su presencia.

—¿Lista, amor?

Escucharle llamarla de ese modo, con tanta naturalidad, la estremeció una vez más e hizo que su interior se licuase en respuesta.

—Tan lista como puedo…

No llegó a terminar la frase, en un instante lo estaba mirando y al siguiente el entorno había cambiado completamente. Dejaron de estar en el interior de un edificio para encontrarse al aire libre, con el viento agitándole el pelo, tironeando de su chaqueta y los pies hundidos en la pedregosa orilla de un lago rodeado de unas colinas que empezaban a teñirse con los colores del otoño.

Se volvió para encontrarse a sus espaldas con una zona de cabañas de madera, algunas incluso tenían un pequeño porche en el que poder pasar tiempo disfrutando de aquel espectacular entorno.

—Es el Loch Lomond —reconoció el entorno, al igual que las cabañas que había a su espalda—. Son los alojamientos de Rowardennan. Estuvimos aquí… hace… años.

—En otra vida —admitió él de pie a su lado, mirándola de soslayo—. Siempre quise volver aquí. Contigo. Siendo otras personas distintas a las que éramos entonces…

Y ya lo eran, pensó volviéndose una vez más hacia el lago.

Quince años. Esa había sido la última vez que se vieron, que había estado cerca de él cuando no era otra cosa que una chiquilla de diecisiete años enamorada de alguien a quién no volvería a ver en los años venideros. Por aquel entonces Agatha lo había organizado todo para que pudiese irse fuera, para que continuase sus estudios en otro país y dejase de hacerse ilusiones con un hombre que no solo era doce años mayor que ella, sino que no pertenecía a su mismo círculo.

Iver ni siquiera había estado presente el día en que cogió la maleta y salió por la puerta de *Braid Manor* para no volver en mucho tiempo. No, él se había despido de ella días antes en este lugar, en el mismo punto en el que estaban parados y de la misma manera en la se ubicaban ahora; uno de pie al lado del otro.

—*Llegará el día en que podamos volver aquí y decir todo aquello que no podemos decirnos ahora* —murmuró recuperando cada una de las palabras que llevaba grabadas en su alma, las que había guardado en el fondo de su corazón y la habían acompañado en los momentos más duros.

—Lo recuerdas…

—Palabra por palabra —asintió ella—. No he olvidado ese momento. Nunca pude hacerlo. Era todo lo que me quedaba de ti, de una promesa que ni siquiera sabía si podría cumplirse alguna vez. —Negó con la cabeza—. Ese día quise decirte tantas cosas… pero me limité a guardar silencio.

—¿Por qué?

—Porque no era el momento, porque yo no era la indicada, porque tú estabas muy lejos de mi alcance… Eso era lo que me decían y lo que acabé por repetirme a mí misma —admitió en voz alta por primera vez en esos últimos años—. Lo enterré todo tan profundo, dónde nadie, ni siquiera yo lo encontrase de nuevo, que me sorprende que haya conseguido volver a salir a la superficie.

—Pero lo hizo.

Se volvió a mirarle y asintió.

—Lo hizo —confirmó en voz alta—. Y aquí estamos otra vez, en otra vida…

—Dímelo, dime todo lo que no pudiste decirme entonces —pidió estirando la mano para coger la suya—, déjame oírlo aunque solo sea una vez.

—Aquel día, cuando me encontraste tirando piedras y rezongando, estaba intentando encontrar la manera de hacerlo. Había ensayado mil veces delante del espejo y ese día, en ese momento, cuando te miré y me sonreíste se volatilizó todo de mi mente —admitió con una mueca—. Estaba enamorada de ti. Eras mi primer amor, quería que fueses el único y de algún modo siempre lo fuiste; el único hombre al que he amado en toda mi vida. El único al que todavía amo. Ese día quise decirte *«Te quiero, Iver Bryson»*, pero no me atreví. Quizá no era el momento después de todo.

—Quizás este sí lo sea —respondió él tirando de ella hacia sus brazos—. Deja que te diga lo que nunca llegué a decirte. Te amaba ese día y me culpaba por hacerlo. No sé por qué, pero algo me unió a ti desde el momento en que te conocí. Quizá fuese porque me veías a mí y no al *Alto Hechicero*, porque no te importaba mi magia, ni que no fuese como los demás. Ese día vine aquí, no para decirte que te amaba, porque sabía que no era lo correcto, que no era el momento.

Vine aquí a despedirme de ti, a decirte que tenías que seguir tu camino, expandir tus horizontes y que, si cuando llegase el momento, querías volver, yo estaría esperándote. Y aquí estoy, como lo he estado cada año desde hace quince, como lo he hecho toda la vida hasta que nuestros caminos volvieron a cruzarse.

Se llevó la mano que envolvía la suya a los labios y le besó los nudillos.

—Te quiero, Blaire. Te amé entonces cuando no eras más que una niña, me he vuelto a enamorar de ti ahora, de la mujer extraordinaria en la que te has convertido y sé que seguiré queriéndote cada día de mi vida, ya sea que estemos juntos o separados.

—Juntos —murmuró apretando su mano en la de él—. Prefiero que sea juntos.

—No me oirás objetar a eso, amor.

Sonrió y sintió que algo se rompía en su interior, que se hacía pedazos como un muro que se viene abajo. Y con ello llegó también el alivio y la paz interior que llevaba tanto tiempo buscando. Y el calor, una sensación agradable, que curaba cada una de sus cicatrices y alimentaba cada sonrisa que había permanecido oculta hasta entonces.

—Te quiero, Iver Bryson —pronunció mirándole a los ojos, sabiendo que ya podía decirlo, que era lo que deseaba decir y sintiéndose libre al hacerlo—. No pude decírtelo entonces, pero te lo digo ahora. Te quiero. Aun cuando pensé que te había olvidado, he seguido queriéndote. Puede que ya no sea la chica de aquel día, pero la mujer que soy te ama con todo su corazón. Quizá no sea la hechicera que todos esperaban que encontraras, pero soy la bruja que ha aceptado tu alianza, tus votos y quién estará a tu lado hasta el fin de los tiempos si se lo permites.

—Quien intente apartarte de mí, Blaire Bryson, no sabrá lo que es dormir a menos que lo haga con un ojo abierto.

—Eso debería de darme miedo y sin embargo, me estremece de placer —admitió ella y no pudo evitar sonrojarse al darse cuenta de que acaba de decirlo en voz alta—. Por Dios, eres muy mala influencia, Iver.

—Soy toda la influencia que necesitas, brujita, toda la que necesitas —aseguró ciñéndola contra su cuerpo, bebiéndose su rostro con la mirada como si no pudiese creer que estuviese allí, entre sus brazos, tan cerca de él que no había manera de que pasase entre ellos ni una sola brizna de aire—. Y tú eres todo lo que yo necesito, ahora y para siempre.

—Te quiero —musitó maravillándose de poder decirlo sin tapujos, de que saliese tan fácilmente de sus labios—. Lo he dicho tantas veces en mi cabeza…

—Pues ahora dilo en voz alta. Hazlo todas las veces que quieras, porque no hay hechicero más feliz que yo al escucharlo de tus labios —aseguró cogiéndole el rostro entre las manos—. Mía, mi amor, mi esposa… Al fin, después de tanto tiempo, mía.

Esos ojos azules brillaron con lo que jamás creía que podría ver en ellos, la sombra de las lágrimas.

—Iver…

Sacudió la cabeza y sonrió mientras una lágrima le resbalaba por el rostro.

—Solos tú y yo, Blaire, no quiero nada más en estos momentos —admitió apoyando la frente contra la suya—. Solo déjame sentirte así, cerca de mí. Solo eso.

—Estoy aquí —musitó ella abrazándole con fuerza, pegándose completamente a él, dejando que sus propias lágrimas se unieran a las suyas—. He vuelto, mi hechicero, ya estoy aquí.

Juntos se dejaron ir hacia el suelo, quedando arrodillados uno en brazos del otro, recuperando todo lo que la vida les había quitado, lo que siempre debió haber sido suyo y ahora por fin podía serlo.

CAPÍTULO 24

—Es igual a la de aquella vez, aunque juraría que nosotros nos habíamos alojado en una que estaba más allá, hacia la esquina.

Iver siguió a Blaire con la mirada mientras exploraba la cabaña. Había soñado tantas veces con tenerla aquí, con poder sentarse con ella en la terraza y no hacer otra cosa que abrazarla mientras las estrellas brillaban sobre sus cabezas. Con acurrucarse juntos en el sofá en una tarde lluviosa, con verla moverse alrededor de la pequeña cocina, abriendo y cerrando cajones y puertas… La había imaginado tantas veces y de maneras tan distintas en ese lugar, a lo largo de los últimos años, que temía que su imagen se desvaneciese y no fuese más que una ilusión creada por sus propios deseos.

—Tu madre y tu tía se habían alojado en la que está en la esquina opuesta, sí —admitió en voz alta, dando vida a sus recuerdos—. Kieran y yo nos quedamos en esta, aunque solíamos juntarnos cada noche ahí fuera, alrededor de la hoguera.

—Sí —asintió con la cabeza, su mirada perdida en los recuerdos—. Asando esas asquerosas nubes blancas que a mi primo tanto le gustan.

—Esas mismas —admitió replicando la escena en su mente, las risas alrededor de la hoguera, el pelo negro más salvaje que nunca brillando a la luz de las llamas. Su juvenil risa, los hechiceros ojos verdes que lo tenían fascinado, tanto o más de lo que lo hacían ahora—. Kieran todavía lo hace cuando nos reunimos aquí.

—¿Seguís viéndoos aquí? —Se volvió hacia él con gesto sorprendido—. ¿Cada año?

Asintió.

—Es nuestra manera de recordarnos que seguimos cuerdos —admitió con un ligero encogimiento de hombros. Y también la manera en que él conseguía recordarse a sí mismo, durante unos pocos días al año, que algún día ella volvería a estar aquí con él, del mismo modo en que lo estaba ahora—. Empecé viniendo yo solo, pero entonces Kieran se enteró y decidió que no era buena idea que yo fuese el único que se emborrachase.

—¿De ahí la botella de champán? —Señaló la botella y las dos copas que esperaban sobre una encimera de granito.

—Tengo la esperanza de que esa nos la bebamos nosotros —los señaló a ambos con un movimiento de vaivén de su dedo.

—Vaaale —replicó alargando la primera sílaba—, pero solo si quieres que no recuerde ni mi nombre después de la segunda copa.

—Lo tendré en cuenta —aceptó dejando de apoyarse en la entrada para reunirse con ella.

—De algún modo es como volver al pasado, como si todo hubiese quedado suspendido en el tiempo —mencionó ella volviéndose hacia él—, aún si ninguno de los dos somos la persona que éramos entonces.

—Soy consciente de ello —aceptó deteniéndose delante de ella y resbalando las manos por sus brazos todavía envueltos en la chaqueta.

—Sabes, esa tarde, mientras mi familia estaba ocupada en sus cosas, me escabullí para venir a verte —lo sorprendió con aquella confesión—. Entré sin llamar. Pronuncié tu nombre, pero no me contestaste. Me atreví a llegar hasta… allí, esa habitación y te encontré profundamente dormido sobre la cama. Tengo ese recuerdo muy metido aquí. —Se llevó un dedo a la sien—. Tenías un semblante triste, relajado, sí, pero triste… Yo… me senté en el borde de la cama y te cogí los dedos… Y casi me muero del susto cuando te moviste y los enredaste en los míos. En ese momento tu rostro cambió, pronunciaste mi nombre… Y entonces salí corriendo como si hubiese cometido un delito.

Hizo una mueca y se rio, una risa sincera, aunque un poco triste.

—Esa fue la primera vez en la que pensé en lo que sería dormir a tu lado —admitió en voz alta, sus mejillas coloreándose un poco—. La primera de muchas…

—¿Y sigues queriendo averiguarlo?

Los ojos verdes adquirieron un tono brillante a raíz del caudal de magia que ahora se reflejaba en ellos.

—¿Dormir contigo? Depende. —Ladeó la cabeza y le soltó inocente—. ¿Roncas?

—No, que yo sepa —admitió con una risita—. No ha habido nadie a mi lado tanto tiempo como para decírmelo, así que tendrás que constatarlo tú.

—En ese caso, supongo que lo averiguaremos antes o después —mencionó ella y le dio la espalda para continuar con la exploración—. Vaya. Alguien se ha encargado de llenar las alacenas, ¿eh?

—Todavía no domino el arte de crear ilusiones que me alimenten, brujita —replicó irónico.

—Algunas cosas merecen la pena hacerse a la manera tradicional, hechicero —le dijo echándole un vistazo por encima del hombro—. Y aquí hay suficiente comida para todo un mes.

—Me gusta estar cubierto ante cualquier posible imprevisto.

—¿Cómo un ataque zombi o que Nessie deje el lago Ness para mudarse al Lomond?

—Sería más probable lo primero que lo segundo.

Ella se echó a reír, un sonido real, genuino que le calentó el corazón.

—Espero que no, Iver, o la que se morirá de la impresión seré yo —aseguró volviéndose hacia él con el rostro sonrosado y radiante de felicidad.

—Procuraré que no se te acerque ninguno llegado el caso —le guiñó el ojo y ella sonrió otra vez—. Dios. Sigue haciendo eso, por favor.

—¿El qué?

—Sonreír como lo estás haciendo ahora —declaró acercándose una vez más a ella y deslizando ahora los dedos sobre una de esas calientes mejillas—. Es la cosa más bonita que he visto jamás.

—¿Esas frases suelen funcionarte?

—No lo sé, es la primera vez que tengo la oportunidad de pronunciarlas —admitió sin dejar de mirarla.

—Me estás sacando los colores —musitó en respuesta, visiblemente avergonzada—. Y no es algo que lleve muy bien. No sé cómo responder a los halagos.

—Conmigo solo necesitas responder de una manera —le dijo hundiendo la mano en su pelo a fin de acercar ese rostro a dónde lo quería, cerca de sus labios—. Así…

La besó con suavidad, saboreando sus labios antes de introducir la lengua en su interior y enlazarla con la suya con absoluta pereza. Ella sabía a néctar, a dulzura y no le sorprendería si acababa siendo adicto a ello.

—Sí, justo así —murmuró junto a sus labios—. Y eso me lleva a preguntar, ¿por qué no viniste a mí antes?

—¿Por qué no lo hiciste tú? —replicó ella separándose para mirarle a los ojos—. Últimamente mi puerta ha estado siempre abierta.

—Al igual que la mía —admitió sonriendo sobre su boca—. Vaya dos nos hemos juntado.

—Kieran dice que somos dos pies para un banco.

—Sí, me lo ha dicho a mí también en varias ocasiones —aseguró con una mueca—, pero ahora no quiero hablar de tu primo. Ni siquiera quiero pensar en él, no contigo en mis brazos.

—Apoyo esa idea.

—No quiero seguir esperando, no ahora que te tengo aquí…

—No lo hagas —musitó ella apartándose para que sus ojos se encontraran—, por favor, no lo hagas.

Y eso fue todo lo que necesitó para zambullirse de nuevo en su boca y olvidarse de todo lo que no fuera tener desnuda a esa mujer lo antes posible.

—He soñado con esto tantas veces… —musitó en sus labios—, contigo así de cerca. Con mis manos sobre tu cuerpo, recorriéndote la piel…

—Un sueño compartido, sin duda —mencionó ella apretándose contra él, encajando en cada plano como si fuese la pieza de un puzle faltante—. Y uno muy, pero que muy evocador

estas últimas noches…

El comentario lo intrigó.

—¿Ah, sí? —le mordió con suavidad el labio inferior—. ¿Cómo de evocador?

—Lo suficiente como para querer hacer esto.

Dejó que sus labios tocaran los suyos y se estremeció de placer cuando los pequeños dientes le pellizcaron el labio inferior antes de lamerlo, dejando tras de sí un caliente lametazo que lo encendió como una yesca. Notó como curvaba los labios en una perezosa sonrisa ante el involuntario gemido que brotó de su pecho. Los delicados y largos dedos femeninos subieron por sus brazos, acariciándole la mandíbula antes de resbalar en el corto pelo de la nuca y hundirse en la capa más larga. Se enredó en él, acercándolo a ella y abriendo la boca con un suspiro de necesidad.

El beso le supo a gloria. Los ruiditos que salían de su boca eran de lo más eróticos y no hacían sino engrosar la ya de por si creciente erección confinada en sus pantalones.

—Eso ha sido… de lo más interesante… —mencionó con voz ronca, espesa por el deseo, mientras se lamía los labios y la saboreaba en su lengua.

—Seguro que sí —susurró Blaire. Tenía el rostro acalorado, los labios hinchados por su beso entreabiertos y un brillo hechicero en los ojos. Podía sentir la magia crepitando bajo su piel, del mismo modo que lo hacía su propio caudal—. No vuelvas a colarte en mis sueños sin permiso.

De todas las cosas posibles que esperaba escucharle decir, aquella no era una de ellas.

—¿Has soñado conmigo?

Ese dulce y avergonzado rostro asintió con suavidad.

—¿Y eran sueños interesantes, al menos?

—Lo bastante como para querer estrangularte por la mañana —mencionó con ese tonito de fastidio que lo hizo sonreír—. Y no sonrías, capullo.

—No puedo evitarlo, me parece algo… asombroso —admitió y lo decía en serio, pues empezaba a sospechar que eran el mismo tipo de sueños en los que se había sumergido él; unos calientes y húmedos que lo dejaban empalmado y con la mano alrededor de la polla mientras gemía su nombre—. Creo que hemos compartido dichos sueños.

Los ojos verdes se abrieron de par en par y sacudió la cabeza visiblemente avergonzada.

—Oh, espero que no —casi se atraganta con las palabras.

Se rio, no pudo contener la carcajada y acto seguido volvió a traerla a sus brazos para reclamar esa lujuriosa boca que lo tentaba con descaro.

—Sea como sea, prefiero tenerte en la realidad, dónde no te esfumarás al despertar —le dijo besándole el rostro antes de recalar en su oído y pegarle un mordisquito que la hizo temblar.

—No hagas eso —siseó—. Tengo cosquillas.

—Lo sé —admitió ufano y volvió a hacerlo.

—¡Iver!

—Me encanta escucharte gemir de esa manera —suspiró de contento. Por Dios, estaba completamente enamorado de esa mujer—, y estoy deseando escucharte hacerlo de nuevo de muchas, pero que muchas otras formas.

—¿Qué tal si dejas de hablar y lo haces realidad? —jadeó temblorosa. Era un flan entre sus brazos.

—Con sumo placer, *miladi* —replicó burlón antes de volver a caer sobre su boca y susurrarle—. Lo haré tan pronto como empieces a desnudarte para mí.

Notó como se estremecía, la manera en que sus ojos se abrían un poco más y luego se llenaban con un líquido deseo.

—Quiero lo mismo a cambio —murmuró en respuesta, llevándose los dedos a los dientes de la cremallera de la chaqueta.

—Hecho —declaró quitándose sin pensárselo dos veces la chaqueta, seguido del suéter y la camiseta que llevaba debajo.

—Hay que ver lo obediente que eres cuando te interesa —sonrió ella.

—Tu turno, Blaire —le recordó fijando la mirada sobre los apretados pechos que se adivinaban bajo su propio jersey.

—Parafraseándote, con sumo placer, *milord.*

Verla desnudarse fue un sueño cumplido, una realidad que superaba con mucho sus fantasías y lo excitaba sobremanera. Una prenda tras otra fue abandonando su cuerpo, revelando parte de esa piel blanca y cremosa salpicada con pequeños lunares aquí y allá. Los pechos, hinchados y llenos, aparecieron por fin a su vista envueltos en un pedacito de tela decadente. Deslizó los vaqueros por sus generosas caderas, los arrastró por sus piernas y se los sacó hasta permanecer ante él tan solo en ropa interior y calcetines a rayas.

La recorrió con la mirada, olvidándose de que había prometido desnudarse a su vez, con las manos congeladas sobre el cinturón, pues no podía pensar nada coherente en esos instantes.

Era perfecta, curvilínea, una mujer voluptuosa que lo hacía salivar y despertaba sus más primarios instintos. Y entonces la vio, a un costado de su estómago, una cicatriza rosada que le encogió las entrañas.

—¿Iver?

No contestó, no podía. Se limitó a ir hacia ella y deslizó la punta de los dedos sobre la cicatriz haciéndola temblar. Él mismo se estremeció al comprender algo en lo que no había pensado hasta el momento, en lo que no se había atrevido a pensar; había podido perderla incluso antes de haberla encontrado.

—Nunca. Jamás permitiré que nadie te haga daño —mencionó con voz ronca, dura,

enfadado consigo mismo por no haberle evitado tal sufrimiento, aun a sabiendas de que no podría haberlo hecho—. No volveré a dejarte ir, me niego a hacerlo de nuevo.

La escuchó suspirar, su cuerpo relajándose un segundo antes de que fuese a él voluntariamente y lo rodease con los brazos.

—No pasa nada, esto es el pasado —señaló poniendo su mano sobre la de él, la cual seguía en su estómago—. Tú, nosotros, esto es el presente. Tú eres mi presente.

—Y tu futuro —sentenció con dureza. Le daba lo mismo si se ofuscaba, si lo consideraba su comportamiento primitivo, ella era suya y punto—. No habrá nadie más para ti. Solo yo.

—Me vale —sonrió ella con esa ternura juvenil que recordaba—. Y ahora, con tu permiso, *maridito*… Esto se va.

Los largos y delicados dedos se cerraron sobre su cinturón, tiraron de él hasta sacárselo por completo y siguieron con el botón de metal y la cremallera. La tela cedió al momento, abriéndose lo suficiente para que pudiese introducir esas manos en el interior y tirase de ella hacia abajo.

—Creo que a partir de hoy dejaré que seas tú quién me desnude cada vez que lo necesite —replicó hipnotizado por sus actos.

—¿Pretendes convertirme también en tu ayuda de cámara, *milord*?

—Solo si yo puedo convertirme en el tuyo —aseguró siguiendo cada uno de los movimientos de su esposa.

—Lo consideraré —repuso instándolo a levantar un pie y luego el otro para liberarlo por completo de la prenda—. Gracias.

—Un placer —sonrió ante su educado agradecimiento.

Una pequeña sonrisa traviesa le curvó los labios un segundo antes de ver como se incorporaba y deslizaba los dedos sobre el elástico del bóxer.

—¿Puedo?

—Eso ni se pregunta, amor, eso ni se pregunta —aseguró asintiendo con la cabeza.

Ella tiró del elástico y liberó la gruesa longitud de carne que se alzaba orgullosa ante ella.

Ver esos ojos abriéndose aún más, sus labios separándose en un pequeño jadeo y la pequeña lengua rosada lamiéndoselos fue demasiado.

Estaba duro, su polla completamente erecta, la oscura cresta pulsando al compás de sus propios latidos, rezumando ya una sedosa gota nacarada de semen por la estrecha rendija.

—Joder… —la escuchó mascullar, sus mejillas se arrebolaron todavía más mientras admiraba su sexo—. Perdón… He dicho eso en voz alta, ¿no?

—Sí y me importa una mierda —aseguró ronco—. Si sigues mirándome de esa manera, me correré sin más.

Esos bonitos ojos verdes se alzaron para encontrarse con los suyos.

—¿Lo prometes?

Gruñó en respuesta.

—Bruja.

Ella se rio con suavidad, volvió a lamerse los labios y se retiró un mechón de pelo negro detrás de la oreja.

—¿Me dejarías… hacer algo al respecto?

¿Por qué demonios tenía que sonar tan dulce y parecer al mismo tiempo tan jodidamente caliente?

—Solo si tu boca colabora. —Era la suya la que iba por libre, pensó después de decir aquello—. Es decir, si quieres…

—Quiero saborearte —susurró ella—. Por favor.

—Dios, sí —gimió conteniendo un estremecimiento a duras penas—. Y olvídate de los buenos modales, porque no sé si seré capaz de recordar los míos una vez pongas tu boquita sobre mi polla.

Una perezosa sonrisa jugueteó en esos bonitos labios un segundo antes de que ella diese un paso hacia delante y resbalase sus dedos por su pecho.

—En ese caso, siéntate —presionó su mano contra su desnudo pecho y lo guio hacia el sofá, donde se dejó caer.

Ella se arrodilló entre sus piernas, resbaló las manos sobre sus duros muslos y bajó la cabeza hasta que notó su aliento sobre la pesada y caliente carne. Iver contuvo el aliento a la espera, el corazón le latía acelerado y su miembro parecía palpitar ante la sola idea de tener esa pequeña y aterciopelada boca a su alrededor.

Los dedos de una de sus manos se enredaron alrededor del pesado eje haciéndolo respingar, pero fue la ardiente pasada de su lengua lamiendo la pequeña gota de crema de la cabeza de su polla la que le arrancó un gruñido salvaje de la garganta.

—¡Cristo!

Jadeó y antes de darse cuenta, una de sus manos se había enterrado en la pesada mata de pelo negro de su mujer. Aquello no la disuadió, pues no se pensó dos veces en abrir la boca cubriendo la hinchada cabeza de su polla y absorberla entre sus labios.

Sus caderas dieron un respingo y tuvo que hacer un jodido esfuerzo para no empujar la cabeza femenina hacia abajo y empalarse a sí mismo en esa dulce y húmeda cavidad. Ella dejó escapar un estrangulado jadeo, su lengua asomó sobre la apretada carne, enroscándose a su alrededor y frotándole esa sensible zona, justo debajo de la cabeza, haciéndolo temblar.

¡Por Dios! ¿Dónde demonios había aprendido a hacer eso? No le importaba, no pensaba preguntarlo, no iba a hacérselo a nadie más que a él, decidió.

Ella continuó con su tortura, lamiéndole y chupándole, deslizando los dedos de una mano por su dura columna y rodeando sus testículos con los otros, haciéndolo ondular bajo su toque.

Los suaves gemidos que escapaban de su garganta lo excitaban sobremanera, su mirada se volvía tímida cuando levantaba la cabeza y se encontraba con la suya, casi como si temiese ser corregida o regañada por su manera de proceder.

—Eres preciosa —musitó embelesado con ella—. La imagen más dulce y erótica que he visto en mi vida. No pares, brujita, dame todo lo que tienes para mí.

Su boca se llenó de nuevo con su carne, tragándoselo profundamente, ciñéndolo entre sus labios, chupándolo como si pretendiese tragárselo.

—Chúpame más fuerte —la alentó—, trágame por completo.

Un nuevo gemido vibró alrededor de su miembro, pero lejos de amilanarse, su maliciosa esposa le dio exactamente lo que pedía. Lo chupó con más fuerza, tragándoselo más hondo, repitiendo la operación hasta que sus caderas salieron a su encuentro, follando esa boca con lentos y suaves empujes.

Iver estaba al borde, pero el placer que veía en los ojos femeninos, el disfrute con el que lo chupaba, lo obligó a contenerse hasta el último momento, dejándola tenerle de la misma manera que él iba a tenerla a ella después.

Observó la cabeza de su polla desaparecer en su boca una vez más, retuvo un gruñido mientras esa maliciosa lengua lo rodeaba y lo chupaba con hambre.

—Blaire… voy a correrme… —la previno, dándole la oportunidad de apartarse si lo deseaba—. Cielo…

Ella bajó una vez más sobre él, llevándoselo lo más profundo que podía, succionándolo con fuerza hasta hacerlo estallar.

—¡Joder! —gruñó y apretó los dientes, empujando inconsciente la cabeza femenina hacia abajo mientras eyaculaba en su boca, sintiéndola tragar hasta beberse la última gota—. Dios bendito. Tienes una boca endiabladamente buena, amor mío.

Ella se rio todavía a su alrededor. Aflojó la presa en su pelo y le acarició el cuero cabelludo mientras le permitía retirarse y la veía ahora jadear en busca de aire, al tiempo que se relamía los labios con aire satisfecho.

—¿Te ha gustado?

—¿Si me ha gustado? —¿Lo preguntaba en serio?—. Estoy en el cielo, vida mía.

Su sonrisa fue tierna, un poco vergonzosa, pero le iluminó el rostro.

—Quítate todo —le dijo comiéndosela con la mirada—. El sujetador, las braguitas. Todo fuera.

Ella se incorporó lentamente, se llevó las manos al cierre trasero del sujetador y se lo quitó dejando esos preciosos pechos al fin al aire y continuó con las braguitas, dejando a la vista un pequeño triángulo de vello negro.

—Perfecta —musitó comiéndosela con la mirada—. Absolutamente perfecta.

En el transcurso de un parpadeo ya se había puesto de pie y estaba sobre ella, besándola, hundiendo su lengua profundamente en la boca femenina, probándose a sí mismo. Sus manos la moldearon, resbalando sobre su piel, acariciándole el culo y los pechos. Estaba hambriento de ella, de su sabor y no tenía suficiente.

Cerró los dedos sobre esos generosos montículos, le pellizcó los pezones y sintió como se ponía de puntillas mientras gemía en su boca. Ese gemido fue directo a su polla, engrosándola de nuevo, diciéndole que necesitaba más de ella, mucho más.

Se arrancó de su boca y bajó la mirada a esos senos que ahora acunaba en sus manos, los pezones rosados, esperando por el toque de su lengua.

—Mi turno de comerte, cariño —le dijo un segundo antes de girarla en sus brazos y empujarla sobre el sofá—. Y voy a empezar justo por aquí.

Sus gemidos llenaron la cabaña cuando succionó uno de sus pezones, lamiéndolo, rodeándolo con la lengua antes de prodigarle un pequeño mordisquito que la hizo arquearse debajo de él. Sus dedos jugueteaban al mismo tiempo con el otro, retorciéndolo, pellizcándolo, haciéndolo crecer entre sus yemas. Le amasó los pechos, apretándoselos, uniéndoselos para abarcar de esa manera los dos pezones al mismo tiempo y succionarlos o morderlos hasta hacerla gritar.

Las caderas femeninas se impulsaban bajo él, tentándole, pero antes de ceder a aquella silenciosa petición quería probarla del mismo modo en que ella lo había probado.

Necesitaba grabarse su sabor, quería devorarla, lamer cada centímetro de su sexo hasta dejarlo seco, descubrir cada uno de los secretos rincones que la harían temblar, que la llevarían a apretarse con fuerza a su alrededor cuando por fin estuviese enterrado hasta las pelotas en ese dulce y caliente coño.

—Me vuelves loco —gruñó entre lametón y lametón—, me desarmas por completo.

Sus labios abandonaron sus pechos e iniciaron un camino descendente por su cuerpo. Le besó el estómago, el vientre y continuó más abajo, separándole los muslos, abriéndola para su disfrute.

—Veamos qué tan dulce puedes ser aquí abajo —ronroneó, soplando su aliento sobre sus húmedos pliegues.

No le dio tiempo a pensar en una respuesta, a negarse o siquiera intentar cerrar los muslos. Cayó sobre ella como un hombre hambriento, sus labios rozaron el rosado y húmedo sexo un segundo antes de que la recorriese con una larga pasada de la lengua que la hizo saltar.

—Ay, señor…

Se rio contra su sexo al escuchar su jadeo.

—Con que me llames Iver es suficiente, amor.

Juraría que ella siseó alguna cosa, pero cualquier posible réplica quedó ahogada por una

nueva pasada de su lengua y el dulce sabor de su néctar. Era deliciosa, ni en sus más eróticos sueños habría podido imaginarse un sabor igual.

La besó allí, cubrió su sexo con los labios e introdujo la lengua en su interior, lamiéndola, recogiendo cada gota de néctar en su boca. La chupó sin reservas, dándose un festín con su carne.

La cabaña pronto se llenó con los gemidos desesperados de su mujer. Ella movía las caderas, intentando acercarse más a él o alejarse, dudaba que la propia Blaire supiese qué era lo que deseaba en esos momentos. Pero él sí lo sabía, era muy consciente de lo que quería de esa pequeña bruja y era su entrega total.

Encontró la pequeña perla de su clítoris y lo succionó haciéndola gritar. Le prodigó pequeños y sorbedores besos mientras sus dedos se unían al festín, acariciando sus pliegues e introduciéndose en su interior.

—Iver, por favor...

La recorrió una vez más con la lengua, atormentando su canal con largos lametones mientras mantenía dos dedos profundos en su canal, inmóviles, algo que los estaba matando a ambos. Intentó moverse, empujar contra él, pero se lo impidió. La ciñó contra el sofá y continuó degustando su sexo con lentos besos y largos lametones que la hacían lloriquear.

—No voy a parar hasta que me des lo que quiero —murmuró contra su sexo, extrayendo despacio los dedos solo para volver a hundirlos en su interior—, hasta que te corras en mi boca gritando mi nombre.

Y estaba decidido a hacerlo. Era lo que deseaba, lo que quería de ella, su total entrega, marcarla para sí mismo a fin de que no pudiese pensar en nadie más.

Iver podía sentir su magia bullendo en sus venas, notaba el caudal femenino respondiendo a su propia llamada, deseoso de vincularse por completo a él y crear algo totalmente único.

Empujó de nuevo en su interior, alternó con algún lametón, posó los labios sobre su clítoris y succionó con fuerza haciéndola jadear, continuó torturándola y disfrutando de esa erótica tortura hasta que sintió ese tirón en su interior, el de la magia femenina liberándose en pequeños chispazos que flotaban a su alrededor.

Esta era su pequeña bruja, con un poder basado en las emociones y cuando más intensas eran estas, cuando más crudas y desnudas eran, más brillante se hacía su magia.

La envolvió son su propio poder aislándolos del exterior, creando una burbuja en la que permaneciese la magia y los bañase a ambos. Continuó lamiéndola, alimentándose de su sexo como un hombre sediento hasta hacerla gritar su nombre.

Blaire se corrió en su boca, su cuerpo temblando debajo del suyo sacudido por el orgasmo que la dejó laxa sobre el sofá.

—Iver —susurró su nombre.

—Estoy aquí, mi vida —Abandonó su delicioso festín y buscó su boca y la besó lenta y largamente—. Me tienes aquí.

Ella correspondió a su beso, enlazando la lengua en la suya, probándose a sí misma mientras se rozaba contra él como una gatita satisfecha.

—No te vayas —la escuchó musitar contra su boca.

—¿A dónde crees que podría irme cuando tengo justo aquí todo lo que deseo? —chasqueó burlón y resbaló la mano sobre su cadera en una lenta caricia a modo de ilustración—. No pienso irme a ningún sitio y tú tampoco te vas a ir. Todavía no he terminado.

—¿Ah, no?

—Ni por asomo —se rio capturando de nuevo su boca, profundizando ahora con desnuda pasión—. Voy a enterrarme profundamente en tu interior y follarte hasta que no sepas dónde empiezas tú y acabo yo.

—Me gusta la idea.

—Suelo tener ideas maravillosas.

—Creído.

Se rio contra sus labios y se los lamió.

—¿Quieres conocer otra de mis maravillosas ideas? —preguntó resbalando ahora los labios sobre su oído.

—Sorpréndeme —ronroneó revolviéndose bajo él.

—Tus manos sobre los pechos, tus dedos pellizcando y jugando con esos dulces e hinchados pezones —puso en palabras su fantasía, uno de los sueños que al parecer habían compartido—. Yo hundiéndome profundamente en ti, follándote mientras veo cómo te das placer a ti misma.

—Eso fue… eso… Joder…

—Sí, eso mismo. —Se entretuvo en lamerle la oreja—. Quiero verte como te das placer a ti misma mientras te follo, quiero verte caliente, desatada y libre mientras te doy placer.

—Eso podría ser demasiado placer.

—Nunca es demasiado placer, amor, nunca —la besó en la mejilla y se separó lo justo para recuperar su pantalón y sacar de uno de los bolsillos traseros un par de preservativos—. Enséñame lo preciosos que son esos pechos, Blaire, lo dulces y apetitosos que son tus pezones.

Rasgó el envoltorio del preservativo con los dientes y empezó a desenrollarlo sobre su ya erecto miembro mientras ella cumplía sus fantasías.

—Por Dios, sí que eres hermosa.

Se inclinó sobre ella, la agarró por las caderas, atrayéndola más cerca a fin de empujar la ancha cabeza de su polla a través de la resbaladiza entrada.

—Iver —jadeó ella, los dedos cerniéndose sobre sus pezones.

—Pellízcatelos, amor, déjame ver cómo te das placer.

Su esposa gimió y arqueó la espalda mientras le obedecía, al mismo tiempo, él entraba en ella, estirándola, abriéndose paso en su interior.

—Dios, sí… —jadeó ella empujando hacia arriba, buscando llevarle más adentro.

Era tan jodidamente erótica, tan desinhibida en su placer y su sexo lo aferraba en su estrechez con tanta fuerza que pensó que acabaría corriéndose nada más empujase hasta alojarse por completo.

—Esto es… demasiado… íntimo —jadeó ella—, demasiado erótico…

—Perfecto —acotó él inclinándose sobre ella para darle un beso en los labios.

—Iv… —jadeó sin pronunciar siquiera su nombre completo.

—Me gusta que me llames así —aseguró retirándose un poco para volver a entrar—. Eres perfecta para mí, brujita, el mejor de los moldes.

—Fóllame —una petición tímida y a la vez poderosa—, por favor.

—Nada de por favor, cariño, solo di «ahora» —ronroneó—. Di «fóllame ahora, Iv» y te complaceré. Nos complaceré a ambos.

—Fóllame… ahora, Iv —gimió arqueándose debajo de él, jugando todavía con sus pechos.

—No dejes de tocarte —exigió antes de dejar caer la boca sobre una de esas cúspides entre sus dedos y lamerla a través de estos—. No dejes de hacerlo mientras te follo. Haz realidad la fantasía de los dos.

Se introdujo hasta la empuñadura de un solo golpe, llevándose tan profundo como le era posible. Ciñó las manos a sus caderas, le levantó las piernas y empezó a bombear en ella con una necesidad devastadora.

—¡Iver! —Gimió saliendo a su encuentro, apretando los pechos, acariciándoselos con los dedos. Sus ojos abiertos a media asta.

—Dámelos, amor, los quiero en mi boca.

Se ahuecó los pechos y se los ofreció, sus ojos prisioneros de los suyos hasta que su boca cayó sobre una de esas sensibles cúspides y la succionó.

La escuchó gritar. Sabía que la succión caliente de su boca, unida a los empujes de su polla tenían que estar volviéndola loca y eso era exactamente lo que quería. La quería desinhibida, dispuesta a él, abierta a su placer, al placer de ambos.

Se amamantó del pezón mientras entraba y salía de su interior, manteniéndola en una postura que la dejaba completamente a su merced, a lo que él quisiera hacer con ella.

—Oh, dios, es demasiado… Iver, es… demasiado…

—Todavía no, amor, todavía no —Negó soltando su pezón solo para inclinarse más arriba y lamerle los labios—. Todavía no es suficiente.

Abandonó su boca y se pegó a su otro pezón, martilleando en ella sin descanso, más y más

fuerte, clavándola contra el sofá.

—La próxima vez quiero hacerlo sin condón —masculló contra su pecho—. ¿Estará bien para ti?

—Sí —jadeó ella y no estaba seguro de si era en respuesta a su pregunta o al placer que la enardecía—. Por Dios, sí. Sí.

—Voy a querer otra vez tu boca en mi polla —gruñó pensando en todo el tiempo que tenían por delante—. Mi boca en tu coño, mis dedos dentro de ti.

—Sí… Sí…

–Rodéame con las piernas, Blaire —gruñó contra su pecho—. Sujétate a mí.

Lo hizo y aprovechó para liberar sus manos y llevárselas a los pechos, apretando sus pezones ahora con los dedos, tirando de ellos y juntándolos para llevarse ambos a los labios y succionar.

—Iver, oh, Iver…

—Dámelo, amor, entrégate a mí completamente, dame todo lo que eres…

Empujó más fuerte en ella, apretándola contra el sofá, mordió con un poco más de fuerza sus pezones y el grito que brotó de la garganta femenina, unido a la férrea presa sobre su polla fue todo lo que necesitó para unirse a ella en el más potente orgasmo de todos.

—Iv… Iv… Oh, dios, Iv…

—Mía —gruñó y aplastó su boca en un fiero y posesivo beso—. Solo mía, Blaire. Solo mía.

—Tuya —gimió en su boca—. Siempre.

Se dejó caer con ella en el sofá, aplastándola momentáneamente con su peso mientras se vaciaba en el condón.

La próxima vez se correría en su interior, la marcaría con su semen y quizá un día, en el futuro, ella le haría el regalo más grande de todos. Pero por el momento, quería a su esposa para él solo, así que se cuidaría, como ya lo había estado haciendo esos últimos días y seguiría tomando ese asqueroso, pero efectivo, brebaje anticonceptivo.

Se arrancó de ella con cuidado, se deshizo del condón y tras dejarlo en una papelera, volvió a ella.

—Y bien, brujita, ¿qué te parece si ahora probamos la cama?

Una perezosa y tierna sonrisa le curvó los labios.

—Solo si esta vez puedo montarte yo a ti.

—Esta bruja mía, siempre imponiendo condiciones —chasqueó comiéndosela ya con la mirada—. Trato hecho.

—Bien —rio ella y esta vez, su sonrisa fue tan sincera que se reflejó en sus ojos.

CAPÍTULO 25

—…y entonces James apareció hecho una sopa, con algas hasta en el pelo y me dedicó tal mirada fulminante que hasta el propio Nessie habría salido corriendo.

Blaire no podía dejar de reír mientras imaginaba la escena que acababa de relatarle su marido. Una de tantas anécdotas que habían estado compartiendo a la luz de la lumbre. Abrigada en una manta y rodeada por sus brazos, con los restos de una caótica cena dispersos sobre la pequeña mesa, descansaba de la maratón de sexo que habían iniciado en el sofá y los había llevado hasta la cama, la pared, alguna encimera que no podía recordar y finalmente la nevera de la cocina, la cual saquearon para recuperar fuerzas.

Por primera vez en su vida se sentía plena, sin sombras que rondasen sus pensamientos, sin arrepentimientos o dudas. Se sentía en paz consigo misma y gran parte de ello se debía al hombre que ahora se llevaba la copa de vino a los labios.

—Por eso es mi primario, porque nadie más soportaría a un *Alto Hechicero* en prácticas como lo era yo en aquel entonces —concluyó antes de darle un sorbo a su bebida—. Le debo mucho más de lo que él sabrá jamás.

—¿Cómo llegó a ser tu Primario? —levantó la cabeza y cogió su copa para darle ella misma un sorbo. El vino estaba frío y sentaba la mar de bien—. Entiendo que se trata de alguna especie de proceso, pero nunca se me ocurrió preguntarlo.

—El *Primario* de un *Alto Hechicero* suele nacer el mismo día en que lo hace ese hechicero, en el mismo momento, de hecho —comentó pensativo—. James y yo nacimos el mismo día y a la misma hora.

—¿Tenéis la misma edad? —Lo cierto es que nunca se había parado a pensar en ello.

—Sí —asintió recuperando la copa de sus dedos para dejarla sobre la mesa—. Aunque ese hombre parece haber hecho un pacto con el diablo en algún momento, porque no envejece ni a tiros. Y mírame, yo ya tengo hasta canas.

—Y te sientan bien —aseguró cepillándole el pelo con los dedos. La verdad es que sí, le sentaban realmente bien, pues le daban un aspecto mucho más interesante y sexy.

—Gracias, esposa.

—De nada, marido.

Él sonrió y se inclinó para besarla en los labios.

—Eres una bruja.

—Eso me han dicho —le guiñó el ojo.

Era increíble como un poco de intimidad y el haberse sincerado con él y consigo misma había conseguido que esta cercanía, que estar así, sentada en su regazo con tan solo su propia camiseta y una manta, la hiciese sentirse cómoda.

—Pues sí. James y yo tenemos la misma edad —continuó—. Nos presentaron oficialmente cuando tenía trece años y mi caudal empezó a hacer cosas raras.

—¿Cosas raras?

—La pubertad es lo que tiene —soltó ufano—. Para un hechicero o incluso para una bruja, es un momento de cambio, dónde se ve si nuestro caudal sigue los parámetros estándares o superan el nivel que te marca como *Alto Hechicero*.

—Pensé que era un título hereditario, tu padre lo fue antes que tú.

—Hay líneas de sangre en las que la magia es más fuerte que en otras, que cuentan con una conexión más íntima con la tierra y por lo tanto, más cercanas a las líneas ley —le explicó—. Puedes nacer dentro de esa línea de sangre, tener unos progenitores que ya han mostrado unas habilidades superiores y sin embargo, no dar la talla.

—Pero tú la diste.

—Yo siempre doy la talla —se burló—. ¿Has tenido alguna queja acaso?

Negó con la cabeza sintiendo como se le encendía la cara.

—Ninguna en absoluto.

—Esa es mi chica —aseguró satisfecho, entonces continuó—. Desde mis primeros años di muestras de poseer un caudal abundante y un poco salvaje, lo cual no hizo más que aumentar con el paso del tiempo. Así que, al llegar la pubertad, se constató que mi linaje seguía los pasos de mis ancestros y acabaría convirtiéndome en el *Alto Hechicero* de Bryson. En mi decimotercer cumpleaños, mis padres trajeron a James para que fuese mi primario tal y como mandan las normas del aquelarre. Crecimos juntos. Al principio no nos soportábamos, Kieran puede darte una idea de las perrerías que le hacíamos al pobre.

—¿En serio? —No podía imaginarse a Iver haciéndole canalladas a otra persona. Siempre había sido un hombre correcto, cabal y con un gran sentido de la propiedad.

—En serio —asintió y se llevó un dedo a la cara—. No sé si te habrás fijado, pero James tiene una cicatriz justo aquí. Se la hice yo con mi poder. Un acto irreflexivo de un chiquillo y que casi le cuesta el ojo a mi amigo. —Negó con la cabeza—. Aún hoy sigo pidiéndole perdón por aquello y él continua recordándome que gracias a eso conseguimos llegar a entendernos. Y lo hicimos, desde ese momento, James, Kieran y yo nos hicimos inseparables. Y por supuesto, cuando Kieran se marchó a seguir su camino, me quedó James.

—Me alegra que haya estado a tu lado —admitió pues nadie mejor que ella sabía lo que

era quedarse sola después de que aquellos a los que querías te fuesen abandonando para seguir sus propios caminos.

—Y yo que Kieran se haya quedado al tuyo —asintió él en respuesta—. No debiste crecer lejos de aquí, tendría que haber encontrado la manera de…

Le cubrió los labios con los dedos para silenciarlo.

—Las cosas suceden por algo, siempre lo he creído así —aseguró y era verdad—. Me lo dijiste tú. No puedes vivir para siempre mirando hacia el pasado. Así que aplícate el cuento. Si yo puedo aprender a dejar atrás todo eso, tú también.

—Mi valiente y preciosa bruja.

—Esa sería yo, sí.

—Y nada modesta, además.

—La culpa es tuya —le soltó—. No haces más que repetirme lo maravillosa que soy.

—También es verdad.

Se rio. Algo que no había hecho en mucho tiempo y que ahora sin embargo le salía de manera natural.

Volvió a recostarse contra él y miró por la ventana. La luz ya se había extinguido por completo, la noche había caído y la lluvia se había asentado sobre el lago, tiñendo de gotas ahora el cristal.

—Ojalá pudiésemos quedarnos aquí, así, justo como estamos ahora.

—Tenemos todo el fin de semana por delante para hacer exactamente eso. —La besó contra el cuello—. Aunque me temo que tendremos que sacrificar un par de horas cada día para que puedas practicar tu magia.

Echó la cabeza hacia atrás.

—¿Vas a decirme que no me trajiste aquí para declararte, follarme y hacerme mimitos?

Él estalló en carcajadas.

—Dios, sí —admitió risueño—. Aunque hablaba en serio cuando te dije que íbamos a ver cuál era la conexión que tenías con la tierra. Tu magia es volátil, amor, responde a tus emociones y dado el escaso control que tienes sobre ellas…

—¿Me estás llamando emocional?

—Sientes todo a un nivel muy profundo, Blaire —se encogió de hombros—. Y el caudal responde a eso. Incluso durante el sexo.

—Uy. Eso me lo he perdido.

—El caso es… —continuó aguantando a duras penas la risa—, que necesitas controlar en la medida de lo posible tu poder a fin de presentarte ante el aquelarre como la nueva bruja de Bryson en la fiesta que daremos.

—El Baile de la Bruja.

—Sí. —Corroboró sus palabras con un gesto de la cabeza—. Y después de la visita que he tenido esta mañana, no quiero tener que hacer gilipollas a la parrilla si puedo evitarlo. Más aún ahora. Estoy demasiado sensible con respecto a ti.

—¿Tú? ¿Sensible? —No podía abrir más los ojos o se le caerían de las cuencas—. ¿Perdona?

—Es una manera de hablar. —Desechó el comentario con un gesto de la mano—. *Volátil* sería quizá una acepción más acertada.

—Eso ya encaja mejor, sí, *señor sensible*.

—Si algún miembro del aquelarre vuelve a insultarte de la manera en que ya lo han hecho…

—Iver, me encantan los cardos.

—No cuela —replicó entrecerrando los ojos.

—Vale. No sería una flor que enviaría a alguien para darle la bienvenida, pero no me negarás que una vez los arreglé ha quedado un ramo precioso —replicó intentando quitarle hierro al asunto—. Y sí. De verdad. Me gustan los cardos. Es una flor fuerte, capaz de resistirlo todo, capaz de crecer y florecer en una tierra agreste y salvaje como es Escocia. Te parecerá una tontería, pero cuando los vi pensé en mí, en quién soy.

—Me gusta escucharte hablar de esa manera sobre ti misma —admitió él—. Porque lo eres, Blaire. Eres una mujer fuerte, capaz de crecer y mantenerte en pie ante la adversidad. Eres mi alma gemela, la única para mí.

—Y siempre con las palabras perfectas en la punta de la lengua —chasqueó ella un poco sonrojada—. No sé cómo demonios te las arreglas.

—Me inspiras.

—Anda ya.

Se rio entre dientes.

—O nos amamos o nos tiramos los trastos a la cabeza. —Se encogió de hombros—. Entre tú y yo jamás habrá término medio, amor.

Sí. Tenía que admitir que en eso tenía razón.

—Entonces, ¿has tenido visita esta mañana en la oficina?

—Uno de los consejeros y Duncan McNully —repuso con un mohín—. Es uno de los patriarcas del aquelarre. Su hija era una de las mujeres que estaban en el salón el día en que te escogí a ti.

—Entiendo —aceptó. Se trataba de uno de los firmantes de ese particular envío de flores.

Él se volvió hacia ella y negó con la cabeza.

—Esperaba que el consejo hiciese algún movimiento parecido, de hecho, me sorprendería lo contrario, pero lo que hizo el patriarcado de hechicería es un insulto que no puede dejarse

pasar.

—Iver, no es necesario…

—Sí lo es, Blaire. —Suspiró en respuesta—. Esto no es solo por ti. Al rechazarte, el patriarcado rechaza también mi poder, mi título y lo que soy. Uno de los pilares del coven. Lo último que deseo es que haya un conflicto interno derivado por mis propias elecciones. Pero tampoco voy a cambiar lo que he hecho, ni disculparme por ello, pues nada podría haber resultado mejor para mí. Tengo a la mujer a la que amo a mi lado.

La quería. Por encima del aquelarre, de su título, de la magia, por encima de todo Iver la pondría a ella. Siempre.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer? —Se volvió, poniéndose de rodillas sobre el sofá a fin de poder mirarle a la cara—. Soy tan responsable de esto como tú. Así que, comparte conmigo esa responsabilidad.

Sonrió de soslayo y le acarició la mejilla con los dedos.

—No tienes que hacer nada más de lo que ya has hecho ya, brujita —le aseguró—. Solo necesitas ser tú durante el resto de nuestras vidas. Eso será más que suficiente para mí y para cualquiera que quiera tener tratos con nosotros.

—Eso y vestirme con pompa y ceremonia, lo que incluye joyas, altanería y una profunda dosis de ironía por mi parte para el *Baile de la Bruja*, ¿no? —repitió cada una de las palabras que le había dedicado James Avery días atrás.

—Exactamente. —Sonrió con ese gesto travieso que le aportaba un aire juvenil a su rostro —. La consorte perfecta para un arrogante *Alto Hechicero* como yo.

—Oh, sí que eres arrogante.

—Un poquito.

—Algo más que un poquito, pero no te preocupes, Iver, te pega —aseguró volviendo a sus brazos—. Bien. Entonces tendré que buscar un vestido lo bastante extravagante para el evento y que no me cueste un riñón.

—Yo me ocupo de eso —sentenció al tiempo que le cogía la mano y le rozaba el tatuaje de la alianza con el dedo—. Y de las joyas. Todavía no te he dado tu anillo.

—¿Te parece poco el que ya llevo? —movió los dedos entre los de él.

—Ese siempre será mi favorito, pero como la nueva dama de *Braid Manor*, te corresponden las joyas de la familia y entre ellas está el anillo de compromiso de la primera bruja —explicó—. Es una antigualla enorme e incómoda, según mi madre, pero ideal para recordarle a cualquier «inepto», palabras suyas, no mías, quién es la señora de la casa.

—Me cae bien tu madre. —Se rio, aunque lo cierto era que sí le gustaba Elisabeth Bryson. Si bien no había tenido oportunidad de tratarla en profundidad, su cálida bienvenida y el rato que le había dedicado la dejó con ganas de saber más sobre la mujer que había traído al mundo al

hombre que amaba.

—Tú también le has gustado a ella —asintió con la cabeza—. Según mi querida madre, me he convertido en el *Alto Hechicero* más inteligente de toda la estirpe Bryson al escogerte a ti por encima de cualquier bruja.

—¿Le explicaste que estabas borracho y decidiste dejar tu futuro en manos de la diosa fortuna?

—Sí, no tengo secretos para con ella —declaró divertido—. Es difícil ocultarle algo a esa mujer. Tiene dotes detectivescas sobrenaturales. Te lo juro.

—Estoy segura —replicó con goteante ironía.

—Oh, lo descubrirás tú misma con el tiempo, ya lo verás —chasqueó su marido introduciendo un dedo por el cuello de su camiseta para acercarla de nuevo a él—. Pero hasta ese momento, prefiero que sigas descubriéndome a mí.

—Sin duda será mucho más interesante —admitió cediendo a su tirón para caer sobre él—. Pero tenemos que concretar lo del baile.

—En otro momento… —suspiró hundiendo la nariz en su cuello y empezando a prodigarle pequeños besos.

—Iver… —protestó, pero ni siquiera con demasiadas ganas.

—Cuando volvamos a casa, Blaire —le mordisqueó la piel haciéndola estremecer—. Aquí solo quiero que hablemos de nosotros dos. O mejor aún. No hablemos, hagamos algo más entretenido y placentero, algo como esto…

Y esto resultó ser su boca sobre la de ella, enlazándose con su lengua y borrando de su mente cualquier pensamiento que no fuese el de su marido haciéndole el amor.

CAPÍTULO 26

—Bien. Otra vez.

—¿Otra? ¿En serio? ¿Quieres acabar conmigo o qué?

—Mueve el culo, bruja —le dijo sin molestarse en volverse hacia ella, pues sabía que de hacerlo claudicaría, mandaría las lecciones a la mierda y se la llevaría a un maldito rincón para poder hundirse de nuevo en ella—. De nuevo. Desde el principio.

—De verdad, Iv, te prefiero cuando estás sin ropa y gimiendo —rezongó ella en lo que suponía pretendía ser un pensamiento para sí misma—. Al menos cuando tengo tu polla en la boca no eres tan mandón.

—Te he oído —anunció levantando el dedo a modo de indicación.

—Bien, porque es verdad —repuso ella un instante antes de oír de nuevo el chapoteo en el agua—. Si sigo más tiempo aquí dentro, me caerán los pies a cachitos. La puñetera agua está jodidamente fría.

Se volvió a mirar por encima del hombro y asintió al ver que se había colocado de nuevo en la posición que le había indicado. Con los pies hundidos en el pedregoso fondo de la orilla, el pelo suelto e indomable moviéndose al compás del viento y los brazos un poco separados del cuerpo, con las palmas hacia abajo, se había convertido en una preciosa *selkie* que o bien salía o decidía volver de nuevo al mar.

—Concéntrate —la aleccionó una vez más—. Vacía tu mente y escucha el torrente dentro de ti. Ya sabes cómo alcanzarlo y darle forma, así que úsalo.

—Mandón —la escuchó farfullar un segundo antes de sentir el tirón de su magia saliendo a la superficie, amoldándose con docilidad a su ama, adquiriendo la forma que ella deseaba darle, la de pequeños hilos que escapaban de sus dedos y se hundían en el suelo.

—Escúchalo, Blaire —caminó hacia ella manteniéndose en todo momento fuera del agua —, apaga todo lo demás y escucha.

—Lo haré cuando dejes de hablar, capullo —masculló su esposa sin perder la concentración, pero sin sumergirse como debería en la conexión que estaba creando con la tierra.

Optó por guardar silencio y se limitó a contemplarla, comprobando cada uno de esos hilos, sintiendo como se iban hundiendo más y más. La suave brisa empezó a soplar un poco más fuerte, el agua alrededor de los pies femeninos empezó a crear olas más largas empujadas por el

suave viento.

Sintió el cambio bajo sus propios pies, el tirón de su propio caudal llamado poderosamente hacia la tierra. Se resistió y se mantuvo firme, los ojos puestos en su esposa, quién parecía ahora rodeada por una crepitante energía estática.

—Eso es, amor, eso es… —musitó para sí mismo—. Ve más allá, sigue su canción, deja que te susurre al oído.

Dio un paso adelante y se detuvo justo al borde mismo del agua, la cual había empezado a adquirir un líquido tono plateado alrededor de su chica, como si la luz del sol crease ahora diminutos diamantes sobre el lago.

Iver sintió el instante preciso en el que se produjo la más profunda de las conexiones, la tierra vibró una vez más a sus pies, llamándole a su presencia. Sintió su aroma procedente de todos los rincones de Escocia, el rumor de todos y cada uno de los seres vivos que la habitaban, escuchó su latido, un sordo *tam-tam* que reguló el de su propio corazón hasta que ambos golpearon en la misma frecuencia. Notó su caricia reconociéndole como a uno de sus hijos, oyó su voz como la sinfonía de miles y miles de abejas zumbándole en los oídos, pronunciando su nombre.

«Hola, madre». Formó las palabras en su mente y las envolvió con su propio poder. *«Ella es parte de mí y yo soy parte de ella. Es mi otra mitad»*.

El zumbido creció como si el enjambre se hubiese enfadado, pero solo encontró paz y una calidez que lo envolvía con el mimo que solo había sentido procedente de los arcanos a los que se conectaba; aceptación.

Dejó que la conexión se desvaneciese y el arcano siguiese su camino y volvió a concentrarse en su mujer.

—Blaire…

El nombre se le escapó de entre los labios al verla totalmente envuelta por aquel brillo plateado, su pelo ondeaba como lo haría si estuviese sumergido bajo el agua, el viento tironeaba de su ropa con una lentitud imposible, casi como si el tiempo estuviese circulando mucho más despacio. Mantenía los ojos cerrados y había una serenidad absoluta en su rostro, sus manos seguían enfocadas contra la superficie del lago y este parecía mantener una comunión absoluta con ella.

—Así que esta eres tú de verdad… —musitó sin dejar de maravillarse con la mística imagen que tenía ante sí—. Mi pequeña y dulce hechicera.

Como si escuchase su voz, las pesadas pestañas se agitaron y los párpados se levantaron dejando a la vista unos ojos verdes que brillaban como una explosión de diminutas estrellas. El caudal de magia se reflejaba en ellos diciéndole a cualquiera que la viese en esos momentos que ella era mucho más que una bruja, mucho más que la hija de un aquelarre; era su *Alta Hechicera*.

—Ella… Su voz… es dulce, cálida y huele… huele a hogar.

Asintió en muda respuesta.

—Quiere que me quede —murmuró, su voz poseía un borde de poder absoluto—. Dice que este es mi lugar.

—Este es tu lugar, amor mío, siempre lo ha sido —admitió consiguiendo encontrar de nuevo su voz, aún si tenía un poco de ronquera.

—¿Quién es ella?

—Es la vida, la naturaleza, los valles y los lagos. Es Escocia en sí misma, el arcano que rige la magia de estas tierras ancestrales —explicó avanzando ahora hacia ella sin molestarse en permanecer en la orilla—. Yo la llamo *Madre*.

—Madre. —La vio paladear la palabra, entonces asintió y se volvió hacia el interior del lago, mirando más allá—. Gracias por tu regalo, *Madre*.

Una suave y aromática brisa con distintos aromas se elevó envolviéndoles y ese conocido zumbido volvió a acariciarle los oídos.

—¿Abejas? —Blaire arrugó la nariz y miró a su alrededor.

—Es su manera de decir *«de nada»*.

Ese brillo plateado que envolvía a su esposa empezó a remitir, pero sus ojos siguieron conservando ese nuevo tono estrellado, aunque mucho más sutil que al principio.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó llevando la mano sobre su brazo.

—No siento los pies —mencionó bajando la mirada a estos—, y me pesa un montón todo el cuerpo. Lo cual no es extraño, ya que llevo utilizando el caudal toda la maldita tarde…

—Soy culpable —admitió apartándole ahora un mechón de pelo del rostro—, pero te compensaré por ello.

Ella ladeó la cabeza y lo miró.

—Yo estoy bien, pero el que está raro eres tú —admitió examinando su rostro—. ¿Qué pasa? ¿Me han salido cuernos? ¿Alas? —Se llevó las manos a la cabeza e incluso se giró para mirar su espalda—. No. Ninguna de las dos cosas. Así que, ¿qué pasa?

—No tienes ni idea —aceptó. Por supuesto que no podía tenerla, ella no podía saber lo que acababa de pasar.

—Si la tuviese no estaría preguntando, ¿no te parece? —repuso llevándose las manos a las caderas. Entonces hizo una mueca y empezó a caminar—. Mejor me lo explicas ahí fuera, porque si sigo aquí voy a perder un pie y da la casualidad de que llevan conmigo mucho tiempo y no tienen repuesto.

Ahogó una risita y salió tras ella, dándose cuenta con cada paso que se había encharcado el calzado.

—¿Y bien? —preguntó volviéndose hacia él—. ¿Qué pasa?

—Que te quiero, que soy el hombre más afortunado del mundo al tenerte —aseguró nada más estar delante de ella—. Y Madre no solo te ha dado la bienvenida como a una de sus hijas, sino que además ha bendecido nuestra unión.

—¿Cómo ha…? —Las palabras se le quebraron cuando levantó la mano y vio el tatuaje en su dedo anular. Ya no era oscuro, ahora era de un intenso color plateado ribeteado del más profundo de los verdes. Y en la mano de Blaire estaba su gemelo, con los mismos tonos—. ¡Hostia!

—Una buena forma de expresarlo.

—Es precioso —musitó mirándose su propio dedo, girando la mano para ver el patrón exacto de lo que parecía una cenefa de nudos celtas—. ¿Y dices que esta es su manera de decir *«yo también os declaro marido y mujer»?*

—Es más que eso, amor mío —aseguró cogiéndole el rostro entre las manos—, es su forma de decirle al mundo que eres una de sus hijas, una de sus brujas y mi *Alta Hechicera*.

—Espera. Rebobina. ¿*Alta Hechicera*? —Su expresión era un poema—. ¿Cómo que *Alta Hechicera*? Eso no existe, ¿no? Quiero decir, la esposa o consorte de un *Alto Hechicero* es una bruja.

—Suele serlo —asintió. Esa era la designación que recibía su esposa o la de cualquier otro *Alto Hechicero*—. Pero los Arcanos también tienen el poder y la libre elección de bendecir o no un vínculo de matrimonio. Cuando lo hacen, nuestras alianzas cambian al típico tono dorado o plateado de las alianzas matrimoniales.

Ella levantó la mano.

—Inténtalo de nuevo.

—Pero… —le cogió la mano y le ciñó los dedos—, si el arcano ve que el vínculo entre los desposados une a dos mitades en un todo, en una sola alma, equilibrará la balanza de sus caudales convirtiéndolos en un círculo infinito. Es decir, que mi poder es tuyo y el tuyo es mío, así que como yo soy un *Alto Hechicero* de nacimiento, tú pasas a ser mi otra mitad en equilibrio, mi *Alta Hechicera*.

—Vale. Tengo que sentarme.

Blaire se dejó caer en el suelo, cruzó las piernas y respiró profundamente.

Su cansancio era obvio lo cual no le sorprendía ya que había usado una buena parte de su caudal en las prácticas de esa tarde. La conexión con el arcano, por otro lado, también se había cobrado su buena parte de poder. Ahora mismo su esposa no podría ni explotar una bombillita.

—Entonces, ¿esto es bueno o malo? —preguntó ahora levantando la cabeza para encontrarse con su mirada.

—¿Ser mi otra mitad te parece malo?

Negó con la cabeza.

—Claro que no —admitió ella y la suavidad en su voz denotaba no solo su cansancio, sino también la cercanía que habían gestado esos días en la cabaña—. Ser tu otra mitad es lo que siempre he deseado ser.

—Y es lo que eres, lo que siempre has sido —aseguró arrodillándose delante de ella para quedar a una altura similar—. Considéralo como una nueva ceremonia de matrimonio. Una en la que te han hecho un bonito regalo que hace que tu marido, esté si cabe, aún más orgulloso de la preciosa y maravillosa mujer que tiene a su lado.

—Y ya van dos —chasqueó y sacudió la cabeza—. Menos mal que ya no hace falta que te hagan la pregunta…

Iver enarcó una ceja ante su comentario, pero ella continuó.

—No importa. Me gusta este nuevo anillo —aseguró levantando la mano para mirar el nuevo tatuaje antes de levantar la cabeza y encontrarse de nuevo con su mirada—. ¿Lo celebramos?

—Ahora que lo pienso, no tuvimos nuestra noche de bodas, ¿no?

—Um, ¿cómo llamarías a estos dos últimos días?

—¿Una deliciosa luna de miel?

—¿Desde cuándo la luna de miel va a antes que la noche de bodas? —le soltó con goteante sarcasmo.

—¿Desde que tú y yo somos los novios?

—También es verdad —aceptó poniendo ambas manos en las de él—. No puede decirse que hayamos hecho nada convencional, empezando por el momento de casarnos.

—Hay pocas cosas convencionales en la vida de un hechicero, cariño mío —se rio, cerró los dedos sobre los de ella y se levantó arrastrándola tras él—. Lo irás descubriendo poco a poco.

—Dios, estoy helada —mencionó ella estremeciéndose—. Ese maldito lago es como un témpano de hielo.

—Te has drenado por completo —le informó atrapándola entre sus brazos para darle calor —. Cansada, helada, hambrienta… Serían síntomas de lo más normales en este caso.

—Um… Sí, tienes razón, tengo hambre —admitió acurrucándose contra él—, aunque no de comida. ¿Eso también es un síntoma?

—Ese es el principal y más importante de todos, brujita, así que vamos a ponerle remedio ahora mismo —replicó entre risas, buscando su rostro para apoderarse de su boca—. ¿Qué te parece si nos quedamos delante de la estufa?

—¿Desnudos?

—Desnudos.

—Ya me has conquistado.

—Lo sé —gimió bajando sus labios sobre los de ella a fin de seguir con su conquista, una

que lo llevaría a saquear cada parte de ese voluptuoso cuerpo.

CAPÍTULO 27

—Se acabó el andar zanganeando por ahí, señores míos, es hora de ponerse a trabajar.

Blaire levantó la cabeza del iPad y miró al recién llegado. James cruzó el umbral del salón de desayuno con una caja bajo el brazo y un par de folios en las manos. No dudó ni un segundo en dejar la primera frente a su plato y las hojas encima del periódico que estaba leyendo Iver.

—La lista de invitados y las invitaciones —señaló cada una de las cosas y a ellos—. Si queréis organizar el baile en dos semanas, será mejor que espabiléis.

—Gracias —replicó su marido cambiando el periódico por la lista que acababa de recibir. Su expresión era impertérrita mientras revisaba los nombres, apenas notó un par de sutiles cambios que le decían que no estaba del todo conforme—. Si fuese por mí reduciría esto a la mitad…

—No puedes —replicó su *Primario* antes de plantarse a su lado, coger uno de los sobres y sacar de su interior una tarjeta en un bonito papel antiguo con unas pulcras letras que invitaban a un baile en *Braid Manor*—. Supuse que no querrías volver a escribir algo tan educativo como lo que pusiste en tu nota de agradecimiento. Solo tendrás que firmar cada una de ellas y poner un nombre de esa lista en los sobres.

—¿Y no podemos enviarles un correo electrónico a todos y ya está?

—A pesar de que haría mi vida mucho más fácil, querida, la respuesta es no. Estas cosas hay que hacerlas a la vieja usanza —aseguró levantando la cabeza para mirar a su amigo—. Todos y cada uno de los individuos de esa lista son las personas más influyentes y relevantes del aquelarre. Si dejas a cualquiera de ellos fuera, por muy mal que te caigan, tendrás que dar más explicaciones de las que ya hay sobre la mesa.

Echó un vistazo al tatuaje que le cubría el dedo y sonrió de soslayo, lo que provocó un cambio inmediato en su rostro.

—Y no veo la hora de ver cómo comunicáis al coven este nuevo giro de los acontecimientos —aseguró tan excitado como divertido—. Alguno se va a quedar con un palmo de narices, uno así de grande. Dios. Como os quiero.

El hombre había sabido que algo raro estaba pasando en el mismo momento en que ambos habían vuelto a la mansión. Y no era por las miradas cómplices, ni la incapacidad de Iver para mantener las manos apartadas de ella delante de la gente.

«¡Hostia puta, hermano!».

Intentó contener la sonrisa que le curvaba los labios al recordar el exabrupto del primario en cuanto vio el nuevo tatuaje en el dedo anular de su amigo. James casi se había quedado con la mano de Iver mientras examinaba lo que parecía ser una confirmación irrefutable para él.

«Por favor. Dime que tienes uno exactamente igual en tu dedo». Se había girado hacia ella como un resorte, con los ojos abiertos de par en par y una inesperada ansiedad en ellos. Blaire se había limitado entonces a enseñar su mano con una mueca y entonces la locura había consumido al hombre.

Jamás, en todo el tiempo que conocía a James, le había visto tan eufórico como cuando abrazó a Iver y luego a ella. Llegó incluso a pensar que al pobre le había dado algo, pero la sonrisa perezosa en los labios de su marido y su falta de preocupación calmó la suya.

«¡Chúpate esa, destino!». Había gritado el Primario estallando en carcajadas. *«¡Una Alta Hechicera en Bryson y yo sigo vivo para verlo!»*.

La noticia no había tardado mucho en extenderse por toda la mansión, era imposible que no lo hiciera cuando a ese hombre parecía haberle dado un ataque de alguna clase.

—Iver, quiero de vuelta al viejo James, este da miedo —apuntó ella en voz baja, inclinándose hacia el hechicero, aunque sin sacar la mirada del *Primario*.

—Ignóralo, amor, en un par de días se le habrá pasado el subidón.

—Eso no te lo crees ni tú —aseguró el aludido con su habitual seriedad—. Cuando estén las invitaciones, déjalas en la mesa. Me encargaré de enviarlas.

—Vaaaale —mencionó arrastrando las palabras.

—Solo tendrás que escribir unos cuantos nombres, no te morirás —replicó él al tiempo que se inclinaba para ver el contenido de la pantalla—. ¿Estás creando una página web?

Sus manos volaron sobre la pantalla y se inclinó hacia delante impidiendo que viese nada más.

—Nuestra chica tiene un talento inesperado para la ilustración y el diseño —señaló su marido con un golpe de barbilla en su dirección—. Dado que la búsqueda de empleo está resultándole un pelín infructuosa…

—No empieces —lo fulminó con la mirada.

—…pensó en la idea de iniciar una empresa por su cuenta.

—No es una empresa, son servicios freelance —lo corrigió como ya había hecho la noche anterior, mientras le contaba su idea mientras descansaban de una satisfactoria ronda sexual en su cama—. Y solo mientras no encuentre algo mejor…

—Sabes que tu marido tiene una cartera abultada, una cuenta del banco todavía más abultada y una empresa lo bastante boyante como para que puedas quedarte aquí viendo la tele, ¿no?

—No me importa.

—Jesús. —Se llevó la mano al corazón—. No me acostumbro a que una mujer diga esas cosas.

—No te canses, James, ya lo intenté y no quiere —admitió Iver dejando los papeles a un lado—. Y la respeto por ello. Está acostumbrada a trabajar, disfruta haciéndolo y no voy a ser yo quién se lo prohíba.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, es tu elección, Blaire.

Lo sabía, pero saber que él la apoyaba la hacía sentirse bien. Querida.

—Es un proyecto que está en pañales, ni siquiera sé si será viable —admitió apartando las manos de la pantalla—, pero es mejor que estar aquí sentada viendo como llueve, como sale el sol, luego vuelve a llover, baja la niebla…

—Ya lo he pillado —repuso James poniendo los ojos en blanco—. Bien. Si necesitas ayuda con la creación de la página, dímelo.

Lo miró de soslayo.

—Aunque no lo parezca, soy el informático de esta familia —replicó y señaló a Iver—. Él no es capaz ni de configurar su teléfono.

—Triste, pero cierto —admitió el aludido levantando dicho aparato.

—Me lo pensaré —aceptó sin comprometerse a nada.

Él se limitó a asentir en respuesta y se volvió de nuevo a su amigo.

—Las joyas de la familia ya están en tu caja fuerte de la biblioteca —le informó—. Supongo que quieres enseñárselas a tu esposa.

—Quiero hacer más que enseñárselas. Ahora le pertenecen —aseguró echándose hacia atrás, para recostarse en el respaldo y añadir con gesto burlón—. A mí no me quedan bien, qué quieres que te diga.

—El verde no hace juego con tus ojos, una lástima.

—Pero los zafiros los diamantes sí y hay un precioso collar que estoy deseando ver sobre ella —murmuró y su tono cambió completamente. Sus ojos estaban ahora sobre su escote, el cual asomaba por encima de la camiseta de tiras que llevaba debajo de la sudadera abierta—. Sin nada más…

—Podía vivir sin esa información, gracias —replicó su amigo poniendo los ojos en blanco —. Eleanor quiere que os paséis por la cocina para hablar del menú del baile. Necesitará un equipo de cocina completo para poder darle salida.

—Lo tendrá —resolvió Iver con sencillez—. Pero no será ella la que cocine.

—¿Perdona? —Tanto James como ella se volvieron ante la inesperada respuesta de su marido.

—Eleanor, Kieran, Harold y Agatha serán invitados de honor en el Baile de la Bruja —anunció dejándola sin palabras—. Son tu familia —dijo volviéndose ahora hacia ella. Cogió su mano de encima de la mesa y se la llevó a los labios—, y por lo tanto mía también. De hecho, lo han sido siempre.

—Estoy deseando ver como convences a Eleanor para dejar sus dominios, hermano —aseguró James haciéndose eco de sus propias palabras.

—Amén a eso —asintió ella—. Espero que seas tú el que se lo comunique a cada uno de ellos, porque si lo hago yo, me mandarán a galeras.

—Lo haremos juntos, así no podrán decirnos que no.

—Buena suerte con eso.

—Deberías decírselo ya a Kieran antes de que salga de nuevo de viaje —sugirió James—. Mencionó que tenía intención de irse a los Estados Unidos para alguna transacción.

Sí, su primo había mencionado algo hacía un par de días. Había decidido volver a Budapest, pero le prometió estar a un telefonazo de distancia por si le necesitaba. Kieran había sonreído como el gato que se había zampado toda la crema cuando los encontró besuqueándose en un rincón.

«Ya era hora». Había silbado pillándolos infraganti. *«Bueno. Ahora que ya está todo arreglado, me vuelvo a casa. Os dejo a ambos en buenas manos»*.

Su familia al completo parecía mucho más tranquila e incluso feliz al verlos a ambos juntos de aquella manera. Su tía a menudo lanzaba alguna pullita indiscreta y luego se reía, pero no le había vuelto a preguntar por el pasado. Por otro lado, su madre había optado por ser mucho más discreta, pero ni siquiera ella podía ocultar la satisfacción que le brillaba en los labios cuando los veía juntos y escuchaba la palabra *«amor»* de labios de su marido.

—Le llamaré desde la oficina —mencionó echando un vistazo al reloj y haciendo una mueca al momento—. Tengo que hablar con Lauren para ver cómo están las cosas en el coven.

—¿Se lo dirás? —James señaló su propio dedo anular totalmente liso.

—Como si pudiese ocultárselo —resopló levantándose. Se inclinó sobre ella y le cogió la barbilla—. ¿Seguro que no quieres venir conmigo y hacerme compañía?

—Dudo que hicieras algo parecido a trabajar si te acompañase.

—*Touchée* —admitió y bajó sobre su boca para darle un largo y húmedo beso.

—Por Dios, que hay solteros presentes —repuso James mirando hacia otro lado.

—Cuando quieras te organizo una reunión de candidatas, hermano —replicó su marido mirándole de soslayo—. Pero no lo eches a suertes, por favor.

—La madre que te parió.

—La adoras y lo sabes —se burló Iver incorporándose—. Y eso me recuerda que también tengo que llamarla a ella y a mi padre. Imagino que querrán estar presentes.

—Ellos aparecerían incluso sin invitación —chasqueó su amigo.

—Tú lo sabes, yo lo sé, ahora mi esposa también, pero mejor que no lo averigüe nadie más —repuso dando un paso atrás—. Cariño, si tienes alguna duda con respecto a la organización del baile, James es tu hombre. Para todo lo demás, ya sabes dónde estoy. Te quiero. Nos vemos después.

Apenas tuvo el tiempo suficiente de levantar la mano para decir adiós cuando su hechicero se esfumó en el aire.

—Y ese es Iver cuando tiene mil cosas en la cabeza y solo es capaz de pensar con la polla.

«Te he oído, capullo».

La voz de su marido sonó como si estuviese lejos antes de que todo se quedase en silencio.

—Sabía que lo haría —asintió James y parecía bastante satisfecho por ello.

Se le escapó una risita, no pudo evitarlo.

—¿Siempre habéis tenido esta clase de relación?

Él asintió y ocupó una silla vacía a su lado.

—Siempre —admitió—, aunque de un tiempo a esta parte haya estado mucho más serio y distante. Es difícil intentar ayudar a tu amigo cuando no hay mucho que puedas hacer por él.

—Te refieres a cuando superó el techo de su caudal.

—Sí —asintió y se la quedó mirando unos segundos en silencio—. Lleva toda la vida enamorado de ti. Desde que eras una niña…

—Lo sé. Me lo explicó.

—Y tú de él, por lo que veo.

—¿Es tan evidente?

—Solo para quién sabe qué buscar. —Se encogió de hombros—. Me alegro de que os hayáis vuelto a encontrar, aun en estas circunstancias. Hacía mucho tiempo que no veía a mi hermano tan feliz como cuando está contigo. Gracias.

Sacudió la cabeza y bajo la mirada. No sabía que decir a aquello.

—Y ya dejo de incomodarte —añadió de buen humor. Dejó el asiento y lo colocó bien—. Si necesitas cualquier cosa, solo búscame. Estaré en la biblioteca.

—Vale.

—¿Y Blaire? —Se volvió hacia ella cuando casi estaba en la puerta—. Sigue adelante con ese proyecto, las ilustraciones son impresionantes. Y si ese es el vestido que quieres para el baile…

Ella bajó la mirada sobre la mesa y se dio cuenta de que una de las pantallas se había abierto por completo y mostraba el diseño de un vestido; un vestido de novia.

Negó con la cabeza y se volvió hacia él.

—No me vestiré de novia para el *Baile de la Bruja*. —Hizo una mueca y añadió en voz

baja—. Dudo que vuelva a vestirme así algún día.

—Tienes razón, cariño, el blanco no es tu color —declaró mirándola de la cabeza a los pies —. Te mereces algo mucho más especial y que proclame a los cuatro vientos la preciosa hechicera escocesa que eres.

Dicho eso, dio media vuelta y salió por la puerta dejándola un poco confundida con sus palabras.

—Vale. Eso ha sido raro, raro, raro.

CAPÍTULO 28

Se le hacía tan raro encontrar sus cosas junto a las de Iver, pensó mientras colocaba unas piezas de ropa interior en uno de los cajones de la cómoda. Aquel era el cuarto de su marido, una habitación idéntica a la que había al otro lado del vestidor, con la única diferencia de los colores elegidos para el mobiliario y las paredes.

Las palabras del hechicero todavía resonaban en su cabeza casi una semana después de que se hubiese mudado a su dormitorio; el de ambos, precisó.

«¿A dónde te piensas que vas?».

«A mi dormitorio». Había señalado ella con total sinceridad, indicando la puerta por la que accedía a su habitación.

Él había chasqueado la lengua, cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia el lado contrario.

«Me niego a dormir lejos de ti». Le dijo con practicidad. *«Ya has podido constatar que no ronco, así que a partir de este momento, nuestro dormitorio está por aquí»*.

Y ese fue el final de la discusión. Un dormitorio común, una sola cama y un vestidor lo bastante grande como para perderse. Su ala podía utilizarla como estudio si quería, le había dicho, pero sus noches le pertenecían a él.

La masculina habitación había empezado a cambiar paulatinamente. Una foto aquí, unas flores allí, unos colgantes allá contribuían a darle un toque menos rudo, dejando claro que ahora había una mujer en aquel lugar.

No dejaba de resultar curioso como el convivir con él le resultaba algo tan nuevo, mientras que haber vivido varios años con Steven lo recordaba como algo normal.

Steven. Empezaba a poder pensar en él, en cómo había sido su vida antes de volver a *Braid Manor* sin sentir que se ahogaba, sin desear cerrar rápidamente la puerta a sus recuerdos. Y cuando alguno de esos recuerdos salían a la luz, se encontraba comparándolos con el aquí y el ahora.

Se había conformado. Su vida hasta este momento había sido tan solo conformismo. Blaire empezaba a darse cuenta de que los últimos años de su relación habían sido muy mecánicos, los de una mujer que estaba cómoda con tener una casa, una pareja y un trabajo. No había magia, ni situaciones inesperadas. No había un «nos vamos» sin conocer el destino. Todo era milimétrico,

planeado de antemano, sin sobresaltos porque así es como era su prometido.

Aceptó salir con él porque se lo presentaron sus compañeros de trabajo y le pareció un hombre agradable, además de atractivo. Con el paso del tiempo llegaron a conocerse bien y se sintió lo bastante cómoda a su lado como para desear dar el siguiente paso e irse a vivir con él. La novedad de vivir en pareja se convirtió en rutina, de esa rutina surgió el *«siguiente paso»* dentro de una relación y se plantearon el matrimonio. A fin de cuentas era lo que todo el mundo esperaba, lo que el círculo de gente al que llamaba amigos y en el que se movía preguntaba una y otra vez. Y entonces sucedió aquello y la burbuja de *normalidad* se quebró de tal manera que su estructura y cotidiana vida acabó hecha pedazos.

Se había conformado porque se convenció a sí misma de que sus sueños de juventud jamás volverían, que el hombre que quería ni siquiera la miraba de forma especial, que habría hecho su vida lejos de dónde se encontraba ella en esos momentos y sus caminos nunca volverían a cruzarse.

Una nueva equivocación, que resultó al mismo tiempo ser una nueva oportunidad para recuperar lo que creía perdido.

Y pensar que él la había esperado todo ese tiempo, que a pesar de todo se había negado a olvidarla. Si esto no era el destino, no sabía que era. Un destino que la había llevado de regreso a casa, a su hechicero y la había convertido en algo que jamás soñó que llegaría a ser; una bruja.

Una *Alta Hechicera*, se corrigió a sí misma mirando el anillo tatuado en su dedo.

—Una locura tras otra —murmuró para sí. *Una locura, sí,* p*ero, bendita locura*.

Sacudió la cabeza, cerró el cajón en el que ahora guardaba la ropa interior y se volvió para echar un vistazo al resto de su dormitorio.

Esa mañana se había entretenido en hacer las tareas domésticas y limpiar tanto el dormitorio como la habitación adyacente. Lo último que quería era tener por aquí a su madre en modo cotilla, además ella ya tenía bastante con la locura que se había desatado en la familia a raíz de la invitación que le habían hecho ambos al baile.

Tal y como había esperado, su tía había agradecido la invitación, incluso se había emocionado, pero había declinado suavemente la invitación. Su lugar era el de un miembro del Servicio de la Familia, había repetido hasta la saciedad, lo había sido toda su vida y dignificaría su cargo hasta el día en que se muriese. Su madre también había puesto pegas, pero tanto ella como Iver la habían presionado hasta el punto de que no le quedó otro remedio que aceptar.

«Agatha. Eres la madre de mi esposa, mi suegra. Tu lugar está con nosotros, con Blaire, ahora y siempre».

El piquito de oro de su marido se la había ganado para toda la vida, pensó divertida.

Así que ahora su madre andaba de un lado a otro como pollo sin cabeza, ayudando a James con los preparativos del baile, cosa que a su vez había delegado ella misma en él.

Si James Avery no la mataba después del baile, sería un verdadero milagro.

Un ligero golpeteo en la puerta la sacó de sus cavilaciones. Se volvió para ver cómo se abría y se escuchaba la voz de su madre.

—¿Blaire? ¿Estás aquí?

—Sí, pasa —la invitó al tiempo que salía a su encuentro—. Estaba recogiendo un poco la habitación. ¿Qué demonios traes ahí?

Su progenitora traía en los brazos una caja enorme.

—Acaba de llegar para ti, lo envía lady Elisabeth.

—¿Lady Elisabeth? —La madre de Iver. Su propia suegra.

—Eso ha dicho el repartidor —replicó Agatha dejando la caja sobre la cama—. Y parecía liviana y todo al principio.

Frunció el ceño y miró la caja sin demasiada confianza.

—¿Necesitas ayuda por aquí? —preguntó llevándose las manos a los lumbares.

Sacudió la cabeza.

—No, no te preocupes —chasqueó—. Bastante tienes ya con el resto de las habitaciones ocupadas como para tener que hacer además esta. No se me caen los anillos por hacer la cama y limpiar el polvo de nuestra habitación.

—Entonces, ¿todo bien? —No necesitaba preguntar a qué se refería. Aquella parecía ser una pregunta recurrente desde que se hizo evidente que la relación entre ellos había cambiado.

—Tan bien como puede ir, supongo —admitió con un ligero encogimiento de hombros. Entonces volvió a mirar la caja y sacudió la cabeza—. ¿Qué demonios habrá enviado ahora?

Desde que habían comunicado a los padres de Iver que se iba a celebrar el baile de la bruja, la madre de su marido les había enviado toda clase de chucherías y obsequios. El mejor de todos sin duda había sido esa caja de caramelos de mora, las violetas.

—Ábrelo y sales de dudas —señaló Agatha dejando claro que ella también tenía curiosidad por conocer el contenido.

La caja venía bien envuelta en un papel marrón y cerrada con unos cordones. Los retiró y debajo apareció un rectángulo de cartón blanco atado con un lazo de raso negro. La tapa tenía estampado el logotipo de alguna marca y por algún motivo, nada más verla, sintió un escalofrío.

—Oh, creo que sé lo que es —canturreó su madre.

A Blaire se le congeló la respiración, las manos empezaron a temblarle y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para superar el escalofrío que le bajó por la columna cuando tiró del raso y la tapa se deslizó ligeramente a un lado.

Brillo. Raso. La tela era de un tono blanco roto. Había pequeños cristales engarzados en lo poco que podía ver a través del papel de seda que cubría la creación. Y tul, un etéreo tul blanco asomaba en una de las esquinas trayendo a su mente recuerdos no que quería revivir.

—Es un vestido de novia —murmuró su madre, pero ella ya no la escuchaba. Tenía los ojos clavados en la caja, sus manos se movieron de manera automática, retiró por completo la tapa, abrió las solapas del papel que protegía la prenda y sintió que un hierro ardiente se le clavaba de nuevo en las entrañas—. Y que elegancia.

Se quedó rígida. Apenas sí fue capaz de negar con la cabeza mientras veía como Agatha cogía la prenda con sumo cuidado y la sacaba de la caja para estirarla sobre la cama.

El vestido era precioso, sencillo y elegante, con unas pocas piedras aquí y allá. Nadie podía negar el buen gusto que había tenido la mujer al elegirlo, pero Blaire no podía acercársele siquiera.

—¿Blaire? —El tono de su madre había cambiado al momento—. Hija, ¿qué sucede?

Negó con la cabeza o al menos lo intentó. Se concentró en respirar profundamente y dio un paso hacia la cama. Tocar la prenda, doblarla con cuidado y volver a introducirla en la caja fue lo más duro que hizo en toda su vida.

Estaba sudando cuando terminó, le temblaban las piernas y debía de estar pálida como un fantasma a juzgar por la expresión de su madre.

—Blaire, por todos los santos, ¿qué pasa? —Las manos de la mujer cogieron las suyas y jadeó—. Santo cielo, mi niña, estás helada.

—Es… Es un vestido de novia —consiguió articular por fin.

—Sí —admitió, pero ya lo hacía de manera dudosa—. ¿Qué ocurre, hija? Y no me digas que nada, porque…

Le apretó la mano con fuerza y la miró a los ojos.

—La… la última vez que vi un vestido de novia, yo lo llevaba puesto.

—¿Qué?

—Yo era la novia —confesó a través del nudo que llevaba en la garganta—. Me… Me iba a casar. Iba a casarme con mi novio de Seattle.

—Oh, Blaire, ¿por qué no me lo dijiste? —No había reproche en la voz de su madre, no la estaba juzgando—. ¿Qué fue lo que pasó?

Tragó, respiró profundamente y se enfrentó una vez más a su pasado, a uno de los episodios más duros de su vida y se sinceró con la mujer que la había traído al mundo.

—El día en el que íbamos a casarnos, él se presentó de repente en casa y me atacó —admitió con un hilo de voz—. El motivo por el que… Por el que no quiero casarme, por el que no quiero un vestido de novia, es porque ese día, el día de mi boda, se tiñó de sangre.

Poco a poco empezó a desgranar toda la historia, haciendo pequeñas pausas para respirar mientras Agatha se mantenía firme como un pilar a su lado, apretándole las manos y animándola a seguir cuando se atascaba.

Le contó todo. Como se conocieron, el tiempo que pasaron juntos, cómo decidieron

casarse, su aparición el día de la boda, la cuchillada y el posterior salto al vacío de un hombre enajenado. Le habló de Kieran, de como él fue quién la salvó, quién se hizo cargo de ella y le rogó, le suplicó que no lo culparan por no haber dicho una sola palabra.

Se abrió en canal como había hecho con Iver o quizá más aún, pues había cosas que solo una mujer podía comprender, que solo una madre sabía intuir.

—Por eso te dije que no quería una boda —concluyó agotada—. Por eso soy incapaz de mirar un vestido de novia sin que me entre el pánico —admitió—. El color blanco, ese delicado y abundante tul… Para mí es sinónimo de lo que pasó.

—¿Iver lo sabe? —le preguntó con tacto.

Asintió y ella pareció algo aliviada.

—Lo sabe. No me dejó otra opción que decírselo. Y creo que el que ahora pueda hablar de ello, aún si me cuesta, es gracias a él.

—No debí apartarte de él, tenía que haber dejado que todo siguiese su curso. Pero en ese momento eras demasiado joven y él… —Su madre dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza —. El pasado no puede deshacerse, solo se puede aprender a vivir con lo ocurrido y seguir adelante.

Ciñó su mano y se la llevó al pecho.

—Hiciste lo que tenías que hacer, lo que creíste que era mejor para mí —la tranquilizó—. No podías saber lo que iba a ser de mi vida, ni siquiera yo podía saberlo.

—Y Kieran… —Sacudió la cabeza una vez más—. Siempre habéis estado muy unidos. Habéis sido como hermanos.

—Somos hermanos —confirmó—. Él quería que os lo dijese a ti y a la tía, se obcecó en ello una y otra vez. Incluso volvió a repetírmelo en su última visita, pero… Hay cosas que simplemente suceden y no sabes cómo contarlas.

—Y eres igual de cabezota e independiente que lo era tu padre —aseguró con un profundo suspiro—. Él también prefería hacer las cosas a su manera, se las guardaba para sí aun si ello lo carcomiese por dentro durante un tiempo.

Sacudió la cabeza, abandonó su lugar en la cama y recogió la caja, precintándola de nuevo con la cinta y dejándola ahora sobre una silla.

—Un vestido no hace a una novia —mencionó volviéndose hacia ella—. Un color solo puede paralizarte si le dejas. No puedo empezar a imaginarme siquiera por lo que has pasado y estando sola, además…

—Lo siento, yo… —Le cubrió los labios con un dedo y negó con la cabeza.

—Eres una mujer adulta, Blaire. Elegiste tu vida y decidiste como querías vivirla. Solo tú puedes tomar esas decisiones. Aunque sí, me hubiese gustado que te sinceraras conmigo que me contases tus inquietudes y tus alegrías. Pero también reconozco mi propia culpa por no haber

estado ahí para ti, por no insistir cuando sabía en mi interior que no estabas bien.

—Aquí no hay culpables, mamá, solo una mala jugada del destino.

La mujer asintió y la abrazó, atrayéndola contra su maternal pecho.

—No volveré a sacar el tema de la boda, lo prometo —le dijo y ella no pudo menos que reír—. Ni tampoco buscaré vestidos blancos.

—¿Has estado haciendo eso? —levantó la cabeza para mirarla.

—He estado haciendo muchas cosas.

—Ay, madre.

—No es necesario que te cases, ni que te vistas de novia si hacerlo te trae tan malos recuerdos —aceptó con total comprensión—. Bastante mal trago has pasado ya. Mi niña, por dios. Apuñalada. Si ese maldito hijo de puta no estuviese ya muerto, yo…

—No fue su culpa, no realmente —admitió en voz alta—. Él solo fue víctima de su propia enfermedad.

—Tienes razón —claudicó ella con un suspiro—. Si le quisiste en algún momento, tuvo que ser una buena persona.

—Lo era —aceptó haciendo las paces consigo misma y con sus sentimientos pasados—. Fue un buen hombre durante todo el tiempo que le conocí.

Los brazos de su madre la rodearon y se mantuvieron un momento en silencio.

—Estoy enamorada de Iver —murmuró Blaire rompiendo el silencio—. Le quería de niña y ese amor ha madurado, se ha actualizado o qué sé yo. Pero le quiero, creo que nunca dejé de hacerlo, solo… Solo guardé esos sentimientos muy hondo en mi interior.

—Lo sé —admitió volviéndose a mirarla—. Lo supe en el momento en que volviste y os cruzasteis en el pasillo. Ese tontorrón iba con las narices metidas en el periódico, como siempre, pero tú te quedaste mirándole como si no hubiese pasado un solo momento desde la última vez que le viste. Confieso que tenía miedo de que te marchases de nuevo cuando supieses que él iba a casarse, pero entonces me entero de que te eligió a ti, que lo echó a suertes y… Señor, si esto no ha sido el destino, no sé lo que es.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Esa frase la he pronunciado bastante últimamente.

Ella asintió y sonrió a su vez.

—Él te adora. Siempre te ha adorado. Incluso de niña, la manera en que te miraba era la de un hombre y no la de un hermano mayor. He de admitir que se ganó mi respeto cuando habló conmigo y me dijo que mi decisión de enviarte fuera era la correcta, que te merecías tener una vida, crecer, madurar, encontrar tu propia vocación. —Suspiró profundamente—. Ha estado muy solo todos estos años, demasiado solo. Y después, cuando sus ojos cambiaron… Se volvió frío y distante… Pensé que no volveríamos a ver a nuestro muchacho.

—Ahora me tiene a mí —admitió estirando la mano para ver su vínculo tatuado en el dedo —, nos tenemos el uno al otro y… Sí. Por primera vez en años, quizá en toda mi vida, soy feliz.

—Y ese es el mejor regalo que puede recibir una madre, saber que su hija es feliz —aseguró besándola en la frente—. Tu felicidad lo es todo para mí. Y si esa felicidad está al lado del *Alto Hechicero* de Bryson, pues que así sea.

—¿Alguna vez te imaginaste que esto acabaría así?

—¿Así como? ¿Mi hija una bruja, una *Alta Hechicera*, la dama de la familia a la que hemos servido durante generaciones y completamente feliz? —resumió y pareció pensárselo—. No. Pero tampoco cambiaría ni una coma si este es el resultado.

—¿Ni una coma?

—Es mi yerno, tengo que perdonarle la tontería de echar vuestro futuro a suertes —admitió poniendo los ojos en blanco.

—Le alegrará saberlo —sonrió y la rodeó con los brazos, apretándose contra ella como solía hacerlo de niña—. Te quiero, mamá. Es posible que no te lo diga muy a menudo, pero quiero que sepas que te quiero y te doy las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Eres mi hija, mi niña, no hay nada que no hiciese por ti —sonrió emocionada—. Solo te pediré una cosa.

—Adelante.

—Si vuelves a decidir casarte algún día, dímelo antes de la boda, ¿de acuerdo?

Sonrió abiertamente y asintió.

—Lo haré, te lo prometo.

—Bien —afirmó. Le dio unas palmaditas y se levantó. Se acercó de nuevo a la silla en la que había dejado el vestido y lo cogió—. Esto me lo llevo. Lo dejaré en el armario de la ropa de cama. En la parte de arriba. Cuando estés preparada para abrir esta caja, te estará esperando allí.

—Gracias, *mami*.

Ella sonrió al escucharse llamar así.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Mientras su madre atravesaba la puerta, sintió que también salía con ella un pedazo más de su pasado y volvía a sentirse ligera.

CAPÍTULO 29

—¿Blaire?

Levantó la cabeza al escuchar su nombre y se encontró con su marido apoyado de manera indolente en el marco de la puerta de la biblioteca.

—¿Piensas quedarte ahí como una estatua?

Él esbozó una sonrisa irónica.

—Estoy admirando a la señora de la casa.

—Ah, *milord*, me parece que os habéis equivocado de habitación —chasqueó—. La señora está sentada en el salón, rascándose la barriga, mientras que su sierva está aquí, peleándose con el ordenador.

Se rio entre dientes.

—¿Y mi querida sierva necesita ayuda con lo que quiera que esté haciendo?

—Nah. Creo que ya he tenido suficiente por hoy —declaró, cerró el portátil y se levantó—. Bienvenido a casa, *amor*.

Le guiño el ojo y se reunió con ella.

—Me encanta escuchar esa palabra salir de tu boca.

—Lo sé.

La besó y ella suspiró en su boca.

—¿Cómo estás? —El tono en su voz la alertó al momento de que se había enterado, no sabía cómo, pero estaba al tanto de lo que había pasado esa mañana.

—Bien —afirmó sin darle mayor importancia—. Me he entretenido adecentando nuestro dormitorio, trasladando algunas de mis cosas a los cajones y después me he venido aquí para echarle un vistazo a los documentos que me dejaste. Empiezo a entender un poco mejor la estructura del aquelarre y tu papel en él.

—No te preguntaba por eso y sé que lo sabes.

Claro que lo sabía.

—¿Mi madre o la tuya? —preguntó. Pues le había enviado un mensaje de agradecimiento a Elisabeth y juraría que de algún modo la mujer también se dio cuenta de que algo no había salido

del todo bien con su regalo, aunque no dijo nada al respecto.

—El vínculo —dijo levantando la mano tatuada—. Sentí una especie de ruptura y mi madre me llamó unos minutos después para decirme que, no sabía cómo, pero que había cometido un gravísimo error al enviarte cierto obsequio.

—No es que haya cometido un error, ha sido encantador de su parte y también un poco «ya estamos otra vez con lo mismo», pero ella no sabía que yo… Lo que me pasó —dejó escapar un resoplido—. Mi madre estaba presente. Ella fue la que me trajo el paquete y cuando lo abrí… No ha sido una experiencia agradable.

—Beth tiene un sexto sentido para ciertas cosas —mencionó él refiriéndose a su madre—. Si te soy sincero, ignoro por completo como lo hace, pero siempre ha sabido cuando yo estaba mal sin estar siquiera cerca, o cuando le pasaba algo a James o a Kieran.

No pudo evitar un escalofrío. Lo último que quería era que la madre de su marido supiese de su pasado.

—Estaba hecha un mar de dudas cuando me llamó —continuó él—. No hacía más que repetirme que había metido la pata, que la ibas a odiar durante el resto de su vida y que yo la odiaría a ella por haberte hecho llorar.

—Qué barbaridad. —No sabía si echarse a reír o empezar a inquietarse por la sobrenatural clarividencia de su suegra—. No ha sido para tanto.

—Y entonces me llamó tu madre y me dijo que sería una buena idea que me escapase de la oficina para venir a verte —continuó dejándola alucinada—. No quiso darme detalles, pero… soy capaz de sumar dos y dos.

Eso la llevó a mirar el reloj de pulsera y luego a él.

—Estos días has estado volviendo a casa sobre esta hora.

—Tengo plena confianza en ti y en tu habilidad para superar los problemas que se te presentan —aseguró y añadió—. Y espero que, si me necesitas, en el momento que sea, te sientas lo bastante cómoda como para llamarme.

Y él debía de ser una de las pocas personas que no estaban encima de ella todo el tiempo, que no metía las narices en sus cosas a menos que se lo pidiese expresamente o considerase que necesitaba saberlo.

—Digamos que he sufrido una pequeña crisis y que he encontrado la manera de superarla apoyándome en mi madre —admitió con un breve encogimiento de hombros—. Era imposible no decírselo después de abrir la caja y ver el vestido allí. Los recuerdos volvieron en tropel, no podía decirle que no pasaba nada y quemar el vestido.

—¿Lo quemaste?

—No sé mucho de *Alta Costura,* pero a juzgar por el logo de la caja y lo poco que vi del vestido, no es algo a lo que puedas plantar fuego sin una buenísima razón —declaró con

profundo sarcasmo—. Mi madre tuvo el buen sentido común de llevárselo y guardarlo en el armario de la ropa. Dice que podré encontrarlo allí cuando me sienta con fuerzas para enfrentarme a ello.

—Si quieres quemarlo…

Lo miró de soslayo y negó con la cabeza.

—Ni siquiera yo estoy tan loca, Iver.

Él sonrió en respuesta. Se apoyó en la mesa y le preguntó.

—¿Cómo se lo ha tomado Agatha?

—Mucho mejor de lo que había imaginado que lo haría —admitió. Había sido una sorpresa ver la entereza de su madre, su comprensión y sentir su apoyo incondicional, sin jugar sus actos. Cualquier otra persona en su lugar, la habría calificado, como poco, de desquiciada o se habría quejado por no saber nada sobre su noviazgo y ya no digamos su boda—. No he tenido muchas oportunidades de compartir cosas con ella. Es algo de lo que hoy me he dado cuenta. Desde que me fui a estudiar fuera, he pasado gran parte de mi vida sola. Me llamaba por teléfono o yo la llamaba a ella, teníamos videollamadas, la visitaba en vacaciones o ella venía a verme, pero… No era lo mismo que vivir con ella. Algo que, creo, también he echado de menos.

—Te apartamos de *Braid Manor*, de tu hogar, el único que habías conocido —mencionó Iver reflexivo—. Reaccionaste como lo habría hecho cualquier persona que se marcha del único hogar que ha conocido y tiene que aprender a depender de sí misma y a valerse.

—Supongo que sí. —Tenía bastante sentido y se acercaba bastante a lo que ella misma pensaba de aquella situación—. Solo espero que no haya llamado también a Kieran con ánimo de despellejarlo. Le hice prometer que no lo haría, pero… Es mi madre.

—Tu primo lo soportará llegado el caso.

—Más me vale, o la que tendrá que recoger sus pedacitos seré yo.

—Kieran puede arreglárselas solo, lleva haciéndolo mucho tiempo.

Asintió sabiendo que era así.

—Bueno —continuó él indicando con un gesto de la barbilla el ordenador—. ¿Dudas? ¿Preguntas? ¿Algún invitado que no quieras en el baile?

Chasqueó la lengua y volvió a sentarse en la silla que había ocupado hasta su llegada.

—Teniendo en cuenta que solo he reconocido un par de nombres en la lista, entre ellos, el de tu asistente, pues va a ser que no. —Negó con la cabeza—. Y tampoco estoy segura de que pudiese vetarles. Al aquelarre, quiero decir.

—Es tu casa, Blaire, tienes la capacidad de invitar a quién te dé la gana o de dejarlos fuera —le recordó—. Y lo mismo pasa con el baile. Es *tu baile.*

Mi baile. Eso no hacía sino añadir más peso y responsabilidad a un evento para el que no sabía si estaba preparada.

—Entiendo por qué tenemos que llevar a cabo esta celebración, pero honestamente, estaría más cómoda invitándoles a todos a tomar el té y mandándolos luego a casa —resopló y lo miró a los ojos—. Esto de ser la anfitriona… Se me está haciendo un poco cuesta arriba.

—Lo harás muy bien y yo estaré a tu lado en todo momento —la tranquilizó—. Solo tienes que parecer una diosa inalcanzable para esos patanes y dedicarme toda tu atención y la mirada de esos bonitos ojos verdes a mí, tu marido y hechicero.

—¿Patanes? —No pudo evitar soltar un resoplido de risa—. No pierdas los buenos modales, cariño, resulta divertido.

—La gran mayoría lo serán, patanes, me refiero —apostilló él—. Vendrán para cotillear, para ver quién es la nueva esposa del *Alto Hechicero* y constatar si los rumores sobre su «inutilidad mágica» es real o solo un rumor.

—¿Inutilidad mágica? —Resopló—. Esa es nueva.

—Lauren me ha estado contando algunos cotilleos del aquelarre.

—¿Algo jugoso? —Sonrió burlona.

—Veamos… —Se cruzó de brazos y adoptó una actitud pensativa—. Según algunos eres una trepadora sin escrúpulos. Según otros una sierva venida a menos a quién he decidido salvar gracias a mi gran bondad. Para otros eres una pueblerina analfabeta y había alguna más que hablaba sobre tu falta de poder mágico y de mi ausencia de sentido común.

—Vaya, sí que han estado ocupados…

—Y ninguno de ellos sabe la verdad. Que eres mi elegida. Que el vínculo se forjó de inmediato entre nosotros. Que eres una bruja capaz de usar mi caudal, que los arcanos nos han dado su bendición y te han concedido el honor de ser mi igual, mi *Alta Hechicera* —resumió y se encogió de hombros—. Así que, sí, son todos unos patanes… O casi todos. Otros tienen una categoría incluso inferior.

—Pues sí que te lo has estado pasando bien. —No pudo evitarlo y se echó a reír. Su marido parecía realmente ofendido por toda aquella palabrería sin sentido.

—No tanto como me lo pasaré cuando te presente el día del baile y sepan quién es mi compañera, esposa y señora de *Braid Manor* —aseguró y añadió entrecerrando los ojos—. Haz que muerdan el polvo, amor.

Aquello le arrancó una carcajada.

—Iver, ¿en serio?

Sus labios se curvaron y ese brillo particular apareció en sus ojos.

—Disfrutaría de ello si lo hicieras —confesó—. Pero dada tu buena educación, sabrás ponerlos en su lugar como una auténtica bruja.

—No estoy segura de si eso es un halago o me estás llamando arpía.

—Un halago, brujita, siempre un halago.

Ese hombre era imposible, pensó divertida, entonces recordó algo en lo que había estado pensando a lo largo de la mañana.

—Una pregunta.

—Dispara.

—¿Dónde vamos a meter a todos los invitados?

—Yo votaría por el salón, pero si quieres crear una mazmorra para el evento y dejarlos dentro, yo no me opongo.

—Estoy hablando en serio, Iver.

—Yo también —admitió risueño—. Pero respondiendo a tu pregunta, dado que vamos a dar un baile… Será en el salón de baile.

—¿Tenemos uno de esos?

—Lo tenemos.

—¿Dónde? —Juraría que no había tal cosa en la mansión, pero ya no estaba segura de nada.

—En cualquier lugar que quieras que se cree —replicó con sencillez.

—Magia —comprendió y el asentimiento de cabeza del hombre a su lado corroboró sus sospechas.

—Por lo general suele extenderse el espacio del salón principal, recuperando la forma original que tuvo en el momento de su construcción y le damos un toque glamuroso, de la antigua alta sociedad que tanto gusta a los brujos —explicó—. El *Baile de la Bruja* también es una oportunidad para la nueva señora muestre su poder y este no es más que uno de los trucos que esperan ver.

—¿Te das cuenta de que aquí, la nueva señora, el único truco que podría aportar sería una sesión, a escala reducida, de fuegos artificiales? —repuso entrecerrando los ojos sobre él—. Lo que estás diciendo sobre el salón… A mí no me mires.

—Lo haremos juntos —la tranquilizó con su habitual confianza—. Has conseguido replicar e incluso mejorar el jarrón con los cardos…

—Y la ilusión duró un telediario.

—Solo necesitas un poco de práctica.

—Y cuando acabé casi tuviste que llevarme en brazos.

—Ojalá hubiese tenido que hacerlo, habría sido un momento inolvidable.

—Iver, céntrate. —Lo apuntó con el dedo a modo de aviso.

—Me estoy centrando, Blaire, me estoy centrando en lo que quiero —señaló y para que no le quedara ninguna duda de a qué se refería, le dio un buen repaso con la mirada—. No soy capaz de quitarme de la cabeza esa gloriosa visión tuya con el collar de diamantes y zafiros.

—Como que solo llevaba eso encima, salido.

—Quería ver cómo te quedaba puesto.

—Sí. Pero se supone que suele combinarse con algo de ropa, no con la piel desnuda.

—Me gusta más la opción de la piel desnuda.

—No lo pongo en duda —aseguró sonrojándose al recordar ese momento en particular—. Pero no me voy a presentar en el baile con un collar y nada más.

—No, no lo harás —convino él—. Ya se ha encargado el vestido para el baile.

Aquello la hizo recordar al momento las opciones que le había enseñado James a modo de sugerencia días atrás.

—Me niego a llevar ninguna de esas monstruosidades —declaró tajante—. No me pondré nada que se parezca ni remotamente a un *cupcake*. Entiendo que estamos hablando de un baile de gala, que requiere cierta etiqueta, pero si James aparece con alguna de esas cosas yo… Te juro que me pongo unos vaqueros y a correr.

—Pagaría por ver eso. —Se echó a reír—. En cuanto a el vestido… He tenido el sentido común de hacer lo que todo buen e inteligente marido haría; consultarlo con tu madre.

Vale. Eso sí que no se lo esperaba.

—A mi madre.

—Sí —asintió con visible satisfacción—. Lo he dejado en sus capaces manos.

No sabía si eso era bueno o malo. Su madre no le había elegido la ropa desde que era una cría, pero conociendo los gustos de la mujer, sabía que al menos no la envolvería en tul ni la convertiría en una tarta andante.

—Estás salvado —le dijo—, por ahora.

—Entonces, ¿me he ganado un beso? —preguntó con ese tono entre travieso y sexy que la derretía por dentro.

—Quizá después —replicó viéndolo abrir los ojos como platos, como si no creyese lo que le acababa de decir—. ¿Y tú? ¿Ya has desempolvado la capa y el sombrero de punta?

—Y la varita, cariño, no te olvides de la varita.

—Payaso.

—Tú fuiste la que empezó —se justificó encogiéndose nuevamente de hombros—. Pero si quieres elegirme la ropa, no me opondré. Dejaré que incluso me tomes las medidas.

—¿Qué demonios te pasa hoy? Estás… más achispado de lo normal.

—El collar de zafiros. Esa imagen es la culpable de todo.

Sería sinvergüenza. Pero lo cierto es que la imagen también la había puesto a ella caliente y le estaba costando un mundo centrarse y preguntar lo que quería saber.

—Iver, ¿puedes hacer el favor y centrarte durante dos minutos más?

—Soy escocés, amor mío, ¿qué te parece a ti que podría llevar en una fiesta de gala? —contestó finalmente.

La idea de verle vestido con todo el conjunto de gala le provocó un escalofrío de placer. Con su altura y el magnífico cuerpo que tenía, sería todo un espectáculo.

—¿El tartán de los Bryson?

—Premio para la esposa más sexy y caliente —clamó y abandonó su posición para inclinarse sobre ella, quién seguía sentada—. Y ahora que ya sabemos dónde vamos a meter a los invitados, que no has quemado el vestido de novia que estúpidamente te envió mi madre, que yo llevaré el traje de gala escocés por excelencia y que vas a ser la *Alta Hechicera* más hermosa de toda Escocia, ¿puedo llevarte ya a la cama?

—Que detalle por tu parte preguntarlo.

—Soy un detallista, ya lo sabes.

—Sí, del tipo que regala collares de zafiros a su esposa.

—Hoy me gustaría verte vestida con esa cosita de esmeraldas—aseguró con voz ronca—. Creo que podría quedarte de escándalo… con tu piel.

—¿Solo mi piel?

—Solo tu piel —corroboró bajando aún más sobre ella—. Eso, y la bonita sonrisa que te curva ahora mismo los labios, será más que suficiente.

—Eres un descarado.

—Solo contigo, vida mía, solo contigo.

Su boca encontró al fin la suya y ya no hubo espacio para bailes, ropa u otro pensamiento que no fuese lo bien que se sentía entre sus brazos.

CAPÍTULO 30

—Y la Noche de la Bruja llegó al fin a *Braid Manor*.

Iver echó un vistazo por encima del hombro para ver a su padre de pie en el umbral del salón de baile que acababan de traer de nuevo a la vida. Las luces titilaban en las antiguas arañas

que colgaban del techo, las molduras antiguas y ribeteadas en oro destacaban sobre las altas paredes y techos blancos. Los cristales de los ventanales ofrecían la ilusión de un frondoso jardín y sabía que si alguien sentía la tentación de salir a alguno de los balcones, eso sería lo que se encontraría.

Los suelos de mármol alternaban sus vetas con colores claros, relucientes y listos para recibir a la nueva señora de la casa, pero sin duda su parte favorita era la decoración floral que Blaire había diseñado para la ocasión.

Su mujer era una persona muy creativa y también bastante irónica como demostraban las flores de los cardos estratégicamente colocadas aquí y allá.

El espacio vibraba con una tonada única; el sonido de la magia de su esposa.

Su pequeña bruja había hecho progresos notables durante las últimas semanas y la prueba de eso estaba ahora ante ellos dos.

—Has introducido en la familia una poderosa bruja, Iver.

Se volvió para mirar a su padre, quien vestía su kilt de gala. Sobre el hombro derecho llevaba recogido parte del tartán identificativo de su familia sujeto con un elaborado broche en el que destacaba la flor del cardo. Al verle se vio a sí mismo en unos años más. Si no fuese porque tenía los ojos azules de su madre, serían dos gotas de agua.

—Es más que eso —admitió y levantó la mano para descubrir ante su progenitor una de las sorpresas de la noche—. Es mi *Alta Hechicera.*

Su padre juró en gaélico. Abrió los ojos de par en par y estalló en carcajadas.

—Bendita tu suerte, hijo mío —clamó feliz, dándole una poderosa palmada en la espalda —. Bendita sea la de ambos. Una *Alta Hechicera* nada más y nada menos. Al final tu elección ha resultado ser la mejor de todas.

—La única, papá, ella es la única. —Una declaración que ponía de manifiesto que no habría otra mujer para él, que su brujita era la única dueña de su corazón.

—Me alegro, Iv, más de lo que puedes llegar a pensar —admitió Seamus con voz algo ronca. ¿Su padre se había emocionado? Eso sí que no se lo esperaba—. La vida se vuelve mucho más sencilla, más plena, cuando tienes a la persona adecuada a tu lado.

Sabía que a qué se refería. Sus padres se habían unido porque así estaba dictado, pero no había amor entre ellos, no de la clase que los unía a Blaire y a él. Se habían mantenido juntos y unidos a través de los años para poder criarlo, porque era lo que se esperaba del *Alto Hechicero* y su dama, pero sus corazones encontraron a sus respectivos compañeros fuera de esa alianza matrimonial.

—Cuídala hasta el último de tus días, quiérela como si cada instante fuese el uno y demuéstrale que ella siempre será lo primero para ti, incluso por delante de tu propia vida —pronunció en gaélico—. Estoy orgulloso de ti, hijo mío, muy orgulloso.

—Le estás dando al whisky incluso antes de que comience el baile, ¿eh?

El hombre se echó a reír a carcajadas y sacudió la cabeza.

—Beth me amenazó con ponerme hongos en ciertas partes si se me ocurría dar la nota esta noche, así que, me he limitado al agua —declaró y a pesar del tono jocoso de su voz, creía a su madre muy capaz de hacer justo aquello.

Sacudió la cabeza y optó por hacer una de las preguntas que no solía pronunciar demasiado a menudo.

—¿Cómo está Caite? —Ella era la bruja de su padre, su verdadero amor. Una pequeña irlandesa pelirroja, rellenita y de buen talante a la que solo había visto en contadas ocasiones.

—La dueña de mi corazón está bien. Os envía a tu esposa y a ti sus buenos deseos, por cierto —le informó agradecido por la pregunta.

—Espero que podáis venir a visitarnos en el futuro y así agradecérselo en persona.

La expresión que cruzó por el rostro masculino liberó algo en su interior, una espinita clavada desde hacía mucho tiempo. No podía culpar a sus padres por no amarse, por encontrar la felicidad en otro lugar. Ambos se habían esforzado para ser un buen ejemplo para él, para convertirle en el hombre en el que era hoy en día y les estaba agradecido por ello.

—Le alegrará escuchar eso —admitió el hombre inclinando ligeramente la cabeza—. Aceptaremos vuestra invitación cualquier día de estos.

Con eso volvió a mirar a su alrededor y asintió con gesto complacido.

—Impresionante, realmente impresionante —admitió. Sabía que tenía que sentir el poder de Blaire en el espacio, enlazado al suyo.

Su rezongona esposa se había quejado una y otra vez diciendo que no sería capaz de hacerlo, que acabaría hecha una piltrafa en el suelo y luego tendría que llevarla por el baile en silla de ruedas, pero no dejó de esforzarse mientras seguía sus indicaciones y tomaba algunas elecciones propias para conseguir este asombroso y físico espejismo.

Aunque sí, había terminado en el suelo jadeando como si hubiese corrido una maratón después de eso, pero no era nada que no pudiese solucionar una buena inyección de su propio caudal y una larga siesta.

Él se había encargado de mantener en pie la todavía inestable magia de su esposa, había reforzado cada una de sus pinceladas hasta conseguir un resultado impecable como el que tenían delante.

—Se ha esforzado hasta la extenuación —confesó en voz alta—, pero no cambiaría ni un solo instante de ese momento. Ella brilla con el poder de la magia como ninguna otra bruja lo ha hecho hasta el momento.

—No ha nacido dentro del aquelarre, pero ha conseguido cosas asombrosas en poco tiempo —admitió el hombre cruzándose de brazos—. No me sorprendería nada ver como se convierte,

con el paso del tiempo, en una de las hechiceras más poderosas del aquelarre. ¡Chupaos esa, patriarcado!

Miró a su padre ante el inesperado exabrupto, pero él seguía mirando el salón.

—Neill mencionó el asuntillo de los cardos —dijo al tiempo que sonreía al mirar uno de los enormes jarrones con flores—. Mi hija los tiene bien puestos. Sí, señor.

Mi hija. Una declaración que ponía de manifiesto que Blaire había sido aceptada por los antiguos hechiceros y por toda su estirpe.

—Lo que me recuerda… —Ahora sí se volvió hacia él—. ¿Qué narices ha hecho tu madre esta vez? Hemos llegado al mismo tiempo, me ha amenazado con mis partes nobles y luego ha farfullado no sé qué catástrofe que había cometido y que iba a hacer penitencia el resto de su vida. Y todo eso antes de salir como una flecha para reunirse con tu mujer.

Hizo una mueca.

—Digamos que se equivocó en la elección del regalo que le envió a mi esposa —resumió sin dar más detalles. No le correspondía a él hablar de algo que le pertenecía a su bruja, un episodio que todavía le creaba inseguridades y dolor. Algunos recuerdos estaban tan profundamente arraigados que eran difíciles de extirpar, así que solo podía intentar crear otros nuevos que hiciesen palidecer los antiguos hasta convertirlos en un simple experiencia más.

—Qué habrás hecho esta vez, Beth —chasqueó al tiempo que sacudió la cabeza—. No te preocupes. Tu madre es una experta en meter la pata y luego hacer hasta lo imposible para arreglarlo. Sea lo que sea que haya pasado, no parará hasta solucionarlo. Más aún cuando se trata de su nueva querida hija.

Sonrió, no pudo evitarlo, pues sabía que lo que decía era verdad.

—Bueno —continuó el hombre mirándolo de la cabeza a los pies—. Como es obvio que ya has terminado aquí, vamos a ponerte decente para que puedas presentar ante el aquelarre a la nueva dama de *Braid Manor*.

—¿Vas a hacerme de ayuda de cámara?

—Es la tradición y no hay nada que nos guste más a los Bryson que seguir las tradiciones —le dijo guiñándole el ojo—. Así que vamos. Esta noche sabrás lo que es cargar realmente con el peso de tu apellido.

No dijo una sola palabra y se dejó guiar.

Blaire estaba convencida de que terminaría desmayándose antes o después. Tenía tal cantidad de nervios encima que era incapaz de quedarse quieta. Su madre ya había perdido la batalla con ella, llegando a amenazarla incluso con atarla a la silla del tocador si no se quedaba tranquila unos minutos a fin de que pudiese terminar de recoger aquella indomable masa de pelo

negro en un discreto y elegante recogido.

La solución la había traído consigo lady Elisabeth o Beth, como había insistido en que la llamasen. La madre de su marido se había presentado en su habitación con una botella de whisky y tres vasos, como si supiese que los iban a necesitar.

Beth se había desecho en disculpas por su metedura de pata y se había presentado voluntaria para ayudar a su madre a prepararla para esa noche.

Así que, tras dos vasos de whisky, el suyo todavía estaba a medias, las dos mujeres charlaban como dos viejas amigas, correteando a su alrededor, haciendo y deshaciendo mientras ella observaba embobada ante el espejo como iba pasando de sierva a Alta Hechicera.

La progenitora de su marido había chillado y empezado a dar palmadas en cuanto vio en su mano el nuevo tatuaje. Acto seguido se había echado a llorar como una tonta sentimental, palabras de la mujer, no suyas, y le había pedido que le contase con todo lujo de detalles cómo había sido recibir la bendición de los arcanos.

Una locura. Aquella era la descripción perfecta para el revuelo que se había formado en su dormitorio durante la última hora.

—¿Sigues creyendo que pareces un *cupcake*? —Le preguntó su madre con el rostro pegado al suyo, mirándola a través del espejo en el que se contemplaba.

—No, pero empiezo a ver que podría competir con una tarta de bodas —replicó recorriendo el enorme vestido de gala con la mirada—. Esta cosa es enorme.

—Eso te lo parece ahora, pero piensa que te vendrá genial para mantener a los pesados a raya —aseguró su suegra—. Eres una belleza, Blaire, cualquiera que tenga ojos en la cara verá eso.

Respiró profundamente y deslizó las manos por el ceñido corpiño hacia la amplia falda a capas que se abría a su alrededor gracias a las voluminosas, aunque suaves y ligeras enaguas que llevaba debajo. Mientras que la parte superior estaba bordada con pequeñas flores y hojas y adornada con pedrería, la falda destacaba por el patrón del tartán que se extendía, creando varios pliegues sobre el fondo monocolor de la misma.

La trama de la tela representaba a los Bryson, le había dicho su suegra nada más ver el diseño.

—El aquelarre espera vez a una muchachita sobrecogida por el poder del *Alto Hechicero* de los Bryson, pero lo que se encontrarán es a su esposa, su *Alta Hechicera*, la bruja de *Braid Manor*. —Beth se adelantó hasta quedar a su otro lado, mirándola a su vez desde el espejo—. Esto es lo que eres, quién eres y lo que representas. Son tus raíces, las nuestras, las de todos nosotros. Eres sierva, señora y has sido bendecida por los arcanos. No lo olvides nunca, *hija mía*.

Le devolvió la mirada a través de su reflejo y volvió a verse una vez más.

—Esta eres tú, Blaire, siempre has sido tú —añadió su madre—. Tu fortaleza, tu debilidad,

tu amor por la vida y por aquel a quién llevas amando desde que eras solo una niña. No mires el reflejo, mira más allá, mira dentro de ti. ¿No te reconoces?

Sí. Ahora sí se reconocía, pensó. Quizá le había costado algo de tiempo encontrarse a sí misma, posiblemente todavía le faltasen cosas que reconocer, que encontrar, pero esta era ella.

—Soy la Bruja de *Braid Manor* —dijo en voz alta, contemplando su reflejo, viendo y aceptando lo que la vida le había reservado—, Blaire Bryson. Una hija del servicio de la familia, una mujer nacida fuera del aquelarre y que ha vuelto a encontrarse con el amor de su vida. Aunque prefiero mis vaqueros y unas zapatillas deportivas, son más cómodas para salir corriendo.

—No vas a salir corriendo —chasqueó su madre.

—No te recomiendo hacerlo con esos tacones, ni con ese vestido —la secundó su suegra.

Se echó a reír, no pudo evitarlo. La situación era tan absurda que acabó riendo a carcajadas.

—Ten, bébetelo —su madre le tendió el vaso de whisky que había dejado a un lado del tocador—. Y cuando lo hayas hecho, piensa en los imbéciles que te han mandado esos cardos y la cara que se les quedará cuando te vean aparecer en el baile.

—No puedo creer la desfachatez que han tenido esas familias del aquelarre —mencionó Beth llevándose las manos a las caderas—. ¡Cómo se atreven! ¡Han insultado a nuestra casa! Y con cardos, nada más y nada menos.

—No has visto los arreglos florales del salón de baile, ¿no? —mencionó su madre.

—No. He venido directamente a ver a Blaire tan pronto como he llegado —admitió la mujer visiblemente curiosa—. ¿Por qué?

—Cardos, montones de cardos —replicó con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. Es mi flor favorita.

—Oh, dios, eso tengo que verlo —aseguró echándose a reír—. Que digo verlo, tengo que vivirlo en vivo y en directo. Niña, eres la horma del zapato de mi Iver.

—Eso me dice él.

—Sois tal para cual —añadió su madre con un firme asentimiento.

—Supongo que lo somos —aceptó divertida, volvió a mirarse en el espejo y decidió que podía sobrevivir a esa noche dentro de ese vestido—. Bueno. Supongo que ahora ya parezco elegante y altiva, en cuanto me ponga el collar cumpliré el requisito de enjoyada y la ironía va de serie, así que…

—Hablando de joyas —chasqueó Beth y se volvió como un resorte hacia la cama en la que había dejado su bolso nada más llegar—. No se lo di a Iver, porque quería ser yo la que le entregase esta joya en particular a su esposa.

Blaire se giró hacia ella para verla regresar a su lado con una pequeña caja. Nada más

abrirla vio en su interior un sencillo óvalo de color verde sujeto de una fina cadenita.

—Se le conoce como el corazón de la bruja —le dijo al tiempo que lo sacaba de su cama de terciopelo y se lo ponía alrededor del cuello—. Es una joya que se ha pasado en mi familia de madres a hijas y ahora es tuya.

—Es… precioso —admitió un poco sorprendida y cohibida por ese regalo.

—Hace juego con tus ojos —mencionó su madre.

El colgante descansó sobre su clavícula. Era delicado, muy en sintonía con el tipo de joyas que le gustaba usar, aunque jamás en la vida hubiese tenido una de semejante valor. Le gustaba, le gustaba de verdad.

—Gracias —musitó y se volvió hacia la mujer una vez más—. Será un honor lucirlo esta noche.

Ella se limitó a sonreír, pero vio ese brillo acuoso en sus ojos y no lo dudó, la abrazó.

—Gracias, Beth —musitó en su oído—. De corazón. Gracias por todo.

—Mi niña —la abrazó a su vez durante un segundo. Entonces la soltó y empezó a agitar las pestañas para alejar las lágrimas—. Venga, venga. Esta es tu noche y tienes que disfrutarla hasta el último minuto. Iré a decirle a mi hijo que su bruja ya está lista para conocer al aquelarre.

Asintió y se volvió para mirar a su madre.

Agatha llevaba un precioso vestido de noche, sencillo y elegante. Sus ojos brillaban con una paz y alegría que solo recordaba haberle visto de niña.

—Eres mi orgullo —le dijo cogiendo sus manos en las suyas—. Y lo serás siempre.

—Mamá —la abrazó.

—Solo sé tú misma, Blaire —le dijo besándola en la frente—. Sé tú misma y todo irá sobre ruedas.

Asintió y le apretó las manos.

—Lo seré.

Las dos mujeres se detuvieron un minuto más para comprobar que todo estaba listo y abandonaron la habitación dejándola unos momentos a solas.

Esta era su noche y ya era hora de que le demostrarse al aquelarre y a sí misma, la clase de bruja que había llegado a *Braid Manor*.

—A casa —se corrigió en voz alta—. La clase de bruja que ha vuelto a casa.

CAPÍTULO 31

Si había una imagen que recordaría durante el resto de sus días era la visión de su esposa esa noche. Se quedó sin palabras al verla en la antecámara del salón, vestida con los colores de su familia, tan serena y hermosa como una antigua dama de la corte a la espera de ser presentada ante su señor. No entendía una mierda sobre vestidos, pero tenía claro que su suegra sí, porque había dado en el clavo para realzar cada uno de los atributos de su compañera. Y no solo ella, pensó al reconocer la sencilla alhaja que llevaba al cuello, una joya familiar que pertenecía a su madre y que parecía haber encontrado ya a su nueva dueña.

—No estaría de más si dejases de babear sobre el suelo y le dijeses a tu hechicera lo arrebatadoramente hermosa que está. —Las palabras de su padre llegaron acompañadas de un breve arranque de tos por parte de su primario.

—Lo hará tan pronto como recupere el habla, espero —mencionó James secretamente divertido. Su amigo se había reunido con ellos en su dormitorio, sin duda para comprobar que seguía allí y no había salido corriendo.

—Muévete, Iver. —Una palmada en la espalda, un empujón y acabó avanzando a trompicones antes de recuperarse, enderezarse y llamar de ese modo su atención.

Arrebatadora. Vibraba con la misma sintonía que la magia presente en el aire, como si fuese parte de esta. Sus ojos verdes cayeron sobre él en una lenta pasada que terminó con una preciosa sonrisa curvando los labios teñidos de carmín y una graciosa reverencia por su parte.

—Mi señor hechicero —murmuró ella sujetándose la falda con las manos antes de inclinarse con gracia.

—Amor mío. —Las palabras brotaron en forma de suspiro de sus labios mientras reducía al mínimo la distancia entre ambos y tomaba una de sus manos para llevársela a los labios—. Ahora mismo debería decirte lo preciosa que estás, lo maravillosa que eres y la suerte que tengo de tenerte, pero joder, Blaire, me has dejado sin palabras.

Ella se echó a reír, una risa de verdad y fue suficiente para calentarle el corazón.

—Tú también estás muy guapo —le dijo ella acercándose y acariciando con los dedos el broche que su padre le había prendido en el hombro para sujetar parte de la tela del tartán—. Cardos. ¿Puedo tener yo también uno de estos?

—Tengo algo mucho mejor —le dijo y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de

gala para sacar una pieza de joyería engarzada en una horquilla—. ¿Me permites?

—¿Sabes cómo colocar una cosa de esas?

—Prometo no clavártela en la cabeza.

—Ese sería sin duda un gran comienzo —se rio ella y se volvió, señalando con un gesto de la mano dónde podía colocársela—. Aquí. Tengo pelo más que suficiente para evitar accidentes.

—Adoro tu pelo.

—Ya lo sé —admitió y se quedó quieta mientras le colocaba el broche en el pelo.

—Ya está —anunció satisfecho—. Ya tienes tu propio cardo.

—Perfecto —sonrió llevándose los dedos al broche de flores para acariciarlo—. Gracias, Iv. Me encanta.

—¿Lista para esta noche?

—¿Crees que habría dejado que me vistiesen de esta guisa si no fuese así? —Se señaló a sí misma y se inclinó hacia él, engulléndole con parte de la falda de su vestido para decirle—. Aquí hay tela suficiente como para hacer cortinas a toda la casa.

Estalló en carcajadas y por dios, qué bien sentaba. No se dio cuenta de lo nervioso que estaba hasta que vio esa calidez en la mirada femenina y fue consciente de que ella lo había advertido.

—¿Mejor?

—Contigo, siempre.

Ella asintió y se cogió de su brazo.

—Espero que puedas caminar, porque esta cosa parece decidida a comerse el espacio a mi alrededor.

—Vas a necesitas algo más que un vestido para mantenerme lejos de ti, brujita.

—No sabes lo mucho que me alivia saberlo —replicó apretándose suavemente contra él antes de volverse y ser consciente de los dos hombres que esperaban a un lado de la antesala—. Caballeros. Buenas noches a los dos.

—Esta noche estás encantadora, querida hija —Su padre tomó la mano libre de su esposa y se la llevó fugazmente a los labios—. Tendrás al aquelarre a tus pies.

—Y podrás pisotear a algunos de sus miembros como se merecen por su falta de modales —añadió James mirándola con verdadero orgullo—. Arrebatadora y elegante, mantén esa mirada en tus ojos, querida, y no habrá un solo hombre o mujer que esta noche no reconozca en ti lo que eres; la Bruja del Baile.

—Me tomaré eso como un cumplido, James.

—Bien, porque lo es —admitió él satisfecho.

—¿Sabes si Kieran ya ha llegado? —preguntó volviéndose ahora hacia él—. Mi madre dijo que estaba de camino, pero no sé si…

—¿Acaso pensabas que iba a perderme esta noche? —La inesperada voz masculina hizo que todos se volvieran para ver entrar al aludido vestido de gala—. Ni por todo el oro del mundo. —Su amigo recorrió a la mujer de la cabeza a los pies y dejó escapar un silbido antes de volverse hacia él—. Hermano, tienes una suerte que no te mereces. Te has llevado a la belleza del baile incluso antes de que haya comenzado. Estás preciosa, primita, de verdad.

—Me alegra ver que eres capaz de ser puntual para variar —le soltó ella arrancándole una risita que hizo que se girara para mirarle—. No te rías. Tiene serios problemas con la puntualidad.

—Ya veo —admitió risueño.

Una pequeña sacudida recorrió el salón interrumpiéndoles. Fue breve, casi imperceptible, pero tanto él como su padre sabían perfectamente a qué se debía.

—Dime que has sentido eso —mencionó Blaire mirando a su alrededor como si esperase que el hechizo que habían elaborado más temprano estuviese a punto de hacerse pedazos.

—El consejo del aquelarre está aquí —informó Seamus mirando a James, quién asintió.

—No se les puede acusar de ser discretos —chasqueó su *Primario*—. Han venido con toda la pompa y ceremonia posible.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre recibir a los invitados? —Se volvió hacia ella, quién asintió en respuesta.

—Que el salón lo haría por nosotros —pronunció las mismas palabras que él le había dicho y echó un vistazo hacia la puerta cerrada al otro lado de la antecámara—. Ahora entiendo a qué te referías.

Como si todos los invitados se hubiesen puesto de acuerdo, el hechizo que tenían en marcha volvió a vibrar; los miembros del aquelarre habían respondido a la invitación.

—Recuerda —se volvió hacia ella y le apretó suavemente la mano que todavía mantenía en su brazo—. Eres mi esposa, la dueña de mi corazón y me importa una mierda lo que digan los demás. Eres mía y lo serás hasta el final de mis días. Mi bruja y mi Alta Hechicera. Siempre.

—Mi marido y *Alto Hechicero* —correspondió aferrando sus dedos un momento—. Eternamente.

—Me gusta como suena eso.

—Lo sé.

La besó fugazmente en los labios, aunque deseaba hacer más, mucho más. Esperó a que James ocupase su lugar, cediéndole el brazo de su esposa y se volvió hacia su padre y su mejor amigo.

—Démosles la bienvenida antes de que empiecen con los cotilleos —señaló su padre con palpable ironía—. Odiaría perdérmelos.

Lo miró de soslayo y luego se volvió hacia Kieran.

—Gracias por aceptar estar a mi lado en esto.

—¿Bromeas? —Replicó él y le puso una mano sobre el hombro—. Es lo más divertido que me han pedido hacer en mucho tiempo.

Una declaración de intenciones, pensó, una forma rotunda de decirle al consejo y a todo el aquelarre que en aquella casa, en aquel baile y en el seno de los Bryson siempre habría cabida para la familia de su esposa; su propia familia.

Echó un último vistazo hacia atrás y asintió ante la mirada ansiosa de su mujer.

A Blaire iba a salírsele el corazón del pecho en cualquier momento, pensó después de haberlos visto desaparecer a través del umbral de la puerta que llevaba al salón de baile; un espacio que no había estado allí esa misma mañana, al igual que la antesala en la que esperaba en compañía de James.

Estaba nerviosa, ansiosa, deseosa de acabar de una vez con todo aquel asunto y volver a disfrutar de la vida que había tenido esos últimos días. Quería descubrir al hombre que era su marido, aprender más sobre él, pasar tiempo a su lado y no preocuparse por nada como esto.

—Dime que no tendré que volver a hacer algo como esto en toda mi vida —murmuró volviéndose hacia James.

—El *Baile de la Bruja* solo se celebra una vez —la tranquilizó él—. Ahora que si quieres dar fiestas cada año, eso ya es cosa tuya.

—Antes muerta —replicó de manera abrupta, cosa que lo hizo sonreír.

—No te preocupes, Blaire, después de esta noche nadie que tenga dos dedos de frente se atreverá a molestaros ni a Iver ni a ti, no si quieren seguir gozando del favor del aquelarre —le aseguró—. Lo más probable es que vuelvan a prepararse para intentar cazar a algún nuevo hechicero el año que viene. No será una presa tan interesante como Iver, pero las hijas de los patriarcas seguro que encuentran a alguien nuevo a quién atormentar.

—¿Ese es el pasatiempo nacional o qué?

El hombre se rio entre dientes.

—Hay quienes aspiran a ser algo más que simples brujas, otras intuyo que solo desean escapar del encorsetado del aquelarre, sea como sea, no es algo de lo que tendrás que preocuparte ya —aseguró y la miró de soslayo—. Y pasará bastante tiempo antes de que tengas que preocuparte por lo que hagan vuestros hijos.

Se atragantó y empezó a toser, cosa que le hizo si cabía más gracia a su acompañante.

—Te has pasado —lo miró acusadora.

—Mis disculpas, *miladi* —replicó burlón, pero estaba claro que no lo sentía lo más

mínimo.

Sacudió la cabeza y resopló.

—Si quieres que me dé un ataque antes de entrar en ese salón, vas por buen camino, James —lo miró acusadora.

—Iver me mataría si hago eso.

—Y no sería el único —lo apuntó con el dedo—, porque tú serías sin duda mi primera víctima.

—*Auch*. —Se llevó la mano al corazón, pero estaba sonriendo cuando se volvió hacia la puerta y vio cómo las luces del interior cambiaban—. Ha llegado el momento, querida. ¿Lista?

Siguió su mirada y respiró profundamente.

—Ni lo más mínimo, pero dudo que llegue a estarlo así tuviese todo un año por delante para mentalizarme, así que —aceptó el brazo que le tendía y aferró el vestido a fin de levantar un poco la parte de delante y evitar cualquier posible traspiés—, acabemos con esto de una vez.

—Recuerda —le dijo posando su mano sobre la de ella—. Eres la señora de *Braid Manor*, estás en tu hogar, este es tu baile y si en algún momento quieres mandar a alguien a la mierda, solo hazlo.

—Me estás dando vía libre para ser sarcástica, ¿verdad?

—Te estoy dando vía libre para que seas tú misma, Blaire Bryson, solo eso —replicó antes de instarla a caminar—. Vamos.

Volvió a respirar profundamente y se dejó llevar del brazo hacia el salón de baile. A medida que se acercaban a la puerta las voces se hicieron más palpables, la suave música de cámara llenó sus oídos del mismo modo en que lo hizo el repentino silencio que precedió a la voz sensual, profunda y firme de su marido.

—Soy consciente del revuelo que generó mi elección de esposa entre algunos sectores del aquelarre. He oído voces aprobadoras y también otras que ponían en tela de juicio mi salud mental con respecto a este asunto. Por ello y para terminar de manera definitiva con cualquier duda que pueda existir en el seno de nuestro coven, se está celebrando hoy el *Baile de la Bruja*. —Las palabras de Iver eran firmes, no dejaba lugar a réplica, lo que hacía que cada uno de los presentes estuvieran atentos a lo que decía—. Sí. Mi esposa no nació bendecida por el poder que corre por mis venas, por el que nutre a este aquelarre, pero es bruja. Sí. Es sierva. Hija de una estirpe que ha estado siempre a nuestro lado, protegiendo nuestros secretos, cuidándonos como solo alguien que conoce nuestros dones y no los comparte, podría hacerlo. Es posible que mi elección haya sido un capricho del destino, pero he sido lo bastante afortunado para conocer el amor con esta mujer, para amarla incluso cuando pensé que nunca podría ser mía y ahora que lo es, nada y nadie la ofenderá sin ofenderme a mí también.

Una pausa y su voz sonó fuerte, ruda y absolutamente dominante.

—Ante los miembros del consejo, ante vosotros, mis hermanos de aquelarre, presento a mi otra mitad, la bruja que comparte mi caudal, señora de *Braid Manor* y *Alta Hechicera* de Bryson.

El murmullo estalló al escuchar la última parte del discurso de Iver y se extendió como un reguero de pólvora entre los invitados. Pero de igual modo, tan rápido como empezó, fue perdiendo fuelle hasta convertirse de nuevo en un inesperado y sepulcral silencio solo roto por los tacones de sus zapatos mientras se abría paso a través de un mar de gente hacia el hombre que la esperaba al otro lado del salón con la mano extendida hacia ella.

Blaire dejó de ver a nadie más que a él. Dejó de importarle toda esa marabunta de rostros anónimos, ignoró las miradas de sorpresa, los gestos demudados, las expresiones curiosas y las de desazón. Correspondió con una sonrisa a su madre, quién estaba de pie al lado de lord y lady Bryson, asintió con la cabeza en dirección a Kieran y no pudo evitar emocionarse al ver a su tía y a su tío guapos y elegantes, a su lado. Esa era su familia y no podía estar más orgullosa de ellos.

Caminó con decisión, manteniendo la cabeza erguida y la mirada fija en su compañero, quién sonrió e incluso le dedicó un breve guiño solo para sus ojos.

—Mi señora —la recibió. Agradeció a James con un gesto y cerró los dedos sobre la mano que puso sobre la suya—. Aquí está tu aquelarre. —Con eso se volvió hacia los presentes, llevándola de su mano para posicionarla a su lado—. Aquelarre, aquí está vuestra *Alta Hechicera*, lady Bryson.

Respiró hondo, miró una vez más a su familia y vio el gesto casi imperceptible de su madre.

«Puedes hacerlo. Solo sé tú misma».

Sus palabras resonaron en su mente como tantas otras veces, aferró la mano de Iver y tras mirarlo y obtener su asentimiento, le soltó y dio un paso adelante.

—Damas y caballeros, hermanos y hermanas, bienvenidos al *Baile de la Bruja*.

Al pronunciar la última palabra, el salón estalló en un caleidoscopio de luces que se convirtió en una lluvia dorada cuya melodía nacía de lo más profundo de sí misma, del lago que había visitado, de la ciudad que adoraba, de la tierra que amaba y que la reconocía como una de sus hijas.

Sintió el caudal burbujeando en sus venas y lo dejó salir, dejó que estallase, que se hiciese más y más fuerte hasta que el suelo vibró bajo sus pies y el sonido de la magia lo inundó todo, incluida ella misma durante unos segundos más.

Y entonces un nuevo estallido de luz hizo que cayesen sobre los presentes una intensa lluvia de pequeñas flores; cardos.

—Soy Blaire Bryson, señora y *Alta Hechicera* de *Braid Manor* —declaró con voz firme, deslizando ahora los ojos sobre todos los presentes—. Quién desee darme la bienvenida, puede quedarse y disfrutar de la velada, en caso contrario… Ya sabéis dónde está la puerta.

Silencio sepulcral. Eso fue lo que inundó el salón antes de que alguien estallase en carcajadas, seguido por algún que otro más y Lauren, la asistente de Iver y actual miembro del consejo diese un paso adelante e inclinase la cabeza con gesto respetuoso.

A la mujer le brillaban los ojos y a duras penas contenía una sonrisa mientras decía.

—Es un honor daros la bienvenida al aquelarre, querida lady Bryson —aseguró y acto seguido dio un nuevo paso adelante para cogerle las manos—. Sabía que ibas a gustarme desde el primer momento en que te vi, pero después de hoy, eres sin duda una de mis personas favoritas.

Sonrió en respuesta.

—Gracias, Lauren.

Alguien carraspeó y otro miembro del consejo dio un paso adelante.

—No hay mayor honor para el consejo que darle la bienvenida a la nueva *Alta Hechicera* de Bryson —declaró respetuoso. Le tomó la mano y se la llevó a los labios. Entonces se volvió hacia Iver, quién permanecía un paso por detrás de ella—. Iver. Hiciste una buena elección.

—La mejor, sin duda —replicó él al tiempo que se adelantaba y le rodeaba la cintura con un brazo—. Y la única que podía hacer.

—No sientes precedentes, anda —le dijo, cosa que pareció gustarle al hombre, ya que esbozó una divertida sonrisa y asintió.

A partir de ese momento empezaron a pasar gente y más gente por delante de ellos, dándole la bienvenida, deseándoles buena suerte en su matrimonio e incluso hubo quién los invitó a tomar el té a fin de conocer mejor a la nueva hechicera.

—Lady Bryson… —Reconoció la voz como la de una de las chicas que habían estado aquel día en el salón de la mansión, justo cuando Iver irrumpió desatando el caos—. Bienvenida a nuestro aquelarre. Y permitidme ofreceros una sincera disculpa en nombre de mi familia por el obsequio de bodas que recibisteis.

—Lady Glamis. —Iver le dio nombre a la mujer, evitando que tuviese que preguntar quién era ella—. Es la hija menor de Duncan McNully, uno de los patriarcas del aquelarre.

—Lord Bryson —saludó ella con un gesto educado—. Mi más sincera enhorabuena por vuestro matrimonio.

—No es necesaria la disculpa —mencionó Blaire inclinándose hacia ella—. Estaba presente cuando este mentecato hizo lo que hizo. Entiendo y sé cómo pudiste haberte sentido. Así que no me lo tomé como algo personal. Después de todo, me encantan los cardos.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Gracias —admitió y pareció decirlo de verdad—. Sin duda nos has dado a muchos de los aquí reunidos una buena lección esta noche. Espero que podamos encontrarnos de nuevo más adelante y sin estas circunstancias de por medio. Me gustaría de veras.

Bueno, aquello sí que era inesperado, pero de algún modo la franqueza de la chica le había gustado, así que asintió aunque sin comprometerse.

—Dado que pertenecemos al mismo aquelarre, es posible que se dé alguna oportunidad.

La chica asintió satisfecha, hizo una reverencia y se marchó.

—Eso ha sido… inesperado.

—Afortunadamente las nuevas generaciones vienen empujando a las antiguas y con ello también van quedando de lado algunas actitudes un tanto arcaicas —mencionó Iver al tiempo que la cogía de la mano y se excusaba con la gente que se acercaba a ellos a fin de sacarla del nutrido grupo de gente con el que habían estado reunidos. Atravesaron el salón hasta el lugar en el que permanecían sus respectivas familias.

—Si escucho un solo halago empalagoso más, fulmino a alguien —mencionó su marido deteniéndose junto a su padre.

—Blaire, ese discurso tuyo ha sido… Brutal —aseguró Kieran tendiéndole una copa de champán—. Si queréis quedaros os portáis bien, sino ahí está la puerta. Muy tú.

—¿No me decís siempre que sea yo misma? —replicó poniendo los ojos en blanco—. Pues eso fue lo que hice.

—Y por todo lo alto —admitió su marido riéndose también—. Pensé que a alguno de los presentes le iba a dar un infarto cuando te escucharon.

—¿Y las flores? —añadió Beth—. Fue lo más bonito que he visto en mi vida.

—Pura ironía —admitió James también divertido—. Bien hecho, *miladi.*

—Gracias —asintió sonriendo y se fijó en sus tíos—. Me alegra tanto teneros aquí.

—Somos tu familia, cariño mío, siempre que nos necesites, aquí estaremos —aseguró su tía abriéndole los brazos a los que no dudó en ir—. Siempre, Blaire.

Asintió y miró a su tío.

—Estás muy guapo, Harold.

—No podía ser menos cuando se trata de halagar a su sobrina favorita —aseguró su esposa, mirándole con picaresca incluso a su edad.

—Es vuestra única sobrina —replicó Kieran ganándose una mirada de su madre.

—Tú calla, zoquete.

Se rio. Rompió a reír sin más, feliz, agradecida de estar rodeada de esa gente, de todos ellos.

—Y ese es el sonido más hermoso de todos —mencionó su madre visiblemente emocionada.

—Lo es, sin duda —aseguró su marido y antes de que pudiese saber que estaba pasando, volvió a cogerla de la mano—. Ahora volvemos…

—¿A dónde…? —No pudo ni terminar de preguntar, pues ya estaba arrastrándola de nuevo

a través del salón hacia una de las puertas acristaladas abiertas, aquellas que daban a los jardines que habían creado para la ocasión—. Vale, ¿vas a decirme qué estás…?

Iver le cubrió los labios con un dedo y se acercó tanto a ella que casi pudo verse reflejada en sus ojos.

—Te quiero —le dijo—. Eres mi pasado, mi presente y mi futuro.

—Y tú el mío —aceptó cogiéndole el dedo y dándole un beso en la yema.

Sin una palabra, sonrió e hizo lo impensable. Cayó sobre una rodilla delante de ella, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo una pequeña cajita que abrió al momento.

—Sé que hemos empezado la casa por el tejado —aseguró con voz firme—. Te até a mí, sin pedirte permiso, sin preguntarte siquiera, pero no puedo arrepentirme por ello, no porque te tengo. Los arcanos decidieron bendecir nuestra unión y tampoco pudiste opinar al respecto. Hace algún tiempo te dije que un día te pediría que me dijeras que sí…

—Iver…

—Sé que tienes razones más que suficientes para no desear una boda, que tus heridas del pasado están lejos de sanar, pero estoy dispuesto a ser el que cure cada una de ellas, cueste lo que cueste y nos lleve el tiempo que nos lleve, así que… —Respiró profundamente, le cogió la mano y le preguntó—. ¿Blaire Edwina Bryson, me harías el inmenso honor de convertirte en mi esposa, de darme ese sí que nunca has podido pronunciar y pasar el resto de tu vida a mi lado?

Blaire se lo quedó mirando en silencio, el pasado irrumpiendo de nuevo en su presente como una poderosa fuerza. Pero ya no tenía poder sobre ella, se dio cuenta mientras se agachaba, sonreía y asentía con la cabeza.

—Al fin me lo preguntas.

—¿Qué puedo decir, amor mío? —le dijo él con esa perezosa y traviesa sonrisa—. No tenía pensado elegir a una esposa de la manera en que te elegí a ti.

—¿No me digas? —replicó sarcástica.

—¿Blaire?

—¿Qué?

—¿Vas a contestarme? Esta no es la posición más cómoda del mundo —mencionó recordándole que seguía sobre una rodilla.

—Serás tonto —se rio, echándose a sus brazos y empujándolo de paso contra el suelo—. Mi respuesta es sí, Iver Gideon Bryson. Mi respuesta es sí.

—Al fin —rio. Recuperó el anillo y se lo introdujo en el dedo—. Mira que eres difícil.

—¿Difícil? ¿Yo? —jadeó—. Anda ya.

—Te quiero, mi dulce hechicera.

—Y yo a ti, Iver, y yo a ti.

by Kelly

EPÍLOGO

Blaire nunca pensó en que llegaría el día en que se sentiría cómoda otra vez llevando un vestido de novia. Los recuerdos de la mañana en la que debería haber dado el sí quiero al hombre con el que iba a casarse estaban teñidos de miedo, pena y dolor. Había sido un largo camino el recorrido desde entonces, un momento decisivo que cambió su vida por completo y la llevó al lugar en el que le esperaba su futuro.

Sonrió cuando la brisa del lago le agitó el pelo suelto, sintió el tirón del viento en la falda de su nuevo vestido de novia, uno que ni era blanco, ni tampoco tenía tul y que sin embargo representaba a la novia que siempre había querido ser. Aferró aún con más fuerza el ramo que tenía en la mano y abrió sus sentidos a todo lo que la rodeaba.

La ceremonia de unión de manos se había celebrado aquella tarde al aire libre, a orillas del lago que los había visto separarse y volver a reunirse años después. Solo ellos, en compañía de su familia y amigos, los únicos que comprendían mejor que nadie lo que aquel momento significaba para ambos.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza intentando llenarse los pulmones con la paz y la calma que se respiraban en aquella orilla. Las ramas del delgado árbol que hundía sus raíces en las aguas del lago se sacudían sobre su cabeza apagando cualquier otro sonido, así que no fue consciente de que su marido estaba a su lado hasta que los fuertes dedos se enlazaron en los de ella.

—Aquí estás —le escuchó murmurar.

Abrió los ojos y se volvió a mirarlo. Los ojos azules de Iver relucían con ese particular poder, con el caudal mágico que habitaba en su interior y que ahora compartía con ella. Este era el hombre que amaba, el que había esperado con paciencia hasta el momento en que sus caminos volvieron a encontrarse y pudo reclamarla al fin para sí.

—¿Eres feliz, brujita? —le preguntó mirándola, esperando paciente la respuesta a esa

pregunta.

Se lamió los labios y asintió.

—Ahora sí, amor mío, ahora sí.

FIN

by Kelly

Una bruja para el irresponsable de mi jefe

UNA BRUJA PARA EL IRRESPONSABLE DE MI JEFE

Estar en el lugar y momento adecuado te trajo a **Allison Reid** el mayor de los problemas. Poco podía imaginarse que asistir a su jefe en un momento de necesidad acabaría convirtiéndola en su nueva esposa. Después de todo, ¿qué *Alto Hechicero,* en su sano juicio, elegiría a una bruja que no tenía una pizca de magia?

Ahora, con el caudal de su pareja corriéndole por las venas y sin tener la menor idea de cómo contenerlo o utilizarlo, mantener el anonimato se le había cada vez más complicado. Sobre todo porque su jefe no sabía que la bruja que había elegido era en realidad su secretaria.

Cameron McNamara se tenía por un hombre cabal y responsable, al menos hasta el desastre de aquella noche. Con el caudal de su magia sobrepasando los límites de un *Alto Hechicero* y amenazando con hacerle perder no solo sus emociones, sino también su propia vida, no le quedó otra que actuar a la desesperada y vincularse a la primera bruja que sintió a su alrededor.

Lo que prometía ser una elección precipitada e irresponsable que podría solucionar, se convirtió en un verdadero problema cuando se dio cuenta de algo; no tenía la menor idea de quién era su nueva esposa y ella no había tenido el detalle de quedarse a su lado para que pudiese averiguarlo.

Una bruja novata en busca de amor, un irresponsable Alto Hechicero dispuesto a conservar lo que el destino le ha dado y un escenario mágico en el que cualquier deseo puede hacerse realidad.

PRÓLOGO

Lo único interesante que había en aquel salón de recepciones era la bebida.

Un *whisky* jodidamente bueno.

Cameron McNamara llevaba la última media hora disfrutándolo a solas, lejos del bullicio, de las *«hijas del aquelarre»* que los oportunistas padres le ponían en el camino.

Él era el *Alto Hechicero de Dublín*, uno de los pasteles más jugosos, el espécimen más deseado, títulos que debía a su santa madre; la hija de puta estaba más que decidida a aumentar el pedigrí de su familia con alguna de las más importantes del aquelarre.

Si había alguien que adoraba el poder, esa era la señora Deidre McNamara, algo que, para su eterno disgusto, no había heredado el mayor de sus dos hijos.

El *Brujo de Hielo*. El mujeriego incorregible. El *hombre de Hierro*. El *Tiburón de las Finanzas*.

Tenía suficientes epítetos como para servirse de uno cada día de la semana.

Cam sabía cómo lo veía la gente.

Era un hombre brusco, cortante y frío, despiadado en los negocios, un auténtico hijo de puta carente de empatía, un tipo que no pasaba mucho tiempo con la misma mujer y dejaba una hilera interminable de corazones rotos a su paso.

Una máscara ideal para mantener a raya a los oportunistas y a las brujas solteras y ávidas de poder que deseaban un pedazo de él. Cam no era su padre, nunca sería como él, alguien lo bastante tonto como para dejarse enredar en las garras de una mujer como su madre; una auténtica bruja, en el sentido más poético de la palabra.

Bebió la copa de golpe y se quedó quieto, con los dedos agarrotados alrededor del vaso de cristal.

El caliente y agudo dolor de un cuchillo de hielo cortando a través de sus entrañas lo dejó sin aire. Apretó los dientes y retuvo el quejido que pugnaba por salirle de la garganta mientras apoyaba la mano libre contra el mueble. Una película de sudor le perló la frente mientras luchaba en silencio con aquella agonía.

El periodo de gracia había llegado a su fin.

El vaso estaba rebosando y ya no había manera de detener el exceso de caudal que lo inundaba.

Se le había terminado el tiempo y, si no le ponía remedio de manera drástica e inmediata, lo perdería todo, empezando por sus emociones y su identidad.

Su poder había llegado al máximo y su cuerpo ya no podía contener el caudal.

Había sido consciente de lo cerca que estaba. Su poder llevaba meses actuando de manera errática, pero en las últimas semanas se había convertido en una bestia salvaje a la que a duras penas era capaz de sujetar las riendas.

Esto era culpa suya. No podía echarle la culpa a nadie más por su propia negligencia, por su incapacidad de sobreponerse a la pérdida y permitir que la rabia y el rencor lo hubiesen conducido hasta estos extremos.

Tenía que ponerle fin ahora, en este mismo instante y solo había una maldita forma de hacerlo; unirse a alguna de las irritantes brujas carentes de cerebro que pululaban por el salón de baile.

Respiró a través del dolor y volvió a servirse una nueva copa con mano temblorosa.

Había cogido la botella de una de las mesas de la fiesta y se había marchado con ella después de cumplir con sus anfitriones, ocultándose de las aves de presa con trajes de noche y espesas pestañas que seguían cada uno de sus movimientos a la espera de lanzarse en picado sobre él.

Siseó con disgusto cuando el líquido rebosó el borde del vaso, plantó la botella de golpe a un lado, con tan poca fiabilidad que acabó cayendo al suelo y tomó la bebida entre los agarrotados dedos para bebérsela de golpe como si fuese agua.

Agradeció el ardor que le recorrió la garganta, el único calor que atravesaba el helador frío que le recorría los huesos y le despejó la mente.

Había terminado el tiempo de compadecerse a sí mismo, de pensar en algo que ya nunca se haría realidad, de darle la espalda a la traición y afrontar el destino que le había tocado vivir.

Tenía que conformarse, superar el escollo actual de la manera en que fuese o arriesgarse a perderse para siempre. Solo había dos caminos para un Alto Hechicero que llegaba al punto de ruptura; dejar que el caudal lo destruyese y su magia ahogara para siempre todas sus emociones o compartirlo con una bruja, alguien capaz de drenar el exceso de su poder convirtiéndolo en el suyo propio.

Sí. Era una putada ser Alto Hechicero. Habría dado todo lo que tenía por ser un simple brujo, al menos no tendría estos problemas.

Se alejó a trompicones del mueble, el vaso resbaló de sus dedos y rodó por el suelo mientras se apoyaba en la pared y se dejaba caer hasta terminar sentado en el suelo.

Intentó respirar a través del frío que sentía en su interior, del hielo que parecía deslizarse por sus venas, congelándole la sangre y que hacía latir con mayor lentitud su corazón.

—Nunca confíes… en la palabra… de una bruja… —siseó entre dientes, dejando caer la

cabeza hacia delante—. Nunca… jamás… le entregues el corazón a una maldita hechicera… o te lo hará pedazos y se lo comerá delante de ti.

Sacudió la cabeza y gimió, doblándose ahora por la mitad cuando una nueva ola de agonía lo atravesó y lo dejó boqueando en busca de oxígeno como un pez fuera del agua. Los ojos se le llenaron de lágrimas, cristalizando sobre su rostro para caer al suelo como diminutos diamantes de hielo.

Tenía frío. No era como nada que hubiese sentido antes, nada que ver con el helado borde de su poder, esto era congelación en estado puro, como si la muerte estuviese deslizando la mano por su alma, arrancándole cada una de sus emociones.

—De… de acuerdo. Tú… tú ganas… —siseó con la boca seca, los labios rígidos y doloridos como si el hielo se hubiese extendido a ellos—. Quién sea. La que sea. Solo búscala y acaba de una vez.

Haciendo un titánico esfuerzo por respirar a través de los helados pulmones y rogando que aquello no matase a alguien más que a sí mismo, soltó las riendas sobre su caudal y dejó que fluyese en busca de un recipiente, una línea afín a la que unirse, alguien que acabase con esta maldita agonía.

«Maldito idiota».

Un susurro lejano. Un hilo de voz que a duras penas consiguió arañar la entumecida y helada superficie de su conciencia.

«¡Para! ¡Vas a matarte a ti mismo!».

Quizá eso fuese mejor que la alternativa, pensó para sí mismo, incapaz de proyectar esas palabras, de hacer algo más que dejar que el hielo se fuese haciendo más y más espeso a su alrededor.

«Si te mueres, juro que iré a buscarte al mismísimo infierno y te traeré de vuelta, Cameron McNamara».

La irritación en aquella voz era de tal magnitud que quiso reír en respuesta. Estaba convencido de que su madre habría pronunciado esas mismas palabras de encontrarse ahora frente a él. Pero esa bruja no era su madre. En realidad, ni siquiera estaba seguro de que fuese una bruja, pues no sentía ese chisporroteo de la magia que identificaba a las hijas del aquelarre.

«Respira, maldito, respira».

Ella estaba muy, pero que muy irritada con él y juraría que había algo más en su voz. ¿Preocupación?

«No me hagas esto, hechicero. A mí no. Te mataré yo misma si te me mueres ahora».

Sin duda sería un inconveniente, pensó. Él no quería morir, no tenía la más mínima intención de hacerlo, pero el hielo seguía creciendo a su alrededor, cristalizaba en su interior congelando cada resquicio de su ser.

Tú. Serás tú.

El hielo se detuvo durante un latido, vacilando, como si el caudal de su magia hubiese encontrado el cauce adecuado a través del cual fluir.

Tú.

«Vamos, estúpido hechicero. Vuelve. Vuelve conmigo».

Calor. En sus labios. En su garganta. Llenándole los pulmones.

Desde este momento hasta la eternidad.

El crujido del hielo al derretirse inundó sus sentidos. Una suave calidez empezó a extenderse por cada uno de sus órganos, se envolvió alrededor del río de hielo que era su caudal y lo encauzó, haciéndolo fluir con mayor facilidad.

—Te… elijo… a ti… —respiró un aliento con sabor a fresas, con un toque de champán y helado de vainilla—. Solo a ti…

El agónico dolor empezó a remitir y sus labios, entumecidos, empezaron a moverse con mayor facilidad, dejando salir las palabras que se había resistido a pronunciar, que había guardado para alguien que no se las merecía.

—¿Qué? No… No, no, no… No puedes…

No prestó atención a ese murmullo, ignoró el pánico subyacente en esa suave voz, solo podía hacer una cosa, la única correcta…

—Mi vida será tu vida, mi fuerza será tu fuerza, mi don será tu don… —musitó y con cada nueva palabra pronunciada, el hielo se convertía en fuego, en calor, en alivio—, te acepto y te recibo para que nuestros caminos se conviertan en uno.

Un tirón. El cierre absoluto de algo, una conexión irrompible y su inestable caudal restableciéndose hasta convertirse en un plácido río en su interior.

Abrió los ojos, dándose cuenta por primera vez hasta el momento que los había mantenido cerrados. Le pesaban los párpados y tenía dificultad para enfocar bien, tanto que pensó que lo que estaba viendo en esos momentos no podía ser la imagen real de la destinataria de su vínculo.

—Cameron McNamara, eres el imbécil más grande de toda la historia.

Su voz sonó ahogada, sus labios ni siquiera se movieron, ¿pero cómo hacerlo cuando ella hablaba detrás de una máscara?

—Lo… sé… —se las ingenió para dejar que esas dos palabras atravesaran sus labios—. Guárdame… el secreto, ¿vale… espo…sa?

—No, no, no… Esto está mal, está muy mal. Tienes que desdecirte, tienes que elegir a una bruja… Yo no soy…

—Demasiado… tarde, ya es… demasiado… tarde… para ambos —musitó al tiempo que se esforzaba en levantar el brazo, el cual de repente le pesaba una tonelada. Frunció el ceño y vio sus propios dedos desdibujados mientras tocaba la máscara e intentaba retirársela.

—No puedes…

La máscara se desprendió y se encontró con una piel suave, clara, salpicada de pecas y unos ojos cerrados. Abrió los dedos para dejar caer el elaborado antifaz y le rozó uno de los párpados con la yema de uno de los dedos.

—Ábrelos…

Sacudió la cabeza, rompiendo el contacto y privándole del calor que tanto necesitaba en esos momentos.

Cameron sonrió, al menos creyó hacerlo, pues un segundo después sus propios ojos empezaron a cerrarse, cediendo al cansancio y al titánico esfuerzo al que había sido sometido su cuerpo.

Hablaremos después.

No sabía si lo había dicho en voz alta o solo en su mente, pero tampoco tuvo tiempo para confirmarlo, pues la oscuridad llegó para llevárselo de una buena vez.

CAPÍTULO 1

Allison era lo que se conocía en su mundo como una bruja nula, alguien nacido dentro de un aquelarre, pero carente de magia. No podía hacer ni un simple hechizo, ni siquiera era capaz de ver las líneas de poder. Sus padres eran brujos, pero ella había resultado ser una nulidad absoluta.

Hubo un tiempo en que eso la había preocupado, en el que la hizo sentirse inferior, pero hoy por hoy estaba más que agradecida de no tener que formar parte de la lista de *hijas del aquelarre* disponibles en el mercado matrimonial brujeril.

Su comunidad no era especialmente grande, por lo que los matrimonios entre casas o familias eran de los más comunes, sobre todo cuando se trataba de mantener el equilibrio y la seguridad de una existencia que había sido perseguida y diezmada durante siglos.

En la antigüedad se quemaba a las de su clase por practicar la brujería. La palabra bruja era un estigma, una puerta abierta al desastre. Hoy, sin embargo, se asociaba con charlatanes, cuentistas y gabinetes telefónicos en los que las personas más incautas se dejaban el sueldo.

Adivinación. Ese era un don extinto, hacía siglos que no nacía una bruja con clarividencia, lo cual era una bendición; nadie quería tener semejante carga sobre sus hombros.

Y para algunos también lo sería no nacer como *Alto Hechicero,* pensó escuchando el sonido amortiguado de la discusión que se estaba teniendo en esos momentos en la oficina de su jefe.

Cameron McNamara era el soltero de oro de su comunidad, un premio deseado y también codiciado por las féminas del aquelarre… o al menos lo había sido hasta el pasado viernes, en el que cometió la estupidez más grande de todas.

Su condición era un don. No eran muchos los hombres que nacían con un caudal inagotable de poder, con una habilidad natural para conectarse con las líneas de energía que formaban el entramado de la vida y alimentaban la tierra. Pero ese don también era una trampa mortal en sí misma, un destino dictado desde el nacimiento, pues al contrario que el resto de las brujas y brujos, su caudal no era finito, no se drenaba con el uso, sino que iba in crescendo hasta el punto en que ya no podía contenerse y era necesario canalizarlo.

De ahí que se necesitase de un vínculo de unión con una bruja, una conexión entre dos

almas, un canal a través del que poder encauzar ese exceso de magia y mantener así el equilibrio. El caso contrario sería arriesgarse a perderlo todo; la identidad, las emociones que daban forma a la persona que era hasta convertirla en una cáscara vacía y permitir que el exceso de poder campase a sus anchas creando estragos.

La última vez que un *Alto Hechicero* cruzó la línea y perdió sus emociones, diezmó a todo su aquelarre y el pueblo en el que vivía antes de que fuese apresado y quemado en la hoguera; un suceso acontecido hacía siglos, pero que seguía muy presente en las mentes de todos los usuarios de las líneas de poder y les recordaba el precio a pagar.

Así que, por regla general, los escasos hechiceros que existían hoy por hoy en el mundo, eran muy conscientes de su legado y se aseguraban de evitar ese destino incluso antes de que empezaran a notarse los primeros síntomas de ese tope de poder. La mayoría terminaban en matrimonios concertados, lo cual llevaba a las principales familias del aquelarre a preparar a sus hijas a fin de convertirse en posibles candidatas.

Por supuesto, también los había lo bastante imbéciles como para jugar con el destino e ignorar todas y cada una de las señales hasta que ya era demasiado tarde.

Tan tarde como para vincularse a la primera bruja que encontraba a mano, sin pararse a pensar en quién era ella, si era adecuada para recibir su caudal o si estaba interesada en atarse a un *Alto Hechicero*. El instinto primaba sobre todas las cosas, la supervivencia y el amor por la vida eran difíciles de eludir, sobre todo cuando la otra opción era convertirse en una cáscara vacía y carente de emociones.

Su jefe era un completo imbécil.

Y la prueba más reciente de ello estaba abandonando ahora mismo la oficina con gesto airado y el rostro completamente rojo.

—¡Fuera de mi camino! —Estalló la mujer, obligándola a echarse hacia atrás, pegándose a la pared para evitar que la arrollase en su intempestiva salida—. Va a lamentarlo, ya lo creo que lo hará.

Y ahí va la novena de la semana, pensó mientras seguía a la mujer con la mirada.

Elegante, con un precioso pelo negro largo hasta la cintura, una buena figura y un apellido que le había abierto más de una puerta. La furia que giró al final del pasillo hasta desaparecer de su vista era una de las hijas del aquelarre que habían decidido probar suerte reclamando para sí el puesto de «esposa» vacante.

Respiró profundamente y se volvió hacia el otro lado del pasillo, hacia la puerta abierta que ahora mostraba parte del mobiliario de la oficina principal, sabiendo lo que vendría a continuación.

—¡Allison!

Aquí vamos otra vez, resopló para sí, sabiendo lo que se encontraría nada más traspasar el

umbral de la habitación.

Si fuese una mujer inteligente, se habría despedido al principio de la semana y no habría vuelto a poner un pie en esa oficina. Más aún, no habría vuelto a pararse delante de él, pero estaba claro que la inteligencia se había ido de rositas una vez más, como lo hacía cada vez que clavaba esa intensa mirada verde sobre ella; su secretaria.

Lo dicho. Cameron McNamara era un completo imbécil.

—¡Allison!

El bramido la hizo respingar. Dos llamadas en pocos segundos. La cosa no pintaba nada bien.

—Si sigues pegando esos gritos, tu secretaria acabará por dejar también el puesto.

El tono sosegado de aquella otra voz masculina fue más que bienvenido.

—Esto es culpa tuya… —escuchó sisear a su jefe al tiempo que lo veía ahora enmarcado por el hueco de la puerta—. ¿Por qué demonios te he hecho caso?

—Porque soy tu hermano mayor y tengo las mejores ideas.

Vio como su jefe ponía los ojos en blanco un segundo antes de girarse en su dirección. Su mirada esmeralda brillaba con la magia que habitaba en su interior, el eco del enorme poder que corría por sus venas palpitaba en el ambiente, envolviéndolo como un aura y extendiéndose hacia ella como si la considerase una amenaza… u otra cosa.

Él entrecerró los ojos y los clavó sobre ella con tal intensidad que le provocó un estremecimiento. El corazón empezó a latirle más deprisa, la respiración se le atascó momentáneamente en la garganta y le temblaron las piernas ante la urgencia que sentía por dar media vuelta y evitar aquel bochornoso momento.

—Ni una sola más. No atenderé a ni una sola más de las mujeres que llamen diciendo que son mi esposa. —Sus palabras fueron como un cañonazo, el poder chisporroteaba a su alrededor, formando pequeños cristales en el aire que de repente se había vuelto más frío—. ¡Borre todas las malditas citas de mi agenda!

—Cam, baja el tono y repliega la escarcha que no estamos en el Caribe. —La voz de su acompañante llegó junto con su presencia. Uno al lado del otro deberían de haber sido dos gotas de agua, pero los gemelos McNamara eran como el día y la noche, sobre todo porque Connor, el mayor de los dos, parecía una obra de arte contemporánea en comparación con su estirado y pulcro jefe—. Allie, cariño, vacía la agenda de Cam, por favor.

—¿Todas las citas? —preguntó en tono neutral, manteniendo su acostumbrado semblante serio y profesional, la máscara tras la que se ocultaba para desempeñar su trabajo—. ¿Las de la próxima semana también?

—Cam necesita unos días libres para ocuparse de ciertos asuntos de índole personal, así que despeja toda la semana —asintió Connor, echando un fugaz vistazo en dirección a su

hermano, quién se había desentendido de ella y volvía a su escritorio.

Asuntos de índole personal. Bufó para sus adentros e hizo un esfuerzo monumental para evitar poner los ojos en blanco.

Su jefe no reconocería a la mujer con la que se había vinculado ni aunque la tuviese delante. Lo cual no dejaba de ser tan irónico como absurdo.

—¿Por qué demonios te he escuchado? Esto es una completa pérdida de tiempo —Las palabras de su jefe hicieron que su hermano se volviese ahora hacia él. Se había recostado contra el respaldo y tiraba de la corbata para desanudarla y abrirse a continuación el botón del cuello—. Así no voy a dar con esa estúpida mujer.

Allison pasó por alto el tono duro de su voz al contemplar por primera vez a ese hombre sumido en una inesperada desesperación. En todo el tiempo que llevaba trabajando para él, pronto se cumplirían cuatro años, nunca le había visto perder los papeles de esta manera. Oh, sí conocía sus frías amenazas, su voz cortante, la manera en que hacía y deshacía a su antojo sin que se le moviese un solo músculo. De hecho, conocía al ejecutivo frío, calculador, al hechicero serio y silencioso, pero era la primera vez que veía por debajo de esa cortina… O más bien, la segunda.

—Bueno, debiste pensar en ello antes de marcarte una drástica elección a vida o muerte en una fiesta, vinculándote in extremis con una desconocida enmascarada solo para perderla acto seguido —resumió su gemelo con tono irónico—. Si no hubieses mantenido este estúpido pulso hasta el final, no estarías ahora ahí sentado y lloriqueando por las esquinas.

Cameron lo fulminó con la mirada.

—Tienes suerte de estar aquí y de una pieza, Cam —añadió su hermano ahora con gesto serio. La ironía había desaparecido de su voz y su tono se endureció—. Esa bruja te salvó el culo… No solo tienes que encontrarla, sino que debes besar el suelo por donde camine. Sentí como te ibas, hermano, y no es algo que quiera volver a experimentar.

Y aquella era la señal para retirarse, pensó ella, quién había permanecido clavada en el mismo lugar, en completo silencio. La conversación que estaban manteniendo era privada, ni siquiera debería haberla escuchado y, dios sabía que no quería escuchar nada más.

—Con su permiso… me retiro.

Los ojos verdes de su jefe cayeron entonces sobre ella y Allison dejó de respirar una vez más. Levantó una mano y le pidió que esperara, aunque cualquier posible palabra que fuera a dirigirle quedó interrumpida por su hermano, quién siguió con lo que tenía que decir.

—¡Casi me da algo cuando te encontré allí tirado! Estabas completamente drenado y, de no ser por eso… —Señaló el aro tatuado en el dedo anular de una de las manos que ahora reposaban sobre la mesa—, habría pensado… lo peor.

Su jefe levantó la mano e hizo una mueca.

—Si esto no es lo peor que puede pasarle a un hombre, no sé qué lo es.

Allison procuró mantener la expresión neutral, incluso se giró hacia la salida, en un intento por darles privacidad para tratar sus asuntos, pero era difícil mantener el tipo cuando escuchaba de boca del McNamara cosas como aquella.

—No seas capullo y piensa un poco en la bruja a la que has desposado —chasqueó su hermano—. Tu pareja tiene ahora un jodido caudal de hielo del que hacerse cargo y ni siquiera sabes si es capaz de controlarlo. O cómo demonios terminó después de semejante episodio.

—Señor McNamara, volveré después y…

—¡Dado que tuvo las santas narices de largarse, deduciré que estaba en perfectas condiciones! —clamó él dando una palmada sobre la mesa al tiempo que se ponía de pie—. Fue ella la que salió huyendo, no yo. ¿Qué clase de estúpida bruja abandona a su compañero después de vincularse con él? Su sentido del compromiso deja mucho que desear.

Un relámpago de irritación la recorrió de los pies a la cabeza, apretó los puños y se contuvo de fulminarle con la mirada. Con todo, su mente se hizo eco de sus emociones, viéndose a sí misma quitándose uno de sus zapatos y luego el otro antes de lanzárselos a ese hombre a la cabeza.

Le habría encantado dar rienda suelta a esas emociones y dejar que se hicieran realidad, pero todos esos años se había conformado con dar rienda suelta a su frustración de esa manera. No creía que quedase demasiado bien en sus referencias que mencionase sus ganas de estrangularle o de golpearle la cabeza con algo contundente.

Y por dios que tenía ganas de hacerlo, unas ganas locas.

Pero tenía que pensar en sí misma, en su independencia y en lo mucho que le había costado encontrar un empleo de estas características. No podía permitirse perderlo, era su medio de vida, así que tendría que seguir guardándose para sí sus pensamientos.

Al menos hasta que todo estallase por los aires y el hombre que estaba al otro lado del escritorio descubriese quién era ella en realidad.

—Si no fuese consciente de que el cauce está abierto y mi poder sigue fluyendo hacia ella, pensaría que mi magia la habría desbordado o algo peor —siseó él con más irritación que preocupación—. Si tan solo pudiese… llegar a ella, pero es como si hubiese un maldito pozo al otro lado de este vínculo…

—Y eso es lo que encuentro tan increíble como absurdo —añadió Connor, ambos se habían olvidado por completo de su presencia—. ¿Qué clase de bruja puede escudarse así de un vínculo de esta clase? Desde el mismo momento en que ese tatuaje apareció en tu dedo, ha tenido que replicarse en el suyo propio, tendríais que ser conscientes el uno del otro, ser capaces de encontraros, de sentiros como si fueseis la otra mitad de cada uno.

—Si lo supiera no me habría pasado la maldita semana recibiendo a todas esas estúpidas

brujas sin cerebro —resopló y lanzó una mano hacia la puerta a modo de gesto—. ¡Alguna incluso se ha tatuado una estúpida banda en el dedo! ¿Qué demonios les pasa a las mujeres? Todo lo que he visto en esos malditos ojos es codicia y lujuria…

—Hasta hace una semana eras el soltero más codiciado del aquelarre, hermanito, ahora… eres el marido más deseado…

—Marido… —Escupió la palabra como si le provocase urticaria—. Un marido con la esposa equivocada.

—Esa perra te hizo un favor, créeme —resopló Connor—. No habrías sido feliz con ella, ambos lo sabemos.

Él bufó y agitó una mano.

—¿Y piensas que con esa… fugitiva sí lo seré? —Le faltó carcajearse, pensó Allison apretando los labios y mirándole ahora a través de las pestañas.

—Si tienes en cuenta el hecho de que se ha largado, eso quiere decir que al menos le da lo mismo la posición y el poder que tengas, que no está interesada en tu dinero o en el nombre de tu familia…

—Todo un consuelo, sí… —chasqueó y, al fin volvió a mirarla, a ser consciente de su presencia—. ¿Cuál es su opinión al respecto, señorita Reid?

Si le hubiese lanzado un bolígrafo a la cabeza no la habría sorprendido más.

—¿Disculpe?

—Mi esposa —respondió y agitó la mano quitándole importancia a sus palabras—. Usted es mujer. ¿Quién mejor para formarse una opinión sobre las probables causas que habrían llevado a tal criatura a desvanecerse de la faz de la tierra?

—Yo no soy su esposa.

Él enarcó una ceja ante la brusca respuesta y, para su sorpresa, incluso pareció divertido ante semejante apreciación.

—No, no lo es —admitió y la manera en que la recorrió de la cabeza a los pies la sorprendió casi tanto como la incomodó—. Pero es una mujer y piensa como una mujer. Cualquiera de sus posibles respuestas podría estar más cerca de la verdad de lo que lo están nuestras elucubraciones…

—Esta es tu oportunidad para ponerlo en su sitio, Allie.

Enarcó una ceja y miró al hombre a su izquierda, quién le guiñó el ojo a modo de respuesta.

Connor McNamara siempre había sido amable, educado y simpático con ella, todo lo contrario al témpano de hielo de su jefe.

—Ignoro cuáles han podido ser las motivaciones de su esposa, señor McNamara…

—Se lo plantearé de otro modo —declaró su jefe al tiempo que se repantingaba en la silla

y la miraba con las manos cruzadas sobre el estómago—. ¿Cuál habría sido su reacción de estar en el lugar de mi esposa?

—No… sabría decirle…

—Le prometo que no me ofenderé por su respuesta, señorita Reid —añadió él con sencillez y miró de soslayo a su hermano—. No será nada peor de lo que he escuchado ya…

Se obligó a mantener la misma expresión y aplacar su nerviosismo antes de responder.

—Supongo que… que yo habría…

—¡Cameron Dugan McNamara! —El inesperado grito acompañado por el reconocible golpeteo de un bastón la hizo respingar.

Su jefe se levantó como un resorte de su asiento, mientras que Connor dejaba escapar un profundo y malhumorado resoplido.

—Empezaba a preguntarme cuándo aparecería la fiera —chasqueó el hombre abandonando su lugar para unirse a su hermano, quién ya había rodeado el escritorio y cruzado media habitación.

Allison giró sobre sus propios tacones a tiempo de ver a la matriarca del clan McNamara, Erin McNamara, avanzando hacia ellos. Cada paso de la mujer iba marcado con un golpe del bastón en el que se apoyaba.

—¡Abuela! Pero qué placer más inesperado…

—Quita de en medio, Connor. —La mujer no se detuvo hasta detenerse frente a su jefe. Entrecerró los ojos sobre él y antes de abrir la boca, giró la cabeza como un resorte para clavar una mirada muy similar a la de Cameron sobre ella—. Tú. Fuera. Ahora.

No le cogió por sorpresa. Conocía la reputación de la dama y la había visto en acción alguna que otra vez. Su actitud y sus formas sin duda habían sido heredadas por el menor de sus nietos.

—Allison, quédese dónde está. —La voz de su jefe era más profunda y helada que nunca. No pudo evitar estremecerse al sentir ese inesperado tirón procedente de su poder.

Aquella contraorden hizo que la mujer apretase los labios en una fina línea, pero no se molestó en dedicarle un segundo vistazo, pues sus ojos volaron de regreso a su jefe.

—¿Cómo te atreves? —Siseó la dama, su poder era lo bastante intenso como para crepitar a su alrededor, para hacerla estremecerse—. ¡Eres el *Alto Hechicero* de los McNamara! ¡El señor de Dublín! ¿Tienes la menor idea de la enorme estupidez que has cometido? ¡Has podido morir o peor, hacer que te maten!

Cameron no se movió.

La mujer sacudió la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No sé dónde está mi esposa, ni siquiera sé quién coño es y la verdad, abuela, tu presencia aquí en estos momentos no es grata.

La mujer entrecerró los ojos y resopló.

—Cuando pensaba que en la familia nadie podía hacer algo más estúpido de lo que hizo tu padre al casarse con tu madre, llegas tú y haces algo como esto —chasqueó la mujer con verdadero fastidio. Alternó la mirada entre todos los presentes y bufó una vez más—. Dime quién es ella y cómo demonios la has perdido.

—Yo… Les dejaré solos —murmuró aprovechando el incómodo momento para dar un paso atrás e iniciar la retirada—. Con su permiso…

—Allison.

No le quedó más remedio que detenerse al escuchar la brusca llamada de su jefe. Se giró lo justo para encontrarse una vez más con sus ojos.

—Recoja sus cosas y váyase a casa —ordenó—. No la necesitaré más durante el día de hoy.

Lo que venía a ser un *«vete antes de que estalle la Tercera Guerra Mundial y te coja a ti en medio»*, pensó.

Asintió con la cabeza y giró una vez más sobre sus talones.

Esto no va a acabar bien y lo sabes, se dijo a sí misma, pero se contuvo de echar un vistazo hacia atrás.

No, lo más probable es que todo acabase saltando por los aires, sobre todo cuando el imbécil de su jefe se diese cuenta de que la esposa a la que llevaba buscando aquella última semana era ella.

CAPÍTULO 2

—¿Y bien? ¿Quién es la nueva señora McNamara?

—Si lo supiera, estaría llamando a su puerta para tener una pequeña conversación con ella.

—Por el amor de Dios, comparte tu caudal, solo síguelo. Sois dos extremos de un todo —chasqueó ella—. Si alguien puede encontrar a esa nueva hechicera, eres tú.

Resopló.

—Algo no va bien con el vínculo. No soy capaz de rastrearla. Es como si hubiese un muro al otro lado del caudal y ella se escondiese detrás. Deja pasar mi poder, pero nada más.

—Una bruja que puede ocultarse de su pareja cuando están vinculados… —Negó la mujer —. Eso no ha ocurrido en la vida.

—Que tú sepas, Nana —acotó su hermano, ganándose en el proceso una mirada fulminante de la dama.

—Tú cállate la boca —chasqueó mirando de la cabeza a los pies a Connor—. ¿Dónde has dejado a la pazguata de tu mujer?

Él se limitó a poner los ojos en blanco.

—Le diré a Bea que le mandas todo su amor.

—Como si fuese a creérselo —barruntó y se volvió hacia él—. Tenía la esperanza de que fueses más inteligente que tu hermano, que elegirías con cabeza. Pero no. Tenías que echarle un pulso a Deidre y salirte con la tuya. Estúpido, Cameron, lo que has hecho es algo muy, pero que muy estúpido.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con ella.

Ignoró a su gemelo, los ignoró a ambos.

En ese momento no necesitaba sermones. Sabía muy bien lo que había hecho, el error que había cometido, pero se trataba de elegir a una completa desconocida, si no permitir se le escapase de entre los dedos.

«Si te mueres, juro que iré a buscarte al mismísimo infierno y te traeré de vuelta, Cameron McNamara».

Había sido su tono de voz, su enfado y la desesperación subyacente en estas lo que le hizo reaccionar. Ella le conocía, no se trataba de un encuentro fortuito y aun así, no conseguía ubicarla, decir si había escuchado ese tono de voz alguna vez.

Tenía que ser alguien de su entorno, una mujer con la que hubiese tenido o tenía algún tipo de conexión, pero ninguna de las que había comprobado hasta el momento habían arrojado luz sobre el misterioso episodio.

Tenía una esposa, una bruja como pareja y no era capaz de encontrarla, ni siquiera a través del caudal de poder que había compartido con ella.

Lo usual habría sido sentirla, poder estirar la mano y encontrarla al otro lado de ese hilo de poder, pero cada vez que lo intentaba se encontraba con ese muro y la nada del otro lado.

Era tan extraño como inquietante.

—Sea como sea, lo hecho, hecho está y solo hay una cosa que puedas hacer ahora mismo; encontrar a tu esposa y presentarla ante el aquelarre tal y como se espera de un *Alto Hechicero* —continuó la matriarca—. Así que ponte a ello de una buena vez.

—¿Qué crees que ha estado haciendo hasta ahora, Nana? ¿Punto de cruz?

La mujer volvió a fulminar al bocazas de su hermano.

Connor disfrutaba de aquellas pequeñas escaramuzas. Como primogénito de la familia debería haber sido el que estuviese al frente de las finanzas, el que se convirtiese en cabeza de familia, pero el carecer del poder que señalaba a un *Alto Hechicero,* todas las responsabilidades que tenían que haber sido suyas, se habían dividido entre los dos.

Cualquier otro en su situación habría sentido envidia o al menos desplazado, pero Connor era su otra mitad, su hermano mayor por solo seis minutos y no podía recordar un solo instante en su vida en el que no hubiese actuado como tal.

Era su mejor amigo, su consejero y confidente, la única persona en la que se permitía confiar ciegamente y a quién le permitía sermonearlo… o sacarle la mierda a golpes.

Cameron era consciente de lo difíciles que habían sido estos últimos meses para su gemelo. Lo era ahora, de manera completa e irremediable, después de que sus entumecidas emociones hubiesen vuelto a la normalidad gracias a su reciente emparejamiento.

Ninguno lo había mencionado, pero recordaba las lágrimas y la desesperación en el rostro de ese capullo cuando abrió los ojos, así como el infinito alivio que los inundó al darse cuenta de que ya no tendría que preocuparse por perderle.

Esa misteriosa bruja le había salvado de muchas más formas de las que nunca llegaría a saber, así que lo menos que podía hacer era darle las gracias. Pero para ello primero tendría que encontrarla.

Si tan solo supiera quién es, si pudiese recordar algo más de aquel fugaz episodio.

Maldita mascarada.

De todas las celebraciones posibles, el aquelarre tenía que elegir hacer una mascarada precisamente esa noche.

«Cameron McNamara, eres el imbécil más grande de toda la historia».

Era curioso como recordaba algunas de sus palabras, su entonación y sin embargo su rostro o su figura permanecían veladas en su mente.

Sabía que llevaba una máscara que le cubría la parte superior del rostro. Había intentado quitársela, recordaba una piel clara salpicada de pecas y unos párpados ahumados obstinadamente cerrados.

Quería que los abriera, que le mirase y poder descubrir de qué color eran sus ojos, ver quién era ella en realidad, pero la oscuridad había llegado entonces para reclamarlo y cuando volvió en sí era Connor el que estaba a su lado. No había nadie más.

—No he dejado de buscarla desde el mismo día en que esto apareció en mi mano —dijo con dureza, levantando la mano cuyo dedo anular ahora estaba rodeado por una banda tatuada—, la misma marca que sé que rodea también su dedo anular. Es cuestión de tiempo…

—Tiempo no es precisamente algo de lo que dispongas —aseguró su abuela con gesto brusco—. Es necesario que la encuentres cuanto antes y la presentes a los patriarcas. Tu madre se ha encargado de hacer de dominio público tu búsqueda de compañera. Eres un *Alto Hechicero*, cualquiera con dos dedos de frente puede sumar dos y dos… Si no te presentas con ella, comenzarán a surgir todo tipo de especulaciones…

—Me traen sin cuidado las especulaciones que puedan surgir a raíz de…

—Pues no deberían —sentenció ella con un golpe de su bastón en el suelo—. Eres el cabeza de la familia McNamara. Tu esposa será una extensión de ti mismo, la dama de familia. Solo espero que no hayas cometido la misma estupidez del *Alto Hechicero* de Edimburgo. Lord Bryson tuvo la mala idea de elegir a una hija del servicio como compañera…

—Me temo que la familia Carmody no tiene hijas, Nana… —replicó Connor con profunda ironía—. Y sus hijos… Han sido nuestros compañeros de juegos desde que tengo uso de razón y están felizmente casados, he de añadir.

Los Carmody llevaban en el clan McNamara desde antes de que tuviese memoria. Como una de las familias de servicio, eran vigilantes que habían dedicado su vida, generación tras generación, al cuidado y protección de los brujos de su clan.

—Mi compañera no es una *hija del aquelarre*.

Estaba convencido de ello. No había otra posibilidad, dado que la recepción en cuestión había sido tan solo para los miembros del coven.

—Empieza a acostumbrarte a llamarla *esposa* y procura hacerlo sin que suene de manera insultante —lo corrigió la mujer.

—Es decir, de la forma contraria a la que Nana se refiere al abuelo.

—Connor… —le pidió con la mirada que dejara de lanzarle dardos a la mujer, pues lo último que quería en esos momentos era tener que lidiar con la furia de la matriarca.

Sabía que su hermano hacía referencia a la propia relación que la mujer había mantenido

con el que había sido su compañero hasta el día de su muerte. Una que ni siquiera había llorado.

—Solo espero que tu hermano haya tenido en consideración su posición y haya elegido a una mujer a la altura de su nombre —resopló y sacudió la cabeza—. Con que uno de vosotros haya hecho una elección deplorable, es más que suficiente.

—¿Qué puedo decir, Nana, siempre he deseado ser yo el que os lleve la contraria a todos? —contraatacó su hermano, ocultando bien las emociones que despertaban en él esas palabras—. Vivo para ello.

—Y lo consigues con cada respiración, muchacho.

—Es suficiente —cortó de raíz aquella conversación antes de que las cosas se pusieran mucho peor y se volvió hacia la mujer con una mirada acerada—. Beatrice es mi hermana, la esposa y compañera de mi gemelo. Él la eligió y nuestro deber, el de toda la maldita familia McNamara, era darle la bienvenida y acogerla en el seno de nuestro clan. Deidre y tú tenéis suerte de que mi cuñada quiera tanto a su marido que le dé exactamente igual lo que digáis u opinéis de ella, pero yo no lo toleraré ni un segundo más. Si alguna de vosotras vuelve a cuestionar la posición de Bea o de mi propia esposa, sea quien sea, en esta familia, me encargaré personalmente de que ambas quedéis fuera del clan McNamara.

La mujer abrió los ojos como platos, sus dedos se cerraron con más fuerza sobre el pomo de su bastón e incluso tuvo problemas para dar salida a sus palabras.

—¿Cómo te atreves a proferir semejantes amenazas contra tu propia sangre? —Consiguió articular ella—. ¡Soy tu abuela!

En realidad no. Podía llevar su sangre, pero nunca se había comportado como tal con ninguno de ellos. Tanto para Connor como para él, esa mujer era tan solo Erin McNamara, la esposa de Patrick McNamara y la matriarca del clan.

—¿Amenazas? No, señora mía, no son amenazas —negó con total tranquilidad—. Me limito a hacer lo que se espera de mí.

Los ojos verdes de la mujer, los cuales tanto su hermano como él mismo habían heredado, acusaron aquella última acotación.

—Siempre me has dicho que como *Alto Hechicero* de los McNamara, mis decisiones afectarían a toda la familia —declaró sin apartar la mirada, sosteniéndosela con decisión, algo que a ella le molestaba bastante—. Que mi deber era continuar con la estirpe, preservando mi legado, porque existen… grandes posibilidades… de que mis hijos o los hijos de mis hijos hereden mi condición como *Alto Hechicero*. ¿No es así?

Había escuchado aquello desde el mismo instante en que comprendieron cuál sería su destino, la clase de poder que poseía y lo que eso significaba. Le habían machacado una y otra vez con toda sarta de estupideces sobre el deber, el honor y la lealtad a la familia.

—Pues para preservar dicho… legado, he de anteponer a la bruja que lleva esta alianza por

delante de todo lo demás —zanjó sin darle opción a réplica alguna—. Y dado que dicha bruja es mi pareja, mi esposa, eso la convierte en la nueva McNamara, la única señora del clan.

La mujer cerró la boca de golpe y pudo ver un irritado rictus en la línea de sus labios.

—Te agradezco la visita, Erin, pero en estos momentos tu presencia en Dublín es del todo innecesaria —aseguró sin darle más vueltas al asunto—. No hay ningún asunto del clan que te requiera cuando yo estoy aquí.

—Puedes ser el *Alto Hechicero* de Dublín, Cameron, pero todavía tienes que responder ante los patriarcas del coven —replicó ella alzando la barbilla con gesto arrogante—. Exigirán conocer a tu esposa… Así que date prisa en encontrarla y prepararla a fin de que no te avergüence.

Sin una palabra más, giró sobre sus bajos tacones y se marchó marcando el paso con cada golpe de bastón.

—Bueno, eso ha sido… intenso —silbó su hermano tan pronto como la mujer desapareció por el pasillo—. Ya era hora de que alguien le parase los pies. Algo me dice que el abuelo está bailando de contento allá donde esté su eterno descanso.

Se limitó a dedicarle una mirada irónica antes de dirigirse a su escritorio.

—Pero lo que ha dicho es verdad, hermanito —continuó Connor siguiéndole para dejarse caer en una de las sillas frente a la mesa—. El patriarcado querrá que le presentes a la nueva Lady McNamara.

—Lo sé.

Ambos se quedaron en silencio durante un breve momento.

—¿Estás bien?

Cameron levantó la cabeza y se encontró con los ojos de su gemelo.

Sacudió la cabeza en una negativa.

—No. La verdad es que no. —Se quedó de pie junto al escritorio y, sin pensarlo siquiera, deslizó los dedos sobre la superficie de madera, cubriéndola al momento de una fría película de hielo—. Y sé que no lo estaré hasta que dé con esa maldita bruja escurridiza…

Podía sentir como su magia se espesaba, como crepitaba al compás de sus emociones, como corría por sus venas propulsándose hacia esa línea que le unía a alguien más. Se concentró en ello y se vertió completamente en ese caudal, permitió a su mente navegar a través de él hasta llegar a ese muro a través del que se filtraba su magia y que sin embargo lo dejaba fuera.

«No vas a dejarme fuera».

Se imaginó a sí mismo posando la mano en la que llevaba el aro vinculante sobre la superficie y sintió al momento el pinchazo de un frío helador bajo los dedos. Esa era su magia, su caudal, el muro era hielo puro y detrás se encontraba ella.

Cerró los ojos y envió una sutil llamada, un mensaje para ella.

«Te encontraré».

—Cam…

Abrió los ojos y se encontró con la mirada preocupada de su hermano.

—Tenía pecas… —mencionó en un murmullo—. Una piel blanca y suave salpicada de pecas. Le quité la máscara, pero ella mantenía los ojos cerrados. Se había maquillado los ojos, con ese ahumado oscuro. Le pedí que abriese los ojos, pero… No sé si lo hizo…

—La flamante mascarada del coven te ha jodido a base de bien, hermanito —mencionó él poniéndose ahora en pie y acercándose a su posición—, pero si al menos recuerdas eso… ya es más de lo que teníamos al principio.

—No tenemos nada, Con —negó.

—Claro que sí… —Señaló la mesa congelada con un gesto de la mano—. Tienes esto. Y ella también.

—Hay un jodido muro al otro lado del caudal.

—No la busques a través del caudal —negó y deslizó un dedo sobre la superficie helada—, búscala a través de esto. Tu hielo tiene una firma propia, vibra con tu poder, incluso yo lo escucho cantar. Si ella canaliza tu poder como lo hace cualquier bruja vinculada, si lo encauza, aun si es por casualidad, tiene que existir un rastro.

Y él podía seguir ese rastro.

—¿Por qué demonios no hemos pensado en esto desde el principio?

—Esperaba que pudieses encontrarla a la vieja usanza, ya sabes, a través del caudal. —Se encogió de hombros—. Esto es… una idea a la desesperada…

Y sin embargo podía funcionar.

Miró el anillo tatuado en su mano y se concentró en él, empujó el caudal a través de ese vínculo, con fuerza, dejando que se vertiese por completo y fluyese más allá de ese muro… Y lo sintió, el eco del hielo, el tirón de su caudal al drenarse desde el otro lado del conducto.

—No… no es posible.

—¿Qué pasa?

Frunció el ceño, miró a su alrededor con gesto frenético, casi como si pudiese sentir el eco de su propio poder.

—¿Cam?

—Está aquí… —mencionó tan sorprendido como irritado por aquella repentina revelación —. Ella está aquí.

—No me jodas…

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, atravesando el umbral y avanzando con paso decidido hacia el lugar desde el cual procedía el eco de su propio poder.

CAPÍTULO 3

Escarcha. Fría al tacto. De una palidez azulada que contribuyó a aumentar la suya propia.

—Ay, dios. Ay, dios, ay, dios…

Sí. Sin duda era una buena manera de resumir el desastre que se extendía ante sus propios ojos.

Allison era incapaz de dejar de temblar. Todavía sentía el cosquilleo en su interior, recorriéndola como una corriente eléctrica que poco a poco iba perdiendo potencia.

Recorrió el lavabo, el espejo y parte del suelo, el que llegaba hasta sus pies, con la mirada. Todo estaba congelado, encapsulado en una finísima capa de hielo irrompible.

Intentó mover el grifo monomando, pero no cedió ni un solo milímetro, los dedos le resbalaron sobre la helada superficie que lo recubría sintiendo al mismo tiempo el mordisco del frío en las yemas.

—Joder… —siseó—. No, no, no… Aquí no. Ahora no.

Pero ese poder no tenía don de la oportunidad, ni tampoco riendas de las que ella pudiese tirar, suponiendo que adivinase cómo demonios utilizarlas.

Todo era culpa del imbécil que tenía por jefe.

Cameron no dejaría de buscar a la bruja con la que se había vinculado, no pararía hasta dar con ella. Y cuando eso sucediera, cuando por fin se le cayese la máscara… Oh, entonces sí que iba a tener problemas.

¿A quién pretendía engañar?

¡Ya estaba de problemas hasta el cuello!

Y la única culpable era ella.

Si no le importase tanto ese mentecato, no lo habría seguido, no habría hecho todo lo posible para no perderle. Pero ni en sus más salvajes sueños llegó a imaginarse que su presencia en esa fiesta y en aquella habitación habrían dado como resultado el aro tatuado que tenía en el dedo; una marca oculta bajo una ancha banda de acero decorado que había rescatado de su joyero.

Cameron McNamara había hecho una decisión absurda, una que la había atado a él sin que pudiese hacer gran cosa por evitarlo.

Y ahora, ella, quien llevaba toda la vida viviendo como una hija del aquelarre carente de

poder, canalizaba el del *Alto Hechicero* de Dublín. Un caudal salvaje e intenso que corría por sus venas y respondía de manera automática a sus emociones.

«Te encontraré».

Se estremeció al recordar ese susurro en su mente.

Le había dado un susto de muerte. En un momento estaba apoyada sobre el lavabo, contemplando su reflejo en el espejo y recordándose a sí misma su propia estupidez y al siguiente el frío le había mordido por dentro, obligándola a dejarlo salir y convertir ese pedazo del baño de señoras de la maldita planta en el interior de una jodida nevera.

—Joder —siseó una vez más.

Hasta ese momento había conseguido mantener sus emociones bajo control, haciendo que ese helado cosquilleo que a veces rugía en su interior se apaciguase. Y no era fácil, no señor. Esa maldita semana había estropeado al menos tres electrodomésticos. Habían quedado completamente inservibles, para tirar a la basura y ni siquiera había podido darse el gusto de presentarle la factura al hombre que le pagaba la nómina.

Y que la estrangularía de un momento a otro, se dijo.

Allison había deseado contar en el pasado con cualquier clase de poder, con una pizca de magia que la hiciera sentirse como cualquier otro miembro del aquelarre al que pertenecía, pero hacía nacido sin ese tipo de habilidades; una bruja sin magia.

Al final se había resignado a ello, era su sino, la manera en la que había nacido y estaba conforme.

Como también lo estaba con ser nada más que una secretaria, una asistente para el atractivo y frío Cameron McNamara.

Tenías que haber pensado en eso antes de meter la pata de esa manera.

Y con meter la pata, se refería a haberlo vigilado durante la estúpida fiesta a la que la habían obligado a asistir.

Llevaba tiempo siendo consciente de que el *Alto Hechicero* de Dublín estaba cerca del borde. Con cada día que pasaba, se volvía más frío, más reservado y eso no tenía nada que ver con su carácter. Y él no hacía nada por evitarlo, se limitaba a encerrarse en su oficina y dejar que pasasen las horas, como si no le importase lo más mínimo el fin al que se estaba dirigiendo.

Y, por lo que había visto aquella noche, no parecía importarle, ya que no opuso resistencia cuando ese maldito y doloroso hielo empezó a arrancarle el aire de los pulmones y llegó incluso a pararle momentáneamente el corazón.

Estaba dispuesta a decirle cuatro cosas, a enfadarlo, lo que fuese necesario para que reaccionara, pero cuando lo encontró su rostro era una máscara de agonía, combatía consigo mismo y con el descarnado poder que lo consumía al no tener una vía de escape a través del que drenar el exceso.

«Si te mueres, te mato».

Se estremeció una vez más al recordarlo.

Recordaba perfectamente su propio miedo, la desesperación que la invadió durante los segundos más largos y aterradores que había vivido en toda su vida, así como la determinación que la llevó a hacer todo aquello a un lado y concentrarse en traerle de vuelta.

Ella misma no había vuelto a respirar hasta que sintió que sus pulmones volvían a ponerse en movimiento, que el corazón arrancaba a latir de nuevo y aspiraba en busca de oxígeno por sí mismo.

En un momento se alejaba de ella de camino a la más fría y vacía de las existencias y al siguiente había vuelto, aferrándose a la vida y tomando con ello la decisión más absurda de todas; elegirla a ella como su tabla de salvación.

Sí, desde el mismo instante en que lo escuchó pronunciar aquellas palabras y un latigazo de helado dolor le tatuó la alianza en el dedo, su vida había ido cuesta abajo y sin frenos.

Él la había elegido como su pareja, como la bruja destinataria de su caudal y a ella le había entrado tal pánico que se había acojonado y acabó por salir huyendo.

Y ahora, una semana después, seguía sin saber qué hacer o cómo decirle al idiota de su jefe que ella era la bruja que llevaba días buscando.

Allie respiró hondo, echó un nuevo vistazo a la cristalina capa de hielo y miró a su alrededor sin saber cómo arreglar aquello.

Miró los otros grifos preguntándose si podría abrir el del agua caliente y derretir eso de alguna manera, pero ya sabía que esa maldita capa de cristal azulado respondía solo a la magia. Si ocurría como le había pasado en casa, en cuestión de minutos u horas desaparecería, pero ella no tenía tiempo para esperar a que eso ocurriera.

Si alguien la pillaba allí dentro y con eso.

—No has estado aquí, no te has acercado al maldito baño de señoras para nada —gimió, echó un nuevo vistazo a su alrededor, rescató el bolso de dónde lo había dejado y se dirigió rauda hacia la puerta.

No iba a desaprovechar la oportunidad que le había dado la inesperada llegada de la matriarca del clan McNamara. Era consciente de que no era alguien a quien su jefe deseara ver, ni hoy ni ningún otro día, pero hoy no iba a quejarse por ello.

—No estás aquí, de hecho, te has marchado hace ya cinco minutos —susurró acercándose a la puerta del baño, abriéndola con cuidado y asomándose con disimulo para comprobar que no había nadie en las inmediaciones.

Respiró hondo y se deslizó a través de la rendija, echó un nuevo vistazo a su alrededor y se las ingenió para alisarse la ropa y adoptar una postura más erguida a fin de representar de nuevo el papel de secretaria que desempeñaba en la empresa.

No corras, se repetía a cada paso, camina despacio. *No ha pasado nada. Solo entra en el ascensor, baja a la primera planta, atraviesa la maldita recepción y vete a casa.*

No fue capaz de respirar hasta después de meterse en el cubículo y marcar el botón que la llevaría a la primera planta y de ahí a la calle.

—Solo estás posponiendo lo inevitable, Allison, solo lo estás posponiendo —masculló y se llevó el pulgar a la boca, mordiéndose con gesto distraído la almohadilla—. No tendrías que pasar por todo esto si te hubieses quedado a su lado… o si se lo hubieses dicho al día siguiente.

Sí, estaba metida en un jodido problema y ya no sabía cómo salir de él sin decir una verdad que todavía no era capaz de enfrentar.

—Mi marido… ¡Y una mierda!

CAPÍTULO 4

Hielo. Su hielo. En los jodidos aseos femeninos de esa misma planta.

Aunque sin rastro de la responsable.

—No me jodas —jadeó Connor—. ¿Tu escurridiza esposa trabaja aquí?

Ignoró su comentario y se centró en lo importante, en la tangible huella que había dejado tras de sí. Uno de los lavabos estaba cubierto de hielo, al igual que el espejo y el suelo a sus pies, la huella del caudal era suya, pero al mismo tiempo tenía un toque distinto; el de ella.

Apenas era un rescoldo, un eco de su propia magia. No había una huella definida con la que pudiese identificarla, la marca invisible por la que todos usuarios de magia y hechicería podían ser identificados.

—Bueno, podemos decir con seguridad que sea quién sea ha estado aquí y a juzgar por el chisporroteo en el aire, no hace mucho tiempo de eso —mencionó su hermano echando un vistazo aquí y allá—. Aunque es extraño, esta huella es la tuya… No noto ninguna otra huella…

Frunció el ceño, echó un último vistazo y salió del aseo mirando a ambos lados del pasillo

y luego hacia el techo.

—Eso es porque no la hay —replicó al tiempo que sacaba el teléfono del bolsillo interior de su americana y presionaba uno de los números—. Al menos no de la manera en la que debería de existir.

—¿Qué quieres decir?

Levantó un dedo pidiéndole que esperara mientras decía al teléfono.

—Necesito acceso al visionado de la cámara de seguridad de esta planta —dijo nada más respondieron del otro lado—. Envía el enlace a mi terminal.

No esperó respuesta, cortó la llamada y echó a andar de nuevo por el pasillo.

—Que hay algo muy extraño en todo esto —continuó de camino a su oficina—, y pienso descubrir que es pero ya.

—Bueno, a menos que sea un fantasma, su presencia en esta planta ha tenido que quedar grabada en las cámaras, sea quien sea la que haya entrado en los lavabos… tendrás la respuesta.

—La mujer que estaba conmigo en esa maldita sala no era ningún fantasma —siseó deslizándose detrás del escritorio. Ni siquiera se molestó en sentarse, abrió el portátil, lo desbloqueó y accedió al momento al enlace de la videovigilancia—. Y ya va siendo hora de que dé la jodida cara…

Tecleó rápidamente un par de comandos y prácticamente contuvo la respiración al acelerar la grabación, llevándola a los instantes previos a la indeseada visita de la matriarca de su familia. Empezó a reproducirla a partir de ese momento, contemplando el pasillo vacío hasta que alguien apareció caminando y pasó de largo, ignoró al hombre en cuestión, uno de los repartidores de paquetería de la empresa y avanzó la grabación una vez más hasta que la vio a ella.

—Dime que es una jodida broma… —masculló Connor, quién se había asomado para ver la pantalla más de cerca.

Cameron no le escuchó, siguió a la mujer con la mirada, viéndola desaparecer en un tramo del pasillo, para emerger a los pocos minutos con el bolso al hombro y volver a desaparecer por una puerta situada a la derecha de la pantalla; los aseos femeninos.

Unos segundos después otra mujer apareció y desapareció por el pasillo marcando el paso con su bastón, pero la puerta de los aseos seguía cerrada.

—Cam…

No dijo nada, ni siquiera podía apartar la mirada de la puñetera puerta de los baños mientras veía por el rabillo del ojo como los segundos iban pasando en el contador de la grabación. Un minuto, dos, tres… y se abrió una rendija, lo justo para que la mujer que había entrado minutos antes asomara la cabeza y mirase a ambos lados del pasillo como si no quisiera que la descubrieran abandonando el lugar.

—Mierda… —escuchó mascullar a su hermano—. Con razón no podías rastrearla…

La puerta volvió a cerrarse, pero solo para ser abierta de par en par a fin de dejar salir a su maldita secretaria, quién se enderezó, resbaló una mano por su ropa y se alejó a paso vivo de los aseos.

—Allison Reid —pronunció su nombre en voz alta, confirmando lo que había visto con sus propios ojos. Ninguna otra mujer había salido de ese lugar, ninguna otra había entrado—. La bruja *nula* del aquelarre.

Eso explicaba por qué no había una huella de magia propia, por qué no había podido rastrearla, aunque no hacía nada por arrojar luz sobre ese oscuro muro que había encontrado al otro lado de su vínculo.

Esa mujer no era capaz de extraer poder de ningún sitio, no era una usuaria de magia y lo sabía. Lo supo desde el mismo instante en que la contrató.

¿Cuánto hacía de eso? ¿Tres? ¿Cuatro años?

Cerró la tapa del portátil con brusquedad y respiró hondo.

—Voy a estrangularla.

—Ha estado viniendo a la empresa toda la semana.

—Lo sé.

—Y no ha dicho una sola palabra.

—Lo sé.

—Has tenido a tu esposa delante de las narices todo este tiempo, hermanito.

Se volvió muy lentamente hacia él. Connor no se había molestado en ocultar la risa y la satisfacción en su voz, las cuales también bailaban abiertamente en sus ojos.

—Vete a la mierda.

Él estalló en una carcajada y dejó caer la mano con pesadez sobre su hombro.

—De todas las posibles candidatas disponibles, esta es de lejos la que más me gusta —aseguró y no le sorprendía lo más mínimo. Siempre había sido amable con ella, antes de encontrar a Bea llegó a pensar que su hermano podía llegar a tener algún interés en su secretaria.

No, ya no era solo su secretaria.

Era su maldita bruja.

—Y por supuesto estaría en la fiesta esa noche, todas las hijas del aquelarre lo estaban —continuó con una nueva carcajada—. Oh, esto es fantástico, realmente fantástico. Allie es tu pareja, tu bruja. Nuestra madre se va a morir de un infarto. Ya no digamos la abuela.

Deidre y Erin eran lo último en lo que quería pensar en esos momentos.

Allison. Ese rostro pecoso, las oscuras y espesas pestañas, sus párpados cerrados… ¿Cómo era posible?

Y sin embargo, tenía que ser ella.

Nadie más había salido o entrado en ese aseo.

—Mi secretaria… —murmuró más para sí que para su acompañante—. La he elegido a ella.

A medida que la revelación iba cobrando sentido en su mente, se dio cuenta de que con ello llegaba también la curiosidad y la necesidad de volver a esa mujer.

De verla no como la mujer que se sentaba detrás de una mesa, tomaba sus notas y le llevaba la agenda, sino como la bruja con la que había decidido compartir su don, una bruja que, a la luz de los acontecimientos, no tenía control alguno sobre su nueva fuente de poder.

—Una bruja sin magia…

—Bueno, ahora la tiene —mencionó Connor con abierto sarcasmo—, aunque puede que tenga algunos problemillas para hacerse con ella.

—¿Algunos problemillas? —Bufó y señaló el vídeo que había parado—. Eso es algo más que un problemilla.

—No te costará enseñarle a encauzar tu caudal, llevas toda la vida haciéndolo —aseguró sonriente—. Y eso te dará pie además a hablar con ella. Matas dos pájaros de un tiro. Y sé amable. Ahora es tu esposa, no tu chica de los recados.

—Una esposa que se ha pasado los últimos siete días tomándome el pelo —señaló con cierta irritación—. Ha estado aquí mientras todas esas mujeres desfilaban por mi oficina, mientras buscaba a alguien… Mientras la buscaba a ella.

—Supongo que tendría sus motivos —admitió su hermano y se encogió de hombros—. Vas a tener que preguntárselos…

—Voy a estrangularla, eso es lo que voy a hacer.

—No aprietes mucho, no quieres quedarte viudo tan pronto.

Lo fulminó con la mirada, pero Connor ni se inmutó. Estaba demasiado contento con todo aquello, mucho más de lo razonable.

—Estás disfrutando con esto.

—Muchísimo más de lo que jamás creí posible —admitió con rotundidad—. Me preocupaba a quién hubieses elegido, porque ambos sabemos que no lo hiciste con cabeza, así que saber que ella fue la elegida… me tranquiliza sobremanera.

—Eres quién mejor debe saberlo, por lo que parece.

Esos ojos gemelos de los suyos se abrieron con sorpresa, entonces se echó a reír.

—Te juro, hermano, que jamás le he puesto un solo dedo encima a esa mujer —admitió levantando ambas manos a modo de defensa—. Nunca me ha interesado de esa manera y yo a ella tampoco. Pero supongo que he hablado mucho más con ella de lo que lo has hecho tú, o al menos he visto cosas en las que tú, a la vista está, no has reparado.

—¿Cómo por ejemplo?

Connor sonrió y negó con la cabeza.

—Averígualo por ti mismo —le soltó—. Mira más allá de esas gafas y el traje ejecutivo de batalla, es posible que encuentres algunas cosas interesantes.

Entrecerró los ojos, pero no dijo una sola palabra más al respecto.

Su hermano tenía razón al menos en una cosa, ya era hora de que mirase detrás de esas gafas y el uniforme de su mentada secretaria, quizá entonces encontrara a la pecosa que lo había traído de vuelta a la vida esa noche.

—No digas una palabra de esto… —pidió al tiempo que apagaba el vídeo y cerraba de nuevo el ordenador—. Todavía no, al menos.

—¿Decir una palabra de qué? —Fingió no saber de qué le estaba hablando, aceptando así su petición—. Yo no sé nada de nada.

—Bien, pues que siga siendo así —resopló y se pasó la mano por el pelo en un gesto totalmente inesperado. No se había dado cuenta de que estaba tan nervioso, aun cuando sentía un profundo alivio.

Allison Reid.

Al fin la había encontrado.

Ahora solo tenía que descubrir qué clase de bruja era la mujer con la que se había vinculado.

CAPÍTULO 5

—Es culpa de esa mujer, ¿no ven que solo ha ocurrido en su lado de la planta?

—La muchacha debe tener una vida realmente ocupada si cada cosa que sucede en este edificio es responsabilidad suya, ¿no le parece, señora Collins?

—Deja en paz de una vez a la chica, Maeve, no has dejado de incordiarla desde el día en que se mudó.

Las voces que procedían de la primera planta del edificio en el que tenía su hogar hicieron que Allison tuviese ganas de dar media vuelta y posponer su regreso a casa. Solo la bolsa de la compra que llevaba en una mano y el agotamiento que la hacía arrastrar los pies evitó que sucumbiera a tal deseo.

—Aquí vamos otra vez… —murmuró en voz baja, acometiendo el primer tramo de escaleras que separaba la entrada principal de su piso de alquiler.

La discusión en la escalera subió de tono a media que se acercaba al descanso, la voz que se alzaba por encima de las demás era la de su vecina de enfrente, la señora Maeve Collins, quién le había cogido ojeriza desde el mismo momento en que había ocupado el inmueble que quería para uno de sus hijos.

El casero había querido alquilar el lugar de manera inmediata, no tenía ninguna intención de vender el piso a la irlandesa o a cualquier otra persona, pero eso no parecía entrarle en la cabeza a la ofensiva mujer. Desde el día en que ocupó el piso, no había dejado de tener encontronazos con ella, de escuchar como la acusaba a ella de cada pequeña cosa que ocurría en la comunidad y ya el colmo de todo era la vigilancia a la que la sometía, controlando sus entradas y salidas, asomando la nariz a través de la rendija de la puerta o espiándola por la mirilla.

Sí, habían sido tres años en los que incluso los otros inquilinos del inmueble habían empezado a resentirse de las neurosis de la mujer, llegando algunos incluso a amenazarla con llamar a la policía si no dejaba de tocar las narices.

Así que Allison estaba preparada para escuchar sus acusaciones sobre cualquier cosa que hubiese pasado el día de hoy, decirle dónde podía metérselas —hacía tiempo que había dejado de ser educada con esa mujer—, y traspasar la puerta de su hogar para dar por terminado el horrible día que llevaba sobre los hombros.

Por desgracia sus planes se fueron a la mierda en el mismo instante en que subió el último escalón y se encontró con una mamarrachada tiñendo la pared recién pintada de su lado del pasillo y el estúpido dibujo de un pene con ojos y alas llenando buena parte de su puerta.

—Venga ya… —jadeó mirando con incredulidad aquel atentado contra el arte en su propia puerta—. ¿En serio? ¿Pero qué coño…?

—Si es que se veía venir… —continuó la señora Collins, aprovechando su presencia para dar énfasis a sus quejas—. ¿Qué otra cosa se podía esperar cuando tenemos a una mujerzuela viviendo entre nosotros?

—¡Ya es suficiente, Maeve! —clamó el señor Burke, un octogenario que vivía con su nieto en una de las viviendas de la segunda planta—. Deja en paz a la pobre muchacha, bastante tiene ya con este desaguisado.

—Problemas y más problemas —insistió la mujer señalándola con un gesto—. Es lo único que hemos tenido desde que está aquí. Si yo fuese la propietaria, estas cosas no…

—Métase en su casa y deje de decir estupideces —señaló Helen, la camarera que vivía en el tercero y quién había tenido también sus más y sus menos con la mujer.

Allison ignoró a todos y cada uno de los presentes, lo cual no era difícil teniendo en cuenta lo que tenía delante.

—¿Cómo demonios ha pasado esto? ¿Cuándo? ¿Y quién narices lo ha hecho? —Solo entonces se volvió hacia el grupo allí reunido—. Esta mañana no estaba así…

—Chiquillada, querida —mencionó el señor Burke y señaló las pintadas con un gesto de la barbilla—. Mi nieto los encontró en plena faena. Llevaban gorras y esas bufandas que cubren media cara. En cuanto les llamó la atención, salieron pitando.

—Debieron colarse mientras colocaban los nuevos buzones en la entrada —añadió Helen y sacudió la cabeza al tiempo que se llevaba las manos a las caderas—. No fueron más allá de esta planta. Debían estar en plena faena cuando los pilló Max.

Deslizó la mirada sobre su tramo de pared, una que ella misma había pintado tan solo unos meses atrás, al igual que habían hecho cada uno de los inquilinos de cada planta a fin de limpiarle un poco la cara al interior del edificio y se detuvo en el lado opuesto, el cual no tenía ni una sola mancha. Entrecerró los ojos y los clavó sobre su vecina.

—Y ahora es cuando usted dirá que no vio nada, que no escuchó nada y que por supuesto no salió pegando voces, ¿no? —Su tono era de absoluta acusación. Esa mujer había convertido en deporte nacional el espiar, sabía quién entraba y salía y las horas exactas. A veces pensaba que debía tener una silla justo al lado de la puerta para no perderse nada—. Eso solo lo reserva para cuando yo estoy en mi casa o para cuando vuelvo de sacar la basura, de hacer la compra o del trabajo…

—¿Qué me puede importar a mí lo que haga o deje de hacer una mujerzuela como tú? —

replicó ella con una indignación digna de Oscar—. Tengo cosas mucho mejores que hacer que ver lo que pasa en la puerta de al lado.

—Será hija de… —Se mordió la lengua y se obligó a apartar la mirada de la mujer a fin de rebajar el tono y la intensidad que empezaba a crepitar en su interior. Podía sentir el caudal de magia burbujeando en su interior al compás de sus emociones y eso no era bueno. No señor. Lo último que necesitaba para rematar la jornada era convertir el rellano de la escalera en un iglú o algo peor, dado que su recién adquirida magia era completamente inestable y no obedecía a nada más que sus emociones.

—Tranquilizaos. Ambas. —Intervino de nuevo el señor Burke, entonces miró la pared y sacudió la cabeza—. Creo que todavía queda algo de la pintura de la pared en el desván. Le diré a mi nieto que la baje tan pronto como llegue del trabajo y empiece a pintar de nuevo la pared. Habrá que comprar disolvente para la puerta, no creo que salga de otra manera.

—Hay que dar parte al propietario, que avise a la policía, que pongan cámaras de seguridad —se lanzó de nuevo la mujer—. ¿Y si hubiese sido mi casa? ¿Y si hubiesen forzado la puerta? ¡Dios no lo permita! ¡Qué horror!

—Señora Collins, si no quiere que su casa termine igual antes de que acabe la tarde, ¡salga de mi jodida vista! —siseó dando un paso hacia la mujer, quien retrocedió de inmediato—. No se acerque ni a mí ni a mi casa o le juro que yo misma dibujaré una polla como esa en su puñetera puerta.

—¡Chalada! —jadeó, pero retrocedió al momento—. ¡Me ha amenazado! ¿Lo veis? ¿Lo veis ahora? No es de fiar, es peligrosa, seguro que forma parte de alguna de esas bandas organizadas y…

Las luces empezaron a parpadear, hubo un par de chisporroteos y acto seguido un pequeño estallido procedente del foco situado sobre la puerta de su vecina. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una lluvia de cristales que cayeron sobre el felpudo de la entrada, sobresaltándolos a todos.

—Por todos los demonios.

—Esta maldita instalación eléctrica está fallando más que una escopeta de feria estos días.

—¡Mi lámpara!

Allison se quedó helada. De manera literal. El frío se apoderó de sus venas, la magia chisporroteaba a través de su piel, podía sentirla en las yemas de los dedos, lista para congelar, destruir o hacer desaparecer cualquier cosa que tocase en esos momentos. No sabía qué opción elegiría, pero prefería no descubrirlo, no cuando había personas normales y corrientes delante de ella, gente que no tenía idea del mundo al que ella pertenecía.

Aprovechó el momento de desconcierto para respirar hondo, cerrar el puño alrededor del asa de la bolsa de la compra y girar sobre sus talones para dirigirse hacia su puerta.

—No moleste a su nieto, señor Burke —mencionó al tiempo que acercaba la mano hacia la puerta y esta se abría sin que tuviese que tocarla o usar la llave que todavía llevaba en el bolso. Tragó y ahogó un quejido mientras se apresuraba a empujar la hoja de madera con esa extraña polla dibujada—. Ya subo yo al desván. Me han dado la tarde libre, así que ya tengo con qué entretenerme.

—Yo puedo echarte una mano después del trabajo, Allie. —Se ofreció la camarera, pero hizo una mueca al ver el dibujo en su puerta—, aunque supongo que no querrás esperar para quitar eso de la puerta.

—Preferiría no tener que disfrutar más tiempo del necesario de semejante obra de arte, no —dijo con lo que esperaba fuese una sonrisa a caballo entre la diversión y la resignación—. No te preocupes. Y gracias. A ambos. —Empezó a deslizarse a través de la puerta—. Ya me ocupo yo. Disculpadme. Pero… he de meter la compra en el frigorífico.

—¿Estás segura? —insistió el octogenario—. A Max no le costaría nada. Le diré que compre el disolvente…

—No se preocupe, señor Burke, creo que tengo algo de disolvente de pintura entre mis materiales de bricolaje —aseguró con rapidez—. Me pondré con ello tan pronto… como me cambie de ropa.

Viendo que no iba a conseguir que cambiase de opinión, el hombre levantó la mano y asintió.

—Como tú quieras, niña, como tú quieras.

Niña. Debía de ser una de las pocas personas que seguía llamándola niña a los treinta y seis, pensó divertida.

—Que tengáis una buena tarde… —dijo antes de lanzarle una última mirada de advertencia a su irritante vecina y cerrar la puerta de golpe—. Oh, joder.

Se obligó a respirar despacio, a tranquilizar sus nervios, pero el cosquilleo en sus nervios seguía y sabía que no pararía hasta que dejase salir la magia, hasta que la drenase de su sistema.

Miró a su alrededor y gimió. El asa de la bolsa de la compra se rompió entre sus dedos, haciéndose pedazos y cuando bajó la mirada para ver como los productos se desperdigaban por el suelo gimió una vez más; todos ellos habían terminado cubiertos de una capa de escarcha.

—Y eso, damas y caballeros, es una nueva forma de conservación —masculló. Dio una patada en el suelo con frustración y la bombilla sobre su cabeza estalló también, pero en vez de llover los pedazos sobre ella, salieron disparados a través del pasillo y se clavaron como dardos en la puerta—. ¿En serio? Venga, ya. No me jodas. ¿No tenías suficiente con la polla que te han pintado del otro lado?

Esto se le estaba escapando de las manos. No solo eso, se estaba convirtiendo en algo peligroso, algo que tenía que atajar antes de que la cosa fuese a más y solo había una forma de

hacerlo; decirle la verdad a su jefe.

Su jefe.

Su maldita pareja.

Su marido según el maldito aro tatuado que ahora tenía en el dedo.

Bajó la mirada sobre su mano y se arrancó el anillo que cubría la prueba del delito, la indisoluble marca del vínculo que ahora los unía y que la había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en la compañera del Alto Hechicero de Dublín. En su bruja.

—Hoy no es mi día —Quería echarse a llorar. De verdad que quería hacerlo, pero sabía que eso no la llevaría a ningún lado—. No es mi día, ni mi semana, ni mi mes… ¡Vaya mierda!

Se le empañaron los ojos mientras se miraba las manos. Parpadeó seguido para alejar las lágrimas y sacudió la cabeza.

—No tienes tiempo para llorar, Allison —se recordó a sí misma.

No, no lo tenía.

Y mucho menos después de lo que había ocurrido en los aseos de la empresa.

Él lo descubriría antes o después. Se daría cuenta de que algo había pasado. Ese hielo… Era su jodido hielo, su propio caudal. En honor a la verdad, era un milagro que no lo hubiese descubierto ya, que no hubiese notado siquiera que ella era la persona a la que llevaba buscando aquella última semana.

Cameron McNamara no era alguien con quien fuese inteligente jugar. A estas alturas ya tendría que saberlo, llevaba el tiempo suficiente a su lado para saber lo que pensaba de las artimañas femeninas y sus nefastos resultados.

Ese hombre admiraba la sinceridad y la lealtad por encima de todo y con él las mentiras tenían una vida corta y mortal.

Así que, sabiendo eso, era poco probable que fuese a recibir con una sonrisa y palabras suaves el que ella hubiese guardado silencio.

—Bueno, mentir no has mentido. Nunca te preguntó de forma directa si eras su esposa o si la conocías —se justificó en voz alta, luego resopló y miró los cubitos de hielo en los que se había convertido su compra—. Sí, sigue soñando, Allie, tú sigue soñando.

Se quitó los zapatos de tacón con un suspiro y con último vistazo al desastre, fue a la cocina en busca de un recipiente en el que poner a descongelar su compra. Lo último que necesitaba era acabar también con un charco en medio del recibidor.

Había esperado poder llegar a casa, quitarse el encorsetado uniforme de batalla, darse una larga ducha y tirarse en el sofá a lamentarse un rato, pero ahora tendría que conformarse con la ducha y cambiar el pijama por la ropa vieja que ya había usado para pintar el pasillo meses atrás.

Ese año la comunidad de vecinos había decidido reunirse para intentar adecentar el interior del edificio. Dado que la mayoría contaban con el piso en propiedad y no en alquiler, estaban

decididos a tomar cartas en el asunto y arreglar las zonas comunes.

En todo el tiempo que llevaba en este lugar, el cual pronto alcanzaría los cuatro años, se había dado cuenta de que si se estropeaba alguna cosa, era mucho más rápido y seguro que lo arreglase ella misma, pues si tenía que esperar por el propietario de su vivienda, podía pasar más de un año esperando a que arreglase lo que fuera.

El tipo solo tenía una preocupación; que no se retrasase en el pago del alquiler, por lo demás, le había dado carta blanca para hacer y deshacer a su antojo siempre y cuando esos cambios corriesen de su propio bolsillo.

Por ello, no tuvo inconveniente en unirse a la banda de pintores inexpertos que se liaron la manta a la cabeza para pintar las paredes de los rellanos que daban acceso a sus viviendas; aun si aquello trajo consigo más encontronazos con la loca de su vecina.

Si no hubiese sido por Maxwell, el nieto del señor Burke, quién se había encargado de pintar la parte de la pared que correspondía a la mujer y así echarle a ella misma una mano, alguien habría terminado con un bote de pintura por sombrero.

Max estaba compaginando sus estudios de medicina con un trabajo a media jornada, así que lo último que quería era privar al chico de sus ratos libres.

—Solo un poco más, Allie, un poco más y podrás mudarte a algo propio.

Hacía tiempo que quería dejar el edificio, pero la vivienda en Dublín era lo bastante cara como para que ya hubiese estado buscando alternativas fuera de la ciudad.

A día de hoy ya tenía una propiedad en mente, pero requería de tal cantidad de reformas que necesitaba disponer de tiempo y fondos para llevarla a cabo. Esperaba aprovechar sus próximas vacaciones para volver a ver la casa y tomar por fin una decisión al respecto, pero ahora… ni siquiera estaba segura de sí llegaría a disfrutar de dichas vacaciones.

Sacudió la cabeza, terminó de recoger las cosas y se tomó su tiempo para asearse y cambiarse de ropa a fin de ponerse a eliminar la atroz obra de arte en la que habían dejado sobre la pared de su hogar.

Se remangó las mangas de la camiseta y se detuvo un instante al ver los fragmentos clavados en la puerta. Tendría que quitarlos con unas tenazas, se habían incrustado con tal fuerza en la madera, que ni siquiera sabía si podría quitarlos enteros.

—Estupendo, esto es estupendo —Se pasó la mano por el pelo recién recogido en una cola de caballo y negó con la cabeza—. Pintura, disolvente y además unas tenazas.

Sacudió la cabeza, se puso la gorra que esperaba evitase se le llenase el pelo de gotas de pintura y, metiéndose las llaves de la casa en el bolsillo del viejo peto blanco, salió de nuevo al pasillo para ver una vez más el estúpido mural.

—En serio, ¿por qué no usasteis la puerta del otro lado del rellano como lienzo? —masculló, entonces echó un vistazo a la puerta cerrada y sonrió con malicia antes de dedicarle un

saludito con la mano.

—Bruja —masculló y acabó riéndose ante lo que aquella palabra representaba en realidad para ella—. Ah, no. Si esa soy yo.

Frunció el ceño ante un inesperado pensamiento y miró de nuevo el estropicio.

—Me pregunto… —Se miró las manos y una vez más la pared—. No, que va. Ni siquiera soy capaz de controlar lo que tengo, ya ni hablemos de intentar algo desde cero.

Toda bruja que mostrase una chispa de poder antes de los cuatro años era educada en la hechicería, se le enseñaba como encauzar su magia, cómo convivir con ella, pero Allison no había tenido esa clase de educación. Había asistido a la misma escuela, había aprendido los fundamentos, la base, pero su magia jamás se manifestó y la teoría se quedó en eso, en simple teoría que terminó olvidando con el paso del tiempo.

Así que, ahora que tenía lo que tanto tiempo había deseado, no sabía qué hacer con ello o como mantenerlo a raya.

El caudal que corría por sus venas era poderoso y maduro, no la chispa incipiente de una bruja en sus primeros años de aprendizaje. Su falta de dominio y control sobre dicho cauce podía resultar, como poco, desastroso y si se le iba de las manos, peligroso.

No estaba preparada para todo esto, no era algo con lo que hubiese esperado encontrarse en su futuro. No era el tipo de mujer que atraía a hombres como el McNamara, no se la consideraba una bruja elegible para un *Alto Hechicero* o cualquier brujo en general.

Su comunidad todavía vivía anclada a otros tiempos, mantenía un especial celo en mantener su existencia en secreto, lo cual no era sorprendente después de la persecución que sufrieron durante siglos. El patriarcado o matriarcado de los aquelarres estaba muy arraigado, el pensamiento de que una bruja o brujo debería vincularse siempre a alguien de su misma condición primaba sobre otras elecciones, aunque esto no se aplicase a gente como ella, cuyos dones eran inexistentes.

Por suerte, las nuevas generaciones venían con mentalidades mucho más abiertas, dispuestos a buscar lo que necesitaban fuera de las encorsetadas normas del aquelarre, pero todavía existían algunas familias que anteponían la pureza de la magia a todo lo demás.

A pesar de ser una hija del aquelarre, su educación había sido mucho más mundana. Dada su falta de poder mágico, su vida había estado a caballo entre sus raíces y el *mundo normal*, como había terminado llamándolo. Al menos en este último no era una discapacitada, solo era ella, sin presiones, sin pretensiones, sin ser alguien elegible por su aquelarre, pero sí para el resto del mundo.

Había vivido su vida con libertad, elegido su camino sin restricciones, se había relacionado con quién había querido, solo debía tener cuidado de no mencionar cosas que para ella eran normales y que el resto de los mortales consideraban fantasías.

«Vives en una fantasía, Allie. Ya es hora de que pongas los pies en la tierra».

Aquella había sido la última frase que le había escuchado pronunciar a su última pareja, posiblemente su relación sentimental más larga, antes de hacer la maleta y salir por la puerta, dejándole atrás al igual que el resto de su pasado.

No había tenido especial suerte con los hombres y no era tan ingenua como para echarles a ellos la culpa de todos sus fracasos. Solo… no eran lo que buscaba, lo que necesitaba, no existía esa conexión especial… Nunca existió hasta el día en que asistió a esa entrevista de trabajo en la empresa del McNamara y le conoció.

Un flechazo.

Amor a primera vista.

No sabía cómo llamarlo, solo supo que él era lo que había estado esperando, el motivo por el que nunca había sentido que pertenecía a otra persona.

Y que de todos los hombres disponibles sobre la faz de la tierra, el Alto Hechicero de Dublín sería el último que se fijaría en alguien como ella.

O así habría sido si el muy idiota no hubiese echado un pulso con su propia magia y esta le hubiese dado una patada en el culo que lo había enviado directamente a ella; del mismo modo que podría haberlo mandado a cualquier otra mujer.

Se miró la mano y el anillo vinculante tatuado en su dedo.

—La vida no es un cuento de hadas y tú no eres su protagonista, solo el actor secundario que estaba en el momento y lugar equivocados cuando el hada madrina, con una borrachera épica, decidió jugar a la ruleta de la fortuna.

Una buena forma de explicar el desastre en el que se había convertido su vida en un abrir y cerrar de ojos, uno que no había hecho más que empezar.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, Allie, tienes cosas más importantes de las que ocuparte ahora mismo —se recordó a sí misma y centró la mirada en la enorme polla con alas que había pintada en su puerta—. Y esa cosa no se va a ir volando aunque se lo pidas.

Sacudió la cabeza, se rio ante la sola posibilidad de que eso ocurriera y se puso manos a la obra.

Al menos aquello sí podría borrarlo con pintura, pensó, era una pena que no pudiese hacer lo mismo con el resto de sus problemas.

by Kelly

CAPÍTULO 6

Esa mujer sabía cómo jurar.

Cameron no tuvo duda alguna de ello al verla maldecir a todos los ancestros mientras movía con ahínco el rodillo sobre la pared.

Se detuvo en lo alto del tramo de escaleras incapaz de disimular su asombro. La chica vestida con un ancho peto blanco, gorra y una larga coleta, con la parte pecosa de rostro que veía de perfil salpicado de blanco, no tenía nada que ver con la elegante y eficiente secretaria que conocía. Era incluso más baja de lo que recordaba, sin duda por la ausencia de aquellos altos tacones que siempre usaba.

Echó un rápido vistazo a la pared en la que todavía se apreciaban las marcas de algún tipo de grafiti y casi se atraganta al ver las marcas en la puerta que formaban la silueta de lo que sin duda había intentado borrar con ahínco; un pene con alas… ¿Y ojos?

Contuvo un resoplido de risa a duras penas, aunque el sonido debió ser suficiente para que ella resoplase y dijese en voz alta:

—Estaba mucho peor de lo que parece —mencionó sin volverse, su voz era la misma de siempre, la de su secretaria, aunque su forma de hablar ahora resultaba más suave y no tan formal—. Y no quiero oír ni un solo comentario con respecto a mi puerta. Si llego a coger a los hijos de puta que hicieron esto, les meto el puñetero espray por el…

Sus palabras murieron en el mismo instante en que se giró y se lo encontró; sin duda no era la persona a la que esperaba ver.

Cam no pudo menos que reconocer en ese rostro pecoso, de piel clara y en las densas pestañas que bordeaban los enormes ojos marrones de su asistente a la mujer que había vislumbrado aquella noche. Unos ojos por los que pasaron un sinfín de emociones en tan solo un instante, las cuales alteraron su estado y repercutieron de inmediato en el hilo de poder que vibraba a su alrededor. Reconoció en esa tonada su propio poder, el caudal que ahora compartía con ella y que empezaba a crepitar a su alrededor como si se tratase de un aura solo visible a sus ojos.

—Señor McNamara…

La voz femenina surgió como un estrangulado susurro.

Ladeó la cabeza y deslizó la mirada sobre ella, resbalando por su brazo derecho hasta el

puño cerrado alrededor de los pinceles, hasta la acusadora marca que teñía su dedo anular formando un patrón idéntico al que ceñía el suyo propio.

Ella apartó entonces la mano, llevándola a su espalda, como si de esa manera pudiese evitar lo inevitable.

Cuando alzó la cabeza y se encontró de nuevo con sus ojos, estos brillaban, pero era el intenso rubor de sus mejillas el que le resultó tan divertido como acusador.

La criatura que tenía ante él era una sorpresa y una novedad. No se parecía en nada a la profesional que trabajaba para él, a la mujer enfundada en su traje de oficina, que caminaba con absoluto aplomo sobre unos imposibles tacones y poseía una dicción impecable, en la que apenas se le notaba el acento irlandés del que ahora había hecho gala.

—Señorita Reid —correspondió a su saludo, aunque no pudo evitar que su voz sonase un tanto irónica al pronunciar aquella conocida coletilla, una que ya no le serviría de nada a partir de ahora—. Intentaré no hacer ni un solo comentario con respecto a tal… curiosa obra pictórica.

Ella arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—¿Cómo ha…? —Se quedó a media frase, pero no era necesario que terminase—. ¿Qué le trae por aquí?

—Tenía el presentimiento de que podría encontrar algo que perdí… —replicó sin dejar de mirarla—. ¿Qué opina?

—Que está muy lejos de su oficina.

Cam sonrió de soslayo.

—Sí, bueno. Sin embargo, estoy cerca de lo que estaba buscando, ¿no es así?

Ella no pestañeó, ni siquiera se movió, pero siguió sosteniéndole la mirada.

Y entonces lo sintió de nuevo. El tirón de su caudal, el crepitar de su don acariciándola, envolviéndola de forma salvaje, carente de control. La misma sensación que había percibido del hielo que había cubierto el aseo, solo que esta vez también podía apreciar la ansiedad y la urgencia en la mujer que carecía de experiencia mágica.

—No tienes la menor idea de cómo contener o encauzar el caudal que corre por tus venas. —No era una pregunta—. Eres una…

—Señor McNamara, en este edificio hasta las puertas tienen orejas. —Lo interrumpió ella y señaló con un sutil movimiento del pincel hacia el otro lado del rellano—. Podemos seguir esta conversación en otro momento y lugar. Si no le importa esperar un poco, terminaré aquí y me reuniré con usted en…

—Sí, me importa —La atajó. Vio como el rostro adquiría un grado de color mucho más intenso y el aura a su alrededor crepitaba con mayor intensidad—. Así que te echaré una mano.

Su afirmación supuso tal shock para ella que perdió la concentración y la paulatina acumulación de poder se rompió, drenándose de inmediato, frenando así el descontrolado

estallido que habría provocado más de un problema.

Cameron se quitó la chaqueta, aflojó la corbata hasta sacársela por la cabeza y se dejó las prendas a un lado de lo que en otra vida debió de ser un macetero con plantas vivas. Se arremangó las mangas de la camisa y caminó directo a ella.

—Cuanto antes termines, antes podrás disponer de tiempo para mí —sentenció con tal rotundidad que no puso objeción cuando le quitó el rodillo de las manos—. Yo tomaré esto, gracias.

—Estropeará el traje con la pintura —apuntó ella, quién de pronto parecía tener problemas para expresarse.

—Hay sacrificios que merecen la pena —declaró enderezándose y mirando la pared frente a él—. Aunque me sorprende que seas tú la que esté realizando un trabajo que compete al propietario del edificio.

—Si el propietario diese señales de vida de manera inmediata, lo dejaría en sus manos, pero… —Hizo un gesto hacia la puerta—. Hay obras de arte con las que difícilmente podría convivir, sobre todo cuando están en mi propia puerta.

—Puedo imaginarme la clase de ignominiosa representación que había ahí debajo y el ahínco con el que has intentado hacerla desaparecer —replicó con cierta sorna, antes de volverse hacia ella y bajar el tono de voz—, pero existen otras formas de quitarlo sin dañar la madera.

—Ninguna que yo conozca, me temo —aseguró ella y pudo escuchar en su tono a la mujer que le acompañaba día a día en la oficina—. Mejor deme eso y…

Levantó el rodillo para que ella no pudiese llegar a él.

—No. —Negó sosteniéndole la mirada.

—Va a estropear el traje, en serio, la pintura no se lleva bien con la ropa, señor McNamara.

Sonrió de soslayo ante la irritación subyacente en su voz y la formalidad con la que se dirigía a él.

—Dadas las circunstancias que me han traído hasta aquí, deberíamos dejar las formalidades a un lado y tutearnos, ¿no crees?

—Señor Cameron, las circunstancias…

—Omite el *«señor»* y prueba de nuevo —la interrumpió una vez más, convirtiendo sus palabras en un desafío.

—No quiero.

De entre todas las respuestas posibles, aquella no era una que se esperase.

—¿Qué es lo que no quieres exactamente, querida?

—Es usted mi jefe…

—Estás despedida.

Esos ojos marrones se abrieron de par en par y sus labios se movieron varias veces sin ser

capaces de dejar salir una sola palabra.

—No puede despedirme así como así.

—Dadas las circunstancias, no solo puedo, sino que acabo de hacerlo —señaló lo obvio—. Tu posición ya no es la de una secretaria, eres mi…

—No se le ocurra decirlo en voz alta —siseó dando ahora un paso hacia él. La magia crepitaba a su alrededor como un pequeño fuego fatuo danzando al compás de sus emociones.

—Eso debiste pensarlo antes de jugármela todos estos días.

—Yo no se la he jugado.

—¿No? Qué extraño. Juraría que estabas al tanto de mi agenda. De hecho, eras una de las pocas personas que estaba al corriente de mis pesquisas durante esta última semana.

Abrió la boca como si quisiera decir algo al respecto, pero volvió a cerrarla de golpe.

—Ya me parecía —chasqueó—. Tú y yo tenemos una larga conversación por delante, *señora McNamara*.

—En realidad no tenemos mucho de lo que hablar, solo tiene que decirme dónde quiere que firme y lo haré. Asunto zanjado.

—¿Firmar?

—El divorcio.

Enarcó una ceja ante semejante réplica y ladeó la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que tengo la más mínima intención de divorciarme?

—Que ha sido lo bastante *im… imprudente* como para elegir a una completa desconocida como… su pareja.

—Has estado a punto de decir *imbécil*, ¿verdad?

—Se lo habrá imaginado.

—Pues debo de tener una imaginación de lo más vivida, porque estoy convencido de que escuché una voz igualita a la tuya llamándome imbécil unas cuantas veces la noche de la fiesta del aquelarre —aseguró con gesto pensativo—. Y como hombre inteligente que soy, asumo la culpa de mis actos y te agradezco en el alma que me trajeses de vuelta. Aunque puede que la forma en que mostré mi agradecimiento fuese un poquito… drástica.

—¿Un poquito? —Cameron notó de nuevo ese chisporroteo y buscó a través del éter esa línea que lo unía a su caudal, a fin de coger las riendas del poder que al parecer ella era incapaz de sujetar—. Pasarse un poquito habría sido… No sé, agradecérmelo con una cesta de fruta y unos bombones, pero esto… Esto no es pasarse un poquito, es una auténtica irresponsabilidad. Usted es el *Alto Hechicero de Dublín*, lo suyo ha sido una metedura de pata de niveles cósmicos.

—Soy consciente de lo que he hecho…

—Pues entonces haga algo para remediarlo —lo apuntó con el pincel.

—¿No es eso lo que estoy haciendo?

No lo pensó, solo estiró el brazo y le rodeó la cintura, presionando el puño con el rodillo contra su espalda y haciendo que la mano de ella, la cual todavía apretaba los pinceles, terminase contra su camisa embadurnándolo de pintura.

—De hecho, habría empezado esa misma noche si hubieses tenido el detalle de permanecer cerca de mí —mencionó al tiempo que le pellizcaba la barbilla entre el pulgar y el índice—, pero ya que preferiste hacer las cosas de esta manera, que así sea…

Probó sus labios, suaves y cálidos y respiró su aliento en el momento en que jadeó bajo su boca, abriéndose a la inesperada incursión de su lengua.

Cameron no tenía intención de hacer de aquel beso algo íntimo, solo quería dejarle claro a esa brujita que no toleraría que lo burlase de la manera en la que lo había hecho esa última semana y que no era alguien que cedería a tonterías femeninas. No estaba preparado para encontrarse con la vulnerabilidad, ni con el temblor que sintió contra su cuerpo, ni tampoco con el delicioso sabor de la mujer que hasta hacía poco había ejercido como su secretaria.

—Pasaré por alto tu jugarreta de esta semana, *esposa*, pero te lo advierto, esta será la primera y la última —murmuró calentándole los labios con su aliento, respirando todavía tan cerca de ella que juraría que podía bebérsela. Se apartó lo justo para mirarla a los ojos—. No me gusta que me mientan, tenlo presente.

—No le he mentido —murmuró ella en respuesta, sosteniéndole la mirada—. Nunca me preguntó si conocía a su esposa o si lo era yo…

Enarcó una ceja ante esa curiosa réplica.

—Tienes un punto con eso —admitió separándose de ella lo justo para ver su mano todavía apoyada contra su camisa embadurnada de pintura y el aro vinculante más vivo que nunca en su dedo—. Supongo que si no hubieses ocultado esto, la pregunta habría quedado resulta por sí misma y solo tendría que decir una cosa al respecto. —Le cogió la mano y se la levantó, llevándosela a los labios—. Hola, esposa. Al fin te encuentro.

Ella retiró la mano con rapidez, dio un paso atrás y lo apuntó con los pinceles.

—Déjese de… —Sus palabras se ahogaron en el momento en que se fijó en la mancha de pintura—. Se lo dije, ¿no es así? Acaba de estropearse la camisa.

—No te preocupes, Allison, hay más en el armario del que salió esta —replicó e hizo una mueca al darse cuenta de algo que había pasado por alto, algo mucho más importante—. Por otro lado, no estoy del todo seguro de que a tus vecinos les dé igual que les nieve en el interior del edificio.

Como si sus palabras descorriesen un velo, su nueva esposa miró a su alrededor y empezó a perder el color al ver unas pequeñas volutas de nieve volando en torno a ellos, uniéndose al pequeño círculo de nieve que cubría el suelo en el punto exacto en el que estaban.

—Joder, joder, joder… —Su horror era casi cómico, casi, pensó mientras la veía girar

sobre sí misma—. Venga ya. Esto es demasiado. —Levantó la cabeza y señaló la nieve con gesto desesperado—. ¡Haga algo! Esto es culpa suya. Recójala. Hágala desaparecer. ¡Lo que sea!

Se volvió como un rayo hacia la puerta del otro lado del rellano y gimió una vez más.

—Esa loca va a montarme un pollo y que le digo yo esta vez, ¿eh?

—Allison.

—¿Qué?

—No tienes el menor control sobre mi caudal, ¿no es así?

—No tengo ningún control sobre ningún tipo de magia, *imbécil* —replicó al tiempo que golpeaba el suelo con el pie—. No he tenido magia propia en mi puta vida.

Toda una declaración para una *hija del aquelarre*, pensó, pero no pudo evitar chasquear la lengua ante el inesperado insulto.

—Esa boquita… —la reprendió un segundo antes de hacerse cargo del campo nevado y devolver el lugar a su estado original en tan solo un parpadeo—. Aprender los conceptos básicos de control y encauzamiento del caudal de energía. Anota eso en mi agenda.

—¿No acababa de despedirme?

—No despido a la gente competente —declaró volviéndose hacia la pared para estudiarla con detenimiento—. Y tú lo has sido como secretaria, así que tengo la esperanza de que puedas llegar a ser igual de competente como esposa.

No hizo falta que se girara para darse cuenta de que le había tocado la fibra, podía sentirlo en la manera en que chisporroteaba la magia a su alrededor, la cual prometía levantar una jodida ventisca. Pero le quedó absolutamente claro cuando sintió la caricia del aire del proyectil que pasó volando al lado de su cabeza y acabó estrellándose contra la pared.

Se giró hacia ella con gesto incrédulo.

—¿Acabas de lanzarme un pincel a la cabeza?

Esos ojos marrones se entrecerraron sobre él.

—Le prometo que el próximo dará en la diana, señor McNamara.

Cameron contuvo la risa que pugnaba por salir de su garganta, se enderezó y la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Tendrás que mejorar la puntería si pretendes conseguirlo —aseguró y no perdió tiempo en señalar la pared que ella había estado pintando—. De momento, encárgate de la puerta. Tenemos mucho de lo que hablar y no creo que quieras hacerlo con esa inquilina espiándonos desde la mirilla.

Si las miradas fuesen dardos, la de esa mujer lo habrían atravesado sin piedad.

Tenía que admitir que era extraño estar ante ella e intentar conciliar el hecho de que sabía quién era, de que había estado a su lado durante algún tiempo y a la vez encontrarse a alguien que nada tenía que ver con la imagen mental con la que la relacionaba.

Eso y sus drásticos cambios de atención.

Jamás había visto a una mujer actuar con tanta rapidez como ella. En un instante estaba fulminándolo con la mirada y al siguiente había cruzado el rellano y deslizaba el pincel por encima de la mirilla de la puerta contraria a la suya.

—¡Vaya a espiar a su abuela, vieja bruja!

La sonrisa que había estado conteniendo durante esos últimos instantes apareció sin más.

Las cosas quizás no hubiesen salido tan mal después de todo, no solo conocía a la mujer a la que había elegido para compartir su caudal, sino que prometía ser mucho más interesante que cualquier pazguata con la que podría haber terminado bajo otras circunstancias.

Sí, su matrimonio con esta bruja prometía ser de todo menos aburrido, sobre todo si hacía que nevase o se congelase algo cada vez que perdía las riendas de sus emociones.

CAPÍTULO 7

Cameron McNamara estaba sentado en su sala de estar y no tenía prisa alguna por marcharse.

Allison no sabía si aplaudir y dar saltitos de alegría o echarse a llorar y berrear como una niña ante la desastrosa jornada que parecía no terminar.

Él la había besado.

A ella.

Y no había sido un accidente.

Esa maldita lengua en su boca no era un jodido accidente.

Quería morirse. Allí mismo. Aunque fuese solo para fastidiarle.

¿Cómo se atrevía a despedirla así sin más?

Lo había dicho en serio, ¿no?

No quería ser su esposa.

Bueno, sí quería, pero no hoy, no de esta manera.

Y mierda, ¿en serio había hecho que nevara en el rellano?

¿En qué mierda se había convertido? ¿En Elsa?

No, ella no era rubia, ni tenía hermanas.

¡Ay, dios! ¡Su madre!

Alguien iba a poner el grito en el cielo en cuanto se enterase de lo que había hecho.

Y se enteraría. Siempre lo hacía.

Joder, estaba desvariando.

—¿Y bien?

Parpadeó un par de veces y miró al hombre sentado frente a ella sin tener la menor idea de a qué se refería. ¿Le habría estado hablando?

Mierda, mierda, mierda.

—¿Y bien qué?

Esos sensuales labios se curvaron ligeramente. Siguió cada uno de sus movimientos con atención, viendo como dejaba la taza de café sobre el posavasos y se inclinaba hacia delante, cruzando las manos entre sus rodillas.

—¿Has terminado la intensa conversación que parecías tener contigo misma? —preguntó con su habitual tranquilidad—. No me he atrevido ni a interrumpirte.

—¿Por qué sigue aquí?

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza de esa manera tan suya que la hizo rememorar sus encuentros en la oficina. Los momentos en los que solo había sido su jefe, un hombre de poder detrás de un escritorio a quién tenía que asistir en el trabajo.

—Porque tú estás aquí y por qué el café es excelente —respondió señalando la taza que había dejado con un gesto de los dedos—. Es el mismo que preparas en la oficina.

Sí, lo era. Al menos, el que preparaba para ella y que había empezado a compartir con él después de que casi escupiese sobre la mesa el horrible brebaje que preparaban en la planta de abajo.

—Le diré dónde puede comprarlo, de ese modo podrá preparárselo usted mismo de ahora en adelante —replicó con gesto serio, su voz en línea con el papel que había desempeñado frente a él los últimos años.

—Es curioso que seas tú la que está tan enfadada cuando soy yo el que debería querer estrangularte, muy, pero que muy lentamente, por el estrés que me has ocasionado esta última semana —mencionó con cierto sarcasmo—. ¿Tienes idea de la cantidad de problemas que podrías haber evitado siendo sincera desde el primer momento?

—Los mismos problemas en los que usted no habría tenido que pensar si tan solo hubiese tenido el sentido común de no beber como un cosaco y perder el norte —replicó mirándole fijamente—. Lo que hizo no fue solo estúpido, sino también temerario, ¿tan poco aprecio tiene por su propia vida?

—Aprecio mucho mi vida, más de lo que te puedas imaginar —admitió sin ambages, entonces dejó escapar un cansado suspiro que la cogió por sorpresa—. No me siento orgulloso al admitir esto, pero negarlo sería negar una realidad que ha estado ahí todo el tiempo, una que llegué a perder de vista por momentos. He sido imprudente y esa imprudencia habría podido costarme cara, muy caro de no haber estado tú allí.

Sí, le había costado tan caro que sus pulmones habían dejado de funcionar y, durante unos interminables segundos, incluso su corazón dejó de latir.

—Y eso hace que me pregunte, ¿qué hacías allí? —La pregunta fue directa, del mismo modo en que lo era su mirada, dura y fría como el hielo que corría por sus venas.

—Formo parte del aquelarre, mi familia habría considerado una afrenta imperdonable que incluso yo no estuviese presente —respondió sin más—. Es casi un mandato real asistir a esa celebración anual.

—Sabes perfectamente que esa no era mi pregunta.

Intentó sostenerle la mirada, pero era demasiado intensa y demandaba respuestas inmediatas.

—Lo mismo que usted, escapar de un ambiente en el que no se siente cómodo… —Se encogió de hombros—. Aunque en mi caso, no soy alguien a quien los anfitriones o el resto del aquelarre eche de menos.

—Sigues sin darme la respuesta que busco.

—Será porque no la tengo —replicó de golpe. La intensidad de sus palabras, aun si no fueron pronunciadas en voz alta, fue suficiente para que los dedos que estaban alrededor de su propia taza de café cosquillearan un segundo antes de envolver su taza en una cápsula de hielo —. ¡Mierda!

—Cuando mi don empezó a despertarse solía pasarme eso la mayor parte del tiempo —mencionó él estirando una mano en su dirección. Pudo sentir y también ver esa corriente mágica alrededor de sus propios dedos, extendiéndose sobre sus manos y retirando al momento el hielo que envolvía la taza, deshaciéndolo hasta hacerlo desaparecer por completo, incluyendo su tacto helado—. La magia responde a las emociones, es lo que la hace ser parte de nosotros…

—Esto no es parte de mí, nunca lo fue… —repuso dejando la taza sobre la mesa, como si de ese modo pudiese alejarse de todo aquello—, y no debería haberlo sido si hiciese las cosas como tendría que haberlas hecho.

—Si hiciese las cosas como se supone que tengo que hacerlas, es probable que nunca te hubiese contratado, que no hubiese tenido una magnífica asistente estos últimos años y no hubiese estado en esa sala aquella noche —declaró él con un desapego en la voz que le provocó un escalofrío—. Lo más probable es que fuese un capullo arrogante, un snob que sigue las normas no escritas del aquelarre, que estuviese casado con una bruja con pedigrí, de cara bonita,

cuerpo escultural y modales perfectos que me aburriría hasta las lágrimas. Eso si mi hermano no me hubiese sacudido antes a base de bien hasta hacerme abrir los ojos. —Chasqueó la lengua y la miró con cierta sorna—. Así que prefiero seguir siendo como soy, un imbécil arrogante y frío que hace lo que le da la gana.

—No sé cuál de las dos alternativas es más… inquietante.

—La primera, sin duda —afirmó él con un gesto de la cabeza—. Y ahora, ¿qué tal si me respondes? Y por lo que más quieras, deja de hablarme de usted… Es raro pensar en que mi esposa me hable de esa manera.

—No soy su esposa…

—Lo eres.

—No debía serlo.

—Eso no te lo discutiré —admitió y, sin mediar palabra abandonó su asiento y se dejó caer a su lado, ocupando el viejo sofá en el que ella solía acurrucarse. No le dio tiempo a reaccionar y ponerse en pie, a apartarse, pues la envolvió con el brazo a fin de que no pudiese hacer nada de eso—. Pero esto te convierte en mi pareja, en mi compañera y en mi esposa. —Le cogió la mano derecha y acarició el anillo tatuado con el pulgar—, y a mí en tu pareja, tu compañero y marido. No es perfecto, lo sé, pero es lo que toca. Así que respóndeme de una buena vez, Allison McNamara o… me sentiré tentado a encontrar las respuestas que quiero de cualquier otra forma que se me pase por la cabeza.

Ni siquiera ella era tan tonta como para no saber lo que significaban exactamente sus palabras, las cuales podía ver confirmadas en la mirada presente en sus ojos. Si bien conocía algunas facetas de este hombre, otras eran un completo misterio para ella y esperaba que siguiesen siéndolo durante… un poco más.

Se escabulló como pudo, llegando casi a terminar en el suelo en sus prisas por alejarse de él y de unas intenciones menos que inocentes.

—¡Te seguí! —exclamó mientras se movía de modo que quedase la mesa auxiliar entre ambos—. Puede que no tenga el don de una bruja activa, que no pueda ver las líneas de energía, pero llevo tiempo siendo tu asistente y me he fijado en la manera en la que sueles encauzar tu poder cuando buscas… enfatizar algún punto en concreto. —Hizo una pausa y se lamió los labios—. Esa noche algo no estaba bien, hacía… frío a tu alrededor y tus ojos… no eran del color adecuado.

—Así que me seguiste hasta la sala… —concretó él, adoptando la inmovilidad de un depredador al acecho.

—Tenía intención de buscar a tu hermano Connor y decirle dónde estabas —continuó con firmeza, envolviéndose de nuevo en esa profesionalidad que la había ayudado a abrirse paso en la vida—. Pero entonces escuché algo cayendo al suelo, el sonido de algo que se rompía y supuse

que sería mejor cerciorarme de que seguías de una pieza.

Allison había sabido que algo no iba bien en el mismo instante en que escuchó ese sonido, en el mordisco helado de la manija de la puerta cuando la empujó con fuerza para entrar en aquella sala.

Hielo, escarcha, se hacía difícil incluso el hecho de respirar allí dentro, era como entrar en una jodida cámara frigorífica en la que ese mentecato yacía inmóvil, sentado de manera extraña contra la pared.

No lo pensó. En realidad dudaba que su cerebro hubiese podido conjurar un solo pensamiento coherente a partir de ese instante. El corazón se le detuvo en seco al acercarse a él, llamándole por su nombre, solo para ver que no solo no le respondía, sino que ese maldito pecho no subía ni bajaba.

—Te encontré inconsciente… —Intentó disociarse del recuerdo, limitarse a pronunciar las palabras como si se limitase a recitar una lista, pero era difícil no volver a sentir de nuevo el terror que sintió entonces—. Estabas… congelándote. De manera literal. Había hielo incluso en tu ropa y no respirabas. Hice lo que cualquier persona con sentido común habría hecho en mi situación, intentar traerte de vuelta.

—Crucé el umbral. —Su respuesta fue mucho más suave que de costumbre, carente de esa petulancia. Le miró y vio la sorpresa en sus ojos, así como una creciente comprensión, como si sus palabras hubiesen llenado el hueco de las preguntas que le rondaban en la cabeza—. No habría podido dar marcha atrás, ya no era posible. Me mantuviste en este lado, eras lo que tenía más cerca, estabas conectada conmigo en ese momento. Por supuesto, solo podías ser tú.

Sus palabras no tenían el menor sentido para ella, de hecho, empezaba a preguntarse si no estaría desvariando un poco hasta que lo vio levantar la cabeza y encontrarse de nuevo con su mirada.

—Mi poder es primigenio, responde a los instintos y cuando el caudal se hizo demasiado grande, cuando se desbordó por completo, perdí el contacto con la realidad… —Sacudió la cabeza y la miró—. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando a mi alrededor. No recuerdo con claridad aquellos instantes, salvo tu voz insultándome…

—Se ve que no te insultan con mucha frecuencia…

Enarcó una ceja y acto seguido vio como sus labios se curvaban un poco.

—Te sorprendería la respuesta a eso —mencionó, entonces lo vio pasarse la mano por el pelo, desordenándolo un poco—. He tenido que reaccionar por instinto. Elegí el ancla más cercana a mí en esos momentos y resultaste ser tú.

—¿Y no recuerdas por casualidad que te dije que no? —siseó en respuesta—. Te lo repetí unas cuantas veces, de hecho.

—¿De verdad me dijiste que no?

Asintió con rotundidad.

—Alto y claro —confirmó.

Frunció el ceño con gesto pensativo y se miró la mano, el anillo tatuado en su piel.

—Pues no funcionó. —Levantó la mano a modo de justificación—. Y esto solo se fija si hay consentimiento.

Un consentimiento tácito, un vínculo que beneficiase a ambos lados y fuese compatible con los candidatos. Si ella no fuese compatible con él, si en lo más profundo de sí misma no quisiese aquello, si él no lo desease al ser quién pronunciaba las palabras vinculantes, la unión no se habría realizado.

Era una ley no escrita, un principio de la magia compartida: dar y recibir.

Fuesen cuales fuesen las motivaciones de ambos o lo que ahora pensasen sobre ello, su matrimonio era un hecho y el vínculo solo podría disolverse si ambos así lo deseaban; si lo deseaban de verdad.

—Lo último que quería era tener tu muerte en mi consciencia —replicó ella de manera tajante—. Supongo que eso fue una especie de «sí, acepto».

—Sin duda lo es —aceptó él recuperando su tono habitual—. Y encaja con mi propio deseo; seguir vivito y coleando.

Uno que ella compartía, pero que no pensaba pronunciar en voz alta.

—Bien, con esto sin duda hemos rellenado los huecos de esa noche —admitió él al tiempo que se inclinaba hacia delante y buscaba una vez más sus ojos—. Ahora solo queda el pequeño asuntillo de la pantomima que has representado esta semana.

—Yo he representado ninguna pantomima.

—Allison, has tenido cuatro días enteros y toda esta mañana, dejando a un lado el pasado fin de semana, para decirme que tú eras la mujer que lleva mi alianza. —Su tono era tan cortante como el maldito hielo—. En especial dado el hecho de que cada mañana, mi impecable secretaria, se presenta en mi oficina para revisar la agenda del día. Dame una buena razón para que no te estrangule, porque, querida esposa, cada vez tengo más ganas de hacerlo.

—No… encontré el momento.

—No encontraste el momento. —La manera en que repitió sus palabras le provocó un verdadero escalofrío—. Un pretexto un poco pobre. Por favor, inténtalo otra vez.

Se lo quedó mirando durante un breve instante, se lamió los labios y se enderezó antes de replicar en tono firme, pero modulando la voz de tal manera que su pronunciación fuese perfecta.

—Verá, señor McNamara. Es difícil hablar con alguien que o bien está al teléfono o se limita a mirar el ordenador mientras le hablan. Que contesta con monosílabos y no se molesta en levantar la cabeza y mirar a su interlocutor, ya que es una persona y no una parte más del mobiliario —le soltó con total corrección, haciendo las pausas justas y viendo al mismo tiempo

su reacción—. Eso sin mencionar los *«ahora no, señorita Reid»* que me ha dedicado más veces de las que he podido contar a lo largo de esta semana.

—El lunes llevabas un tono de carmín diferente al que sueles utilizar. El martes cambiaste de pendientes; muy bonitos, por cierto. Te favorecen. El miércoles parecías algo distraída a primera hora. Si no recuerdo mal, tuve que repetirte dos veces que te encargases de enviar los albaranes. Para el jueves volvías a ser la misma pulcra asistente de siempre. Y esta mañana fuiste tú la que no levantó los ojos del iPad mientras recitabas de carrerilla mi agenda… —El rápido y conciso resumen que hizo de su semana la dejó sin palabras—. Pero me disculpo por haberte levantado la voz ayer y esta misma mañana. Diría que mi frustración no era culpa tuya, pero… Mira por dónde, sí lo era.

Abandonó el sofá y rodeó la mesa auxiliar hasta detenerse ante ella.

—Te habría escuchado alto y claro, sobre todo si en algún momento de tus visitas a mi oficina hubieses dejado caer algo así como «soy tu esposa» —zanjó con un movimiento de la mano que detuvo al instante el cosquilleo en sus dedos—. A partir de ese instante habrías gozado de toda mi atención, señorita Reid.

—No es fácil decirle al *Alto Hechicero* de Dublín, uno de los hombres más poderosos de Irlanda y cabeza de una de las familias principales del coven, que la bruja a la que se vinculó, no tiene ni una pizca de magia en sus venas —masculló por lo bajo, mirándose las manos, pues sentía como si algo hubiese sofocado el cosquilleo hasta hacerlo desaparecer por completo—. Y mucho menos aún decírselo a mi jefe.

Cameron deslizó un solo dedo debajo de su barbilla y le levantó la cara.

—¿Por qué? ¿Es peligroso? —preguntó en voz baja, casi como si compartiese con ella un secreto.

Más peligroso que ninguno, pensó viendo ese brillo en sus ojos y la manera en que resbaló la mirada sobre sus labios.

—Contrario a lo que hayas podido escuchar por ahí, soy solo un hombre, Allison, no meriendo a brujitas pecosas ni tampoco planeo sacrificios a los dioses —aseguró con un deje irónico—. Palabra de hechicero.

Arrastró el dedo dejando tras de sí una caricia que la hizo encorvar los dedos de los pies.

—Y habiendo dejado claro eso, deberíamos seguir con…

El inesperado e insistente sonido del timbre resonó en la habitación, interrumpiéndole.

Como si no hubiese sido suficiente con un par de timbrazos, la cosa subió de tono añadiendo golpes a la puerta con tan irritada urgencia que no le cabía la menor duda de quién se trataba.

—Si es que el día no puede ir sino a peor… —masculló volviéndose hacia la entrada del salón.

—¿La bruja del otro lado del rellano?

Se volvió hacia el hechicero y asintió.

—No es esa clase de bruja, sino…

—Me quedó claro cuando le pintaste la mirilla de la puerta.

El timbre volvió a sonar de manera insistente, haciendo que rechinase los dientes y lanzase una mirada fulminante en dirección al pasillo.

—Esa mujer vive para hacerme la vida mucho más interesante —rezongó y señaló en la misma dirección—. Discúlpame un momento…

—Si necesitas ayuda, solo llámame.

—Antes muerta —masculló al tiempo que salía por la puerta, cruzaba el recibidor y abría la puerta de golpe.

—¡Esta es, agentes! ¡Esta es la zorra que ha vandalizado mi puerta!

Aquello no podía estar pasando, pensó Allison mientras veía a dos hombres con uniforme de la policía intercambiando una mirada medio resignada desde detrás de la señora Collins.

—¡Arréstenla! ¡Llévensela presa!

Los hombres volvieron a mirarse, uno de ellos incluso suspiró y la miró como si no fuese la primera vez que tenía que atender las absurdas acusaciones de una chalada.

—Aquí vamos otra… —empezó a murmurar, pero no tuvo tiempo a terminar la frase, pues una mano fuerte se posó en su hombro desde atrás y la sensual y dura voz de su jefe sonó por encima de su cabeza.

—Buenas noches, agentes, ¿ha ocurrido algo?

Por primera vez en todo el maldito día, Allison podía decir que se alegraba de tenerle a su lado.

CAPÍTULO 8

Cameron estrechó la mano de los dos agentes y sonrió para sí al ver el reconocimiento en los ojos de uno de ellos. A juzgar por las expresiones de ambos y las miradas que habían intercambiado desde el primer instante, su presencia no obedecía a algo que hubiesen esperado, sino todo lo contrario.

Posó la mirada ahora sobre la mujer, cuyo rostro se había contorsionado con disgusto y alternaba una altiva mirada entre Allison y él mismo, manifestando sin disimulo la opinión que le merecía su presencia.

Desde luego, no había que ser brujo para darse cuenta a simple vista de la ojeriza que le tenía a su esposa.

—Buenas noches. —El brujo de la pareja policial tomó la palabra—. Soy el agente Walsh. Mi compañero, el agente O'Brien. La señora Collins ha dado parte de un intento de allanamiento, vandalismo y agresión por parte de la señorita Allison Reid, la cual nos ha indicado que reside en esta vivienda. ¿Es correcto?

—¿Intento de allanamiento? ¿Agresión? —repitió Allison a duras penas podía contener su rabia—. Señor, dame paciencia…

—McNamara, el apellido de mi esposa es McNamara —la ignoró y corrigió con elegancia al agente, deslizando la mirada de este a la mujer que frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¡Eso es un embuste! Seguro que no es más que uno de los muchos amantes de esta mujerzuela…

—Señora, por favor… —pidió el tal O'Brien.

—Le pediría que no vuelva a dirigirse a mi mujer en tales términos, señora. —Su voz fue lo bastante cortante como para que la aludida abriese los ojos como platos y diese un respingo. Ignorándola al momento siguiente, volvió a mirar a Walsh—. Entiendo que su trabajo es comprobar que se han producido tales hechos, pero mucho me temo que ha habido una confusión con respecto a tal acusación. Como podrán apreciar por la indumentaria de mi esposa y el aspecto del rellano, el vandalismo al que se ha hecho referencia se ha producido en este lado de la planta.

—Sucedió durante mi jornada laboral —añadió ella con ese tono profesional y elegante con el que solía conducirse en la oficina—. Cuando llegué a casa a primera hora de la tarde, me encontré a la señora Collins, así como a otros de mis vecinos admirando el mural alternativo que habían pintado sobre la pared… y mi propia puerta. —Señaló esta con una mueca—. Habían dibujado con espray un pene con alas y ojos, algo lo bastante incómodo y de mal gusto como para dejarlo dónde estaba. —Se pasó las manos sobre el mono de pintura recalcando lo hecho—. Me he pasado la tarde pintando. Mi… marido llegó hace un momento y me ha estado echando una mano. Le dije que se pondría perdido, pero… ya sabe cómo son los recién casados.

La mirada tierna que le dedicó casi le arranca una carcajada.

—Que recién casados ni que ocho cuartos… —siseó la mujer, dispuesta a seguir con la discusión—. Esta furcia no está casada.

—¡Señora! —El agente Walsh elevó la voz, fulminando a la aludida con la mirada.

—¿Es eso verdad? —preguntó al mismo tiempo el compañero del policía, quién podía ver claramente que lo que ambos acababan de mencionar era verdad, pues las marcas del grafiti todavía podían verse tanto en la pared como en la puerta.

—¡Ella me pintó la mirilla de la puerta! —Acusó apuntando directamente a Allison con un largo dedo—. ¡Me amenazó!

—Lo que hice fue decirle que se metiese en sus cosas y dejase de espiar mis movimientos a través de la mirilla, señora Collins —respondió ella con gesto de absoluta inocencia. Hizo una mueca y miró la puerta del otro lado del rellano con gesto pensativo—. Es posible que no me diese cuenta y le manchase la puerta con el pincel cuando llamé. Debo admitir que estaba bastante irritada con todo lo que ha pasado. ¡Mi casa fue la única que pintaron! Y si tengo que esperar por el propietario del inmueble… Bueno, todos en este edificio le dirán lo que eso significa, agente.

—Entiendo… —mencionó el agente O'Brien volviéndose hacia la vecina de su compañera con gesto aburrido—. Usted sostiene que sufrió una agresión, puede explicarnos como…

La mujer empezó a enrojecer, sus ojos destellaron de rabia, se encaró con el policía, mirándolo de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Son ustedes unos buenos para nada —sentenció—. Lo que tienen que hacer es echar a esa mujer de aquí. Arréstenla o lo que sea. ¡Es una descarada! Este es un edificio en el que vivimos gente decente. Esos vándalos, los que hicieron esto, seguro que son amiguitos suyos.

Walsh se pasó una mano por el pelo y negó con la cabeza en dirección a su compañero.

—Señora, ¿han intentado allanar sí o no su casa? —preguntó el agente una última vez, aunque estaba claro que sabía cuál era la respuesta—. La policía no está para resolver desavenencias particulares…

—¡Es que no ve lo que le ha hecho a mi puerta! —insistió la mujer señalando la única mancha de pintura, que parecía fortuita, sobre la mirilla—. ¡Eso es vandalismo! ¡Y lo hizo ella! ¡Yo la vi! ¡Venía dispuesta a echarme la puerta abajo!

—No es verdad… —Negó Allison con suavidad, manteniendo una actitud que indicaba que aquello era algo cotidiano, algo a lo que ya no le hacía ni caso—. Miren, lamento que les haya hecho perder el tiempo una vez más. Esta mujer tiene por costumbre llamar día sí y día también a la policía por cosas como esta… De hecho, me sorprende que hayan enviado a alguien, prácticamente la conoce toda la comisaría.

Sus palabras fueron como un dardo para los agentes, que acusaron su recriminación con estoicismo.

—De acuerdo, señora Collins… —El agente Walsh optó por terminar en aquel mismo instante con aquella pantomima—. Nos haremos cargo de su denuncia y…

—¿La van a arrestar? ¿Se la van a llevar? —preguntó entre interesada y esperanzada—. Si es así llamaré al casero para que la desaloje de manera inmediata.

—Por amor de dios, es que yo la…

Cameron no dudó en rodear la cintura de su bruja y contener al mismo tiempo el tirón de caudal antes de que su falta de contención mágica crease una ventisca o algo más allí dentro.

—No se preocupe… —El agente O'Brien ignoró a la mujer y se volvió hacia ambos—. Ha quedado perfectamente clara la naturaleza del aviso que recibimos. Lamentamos haberles hecho perder el tiempo…

—Estaban haciendo su trabajo —afirmó comprensivo y le dedicó una fingida mirada de lástima a la vecina que seguía rezongando frente al otro policía—. Nunca se sabe cuándo una de estas acusaciones puede ser cierta, en cuyo caso se terminaría salvando alguna vida. Nunca se disculpe por ello, agente. Por el contrario, como ciudadanos de Dublín no podemos sino agradecer la dedicación de nuestros cuerpos de seguridad.

—Pelota… —Escuchó el murmullo casi imperceptible a su lado, haciendo que le apretase la cintura para hacerla callar.

—Le entiendo, señora Collins, pero como ya le he dicho, no es una disputa en la que pueda meterse la policía —escucharon el final de la conversación del compañero del agente.

—¿Para qué demonios sirve la policía si no es para ayudar a los ciudadanos? —chasqueó la mujer, los miró a todos con gesto irritado, soltó un par de improperios más y se encaró una última vez con el agente—. No sirven ustedes para nada. Que me manden a alguien que sea capaz de atender correctamente a una anciana.

Dicho eso, dio media vuelta y se dirigió con paso decidido hacia su puerta, metió la llave en la cerradura, entró y cerró tras de sí con un portazo.

—Si ella es una anciana, yo soy *Caperucita Roja*. —Escuchó mascullar a Allison.

—¿Es siempre así? —preguntó bajando la mirada sobre ella.

—¿Qué si llama cada día a la policía con un pretexto distinto? —replicó en voz lo bastante alta como para que los dos agentes se diesen por aludidos—. Sí. Cada día de la semana. Y los fines de semana dos veces.

—¿No has pensado en mudarte? —Sin duda sería el método más rápido para terminar con esa clase de enfrentamientos.

—La vivienda de alquiler en Dublín no solo es cara, sino que no abunda —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. No hay muchas alternativas de alquiler asequible y que estén tan bien situadas. Además, me gusta este edificio y los vecinos son agradables… si la omitimos a ella.

—Bien, dadas las circunstancias, no tenemos nada más que hacer aquí —mencionó el agente Walsh tendiéndole la mano—. Lamentamos la intromisión.

—No hay nada que lamentar —negó estrechando la mano del hombre, notando al mismo tiempo su poder—. Solo cumplen con su deber, agente. Se lo agradecemos.

Él asintió y le tendió la mano a su compañera, quién se la estrechó.

—Sí, no se preocupe —corroboró ella—. Lo más seguro es que acaben ustedes volviendo por aquí a darse de nuevo un paseo.

El agente hizo una mueca ante su comentario, pero se limitó a saludar con la cabeza y marcharse con su compañero.

—Tienes una vida de lo más ajetreada, esposa.

Tan pronto como los policías salieron de su vista, ella se liberó de su brazo y puso distancia entre ambos.

—Todavía no has visto nada… —musitó en voz baja, mirando la puerta al otro lado del rellano. Un segundo después y sin decir una sola palabra, dio media vuelta y volvió a entrar en su propia casa.

Cameron entró tras ella y cerró la puerta.

Allison no se detuvo hasta llegar al salón, dónde empezó a deambular de un lado a otro, con las manos apretadas en puños. Estaba tensa, podía notar el poder crepitando a su alrededor, listo para estallar en cualquier momento.

—Esa mujer está haciendo carrera en joder al prójimo y por dios que está sacando matrícula —rezongó y se pasó las manos por el pelo—. Señor, dame paciencia porque si no la mato.

Bajó las manos de golpe con un resoplido y el resultado fue tan repentino como inesperado.

El suelo bajo sus pies se cubrió de una cristalina capa de hielo, lo bastante dura y azul como para no ser fácilmente rompible.

—Ay, dios. —Se llevó las manos a la boca, cubriéndose los labios mientras miraba lo que acababa de hacer con gesto horrorizado—. Dime que no he sido yo.

—Sí, has sido tú —declaró bajando la mirada a sus propios pies, viendo la escarcha acariciándole el borde de los zapatos—. Tu magia está drenando el exceso de caudal, solo que lo hace a golpe de emociones porque no tienes control sobre ella.

—¿Cómo que drenando el exceso? —Lo miró con ojos angustiados.

—Imagina una botella de agua interminable cayendo dentro de un recipiente finito. Llegaría un momento en el que el agua rebosaría, ¿no? —Explicó de manera sencilla, a lo que ella asintió—. Para que eso no sucediera, debería haber un agujero en el recipiente, de modo que aunque el agua siguiese cayendo, este nunca pudiese rebosar, ya que el exceso estaría saliendo

por ese agujero. Nuestra fuente de magia sigue el mismo principio. Existe una raíz primigenia de magia, que nos alimenta o se vierte en nosotros y para que no rebose, necesitamos drenar el exceso, lo cual hacemos devolviéndola a la fuente al hacer uso de nuestros dones o simplemente dejándola salir.

Ella se miró las manos.

—Cuando el caudal nos alimenta durante mucho tiempo sin darle salida, se produce una acumulación, cuanto más poder acumulas, más inestable es la bruja o brujo que lo porta y puede derivar en estallidos de poder como este. —Señaló el hielo bajo sus pies—. Para evitarlo, necesitas drenar el exceso, tienes que dejar que la magia fluya fuera de ti.

El miedo inicial dio paso a un paulatino entendimiento y una precaria calma.

—Entiendo la mecánica, recuerdo… algo parecido de mis primeros años en la escuela del aquelarre, pero… —Negó con la cabeza. Vio la vacilación en sus ojos, notó el temblor que la recorrió, así como la manera en que se sobrepuso a todo ello—. No sé cómo hacerlo. Esta corriente helada… no es mía, Cameron.

Escucharla pronunciar su nombre fue inesperado, evitó pensar en ello y se concentró en ella y en la tarea que tenía ante sí.

Ella era como un sifón. La ausencia de su propia magia hacía que fuese como un recipiente vacío en el que se iba vertiendo el caudal que recibía de él, un pozo que se iba llenando y llenando, como si no tuviese un límite.

Y a pesar de todo, ese pozo también contaba con fugas, con grietas lo bastante grandes como para que algunos hilos de poder primigenio emergiesen al exterior, canalizándose a través de sus emociones y reventando como un géiser.

—Ahora lo es y aprenderás a dominarla con el tiempo, a que te obedezca y se pliegue a tu voluntad como un manso río —aseguró con absoluto convencimiento—. Nos encargaremos de que así sea.

Ese rostro pecoso se levantó hacia él, los ojos marrones brillaban llenos de magia, una prueba irrefutable de que necesitaba dejarla salir.

—Ya, vale, ¿pero cómo demonios deshago esto? —pegó una patada en el suelo y la magia volvió a desatarse. Del suelo de hielo se elevaron unos finos hilos de plata que se solidificaron formando una especie de delgadas agujas aquí y allá—. La madre que me…

—Desde luego, así no —resopló él y la apuntó con el dedo—. No te muevas. —Acto seguido se agachó y abrió la palma sobre la superficie helada sin llegar a tocarla—. Lo último que necesitas es convertir el salón en una escultura de hielo.

Dejó que su propia magia tomara las riendas, siguió los hilos de poder que entretejían aquella repentina creación y los rompió uno por uno hasta que el hielo se quebró. Un segundo después cerró la mano y convirtió el hielo en una nube de polvo de nieve que se consumió poco a

poco hasta desaparecer.

—¿Cómo has…?

Las palabras murieron en los labios femeninos en cuanto lo vio ponerse de pie y clavar la mirada en la de ella.

—Cámbiate de ropa —ordenó sin darle opción a protestar—. Nos vamos.

—¿Irnos? ¿A dónde?

Miró a su alrededor y luego a ella.

—A dónde puedas dejar salir el caudal sin causar problemas que yo no pueda resolver —resopló, bajó la mirada sobre sí mismo e hizo una mueca—. Ve a cambiarte. Haré lo mismo. Nos encontraremos aquí en diez minutos.

Cameron no esperó por una réplica, buscó en el éter las líneas que le permitían plegar el espacio a su voluntad y dejó que su mente formase la imagen del lugar al que deseaba ir. Aquel era uno de los pocos dones de los que realmente disfrutaba como *Alto Hechicero,* uno que le permitía ir a dónde quisiera, sin necesidad de perder tiempo cogiendo cualquier otro tipo de transporte.

No solo necesitaba vestirse de manera más cómoda, sino comprobar que el lugar que tenía en mente serviría a sus propósitos; enseñar a su nueva esposa a drenar completamente el exceso de caudal.

CAPÍTULO 9

—Sabes que estamos en pleno septiembre, ¿no?

Vale, era un hecho.

Ese hombre estaba buenísimo tanto en traje como en ropa de calle, pero su atuendo actual era para ir al jodido polo norte y pretendía que ella usase lo mismo.

—Sí, lo sé —respondió y, sin mencionar palabra, le puso el gorro de lana y la envolvió con una bufanda.

Lo más normal sería achicharrarse como un pollo, pero no solo no tenía calor, sino que se encontró agradeciendo ese calor.

—Y también sé que tu temperatura corporal está bajando —mencionó entonces—. Tienes que drenar tu magia.

—No es mi…

No terminó la frase, la cogió de la mano y lo próximo que supo era que tiraban de ella a través del asfixiante vacío, que la succionaba y empujaba obligándola a dar un paso adelante, al segundo siguiente se encontró con el viento azotándole la cara y un cielo nuboso ligeramente oscurecido sobre la cabeza. La luz del día había empezado a remitir para dar paso a la temprana noche, pero aun así era imposible no reconocer aquel escenario verde, con el sonido del mar como telón de fondo.

—Los acantilados de Moher, en serio.

La formación geológica se encontraba cerca del pueblo de Doolin, en el condado de Clare, a doscientos sesenta y siete kilómetros de Dublín y era, con mucha diferencia, uno de los parajes más impresionantes de Irlanda.

—Si tienes que congelar alguna cosa, al menos que sea donde ninguna vecina desquiciada consiga más leña para quemarte —replicó cruzándose de brazos—. Estás conteniendo una considerable cantidad de caudal, mejor dejarlo salir ahora de manera controlada, que arriesgarnos a que lo ocurrido en tu salón pase a ser de una escala mucho mayor.

—¿Y era necesario venir hasta aquí? —Señaló con un gesto el entorno—. Estamos en la otra punta del mapa.

—Estamos justo dónde tenemos que estar, donde cualquier cosa que hagas no repercutirá demasiado en la vida de los mundanos —mencionó al tiempo que echaba a andar, subiendo por el camino empedrado que iniciaba desde el aparcamiento y discurría por el largo sendero de unos ocho kilómetros que permitía recorrer todo el terreno.

Miró a su alrededor una vez más. Un puñado de vacas pastaba plácidamente dentro de los cercados, algunos turistas volvían con los móviles en las manos, sacando las últimas fotos antes de subirse en sus autobuses y emprender el viaje de vuelta, la llegada del temprano atardecer hacía que muchos de los presentes abandonaran ya la enorme extensión.

Fuese lo que fuese lo que Cameron tenía en mente, se había encargado de disponer de

espacio suficiente como para que cualquier persona ajena a su comunidad que pudiese cruzarse con ellos no reparara en sus acciones.

Allison no estaba acostumbrada a tener que andar de puntillas alrededor de los mundanos, hasta ahora su vida había transcurrido casi como si fuese uno de ellos. Si bien había nacido bruja y estaba al tanto de la existencia de los aquelarres y de la práctica de la hechicería, nunca tuvo la necesidad de esconder su don, ya que carecía de él.

Se miró las manos y cobró especial conciencia del cosquilleo que se había instalado en sus dedos esos últimos días. Esa era su magia, la que había obtenido a través de su nuevo marido, una que le resultaba tan ajena como le hubiese resultado encontrarse de repente con un miembro extra.

—Allison, muévete.

Se volvió para encontrarle ya a medio camino. Su postura era la de alguien acostumbrado a ser obedecido, a obtener lo que deseaba en el instante en que lo pedía. Dudaba que hubiese recibido demasiadas negativas en su vida.

Resopló por lo bajo y emprendió el ascenso. El viento parecía enfurecerse a medida que se acercaba al borde del paseo y el conocido acantilado escalonado iba cobrando forma con cada nuevo paso que ascendía.

Naturaleza salvaje en estado puro, con ese mar embravecido golpeando las inmensas bases rocosas, el silbido del gélido viento azotándole el rostro y amenazando con arrancarle la bufanda del cuello. Ahora entendía por qué la había obligado a abrigarse, el tiempo en aquellas latitudes era lo bastante crudo como para necesitar algo de protección extra.

Había estado con anterioridad en el paraje, pero las vistas seguían emocionándola tanto como lo hicieron la primera vez. Existía algo primitivo en aquel lugar, un latido que incluso ella, sin ser poseedora de magia alguna, había escuchado como un murmullo lejano.

Hoy, sin embargo, ese lejano murmullo tenía una cadencia mucho más intensa, como si existiese un corazón oculto en algún lugar bajo sus pies y pudiese escuchar su golpeteo.

—Lo escuchas, ¿no es así?

Ni siquiera se dio cuenta de que había llegado hasta su acompañante, ni que este se había detenido a unos metros de la torre de vigilancia hasta que escuchó su voz.

—Cada vez que he venido aquí he escuchado algo, pero ahora… es como si pudiese incluso sentir el latido de un corazón. —Se llevó una mano al pecho y habría jurado que el suyo se había acompasado a esta cadencia—. ¿Qué es?

—El pulso de la magia primigenia —respondió acercándose al cierre de piedra que delimitaba el borde, evitando que se saliese de la zona segura—. Solo la he escuchado latir así en dos lugares… En la colina de Tara y aquí.

—¿Has estado en Tara?

Él asintió y la miró.

—¿Tú no?

Negó con la cabeza.

—¿Eres irlandesa y nunca has visitado la cuna de tus ancestros?

—Me temo que no tengo una sola pizca de realeza en mis huesos, señor McNamara, dudo que la *Lia Fáil* fuera a rugir por mí —replicó poniendo los ojos en blanco.

—Tendrías que ir allí y tocar la piedra para saberlo con certeza, ¿no?

—¿Y ofender a los *Tuatha De Dannan*? —chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. No se me ocurriría en la vida.

Su marido esbozó una perezosa sonrisa y negó con la cabeza.

—Tienes respuesta para todo, ¿eh?

—Soy de mente ágil. —Se encogió de hombros y le dio la espalda para volver a mirar el acantilado y la amplia extensión de mar—. Es impresionante. Nunca me cansaré de admirarlo.

—Este es el lugar en el que despertó mi magia —mencionó Cameron—. Mi poder primigenio nace de aquí, pertenece a esta tierra y a este mar. Si escuchas con atención, verás que cada latido es respondido por el río de poder que ahora corre por tus venas, que se acompasa a él y fluye con mayor suavidad, como si quisiera volver a su fuente.

—Todo lo que escucho es el viento gritándome al oído —le dijo acercándose al borde, posando las manos sobre las piedras que hacían la función de cierre—, por no mencionar las gotitas de agua que trae consigo y que me están dejando la cara congelada…

Y el creciente cosquilleo en sus dedos, así como ese continuo tirón en su pecho, el cual había pasado de ser algo poco significativo a una sensación casi física, pensó para sí, pero no lo dijo en voz alta, aunque tampoco es que hiciese falta.

Un vistazo a la piedra que había estado tocando la hizo apartar las manos de golpe y dar un inmediato paso atrás. La superficie había empezado a cristalizarse, como si las bajas temperaturas la hubiesen recubierto con una inesperada cencellada.

—Mierda —masculló por lo bajo y se volvió hacia un lado y hacia otro, asegurándose de que nadie lo había visto.

Su exabrupto atrajo la mirada de su acompañante, quién se limitó a echar un vistazo en su dirección.

—Seguirá escapándosete entre los dedos hasta que drenes el exceso de caudal, lo único que consigues al contenerte es seguir acumulando el poder y haciendo que sea cada vez más inestable e impredecible —le indicó la prueba del delito que tenía ante sus propias narices—. Tienes que dejarlo salir, permitir que fluya libremente, de ese modo drenarás el exceso y te sentirás más ligera.

Lo miró de soslayo y asintió.

—¿Y vas a decirme cómo hacerlo o vas a seguir repitiéndome lo que ya sé? —inquirió con un deje irónico—. Esa charla ya la hemos tenido, ¿recuerdas? Invadiste mi casa para ello.

—¿Invadí tu casa?

—Sí. —sentenció y le dio la espalda antes de que pudiese llevarle la contraria—. ¿Y bien? ¿Qué tengo que hacer?

—Empieza por relajarte. —El susurro cayó directo en su oído, acompañado por el calor de su aliento. Allison pegó tal brinco que podría haberle saltado encima—. Una nevada en pleno septiembre no es algo que sea muy fácil de explicar.

—¿Cómo que una nev…? —No terminó ni la frase, ya que unos diminutos copos empezaron a volar a su alrededor, movidos por el viento—. Joder. ¿En serio? ¿Aquí también?

—Allison —la llamó, atrayendo de nuevo su atención—. Cuanto más nerviosa te pongas, menos control tendrás sobre la magia.

—Está bien, está bien… —rezongó. Tomó una profunda respiración, cerró los ojos y se obligó a permanecer calmada, a inspirar más despacio, a dejar que el aire entrase y saliese de sus pulmones con lentitud—. Calma… Necesito un poco de calma.

—Buena chica…

Ignoró su comentario y siguió con su rutina de respiraciones unos momentos más.

—Ahora escucha el latido, siente como la magia en tus venas palpita en la misma frecuencia, como fluye con suavidad y se convirtiese en un río de hielo que se va deslizando poco a poco a través de un conducto, como se vierte más allá de tus dedos, de tu piel…

Algo palpitó dentro de ella y también fuera, en algún lugar que no podía precisar.

Aguzó el oído intentando encontrar la procedencia de esa palpitación externa. Lenta, cadenciosa, sin alteraciones, un continuo tun-tun que parecía venir desde algún lugar bajo sus pies.

El ritmo se instaló no solo en su mente, sino también en su cuerpo. Su corazón se acompasó, el cosquilleo que no la había abandonado en aquellos días cambió a la misma pulsación y el frío mordisco que sentía a veces recorriendo sus venas, se convirtió en fluido río cuyas compuertas acababan de ser abiertas.

El tirón fue tan fuerte que jadeó de dolor, pero tan pronto como vino se fue dejando tras de sí una inesperada placidez.

Allison abrió los ojos para encontrarse en medio de una ventisca de nieve. El aire movía los copos de un lado a otro con una delicadeza y lentitud que no era natural, como si el tiempo hubiese decidido acompasarse también a aquel insistente latido que ahora se reflejaba en cada una de las hebras doradas que se entrecruzaban delante de sus ojos.

Decenas, cientos de hilos de luz, tan delgados como una hebra de cabello, pulsaban delante de sus ojos, a su alrededor y bajo sus pies. Bajó la mirada y se encontró sus propios dedos

cubiertos de escarcha, al igual que su ropa y juraría que buena parte de sí misma. Pero no tenía frío, tan extraño como era ese pensamiento, no sentía frío alguno, tampoco calor, solo una placidez absoluta. Toda la tensión que había acumulado esa última semana parecía haberse diluido por completo y de algún modo supo que esas hebras doradas eran las responsables de ello.

Movió los dedos y la escarcha en ellos se fue quebrando hasta quedar completamente libres, su piel igual de pálida que siempre en contraste con el hilo dorado más cercano a ellos. Lo acarició y fue como recibir un pulso de energía caliente y fría al mismo tiempo, una sacudida que tiró de algo en su interior, reclamándolo como si le perteneciera, como si le estuviese pidiendo que lo dejase ir a fin de volver a sus orígenes.

Cerró los ojos y dejó que aquello tirase de ella, del exceso de magia que tenía en su interior. Lo sintió fluir a través de sus venas, succionada por ese filamento luminoso, vaciándola poco a poco y dejando tras de sí un refrescante vacío.

Dejó escapar un suspiro de alivio. Se sentía mucho más liviana, tanto que casi le pareció que podría flotar y alejarse por completo de todo aquello.

«Allison. Déjalo ir. Ya es suficiente».

Una llamada. Una voz conocida. Una demanda.

Cameron.

—Allison. —Su nombre sonó ahora más intenso, como si lo hubiese gritado al oído—. Déjalo ir.

Sus dedos se separaron de aquel hilo de calor y al instante, el silencio y la tranquilidad que la habían envuelto cesaron. El aire le azotó el rostro, volvió a escuchar su rugido en los oídos, al igual que ese latido, pero ya no era tan intenso.

Tras un par de incómodos parpadeos, consiguió abrir los ojos.

La ventisca que arreciaba a su alrededor cesó al instante, dejando tras de sí tan solo la huella blanca de su repentina presencia, así como un círculo de escarcha en el suelo en torno a ella.

Se miró los dedos al sentir una ligera palpitación en sus yemas.

—¿Allison?

Levantó la cabeza al escuchar de nuevo esa voz y se encontró con unos intensos y brillantes ojos verdes que la miraban desde arriba.

—Pequeña, ¿puedes escucharme?

Sonrió ante su presencia, ante la felicidad que sintió al verle y asintió.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, pero ella no estaba interesada en sus preguntas o en su voz, sino en esa mirada.

—Tienes unos ojos preciosos.

—¿Qué? —Pareció genuinamente sorprendido por aquella apreciación.

Volvió a sonreír y sacudió la cabeza.

Ni siquiera sabía por qué había dicho eso, pero tampoco es que importase demasiado, pensó al ver la alfombra blanca que ahora cubría el camino y la hierba a su alrededor.

—Nieve —murmuró dándole nombre—. Qué bonito.

—Allison.

Ese era su nombre, sí, pensó girándose de nuevo hacia el hombre de ojos bonitos.

¡Oh! ¡Pero si era él!

—Hola, señora McNamara.

Su jefe. Por supuesto. Él era el dueño de esos magníficos y penetrantes ojos.

—¿Te encuentras bien? —La pregunta parecía contener un toque de preocupación.

Asintió con la cabeza.

Por supuesto que estaba bien. Mejor que bien. Casi podría decirse que nunca había estado tan bien en su vida. Aunque juraría que estaba un poco achispada. ¿Habría bebido?

Ay, dios. Pero que guapo era su jefe.

—Hoy está especialmente guapo.

Él dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—Te has drenado por completo —chasqueó él.

Allison dejó de prestarle atención cuando vio unas hebras oscuras manchando la blancura de la nieve a su alrededor. Deslizó los dedos sobre lo que parecían ramitas de hierba congelada y frunció el ceño ante la quebradiza escarcha que le dejó algo muy distinto entre los dedos.

—Pelo… —Se rio por lo bajo, aunque no sabía por qué aquello le causaba gracia—. ¿Por qué hay aquí pelo congelado? Uy… pero si se parece al mío.

Se llevó la mano a la cabeza, ahora sin gorro y abrió la boca formando una enorme «o» al no encontrar lo que espera; la larga y espesa coleta en la que se lo había atado.

—Ups! —Se echó a reír y acto seguido se giró hacia el hombre.

Su jefe.

Sí. El McNamara.

—Creo que he perdido el pelo.

—Afortunadamente solo has perdido algo de longitud —mencionó él al tiempo que entrecerraba los ojos sobre ella—, y dado lo que acabas de hacer, agradece que solo hayas perdido eso.

—¿Por qué? —preguntó mirándole embobada.

—Porque has montado una jodida ventisca de nieve con la que casi te congelas a ti misma —replicó con un bufido y acto seguido añadió—. Tienes terminantemente prohibido volver a hacer una cosa así.

—Vale —asintió con decisión—. No lo haré otra vez.

Entonces, arrugó la nariz una vez más y miró a su alrededor.

—¿Por qué estoy sentada en el suelo?

—Según creo te pareció una estupendísima idea conectarte con las líneas telúricas de la zona —añadió haciendo un gesto con la mano que abarcaba todo—. Y eso no solo te drenó a lo bestia, sino que antes te descontroló de igual manera.

—A lo bestia.

—Sí.

—Mecachis —chasqueó la lengua y soltó un profundo suspiro—. Estoy cansada.

—Es un milagro en sí mismo que sigas consciente.

Volvió a mirarlo y ladeó la cabeza.

—Me vuelves loca.

—Mira por dónde empiezo a ser de la misma opinión.

—¿Sí?

—Absolutamente.

—¡Yupi! —Levantó los brazos de golpe solo para darse cuenta de que apenas podía con ellos—. Estoy cansada.

—Eso ya lo has dicho.

Hizo un puchero.

—¿Me coges en brazos?

Allison vio cómo se llevaba una mano al rostro y la resbalaba hacia su pelo.

—Preferiría que caminases.

Dejó escapar un profundo suspiro y empezó a hacer unas maniobras un tanto particulares para ponerse en pie. Entre lo resbaladizo del suelo y que no era capaz de coordinar sus miembros, terminó en una pose un tanto extraña sobre sus manos y pies, formando una uve invertida con su cuerpo.

—Ala… Mira, el mundo está del revés.

—Esto no puede estar pasando… —masculló él un segundo antes de ceñirle la cintura con las manos y levantarla en vilo para ponerla sobre los pies—. ¿Puedes mantenerte en pie tan siquiera?

Abrió los ojos como platos y, sin pensarlo dos veces, le echó los brazos al cuello.

—¡Cami!

—*¿Cami?*

El movimiento fue demasiado para ella, pues la cabeza empezó a darle vueltas y de no haber estado aferrada a él, habría vuelto de nuevo al suelo.

—Me da vueltas todo…

—Un síntoma habitual del drenado de magia… —le escuchó musitar al tiempo que notaba sus manos ciñéndola—. Solo a ti se te ocurre unirte a una de las líneas telúricas…

—¿Qué es una línea telúrica?

—Anótalo en la agenda, te responderé cuando seas capaz de recordar lo que te digo.

—Tengo buena memoria, ¿sabes?

—Lo que tienes es una borrachera del quince.

—¡No es verdad! —replicó apartándose de él para clavarle un dedo en el pecho—. No he bebido ni una sola copa… No señor.

—No es el vino lo que te ha afectado, brujita, sino la descarga que has hecho en las líneas telúricas.

—Bah. Ya te dije que era un asco de bruja.

—Eres una bruja sin experiencia, eso es todo.

—¿Eso piensas?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Pero de verdad de la buena?

—Por el amor de Dios… —bufó visiblemente sobrepasado.

—Te has enfadado.

—No estoy… —Volvió a resoplar y sacudió la cabeza—. Es igual. Nos vamos a casa. Mañana… hablaremos con calma y coherencia… espero.

—A casa —repitió ella conforme. Se apartó de él, dio media vuelta, pero sus pies se negaron a colaborar y empezó a caer como una torre—. ¡Ay, madre!

—Joder —siseó Cameron al mismo tiempo que detenía su caída.

—Buenos reflejos, chico guapo —se rio ella y le pegó unas palmaditas en el pecho—. Se me han cruzado las piernas. Solo dame un momento y…

—Ni hablar. —Negó con rotundidad y la alzó en brazos—. Necesito que termines el día de una sola pieza.

—Entonces, ¿me llevas en brazos?

—Qué remedio.

—¡Yupi! —emitió tal chillido que él se encogió.

—¡No vuelvas a hacer eso!

—Lo siento —se encogió en sus brazos, quedándose muy quieta—. Ha sido la emoción. Ya me callo.

—Cristo, recuérdame que no deje que te emborraches jamás.

—No te preocupes, no suelo beber —mencionó un segundo antes de ladear la cabeza y ver

la recortada figura de los acantilados a su espalda—. Adiós, acantilados, hasta la próxima. ¿Podemos volver un día que no nieve?

—Tú has sido la que ha hecho nevar.

—¡No me jodas!

—No tengo la menor intención de hacerlo —replicó al tiempo que la apretaba contra sí y respiraba profundamente—. Vámonos a casa.

Allison empezó a sacudir la mano en una clara despedida por encima del hombro cuando la oscuridad la engulló y acto seguido volvió a escupirla ahora frente a la entrada de una casa que no conocía.

—Esta no es mi casa.

—No, es la mía.

—Um… —se ladeó para poder mirar por encima del brazo cuando él se giró y jadeó—. ¡Tú no tienes una polla voladora en la puerta!

—No, esa es una obra de arte que solo aparece en las puertas de brujitas afortunadas.

—No te preocupes, yo te pintaré una polla voladora —aseguró echándose hacia atrás en sus brazos, obligándole a maniobrar con ella de esa manera—. ¡Polla voladora!

—Señor, pienso recordarte todo esto cuando se te pase el colocón —farfulló él caminando hacia la puerta de la entrada.

—¿Me lo prometes?

—Palabra de esposo, querida, palabra de esposo.

—¡Bien!

Su chillido de alegría fue lo último que se escuchó en la calle antes de que Cameron traspasase la puerta con su ebria esposa en brazos.

CAPÍTULO 10

El mundo se había puesto patas arriba y la embriagada mujer que llevaba en brazos era la prueba viviente de ello.

Cameron se las ingenió para mantenerla en sus brazos mientras maniobraba para abrir la puerta de su casa. Cuando salió de ella por la mañana no podía ni imaginarse que esta sería la manera en la que regresaría, no era algo que estuviese en su agenda y del mismo modo que tampoco estaba ella.

¿En serio solo habían pasado unas cuantas horas desde entonces?

Tenía la sensación de haber pasado mucho, pero que mucho más tiempo sumido en lo que solo podía catalogarse como una auténtica locura.

Empujó con la cadera y agradeció la anchura de la entrada, así como la flexibilidad de su esposa a la hora de no acabar con la cabeza separada del cuerpo o con los dientes clavados en el marco. Pero su suerte duró un instante, pues apenas había entrado y cerrado la puerta con el pie cuando se encontró con su hermano parado al otro lado del recibidor, mirándole anonadado.

—¿Qué coño has…?

No pudo ni terminar la frase porque Allison eligió ese momento para echarse a reír sin motivo aparente, murmurando algo sobre pollas voladoras y la poca creatividad de las personas.

Connor enarcó una ceja y alternó la mirada entre la chica y él mismo.

—De todas las formas en las que esperaba verte llegar a casa, esta no era una de ellas —admitió reuniéndose con él—. ¿Esa es quién creo que es? Vaya… ahí están las pecas que mencionabas. Es increíble lo que puede ocultar un poco de maquillaje, ¿no?

—Connor, no es un buen momento para esto.

—¿Qué demonios le has hecho? —Fue una pregunta válida, sobre todo teniendo en cuenta que cuando se despidió de su hermano, este sabía que iba a presentarse en la casa de su secretaria, barra esposa, para pedirle unas cuantas explicaciones. Y aquí estaba ahora, con dicha mujer en brazos y aspecto obviamente ebrio—. ¿La has drogado?

—Drogas no. Nada de drogas. Drogas malas. —canturreó ella, echando de nuevo la cabeza hacia atrás para clavar la mirada en el techo—. Guau, pedazo techo.

—Repito, ¿qué coño le has hecho?

—¿Yo? Nada —negó y resopló volviendo a equilibrar su carga para evitar que cayese en el suelo—. Aquí, la señorita, no ha tenido mejor idea para drenar el exceso de caudal que conectarse directamente a una de las líneas telúricas.

—¿Qué hizo qué?

—Lo que oyes —resopló y la miró—. Allison, estate quieta o terminarás en el suelo de cabeza.

—Oh, no, mejor no —musitó ella y cambió de posición, rodeándole el cuello con los brazos—. No me dejes caer.

—Cristo… Ha tenido que ser un viaje de la hostia para que haya terminado así.

—La ha drenado de un plomazo —suspiró—. Ella no tiene ni los conocimientos básicos de hechicería. Sabe los fundamentos, pero jamás los ha puesto en práctica, no se ha nutrido jamás del poder primigenio, por lo que tampoco ha sabido como drenar el exceso de caudal.

—Entonces, lo del baño fue fortuito.

—Sí. Y no ha sido el único —admitió con un resoplido—. Esto solo ha sido el colofón de una tarde épica.

—Me lo puedo imaginar…

—No, no creo que puedas, pero no me sorprendería lo más mínimo que lo hagas en cuanto salga en las noticias la inesperada tormenta de nieve que se desató momentáneamente en los *Acantilados de Moher*.

—¿Moher? ¿En serio? —Chasqueó la lengua—. ¿Y te sorprende que haya pasado esto? ¿En qué estabas pensando?

—En que no tiene la menor idea de cómo usar lo que le he legado, Connor, en eso pensaba —aseguró y sacudió la cabeza—. Moher es mi cuna primigenia y Allison comparte mi poder, era el lugar más seguro para ella… pero no calculé las capacidades naturales que tiene, aun si nunca las ha puesto en práctica. No deja de ser una hija del aquelarre, aún si ha nacido como…

—Una bruja sin capacidades mágicas. —Su hermano comprendió sus palabras al instante.

—Exactamente —suspiró.

—Al patriarcado no le va a hacer ni pizca de gracia y querrán explicaciones.

—Que se las pidan a ella —gesticuló hacia la carga en sus brazos, quién ahora le miraba como si estuviese estudiando una obra de arte.

—Me alucinan tus ojos, podría pasarme horas mirándolos…

—Ya me has hecho partícipe de ello —mencionó y volvió a mirar a su hermano, quién a duras penas podía contener la sonrisa—. Varias veces, además.

—¿Sí? —preguntó con genuina duda, entonces se volvió hacia Connor, quién mantenía una prudente distancia—. Hola, Connor. También me alucinan tus ojos.

—Hola, Allie —correspondió con una pequeña risita—. Estoy seguro de que sí, porque son iguales a los de Cam.

Ella sacudió la cabeza.

—No, los de Cami son únicos —musitó acurrucándose contra él—. Es mi marido, ¿sabes? No tenía que serlo, pero… El muy imbécil me eligió sin pararse a pensar si yo quería casarme con él o no.

—¿*Cami*? —La hilaridad de su gemelo iba in crescendo—. Señor, si no supiera que esta chica es nuestra Allison, pensaría que te has equivocado de novia.

—Esposa, no novia —señaló levantando un dedo—. Es una diferencia importante.

—Ya lo creo que lo es —admitió cada vez más divertido con aquella situación—. Te sugeriría que llevases a tu esposa a tu habitación y pongas una barricada ante la puerta. O mejor aún, en toda tu planta, porque las lobas están aquí.

—Lobas… —Allison se echó a reír sin más y acto seguido soltó un aullido digno de uno de sus congéneres—. *¡Auhhhhhhhhh!*

—Allison —la amonestó con firmeza, encontrándose con sus ojos—. Silencio.

La risa murió en sus labios y se apagó en sus ojos, quitándole ese brillo que había tenido en el rostro durante toda la tarde.

—Lo siento —musitó haciéndose más pequeña entre sus brazos, quedándose quieta.

—Eso ha sido un poco brusco por tu parte, ¿no crees? —mencionó Connor con una mueca.

Cameron se limitó a fulminarle con la mirada, pero no pudo dejar de notar el cambio en ella.

—No queremos que se enteren de que hemos llegado a casa —le dijo mientras sostenía su mirada—. Es… un secreto.

Un destello de luz atravesó sus ojos, aunque no terminó de devolverle toda la luminosidad que tenían.

—Un secreto.

—¿En serio? —La ironía en la voz masculina le resultaba irritante.

—Ella es ahora la señora de esta casa. Mi esposa. Allison McNamara. —Señaló con un movimiento de la barbilla hacia el interior de la vivienda—. Y ambos sabemos lo encantadoras que pueden ser esas dos…

—No, ese no es mi apellido —lo interrumpió ella con una rotundidad que hizo que ambos la mirasen—. Es el tuyo, Cam.

—Y ahora también el tuyo.

—No. No lo es.

—Sí lo es.

—No.

—Sí.

—Noooo. —Alargó la palabra y le golpeó la punta de la nariz con el dedo.

Su hermano rompió a reír a carcajadas, incapaz de seguir conteniéndose durante más tiempo.

—Por dios. Tenía que haberme traído el móvil. Esto es para grabarlo y reproducirlo una y otra vez hasta el día del juicio final —se carcajeaba—. En serio, Cam. La hayas elegido por casualidad o no, es la mejor decisión que has tomado en la vida. ¡Es épica!

Lo fulminó con la mirada y siseó entre dientes al tiempo que indicaba hacia el interior.

—Hablaré una vez más con esas dos en cuanto me ocupe de esto. —Señaló con la barbilla la mujer entre sus brazos—. Ya es hora de que cada una vuelva a sus dominios.

Connor se limitó a asentir comprensivo.

Habían sido demasiados los insultos que su madre había tenido para con la esposa de su gemelo y ya era hora de ponerles fin. No permitiría que clavase las uñas también sobre Allison, ni que dirigiese su vida como había intentado hacerlo en esos últimos meses.

El que Erin estuviese todavía presente solo podía significar que había venido a incordiar a su nuera y hacerla partícipe, no solo de la conversación que habían tenido esa mañana, sino de que su opinión tampoco iba a importarle gran cosa.

Sí, se avecinaba una buena tormenta y no dejaría que esa fuese la recepción que tuviese su esposa en su nuevo hogar.

Porque aquí era a dónde pertenecía esa bruja, algo que le haría comprender por la mañana.

—Bea y yo las mantendremos ocupadas hasta que termines de instalar a mi cuñada —afirmó y le dedicó un guiño a la chica—. Bienvenida a casa.

La respuesta de la chica fue fantástica, sin duda:

—Voy a vomitar.

—Ni se te ocurra —le prohibió.

—No me grites.

—No te estoy gritando.

Ella cerró los ojos, respiró profundamente y acto seguido enterró la cara en su pecho.

—Quiero irme a casa.

—Ya estás en casa.

—No, esta no es mi casa —gimió—. Mi puerta tiene una polla voladora pintada y la tuya yo.

—¿Una polla… qué? —Su hermano abrió los ojos como platos.

—Te lo explicaré después.

Dicho eso, se giró con ella en brazos y abrió un pasillo en el éter que lo trasladó de un solo paso al interior de su propia habitación.

—Estoy mareada… —musitó ella.

—Me lo puedo imaginar —aceptó y, echándole un rápido vistazo a la cama y luego a ella y la ropa húmeda, hizo una mueca—. Necesitas descansar. En cuanto duermas unas horas, te sentirás mucho mejor.

—¿Lo prometes?

Hizo una mueca y evitó responder.

—Voy a dejarte en el suelo y después voy a quitarte la chaqueta y la bufanda, ¿de acuerdo?

—Puedo… hacerlo yo —replicó y, tan pronto como la dejó en el suelo, se hizo evidente que eso no iba a ser así. Si no hubiese estado atento al soltarla, habría terminado cayendo como un tronco—. O quizá no…

—Está bien, solo… —Miró a su alrededor y la llevó hasta una silla—. Aquí.

Quitarle la empapada bufanda y la chaqueta fue la tarea fácil, las botas que llevaba le costaron un poco más, pero al fin consiguió retirar la parte más afectada de toda su ropa. Tenía los calcetines empapados, el pantalón e incluso la sudadera que llevaba estaban húmedas, pero no era nada que no pudiese arreglar absorbiendo la humedad con su magia.

—¿Qué estás haciendo?

—Es un pequeño truco, te lo enseñaré más adelante —le informó concentrado en extraer cada gotita de agua de su ropa y pelo.

Aquello sí que no tenía arreglo, pensó mirando los desiguales mechones en los que se había convertido la larga melena. En honor a la verdad, jamás la había visto antes con el pelo suelto, a la oficina siempre lo traía pulcramente recogido, pero podía imaginarse el drama que supondría para ella darse cuenta de que había perdido buena parte de ese largo.

Era un milagro que solo su pelo y su ropa se hubiesen visto afectados. La escarcha había estado sobre toda ella, sobre sus manos y su rostro, la había sentido en sus propios huesos y le había costado un infierno evitar que traspasara su piel, tocando órganos y terminaciones nerviosas que quizá se dañaran irremediablemente.

Nunca había visto semejante explosión de poder. Allison no solo había drenado lo que tenía consigo, sino que lo había estado drenando también a él en el proceso, como si una vez que esa muralla tras la que se había escondido se hubiese venido abajo, fuese imposible saber dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Había sido un episodio demasiado aterrador y más íntimo que cualquier cosa que hubiese sentido nunca.

—Vamos, necesitas unas cuantas horas de sueño…

—Este no es mi dormitorio.

—No. Es el mío.

—No soy la bruja adecuada para estar aquí —murmuró al tiempo que intentaba levantarse, solo para caer sentada de nuevo—. No debería estar aquí.

—Eres la única bruja adecuada para estar justo dónde estás —le aseguró tomándola de las manos y encontrándolas extremadamente frías—. Tú tienes que estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque eres mi esposa y el lugar de mi esposa, está en mi dormitorio.

—Tú lo que quieres es meterte dentro de mis bragas —declaró ella pinchándolo una vez más con el dedo en el pecho—. Pero no te quedarían bien. No. Ni siquiera son de tu talla.

Enarcó una ceja ante su comentario y volvió a cogerle la mano a fin de calentársela.

—Allison, vamos a meterte en la cama, anda.

—¿Por qué?

—Porque has tenido un día muy largo y complicado, estás cansada y tu mente… no está funcionando como debería.

Ella se llevó la mano a la cabeza y asintió.

—Sí, tengo… tengo la cabeza embotada —admitió, entonces frunció el ceño y tiró de su pelo en un intento por mirárselo—. ¿Cuándo me he cortado el pelo?

—Esa es una pregunta para responderla en otro momento —declaró y antes de que ella pudiese seguir con su aleatorio parloteo, la llevó hasta la cama, apartó las sábanas y el edredón a un lado—. Ahora solo métete en la cama y cierra los ojos.

No necesitó más estímulo para meterse entre las sábanas, parecía que el cansancio por fin se imponía sobre todo lo demás.

—Esa es una buenísima idea… —bostezó, giró de lado y abrazó la almohada con ambas manos. Sus ojos se encontraron una vez más con los suyos—. ¿Estarás aquí cuando me despierte?

—No estaré lejos —admitió.

Aquello pareció activar algo en su mente, pues se enderezó como un resorte y extendió el brazo hasta cogerle la mano.

—No estar lejos no es lo mismo que estar aquí —palmeó el lado libre de la ancha cama—. Quédate.

—Me quedaré cuando estés lo bastante lúcida como para saber que duermo a tu lado —contestó no sin cierta ironía—. Acuéstate y cierra los ojos.

—Estoy muy lúcida.

—No, no lo estás.

—Sí que lo estoy —resopló y se llevó la punta del dedo, no sin varios intentos, a la punta de la nariz—. ¿Lo ves? Estoy bien.

Puso los ojos en blanco y optó por no responder. Se apartó de la cama y cruzó el dormitorio hacia la salida.

—Duérmete, Allison.

—¿Cameron? —Pronunció su nombre de tal manera que se encontró deteniéndose ante el umbral y girándose hacia ella para verla ciñendo de nuevo la almohada—. Gracias por cuidar de mí.

Se limitó a asentir con la cabeza y salir de la habitación cerrando la puerta detrás de él.

—Tú fuiste la primera en hacerlo, brujita —murmuró mirando la puerta de madera cerrada —. Ahora es mi turno.

Y era una tarea que pensaba tomarse en serio, después de todo ella era el motivo de que todavía estuviese entre los vivos y de que empezasen a gustarle las pecas.

CAPÍTULO 11

Una tarde. Eso era lo que había tardado su vida en dar un giro de 360 grados.

Echó un vistazo por encima del hombro a las escaleras que acababa de bajar y casi deseó volver a subirlas solo para tirarse él también en la cama y dormir unas cuantas horas.

Estaba cansado y era un agotamiento que no se limitaba solo al reciente episodio en los acantilados, al tirón que esa bruja novata había ejercido sobre su caudal. No, este cansancio venía de atrás, de todos esos meses de entumecimiento, de la tensa semana que había pasado buscando a una mujer que nunca se había movido de su lado.

Todavía quería estrangularla por eso.

Tenía mucho en lo que pensar, decisiones que tomar, pero aquello tendría que esperar al menos hasta mañana. Allison tenía voz y voto en aquellas decisiones, después de todo era la parte implicada y estaba convencido de que no era de las que se quedaba de brazos cruzados mientras otros decidían por ella.

Una esposa.

Los últimos días los había dedicado a buscar a la persona que ostentaba ese título, a la bruja con la que se vinculó a la desesperada. Durante ese tiempo ella solo había sido una incógnita, una meta, un algo futuro, pero ahora se trataba de alguien real.

Allison McNamara.

Su señorita Reid.

Había esperado encontrarse a una completa desconocida, alguien a quien tendría que aprender a conocer, a quién debería de amoldarse y, en el mejor de los casos, iniciar una amistad que con el tiempo quizá se convirtiese en algo más.

Y en su lugar se había encontrado con su secretaria.

Una mujer con la que pasaba cada jornada laboral, a quién había visto más veces que a cualquier otra y, sin embargo, no conocía, no realmente.

¿Acaso la había mirado alguna vez de verdad? ¿Se había detenido a preguntarse que se escondía tras esas gafas?

La joven que se encontró en el rellano de las escaleras, con la ropa manchada de pintura y un rodillo en la mano, nada tenía que ver con la eficiente profesional que llevaba su agenda y se encargaba de que todo estuviese a punto para él. Ese rostro pecoso, esa melena castaña, los

inteligentes y recelosos ojos marrones que brillaban con luz propia, el delicado acento irlandés que iba y venía, olvidada la perfecta dicción de la que hacía gala en el trabajo. Todo ello formaba parte de ella y nunca lo había visto.

Podía llevar casi cuatro años trabajando para él, viéndola cada día y sin embargo, no podía decir que supiese algo sobre ella.

Su esposa era una incógnita.

Sacudió la cabeza, respiró hondo y se preparó para lo que iba a ser una incómoda representación.

Conocía bien a su madre. Era consciente de sus aspiraciones y sus motivaciones, de lo que había intentado conseguir a través de él, de los motivos que la habían llevado a instalarse en su casa, cuando prefería de lejos la mansión familiar que poseía su padre en Clifden, una ciudad del condado de Connemara.

De hecho, esos meses había abandonado a su padre, el cual no podía estar más feliz de perder a su mujer de vista durante algunos meses al año.

«Amo a tu madre con pasión, Cameron, la misma pasión con la que no dudaría en estrangularla la mayoría de las veces. Dejar de verla unos cuantos meses al año, me permite recordar por qué la quiero y por qué sigo con ella».

O lo que venía a ser lo mismo: *Aguántala tú unos cuantos meses al año y así yo descanso de ella.*

Este año, la estancia de la señora McNamara se había extendido más de lo normal, pero no se había dado cuenta de ello, ni siquiera le había importado, para entonces su poder ya había rebosado el vaso y lo insensibilizaba ante todo.

Gracias a su bruja, eso ya no era un problema y volvía a ser capaz de gestionar sus emociones, así como su vida del mismo modo en que lo había estado haciendo hasta ahora.

La estancia de su madre en aquella casa había llegado a su fin, decidió. Era hora de que volviese a sus dominios, dónde podría hacer y deshacer a su antojo sin despertar los instintos homicidas de nadie más.

Dejó tras de sí las escaleras que llevaban al piso de arriba, el cual había habilitado para su propio uso y enfiló hacia el salón del área común que solían usar todos los miembros de la casa.

Connor y él habían comprado la propiedad hacía ya unos cuantos años; un edificio de tres plantas que reformaron hasta convertirlo en dos viviendas independientes con una planta intermedia común en la que había también alguna habitación para invitados.

Habiendo crecido y pasado prácticamente toda la vida juntos, les había parecido divertido seguir manteniendo esa unión incluso de adultos. Su vínculo de brujos gemelares era mucho más fuerte de lo que lo sería en gemelos mundanos. Sus dones se complementaban, a menudo sabían dónde estaba el otro sin necesidad de buscarle, podían sentir cuando algo no iba bien en su otra

mitad y, en lo personal, sabía que no había nadie en quién confiase más que en su hermano. Connor le entendía sin necesidad de palabras, del mismo modo en que Cameron lo entendía a él.

Así que cuando Beatrice llegó a la vida de su hermano, solo sintió plenitud y felicidad. Ella era la pieza faltante para Connor, aquella que lo hacía sentirse por fin completo y satisfecho con la vida. De hecho, estaba dispuesto a cederles a ambos toda la propiedad y encontrar otro lugar al que convertir en su hogar, pero su cuñada se negó en rotundo, diciendo que la casa era bastante grande para que viviera un equipo de fútbol sin tener que verse unos a otros durante todo un año.

Y así era, de no ser porque la propiedad tenía una única entrada y que habían convertido la zona común en un lugar de encuentro, podían pasar días o semanas sin que se cruzasen en la casa. Después de todo, si bien el aspecto exterior daba la impresión de ser una casa tipo, el interior era tres veces más grande, ajustándose a las necesidades y caprichos de dos hechiceros.

Empezó a escuchar voces a tan solo unos metros del salón. Las puertas francesas abiertas por completo dejaban salir el sonido con nitidez, poniéndolo en antecedentes sobre la conversación que se estaba desarrollando incluso antes de que llegara a la habitación.

—…no puede presentarse con cualquier bruja. Estamos hablando de la esposa de un *Alto Hechicero*, no de un vínculo cualquiera. Ella será la primera dama de la familia. Si tan solo me hubiese elegido a una de las candidatas que le presenté…

—Gracias a dios que no lo hizo —chasqueó su hermano, quién a juzgar por su tono de voz y su lenguaje corporal, estaba a punto de lanzarle un gruñido a su madre.

—¡Tú no tienes ni voz ni voto en esto! —exclamó ella apuntándolo con un dedo.

—Cameron hizo su elección, como lo han hecho todos y cada uno de los hombres de esta familia. —Erin permanecía sentada en una de las butacas. La matriarca tenía un vaso de *whisky* entre las manos; su bebida favorita—. Buena o mala, ¿qué importancia tiene ya? Es el *Alto Hechicero de Dublín* y su deber es presentar a la novia ante el aquelarre. Lo que debería preocuparnos ahora es que la encuentre.

—Es inconcebible que una bruja se oculte de su pareja cuando están vinculados —farfulló su madre y negó con vehemencia—. Tiene que tratarse de una de las hijas de antiguo linaje.

—No, los O´Neill y los Ashburn no han mencionado nada al respecto. De hecho, estaban deseosos de emparentar con el McNamara, pero sus hijas no han sido las afortunadas de hacerlo —mencionó la mujer llevándose el vaso a los labios—. La bruja de tu hijo es alguien más. Solo espero que la encuentre antes de que se empiecen a correr los rumores de una «novia huidiza».

—No existiría ninguna clase de rumores si aquí, mi señora madre, no hubiese gritado a los cuatro vientos que su hijo favorito había vinculado a una bruja —chasqueó Connor, ladeando la cabeza lo justo para echar un fugaz vistazo en su dirección—. Le faltó tiempo para esparcir la buena nueva.

—Esta es, con diferencia, la noticia más importante del año en nuestra comunidad —

replicó la aludida con visible irritación—. Si tú hubieses hecho lo que tenías que hacer en su momento, esta familia…

—Estoy realmente encantado con mi elección, mamá, tanto que volvería a casarme mañana con la misma mujer —la interrumpió su hermano con ese tono que sabía la irritaba.

—Con una vez fue suficiente, Connor —replicó su abuela dejando el vaso, ahora vacío, sobre la mesa auxiliar para coger el bastón apoyado en el reposabrazos y levantarse—. Y tú, ¿vas a quedarte en las sombras o piensas entrar y unirte al circo?

—Tan interesante como me parece la jaula de las fieras, soy lo bastante inteligente como para mantenerme por fuera de los barrotes, Erin —replicó entrando en la sala y posando una mano sobre el hombro de su hermano—. Si vas a volver a casarte con mi cuñada, quiero ser otra vez el padrino.

—¿A ti no te llegó con una vez? —le dijo con picaresca.

—No. Necesito más de eso —le guiñó el ojo en respuesta, compartiendo una broma que tenían entre los dos. Su hermano había estado tan nervioso el día de su boda, que había sido incapaz de anudarse la corbata o atinar con los botones del chaleco.

—¿Y bien? —La matriarca de la familia miró más allá de él, enarcó una ceja y clavó los ojos en los suyos—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

La mujer levantó el bastón y lo señaló con un resoplido.

—No seas condescendiente —bufó ella sin apartar la mirada—. Te conozco desde que llevabas pañales. Estás aquí. Con un aspecto lamentable, he de añadir. Y tu caudal ha… bajado, así que, ¿dónde está tu esposa?

—Tienes una manera encantadora de saludar a tus nietos, abuela —resopló Connor con goteante ironía—. ¿Dónde ha quedado el *«hola, mi querido nieto»*?

La mujer lo ignoró, algo que se le daba muy bien y mantuvo la mirada sobre él.

—¿Y bien?

Las había que estaban acostumbradas a ser obedecidas, pensó al tiempo que la ignoraba y se volvía hacia su propia madre, quién esperaba sin duda la respuesta a esa pregunta.

—Haz las maletas. —La orden fue tan inesperada que la mujer frente a él dio un respingo y abrió los ojos como si le hubiese abofeteado—. Papá tendrá ganas de verte, después de todo has excedido el tiempo en el que las visitas suelen ser agradables.

—¡Cameron Aidan McNamara! ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? ¡Soy tu madre!

—Soy muy consciente de ello, mamá —replicó con absoluta tranquilidad—, como sé que tú también lo eres de que tienes una casa y un esposo del qué ocuparte, ¿no es así?

El color empezó a encender las mejillas de su progenitora y el resto de su cara, en realidad.

Estaba furiosa, solo tenía que ver como le brillaban los ojos.

—Tu padre disfruta enormemente de sus momentos de soledad, de lo contrario ya habría venido aquí —declaró a modo de justificación.

—Papá quiso venir a verte el mes pasado y le dijiste que no, que *nanai de la china*, que no te moverías de aquí hasta que tu hijo pequeño estuviese vinculado y casado con una bruja adecuada —canturreó Connor, poniendo en palabras algo de lo que no estaba al tanto. Como si su hermano fuese consciente de sus propios pensamientos, se volvió hacia él—. El viejo habló contigo, pero le colgaste el teléfono, así que me llamó a mí. Era consciente de que te estabas quedando sin tiempo.

No recordaba haber hablado con su padre, menos aún colgarle el teléfono.

Tendría que llamarlo y disculparse. Si alguien se merecía tal deferencia, era Dugan McNamara.

—Ya está al tanto de todo —añadió, dejando claro con sus palabras que con todo, se refería también a lo de Allison—. Espera tu llamada cuando todo esté más calmado por aquí.

Asintió y gesticuló un gracias a su gemelo.

—Y como dije esta mañana, agradezco tu visita, Erin, pero no es necesario que permanezcas más tiempo del necesario en *mi* territorio. —Con esas palabras dejaba claro quién era el cabeza de familia ahora y quién mandaba en la familia McNamara—. Cuando mi esposa lo crea conveniente, nos presentaremos ante el patriarcado, te agradecería que así se lo comuniques a los miembros de consejo del coven.

Los ojos verdes de la mujer refulgieron, lo miró una vez más de arriba abajo y sonrió.

—Un poco de misterio puede resultar interesante, pero, cuidado, *nieto*, en ocasiones pude confundirse con inseguridad o vergüenza —dijo ella apoyando todo su peso sobre el bastón—. Tienes un mes para prepararla. Es todo lo que te darán.

Inclinó la cabeza ante su concesión, tomando sus palabras como lo que eran; una advertencia.

—Puedes estar tranquila, *abuela* —pronunció el parentesco de tal manera que ella sonrió con suficiencia—, no solo no me avergüenza la mujer que comparte mi caudal, sino que la encuentro de lo más interesante.

Ella ladeó la cabeza en un peculiar asentimiento y se volvió hacia su nuera.

—Deidre. Nos vamos. —La orden de una matriarca, una que su madre no se atrevería a discutir, no después de que su propio hijo la hubiese echado de la casa—. Ya tendrás tiempo de martirizar a la nueva Lady McNamara cuando tu hijo la presente al aquelarre.

—Te echaré de menos, mamá —le soltó Connor con una amplia y beatífica sonrisa—. Bea y yo iremos a visitarte un día de estos.

—Cameron… —La súplica de su madre fue lastimera, pero ninguno de los presentes le

hizo el menor caso. La conocían demasiado bien y sabían lo teatrera que podía llegar a ser. Deidre no era una mala mujer, pero le gustaba demasiado el poder y la posición, estaba demasiado pendiente del qué dirán, lo que hacía que sus palabras y sus actos a veces fuesen inoportunos e hirientes.

—Nosotros también os visitaremos —le dijo, lo que hizo que la mujer abriese un poco más los ojos—. Llevaré a mi esposa para que la conozcáis y podáis darle la bienvenida como corresponde al clan de los McNamara.

—Los chicos han salido a los McNamara, querida —declaró su abuela y había tanto orgullo como diversión en sus palabras—. No darán su brazo a torcer y mantendrán su palabra contra viento y marea.

Su madre lanzó una irritada mirada a la mujer, antes de adoptar una postura regia y mirarlos a los dos de manera alternativa.

—No nos avergüences.

—Mamá… —siseó Connor.

—No considero una vergüenza emparentar con la mujer que evitó que dejase este mundo, mamá, por el contrario, es un verdadero honor.

Sus palabras dejaron a ambas mujeres mudas y sin nada más que decir.

—Espero que ambas tengáis un buen viaje de regreso —sentenció, dando por finalizada aquella conversación, entonces se volvió hacia su hermano, rodeándole con el brazo—. ¿A dónde has enviado a mi encantadora cuñada? Me ha sorprendido que no estuviese aquí lista para rebanar cabezas.

—Oh, lo estaba —aseguró Connor con una risita—, por eso la mandé abajo. Imaginé que apreciarías que no salpicase la alfombra de sangre.

Juntos y en camaradería abandonaron el salón dejando a las dos mujeres, las cuales no dudaron en emprender también su propia retirada.

Como solía ser habitual, se dirigieron a la biblioteca, que hacía también la función de sala de juegos masculina, para pasar un rato tranquilos y librarse de la tensión del momento.

—No pensé que la abuela cediese tan fácilmente.

—No ha cedido, solo me ha concedido un indulto. —Hizo una mueca y se sirvió un vaso de *whisky*—. ¿Quieres?

—Por favor —asintió y aceptó el vaso mientras se servía otro—. ¿Vas a contarme ahora qué ha pasado esta tarde? De todas las probabilidades que se me pasaron por la cabeza, verte llegar con esa bruja colocada en brazos no era una de ellas.

—Te aseguro que tampoco era una de las mías —admitió y le dio un largo trago a la bebida, dejando que le quemase la garganta y le calentase por dentro—. En realidad, ni siquiera sabía que era lo que iba a encontrarme cuando llegué a ese edificio.

Cameron le hizo un detallado resumen de lo que había sido su tarde, compartiendo con su hermano aquel primer encuentro, haciéndole partícipe de las explicaciones que ella le había dado con respecto a lo ocurrido aquella noche y sus preocupaciones sobre lo que acababa de ocurrir.

—No es cómo esperaba que fuese…

—Bueno, no todos los días te das cuenta de que la mujer que trabaja para ti es la misma que te salvó la vida y evitó además que te perdieras para siempre, hermanito —admitió Connor por fin—. Eso ya de por sí, descoloca un poco.

—La mujer con la que he pasado la tarde, a la que he visto, con la que he hablado, a la que he besado…

—Wow, espera, ¿la has besado? —Se rio—. Pues sí que no has perdido el tiempo.

—No la besé con esa intención, quería dejar claro cuál era mi punto… pero ella… No es lo que esperaba.

—Puedo suponer que no —aceptó él, entonces añadió—. Y el bloqueo en vuestro vínculo, ¿has descubierto por qué se daba? ¿Se ha eliminado?

Cameron no había pensado en ello, no después de lo ocurrido en los acantilados. El vínculo se había abierto por completo en ese momento. Quizá se debiese a la descarga de las líneas telúricas, no lo sabía, el caso es que el bloqueo ya no estaba y pudo llegar a ella para desvincularla de la línea primigenia.

Sin pensárselo dos veces recurrió de nuevo a ese vínculo y esta vez navegó a través del caudal que los unía con facilidad. Ese pozo seguía presente, pero ahora parecía más accesible, con el rescoldo de poder impregnando las paredes y a su alrededor podía sentirla a ella.

Tranquilidad. Placidez. Estaba completamente dormida.

Y estaba ahí, justo al otro lado del vínculo, a su alcance.

—Duerme como un angelito —murmuró—. Y no hay rastro de ese muro, es como si la descarga de caudal lo hubiese derribado.

—Bien, porque ahora podrás volver a respirar y también descansar.

—No negaré lo evidente —admitió ante él—. Ha sido una tarde tan extraña como larga.

—Sí, sin duda lo necesitas —aseguró con rotundidad, le quitó el vaso de entre los dedos y señaló la puerta—. Y no solo por lo que ha ocurrido hoy. Así que, sube y olvídate de todo durante unas cuantas horas. Mañana será otro día.

Asintió y se levantó del sillón, no sin esfuerzo.

—Te veré por la mañana.

Su hermano afirmó con la cabeza y se despidió con un gesto de la mano.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente…

Por favor, por favor, por favor. Si estoy soñando, que nadie me despierte.

Allison no podía dejar de contemplar al hombre que dormía a su lado.

Si estando despierto le robaba el aliento, dormido era una espectáculo igual de impresionante y de lo más tierno.

Sabía que aquella no era su cama, ni su dormitorio y a pesar de que su cerebro estaba haciéndole señales para que tomase conciencia de ello, le estaba costando la misma vida concentrarse en algo que no fuese la inesperada compañía masculina.

Tenía que estar despierta, se dijo, si aquello fuera un sueño, no seguiría llevando los pantalones y la camiseta que se había puesto el día anterior y él no habría perdido solo la camisa.

Lo recorrió con la mirada y se le secó la boca ante la visión de la desnuda y sedosa piel bronceada de su pecho. Cada uno de los músculos bien definido, marcando lo que tenía que marcar, pero sin exageración, de manera natural.

Antes de que pudiese hacer algo para evitarlo o pensar siquiera en lo que estaba haciendo su mano allí, resiguió la línea de la mandíbula con la punta del dedo, notando la incipiente barba y también el chisporroteo de su poder. Era como si lo vistiese como una segunda piel, cubriéndole como una nueva capa por encima de la epidermis.

Retiró de inmediato el dedo, pero su cuerpo no siguió su ejemplo y acabó acercándose aún más a él. Respiró su aroma y reconoció la marca que la colonia había dejado sobre él, una fragancia dura, masculina y sutil. Solía envolverla cada vez que entraba en la oficina, especialmente a primera hora de la mañana, cuando todavía era lo bastante presente como para disfrutarla.

Su jefe.

La información navegó a través de su aturdimiento, deslizándose en su mente.

Sí. Claro que era su jefe.

Llevaba casi cuatro años trabajando para él, viéndolo cada día, encargándose de su agenda y de aquello que necesitaba.

Pero ya no era solo eso.

Su marido.

Bajó la mirada a su mano y vio la cinta tatuada alrededor de su dedo anular.

Un símbolo, una elección, una posición que la colocaba al lado de ese hombre de una manera muy particular y que la convertía en su pareja, en su bruja y esposa.

Cerró los ojos durante unos instantes.

Tenía la cabeza embotada, como si hubiese pasado mucho tiempo bajo la lluvia y estuviese en medio de un jodido resfriado.

No, lluvia no. Nieve.

Una ventisca.

Las imágenes se pasearon por su mente como si quisieran decirle: *Mira, esto es lo que te estás perdiendo.*

Se llevó la mano a la cabeza, resbaló los dedos en su pelo y se quedó inmóvil.

Hebras cortas, alguna que otra larga.

¿Ese era su pelo? ¿Pero y su melena? ¿Se lo había cortado? ¿Cuándo?

Hierbajos en sus dedos, de un particular color castaño, envueltos en escarcha. Frágiles, rompiéndose como si fuesen el más frágil de los cristales.

Y en sus dedos.

Bajó la cabeza a sus manos y otra imagen se superpuso a la realidad.

Un recuerdo. Una inagotable sensación de frío, de descontrol y entonces…

Frunció el ceño, pero el movimiento del cuerpo tumbado a su lado la distrajo. Ladeó la cabeza y se encontró con una mirada somnolienta escrutándola, entonces una ligera sonrisa curvó aquella pecaminosa boca y cualquier pensamiento coherente volvió a desvanecerse.

Allison le devolvió la sonrisa, trepó sobre él y se inclinó hacia delante al tiempo que él le rodeaba la nuca con la mano, atrayéndola hacia sí para unir los labios con los suyos en un perezoso, somnoliento y lánguido beso que le supo a gloria.

—Buenos días, esposa —lo escuchó murmurar todavía pegado a sus labios, sus ojos encontrándose una vez más con los suyos—. ¿Sigues con la cabeza en las nubes o puedo suponer que ya has vuelto a la tierra?

Sus palabras surtieron el mismo efecto que una bofetada despabiladora.

Parpadeó con rapidez un par de veces y entonces, como si la niebla en la que había estado envuelto su cerebro se levantase por fin, tomó completa conciencia de la íntima posición en la que estaba con ese hombre y lo que había pasado en las últimas horas; si es que solo habían pasado horas.

—Esa maldita polla voladora en la puerta… —gimió viendo claramente la imagen de aquel feo grafiti en su puerta, recordando cómo se había esforzado en limpiarlo y la mano de pintura

que había estado aplicando en la pared cuando él apareció en el rellano—. Tú estabas allí…

Y tras ese llegaron todos los demás recuerdos de la desastrosa tarde.

La visita de los agentes llamados por la chalada de su vecina, el interrogatorio al que él la había sometido en el salón de su propia casa, la falta de control sobre su recién adquirida magia y la solución que él había propuesto al llevarla a los acantilados de Moher; la cuna de su magia primigenia.

Y allí las cosas se habían salido de madre, ¿no?

—Ay dios… —jadeó y se incorporó a duras penas, sintiendo los miembros pesados, casi como si tuviese agujetas. Se arrastró fuera de él mientras dejaba salir de su boca todo tipo de insultos y terminó por manotear en el aire, dejando escapar un gritito, cuando se encontró perdiendo el equilibrio y cayendo de la cama de una forma aparatosa y bastante indigna.

—Allison.

—Ay, señor —gimió ella, más por el bochorno que le subía por el rostro que por el porrazo en sí mismo.

—¿Estás bien?

La forma en la que se asomaba por encima de la cama podría considerarse casi tan cómica como la suya propia, pensó, aunque al contrario que ella, él seguía teniendo un aspecto magnífico.

—Estoy… en el suelo… —Su cerebro todavía no se había recuperado por completo, la cantidad de estupideces que salían de su boca eran la prueba—. Estoy bien… No me he roto nada. Creo que no. No. Estoy bien. Muevo todos los dedos y…

—Estás divagando.

—Sí, eso hago. —Cerró los ojos, respiró profundamente y entonces se permitió bajar las piernas que todavía estaban apuntaladas contra el colchón—. Me he caído de la cama. Una cama que no es la mía.

—No, es la mía —le informó él.

Aquello fue suficiente para que se incorporase lo justo como para mirarle.

—¿Y qué demonios hacía en tu cama?

—Dormir como un bebé —replicó él. Hizo las sábanas a un lado y se levantó por el lado opuesto. Cogió algo de encima de la mesilla de noche y frunció el ceño—. Ambos lo hemos hecho y mucho más de lo que creía posible. Son las cuatro de la tarde.

—¿Las cuatro de qué…? —No tenía intención de chillar, ni siquiera de alzar la voz, pero era imposible.

—Las cuatro de la tarde del sábado —respondió pasándose una mano por el rostro, como si él también necesitase espabilarse—. Hemos dormido algo más de doce horas.

—¿Por qué?

Él se volvió entonces hacia ella y la miró.

—Te drenaste por completo —dijo como si eso debiese tener algún sentido para ella—. Tu caudal, lo vaciaste completamente y tiraste al mismo tiempo del mío para nutrirte, así que… Nos agotaste a los dos.

Sacudió lentamente la cabeza en una negativa.

—No… no lo hice, ¿verdad?

Cameron se cruzó de brazos, atrayendo su mirada a ese amplio pecho que la distraía con una efectividad asombrosa.

Señor, nunca había visto a su jefe sin camisa y estaba buenísimo.

—Sí, lo hiciste —replicó él con su acostumbrada contundencia—. De hecho te vinculaste, todavía no entiendo cómo, a una de las líneas telúricas. Provocaste una tormenta de nieve con la que estuviste a punto de congelarte a ti misma. —La señaló con el dedo y luego se llevó este hacia su propio cuello a modo de explicación—. Es una suerte que solo hayas sacrificado la melena en el proceso.

Se llevó ambas manos al pelo y el corazón se le paró de golpe al constatar lo que ya sabía, lo que había comprobado antes sin reparar de verdad en las consecuencias. Su melena ya no existía.

—Es un estropajo. —Notó el temblor en su propia voz, luchó contra las lágrimas que le picaban en los ojos y el nudo que la ahogaba—. Parece que lo hubiesen cortado con una maldita podadora.

Tenía mechones cortos y otros largos, lo notaba tan tieso y áspero que temía que se rompiese también si intentaba peinárselo con los dedos.

—No. Yo no le haría esto a mi pelo. ¡De ninguna manera!

Fue cuestión de un parpadeo, un tirón en su interior y acto seguido la lámpara de la mesilla más cercana a ella explotó. Los pedacitos no llegaron a tocar el suelo, pues salieron disparados como dardos hacia la pared del lado contrario de la habitación.

Le temblaron las piernas, literalmente. Un segundo después estaba sentada en el suelo, incapaz de moverse, tan agotada que le costaba hasta respirar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y cayeron sin remedio por sus mejillas a pesar de que por dentro se decía una y otra vez: *No voy a llorar*.

Rozó una vez más aquel desastre con la punta de los dedos y apretó los labios para contener un gemido de dolor. Nadie entendería lo que aquella pérdida suponía para ella, lo cabreadísima que estaba consigo misma y con el estúpido don que ahora corría por sus venas.

No lo quería.

Si este era el costo, no lo quería.

Esta vez había sido su pelo, ¿pero y la próxima?

Viendo los cristales clavados en la pared, del mismo modo que lo estaban en su puerta, se estremeció.

—No puedo controlarlo —musitó con la mirada clavada en aquel inesperado y alternativo mural—. Acabaré por lastimar a alguien o matarme a mí misma. —Se giró hacia él como un resorte—. No quiero el caudal. Quítamelo. Quédatelo. Dáselo a otra. ¡No lo quiero!

Cameron se acuclilló delante de ella y, con una inesperada ternura que no reflejaba ese pétreo rostro, le borró las lágrimas con los dedos.

—Esta corriente de energía es ahora parte de ti, no es algo de lo que puedas deshacerte, algo que ponerte y quitarte como una chaqueta —le dijo con su habitual franqueza—. Eres una bruja, es parte de lo que eres.

—Una bruja. —Se rio con amargura—. ¿Qué clase de bruja nace sin un solo hálito de poder? ¿Qué bruja es incapaz de extraer un mísero hilo de poder de lo que la rodea? ¿Qué bruja hace eso? —Señaló con un gesto de la mano la pared acuchillada y luego su cabeza—. ¿Qué estúpida bruja se congela el puto pelo hasta el punto de destrozarlo? Yo *no* soy una bruja, soy una vergüenza para el gremio. Un paria. Eso es lo que he sido toda mi vida y es lo que siempre seré, sin importar si tengo o no una gota de estúpida energía corriendo ahora por mis venas.

Él se la quedó mirando en silencio, entonces le pellizcó la barbilla con los dedos y se la sostuvo para retener su atención.

—Esas no son tus palabras, son las de aquellos que han vivido a tu alrededor, que se han cruzado en tu camino y no saben absolutamente nada de ti —le dijo mirándola a la cara, buscando sus ojos con cada palabra—. Eso tiene fácil solución. —Señaló la pared del fondo con un gesto—. Solo requiere de aprendizaje y práctica. —Con la mano libre le tocó la cabeza—. El pelo volverá a crecer. Eres una bruja, Allison. Mi bruja. Eso un hecho irrefutable.

—Eres de los que piensa que si quiere la luna tiene derecho a cogerla, ¿no?

—Soy de los que piensa que si tiene una esposa, tiene la obligación de encargarse de ella.

—Obligación —repitió y dejó escapar un suspiro—. Supongo que después de la que he montado, eso es todo lo que puedo ser.

—Eres mucho más que eso, no pienso renunciar a la más eficiente de mis empleadas.

—¿Ahora *sí* soy tu secretaria?

Él la recorrió con la mirada y chasqueó la lengua.

—No, ahora mismo eres mi esposa —sentenció con un gesto de afirmación—. Mi secretaria no tiene todas esas pecas, ni los ojos llorosos, ni tiene la potestad de redecorar el dormitorio con los restos de una lámpara.

—No has visto mi puerta… —murmuró para sí.

—¿Tu puerta?

Señaló la pared con la mano.

—Al parecer se me da bien el lanzamiento y clavado de cristales. —Hizo una mueca y sacudió la cabeza. Estaba demasiado cansada para pensar, para discutir, para rebatir cualquier cosa, aun cuando quería hacerlo—. Si esto sigue así, acabaré lastimando a alguien o hiriéndome yo misma.

—Tienes que aprender a controlar el caudal, a moldearlo de modo que se pliegue a tus deseos y no actúe a golpe de emociones —sentenció—. Yo mismo te enseñaré y guiaré para que puedas hacerlo.

Lo miró de soslayo y ladeó la cabeza.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres hacer? Te aviso que en temas de hechicería, no soy tan eficiente como me gustaría.

—Lo serás. Es una cuestión de tiempo.

—No sé si es pura arrogancia o es que tienes una confianza brutal en ti mismo.

—Un poco de ambas —replicó incorporándose y tendiéndole la mano para que hiciese lo mismo—. Vamos. Arriba.

Respiró hondo en un intento por recomponerse y recuperar un pellizco de dignidad, pero todo esfuerzo acabó en un agujero en el momento en que sintió que las piernas no sostenían su peso. No había sido consciente de lo embotada que tenía la cabeza hasta que se vio en la obligación de mantenerse derecha, cosa que consiguió gracias a esa montaña de hombre contra la que se había apoyado.

—¿Qué demonios pasó realmente en Moher? Me siento como si hubiese cogido la gripe. Tengo la cabeza tan embotada… —Cerró los ojos y respiró hondo—. Ni siquiera estoy segura de cómo demonios he terminado aquí. —Abrió los ojos y buscó su mirada—. ¿Dije algo de lo que tendría que estar al tanto?

—Dijiste muchas cosas y la mayoría poco coherentes —admitió al tiempo que deslizaba las manos por su cuerpo, dejándola sobre la cintura—. Querías dibujar cierta obra de arte en mi puerta, una réplica de la que dejaron en la tuya, si mal no recuerdo.

—Estupendo —bufó—. ¿Alguna estupidez más que haya salido de mi boca?

—Mostraste una extraña fijación con mis ojos.

No le sorprendía lo más mínimo, siempre se había sentido cautivada por esa mirada, aun cuando parecía no verla.

—Espero que no te las hayas tomado en serio.

Optó por ignorar su comentario y siguió.

—Lo que sí tienes que saber es que es más que probable que tu hazaña en los acantilados sea ya de dominio público.

—¿Hazaña?

Frunció el ceño e intentó reconstruir en su mente cada uno de los pasos que había dado

ayer desde su llegada a Moher.

—¿Una tormenta de nieve en pleno septiembre? —Le recordó las palabras que había pronunciado hacía tan solo unos instantes—. Es muy probable que el aquelarre exija una explicación de lo ocurrido.

El patriarcado podía irse a freír espárragos en lo que a ella respetaba. Los dirigentes del aquelarre nunca habían sido precisamente agradables o amables con ella.

—Por otra parte, como mi esposa, se espera que seas presentada oficialmente ante ellos como la nueva *Alta Hechicera* de Dublín.

—¿*Alta hechicera*? —Se hubiese echado a reír si no estuviese tan jodidamente cansada—. Sí, claro. Preséntame de esa manera cuando consiga que los cerdos bailen sevillanas con vestidos de lunares.

—Ya veo que te gustan tanto como a mí las viejas tradiciones —replicó con palpable sarcasmo—. Sin embargo, dado que yo estoy obligado por mi condición a seguir estos estúpidos pasos, tú también los seguirás.

Tradiciones arcaicas, pero que formaban parte de su mundo desde el nacimiento de la primera bruja. Era parte de lo que eran, de quienes eran, lo que hacía que no pudiese escabullirse de aquello como siempre lo había hecho.

Dio un paso atrás alejándose de él, apartándose de la extraña intimidad compartida de manera casual. En cualquier otra circunstancia estaría más que agradecida de esa cercanía, de poder tocarlo y disfrutar de su toque, pero no cuando no podía pensar con claridad, cuando su mente estaba tan embotada y se sentía tan cansada que apenas podía coordinar sus propios movimientos.

Dios, era como si tuviese una enorme resaca mezclada con los efectos de la gripe; un coctel mortal.

—Quiero irme a casa.

Necesitaba espacio, estar en un lugar conocido, en el que se sintiese segura y en el que pudiese permitirse llorar, gritar, patalear o simplemente apagar su cerebro sin que nadie la viese caer en ese estado.

—Te llevaré a tu piso tan pronto como me asegure de que no te caerás redonda en el suelo y tu mente esté lo bastante lúcida como para no enzarzarte en una nueva pelea con la señora Collins.

Su comentario la llevó a hacer una mueca.

—¿Gracias?

Cameron negó con la cabeza, en su rostro no había pizca de ironía, risa o cualquier cosa en realidad. Su expresión se había vuelto repentinamente seria.

—No te equivoques, Allison. Tu lugar está aquí, conmigo. —Su sinceridad fue rotunda—.

Pero soy consciente de cómo hemos iniciado este camino.

—¿Lo eres? —No ocultó su propio sarcasmo.

—Y dado que has intentado mantener las distancias conmigo todo este tiempo a sabiendas de que te estaba buscando, debo suponer que tienes un motivo para ello —optó por ignorar su comentario.

—Claro que lo tengo —resopló y señaló lo obvio—. Soy tu asistente, la secretaria de dirección de la compañía que posees y diriges. ¿Qué esperabas que hiciera? Llevo casi cuatro años trabajando para ti. Eres mi jefe, yo tu empleada. Nunca has cruzado esa línea. —Se mordió el labio y apartó la mirada—. No es fácil entrar en la oficina de tu jefe, el cual estaba de un humor de perros, para decirle que la mujer que buscaba… la tenía delante. Ya te lo dije.

—Ambos tomamos nuestras propias decisiones y estas han tenido consecuencias, unas de las que ni tú ni yo podemos escapar —resolvió él—. Lo hecho, hecho está. Siempre he sido responsable de mis actos, Allison, tú no vas a ser la excepción.

Y ella de los suyos, pensó.

Pero una responsabilidad no era lo mismo que un deseo y ella quería ser justo eso, ¿no?

Se pasó la mano por el pelo e hizo una mueca al notar de nuevo esa aspereza y el desastre en el que se había convertido.

—¿Cómo he llegado a esto? —gimió—. ¿Cómo demonios he terminado congelándome el pelo? ¿Por qué solo se ha roto…? —Las palabras murieron en su boca cuando su mente trajo al presente otro recuerdo, el de sus dedos cubiertos de escarcha, el hielo en el suelo a su alrededor, el frío que sentía dentro de sí misma—. No fue solo mi pelo…

Levantó la cabeza y se encontró con la negativa de Cameron.

—Dios… —No era necesario que dijese nada más. Su silencio era suficiente respuesta—. ¿Yo te…?

Volvió a negar con la cabeza y dio un paso hacia ella.

—No, centraste todo sobre ti misma —confirmó, lo que la tranquilizó un poco—. Es imperativo que aprendas a mantener el control sobre el poder que ahora corre por tus venas, pero sobre todo, que no lo temas. —Levantó una mano e hizo que sus dedos creasen unos pequeños copos de nieve inofensivos—. Esto es también parte de ti, te protegerá y te obedecerá cuando lo aceptes por completo.

Entendía lo que le decía, pero hacerlo era algo completamente distinto.

—Yo… lo intentaré —admitió con un agotado suspiro—. No es como si pudiese hacer otra cosa. ¿Pero siempre voy a estar así de cansada?

—No. —Negó con la cabeza—. El agotamiento que tienes encima se debe a que has drenado el caudal sin control alguno. Al tocar ese hilo telúrico, vertiste en él todo el caudal que tenías acumulado, hasta la última gota. Piensa en ello como la batería de un coche que se ha

descargado por completo. Ya no arranca. Necesita de energía para volver a ponerse en marcha, para que el motor siga en movimiento.

—Soy un coche que no arranca… —repuso con un mohín—. Menuda analogía, jefe.

Él ignoró la ironía en su voz y añadió.

—El agotamiento se pasará tan pronto como repongas lo que has gastado —señaló sin más —. Solo necesitas mantener la magia en niveles adecuados para tu cuerpo, pues si los sobrepasas…

—Las cosas se descontrolan y me convierto en la *Reina de las Nieves*, ¿no?

—Sí —afirmó con rotundidad.

—Estupendo —resopló. Desde luego no se le podía acusar de andarse con rodeos—. Entonces, ¿qué tengo que hacer para reponer lo que he gastado y al mismo tiempo no pasarme de la rayita que pone «nivel máximo»?

—Descansar y alimentarte bien hasta que se te pase el cansancio, lo cual te llevará unos cuantos días o recurrir a nuestro vínculo para nutrirte de…

—… tu caudal —terminó por él. La analogía era sencilla y comprensible.

Cameron asintió una vez más, conforme con su rápida comprensión.

—Así es.

—¿Y cómo… —Lo miró de arriba abajo, recreándose una vez más en ese torso desnudo, en las estrechas caderas envueltas por el pantalón vaquero. Un caminito de vello salpicaba su abdomen, descendiendo hasta desaparecer más allá de la línea de la cinturilla—, hago eso?

Él ladeó ligeramente el rostro y le devolvió la mirada cuando sus ojos se encontraron después del poco disimulado escrutinio.

—Accediendo al vínculo. Solo tienes que buscar en tu interior. Sentir su poder y tocarlo, como si me tocases a mí —le tendió la mano en una silenciosa invitación—. Luego solo déjalo que fluya hacia ti, que te caliente por dentro y aleje el frío… Piensa en ello como en beber hasta que sacies tu sed.

—Sí, vale. Todo eso suena… muy bien, pero…

No la dejó terminar. Acortó la distancia entre ellos, le rodeó la cintura con un brazo y la atrapó contra su cuerpo, bajando sobre su boca al instante solo para parar a escasos milímetros.

—Así… —susurró antes de reclamarle los labios y traspasar esa barrera para zambullirse en su interior, acariciando su lengua con la propia hasta arrancarle un gemido.

Allison gimió, se pegó a su cuerpo por acto reflejo, resbaló las manos sobre su pecho y suspiró aliviada en sus brazos, como si esto fuese todo lo que necesitaba en esos momentos. Notó ese cosquilleo conocido sobre la piel, la magia burbujeando de nuevo en su interior, pero esta vez era mucho más sutil y tibia. La sintió resbalar a través de sus venas, reconociendo su marca como propia y dándole la bienvenida como si fuese el agua del que había hablado Cameron y

ella estuviese sedienta.

Se empapó con esa sensación, la cual parecía alternarse con las que le provocaba su contacto, haciendo que no supiera dónde empezaba una y terminaba la otra. Se deleitó en ambas, respondiendo a las caricias de unas manos fuertes y duras, a la pasión de una boca demandante, que exigía de ella mucho más que cualquier puñado de palabras y aceptando esa corriente en su interior como una parte de sí misma, como algo que la completaba.

Magia. Poder en estado puro. Ya no era hielo, sino mucho más.

Un suspiro de alivio se le escapó de entre los labios en el momento en que él se separó de ella.

Se sentía bien. Increíble, en realidad. Y no sabía si era por la recarga mágica o por el demoledor beso que la había licuado por dentro.

—¿Mejor? —La ronquera en la voz del hechicero le dejó claro que no era la única que había salido afectada.

—Nunca he estado mejor en mi vida. —Las palabras salieron de sus labios antes de poder analizarlas. Cuando se dio cuenta, tuvo que darse prisa en rectificar—. Quiero decir…Sí, mucho mejor. Gracias.

—No me des las gracias por hacer algo de lo que yo también disfruto —replicó él introduciendo los dedos en su destrozado pelo—. Empiezo a pensar que esto podría convertirse en uno de mis momentos favoritos.

—¿Sí?

Esos labios que tan pocas veces sonreían, se curvaron con ligereza.

—No tienes idea de lo seductora que puedes llegar a verte, ¿verdad?

¿Ella? ¿Seductora?

No pudo evitarlo, le miró como si le hubiese salido una segunda cabeza.

—Serías el primero que pensase semejante cosa.

—Lo que demuestra mi inteligencia y la falta de ella en otros hombres —aseguró con tal convicción que la hizo reír—. Así como mi suerte.

—Un hombre afortunado, sin duda.

—Con una esposa aún más afortunada.

Se rio. Ese hombre llevaba la arrogancia a otro nivel, sin lugar a dudas.

—Tu esposa… empieza a pensar que sería una buena idea… poner un poquito de distancia —mencionó dando un paso atrás—, para dejar que corra el aire, ya sabes.

Si bien la expresión masculina no se alteró, sí hubo algo nuevo en sus ojos, como un brillo que parecía ir y venir según como ladease la cabeza.

—Y aquí está la Allison que conozco —mencionó al tiempo que la recorría de la cabeza a los pies—. Quizá quieras asearte mientras me encargo de ver si nos han dejado algo de comer o

tengo que mendigar una reserva en algún restaurante.

Se llevó la mano a la cabeza y frotó uno de los desiguales mechones entre los dedos.

—Preferiría irme a casa —admitió con la misma sinceridad de la que él había hecho gala. Sus ojos se encontraron y se mantuvieron en silencio unos momentos, mirándose tan solo—. Necesito poner en orden… algunas cosas.

Cameron asintió, no era necesario que pronunciase las palabras, podía ver en su mirada que comprendía y respetaba sus necesidades, pues era algo que sin duda él también necesitaba.

—Sobre todo, tengo que borrar todo posible recuerdo de esa cosa de mi puerta —añadió, pensando en las líneas que todavía permitían que se adivinara semejante imagen—. En serio, no llegaste a verla en toda su gloria, pero, era una polla voladora… ¡con ojitos!

Una perezosa sonrisa le curvó los labios aliviando un poco la seriedad que había vuelto a su rostro.

—Un atentado imperdonable al miembro viril masculino.

Sonrió en respuesta, miró a su alrededor y vio su chaqueta sobre una silla en la que no se había fijado. En realidad, era la primera vez que se molestaba en mirar a su alrededor y tomar conciencia del espacioso dormitorio, así como del color de sus paredes y la escasez de mobiliario.

—Entonces, ¿me llevas a casa? —preguntó volviéndose de nuevo hacia él.

Lo vio tomar aire, como si se estuviese preparando a sí mismo para darle alguna excusa, pero se limitó a asentir y caminar hacia ella.

—Dos días —le dijo sin más, sus ojos clavándose de nuevo en los de ella—. El lunes te quiero en la empresa, a la hora de siempre y…

—¿Con el café recién hecho? —lo interrumpió.

Él no solo no sonrió, sino que le cogió el rostro con los dedos y la miró fijamente.

—Y empezaremos con las lecciones para controlar la magia que ahora posees —dijo tajante.

A eso sí que no podía ponerle pegas, pensó, así que se limitó a asentir.

—Estoy conforme —le dijo con su mismo tono de voz.

Cameron no solo entrecerró los ojos, sino que apretó un poco más los dedos sobre su carne antes de añadir con la misma decisión:

—Y volverás a casa, a esta casa, conmigo al final de la jornada. —No era una petición, ni tampoco una sugerencia, era una sentencia firme y sabía que nada ni nadie lo haría cambiar de idea. Ni siquiera ella—. Y lo harás como la señora McNamara, mi bruja y mi esposa.

—Me lo pensaré —replicó, lo que provocó que esos ojos verdes que la tenían embobada brillasen con una furiosa luz.

—Sé que lo harás —admitió él acercándose a sus labios, todavía sin soltarle el mentón—.

Y solo para que te quede clara mi postura con respecto a esto… —Deslizó los labios hacia su oído, acariciándole la oreja y haciéndola estremecer mientras le susurraba algo al oído que la dejó sin respiración—. La próxima vez que tú y yo despertemos en la misma cama, no saldrás de ella hasta ser mía, Allison McNamara, en el sentido más desnudo y sudoroso de la palabra.

Con una caricia de sus ojos que no hacía sino corroborar lo que le había dicho, retiró los dedos, dio un paso atrás y se mostró igual de ilegible que siempre al decirle:

—Cuando estés lista, esposa.

Allison tuvo verdaderos problemas para hacer que se le movieran los pies, pero se las ingenió para trasladarse hasta la silla, dónde recuperó su chaqueta, con la bufanda y el gorro, ambos en un estado lamentable, antes de volverse hacia el *Alto Hechicero* de Dublín.

—Ya lo estoy.

Parpadeó y volvió al lugar en el que la esperaban su rodillo y pinceles, listos para terminar con la tarea que había iniciado la tarde anterior.

¿De verdad solo había pasado un día?

Habría jurado que en ese lapso de tiempo había visto pasar ya media vida.

CAPÍTULO 13

—El desastre tiene nombre de mujer y es Allison McNamara.

Viendo su reflejo en el espejo del baño, después de una larga ducha de agua caliente y de aplicar acondicionador hasta convertir de nuevo su pelo en algo manejable, Allison no podía rebatir sus propias palabras.

Ladeó la cabeza. Era como si alguien le hubiese cortado el pelo con una podadora. Alguien ciego y borracho, sentenció con un largo suspiro.

Cogió uno de los mechones más largos que asomaban de entre los demás y le dio un tijeretazo sin contemplaciones.

—Todo es empezar… —murmuró y prosiguió con la tarea sin contemplaciones.

Una mujer sensata habría pedido una cita urgente en alguna peluquería, pero su sensatez se había pedido la baja tan pronto como la vio babear sobre el pecho desnudo de su flamante maridito.

Era tremendamente injusto que estuviese tan bueno sin camiseta.

Y solo podía imaginarse lo devastador que sería cuando, bueno, cuando no llevase nada encima.

—Por dios, Allie, céntrate —Le dijo a su reflejo—. Tienes una tijera en las manos. No empeores el estropicio.

La culpa era suya. De esos ojos verdes. De esa voz ronca y sensual que se había atrevido a susurrarle en el oído sus abiertas intenciones.

No se lo había imaginado. No eran figuraciones suyas. Los besos que habían compartido en ese dormitorio no habían entrado en la categoría de castos.

—Ahí había deseo, te lo digo yo —le dijo a su propio reflejo al tiempo que cogía otro mechón demasiado largo y lo cortaba a la misma altura que los demás—. Y puede que no sea la mejor base para un matrimonio, pero algo es algo, ¿no? Sería mucho peor si no hubiese absolutamente nada y tuviésemos que seguir adelante con esto solo porque tenemos un vínculo y mi nueva magia es como una caja de fuegos artificiales de mecha corta.

Uno tras otro, los mechones descartados fueron cayendo sobre el lavabo. Hilos más largos, otros más cortos, el color marrón salpicó la blancura de la pila y su pelo empezó a tomar una forma más uniforme y desenfadada.

Entrecerró los ojos detrás de las gafas y tuvo que admitir para sí misma que su trabajo de peluquería no estaba quedando tan mal. De hecho, había conseguido un aspecto incluso más fresco.

Con todo, seguía echando de menos su melena.

Habían sido años de cuidados y mimos para conseguir ese largo, si bien se había acostumbrado a llevarlo pulcramente recogido en la oficina, cuando estaba en casa prefería llevarlo suelto o sujeto tan solo con unas pinzas o una goma si tenía que limpiar.

Ahora no tendría que preocuparse por nada de eso.

Cuando por fin terminó con la tarea, se quedó un rato contemplando su reflejo, reconociéndose de nuevo a ella misma en aquella imagen y asimilándola como su nuevo yo.

—Todo forma parte de un nuevo comienzo —se dijo.

Y lo era. La vida que conocía, la que había llevado hasta entonces se había terminado mucho antes de la tarde de ayer. Ese momento solo había sido el punto de inflexión definitivo, el empujón que necesitaba para aceptar algo que supo en el mismo instante en que esa alianza apareció en su dedo.

Esa última semana había sido una auténtica pesadilla, un continuo estrés ante la posibilidad de que él se diese cuenta de quién era ella, una batalla consigo misma y sus emociones, por no mencionar la tensión del poder que se acumulaba en sus venas y se le escapaba de entre los dedos sin que pudiese evitarlo.

Estaba agotada, pero era un agotamiento mental, psicológico, un desgaste generado por las preocupaciones. Si bien algunas de ellas habían quedado ya atrás, otras seguían ahí, agazapadas en una esquina de su mente, listas para saltar a la más mínima oportunidad. Y la única manera de ponerles freno era hacerles frente antes de que la carcomiesen por dentro.

—Adelántate al apocalipsis, Allie, no dejes que los zombis hambrientos de cotilleos se enteren de lo sucedido por otra boca que no sea la tuya.

Si eso ocurría, su madre dejaría de hablarle durante el resto de su vida.

Su padre ni siquiera se inmutaría. Lo más probable era que ni siquiera la creyese.

Bien mirado. Su madre tampoco.

Ella. Una bruja sin magia. Esposa del *Alto Hechicero de Dublín.*

Dios. Por increíble que pareciese, en vez de pánico, sentía unas ganas enormes de hablar con ellos y soltarles aquella bomba, aunque solo fuese para ver sus caras cuando llegasen a la conclusión de que no les estaba troleando.

Brian y Arlene Reid se habían enfrentado a un buen desafío al tener que criar a una hija bruja, que carecía de cualquier chispa de poder. Para dos personas con fuertes vínculos con el aquelarre, cuyo nacimiento y educación provenía de familias con profundas raíces en la hechicería, educarla a ella había supuesto toda una prueba de voluntad y sacrificios que muchos

otros brujos no harían. Se esforzaron en brindarle otra forma de ver el mundo, le enseñaron que con poder o sin él, seguía siendo una persona válida para el mundo, alguien que merecía alcanzar sus metas y cumplir sus propios sueños.

También la instaron a tomar parte en el coven, a no dar la espalda a esa parte de su herencia y participar de la comunidad. Sabía de sobra los motivos de ambos para aquello, sobre todo los de su madre, quién nunca perdía la oportunidad para que conociera al hijo, al primo, al nieto o al sobrino brujo de alguna familia con la que tenía relación. Y también a las hijas. En su comunidad no había diferencias a la hora de la sexualidad de sus miembros o sus preferencias. Todos eran hijos del aquelarre.

Había sido tal el desfile de presuntos candidatos y tanta la presión a la que se veía sometida cada vez que pasaba tiempo en casa, que fue cuando decidió que había llegado el momento de poner tierra de por medio y trasladarse a Dublín para buscar trabajo.

Si bien su padre pareció captar la indirecta a la primera, su madre seguía insistiéndole en que los visitara por uno u otro motivo y si se dejaba caer por casa, no perdía la oportunidad de hablarle de tal o cual soltero prometedor; tuviese o no pareja en esos momentos.

Dejó escapar un profundo suspiro, sacudió la cabeza y le dio la espalda al espejo. Abandonó el baño y regresó al salón. La visión del bote de pintura, la cubeta, el rodillo y los pinceles que había lavado a conciencia para que no se resecaran, la esperaban a un lado del pasillo, recordándole que tenía una tarea pendiente.

—Tú tendrás que esperar un poco más.

Estaba segura de que su vecina estaría ojo avizor, esperando a que abriese la puerta para salir a su encuentro con alguna nueva queja.

Se preguntó si la loca esa habría llamado a su puerta en todo el tiempo que llevaba fuera, después de todo, no la había utilizado para entrar ni para salir. Cameron los había trasladado a ambos a través del éter, cruzando el espacio, por lo que para su cotilla vecina, ella no habría abandonado el piso en ningún momento; a menos que se le hubiese escapado.

Sonrió para sí, recogió el ordenador portátil de la mesa baja del salón y se dejó caer en el sofá con el cacharro en el regazo.

Nada más levantar la tapa y encender el ordenador, se dio de bruces con la alerta de noticias, en la que apareció la súbita e inexplicable tormenta de nieve en los *Acantilados de Moher*.

Allison deslizó el cursor del ratón sobre el enlace y al momento se encontró con un video, grabado por algún aficionado, en el que se veía todo el terreno cubierto con una capa de nieve. El periodista que se hacía eco de la noticia hablaba sobre una inesperada tormenta, la cual pudo verse a continuación en la grabación de otro videoaficionado que estaba en la zona cuando sucedió.

Sintió que se le paraba el corazón mientras contemplaba los vídeos. Se puso tensa mientras agudizaba la mirada a la espera de verse a sí misma o a Cameron en medio del escenario, pero la furia de la tormenta y la intensidad de la nevada era tal que no se veía nada.

—No me jodas, hombre… —gimió y siguió atenta a la noticia, escuchando como entrevistaban a un meteorólogo el cual empezaba a utilizar términos incomprensibles para hablar sobre una brusca ruptura de temperaturas, algo sobre la proximidad del mar y no sé qué cosa sobre la altitud, borrascas y demás. Al menos parecían haberle encontrado una explicación científica al inesperado hecho, con lo que nadie pensaría jamás que aquello era cosa de hechicería—. Esto es una auténtica locura.

Había creado una auténtica tormenta de nieve. Efímera y brutal. Unos instantes de nieve, viento y hielo suficiente como para dejar una manta blanca sobre el verde que los cubría.

Se estremeció ante las imágenes que seguía visualizando.

Aquello no eran unos pocos copos en su salón, ni una repentina explosión de frío helador cristalizando un lavabo. Eso era poder en estado puro, una cagada de proporciones épicas y ella era la única responsable.

—No volveré a tocar un hilo brillante en mi jodida vida —masculló en voz baja.

Porque eso era lo que había hecho. Era una de las imágenes inconexas que acudían a su mente al intentar recordar aquel episodio. Los había visto. Hilos de luminosa luz entremezclándose y formando una especie de red telúrica y sus dedos tocando uno de ellos.

Se estremeció. Apagó de inmediato el vídeo y salió de la sección de noticias.

Esa clase de poder era aterradora y no quería volver a sentirla corriendo por sus venas succionando su energía como si fuese un vampiro hambriento.

Respiró hondo y se llevó una mano sobre el corazón en un intento por detener la enloquecida carrera que había iniciado. Sentía el cosquilleo en sus venas, en su piel, la magia que había llegado a ella a través del caudal de Cameron canturreaba en su interior, pero lo hacía de manera tranquila, plácida, limitándose a decirle que estaba allí si quería usarla.

—Mejor no… —mencionó en voz alta, como si estuviese respondiéndole.

Y funcionó. No sabía cómo o por qué, pero el murmullo cedió en intensidad y el hormigueo se apagó.

—Y eso es… nuevo… —jadeó, pero no podía sino dar las gracias por esa pequeña bendición—. Gracias.

Allison se tomó unos segundos más para tranquilizarse, echó un vistazo al reloj en la parte baja de la pantalla y decidió hacer la videollamada que tenía pendiente antes de que pudiese pensárselo y retrasarla una vez más.

Abrió la aplicación telefónica que tenía instalada y esperó a que se produjese una respuesta del otro lado.

La pantalla se abrió a una luminosa estancia, esta pareció bambolearse un poco mientras posaban el ordenador en un lugar más estable y el rostro de su padre aparecía en primera plana.

—Hola, papá.

—¡Arlene! ¡Allison al teléfono!

—Papá, esto es una videollamada —le recordó con una mueca—. De hecho, si te separas un poco de la pantalla podré verte mucho mejor.

—No me digas cosas que ya sé, muchacha —replicó él apartándose del aparato para sentarse en el sofá que tenía detrás—. Vaya. Menudo cambio.

Se llevó de manera automática la mano al pelo e hizo una mueca.

—Sí, bueno, ya era hora de un cambio de imagen.

—Allie, cariño… —Esa era su madre dejándose caer al otro lado de su padre—. ¡Cristo! ¿Quién ha sido el desgraciado que te ha hecho eso en el pelo?

Hizo una mueca y puso los ojos en blanco.

—Yo me preocuparía un poco más por esas bolsas negras bajo los ojos.

—¿Qué bolsas negras? —Bufó, aunque sabía que tenía unas marcadas ojeras que no había tenido tiempo a cubrir con maquillaje—. Eres un exagerado, papá. Y nadie me hizo nada en el pelo… Nadie excepto yo misma.

—¿Estabas bebida?

Se limitó a sonreír de manera beatífica, entonces, sin previo aviso soltó la bomba.

—Mamá, papá. Me he casado.

La pareja al otro lado de la pantalla se quedó estática, casi era como si el vídeo se hubiese detenido por algún fallo de conexión, pero la brusca carcajada de ambos dejó claro que seguía en perfecto funcionamiento.

Dos adultos partiéndose el culo en el sofá, eso era lo que tenía ahora mismo en la pantalla.

Sí. Había días en los que se preguntaba si no sería adoptada.

Pero entonces miraba a su padre y se veía a ella misma en el color de sus ojos, en cada gesto y su propio color de pelo y pecosa piel en la de su madre.

—Vale, de acuerdo. Esta ha sido sin duda tu mejor llamada en meses, Allie. —Su padre fue el primero en recomponerse, pero el hecho de que se estuviese limpiando las lágrimas de risa de los ojos no le daba un aspecto más serio—. Y dime, cariño, ¿quién dices que es el afortunado?

—No lo dije, papá —replicó recostándose contra el sofá—, no me habéis dado tiempo. Os habéis partido de la risa antes de que pudiese hacerlo.

—Esto es por el último intento de tu madre de buscarte pretendiente, ¿no? —añadió el hombre, pues su madre todavía intentaba encontrar la serenidad.

—No, esto es el resultado de estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno —le dijo con un suspiro, entonces levantó la mano en la que tenía el anillo tatuado y lo acercó a

la cámara—. Cierto hechicero consideró divertido elegirme a mí de entre toda una sala llena de hijas del aquelarre casaderas.

Las risas de su madre murieron al instante, su padre abrió los ojos como platos y se acercó a la pantalla del ordenador para ver mejor.

—No me jodas. —Su padre siempre tan gráfico—. Por todos mis ancestros. Estás… vinculada.

—¡Sorpresa! —canturreó y obligó a sus labios a curvarse en una amplia sonrisa.

—¡Allison Lilian Reid! ¿Qué demonios significa esto?

—Ese vínculo solo aparece en un tipo de unión… —continuó su padre ignorando la mirada atónita de su madre—. Te has unido a un *Alto Hechicero.*

—Premio para el caballero.

—¿Esto es una de tus bromas, Allie? —Su madre seguía parpadeando con visible incredulidad, había apartado a su padre para acercarse ella a la pantalla—. No puedes jugar con algo tan serio.

—Mamá… aléjate de la pantalla, se me hace muy difícil hablar con vosotros así.

—Cristo. La niña se ha unido a un *Alto Hechicero.* —Esa era la voz de su padre—. Necesito una copa.

Su madre se echó entonces hacia atrás, sentándose de nuevo, pero no pudo evitar inclinarse hacia delante. Su rostro, por lo general sonrosado, había palidecido varios grados.

—Entonces, ¿es verdad? —Increíble. A su madre le temblaba la voz—. Esto no es por todos mis intentos de encontrarte una buena pareja, ¿verdad?

—Bueno, al fin lo admites —resopló ella.

—Allison…

Suspiró y asintió.

—Es verdad, mamá. Estoy vinculada a Cameron McNamara, el *Alto Hechicero de Dublín* —le dijo con un profundo suspiro y añadió con cierto sarcasmo—. Me he casado con mi jefe.

La expresión de su madre fue todo lo que necesitó para que la llamada hubiese merecido la pena.

CAPÍTULO 14

—Has llevado a Allison a su casa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es lo que quería.

Connor dejó escapar un suspiro y se apoyó en la ventana, al otro lado del escritorio de su oficina personal. Desde allí podía teletrabajar, ponerse al día con algunos asuntos y adelantar trabajo para la empresa, por no mencionar que podía dejar a un lado el traje y la corbata y vestir con vaqueros y camisa de franela, como hacía en esos momentos.

—Necesita tiempo y espacio para pactar con todo esto, para asumir lo que yo mismo estoy intentando digerir —admitió—. Por no hablar de su magia. Ha pasado de ser una mundana en casi todos los sentidos, a sentir el poder de una bruja corriendo por sus venas.

—El poder que desató la ventisca de nieve en los acantilados que he visto esta mañana en las noticias, es mucho más poder del que una bruja tendría en circunstancias normales.

Sí, lo era. Después de haber visto él también los vídeos que fueron grabados en el lugar por algunos turistas, sabía que el aquelarre no dejaría pasar aquello por alto y acabarían llamando a su puerta en breve. De hecho, le sorprendía que no lo hubiesen hecho ya.

—Las líneas telúricas intensificaron el poder del caudal y su falta de experiencia para contenerlo, hizo que se manifestase de manera primitiva —argumentó—. Necesita guía y entrenamiento. Así como aceptar que la magia que ahora corre por sus venas le pertenece y es parte de ella.

—¿No te preocupa ni un poquito que vuelva a pasar algo parecido estando sola?

Negó con la cabeza.

—Lo que ocurrió ayer se debió en gran medida a todo el caudal que había acumulado y a la inexperiencia —explicó—. Después de probar la sacudida de una línea telúrica, dudo que le queden ganas de repetir la experiencia. Y su magia vuelve a estar equilibrada, lo que también la estabiliza a ella.

—¿Esa es la explicación que piensas darle al patriarcado?

—El aquelarre solo necesita saber que estoy vinculado a una bruja, que es mi esposa y señora de Dublín —dijo con decisión y miró más allá de su hermano, hacia las vistas que le

brindaba la ventana—. Si quieren un parte meteorológico, que consulten con la agencia estatal.

Su hermano soltó un resoplido de risa.

—Parece que te está sentando bien el matrimonio, hermanito.

—Intento acostumbrarme a él, lo cual no es nada fácil, la verdad —admitió con un resoplido propio—. Me he pasado la semana pensando en quién sería ella, en cómo afrontar la situación una vez la encontrase. Estaba preparado para enfrentarme a cualquier tipo de bruja, a cumplir con mis obligaciones, a respetar mi elección fuese cual fuese y hacer lo mejor para ambos…

—Pero no para que esa bruja fuese tu secretaria —resumió Connor por él—. Estabas listo para alguien de nuestro círculo, pero no para una bruja que nunca ha dado un paso adelante para decirte *«yo también estoy aquí»*.

—Sí —admitió sincero—. Así es.

—Bueno, ¿y qué opinión te merece ella?

—Me gusta. —No tenía caso negarlo. Era algo evidente, aunque también inesperado—. Y no deja de sorprenderme el que no me haya fijado antes en ella. Quiero decir, lleva trabajando para mí casi cuatro años.

—*Trabajando*, Cam, esa es la palabra clave —señaló su gemelo—. Era tu empleada. Y ambos somos del equipo *«nunca se mezcla el trabajo con el placer»*.

Cierto. Era una línea infranqueable.

Ninguno de los dos tonteaba con las empleadas, no con la gente con la que trabajaban cada día, con la que pasaban horas y horas en el mismo lugar. Su relación con todos ellos era estrictamente laboral, sobre todo dentro de la empresa.

Y Allison había sido eso, una empleada, la mujer en la que sabía podía confiar para llevar su agenda, encargarse de las reuniones y tener todo a punto cada vez que lo necesitara. Era solo alguien que estaba allí.

«¿Alguna vez me has visto realmente?».

No. Nunca la había mirado como miraría a una mujer, calibrando si entraba en sus estándares, si le llamaba la atención por su belleza, su personalidad o simplemente quería darse un revolcón.

No la había visto de esa manera hasta la tarde de ayer, cuando fue a buscarla a su domicilio y la encontró en el rellano con el rodillo de pintura en la mano. Y ni siquiera encontró lo que esperaba, pues de algún modo llevaba la idea de la mujer seria, enfundada en un impecable traje de chaqueta, con el pelo pulcramente recogido.

En lugar de ello la encontró a ella, a su esposa, con un rostro cubierto de pecas y unos enormes ojos marrones detrás de los cristales de las gafas.

—Sí, pero aun siendo mi secretaria, no parece mi secretaria.

—Sin duda cambia mucho cuando no lleva el uniforme de batalla.

—¿Uniforme de batalla? —lo miró de soslayo.

—Estoy seguro de que no he pasado tanto tiempo con la secretaria de dirección de la empresa como tú, ¿pero alguna vez le has preguntado qué tal el día? ¿Cómo le iba la semana? ¿Le dedicaste un piropo? Y no me refiero a una insinuación… —mencionó con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. Se llama amabilidad, la cual solo va un poquito más allá de la simple educación.

No era necesario que respondiera, el carácter de su hermano y el suyo eran muy distintos.

—Voy a la empresa a trabajar, Connie, no a regalarle los oídos a todos mis empleados.

—No, no lo has hecho —contestó por él—. Has sido amable, educado y, en definitiva, su jefe.

Sí, pero ahora ya no lo era. O más bien, no era lo que primaba en su relación.

—Supongo que solo tendré que acostumbrarme a verla también dentro de ese uniforme como lo que es en realidad, mi esposa.

—Eso supongo yo también —admitió conforme con sus palabras—. Y hablando de eso, ¿cómo os las vais arreglar en la empresa a partir de ahora? ¿Piensas seguir manteniéndola como tu asistente?

—Dado lo tajante que ha sido mi esposa con respecto a su puesto de trabajo, prefiero dejar ese tema para más adelante y dejar que se salga con la suya —admitió recordando la manera en que ella lo había enfrentado con respecto a eso.

—Ya actúas como un marido inteligente, hermanito.

Puso los ojos en blanco ante el jocoso comentario.

—No tengo intención de ocultar la relación que ahora nos une, pero si bien somos ya una pareja vinculada para nuestro mundo, de cara a la sociedad en la que vivimos y a efectos legales no se nos considerará un matrimonio a menos que estemos casados —expuso lo obvio—. Así que, ya he hablado con nuestro abogado de confianza y se encargará del papeleo de modo que solo tengamos que firmarlo. Me gustaría que Beatrice y tú fueseis nuestros testigos.

—Me pasma lo romántico que llegas a ser. —Su voz no podía resultar más irónica—. ¿No se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor, no sé, llámalo una locura, tu esposa podría querer tener una boda? ¿Una pequeña celebración, quizás? Vestir de blanco… Esas cosas que les gusta a las mujeres.

—Dame un respiro, Connor —bufó y dejó escapar un profundo suspiro—. Soy consciente de que ya has pasado por esto, pero mi situación no es ni remotamente la misma que tuviste tú.

—Oh, claro que no la es. Yo hice las cosas en el orden correcto, Cameron. Encontré a mi bruja, la cortejé y luego le propuse matrimonio —replicó su hermano y entonces resopló—. Tú, sin embargo, empezaste la puñetera casa por el tejado. Primero casi te matas por esperar dios

sabe qué, después te unes a una bruja in extremis, la primera con la que te cruzas sin saber ni quién es y ahora planeas la boda…

—Sé que metí la pata.

—Sí, sé que lo sabes, por eso no te he golpeado todavía con nada en la cabeza —repuso él al tiempo que sacudía la cabeza—. Bea y yo seremos tus testigos, sabes que no dejaré que nadie más tenga ese honor, pero no sería un buen hermano mayor si no te dijera que necesitas pisar el freno un momento y detenerte. Ahora tienes a Allison, Cam, no tienes que seguir haciéndolo todo tú solo.

—*Solo eres seis minutos mayor…*

—Seis minutos que me otorgan el poder de darte sermones, capullo.

Puso los ojos en blanco y dejó el bolígrafo con el que había estado jugando sobre el escritorio.

—Hablaré con ella.

—Bien.

—El lunes.

—Mira que eres cabezón.

—Le dije que esa noche volvería a casa conmigo —mencionó recordando la manera en la que se lo había dicho—. Le debo al menos este día y medio, Connor.

—Sí que te gusta, quizá un poco más que gustar, ¿eh?

—¿Cuenta el que quiera follármela? —Ambos siempre habían hablado con naturalidad de sus relaciones y sus deseos.

—Me preocuparía mucho más que no quisieras hacerlo —admitió con un ligero encogimiento de hombros.

—No es lo que me esperaba, pero me gusta lo poco que he visto hasta ahora… —murmuró y sacudió la cabeza—. Y la deseo. Y no es algo unidireccional. Si debo guiarme por la forma tan candente en la que me devuelve los besos, no me queda la menor duda de que quiere lo mismo.

—Lo que me sorprende es que no fueses más allá de los besos —resopló su hermano—. Nunca has sido de esperar si deseas algo…

No, no lo era.

Si sus parejas estaban dispuestas y deseaban lo mismo que él, no se lo pensaba dos veces.

—No era el momento… —mencionó y al decir esas palabras se dio cuenta que era cierto.

Si fuese cualquier otra mujer y otra circunstancia habrían terminado en la cama, pero era su esposa, alguien a quien apenas conocía y a quién no podría abandonar como si nada a la mañana siguiente.

—Ya que pareces decidido a hundir la cabeza en el trabajo, ¿necesitas que te eche una mano?

—No —negó y echó un vistazo al revoltijo—. Todo esto es porque no tenía la cabeza dónde debía tenerla esta pasada semana. Me lo merezco.

—Conste que no lo he dicho yo.

—No hace falta —aceptó con un resoplido—. Soy consciente de mis propias meteduras de pata.

—Lo que te convierte en un hombre inteligente.

—Sí, bueno, si fuese un hombre inteligente no estaría con el agua hasta el cuello —admitió señalando el portátil—. Después de ver las imágenes que captaron algunos de los turistas el día de ayer, me sorprende que el coven no haya enviado todavía a nadie a tocar a nuestra puerta.

—Dales tiempo —chasqueó Connor—. Lo más probable es que estén esperando a que hagas un anuncio oficial o algo, sobre todo después de la semana de *«se busca esposa»* que has tenido hasta ayer.

Sí, esa era otra posibilidad muy a tener en cuenta.

—No me sorprendería que el lunes te estuviese esperando ya una invitación formal para pasarte por la sede del aquelarre de Irlanda para dar explicaciones.

—Mi agenda para los próximos treinta días está completamente llena —sentenció con goteante ironía—. Y la de mi esposa también.

—En momentos como este no envidio lo más mínimo tu suerte, hermano —aseguró su gemelo—. Todo habría sido mucho más fácil para ti si el gen hechicero hubiese pasado de largo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Todo irá bien. —Dejó caer la mano sobre su hombro con una sonrisa y le dio un par de palmaditas—. Solo concéntrate en lo más importante ahora; tu esposa.

No era necesario que se lo dijera, pero agradeció el apoyo incondicional.

—Dalo por hecho —aceptó.

—Bien. Te dejaré con tus tareas —se despidió—. Si necesitas algo, estaré en el piso de abajo. Cocinando. Hoy me toca a mí entrar en la cocina. Y te prevengo. Bea ya ha puesto un servicio más en la mesa, si no apareces para la cena, dejaré que ella misma suba a buscarte y te traiga de la oreja.

—Eso es crueldad fraternal.

Connor se rio entre dientes.

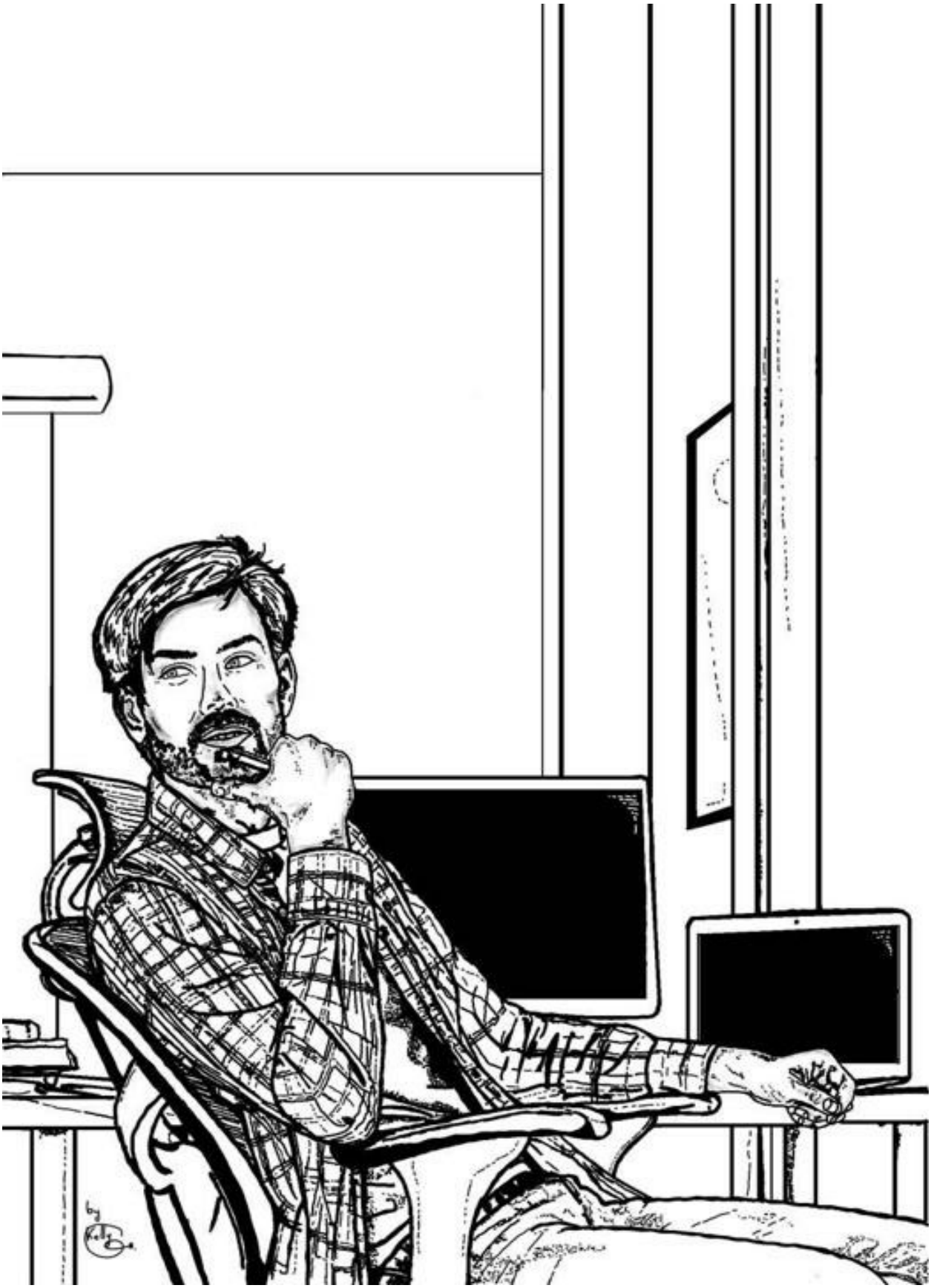
—Eso díselo a mi mujer, verás que te responde.

Sin una palabra más, le dio un apretón en el hombro y abandonó la habitación canturreando por lo bajo.

Esta vez no podría librarse.

Estuviese o no su esposa con él, tendría que bajar a cenar o su cuñada lo maldeciría por

toda la eternidad.



CAPÍTULO 15

El lunes había llegado demasiado rápido.

Allison dudó en la acera, con el bolso apretado con fuerza bajo el brazo, contemplando por primera vez, haciéndolo de verdad, el edificio en el que llevaba años trabajando.

Hasta hoy, cada vez que había traspasado esa puerta dejaba fuera a Allison y se convertía en la *señorita Reid*; la seria y eficiente secretaria de dirección de *McNamara´s.*

O la *secretaria del jefe*, como había escuchado alguna vez que la llamaban en ese edificio.

El caso es que ya no era solo la secretaria del señor McNamara, era su esposa, lo cual iba a caer como una bomba sobre el edificio.

En especial sobre el personal mundano de la empresa, pues su *jefe-marido* no hacía distinción a la hora de la contratación, solo demandaba competencia y seriedad en sus tareas.

En la actualidad, el cuarenta por ciento de la plantilla eran brujos y el resto mundanos. De estos últimos, solo algunos *hijos de familia*, como se conocía a los mundanos que sabían de la existencia de la magia, pues llevaban generaciones sirviendo a alguna familia bruja, eran conscientes de para quién trabajaban, mientras que la gente de a pie no tenía la menor idea.

Así que suponía que, mientras que para unos la sorpresa se volvería comprensión en cuanto viesen el tatuaje en su dedo, para otros sería un auténtico shock que daría paso a toda clase de rumores.

Respiró hondo, enderezó la espalda y plantó una expresión amigable y educada en su rostro antes de cruzar aquella puerta una vez más.

—Buenos días, señorita Reid —la saludó el portero como cada mañana. No agregó ni una sola palabra más, nunca lo hacía. El hombre era una montaña vestida de uniforme, listo para detener a cualquiera con aspecto sospechoso.

—Buenos días, señor Hunter —le devolvió el saludo al tiempo que se llevaba la mano a la chaqueta y extraía la tarjeta de acceso para pasar el torno.

Dejó atrás el área de recepción, se subió al ascensor e hizo su cotidiana parada en la primera planta, dónde recogía el correo y los paquetes que hubiesen llegado ya para la dirección.

Las primeras palabras que escuchó nada más se abrieron las puertas eran sin duda un

preludio de lo que sería el resto de la jornada.

—…parece que el desfile de la semana pasada fue suficiente —cotilleaba alguien en las inmediaciones del ascensor—. Ha debido de encontrar a la bruja fugitiva.

—Oí que se vinculó a ella por accidente… —respondieron al comentario—. Que no era la bruja con la que se iba a comprometer esa noche.

¿Cameron iba a comprometerse con alguien la noche de la fiesta?

No parecía probable. De ser así, dicha prometida habría aparecido la semana pasada para ponerle los puntos sobre las íes, ¿no?

Sacudió la cabeza, lo último que necesitaba era ponerse a elucubrar sobre cosas que ya no tenían remedio.

Optó por carraspear a fin de llamar la atención de los dos jóvenes brujos, que al verse pillados, se les enrojecieron las mejillas.

—Este no es lugar para cotilleos —sentenció con voz cortante, mirándoles a ambos como suponía que lo haría una maestra de escuela con unos alumnos díscolos—. ¿No tienen trabajo que hacer?

No se molestó en esperar respuesta, pasó por su lado y se detuvo ante el mostrador detrás del cual se movía una mujer de mediana edad con el pelo más rojo que el tinte podía dar.

—No vas a escuchar otra cosa por nuestro sector, querida. —La mujer le dedicó una sonrisa y se giró para coger la caja que solía recoger—. El desfile femenino que ha pasado por la empresa la semana pasada no ha dejado a nadie indiferente. Tú mejor que nadie deberías de saberlo, ¿no?

Se obligó a mantener la expresión en blanco y esa mirada de *«no me interesa lo más mínimo»* mientras cogía la caja y examinaba rápidamente la correspondencia para ver si había algo importante que debiese ser entregada antes del café.

—Los asuntos del señor McNamara no son asunto mío.

—Ni míos, pero no estoy ciega —chasqueó y bajó el tono de voz—, y las hay que no son tan discretas como tú y salieron como una tromba del edificio soltando de todo por esa boquita.

—Me lo puedo imaginar —respondió con desapego, volviendo a fijarse en las cartas y los folletos que tenía consigo.

—Te encuentro distinta. —La inesperada réplica hizo que levantase la cabeza y la viese mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Distinta? —El corazón empezó a latirle de manera acelerada. Sabía que una bruja podía reconocer a otra bruja, incluso reconocer su poder, más aún cuando ya tenía una cierta edad, así que esperaba que este no fuese el caso.

—Es el pelo —chasqueó la lengua y asintió como si acabase de encontrar la respuesta—. Te lo has cortado.

—Sí.

—Te queda bien.

— Gracias —asintió sin más, controlando la ansiedad que había activado ese cosquilleo en sus venas—. ¿Alguna cosa más para subir?

—No, esta mañana eso es todo. —Negó la mujer, pero seguía mirándola con cierta intensidad—. Caray. No sé si es por el nuevo corte de pelo, pero estás estupenda. ¿Te has hecho algún tratamiento de belleza o algo?

Si no estuviese tan agobiada se habría echado a reír allí mismo, en vez de ello se obligó a esbozar una irónica sonrisa y señaló hacia el ascensor al final del corredor.

—Como si tuviese tiempo para pedir hora en uno de esos salones —replicó con lo que espera fuese total despreocupación—. Me voy arriba antes de que el jefe empiece a pedir a gritos su café de la mañana.

Ella agitó la mano echándola.

—Ve, ve. Dios sabe que cuando el jefe está de buen humor, las cosas por aquí marchan sobre ruedas.

Allison giró sobre los tacones y luchó consigo misma para no correr de vuelta al ascensor.

Un pie detrás de otro, Allie. No corras. Y por lo que más quieras, cosquilleo, no hagas de las tuyas.

La mano le temblaba un poco mientras llevaba el dedo hacia el botón correspondiente.

Se quedó quieta, con la mirada fija al frente, esperando que se cerraran las puertas, solo para desinflarse, doblarse sobre sí misma y apoyarse en una de las paredes cuando las compuertas se unieron y el habitáculo inició su ascenso.

—A este paso no llego a vieja —rezongó. Se llenó los pulmones de aire y lo dejó salir poco a poco. El cosquilleo seguía presente en su interior, pero parecía haberse aplacado un poco —. Nada de hielo, nieve o cualquier cosa que deje rastro húmedo aquí dentro, ¿está claro?

Se miró los dedos rogando que no apareciese ni una sola mota blanca en ellos y examinó a continuación la caja en busca de cualquier rastro que pudiese recordarle sus previos incidentes, pero por el momento todo parecía estar tranquilo.

—Bien. Eso es. Tranquila, Allie —Se dijo a sí misma—. Las emociones son el gatillo de tu nueva magia, si no lo aprietas, no pasa nada.

Respiró hondo una vez más y dejó salir el aire con lentitud, solo para gemir a continuación.

—Tenía que haberme quedado en casa —resopló—. Tenía que haber llamado para decir que estoy enferma, que he cogido la gripe o qué se yo. Al menos no estaría a punto de estallarme el corazón.

Por dios. Ni en su primer día de trabajo había estado tan nerviosa como ahora.

Nerviosa, no. Desquiciada. Si el corazón le latía más rápido, saldría corriendo.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron en su planta.

Segundos después volvieron a cerrarse con ella todavía dentro del habitáculo.

—Por el amor de Dios —resopló y se enfrentó a sí misma y a sus repentinas dudas pulsando de nuevo el botón de apertura y saliendo con decisión—. Eres una profesional. Este es tu trabajo. Ese es tu jefe… Y, vale, sí, tu marido también. Más razón para no salir corriendo.

Solo tenía que convencer a sus piernas para que pensasen lo mismo y dejasen de temblarle, pensó mientras alcanzaba su mesa, tan recogida y pulcra como la había dejado antes de largarse como alma que lleva el diablo el pasado viernes.

Dejó la caja sobre la superficie, se descolgó el bolso del hombro y lo metió en el compartimento destinado a ello. Puso tu tarjeta y teléfono a un lado y encendió el portátil para empezar su jornada.

Echó un vistazo a su pequeña oficina. La planta que había comprado un par de meses antes seguía viva de puro milagro, sobre todo porque no había ventanas que le brindasen algo de luz. Las paredes estaban pintadas de un claro gris en contraste con el blanco mobiliario, lo que le daba profundidad y luminosidad a la pequeña habitación.

Hizo una mueca al ver que el cuadro había vuelto a inclinarse. Un collage de vivos colores que habían sacado de algún otro lugar de la empresa para colgarlo allí a fin de que el lugar no pareciese tan deprimente. Lo enderezó y se dio cuenta de que esos pequeños gestos cotidianos la estaban ayudando a tranquilizarse.

Cruzó al otro lado y encendió la cafetera. Frunció el ceño al ver que no tenía agua y, tras solucionarlo, añadió el café. Pronto el sonido de borboteo anunció su puesta en marcha.

—Y ahora a darle los buenos días al irlandés —mencionó por lo bajo, recogiendo la correspondencia de la caja y saliendo de su pequeño cubículo para cruzar el puñado de metros que la separaba de las puertas dobles que llevaban a la oficina de su jefe.

Llamó a la puerta y esperó.

—Pase.

Su voz fue como una caricia deslizándose por su espalda.

No había nada nuevo en ella, ni en su inflexión, pero sintió como si hubiese hecho exactamente eso; deslizar la mano por su columna vertebral.

Abrió la puerta y entró.

Como siempre, Cameron estaba sentado detrás de su escritorio, con los ojos clavados en el portátil, con un puñado de papeles a un lado y el bolígrafo entre los dedos.

—Buenos días, *señor McNamara* —le saludó por costumbre, usando la misma fórmula de siempre mientras caminaba hacia el escritorio y dejaba la correspondencia sobre la mesa—. La correspondencia de hoy.

—Buenos días, *esposa* —replicó él y, por primera vez en todo el tiempo que llevaban

realizando ese ritual, lo vio levantar la cabeza y mirarla de verdad, consciente de ella y de su presencia—. Veo que sigues de una pieza.

—A duras penas —la respuesta salió de manera automática de su boca, algo que no solía pasar cuando entraba a su despacho.

Él sonrió de soslayo, dejó el bolígrafo a un lado y cruzó los dedos sobre la mesa mientras la examinaba.

—Has hecho un buen trabajo con el pelo, te queda muy bien —mencionó y acto seguido levantó el dedo índice y lo movió en el aire, señalándola—, aunque echo de menos esas pequitas que te salpican el rostro.

—Yo no.

Su directa y cortante respuesta hizo que su sonrisa se ampliara. Un momento después se había levantado de su asiento y rodeado el escritorio para detenerse ante ella.

—¿Eso que huelo es el café?

—Como todos los días —replicó con sencillez.

—Estupendo. Trae dos tazas —pidió y señaló el pequeño área con una pequeña mesa de cristal y dos sillas en los que solía reunirse de manera más informal con los clientes en su oficina. Sobre esta había una pequeña caja de una pastelería que conocía bien—. Hoy no he tenido ni tiempo de desayunar en condiciones. Y supongo que tú no lo habrás ni intentado.

—¿Cómo sabes que…? —Se calló tan pronto como las palabras salieron de su boca.

—Me lo acabas de confirmar —afirmó y añadió—. Hay un par de cosas de las que tenemos que hablar…

—Tienes un par de compromisos esta mañana, el primero en… una hora —comprobó el reloj—. Mientras desayunas, prepararé la sala de reuniones para…

—El café, Allison —la interrumpió—. Primero nuestra reunión. Después, puedes preparar lo necesario para la cita de las diez. Lo más seguro es que ni siquiera lleguen a su hora, así que tenemos tiempo para todo.

Le sostuvo la mirada durante unos segundos. No iba a cambiar de idea, no cuando ya tenía todo planeado de antemano, resopló para sus adentros y asintió.

—Traeré el café —le informó.

Él asintió con visible satisfacción y se giró hacia el escritorio, para recolar o buscar alguna cosa. No sabía lo que era, pues ya se había dado la vuelta para preparar el café.

Tardó lo justo en servir dos tazas y ponerlas en una pequeña bandeja que había comprado para llevarle el suyo cada mañana. Volvió a la oficina principal y la depositó sobre la mesa de cristal, dónde ya había abierto una caja de dulces que olían maravillosamente bien.

—Me temo que todavía no conozco tus gustos, así que… —señaló la caja—, me he dejado asesorar por la pastelería.

O lo que era lo mismo, había traído un poco de todo.

—Bollos de canela, con esto es más que suficiente —mencionó mientras dejaba su café en un lado de la mesa y colocaba la otra taza en el otro—. Gracias.

—Lo tendré presente —afirmó y acto seguido le indicó la silla—. Siéntate. Por favor.

Escucharle decir *«por favor»* de esa manera hace que casi falle a la hora de ocupar la silla.

—Esto es… extraño.

—¿Es extraño que un marido y una esposa desayunen juntos? —replicó con cierta ironía.

—Lo extraño es que un jefe y su secretaria lo hagan y en su puesto de trabajo, además.

—En estos momentos no eres mi secretaria, sino mi esposa.

—Para todas y cada una de las personas que hay ahí fuera sigo siendo tu secretaria. —Señaló con un gesto hacia la puerta.

—Y ese es uno de los motivos por los que te pedí que habláramos —aprovechó su comentario para dar paso al tema que se traía entre manos—. Tenemos que casarnos.

Allison miró su mano y la levantó a continuación moviendo el dedo en el que había vuelto a ponerse el ancho anillo de acero.

—Ya lo estamos.

—A la manera de nuestra gente, sí, por ello he pedido a mi abogado que prepare todos los trámites para que podamos hacerlo también de la manera legal —le informó con naturalidad—. Si estás dispuesta, podremos dejarlo listo esta misma tarde.

Si estaba dispuesta. Vaya una petición de matrimonio.

Por otro lado, no es que esperase flores o bombones, o siquiera una rodilla al suelo, después de todo se trataba del mismo hombre que la había elegido por ser la bruja que tenía a mano.

Tenía que ser realista. Como le había dicho su madre, después de que se le pasara el shock, la vida le había dado una oportunidad única, si era inteligente, la aprovecharía y buscaría la manera de hacer que funcionase.

Probablemente era el mejor consejo que le había dado su progenitora en… ¿toda su vida?

Su padre había sido un poco más conservador con respecto a las noticias, se había mantenido callado durante buena parte de la conversación, pero no le pasó por alto la mirada pensativa en sus ojos.

«¿Tú lo habrías elegido a él?».

Sí, dónde Brian Reid ponía el ojo, ponía la bala y conseguía una diana perfecta.

No le había contestado, pero tampoco hizo falta. Sabía que así como ella era capaz de verlo a él, su padre también la leía como un libro abierto.

Sí. Claro que lo habría elegido. Al menos, habría elegido a la persona que creía que era su jefe, la que ella había idealizado en su mente, pero la verdad era que empezaba a gustarle un

poquito más la versión real, la que estaba conociendo ahora.

Aun si le salía con una proposición tan poco romántica.

—Claro. Por qué no.

Allison cogió su propia taza de café y se la llevó a los labios, sopló y dio un sorbo.

El café estaba demasiado amargo para su gusto.

Cameron lo tomaba solo, oscuro y con poco azúcar.

—A la vista de tu abrumador entusiasmo, ya no sé si preguntarte si quieres celebrar también una boda en condiciones —replicó él con un ligero sarcasmo presente en la voz.

—¿Celebrar una boda?

—Lo diré de otra manera… —añadió dejando la taza de nuevo sobre la mesa, sus ojos buscando los de ella mientras se ponía cómodo en la silla—. Allison McNamara, ¿quieres vestirte de novia para mí?

Se quedó con la taza en la mano, sostenida en el aire, mirándole cómo si estuviese asistiendo como espectadora a una absurda comedia.

—¿A ti te parece que esa es la forma correcta de pedirle a alguien que se case contigo? —No se molestó en ocultar la risa en su voz. Era demasiado absurdo como para tomarlo en serio, sobre todo porque había pronunciado aquella frase de la misma forma en la que le pediría a alguien que firmase un acuerdo con la empresa.

—No tengo la menor idea, Allison, es la primera vez que lo hago.

La rotunda sinceridad con la que dijo aquello la desarmó.

Sí, este era su jefe. El hombre al que conocía, el cual parecía entremezclarse también con el tipo que la había abrazado y besado tan solo la tarde anterior.

Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—Ver para creer… —musitó al tiempo que dejaba su taza por fin sobre la mesa—. Hay una fórmula de hace siglos que funciona bien en estos casos y que incluso un imbécil puede pronunciarla…

—Y aquí está mi esposa en toda su gloria —sonrió de soslayo—. Echaba de menos los insultos.

—No es un insulto, es una definición de lo que tengo delante.

Enarcó una ceja y lo hizo de tal manera que le entraron ganas de estrangularlo.

—Y de todas las brujas existentes en el mundo, he ido a dar contigo.

—Haberlo pensado antes de hacer algo tan estúpido como unirme a ti —replicó con la misma sinceridad con la que él le hablaba siempre.

Se miraron durante un momento en completo silencio, entonces lo vio sacudir la cabeza y juraría que en sus labios apareció una sombra de risa antes de oírle decir su nombre.

—Allison…

—No voy a retractarme de mis palabras, si eso es lo que…

—… ¿quieres casarte conmigo?

Pide y te será concedido.

—Y solo para que conste en acta, esposa mía, no considero estúpido el haberte elegido —admitió sincero—. ¿Inesperado? Sí, desde luego. Pero ¿estúpido? Que bah. —Se inclinó hacia adelante, apoyándose en la mesa—. Eres, posiblemente, la elección más sensata que he hecho en mucho tiempo…

Ya está. Las bragas por los tobillos.

Y ni siquiera parecía darse cuenta de lo que había conseguido con esas palabras, del significado que podían tener para una mujer, en especial para la que estaba delante de él.

Cameron no era de los hombres que te regalaba los oídos, no se detenía en piropos o halago innecesarios, decía lo que le parecía evidente y ya.

—¿Y bien? —Le preguntó ladeando un poco la cabeza, escrutando su rostro como si buscase algo en él—. Si recuerdo bien dicha fórmula, ahora eres tú la que tiene que responderme a mí.

—Supongo que solo hay una respuesta para eso —murmuró, se lamió los labios y asintió —. Sí, me casaré contigo.

—Excelente… —murmuró, recuperó su taza de café y se la llevó a los labios solo para detenerse un segundo antes de que los tocaran. Sus ojos bajaron entonces sobre la mesa y volvieron a ella—. Y ya que estamos… Empezaremos también con tu adiestramiento.

Bajó también la mirada y a duras penas contuvo un gemido al ver que su taza se había cubierto de una fina capa de escarcha, pese a ello, el café del interior seguía humeando.

—¿Cómo…? ¿Por qué demonios sigue caliente?

—Porque empiezas a aceptar lo que eres y la magia actúa en consecuencia —replicó él bebiéndose el brebaje al tiempo que retiraba un bollo de la caja y le pegaba un mordisco—. Y porque yo te pongo tan caliente como ese café.

—Y una mierda —siseó y dejó la taza sobre la mesa, lo que provocó dos cosas, que salpicase la mesa y la carcajada de respuesta de su marido. Una risa sincera y limpia que solo había escuchado detrás de aquella misma puerta, cuando estaba con su hermano.

—Ya lo veremos, Allie, ya lo veremos.

Escucharle pronunciar el diminutivo de su nombre sí que la puso caliente.

—Hasta ese momento, ¿qué te parece sí, mientras desayunamos, te enseño a deshacer el hielo que acabas de conjurar?

Respiró hondo y soltó el aire lo más despacio que pudo.

—Solo si primero me enseñas cómo demonios se conjura —replicó más calmada, dispuesta a concentrarse en lo que debía ser una prioridad para ella—. Porque te juro que no

tengo la menor idea de cómo lo he hecho.

—A golpe de emociones, querida, todo lo haces a golpe de emociones —señaló con un gesto la taza—. Vuelve a cogerla como antes, tócala tan solo con los dedos. ¿Sientes el mordisco del hielo?

Notaba el frío bajo las yemas, así como ese silencioso hormigueo en sus venas.

—Noto el frío y también ese… cosquilleo… el de la magia.

—Bien, pues concéntrate en ese hormigueo —le dijo al tiempo que abandonaba su asiento y se paraba de pie detrás de ella. Se inclinó y sus ojos se encontraron—. Mira la taza, no a mí.

—Tú eres más interesante… —Las palabras salieron de su boca incluso antes de que pudiese ponerles freno. Un pensamiento pronunciado en voz alta.

—Intento ser un caballero, esposa, coopera conmigo, por Dios —le dijo en apenas un hilo de voz, entonces señaló la taza con un gesto de la cabeza—. Ojos en el objetivo.

Se obligó a seguir sus instrucciones, pero su tono de voz y su cercanía no la ayudaban lo más mínimo a concentrarse.

—Concéntrate en ese hormigueo —le dijo cerca del oído—. Siente como recorre tus venas, como te acaricia los dedos e imagina que sale de tus dedos, que rodea la taza y deshace el hielo. Lo hace despacio, como una pequeña onda de calor. Y una vez que ha hecho su trabajo se apaga hasta desaparecer.

Allison se concentró en sus palabras, siguiendo sus instrucciones, notando cada pequeño tirón que salía de sus dedos, el calor que los rodeaba, viéndolo como una especie de aura que envolvía el recipiente e iba derritiendo el hielo.

—Eso es. Despacio. Muy despacio —continuó guiándola—. Ahora déjalo ir, permite que se consuma. No, no lo reabsorbas, no es necesario. Deja que se consuma en el aire, que se apague poco a poco.

Decirlo parecía mucho más fácil que hacerlo y cansaba mucho menos, pensó al sentir como se le perlaban las sienes de sudor. Con todo consiguió hacer lo que le había dicho con bastante precisión.

—Y ahí tienes, tu primera incursión controlada en la magia —señaló Cameron con gesto satisfecho—. Bien. Ahora flexiona los dedos un momento y vuelve a posicionarlos en el mismo lugar.

—Cuando lo hago sin pensar no cansa tanto.

—Eso es porque lo haces a golpe de emociones y sin control —declaró al tiempo que la rodeaba desde atrás, posicionando las manos paralelas a las suyas, pero sin tocarla—. Y ocurre cuando pasa esto…

Estaba tan concentrada en la taza, en ver lo que quizá emergiera de esas manos masculinas, que no pudo evitar dar un saltito en la silla y jadear cuando notó la lengua de su marido en el

arco de la oreja seguida de un pequeño mordisquito.

La taza se cubrió de hielo al momento.

—Estímulos… —le susurró al oído haciendo que se licuase por dentro—, físicos o verbales… Como decirte lo mucho que deseo tenerte desnuda sobre mi cama y comerte entera.

Otro respingo y el café en su interior se solidificó.

—Y si unimos ambos… —le chupó el lóbulo, lo pellizcó con los dientes y vertió las palabras en su oído—. Pienso follarte hasta que supliques…

Adiós a la taza, fue el cristal bajo ella el que empezó a congelarse y cubrirse de lo que parecían estrellas de nieve.

—Entonces las emociones toman el control y la magia hace lo que le da la gana —sentenció dándole un beso en la mejilla—. Si has estado atenta, has podido ver y notar como algo cambiaba en ese cosquilleo, en el tirón de tu magia.

No estaba muy segura de si el cosquilleo que sentía ahora se debía a su magia o a esa maldita boca suya.

—Si lo sientes, puedes ponerle freno —continuó como si nada—. La magia está viva, es una parte de ti misma y solo necesitas asimilarla, entonces podrás disponer de ella de manera natural. Llegar hasta ella y usarla será tan natural para ti como lo es respirar.

—Lo sería si hubiese nacido con ella, que no es el caso.

—Motivo por el que tendrás que esforzarte un poco más —le dijo—. No eres la primera usuaria de magia que no ha tenido poder antes de vincularse a un brujo, algunas de las destinatarias del caudal de un *Alto Hechicero* ni siquiera son brujas y con el tiempo consiguen dominar su nuevo don. Y tú, al contrario que ellas, tienes la ventaja de entender lo que significa la hechicería.

—Entender de dónde viene el caudal de una bruja o un hechicero no es lo mismo que poseerlo, pero ni de lejos.

—Y sin embargo no has tenido problema en seguir mis instrucciones. —Señaló la taza—. Eres capaz de conectar con la magia que hay en tu interior, con ese cosquilleo y hacer que se pliegue a tu voluntad. Has podido dominarlo…

—Solo hasta que has abierto la boca… —masculló en voz baja.

—Te estaba mostrando la diferencia que existe entre la magia emocional y el encauzar tu poder de manera controlada —se justificó con ese tono de oficina que conocía bien—. No estoy seguro porque no es mi campo, pero dado lo voluble que se vuelve tu caudal con las respuestas emocionales, es posible que esa sea tu base natural.

Arrugó la nariz ante sus palabras porque no era una conclusión tan descabellada.

Como brujas no adquirían su verdadero potencial hasta la adolescencia, la mayoría empezaban a experimentarlo después de hacerse mujeres, pero su base natural aparecía en el

nacimiento, con el primer hilo de magia que las marcaba como brujas. Era como una seña de identidad, una que orientaba a la bruja a medida que crecía, preparándola para desarrollar su poder hacia uno u otro talento.

Incluso ella, como bruja nula, tenía una base natural aunque nunca se hubiese manifestado como tal. Nunca había tenido ese hilo de magia que la condujese, que la guiase para descubrir la clase de dones que podía obtener.

Pero ahora que compartía el caudal de Cameron, era posible que su base se hubiese despertado y estuviese guiando su magia hacia lo que habría sido de ser una bruja plena.

—Si esa es la base de mi magia, dime que existe un botón de apagado o algo con el que evitar esto. —Barrió la mesa con un gesto de la mano.

—La respuesta es *entrenamiento* —respondió al tiempo que posaba los dedos sobre la superficie helada de cristal y este empezaba a fundirse bajo su toque, evaporándose como si estuviese calentando el hielo—. Cuanto más uses tu magia, más maestría adquirirás y con ello también más control. Es lo que enseñamos a nuestros niños, lo que nosotros mismos aprendemos en la infancia…

—Una etapa que queda muy atrás en mi memoria.

—Pues tendrás que refrescarla —aseguró frotando los dedos como si le hubiese quedado azúcar o algo en ellos—. Te ayudaré con ello. Te contendré cuando practiques y te guiaré en aquello que esté dentro de mis capacidades.

—¿Y dónde y cuándo haremos eso exactamente? —preguntó levantando la cabeza para encontrarse de nuevo con esa mirada verde ligeramente brillante—. No es que tengamos mucho tiempo libre y la empresa tampoco es el lugar adecuado para esto.

—Eres mi secretaria, libera una hora diaria en mi agenda y nos las arreglaremos —sugirió con facilidad—. Si alguien puede hacerlo sin que afecte a mis asuntos, esa eres tú.

—¿Ahora sí soy tu secretaria?

—Esposa, secretaria y bruja. —La miró de la cabeza a los pies—. Eres un poco de cada una y las eres todas.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad?

—No siempre, *cariño*, no siempre.

No pudo evitar mirarle sorprendida al escucharle llamarla de esa manera.

—Les he pedido a Connor y a Bea que sean los testigos de la firma de nuestro matrimonio —mencionó volviendo al primer tema en cuestión—. Si quieres que alguna persona de tu confianza también esté presente…

Negó con la cabeza.

—Mis padres son los únicos al tanto de esto —levantó la mano con el anillo cubriendo la alianza tatuada—. No soy una persona demasiado popular, no en el aquelarre al menos.

—¿Y fuera de él?

Siempre había sido una persona un tanto solitaria. Habiendo sido rechazada desde el principio en el propio seno de su comunidad, le costaba abrirse a los demás. Sus amigos, ya de por sí escasos, se habían ido alejando con el paso del tiempo y sus propias prioridades, así que podía decirse que la persona más cercana a ella ahora mismo era el hombre que estaba a su lado.

—¿Recuerdas a mi vecina? ¿La loca que llamó a la policía? —mencionó con una mueca—. Si eso no te da una idea de mi vida social, no sé qué lo hará.

—Una mujer memorable, sin duda —repuso con palpable sarcasmo.

—Así que eres una brujita solitaria.

Se encogió de hombros y volvió a lo que los ocupaba.

—¿A qué hora debemos presentarnos para la firma y dónde? —inquirió recuperando el tema inicial.

—Es esta tarde a las seis —aceptó el cambio de tema—. Y nuestra unión civil será en el ayuntamiento.

Asintió conforme, miró el reloj y se dio cuenta de que había pasado mucho más tiempo del que había previsto.

—Tengo el tiempo justo para arreglar la sala de reuniones —chasqueó al tiempo que se levantaba y le dedicaba una mirada de anhelo al bollo de canela sobrante.

—Te estará esperando cuando termines, Allison —mencionó Cameron y cuando se volvió a mirarle, lo vio sonreír—. Te prometo que no le saldrán piernas.

Optó por no decir nada y dio media vuelta dispuesta a salir de la oficina, pero los dedos largos de su marido se cerraron en su brazo.

—Espera. —pidió él y antes de que pudiese preguntar qué necesitaba, tenía su mano derecha entre las suyas y el anillo de acero que cubría su alianza tatuada fuera del dedo—. No ocultes quién y qué eres. Nunca.

Dejó escapar un profundo suspiro y abrió la boca para protestar, pero él no se lo permitió.

—Cameron, no es…

Le aferró la barbilla con los dedos y le levantó el rostro al tiempo que bajaba el suyo sobre ella.

—Y lo que te dije al oído… —mencionó muy cerca de sus labios—, lo dije muy en serio, *Allie*.

Cualquier palabra que pudiese haber albergado su cerebro se esfumó ante tan caliente y sincera confesión.

—Si tienes alguna objeción al respecto, será mejor que lo digas ahora.

Tragó con dificultad y sus próximas palabras salieron un poco estranguladas para mortificación suya.

—Ni… ninguna.

—Bien —sonrió y acto seguido bajó sobre su boca para robarle el aliento con un sensual y húmedo beso que la dejó temblando.

Allison todavía sentía el cosquilleo corriendo por sus venas en el momento en que él se separó de ella y volvió al escritorio para seguir con su tarea, pero al contrario que otras veces, su magia se mantuvo bajo control…

Si no contaba con las estrellas de hielo que habían teñido de blanco sus propios zapatos.

CAPÍTULO 16

—Entonces, ¿*habemus* boda?

Cameron levantó la mirada de la pantalla del ordenador justo a tiempo de ver a Connor entrando por la puerta.

—Te llamé esta misma mañana para recordarte la hora a la que tenías que estar en el ayuntamiento, si eso no es una confirmación de que la hay…

—Vale, replantearé mi pregunta —chasqueó su gemelo—. ¿Has hablado con ella sobre

celebrar una ceremonia, con invitados y esas cosas?

Cerró la tapa de su portátil y suspiró.

—Sí, lo hice.

—¿Y?

—Está conforme con la idea.

—Conforme. —Se detuvo frente al escritorio e hizo una mueca—. Sí, ya puedo notar el entusiasmo.

Sacudió la cabeza y se echó hacia atrás en la silla.

—Le pedí que se casara conmigo y me dijo que sí.

—Bueno, damas y caballeros, el pequeño de los McNamara al fin se ha hecho adulto.

Puso los ojos en blanco y le echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

—¿Allison no estaba en su oficina cuando llegaste?

—No —negó apoyándose en el escritorio—. De hecho, pensé que la encontraría contigo e iba a preguntar por tu flamante esposa cuando no la he visto aquí.

—A ambos se nos complicó la jornada.

De hecho, apenas habían intercambiado alguna que otra frase a nivel laboral mientras ella entraba y salía de su oficina, llevando o trayendo carpetas o avisándole de inesperadas visitas que habían desbaratado sus propios planes de llevársela a comer fuera.

Desde el desayuno que compartieron en esta misma oficina, no había tenido ni cinco minutos para levantarse de la silla y salir al pasillo solo para ver si seguía tras su escritorio o había desertado.

No. Ella no lo había hecho, por las menciones que habían hecho sobre ella y su profesional desempeño los clientes y socios con los que se reunió a lo largo de la jornada, Allison no había dejado de trabajar.

—¿Ya has comunicado la noticia de tu reciente matrimonio a la junta de accionistas?

O lo que era lo mismo, ¿se habían enterado ya los brujos con los que mantenía contactos mercantiles que volvía a ser alguien estable?

Los últimos meses había habido quejas sobre sus decisiones o la falta de ellas, sobre su frialdad y la falta de interés que había mostrado en ciertos asuntos y en las reuniones en general. Esa misma mañana pudo constatar el alivio en uno de sus socios, sobre todo cuando vio el tatuaje en su dedo. Sin duda, el aumento incontrolado de su caudal y los efectos que tenían sobre él habían supuesto un problema para muchos y una causa más que justificada de preocupación en sus negocios.

Connor se había ocupado últimamente de concertar las reuniones y tratar con aquellos clientes que necesitaban una implicación más personal. Su hermano le había cubierto las espaldas mientras él se dedicaba a cometer estupidez tras estupidez.

Menos mal que la última de todas lo había conducido a la mujer que le había puesto freno y le había devuelto de nuevo la sensibilidad que perdía a pasos agigantados.

—Todavía no —respondió y se encogió ligeramente de hombros—, pero tampoco creo que sea un secreto, no después de la búsqueda de la semana pasada.

—En eso tienes razón —admitió y señaló con un gesto hacia la puerta—. La empresa bulle con los cotilleos, quizá debieses ponerles punto y final presentándoles a tu esposa.

—Lo haré tan pronto como Allison lleve nuestro apellido —afirmó—. Si bien los nuestros se darán cuenta por sí mismos en cuanto noten la alianza vinculante en su dedo, los mundanos de nuestra plantilla no lo verán como algo real hasta que estemos casados legalmente.

—Buen punto.

—Y eso me dará la excusa perfecta para ausentarnos unos días de la compañía sin que ello levante rumores innecesarios —añadió. Era algo que había decidido después de ver el pequeño episodio de esa mañana. Allison iba a necesitar algo más que una hora diaria de prácticas para controlar la magia, al menos al principio. Y tenía muy claro que no podía dejar esa tarea en otras manos, no cuando el poder de esa pequeña bruja había nacido a partir del suyo—. Intentaré dejarlo todo atado en estos días para poder disponer de al menos una semana libre.

—¿Pensando ya en la Luna de Miel?

—Más bien en enseñarle a mi esposa a encauzar su poder —admitió, pero no podía negar que la idea de tenerla en su cama se le hacía cada vez más apetecible—. La manera en que usa su magia sin ser consciente de ello se basa en los estímulos y las emociones.

—¿Una bruja sensitiva? —sugirió en respuesta—. No hay muchas de esas…

—No, no las hay —admitió—, pero Allison podría ser una de ellas. No soy experto en el tema, pero es posible que esa fuese siempre su base, aun si nunca ha podido explotarla.

—Nació como bruja nula y ahora es tu pareja —recordó Connor, adquiriendo una expresión pensativa—. Tiene tu mismo poder, matizado por su propia base y sin el conocimiento que se adquiere con la experiencia y los años de convivir con la magia. Sí, va a necesitar ayuda, pero que mucha ayuda para dominar lo que ahora le corre por las venas.

—Podría ser peor —mencionó y señaló la mesa de cristal ahora impoluta—. Esta mañana la insté a realizar un pequeño ejercicio de encauzamiento y lo hizo con mucha más facilidad de lo que ella piensa. Tendrá que esforzarse, pero confío en que pueda dominar lo básico y controlar su magia para finales de mes.

—¿Una bruja inexperta aprendiendo todo lo que debería haber aprendido en años en un solo mes? —Connor sonrió de soslayo—. A ti te gustan los desafíos.

—Solo quiero hacer lo que esté en mi mano por ella, después de todo, le debo el seguir aquí.

Y eso era una verdad irrefutable para ambos.

—Procura dejarme la lista de cosas pendientes con letra que yo entienda —le dijo señaló el portátil sobre la mesa—. Si he podido llevar el barco durante estos últimos meses en los que estabas de bajón, podré resistir una semana o dos más.

—Si no fueses capaz, ahora mismo estaríamos todos viviendo debajo de un puente —repuso al tiempo que ponía los ojos en blanco. Ambos habían cursado la misma carrera, se habían preparado para coger el testigo de su padre al frente de la empresa y lo habían hecho desde dentro, como un trabajador más. Si bien Connor había preferido especializarse en la parte de marketing y era quién gestionaba esa parte del trabajo, también era ducho en finanzas, lo que lo convertía en el hombre perfecto para estar al mando. De hecho, de no ser porque había rechazado la presidencia de la compañía una y otra vez, sería él quién ocuparía esa oficina, pero su hermano era un espíritu libre y prefería ir de aquí para allá a estar todo el día sentado en un despacho.

—No sé, hermanito, eso quizá también tuviese su encanto… —se burló—. Uno muy bohemio.

—Ni Bea te compraría eso, Con.

—No, no lo haría —admitió risueño—, pero se vendría conmigo y entonces sería el hogar perfecto.

Cameron no pudo evitar pensar si algún día, en el futuro, hablaría de Allison del mismo modo que lo hacía su hermano de su mujer. Suponía que para que eso se diera, primero tendría que enamorarse de ella.

Sacudió la cabeza para desterrar los peregrinos pensamientos y miró una vez más el reloj.

—Ya que estás aquí y sin hacer nada, échame una mano, así podré terminar con esto y dejarte la agenda de Allison con todas las citas de la semana. —Señaló la silla frente al escritorio.

—Sin hacer nada, dice —chasqueó él llevándose la mano al interior de la americana—. Si no estuviese haciendo nada, estarías ahí solito y sin ideas geniales con las que poner en marcha tus planes.

—Lo que tú digas —optó por no discutir con él, pues ya se estaba llevando el teléfono a la oreja después de marcar.

—Bea, cielo, estoy con Cam en la empresa. Voy a echarle una mano para que pueda dejar todo listo para irse de luna de miel con Allison —informó—. Sí. Iremos directamente desde aquí. ¿Te ocupas tú de *eso*? Perfecto, nena. Sí. Se lo diré. Te quiero. —Colgó la llamada, apartó la silla y se dejó caer en ella—. Te manda saludos y que te recuerde que vas a casarte, no a una firma de negocios.

—Soy consciente, gracias.

—Y que le des un par de horas libres a Allison para que pueda arreglarse —continuó transmitiendo el mensaje de su esposa—. Que como la vea llegar al ayuntamiento con el

uniforme de la empresa, te muele a palos.

Y eso sí que era algo en lo que no había pensado.

—No habías pensado en ello, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Pues ya lo estás haciendo, hermanito.

Sí, sería mejor que lo hiciese y cuanto antes, porque la hora de la cita se les echaba encima.

Por primera vez en todo el día se permitió tomarse un momento y la buscó a través del vínculo que compartía con ella. La sintió al instante, notó su agitación y su premura, casi podía verla moviéndose por alguna zona del edificio. Estaba un par de plantas por debajo de él y, sin pensárselo dos veces, la acarició mentalmente, provocando una respuesta inmediata. Sorpresa, desconcierto y un inmediato nerviosismo.

—Vengo ahora —le comunicó a su hermano, quién se limitó a levantar la mano a modo de despedida, pues ya había cogido el portátil en el que había estado trabajando y lo ojeaba para ponerse al día.

CAPÍTULO 17

—¿Estás bien? ¿Esa cosa vuelve a dar corriente? —le preguntó Emery, la agradable publicista con la que se coordinaba aquí abajo—. Se supone que lo revisaron la semana pasada.

Allison sacudió la cabeza y se las ingenió para responder con normalidad.

—Estoy bien. Yo… acabo de darme cuenta de que tengo que matar a alguien, eso es todo.

La mujer la miró y sonrió, aunque no sabía si le causaba gracia su respuesta o no sabía cómo responder a ello.

—Vale… —mencionó y le entregó el pendrive con la documentación que necesitaba—. Ahí están los diseños de la nueva campaña. Hablaré de nuevo con los informáticos para que le echen un vistazo de nuevo al programa. Sigue fallando más que una escopeta de feria. Habría que plantearle al señor McNamara la idea de cambiar de proveedor de servicios.

O lo que era lo mismo, ya que tú eres la que trata con él todos los días, déjaselo caer.

No era la primera vez que le transmitían a ella las quejas generales para que se las hiciese llegar a la dirección de la empresa. Por lo general les recordaba que si tenían algo que comunicar arriba, lo hiciesen en la reunión mensual que tenían los encargados de sección con el McNamara. Su jefe había empezado a celebrar aquellas reuniones informales en las que hablaba con todos ellos, escuchando sus propuestas y debatiendo como solucionar o atajar cualquier problema que pudiese surgir. Ahora, sin embargo, se limitó a responder con un escueto:

—Se lo plantearé.

Cerró los dedos alrededor del pendrive, se despidió con un gesto y arrancó a caminar hacia el corredor que la devolvería al ascensor principal.

El cosquilleo en sus venas había reaparecido en el mismo instante en que sintió una inesperada caricia bajándole por la espalda. Eso fue la que la hizo soltar un juramento en voz alta y dar un respingo. Se había girado dispuesta a cantarle las cuarenta al responsable, solo que él no estaba allí; nunca lo estuvo.

Y a pesar de ello, su presencia había sido tan palpable.

Al menos para ella.

Tardó un minuto en procesar lo ocurrido y darse cuenta de que se trataba del vínculo que compartían. Hasta ahora esa conexión había estado apagada o llena de estática. Durante la pasada semana había presentido su presencia, como si él se encontrase detrás de una puerta a través de la que le llegaban murmullos ahogados. Ahora era distinto, en cierto modo le había parecido escuchar su voz, como si le estuviese susurrando al oído, pronunciando su nombre.

Se estremeció y no de temor, precisamente.

Aquel contacto le había resultado tan íntimo que todavía sentía mariposas en el estómago y ese nerviosismo típico de la anticipación.

Se detuvo en seco delante del ascensor y pulsó el botón de llamada.

El gesto la llevó a reparar en la alianza tatuada en su dedo, ahora a la vista de cualquiera que posase los ojos sobre ella. El símbolo de su unión, de que era la bruja elegida por su pareja; su marido a todos los efectos para una comunidad como la suya.

Lo rozó con la yema del dedo y buscó en su interior esa conexión, el hilo de magia que los conectaba a los dos. Fue un intento un poco torpe, pues no sabía muy bien cómo proceder, pero

lo visualizó en su mente como si fuese una línea plateada que salía de ella y se extendía más allá, hasta llegar al receptor.

Lo sintió al momento. Su presencia. El reconocimiento y la diversión, pero lo más sorprendente de todo es que supo con total exactitud dónde estaba.

Las puertas del ascensor se abrieron en ese momento haciendo realidad su predicción, pues del otro lado se encontró con los ojos verdes de su marido.

—¿Me buscabas, esposa? —Los labios se le habían curvado en una sonrisa de lo más satisfecha, se hizo a un lado y la invitó a entrar en el habitáculo.

Entrecerró los ojos, pasó a su lado y pulsó la tecla para cerrar las puertas.

—¿Así que ahora también tenemos un sistema de GPS integrado?

—Tienes que ser la primera bruja que llama a un vínculo de pareja de ese modo —admitió él con su habitual serenidad—. Pero sí, en cierto modo, supongo que también funciona de ese modo. Ambos podremos dar con el otro a través del hilo que nos une.

—Y no hay alguna forma, no sé, ¿de llamar antes al timbre? —Señaló con la mano hacia la puerta cerrada—. He pegado un grito ahí fuera. Pensé que estabas detrás de mí, pero… no estabas, obviamente.

—Tu magia es sensible a los estímulos.

—Empiezo a darme cuenta de ello —repuso con un pequeño bufido.

—Y tienes una habilidad natural para darle forma —continuó ignorando sus palabras—. Has llegado a mí a través del vínculo por ti misma, sin necesidad de directrices o explicaciones.

Sí, lo había hecho, admitió para sí misma y eso la calentó por dentro.

—Y ha sido muy agradable sentirte de esa manera —añadió inclinándose sobre ella para decírselo al oído—. Tienes una voz de lo más sensual en mi mente.

No te derritas, no te derritas, no te derritas.

Allison estaba descubriendo que Cameron poseía una personalidad que se alejaba bastante de la actitud seria y formal que exhibía en su papel de empresario. Su manera de hablar, la sensualidad en su voz, el brillo pícaro en esos ojos verdes, todo era nuevo para ella.

—¿A qué piso vas? —Se había dado cuenta de que ninguno había presionado ningún botón.

—Al mismo que tú —replicó e invadió su espacio personal para pulsar la planta en el que ambos pasaban buena parte de su jornada laboral—. Te buscaba.

—Pues aquí estoy.

—¿Has terminado con los pendientes de hoy?

Le mostró el pendrive que llevaba en la mano.

—Estoy en ello, ¿por qué? ¿Ha surgido algún asunto de última hora del que quieras que me encargue? —Aquello era lo habitual.

—De hecho, así es —asintió quitándole el pen de las manos—. Quiero que cierres tu terminal, recojas tus cosas y te tomes las próximas horas libres. Ve a casa, recoge lo que necesites para la semana y…

—Espera, espera, espera… —Lo frenó en seco—. Sé que hablamos de ello, pero creo que deberíamos tomarnos las cosas con un poquito más de calma y…

Le puso un dedo en los labios, silenciándola.

—Si soy yo el que se tiene que mudar a ese piso tuyo y escandalizar a tu vecina, no pienses ni por un segundo que no lo haré… —le dijo con tal sinceridad que se le aflojaron las rodillas—. Dos días, Allison, te dije que eso era todo lo que podía darte. A partir de hoy, tú y yo viviremos juntos. Preferiría que fueses tú quien viniese conmigo, pero puedo ser flexible.

—Tú. En mi casa.

—Yo. En tu casa y en tu cama —concretó deslizando el dedo bajo su barbilla para levantársela—, tendrás hasta después de la luna de miel para pensarlo.

¿Luna de miel?

¡Luna de miel!

Empezó a sentir tanto calor en el rostro que sabía que tenía que estar roja como un tomate.

—¿Cuándo hemos hablado de la luna de miel?

—Lo estamos haciendo ahora —replicó sin más—. Necesitas aprender a controlar tu magia y es algo que no podremos hacer con solo una hora de entrenamiento al día. Lo más sensato es aprovechar la situación que tenemos entre manos y disponer de algo de tiempo libre para dedicarnos por completo a prepararte para el futuro.

—Lo más sensato.

—Será un buen momento para empezar a conocernos de verdad, para convivir sin nadie más a nuestro alrededor —asintió, estaba siendo bastante razonable—. Una semana.

—¿Vas a dejar la empresa durante toda una semana?

—Connor puede ocuparse de *McNamara´s* tan bien como lo haría yo mismo.

Eso era indiscutible. No era la primera vez que lo hacía, en especial los últimos meses en los que su jefe había estado disperso, sumergiéndose cada vez más en el mutismo de su exceso de magia.

—Y bien, esposa, ¿pasarás la próxima semana explorando los secretos de la magia conmigo?

Una proposición, una pregunta de la que ya sabía la respuesta, pues por muy precipitado que fuese, no lo sería más que la situación en la que ya se encontraba.

Quería hacer que esto funcionara, deseaba intentarlo con todas sus fuerzas y sin duda esta era la oportunidad perfecta para mostrarle a ese hombre quién era ella en realidad y hacerle ver que no se arrepentiría de la elección que había tomado.

No lo pensó, lo cogió de la corbata y tiró de ella hacia abajo, entonces buscó sus labios y lo besó.

—Acepto, hechicero —murmuró contra su boca—, pero la próxima vez pregúntame antes de tomar la decisión o puede que no recibas la respuesta que esperas.

Se apartó de él con decisión, viendo cómo se lamía los labios, como si todavía pudiese paladear su beso.

—Lo haré —confirmó con los ojos fijos todavía en ella.

—Bien. —Se alisó la ropa y se esforzó en recuperar la compostura—. Me aseguraré de despejar la agenda y trasladar las citas al señor Connor.

—Connor es ahora tu cuñado, si le llamas de esa forma se ofenderá —le recordó, entonces ladeó la cabeza y añadió—. Eso después de morirse de la risa.

—Es la costumbre…

—Lo sé —admitió él—. Despreocúpate. Con está en mi oficina, nos encargaremos de adaptar las citas y…

—Ni se os ocurra tocar mi *planning* semanal. —Fue lo bastante tajante como para coger desprevenido a su marido—. Lo haré yo. No me llevará tanto tiempo reorganizarlo.

Se negaba a que alguno de ellos metiese mano a la agenda semanal.

Ya había visto lo que sucedía cuando Cameron se ausentaba y su hermano gemelo tomaba el relevo.

Si bien el mayor de los McNamara estaba más que cualificado para ese trabajo y sabía cómo llevar la empresa con la misma eficiencia que su jefe, sus métodos eran muy distintos a los de él y lidiar con ellos una vez fue más que suficiente.

—Sospecho que no has comulgado muy bien con su forma de hacer las cosas.

—Estoy acostumbrada a tu forma de trabajar —se justificó, pero no ofreció más explicaciones—. Haré los cambios oportunos y te los llevaré para que les des el visto bueno.

—Si eso es lo que quieres…

—Lo es —afirmó con rotundidad, echó un vistazo a su propio reloj de pulsera y calculó el tiempo del que disponía—. Cuando termine con ello, recogeré mis cosas y me iré.

—Avísame cuando estés lista y te llevo a tu piso.

—No es necesario. Siempre cojo el autobús, no me lleva más de...

—Tenemos una cita en el ayuntamiento a las seis, ¿recuerdas?

El ascensor se paró en la planta marcada y las puertas se abrieron.

—Cómo olvidarla… —repuso con palpable ironía—. No te preocupes. Tengo tiempo más que suficiente para darme un paseo junto al *Liffey* y plantearme si merece la pena tirarme de alguno de los puentes antes de acudir a esa cita.

Enarcó una ceja a modo de respuesta.

—No te veo como alguien tan desesperada como para lanzarse al río en pleno septiembre.

—No, ni yo tampoco —declaró abandonando el ascensor—. Hace demasiado frío. Y además, con mi actual suerte, lo más probable es que terminase congelándolo.

—¿Allison?

Se detuvo y se giró para mirarle.

—¿Sí, señor McNamara?

—No llegues tarde.

El diablo debía estar pinchándola, porque no pudo contenerse:

—Las novias no llegan tarde, jefe, se hacen desear…

Él entrecerró los ojos y se lamió los labios de tal manera que le provocó un escalofrío de placer.

Acortó la distancia entre ambos y se inclinó sobre ella, acariciándole la oreja con los labios.

—Si te haces desear aún más, es posible que no lleguemos siquiera a tocar la cama —le susurró con voz ronca, iniciando nuevos temblores por todo su cuerpo—, o que no la abandones durante mucho, pero que mucho tiempo una vez que te tenga en ella.

Tragó ante la sensual amenaza, se le aceleró el corazón y juraría que podía sentir como se le derretía la sangre en las venas.

Allison ladeó un poco la cabeza y tras encontrarse con los ojos masculinos, musitó:

—¿Me lo prometes?

—Prometido, brujita. Palabra de McNamara.

Sin nada más que añadir, deslizó la punta de la lengua sobre el labio inferior y se apartó de ella.

—Cuanto antes te pongas con la tarea, antes podrás irte —le dijo.

—Sí, señor.

Intercambiaron una mirada cargada de todo tipo de intenciones y acto seguido adoptaron el rol que venían desempeñando en los últimos años, uno que parecía diluirse más y más con cada nuevo tic tac del reloj.

Esa tarde dejaría de ser oficialmente Allison Reid para convertirse en Allison McNamara.

Y no podía con los nervios.

CAPÍTULO 18

Una boda.

No. En realidad sería una ceremonia civil, una firma de documentos que la convertiría de manera legal en la señora McNamara.

Allison, ¿quieres casarte conmigo?

Lo había hecho. Se lo había pedido y no solo eso, también afirmó que ella era la elección más sensata que había hecho en mucho tiempo.

No podía decir que no hubiese fantaseado alguna vez en cómo sería su boda o a quién tendría en ese momento a su lado ante el altar, pero durante mucho tiempo solo fueron eso; fantasías y sueños.

—Todo está ocurriendo demasiado deprisa —se dijo, constatando la realidad en la que estaba sumergida.

Pero al mismo tiempo tampoco era una situación tan excepcional, no para una bruja.

Las hijas del aquelarre estaban destinadas a emparejar sus vidas con las de otro brujo o hechicero, era lo que se esperaba, una manera de proteger el secreto que guardaban frente al resto de la humanidad. Si bien también se daban matrimonios fuera de los coven, eran una minoría en comparación.

Todo era cuestión de educación, de cultura y de un código interno que se inculcaba a hombres y mujeres de todos los aquelarres por igual.

Allison no pensaba repetirse lo que ya sabía, lo que había escuchado desde niña, nada de aquello encajaba en su presente, ni en la situación en la que se encontraba ahora.

No iba a amedrentarse, ni a esperar las críticas o pensar en qué dirían aquellos que sin duda hablarían y cuestionarían la elección de Cameron. No le daría la espalda a una oportunidad que le había abierto las puertas a sus propios deseos, que le permitía hacerlos realidad. Seguiría adelante, aprovecharía el momento y se encargaría de hacerlo durar.

—Todo camino empieza dando unos pasos —recordó bajando la mirada sobre su mano y acariciando la alianza tatuada en su dedo—, y este no va a ser menos.

Si bien conocía al empresario, al jefe para el que llevaba años trabajando, el hombre que se ocultaba debajo y empezaba a mostrarse ante ella estaba resultando ser una grata sorpresa. Cameron no era tan frío como aparentaba, su natural cortesía y elegancia podía adquirir también un punto pícaro y no había perdido un ápice de franqueza, más bien todo lo contrario.

—Mariposas en el estómago… —murmuró para sí al sentir ese cosquilleo que la recorría

cada vez que pensaba en él.

Un amor irreal, de esos que nacen de forma unilateral, que sabes no podrán ver nunca la luz, había dejado de ser una fantasía para convertirse en una posible realidad para Allison. Había pasado de ser la invisible secretaria de su jefe a convertirse en su pareja vinculada, su esposa ante el aquelarre y en cuestión de una hora, lo sería también ante el resto del mundo.

—Eso será si encuentro algo que ponerme —mencionó repasando por enésima vez la ropa que tenía en su armario.

Quitando una par de vestidos que había tenido que comprarse para los eventos y las fiestas de la empresa, así como su ropa de trabajo, su guardarropa era más bien casual. Prefería unas cómodas deportivas a los tacones, unos leggins a un pantalón de vestir o una falda, así que sus opciones para la firma en el ayuntamiento eran más bien… inexistentes.

Dejó escapar un suspiro y giró sobre sí misma.

Había dejado la ropa que había llevado esa mañana sobre la cama a toda prisa, los zapatos junto a la puerta todavía conservaban la marca de la escarcha que había conjurado sin querer. Pero no era hielo lo que manchaba de blanco los zapatos negros, las figuras parecían haber sido pintadas sobre la piel, creando un nuevo diseño y, en definitiva, jodiendo su mejor par de zapatos.

Cruzó el dormitorio y recogió uno del suelo para examinarlo de nuevo, esta vez con mayor detenimiento.

—Esto no se va a ir ni con tinte —murmuró resiguiendo los dibujos sobre la puntera y el tacón, que eran las zonas más afectadas.

Ni siquiera era un relieve, parecía como si lo hubiese pintado a propósito.

—Bien mirado, no estáis tan mal… —admitió para sí misma y, acto seguido se encontró mirando hacia el armario, a uno de los vestidos de fiesta negros que había vestido en más de una ocasión—. No… Esa es una malísima idea, Allie. No sabes cómo controlarlo, ni siquiera sabes cómo demonios hiciste esto para empezar.

Y a pesar del discurso había cruzado el dormitorio y sacado dicho vestido del armario, contemplándolo sobre la percha.

—Ese hombre te ha sorbido el seso, no hay otra explicación… —masculló mientras cerraba la puerta del mueble y colgaba la percha del borde de este—. Por favor, por favor, por favor… No dejes que congele el edificio entero… o lo que sea.

El callado hormigueo despertó en sus venas y se extendió por todo su cuerpo con tal rapidez que sintió una inmediata punzada de miedo.

—No. Es parte de ti. Ya oíste a Cameron. Esta magia es tuya y puedes controlarla.

Señor. ¿Por qué tenía que temblarle tanto la voz?

Cerró los ojos, respiró hondo un par de veces y esperó hasta que el frenético hormigueo

que ya murmuraba incluso en su mente se aplacase un poco. Para su sorpresa, unos interminables minutos después bajó de intensidad y con ello llegó también una inesperada calma a la que precedió un punzante frío que le acariciaba las puntas de los dedos.

Allison abrió los ojos muy despacio, su mano, ahora en alto parecía envuelta por una titilante aura, pero eran las puntas de sus dedos, en especial sus yemas, las que estaban manchadas por una viva escarcha. Movió la mano, flexionó los dedos y vio esa energía alterándose en respuesta, moldeando el aire. Sus uñas eran ahora completamente blancas, como si se las hubiese pintado, pero lo más sorprendente de todo es que a pensar del hielo, no sentía el menor frío, sino todo lo contrario, aquella energía era cálida.

Miró una vez más el vestido colgado, luego la mano y acercó esta última a la prenda.

—De perdidos al río…

En el instante en que acarició la tela esta empezó a cubrirse al momento de escarcha, consumiendo el vestido sin poder hacer nada para detenerlo.

—Genial, Allison —siseó para sí mientras retiraba la mano y gemía al ver como la prenda era engullida y aquella manta blanquecina consumía también la percha—. ¡Sencillamente genial!

Su estallido fue suficiente para que el plácido cosquilleo se intensificase de nuevo, moviéndose una vez más a través de sus venas, preparándose para el desastre.

—No, no, no… —jadeó. Sabía lo que pasaría a continuación, solo tenía que ver la escarcha que empezaba a extenderse por el armario—. ¡Basta!

El murmullo se apagó de golpe.

La blanquecina capa de escarcha que se extendía por la superficie del armario se interrumpió al momento.

Allison se miró la mano, tan normal como hacía apenas unos instantes y sucumbió a la necesidad de restregársela contra la ropa.

Nada.

Todo se había detenido.

—No. Me. Jodas.

Había conseguido controlar su magia, hacer que le obedeciera.

—No he convertido mi habitación en una nevera —murmuró mirando a su alrededor—. ¡Joder! ¡No he convertido mi habitación en una nevera!

Se echó a reír e incluso bailoteó unos segundos hasta que sus ojos volvieron a encontrarse con el desastre presente en el armario.

—Aunque sí que me he cargado un vestido y parte del armario…

Hizo una mueca y golpeó la tela con los nudillos dispuesta a comprobar cómo se había convertido en una de esas prendas congeladas que a veces mostraban en los vídeos.

No estaba congelada.

La escarcha se soltó de la tela como si fuese nieve en polvo.

—Venga ya, ¿no me lo he cargado?

Descolgó la percha, que había sufrido el mismo proceso, y a medida que sacudía la prenda, se encontró con que no solo no se lo había cargado, sino que debajo de aquel polvo blanco que ahora cubría el suelo, la tela se había vuelto de un blanco azulado, con pequeños toques acristalados, como si la magia hubiese tejido su propio patrón sobre esta.

Allison resbaló la mano sobre su armario para retirar también el hielo y ya no pudo contener la mueca al ver que la madera color cerezo había perdido el color allí dónde se había instalado la escarcha.

—Bueno, vale, sería un puto milagro que las cosas hubiesen salido bien al primer intento, ¿no? —Miró de nuevo el vestido y sacudió la cabeza—. Joder, esto ya es un puto milagro de por sí.

El vestido ni siquiera estaba húmedo, la tela incluso conservaba la caída y tacto iniciales, como si tan solo hubiese sido teñido o confeccionado de nuevo.

Se miró la mano una vez más, la de su alianza tatuada y sacudió la cabeza sin saber cómo explicar lo que acababa de ocurrir.

—Es increíble… Yo… gracias.

Fue lo único que se le ocurrió decir y, como si su magia fuese un ente vivo, chisporroteó en su interior unos segundos para luego volver a esa vibrante calma con la que convivía desde el mismo instante en que Cameron compartió su caudal con ella.

«La magia está viva». Recordó lo que había mencionado Cameron. *«Es una parte de ti misma y solo necesitas asimilarla, entonces podrás disponer de ella de manera natural»*.

—Mi magia… —mencionó en voz alta, aceptando por fin algo contra lo que había estado luchando esos últimos días—. Mía.

La voz se le rompió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Entonces se echó a reír, con la humedad tiñéndole las mejillas y el pecho tan lleno de alivio que ya no podía distinguir el llanto de las risas.

Lo que había deseado durante toda su vida, aquello de lo que había carecido al nacer y que la había estigmatizado, ahora corría por sus venas, era suyo y todo gracias al *Alto Hechicero de Dublín*.

Su pareja. Su marido. El hombre que poseía, aún si no tenía la menor idea de ello, parte de su corazón.

Y el que la estrangularía como no se presentase en el ayuntamiento a la hora acordada.

by Kelly

CAPÍTULO 19

Ella olía a magia.

Cameron no sabía cómo explicarlo, pero el sutil aroma que envolvía a la mujer que dejaba una pequeña maleta a un lado y cerraba la puerta de su casa evocaba el de las campanillas de invierno.

Se dio el lujo de contemplarla a placer. El pelo corto le quedaba bien, le daba un aspecto mucho más desenfadado y si bien la gabardina que llevaba puesta parecía haber sufrido, como solía decir su cuñada, un atentado en la lavadora, dado el degrado de color que iba de un fuerte azul a un blanco apagado, esas largas y torneadas piernas eran un premio lo bastante interesante como para pasar por alto la extraña elección de vestuario de la chica.

Entonces se fijó en los zapatos. Los reconoció al momento. No es que fuese uno de sus fetiches, pero todavía le zumbaban los oídos por el grito emitido por la garganta femenina cuando el caudal de su magia decidió hacer de las suyas.

Esa era la respuesta, comprendió en el preciso instante en que se daba la vuelta y levantaba la cabeza encontrándose con su mirada.

—Cameron.

Escuchar su nombre lo distrajo de sus propios pensamientos y de la preciosa visión que tenía frente a él. Tenía que admitir que su esposa sabía cómo sorprenderle. La mujer que le miraba con esos cálidos ojos marrones y el rostro pecoso parecía recién salida de un cuento de hadas. Debajo de la decolorada gabardina, Allison vestía la escarcha. Podía sentir el rescoldo de la magia a su alrededor, reconocerla sobre los dibujos del sencillo y vaporoso vestido blanco azulado que realzaba el tono de su piel. Sin duda la gabardina había sido víctima también de lo que quiera que hubiese intentado hacer esa brujilla novata.

Después del breve escrutinio volvió a su mirada y asintió al tiempo que le cogía la mano y se la llevaba a los labios.

—Vas a ser una inagotable fuente de sorpresas para mí, ¿no es así? —murmuró besándole los nudillos—. Eres un sueño invernal en carne y hueso, Allison. Una visión encantadora.

Un ligero rubor le tiñó las mejillas.

—Gracias —respondió dejando todavía la mano en la suya al tiempo que le echaba un rápido vistazo—. Tú estás igual de imponente que siempre. Interesante corbata.

—Un regalo de Connor —aceptó llevándose los dedos libres a la pieza que su hermano le había entregado unos minutos antes de dejar la oficina—. Sin pretenderlo ha hecho que vayamos a juego. —Fuese una coincidencia o no, su corbata poseía el mismo patrón y colores que el vestido femenino—. ¿Alguna catástrofe de la que yo deba saber?

Ella hizo una pequeña mueca en respuesta y se le acercó al tiempo que bajaba el tono de voz y echaba un fugaz vistazo en dirección a la puerta situada al otro lado del rellano.

La inquilina del piso mantenía una estrecha vigilancia sobre ellos, lo había notado incluso antes de ver a su pareja abandonando su vivienda.

—Nada que un poco de pintura y tinte para la ropa puedan solucionar.

Enarcó una ceja ante la duda que escuchó en su voz, pero ella continuó.

—Y el estropicio ha merecido la pena… —añadió con una pequeña sonrisa curvándole ahora los labios—. Creo que empiezo a entender mejor el poder que corre por mis venas; mi magia.

Mi magia.

Aquel reconocimiento era un salto categórico, el primer paso para que su inexperta bruja aceptase quién era.

—Me alegra oír eso —admitió y no dudó en girarse hacia la puerta de la vecina de su esposa al escuchar el chasquido del cerrojo de la puerta—. Buenas tardes, señora Collins. —Saludó en voz alta y miró de soslayo a Allison, quién frunció el ceño al volverse en la misma dirección que miraba él—. ¿Podemos ayudarla en algo?

El golpe fue instantáneo. La mujer cerró a cal y canto por dentro, pero no se apartó de su posición de espía.

—Cuando se trata de su puerta, corre como una liebre para dejarla de nuevo en perfectas condiciones —señaló Allison—. Ya ves. Ni rastro del manchurrón de pintura que le dejé en la mirilla. Tendría que haberme parado un poco más y dibujarle una polla voladora como la que dejaron en la mía.

La mención al grafiti sobre el que había estado pintando cuando vino a verla lo llevó a mirar la pared en cuestión.

—Ya veo en qué has invertido el tiempo libre…

—Las mujeres podemos hacer más de una cosa a la vez, señor McNamara —replicó ella con palpable sarcasmo—. Me ha dado tiempo a pintar, hacer la lista de la compra y pensar en todo lo que se me ha venido encima gracias a ti sin dejar de darle al rodillo.

—Una mujer sumamente preparada.

—No lo sabes bien… —replicó, pero parecía más un comentario para sí misma que una respuesta para él ya que continuó—. ¿Pero qué haces aquí? Te dije que podía llegar solita al ayuntamiento. Lo tengo a la vuelta de la esquina.

—Fácil —respondió con sencillez—. Era venir a buscarte o esperar en el ayuntamiento con Connor revoloteando a mi alrededor. Mi hermano puede ser un poco… intenso algunas veces.

—Siempre me ha llamado la atención que seáis gemelos, porque no os parecéis.

—En realidad somos idénticos, pero mientras que él prefiere un estilo más bohemio y teñirse el pelo de todos los colores inimaginables, yo soy más conservador —explicó—. De niños era bastante difícil diferenciarnos, así que cuando empezamos la universidad, decidió decolorarse el pelo y desde ese momento fue cuesta abajo y sin frenos.

—El rebelde de la familia.

—En realidad ese sería yo —mencionó al tiempo que le tendía el brazo—. ¿Lista para convertirte legalmente en la señora de Cameron McNamara?

La manera en que lo recorrió con la mirada despertó algo en su interior, pero sin duda fue su tono de voz el que remató la jugada.

—Alguien tiene que hacer que esta locura llegue a buen puerto, ¿no? —declaró con voz suave, casi podría decir que tierna—. Me esforzaré en ser una buena navegante.

—No te costará mucho, Allison —aseguró con su habitual sinceridad—, parece que has nacido para ello.

—Supongo que eso lo comprobaremos mientras estemos en el mismo barco —sentenció, agarró el asa del troley con una mano y le apretó el brazo con la otra—. ¿Nos vamos?

—Ya me encargo yo de esto —le informó cogiendo la maleta e invitándola a pasar delante de él con un gesto de la mano—. Después de ti.

CAPÍTULO 20

Ya está.

Estaba hecho.

La alianza de oro que llevaba en el dedo, por encima del tatuaje, la proclamaba ante el mundo como una mujer casada.

Allison cerró los dedos y se cubrió una mano con la otra, notando el tacto de la banda dorada.

A pesar de que aquel solo era un trámite, que no cambiaba el hecho de que hubiese tenido ya esa condición desde el momento en que Cameron la eligió, sentía que ahora, cuando la llamase «esposa», sería algo más que una coletilla ante la que rezongar.

Allison McNamara. Desde este preciso instante, su apellido era McNamara.

Y aquella certeza le provocaba cosquillas en el estómago.

Miró a su marido, quién hablaba con el juez que había realizado la ceremonia y presentado los documentos a firmar y con Connor.

—¿Estás bien?

Allison dio un respingo y se giró hacia la voz.

Beatrice McNamara, la esposa de Connor, era una mujer encantadora. Sencilla y sin pelos en la lengua, le había caído bien desde el momento en que apareció por la empresa y se presentó como la mujer del hermano de su jefe. Había tenido la oportunidad de charlar con ella varias veces, pero sin duda habían sido estos últimos meses, en los que su marido había estado al frente de la empresa, que tuvo tiempo de tratarla con mayor profundidad e incluso compartir algunas comidas cuando se le acumulaba el trabajo.

Pero por aquel entonces ella solo había sido la secretaria de dirección y asistente de Cameron mientras que Bea era la cuñada de su jefe.

—Sí —respondió y tuvo que admitir para sí misma que así era—. Sí, sí. Estoy bien. Solo me he quedado pasmada mirando la alianza.

Su nueva cuñada sonrió y se inclinó hacia delante, cerrando la distancia entre ambas para hablarle en voz baja, como si compartiesen un secreto.

—Créeme, yo también hice eso cuando me casé con ese hombre —mencionó y señaló a su marido con un gesto de la cabeza—. Y sigo haciéndolo todos los días. A veces incluso me pellizco para confirmar que no es un sueño.

—Estoy inclinada a hacer lo mismo —admitió mirando a su propio marido—. Solo para confirmar que estoy despierta y no dentro de una rocambolesca pesadilla.

—¿Eso es para ti? ¿Una pesadilla?

Negó con la cabeza de forma automática.

—Sería mucho más sencillo si lo fuera —admitió en voz baja—, porque la alternativa empieza a gustarme demasiado.

—A él también —afirmó Bea—. Aunque no lo admitirá fácilmente.

La rotundidad de su afirmación la llevó a mirar a la mujer.

—¿Eso crees?

—Cameron no es de los que hace las cosas solo por deber, aunque sea esa la imagen que

da ante el mundo —le dijo y lo señaló con un discreto gesto—. Le han educado para ser consciente de su poder, de sus responsabilidades como *Alto Hechicero* y sabe que tiene que cumplir con su papel, pero eso no significa que lo haga, no de la manera en que muchos esperarían.

—Poner su propia vida en peligro para salirse con la suya no es una cuestión de rebeldía, es una estupidez como la copa de un pino.

—Una estupidez que, gracias a ti, se quedará para siempre en una anécdota —mencionó ella y, para su sorpresa, le cogió la mano y se la apretó—. Gracias por traerle de vuelta, Allison. Si le hubiésemos perdido… No quiero ni pensar en ello.

Le devolvió el apretón y fijó la mirada sobre el hombre al otro lado de la sala.

—No podía permitírselo —musitó—. Le advertí que yo misma lo mataría si me hacía eso…

—¿Cameron lo sabe?

—¿El qué? —Se volvió hacia ella.

—Que llevas años enamorada de él.

Escuchar aquella frase en voz alta y pronunciada por otra persona le robó el aliento.

—Yo no…

Beatrice levantó la mano y asintió.

—No te preocupes, no diré una sola palabra —aseguró y entonces los señaló—. Esos dos son tan lerdos que no se han dado cuenta de nada. De hecho, tendrás que ponérselo por escrito y en letras de neón para que *Don Hechicero* lo pille y se dé por aludido. Los McNamara pueden ser un poco cortitos en cuestiones románticas, pero te aseguro que cuando aman, lo hacen con todo lo que tienen y para siempre.

—Lo tendré en cuenta —aceptó con una pequeña sonrisa curvándole ahora los labios.

—Eres la indicada para él, ¿sabes? —continuó su cuñada sin mirarla—. Cameron no sería feliz con ninguna de esas hijas del aquelarre que mi suegra le presentaba, ellas no serían capaces de ver más allá del título o del hombre de negocios y él terminaría hastiado y amargado durante el resto de su vida. De hecho, se habría divorciado a la velocidad de la luz, estoy convencida.

Oír eso de alguien que quería a Cameron, de su propia familia, hacía que sus dudas iniciales se desvaneciesen.

—Connor está alucinado con el cambio de su hermano. Si bien es cierto que estos últimos meses no parecía él mismo, desde que se vinculó a ti es como si se hubiese despojado de esa capa de hielo con la que parecía impermeabilizarse —afirmó con rotundidad, entonces se volvió hacia ella y la miró a los ojos—. Esos dos siempre han estado muy unidos, pero últimamente su relación parecía haberse enfriado y Con ya no sabía cómo llegar a él. Mi marido sin duda te atosigará de ahora en adelante con abrazos, así que ve acostumbrándote. Es un sobón.

Se rio entre dientes ante tal advertencia, pues había podido comprobarlo ella misma nada más pusieron un pie en el ayuntamiento.

—Creo que la advertencia llega tarde.

—Lo siento. Le dije que se contuviese y que fuese civilizado, pero… —Sacudió la cabeza y dejó escapar un largo suspiro—. Te darás cuenta por ti misma que los McNamara son un poquito duros de oído.

—¿Solo un poquito?

—Que te voy a contar que no sepas ya, ¿no? —se rio y asintió—. Sé que esto es nuevo para ti, que te ha caído todo de golpe encima y entenderé perfectamente si prefieres tomarte tu tiempo, pero quiero que sepas que si necesitas algo, lo que sea, estaré ahí para ti. Desde ahora eres parte del clan McNamara y eso te hace mi hermana bruja.

Una hermana bruja.

Aquel era sin duda uno de los mayores regalos que les otorgaba su comunidad.

Uno del que ella siempre había carecido.

—No soy, lo que se dice, una bruja muy apta…

La chica hizo un aspaviento con la mano ante sus palabras.

—Minucias…

—Me conecté a una línea telúrica sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo y acabé congelando el suelo de los *Acantilados de Moher* —admitió con una mueca—. Si eso no es una prueba del desastre que soy…

—Eres la bruja que eligió mi hermano, Allison. Hayas tenido o no magia antes de eso, se te de mejor o peor la hechicería, a él no le importa y a nosotros tampoco —sentenció con firmeza.

—Me congelé mi propio pelo —señaló la corta melena que llevaba ahora—, y las cosas podrían haber sido mucho peores si él no hubiese estado allí…

—Es tu pareja y tu marido. Es su deber estar a tu lado y ayudarte en cada paso del proceso —resumió con sencillez—. Después de lo que hiciste por él, tendría que estar besando el suelo por el que pisas.

—Mejor no…

—Y por eso eres perfecta para él —aseguró con una amplia sonrisa—. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario. Eres nuestra hermana, una McNamara.

—Espero estar a la altura.

—Ya lo estás, créeme —concluyó, entonces echó un nuevo vistazo a los hombres, quienes estrechaban las manos con el juez antes de volverse hacia ellas.

Cameron asintió a alguna cosa que le decía su hermano, pero tenía la mirada fija en ella y la intensidad que había en esos ojos verdes le provocó un inmediato escalofrío de placer.

Era una mirada posesiva, de reclamo y pertenencia, como si estuviese contemplando

aquello que deseaba para sí y que al fin tenía entre sus manos.

Y ella era la responsable de poner semejante mirada en sus ojos, algo que la calentó por dentro e hizo que se le encogieran los dedos de los pies dentro de los zapatos.

Allison se lamió los labios, de repente sentía de nuevo ese hormigueo en sus venas, su magia despertando ante las emociones más candentes y esa sensación no hizo más que acrecentarse cuando, sin mediar palabra, él la atrajo hacia sí para besarla sin contemplaciones.

No se contuvo un ápice, atravesó la línea de sus labios con la lengua y la saboreó sin importarle quién estuviese delante o mirando. Ella solo pudo responder y convertirse en gelatina entre sus brazos.

—Esposa…

—Marido…

—¿Una habitación de hotel, muchachos?

El sarcástico comentario de Connor hizo que pusiese los ojos en blanco un segundo antes de volverse hacia él.

—Solo si planeas quedarte en la ciudad.

—¿Tú no? —La burla bailaba en su voz.

—No preguntes algo que ya sabes —replicó y pasó la mirada sobre su cuñada—. Connor se quedará al frente de la empresa durante unos días.

—Estoy al tanto —asintió la mujer, quién se pegó a su marido cuando este la rodeó con el brazo—. Este es vuestro momento, disfrutad de él y no dejéis que nadie os toque las narices. Ya tendréis tiempo después para lidiar con los estirados del patriarcado.

—¿El patriarcado? —preguntó mirando a Cameron.

Cameron se giró hacia ella y asintió.

—Es tradición que el Alto Hechicero presente a su pareja ante los cabeza de familia del aquelarre al que pertenece —le informó—. Una de las muchas tradiciones que empiezan a quedarse obsoletas con el paso de los años.

—Tienes suerte de que no te pidan que hagas una ofrenda o entregues a una virgen en sacrificio —mencionó Connor.

—Algunas personas se quedan atascadas en el pasado —admitió—, no son capaces de avanzar con el resto del mundo.

—Esa sería nuestra abuela.

—Esa sería la mitad de la población mundial —le corrigió su mujer—, pero tengo que admitir que Erin sería la abanderada perfecta.

—La viste en la empresa el pasado viernes.

Asintió al comentario de su marido.

—Sí. Es difícil pasar por alto la presencia de una mujer tan formidable.

—Esa mujer formidable es la que ha exigido que presente a mi compañera, sea quien sea, ante el *coven* y ha sido tan magnánima como para concederme un mes para hacerlo. —Su voz era puro sarcasmo.

—Ha sido la matriarca de los McNamara durante demasiado tiempo —añadió Connor—. Está acostumbrada a que se hagan las cosas según su voluntad, pero olvida que el tiempo pasa y que ni Cam ni yo somos ya unos niños y tenemos nuestras propias vidas.

La mujer era una de las matriarcas del coven, una dama con influencia que representaba a una de las primeras familias, la misma en la que había nacido un *Alto Hechicero.* Erin McNamara era una bruja poderosa, pero su poder no era suficiente para superar al de su nieto más joven, el que había heredado el caudal primigenio y que por ende se convertiría en el nuevo cabeza de familia. Así era como funcionaban las unidades familiares de los brujos.

Habiendo sido testigo de la llegada de la matriarca a la oficina de su entonces jefe y la forma en la que le fue directa a la yugular, no le sorprendía lo más mínimo el tono de voz de su marido.

—Imagino que tu respuesta no fue de su agrado.

Cameron bufó.

—Si el aquelarre tiene interés en conocerte, lo solicitarán de la manera correcta —replicó y no tardó en añadir—. Y si llegamos a recibir esa invitación, bien… Tendrás carta blanca para decidir si quieres asistir o no.

Sintió un escalofrío ante la idea de presentarse ante los cabezas de las familias más poderosas del aquelarre irlandés.

Ella no era un objeto, ni un animalillo extraño que pudiesen estudiar a fin de concederle una aprobación que nunca estuvieron interesados en ofrecerle hasta ahora.

Si en todo este tiempo el coven no se había interesado en ella de ninguna manera, ahora no iba a empezar a hacerlo; se negaba a brindarles siquiera tal oportunidad.

—El patriarcado puede irse al infierno por lo que me a mí respecta. —Las palabras salieron solas de su boca, pero parecieron ser la respuesta correcta para todos los presentes.

—Me gusta esta mujer.

—Y a mí —aseguró Cameron encontrándose una vez más con sus ojos.

—Ya somos tres —añadió Bea con una amplia sonrisa curvándole los labios—. No me equivoqué contigo ni una pizca.

Allison le devolvió la sonrisa.

—Bueno, ¿qué os parece si nos vamos al *The Temple Bar* a celebrarlo? —sugirió Connor —. No todos los días se casa mi hermano pequeño.

El aludido puso los ojos en blanco y resopló, pero la miró en busca de una respuesta.

—¿Quieres celebrarlo?

—Es nuestra boda, ¿no? —le recordó señalando con un gesto a su alrededor—. No me importaría brindar con una Guinness por ello.

—Un brindis entonces, esposa —admitió y se inclinó sobre ella para decirle al oído—, y después tú y yo tendremos nuestra propia celebración.

Ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Lo prometes?

—Palabra de McNamara.

CAPÍTULO 21

Nunca un anillo le produjo tanta paz.

Cameron asintió al comentario de su cuñada mientras le daba un trago a la *Guinness*.

Habían decidido quedarse en el mítico *The Temple Bar*, sentados alrededor de una de las pequeñas mesas de la fachada roja del edificio. Mientras él y Connor ocupaban los bancos fijados a la pared, sus respectivas esposas preferían ocupar los altos taburetes.

A esas horas los pubs de Dublín estaban completamente atestados de gente, locales y turistas, pero sobre todo con la población estudiantil que asistía al *Trinity College*.

Situado en una esquina de la calle, usando las aceras como terraza, los clientes se entretenían viendo transitar a la gente que poco a poco se aglomeraría en este y en los distintos locales aledaños.

Se fijó en la banda de oro que cubría parcialmente el diseño tatuado en su piel mientras devolvía el vaso a la mesa. No era más que un símbolo externo de algo mucho más profundo para un brujo, pero le estaba aportando una tranquilidad de la que no se dio cuenta que carecía.

Deslizó la mirada sobre la mujer sentada a su lado; su esposa también ante la ley. Por primera vez en toda la tarde la veía tranquila, relajada, participando de la conversación como una más. Su familia la había acogido con los brazos abiertos, tratándola como a un miembro más de esta pequeña unidad y brindándole la aceptación que estaba convencido tardaría en obtener por parte de otros McNamara.

No dudaba que su padre o su abuelo la aceptasen sin reparos, ambos hombres poseían una filosofía de vida mucho más abierta que sus respectivas esposas. Eran ellas, Erin y Deidre quienes tenían todas las papeletas para convertir un primer encuentro en una auténtica pesadilla.

—¿Ocurre algo?

Se dio cuenta de que se le había quedado mirando sin decir una palabra, lo que suscitó su interés. Las pecas de su rostro se habían oscurecido por el frío haciendo más evidente esa salpicadura canela sobre una piel mucho más blanca.

Era bonita. Quizá no del tipo de mujer que causaba impacto a primera vista, pero cuanto más la miraba, cuanto más tiempo pasaba a su alrededor, más le gustaba.

—¿Cameron? —Escucharla pronunciar su nombre seguía siendo extraño, pero también agradable. Sobre todo cuando lo hacía de esa manera.

—Lo siento, tenía la cabeza en otra parte.

—Pues devuélvela aquí y a ella —señaló Connor con su propia cerveza en la mano—. Nosotros podemos sobrevivir sin tu atención…

—Me consta que así es —replicó con ironía y sacudió la cabeza.

—Si te estás arrepintiendo de esto, es un poquito tarde —mencionó ella levantando su propia mano en la que lucía la alianza de bodas—. Ahora eres mi *marido*. Hasta que la muerte nos separe o lo haga el divorcio.

Miró el vaso de cerveza vacío y enarcó una ceja.

—No está en mis planes pedir el divorcio cuando todavía no he tenido tiempo para disfrutar del matrimonio y sus beneficios, *esposa* —le aseguró—. Y no, no me estoy arrepintiendo, de hecho, me siento aliviado al haberte atado a mí también de esta manera.

—Hay que ver lo romántico que puedes llegar a ser, Cam —chasqueó su cuñada.

—Pues estoy con él —concordó Connor—. No hay mayor alivio que ver que la mujer que te está destinada, está vinculada a ti hasta el fin de los días.

—Como puedes ver, los hermanos McNamara no son precisamente conocidos por su vena romántica —le dijo Beatrice a Allison.

—Empiezo a darme cuenta de ello, sí —admitió su esposa devolviéndole la mirada—. Posesividad 1, romanticismo 0.

—Me esforzaré por igualar el marcador… un día de estos.

—Te tomo la palabra.

—¿Lo ves, amor? Ya es una McNamara.

Ambos se volvieron a mirar a su hermano, quién se había apoyado contra la pared y sonreía como si fuese el gato que se había comido al canario.

—Al viejo le va a encantar nada más conocerla, Cam, estoy convencido.

—¿El viejo?

—Dugan Oscar McNamara, el único que tiene los huevos de aguantar a nuestra madre.

—¿Perdona? ¿Y qué llevo haciendo yo todos estos años? —preguntó Beatrice entre ofendida y divertida.

—Hacerme la vida más interesante, amor, hacerme la vida más interesante.

—Mi madre es una auténtica zorra. —Cameron no se anduvo por las ramas. No iba a edulcorar la realidad para hacerla más apetecible a ojos de su esposa, así que habló con total sinceridad—. Es una mujer formidable a la que le gusta demasiado el poder. Está acostumbrada a que las cosas se hagan según ciertas normas, es un ave de sociedad y da prioridad a las apariencias por encima de todo lo demás. Ella fue la que organizó la fiesta del aquelarre, esperaba que yo eligiese a mi esposa entre las hijas del aquelarre solteras pertenecientes a las primeras familias. Y el que me vinculase con una completa desconocida echó por tierra la vida

que tenía en mente para mí.

—Como la jugada le salió mal conmigo, la tomó con Cam… —añadió Connor, su tono de voz se volvió más seria en este punto—, y el imbécil de mi hermano optó por desafiarla hasta el punto de poner en riesgo su propia vida.

—Connor… —Una suave advertencia de su mujer hizo que el hombre asintiese y se relajase.

—Lo que Cameron quiere decir es que no esperes una cálida bienvenida por parte de las matriarcas del clan, Allie —concluyó su hermano con un ligero encogimiento de hombros.

—Ahora, espera achuchones y que te revuelvan el pelo, así como preguntas de lo más indiscretas de parte de su padre y su abuelo —añadió Beatrice, aligerando el incómodo momento —. Estos dos han salido a ellos, gracias al cielo.

Su esposa se limitó a mirarle.

—¿Achuchones y que te revuelvan el pelo? —Lo recorrió de la cabeza a los pies—. La imaginación no me da para tanto contigo.

Connor estalló en carcajadas ante la rotunda afirmación.

—Cam no heredó esa faceta de la familia —afirmó su gemelo entre risas—. En ese aspecto es más comedido.

—Solo porque no voy por ahí abrazando y estrujando a todo el que se me pone a tiro como haces tú —repuso y lo miró de manera fulminante.

—No, es verdad. Tú solo mimas de esa manera a las mujeres de la familia que te caen bien y a las que quieres. —Señaló a su propia mujer, quién intentaba contener la risa, para luego indicar a Allison—. Y mira por dónde, ahora tienes una propia a la que poder mimar como se merece.

Ladeó la cabeza y se encontró con la mirada contemplativa de su esposa, quién parpadeó rápidamente, cómo si la hubiese cogido en un momento de reflexión.

—¿Y qué hay de tu familia, Allie? —Se interesó Beatrice con total naturalidad—. ¿Tienes hermanos o hermanas?

Sacudió la cabeza en una negativa.

—No, yo soy hija única —admitió y se encogió de hombros de una manera sutil—. Después de mi nacimiento y con todas las dificultades que tuvieron con mi peculiaridad, decidieron que con un solo vástago tenían suficiente.

Cameron sintió a través de su vínculo todo lo que no salió a relucir en la voz de la chica.

—Mis padres viven en Limerick —continuó con más ligereza—. Brian y Arlene Reid. Mi padre es norteamericano, mi madre irlandesa hasta la médula. Ambos son brujos, con generaciones y generaciones de brujos a sus espaldas. Yo fui la excepción… Ni una gota de magia corriendo por mis venas, hasta que Cameron compartió su caudal y ahora puedo hacer

cosas como… Congelar mi propia ropa y el armario en el proceso.

—¿El vestido? —Señaló Beatrice abriendo los ojos como platos.

Ella asintió al tiempo que las mejillas se enrojecían.

—No quieras saber cómo terminó mi armario… y el contenido de este. —Resbaló la mano sobre la gabardina—. En otra vida fue azul.

—¿Una tejedora? —Connor susurró la palabra al tiempo que buscaba con su mirada—. Ese no es un don de los McNamara.

—No, no lo es —negó y volvió a mirar a la chica para responder a la pregunta que bailaba en sus ojos—. El hielo es parte de mi legado, pero tanto tu magia emocional como lo que has hecho con la ropa tiene que venir de tus ancestros. En algún punto de tu árbol genealógico debía haber una tejedora.

—Hasta dónde yo sé, la magia de mis padres, de los dos, tiene base natural. Tierra y agua —comentó y no dudó en hacer una mueca al añadir—. Pero ninguno de los dos tiene vocación de sastre. Ninguno sabe enhebrar una triste aguja, la verdad.

—Pues parece que tú sí.

—En realidad me limité a meterlo en el congelador —chasqueó con cierto toque de humor —. Escarcha por todos lados. Mi fondo de armario nunca fue tan blanco como ahora.

—No has hecho más que dar los primeros pasos. Estás empezando a asimilar tus dones y llevará tiempo saber hasta dónde puedes llegar y cuáles son tus dones primarios —le aseguró—. Sean cuales sean, aparecerán antes o después y se asentarán de modo que puedas usarlos a voluntad.

—¿Y saben ya sobre este feliz acontecimiento? —preguntó Connor abarcándolos a todos.

Una vez más notó la agitación de su esposa a través del vínculo que los unía, su magia reaccionando a los golpes de emoción.

—Saben que soy la bruja del *Alto Hechicero* de Dublín —respondió eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Les hice una videollamada para ponerles al tanto de lo ocurrido antes de que lo supiesen por terceras personas. Mi madre se quedó muda, algo poco habitual en ella. Mi padre pensó que les estaba tomando el pelo, hasta que vio que no me reía lo más mínimo. —Dejó escapar un largo resoplido—. Poco después de eso, colgué. Creo que siguen en shock ya que no me han devuelto la llamada ni se han presentado ante mi puerta.

Los ojos marrones se cruzaron con los suyos y le sostuvo la mirada unos segundos.

—Les debemos una visita —afirmó—. Debería de haber hablado con ellos desde el principio, pero dada la forma en que se han producido las cosas, lo haremos en los próximos días.

—¿Quieres ver a mis padres?

—Son mis suegros, ¿no? —replicó no sin algo de ironía—. Los padres de mi esposa. Dado

que he reclamado a su hija, lo mínimo que puedo hacer es presentarme y conocerles.

—Se van a caer de espaldas —creyó oír que farfullaba.

—¿Disculpa?

Allison sacudió la cabeza y se apresuró a decir.

—Hablaré con ellos y les diré que les haremos una visita… un día de estos —le informó, entonces volvió a mascullar por lo bajo—. Y que el cielo nos coja confesados.

Antes de que pudiese pedirle una explicación, su hermano preguntó:

—¿Y bien? ¿A dónde os iréis de viaje de novios?

—A dónde nadie nos moleste —sentenció sin dejar de mirarla.

—Al fin alguien inteligente —canturreó su cuñada.

—¿Y eso sería? —Había verdadera curiosidad en los ojos de su esposa.

—Lo verás cuando lleguemos, lo cual preferiría que hiciésemos mientras todavía hay luz —declaró, cogió la *Guinness* y se bebió el resto de la consumición—. Es hora de que nos pongamos en marcha.

—No os entretendremos más tiempo —concedió Connor terminándose también su consumición—. Disfrutad de las próximas dos semanas.

Bea abandonó el taburete y engulló a Allison en un abrazo.

—Espero que podamos volver a quedar a la vuelta, Allie —la escuchó—. Me encantaría pasar tiempo contigo y charlar.

—A mí también —aceptó su esposa y a juzgar por su tono lo decía de verdad—. Tenemos que vernos.

—Dalo por hecho —asintió su cuñada, dando un paso atrás para dejarle paso a su marido, el cual no dudó en engullir a la chica en un inesperado abrazo.

—Te veo a la vuelta, hermanita —la besó fugazmente en los labios, cogiéndola totalmente por sorpresa y se volvió hacia él con un guiño—. Me encantará tenerla en casa.

—Estoy seguro de que sí —replicó irónico, pero abrazó a su hermano—. Te veo a la vuelta.

—Más te vale —se burló Connor, pero asintió con la cabeza, sabiendo lo que le quería decir—. No te preocupes por nada, nosotros mantendremos el fuerte.

Tras la efusiva despedida, rodeó la cintura de su esposa con el brazo y la condujo por una de las calles laterales que salían directamente al río.

La tarde empezaba a decaer, las farolas que flanqueaban ambos lados del río ya estaban encendidas alejando la noche que en aquella época del año llegaba con rapidez. Abandonaron la atestada acera llena de estudiantes disfrutando de las terrazas y optaron por seguir por el lado del río.

—¿Siempre ha sido así para ti?

La inesperada pregunta rompió el cómodo silencio que se había instalado entre ellos.

—¿El qué?

Volvió la cabeza para mirarle.

—El tener que hacer esto o aquello por los dictámenes del aquelarre —concretó—. Por ser quién eres.

—Al coven siempre se le ha dado bien mantener la ilusión de que ejercen un poder absoluto sobre la comunidad y el tener un *Alto Hechicero* entre sus filas les da cierto estatus —contestó sin más—. Al mismo tiempo, son muy conscientes de que el poder que corre por las venas de un *Alto Hechicero* es muy superior al del más experimentado de sus patriarcas, por lo que se cubren las espalda atándonos a un sinfín de responsabilidades que esperan cumplamos a rajatabla. —Se encogió de hombros—. Un gran poder trae consigo una gran responsabilidad, eso es todo.

Ella se detuvo y se volvió hacia el río, contemplando la ciudad del otro lado.

—Estatus, pedigrí, pureza de magia… —enumeró ella en voz baja—. Sin duda son las enseñanzas favoritas de la comunidad y las únicas a las que presta atención. Para ellos o eres bruja o no lo eres. No hay punto intermedio.

—Y así ha sido para ti, ¿no?

Asintió con la cabeza, pero no le miró, siguió con la mirada perdida en el horizonte.

—Nula. Vacía. Torpe. Inepta. Incapaz… —Enumeró y su voz no podía ser más inexpresiva que en esos momentos—. Una bruja sin poder mágico, sin capacidad para encauzar o extraer una gota de energía de la naturaleza o de cualquier fuente energética. Dejaron de interesarse en mí en el momento en que me hice adulta y quedó claro que mi magia nunca se manifestaría. —Dejó escapar un resoplido y ladeó la cabeza, mirándolo de soslayo—. Y ahora soy la pareja de su *Alto Hechicero*. Lo último que harán será darme el aprobado.

—No puede importarme menos la opinión de un puñado de personas completamente ajenas a mí —afirmó de manera tajante—. Si te aprueban o no, no es relevante. Eres mi pareja, con un vínculo sellado y eso es irrefutable.

—Parece mentira que siendo quién eres no sepas cómo se las gastan —resopló.

—Lo sé muy bien, Allison, por eso no puede importarme menos su respuesta —repitió—. Esto es tan sencillo como que eres mi esposa y si no te aceptan o te ofenden, se quedan sin *Alto Hechicero.*

—¿Puedes hacer eso?

—No puedo renunciar a mi título, pues viene atado a mi sangre, pero sí que puedo abandonar el aquelarre y hacer que les dé una apoplejía en el proceso.

—Ahora entiendo por qué decías que el rebelde de la familia eras tú —admitió ella con cierto deje de sorpresa—. Te gusta llevarles la contraria.

—Empieza a convertirse en un costumbre de lo más satisfactoria —corroboró con su habitual franqueza.

Allison esbozó una pequeña sonrisa y sacudió la cabeza.

—No quiero ser la causa de una ruptura entre tu familia y el aquelarre —le dijo y dejó escapar un profundo suspiro—. Por muy tentadora que te resulte la idea, no serías tú el que pagase por ello.

Sus miradas se encontraron y ella no vaciló al continuar.

—Estoy acostumbrada a que me señalen por algo que no podía evitar, pero ahora… —Se encogió ligeramente de hombros—. Bueno, soy una bruja y tengo una pizca de magia en mi interior, ¿no?

—Algo más que una pizca, diría yo.

—Si puedo estar a la altura…

—No tienes que contentar a nadie, Allison, ni tampoco ser algo distinto a lo que ya eres…

—Pero es que ya lo soy, Cameron —declaró dándole la espalda al río y centrándose ahora en él—. Desde el momento en que me elegiste, dejé de ser la bruja nula del aquelarre para convertirme en tu pareja. Como dije en su momento, me habría gustado que me hubieses consultado primero, pero… Bueno, esto es lo que hay.

—Si lo hubiese hecho, ¿qué me habrías respondido?

—Quizá te lo diga algún día, pero hoy no —le dijo sin pensárselo dos veces.

Sonrió de soslayo y asintió de acuerdo con ella.

—Bien, ¿qué es lo que quieres hacer llegado el momento?

—Quiero ser yo la que les de la patada —zanjó con rotundidad—. Si su intención es juzgarme, les daré algo por lo que hacerlo.

Lo dicho. Esa mujer le gustaba más y más con cada hora que pasaba a su alrededor y descubría un poco más de la bruja que se escondía en su interior.

—Empiezo a pensar que he encontrado la horma de mi zapato en ti, esposa.

—Eso espero, porque está claro que tú eres la del mío.

Cameron se rio por lo bajo y asintió.

—Y ahora que ya hemos dejado claro ese punto… —comenzó él.

—¿Me dirás al fin que has hecho con mi maleta y a dónde se supone que nos vamos?

Su sonrisa se acentuó y su voz se volvió más grave al responderle.

—A dónde pueda tenerte para mí sin sufrir interrupciones de ningún tipo —aseguró acortando la distancia entre los dos y enterrando los dedos en su pelo corto—. Hay cierta tensión sexual no resuelta a la que me gustaría poner remedio.

—¿En serio?

—Muy en serio, Allie, muy en serio —confirmó cerniéndose sobre ella, deteniéndose a

pocos milímetros de sus labios—. Tan en serio que no pienso esperar ni un minuto más.

Cerró los dedos en su pelo y reclamó su boca al tiempo que la arrastraba consigo, abandonando Dublín para trasladarse al momento al lugar en que iban a pasar su luna de miel.

CAPÍTULO 22

Desde el instante en que la miró con esa intensidad, Allison supo que las concesiones se habían terminado, que el juego al que ambos habían jugado esos días había llegado a su fin.

Este hombre ante ella no era su jefe, no era el educado y paciente hechicero que la aleccionaba sobre el uso de sus nuevos dones, era su pareja.

En un abrir y cerrar de ojos se había despojado de su disfraz, dejando fuera de las puertas de la vivienda desconocida a dónde la había traído, al marido amable y formal para mostrarse tal y como era él; Cameron McNamara.

Su lenguaje corporal cambió, sus movimientos se hicieron más felinos y en su mirada podía ver ahora cada una de sus intenciones, sin matices.

El brujo que permanecía de pie ante ella, deslizando esos ojos verdes sobre cada centímetro de su cuerpo era pura sensualidad y desinhibición, un animal salvaje al que habían abierto la puerta de la jaula después de mucho tiempo encerrado.

Y estaba hambriento.

De ella.

Y a sabiendas de que admitir esto, incluso para sí misma, era una prueba más de su falta de cordura, Allison estaba deseando ser su cena.

—Entonces…¿nos saltamos la cena?

Esos apetecibles labios se curvaron un poco, sus ojos entraron en contacto con los suyos y cuando habló, su voz descendió por su espalda en un placentero escalofrío.

—A menos que tengas hambre…

Tenía hambre, sí, pero no de comida, pensó al tiempo que tragaba involuntariamente, estaba famélica de él.

—La cena puede esperar… yo no.

Cameron redujo por fin la distancia que los separaba, enjaulándola contra la encimera.

—¿Estás segura de eso, esposa?

Se lamió los labios y asintió.

—Estoy segura de que quiero al hombre que tengo delante de mí —admitió en voz alta, sabiendo que esas palabras podían interpretarse de muchas maneras—, de la manera en que él

desee tenerme.

Lo vio tomar aire, el brillo en su mirada destelló y el cosquilleo de la magia en sus venas respondió de inmediato; le respondía a él.

—No me conoces, Allie, no sabes lo que podría querer de ti.

—Y para eso estamos aquí, ¿no? —mencionó y se animó a deslizar una mano sobre su pecho—. Para conocernos y saber lo que ambos queremos, hasta dónde podemos llegar en esta inesperada unión nuestra.

Él la miró de nuevo, casi podía sentir aquella caricia de una manera física, acariciándole la piel, rozándole los pezones, bajando sobre su vientre y enterrándose entre sus piernas.

—Eres una mujer valiente…

—Algunos dirían que una insensata.

—Eso también… —admitió y esa sonrisa se hizo un poco más ladina, más perturbadora y caliente—. Pero me gusta esa insensatez tuya, es lo que te ha traído hasta mí.

—Me alegro —corroboró al tiempo que cerraba los dedos en la solapa de su chaqueta—. Y ahora, ¿vamos a seguir hablando o…?

Sus palabras se vieron interrumpidas por la entrada de la lengua masculina en su boca.

No fue un beso romántico. Ni siquiera suave o tierno, sino profundo y apasionado. Una intención carnal que anulaba cualquier posible protesta por su parte.

La dejó jadeando, temblando de la cabeza a los pies y tan inestable que acabó apoyándose en él cuando sus labios se separaron.

—Ahora… voy a follarte.

Una respuesta rotunda, sin dobles sentidos, fácilmente comprensible.

Su cuerpo reaccionó al momento, excitándose con sus palabras y la promesa que traían consigo. Ese cosquilleo en su interior también cobró intensidad, vibraba en sus venas, deslizándose con suavidad, casi con pereza hasta la punta de sus dedos.

—Mi magia… —murmuró cerrando los dedos para evitar congelar alguna catástrofe.

—Úsala. —Su voz era ronca y dura mientras tomaba una de sus manos y la posaba abierta entre sus senos—. Así. Déjala salir. Siéntela sobre ti, acariciándote como si fuesen mis manos, como si me estuviese deshaciendo de cada pedazo de tela que llevas encima.

El cosquilleo aumentó y un latido después sintió el tirón de su poder vertiéndose a través de sus dedos, extendiéndose sobre ella como la electricidad estática. Notó, más que vio, la escarcha cubriendo su piel, pero no la lastimaba, era como si la estuviese acariciando con mimo, dejando tras de sí una sensación de cosquilleante calor que le arrancó un nuevo jadeo de pura excitación.

Cerró los ojos y se entregó a ese inesperado placer. Dejó la aprensión inicial atrás y gimió ante el decadente toque de su magia acariciándole los pezones, apretó los muslos solo para sentir

como esa corriente se colaba entre ellos y resbalaba sobre su sexo arrancándole un pequeño gritito. Si no supiera que era imposible, habría jurado que había cientos de manos sobre su cuerpo, acariciándola, tocándola y arrastrándose sobre ella con absoluta lujuria.

—Abre los ojos, Allie.

La voz de Cameron en su oído le arrancó un nuevo gemido, pero obedeció su demanda. Esos ojos verdes se habían vuelto tan brillantes que parecían inundados de purpurina, sus labios contenían a duras penas una perezosa sonrisa que se hizo más y más carnal a medida que bajaba la mirada sobre ella.

Estaba completamente desnuda.

Su vestido y ropa interior formaban ahora una especie de charco de cristales de nieve a sus pies.

—Y esa ha sido la imagen más erótica que he contemplado en mucho tiempo, esposa —mencionó él con la voz incluso más ronca que antes—. Creo que te pediré más a menudo que te des placer a ti misma de esa manera…

Sintió que la cara se le encendía y su repentina desnudez, frente al hecho de que él estuviese completamente vestido, más que cohibirla la excitó aún más.

—Eso fue… extraño.

—Pero excitante, ¿no es así? —gruñó él relamiéndose como un gato—. Por dios, estás cubierta de pecas. Qué bonita.

Sus palabras le provocaron una punzada en el corazón e hicieron que se humedeciera aún más. Estaba segura de que si metía ahora la mano entre sus piernas, podría bañarse los dedos en su excitación.

—Ha sido como sentir… un montón de manos sobre mi cuerpo —admitió en un susurro.

—Y te gustó esa sensación. —No era una pregunta, eso estaba claro.

—Sí.

Algo pasó por sus ojos, pero fue demasiado rápido como para reconocer el qué.

—Bien.

Antes de que pudiese preguntarle que quería decir con eso, se encontró sentada sobre el mostrador, con las piernas abiertas y él acomodado entre ellas. Esos duros y largos dedos le ceñían las caderas mientras sus labios hacían estragos sobre los suyos y su lengua conquistaba la suya con facilidad.

Se derritió bajo su asalto. Resbaló las manos sobre sus hombros, moviéndolas hacia aquel duro cuello para enterrar los dedos en el sedoso pelo mientras le devolvía el beso, devorándole con el mismo placer con el que él la comía a ella.

Presionó los pechos contra su pecho, gimiendo ante la caricia de la tela sobre los duros y sensibles pezones, solo para hacerlo de nuevo cuando los labios se apartaron de los suyos. Él

rompió el beso y deslizó la boca sobre su cuello. Allie echó la cabeza hacia atrás, dejándole hacer, estremeciéndose ante el pellizco de sus dientes sobre su pulso y las caricias de sus manos que ascendieron para acunarle los pechos.

—Tan dulce y suave… —Escuchó su voz pesada y espesa, hizo un esfuerzo por abrir los ojos que se habían cerrado por sí solos y se encontró además con esa mirada verde brillante ahora sobre sus pechos—. Estás salpicada de pecas, incluso aquí —Le apretó los senos y acto seguido resbaló los pulgares sobre los cada vez más duros pezones—. ¿Son igual de dulces que el resto de ti?

Le habría encantado decir algo, pero las palabras parecían haberse esfumado momentáneamente de su garganta, así como de su cerebro.

—Creo que lo comprobaré por mí mismo —se respondió a sí mismo, su voz contenía ahora cierto grado de masculina diversión—. Y una vez lo haga, cuando me haya saciado de estos bonitos pezones, comprobaré si la miel que escondes entre las piernas es igual de sabrosa.

—Sí, por favor.

Ni siquiera sabía dónde había encontrado la voz, pero toda ella anhelaba sus caricias, quería sus manos y su boca sobre su cuerpo más que ninguna otra cosa.

Un primitivo gruñido emergió de la garganta masculina mientras bajaba la cabeza y su lengua acariciaba un tierno pezón antes de succionarlo en la boca. Los labios se cerraron en torno de la carne chupándola, mientras la lengua se curvaba a alrededor.

Allison dio un respingo ante el violento placer que la atravesó como una lanza. Echó la cabeza atrás y se arqueó, apoyando las manos sobre la encimera para mantener aquel precario equilibrio. Las manos de Cameron la sujetaban mientras la devoraba, su pulso se disparó haciendo chisporrotear una vez más la magia en sus venas.

Se elevó hacia él, entregándose como una ofrenda que no dudó en aceptar gustoso. Los labios abandonaron el pezón solo para apropiarse del otro y prodigarle el mismo trato, pero no por ello descuidó el recién abandonado ya que sus dedos ocuparon el lugar. El ligero apretón que ejercieron el índice y el pulgar sobre la tierna carne fue suficiente para que gimiera de placer.

—Cam. —jadeó sobrecogida por la mezcla de placer y dolor que conectó sus torturados pezones con su sexo.

Se las ingenió para llevar aire a los pulmones, le atrapó entre sus piernas, buscando acercarse más a él y calmar el latido que había despertado su sexo mientras aquellos dedos seguían trabajando en su pezón. Se estremeció con cada tirón en la ansiosa punta, la lujuria se había despertado por completo en su interior y quería más, deseaba más de él.

Necesitaba más, mucho más.

Notar la dura longitud de su miembro contra ella no hacía nada para calmar sus ansias, sino todo lo contrario. Quería sentirlo en su interior, ser llenada por él y entregarse por completo al

desenfreno de la cópula. Mientras sus atormentados pezones rogaban por más caricias, su hinchado clítoris demandaba alivio.

—Cam, por favor. —Restregó las caderas contra él, deseando que no se interpusiera la ropa entre ellos.

La mordió. Notó sus dientes al punto de soltar un gritito, pero su cuerpo no registró el dolor, sino el relámpago de placer que fue directo a su sexo.

—Oh, señor —gimió y sintió que las manos dejaban de sostenerla. Se dejó ir, apoyándose ahora en los antebrazos, dejando que su cabeza cayese del otro lado del mueble.

Si no estuviese tan obnubilada habría podido jurar que le escuchó reírse, pero no pudo pensar demasiado en ello, pues esa maliciosa boca abandonó su actual patio de juegos.

Las grandes y duras manos cayeron de nuevo sobre sus caderas, un tirón que la arrastró hacia fuera y sus muslos se abrieron para que esa codiciosa boca cayese ahora sobre su sexo con un gruñido de placer.

—Mi cena favorita —masculló él antes de volarle la cabeza con un roce de sus dedos.

Notó la presión de la almohadilla de la palma sobre su clítoris mientras los dedos encontraban la entrada a su húmedo sexo y lo rodeaban, un segundo después, sus labios cayeron sobre ella, amamantándose de su carne y empapándose del calor líquido que fluía de ella.

Allie escuchó sus propios gritos resonando en la habitación a su alrededor sin poder hacer nada para sofocarlos. La boca masculina la devoraba, acicateando el fuego creciente en su sexo que amenazaba con consumirla. La mantenía abierta para su propio disfrute, la devoraba con hambre, gruñendo y gimiendo por el placer que extraía de aquel íntimo acto.

Su apetito era voraz. La lamió, la acarició con un conocimiento y experiencia que la hacían jadear y contorsionarse debajo de él. Los golpecitos que empezó a prodigarle al clítoris le arrancaron el aire de los pulmones e hicieron que arquease las caderas contra él. Los dedos tampoco estaban quietos. Mientras uno rodeaba la sensible abertura de su coño, abriéndola para su inquieta lengua, haciéndola chillar sin remedio, otro resbalaba más allá de su sexo, acariciando la pequeña roseta de su ano.

—Podría beber de ti toda la noche… —Su voz era un gruñido ronco que reverberó contra su tierna carne. Un segundo después su lengua se hundió en la apretada entrada, follándola como quería que lo hiciera su polla, con lametones que la dejaban sin aliento y le volaban el cerebro.

Ese hombre no hacía prisioneros.

Estaba dispuesto a torturarla hasta que se rindiera y pidiese clemencia e incluso así empezaba a dudar de que se detuviese. Las manos de Cameron no estaban más quietas que su propia lengua. Las sentía sobre los muslos, acariciándola con suavidad, el pulgar raspándole el clítoris y enviando agudas sensaciones que amenazaban con hacerla estallar y ese travieso dedo en su culo prometía no estarse quieto durante mucho tiempo más.

—Cam, por favor… —Se retorció bajo él. Estaba desesperada, el placer era tan intenso y arrollador que si no se corría ya mismo se desmayaría—. No puedo… no puedo soportarlo más…

Se arqueó bajo él, acercando más el sexo a su boca, lloriqueando cuando el travieso dedo empujó en la hendidura de su trasero, lubricándolo con sus propios jugos, adentrándose en un terreno que debería haberle provocado taquicardias y que sin embargo solo conseguía excitarla todavía más.

La boca masculina se hizo más voraz, sus dedos se hundieron sin piedad en su mojado y ansioso coño, presionando también en su trasero.

—Cameron, por lo que más quieras… —Lloriqueó al sentir como se adentraba un poco más en su culo, entrando y saliendo de ella con premeditada lentitud mientras su boca cubría ahora su clítoris y los dedos resbalan ahora en la entrada de su sexo—. Oh, señor…

Era demasiado. Demasiadas sensaciones, demasiado placer, todo ello entremezclado con el creciente cosquilleo de su propia magia, que parecía dispuesta a envolverla y tocar cada una de sus terminaciones nerviosas para darle lo que quería con tanta desesperación.

—Córrete para mí, Allie —gruñó él, retirando el dedo en su culo solo para volver a deslizarlo en su interior y empezar a follarla allí, mientras su boca y su lengua torturaban su clítoris una vez más.

No podía más, estaba a punto de caer por el borde del precipicio, el murmullo en sus venas se había convertido en un intenso zumbido dispuesto a echar la maldita casa abajo. Se dejó ir, sucumbió al placer más ardiente que había sentido en su vida, se entregó por completo a él y cuando el orgasmo al fin la sobrevino, chilló hasta quedarse afónica.

El mundo se hizo pedazos a su alrededor, de repente estaba en el centro de un caleidoscopio de colores y luces brillantes, rodeada de un intenso calor y frío que se ceñían a su piel como si les perteneciese. Se bañó en esa sensación, la disfrutó y paladeó como propia y tan solo se permitió dejarla ir cuando el murmullo de su voz penetró en sus oídos.

—¿Allie? ¿Sigues conmigo, esposa?

—Pregúntamelo… cuando… recupere… el aliento… ¿vale?

Le escuchó resoplar o eso le pareció, entonces el mundo se movió a su alrededor, solo que no era el mundo, era ella.

—En ese caso, supongo que te lo preguntaré por la mañana —escuchó su voz gruesa y caliente en el oído y un segundo después, notó algo blando bajo su espalda.

Abrió los ojos de golpe y se encontró con la mirada verde brillante de su hechicero, cuyo rostro poseía una expresión de pura satisfacción.

—Nuestra cama —le informó él, leyendo su pregunta—. Mañana te daré un tour por la

casa, pero ahora mismo, pretendo seguir dónde lo dejamos…

Allison gimió tan pronto como sus bocas se encontraron, recibió su lengua y se probó a sí misma en ella, lo cual encontró tremendamente erótico.

—Pero antes… —Él rompió el beso y dio un paso atrás, bajando de la cama para quitarse la chaqueta y desatarse la corbata que ni siquiera se dio cuenta de que seguía llevando puesta—. Si no quieres cargarte toda la ropa, lo mejor es aprender a deshacerla y volver a crearla de nuevo tal y como estaba.

Y eso fue lo que hizo.

Cada una de las prendas abandonó su cuerpo como si se deshiciesen en pequeños hilos y acto seguido volvieron a tejerse, rearmándose y quedando en el suelo en un montón. Los zapatos fue lo único que se quitó a la manera mundana, pero eso quedó en un segundo plano tan pronto como vio al hombre que tenía ante ella completamente desnudo.

Ni el más caliente de sus sueños habría podido retratar a Cameron con semejante perfección.

CAPÍTULO 23

Si vestido hacía que se le cayese la baba y tuviese problemas para crear pensamientos coherentes, desnudo le había frito el cerebro. Tenía un cuerpo esculpido a base de trabajo, pero no tanto como para haberse machacado sin descanso en el gimnasio. Su piel era de un suave tono canela, un poco más clara en las zonas en las que no le daría el sol a menos que hiciera topless, lo que significaba que debía de haberse bronceado este verano. Al contrario que ella estaba libre de pecas, pero tenía algún que otro interesante lunar o grupo de ellos que le llamaron la atención.

Siguió el rastrojo de vello que le salpicaba el pecho y bajaba desde su ombligo hasta la hinchada punta del erecto miembro.

Si no se le hubiese secado la boca ya al verlo, lo habría hecho a la vista del tamaño de su polla.

Tembló de anticipación y hambre.

Quería ponerle las manos encima.

Y la boca.

Se lamió los labios pensando en su sabor, en recorrer la lengua sobre esa caliente longitud y se sorprendió por la lujuria que despertó en ella, humedeciéndola una vez más, haciendo que el poder que albergaba en su interior volviese a murmurar en silencioso acuerdo.

¿Cuándo se había vuelto tan lasciva? ¿Cuándo había sido tan desinhibida?

Si bien nunca fue del tipo mojigato en el sexo y le gustaba experimentar, solía ser un poco más comedida, incluso conservadora, pero era incapaz de encontrar una sola pizca de reticencia con él.

Y el universo sabía que esto no tenía nada que ver con los sueños que había tenido con él a lo largo de los años, esos palidecían ante la realidad que acababa de experimentar.

Una lenta sonrisa curvó la boca masculina un segundo antes de verlo envolver la mano alrededor de su propio miembro en una lánguida caricia que le arrancó un jadeo.

—La horma de mi zapato, nada más y nada menos… —le escuchó mascullar antes de apartar la mano y caminar hacia la cama. Un segundo después estaba sobre ella, tomando sus labios, hundiendo la lengua en su boca para arrancarle el poco raciocinio que le quedaba con un

húmedo beso—. Si vuelves a mirarme de ese modo, acabarás con mi polla en la boca.

Su amenaza la hizo reír contra sus labios. Resbaló las manos sobre su cuerpo, notando ahora cada músculo, el calor que emanaba su piel y la dureza de cada plano bajo las yemas de los dedos.

—A riesgo de sonar atrevida, diré que eso me gustaría… y mucho.

Él se apartó lo justo para mirarla a la cara, como si estuviese examinando sus palabras y la veracidad de estas.

—No dejo de sorprenderme contigo.

—¿Y eso es bueno?

—Es… interesante —admitió resbalando la mano entre sus cuerpos, acariciándole los pechos y el vientre para finalmente capturarle los dedos y llevarlos sobre su dura polla—. Y creo que puede volverse más interesante aún, ¿verdad?

Allie cerró la mano en torno a él y sintió como respingaba, escuchó el contenido gruñido y sonrió para sí.

—Déjame ver qué puedo hacer… —asintió sin dejar de mirarle, deslizando los dedos sobre el duro miembro, maravillándose con su calidez y textura. Era incapaz de abarcarlo por completo, lo cual la puso incluso más caliente.

Un segundo después habían intercambiado lugares; él de espaldas sobre el colchón y ella encima de él, a horcajadas sobre sus caderas, bajando la boca sobre los planos pezones masculinos que atrajeron su atención.

Degustó la salobridad de su piel, rodeó uno de los botones con la lengua y ejerció una pequeña presión con los dedos sobre el otro. El duro gemido que surgió de la boca de su marido la hizo sentirse poderosa, así que lo succionó, mordisqueándolo de la misma manera en que él lo había hecho con ella.

—Bruja perversa… —lo escuchó mascullar, pero había risa en su voz.

Ella rio contra su carne, dejó un pezón y pasó al otro, jugando con sus dedos, notando la dureza de su polla contra su estómago y cediendo a la necesidad de envolver de nuevo los dedos a su alrededor.

Tiró de la plana protuberancia entre sus dientes al tiempo que cerraba los dedos ahora sobre la punta de su miembro, rozando la hendidura con el pulgar, lo que provocó un espasmo en el cuerpo bajo ella y un gruñido puramente sexual en su amante.

—Tu boca… —gruñó él con voz profunda, tan oscura que le provocó un escalofrío, al tiempo que enterraba los dedos en su pelo y la empujaba hacia abajo—. En mi polla. Ahora.

Ignoró el tirón en el pelo y se rio, dejándose hacer al tiempo que dejaba tras de sí una húmeda huella sobre la piel masculina con su lengua.

—Eres un mandón… —canturreó.

—No te haces una idea… —gruñó él soltando su pelo, solo para llevarse el brazo detrás de la cabeza y mirarla en esa posición—. Hazlo, Allie. Te compensaré por ello.

Sí. Lo haría.

Cameron no era de los que hablaban por hablar y estaba segura de que en el sexo iba muy, pero que muy en serio.

Bajó la mirada. El duro miembro se alzaba sobre el abdomen, pulsando como si tuviese vida propia, con una gota de semen rezumando ya de la punta.

—Te tomo la palabra, *esposo*.

Notó el cambio en su interior, una caricia íntima a través del vínculo que ambos compartían a la que siguió una inesperada ola de lujuria que la dejó jadeando.

Levantó rápidamente la cabeza y se encontró con su mirada verde y una profunda satisfacción bailando en ella.

Con que esas tenemos, ¿eh?

Se inclinó sobre la erecta polla, abrió los labios y deslizó la lengua sobre la abultada cabeza para probarlo. El gemido que emergió de la garganta de él fue el mejor de los premios. Deslizó los dedos bajo la cresta, acariciando su longitud y explorando curiosa cada cambio de las abultadas venas hasta la áspera bolsa. Rodeó la base de la polla y resbaló los dedos hacia arriba, apretándole con suavidad la punta y se la metió en la boca.

—¡Joder!

Sonrió contra la dura carne cuando él empujó las caderas de manera involuntaria hacia arriba, hundiendo su miembro un poco más.

Allison lo succionó como si fuese un delicioso caramelo, se llenó la boca con el intenso sabor y aspiró el aroma sexual que lo envolvía. Movió la lengua contra la dura longitud, acariciándolo al mismo tiempo con los dedos, sujetándolo para poder bajar un poco más, llevándoselo más hondo, para luego retroceder hasta salir por completo.

—Eso es… no pares…

El sonido de su voz era ronco y erótico, hacía que se le pusieran los pezones todavía más duros y su sexo palpitase de nuevo demandando atención.

Se amamantó de él, chupándolo, mordisqueando la punta y haciéndolo estremecer, solo para volver a alojarlo lo más profundo que podía y retirarse de nuevo. Lo folló con la boca de la misma manera en que él se lo había hecho a ella, enredó los dedos en la bolsa testicular y se la apretó con suavidad, notando la dureza bajo la piel y ganándose en el proceso un torrente de insultos que bien sabía no iban dirigidos a ella.

Estaba hambrienta de él, disfrutaba con esa polla llenándole la boca, su sabor la excitaba y hacía que todo su interior crepitase. Su magia canturreaba y podía escucharla en su mente, la sentía corriendo por sus venas, acariciándola como en el instante en que se deshizo de su propia

ropa.

—Cristo, Allie. Sigue. No pares ahora.

Sus palabras traspasaron el murmullo y la enfocaron de nuevo en la tarea.

Sonriendo para sí, dejó que la longitud resbalase fuera de su boca, cambió de posición y se inclinó de modo que sus pechos quedasen a la altura de la hambrienta polla. La acunó entre ellos y empezó a masajearla, bajando de nuevo para succionar la punta mientras lo masturbaba.

—Bruja malvada… —Gruñó él, quién se había apoyado sobre los codos y se había incorporado para verla follarle la polla entre los pechos—. La próxima vez te las follaré yo…

La amenaza la hizo reír, pero también la puso caliente, tanto que deslizó los dedos a sus propios pezones y se los apretó mientras seguía succionándole, chupándolo con un hambre desconocida y que no se saciaría hasta que se corriese en su garganta.

—¡Allison!

Cameron gruñó su nombre y elevó las caderas, hundiéndose en ella, sacudiéndose entre temblores mientras descargaba su semen obligándola a tragar deprisa.

Y lo hizo, bebió de él hasta la última gota.

—Hija de la gran… —jadeó él dejándose caer sobre el colchón.

Trepó sobre su cuerpo y se dejó caer sobre él, encontrándose con su mirada y los labios entreabiertos.

—¿Te ha gustado?

Él gruñó.

—Ahora quiero follarte las tetas —rezongó él, como si le hubiese abierto las puertas del conocimiento sexual supremo—. Me ha gustado tanto que quiero follarte las putas tetas.

—Eres puro romanticismo, Cameron McNamara —se rio abiertamente.

—Y tú lujuria embotellada, Allison McNamara —replicó él envolviendo los brazos a su alrededor y cambiando de un solo movimiento la posición de ambos sobre la cama.

—Lo creas o no, solo contigo —admitió y era verdad, una confesión inesperada.

—Un regalo de bodas perfecto, *cariño* —escucharle llamarla de esa manera le entibió el corazón—, ahora permíteme que te dé el tuyo.

Allison contuvo el aliento y se aferró a sus hombros en el mismo instante en que le separó las piernas y empujó la todavía dura polla contra la entrada de su sexo.

Sus ojos se encontraron y se mantuvieron conectados mientras empujaba a cámara lenta, estirándola con su verga y enloqueciéndola hasta que estuvo completamente alojado en su interior. Podía sentir cada gruesa pulgada estirando sus límites, el cosquilleo arrastrándose por cada una de sus terminaciones nerviosas y el placer creciendo más y más.

—Dios, eres suave como la seda. —Su voz era gruesa, oscura y muy sensual, pero era la mirada en sus ojos la que la mantuvo cautiva, perdida en esas inmensidades esmeralda—. Tan

apretada, tan perfecta… Toda mía.

Suya.

Sí. Al fin era suya, completamente suya.

Un ahogado jadeo le escapó de entre los labios en el mismo instante en que empezó a retroceder. Cruzó las piernas, clavándole los talones en el trasero, impidiéndole ir demasiado lejos.

—Cameron… —jadeó su nombre.

—Estás hecha para mí… —Una apreciación sorprendida, como si el hecho le resultase extraño y al mismo tiempo correcto—. Mi bruja.

Allison sonrió, resbaló las manos en su pelo y tiró de él hacia abajo, levantando la cabeza para salir al encuentro de sus labios y reclamar su boca con suavidad, con una ternura que contrastaba con el frenesí en el que habían caído ambos desde el momento en que cruzaron el umbral de esa casa.

—Siempre… —musitó interrumpiendo el beso y encontrándose con esos ojos verdes oscurecidos por el deseo—. Una bruja para un hechicero.

Algo destelló en su mirada, sus labios se curvaron y lo escuchó tomar aire antes de reclamar él mismo su boca y besarla con mayor ímpetu, hundiéndose al mismo tiempo que le arrancaba un gemido.

El inesperado momento de ternura dio paso a la necesidad y a la pasión.

Gimió entre sus brazos, se convirtió una vez más en esa criatura salvaje y desinhibida que había despertado en su interior. Salió al encuentro de cada una de sus embestidas, alzó las caderas para recibirle, aprisionándolo en su interior, disfrutando de la enloquecida fricción y gritando su placer sin pudor alguno.

Cambiaron de posición y se recreó en la manera en que sus cuerpos se unían, miró sin pudor como la polla entraba y salía de su coño, clavándose en ella con golpes furiosos mientras la tensión crecía en su interior y la vibrante magia en sus venas respondía al turbulento encuentro sexual.

Echó la cabeza atrás y gritó su nombre hasta quedarse afónica.

Un millar de luces estallaron detrás de sus ojos, una cálida y fresca esencia, parecida a la nieve recién caída, los envolvió cayendo sobre ellos como una fina lluvia de algodón.

—Estalla para mí una vez más, Allie —escuchó la voz ronca y jadeante de Cameron en sus oídos, su polla empujando todavía en su interior con mayor profundidad, con más ímpetu—. Córrete para mí una vez más.

Su cuerpo todavía se sacudía prisionero de la primera liberación, pero no era suficiente, quería más, necesitaba más… porque él así lo exigía, porque ese era también su deseo.

Gimió al notar como resbalaba de su coño, pero apenas tuvo tiempo de quejarse cuando se

encontró sobre las manos y las rodillas, la polla de Cameron enterrándose de nuevo en su chorreante sexo y montándola de nuevo sin piedad.

—Cam… No pares… —jadeó empujando las caderas hacia él, todo su cuerpo sacudiéndose al compás de sus empujes—. Más… Por favor, más.

—Mi brujita caliente… —lo escuchó gruñir.

Las fuertes manos se habían anclado a sus caderas, sujetándola en el lugar mientras él martilleaba en su sexo sin piedad. Dentro y fuera, con fuerza, haciéndola clavar las rodillas en el colchón y aferrar las sábanas con los dedos.

Entonces una de esas manos resbaló por su trasero, separando las mejillas de su culo hasta rozar el rosetón oculto con la yema de un dedo.

Un escalofrío de placer la invadió al momento, el murmullo que escuchaba en su interior se intensificó y con él llegó de nuevo ese calor, esa sensación de manos sobre su piel, acariciándola de manera casi superficial.

Algo la penetró, cruzando el tenso anillo de su ano, entrando un poco para retirarse al instante siguiente.

Ella jadeó, sacudió la cabeza y empujó hacia atrás facilitando la entrada de ese dedo, deseando ese contacto mientras la gruesa erección seguía llenando su coño.

—Cameron… oh, joder…

«Todo, Allie. Lo quiero todo».

La falange que invadía su culo desapareció solo para volver a empujar, más profundo, estirándola y provocándole una punzada de caliente molestia que se mezclaba con el absoluto placer que llenaba su sexo. Una y otra vez, una salía y la otra entraba, la polla y el dedo en su trasero formando un tándem perfecto que la dejaba a merced de la lujuria.

Entonces notó como se unía un segundo dedo al primero en su culo y aquello fue su perdición. Se dejó caer hacia delante, apoyando la cabeza en el colchón, sus caderas retenidas por esa mano fuerte que le impedía moverse de aquella posición, recibiendo cada empuje en su sexo, cada penetración de los intrusos dedos en su culo… Demasiado, todo aquello era demasiado.

—Cam… Cam… Cam… Cam…

No podía hacer otra cosa que balbucear su nombre, que gemirlo y lloriquear por el desgarrador placer que la estaba consumiendo.

«Ahora, Allie, córrete ahora. Dame lo que quiero».

Más duro, más profundo, más rápido… su cuerpo estalló una segunda vez, apretándolo en sus entrañas, convulsionándose alrededor de él mientras los jugos salían de su coño y le oía gritar, tensarse sobre ella y derramarse en su interior.

Cameron se retiró y se desplomó detrás de ella, respirando entre jadeos al tiempo que

recogía su cuerpo entre los brazos y la atraía hacia su pecho húmedo por el sudor.

Allison no podía ni abrir los ojos, sentía que ninguna parte de su cuerpo le respondía ya, incluso ese murmullo interior parecía haberse apagado por fin.

—La próxima vez… que follemos… —escuchó jadear a su amante—, recuérdame… que te enseñe… a contener tu entusiasmo…

Ella se encogió en sus brazos, entre avergonzada y divertida.

—¿Quién es el entusiasta aquí, *señor dame dos orgasmos*?

Sintió su pecho estremecerse y antes de darse cuenta, lo escuchó reír.

—Allie, tienes los ojos cerrados, ¿verdad?

Asintió. Estaba demasiado cansada para abrirlos.

—Sí, por qué.

—Porque si los abrieras, verías lo que has provocado, cariño mío.

Los abrió.

—Ay, dios.

Entonces volvió a cerrarlos con un gemido.

La habitación estaba envuelta en una delicada neblina de la que colgaban zarcillos de cristal, las cuales parecían ser las misma estrellitas de nieve que ahora cubrían el colchón a su alrededor y esquivaban mágicamente sus cuerpos.

—Polvos mágicos —soltó un lastimero gemido—. Lo que me faltaba.

Las carcajadas de su marido resonaron en el dormitorio durante mucho tiempo.

by Kelly

CAPÍTULO 24

—¿Vas a decirme a dónde me has traído o tengo que esperar hasta que se haga de día para hacerme una idea? —preguntó Allison entrecerrando los ojos ante la negrura que veía a través de la ventana—. No se ve ni una sola luz ahí fuera.

Cameron recorrió con la mirada a la mujer medio desnuda que movía el trasero ante la ventana del fregadero. Vestida tan solo con su camisa, pues había sido incapaz de recuperar su propia ropa, su esposa deambulaba por la cocina del *cottage* al que la había traído.

La vivienda de doble planta era un capricho que se había concedido a si mismo años atrás, un lugar en el que estar solo, sin nadie revoloteando a su alrededor. En los últimos meses también había sido un refugio. Cuando el dolor se había hecho demasiado intenso como para disimularlo, cuando su propio carácter cambió y al mirarse en el espejo no veía nada en su expresión, había recurrido a este lugar para pasar esos momentos en soledad.

Aquí no tenía que fingir estar bien, no tenía que poner buena cara o restarle importancia a su condición, en este lugar podía dejar caer la máscara y ser él mismo; tal y como acababa de serlo con su mujer.

Su esposa también era capaz.

La eficiente secretaria.

La sarcástica bruja.

La apasionada y lujuriosa amante.

Allison había respondido de buena gana a sus demandas, había igualado su pasión y se había comportado de forma deliciosamente desinhibida. Se entregó por completo y sin reservas, disfrutando del sexo con la misma intensidad que lo hacía él.

Y por dios que eso había sido de lo más liberador.

Incluso si había convertido el dormitorio en un sueño invernal mientras follaban.

—Estamos en mi casa de *GlenMacnass*, en Wicklow.

—¿Tienes una casa en el valle? —Se giró hacia él con cierta sorpresa, entonces echó un vistazo alrededor de la rústica cocina y se apoyó ahora de espaldas contra el fregadero. Sus pechos asomaban entre la uve de la camisa, los faldones de esta lo bastante largos como para que le cubriesen el desnudo pubis.

—*Tenemos* una casa en el valle —admitió. Ahora que esa mujercita era suya, sus propiedades también le pertenecían.

—Así que lo de *«dónde nadie nos moleste»* iba en serio —la escuchó murmurar mientras caminaba hacia él—. Parece acogedora… Al menos lo que he visto hasta ahora.

—Ya tendrás tiempo de ver el resto —le dijo al tiempo que la cogía de la cintura y la encaramaba en la encimera, haciéndose sitio entre sus piernas—, pero por ahora, será mejor que empiece a hacer la cena. No sé tú, brujita, pero yo tengo hambre.

Solo que su hambre actual era más de ella que de comida, pero le debía a Allie, a ambos, una cena en condiciones, aún si fuese a base de bocadillos fríos.

—No sé qué me sorprende más, que tú hagas la cena o que te hayas quedado con hambre después de comerme entera.

Esbozó una perezosa sonrisa ante su comentario y se inclinó sobre ella, resbalando una mano por debajo del muslo para atraerla hacia él y mostrarle exactamente que todavía no se había saciado. Ni siquiera la toalla con la que se había envuelto la cintura después de que ambos se diesen una rápida ducha, disimulaba ya la dura erección de su polla.

Allison tampoco llevaba bragas, lo que hacía todo mucho más erótico y excitante.

—Encuentro relajante el cocinar —admitió. Había descubierto que lo relajaba y le ayudaba a pensar—. Y tú te has convertido en uno de mis… platos favoritos, esposa. Tu sabor resulta adictivo.

Bajó sobre su boca y la besó con suavidad, con calma, saboreándola ahora que la desesperada necesidad que le había provocado poseerla, parecía haberse aplacado un poco.

—Cam… —jadeó en sus labios, apoyándose en su pecho, su pelvis íntimamente unida a su sexo—. La cena… puede esperar.

Sonrió al escuchar las mismas palabras que él le había dedicado nada más llegar, las que los empujaron a ambos a una de las sesiones amatorias más satisfactorias que había tenido en mucho tiempo.

—Sí, parece que tendrá que esperar un poco más —concordó y movió los dedos sobre su camisa, liberando cada botón de su ojal hasta que esos llenos pechos quedaron de nuevo a la vista.

La empujó con suavidad sobre la superficie de la encimera, tomándose su tiempo para recrearse de nuevo con ese curvilíneo cuerpo lleno de pecas. Le gustaban esas curvas, encontraba más que agradable encontrar carne y no solo piel y huesos. Su esposa no era para nada el canon de belleza establecido, podría decirse que era voluptuosa y estaba encantando con ello.

—Pero esta vez, brujita, vas a contener tu magia.

—Sí, claro —bufó ella con tono divertido—. Solo dime dónde está el botón de apagado y la pondré en *standby*.

Le separó las piernas y se deleitó con la visión rosada de su húmedo sexo.

—No puedes apagar tu poder —aseguró con voz ronca. Su polla pulsaba deseosa de introducirse en esa húmeda y apretada calidez—, pero puedes canalizarlo de otras maneras, darle algo en lo que entretenerse. Tus emociones la activan. El placer, el deseo, la lujuria… úsalos para dirigir tu magia y controlarla.

Se deshizo de la toalla, le aferró las caderas y tiró de ella hasta que su culo quedó casi en el aire, el cuerpo de la mujer sujeto tan solo por sus brazos y la encimera bajo su espalda. Dirigió su miembro hasta la entrada femenina y empujó con premeditada lentitud.

—Lo hiciste cuando te quitaste la ropa… —murmuró entre dientes, saboreando la forma en la que ella lo acogía, atrapándolo en su interior—, también mientras te follaba… —Empujó un poco más en su interior—. La noté sobre ti, acariciándote como un amante, acariciándonos a ambos… —Y había sido una experiencia de lo más erótica—. Pídele que lo haga de nuevo, que te toque y te dé placer…

—Cam… —jadeó su nombre mientras arqueaba la espalda, empujando contra él para que llegase más hondo.

—Hazlo, Allie —le impidió mover las caderas, aferrándola con las manos, manteniéndola quieta con su polla llenándola. Por dios, era una tortura y una puta maravilla al mismo tiempo—. Tu magia nace de las emociones, solo dales una forma en tu mente, ordénale y te obedecerá.

—Muévete… —gimoteó ella—. Deja de hablar y fóllame…

Se rio entre dientes, resbaló las manos hasta cogerla por debajo de las rodillas y la abrió aún más, permitiéndose a sí mismo empujar un poco más hondo.

—Sí… oh, sí, justo así…

—¿Necesitas una guía ilustrada, cariño? —ronroneó retirándose un poco para volver a empujar lentamente en ella—. Puedo decirte exactamente lo que haría en estos momentos si además de estar profundamente enterrado en tu coño, pudiese estarlo también en tu culo, en tu boca o follándote los pechos…

—Ni siquiera tú tienes semejante poder, capullo.

Estaba caliente, lo sabía, podía sentir su lujuria acicateando la suya propia.

—Te sorprendería hasta dónde llega mi poder, cariño, te sorprendería —se burló mientras volvía a salirse, quedando unidos solo por la punta de su miembro, para volver a entrar de nuevo en ella—. Pero no soy yo el que está ahora mismo en esos lugares, es tu magia… tu otro amante.

Ella gimió y se estremeció a su alrededor.

—No quiero otro amante, te quiero solo a ti… —gimoteó—. Y te querré mucho más si además me follas.

—¿No es lo que estoy haciendo? —se hizo el inocente.

—Cam… —protestó.

—Hazlo, Allie. Puedo sentir el poder en tu interior, se intensifica y busca una manera de expresarse, de serte de utilidad —afirmó y lo decía en serio. Podía sentir su magia a través del hilo que los conectaba, escuchaba su murmullo como si le hablase, comunicándose con su propio caudal y tirando de él para hacer realidad los deseos de su bruja. Ella quería aquello, se había excitado con cada una de sus palabras y esa magia tejedora se extendía para hacerlo realidad—. Dale forma, Allison. Contrólalo. Es tuyo. Es parte de ti.

Su amante jadeó y echó la cabeza hacia atrás, arqueándose sobre la encimera en el mismo instante en que unas manos fantasmales aparecían sobre sus senos, envolviéndolos hasta que sus dedos, pálidos y casi traslúcidos, adquirieron una consistencia más sólida y pellizcaron sus pezones.

—Oh, dios… —La escuchó jadear.

Cameron no dejó de moverse, entrando y saliendo de ella con lentitud, pero su mirada seguía fija en esas manos, en los brazos que las completaban, en la figura que empezó a tomar forma mientras jugaba con sus pechos. Poco a poco, como si estuviese siendo modelada, como si la magia la tejiese, cobró forma humana, masculina, una versión fantasmal de sí mismo; o más bien, de cómo lo veía Allison.

La cabeza bajó sobre su pecho, los labios se abrieron y una lengua blanca como la nieve emergió de entre ellos, acariciando el pezón femenino antes de succionarlo.

—Mierda… —jadeó al verse a sí mismo amamantándose de los senos de su esposa. Su polla pulsó en el interior de ella, engrosada, acicateada por una pizca de lujuria. Jamás pensó que aquella extraña visión de sí mismo le resultase tan erótica—. Eso es, brujita. Contrólale, ordénale lo que deseas…

La cabeza de su doble abandonó sus pechos y se volvió en su dirección.

Cameron quedó impactado por la visión definida de ese rostro, de cada plano, pero eran los ojos de ese nevado reflejo lo que le provocó un escalofrío.

Magia. Magia en estado puro, solido, mirándole directamente.

La magia de Allison entrelazada con la suya.

Fue un instante de absoluta comunión. Fugaz, pero tan profundo que lo llevaría para siempre marcado en el alma.

Solo pudo asentir, dándole su beneplácito para amar a esa mujer, para satisfacer las fantasías de su ama.

Su doble de hielo se inclinó de nuevo sobre ella, ahora sobre su boca y la besó, arrancándole un nuevo jadeo y haciendo que su sexo lo aferrase incluso más. Vio como devolvía las manos a los pezones y trabajaba en ellos mientras le comía la boca.

Su propia magia se activó y la dejó ir, alimentando el hilo que daba forma a esa creación. Allison tiraba de su caudal, su don necesitaba aquel chute extra para mantener la ilusión que

había tejido y al hacerlo los conectó a un nivel primitivo.

Sintió lo que ella sentía, vio lo que ella veía en su mente y escuchó algo que lo desarmó por la sinceridad y el sentimiento que escondían esas simples palabras.

¿Allison le amaba?

El pensamiento se diluyó en su mente, los gemidos de su mujer lo devolvieron al momento presente, a la furiosa monta que había iniciado sobre ella sin ser consciente de ello. Se entregó a la lujuria una vez más, dejó que la magia que los envolvía ahora a ambos los empujase al desenfreno y se hundió en ella una y otra vez. La sintió temblar, su sexo apretándole, succionándole como si quisiera tragárselo, escuchó su grito de liberación y volvió a empujar solo para correrse con uno propio.

Un segundo después, la figura blanquecina se desvaneció dejando tras de sí ese polvo de brillantes estrellas de hielo que ya había visto horas antes en su dormitorio.

—Eso… ha sido… una puta… locura.

Reunió las fuerzas necesarias para salir de ella, se aferró a ambos lados de la encimera y miró a la mujer que jadeaba en busca de aire. Sus ojos marrones era casi dorados con el brillo de la magia todavía presente en ellos.

—Ha sido… más que eso, esposa —admitió también entre jadeos, volviendo a mirar a su alrededor, a los cristales de hielo que ya se empezaban a derretir—. Has tejido… la magia…

Sus ojos empezaban a volver a la normalidad ahora que su magia se había agotado.

—Hice… lo que me dijiste… que hiciera… —murmuró ella cerrando los ojos, su cansancio era tan evidente como el propio—. Así que… ahora no me vengas… con quejas.

Se rio. No pudo evitarlo. Su propio cerebro todavía intentaba entender lo que había pasado, más allá de haberse volatilizado con un potente orgasmo.

—Eres una tejedora…

—Si me pides que te haga un jersey, en cuanto pueda levantarme de aquí, te clavo un cuchillo en las pelotas —declaró levantando un dedo solo para dejar caer de nuevo la mano—. Aunque es posible que solo me quede aquí hasta que se acabe el mundo.

Respiró hondo y dejó el cuerpo bajo él. Recogió la toalla y se la envolvió de nuevo alrededor de la cintura. Cuando se volvió hacia ella, se la encontró mirándole y entonces lo vio, lo que ni siquiera sospechaba, lo que siempre había estado ahí.

Sacudió la cabeza, la tomó de las manos y tiró de ella para enderezarla y tomó sus labios, reclamando para sí esa boca una vez más.

—Tenías razón, soy un imbécil —murmuró apoyando la frente en la de ella—. No soy capaz de ver lo que tengo delante…

Ella lo miró sin entender a qué se refería.

—¿El qué?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

Dio un paso atrás y la bajó de la encimera en la que la había sentado.

—¿Cameron?

—Eres una *Alta Hechicera*, Allison —respondió como si fuese una noticia que podía darse todos los días—. Una *tejedora de magia*.

by Kelly

CAPÍTULO 25

El sexo les había frito las neuronas a ambos.

Era un hecho irrefutable.

Solo había que ver la que habían montado ahora en la cocina.

Allison aceptó la taza humeante que le entregó su marido antes de sentarse en uno de los gastados sillones de cuero del salón. Tenía que admitir que le fascinaba esa habitación de altos techos con vigas de madera, por no mencionar la chimenea de piedra que combinaba la modernidad de un enorme televisor con el hueco del hogar de leña.

Cameron se había referido a la casa como *cottage*, pero a juzgar por las dimensiones de las habitaciones que había visto hasta el momento, aquello tenía más pinta de mansión rústica que de cabaña.

Con todo era un espacio mucho más hogareño y también muy masculino. Los colores, los objetos, la estantería llena de libros que había junto a la chimenea, el oscuro tono de los sofás y sobre todo la enorme televisión sobre el hogar eran el sello inequívoco de un hombre.

Este era el Cameron que ella quería conocer, el que se había mostrado abiertamente dominante en el dormitorio y muy sexual, el que no tenía reparos en hablar sin tapujos, en decir las cosas con sinceridad, en animarla a usar su magia aunque le dejase la casa echa unos zorros o en traerle una taza de chocolate caliente.

Había vuelto a drenar su poder. No solo eso, sino que además se había conectado a la de él, tirando de su caudal para nutrir al *fantasmal amante* que había *tejido* en la cocina.

«Eres una tejedora de magia».

«Una Alta Hechicera».

Venga. Que soltasen ya la bomba atómica.

Nada podía afectarla más de lo que lo habían hecho ya ese puñado de palabras.

Bajó la mirada sobre las manos. El tatuaje de su vínculo asomaba debajo de su alianza de bodas para recordarle que su vida había empezado a ir cuesta abajo y sin frenos desde que había aparecido en su dedo.

—Ha vuelto a írseme de las manos —mencionó llevándose la taza a los labios. Inhaló el

dulce aroma del cacao y sopló antes de darle un pequeño sorbo—. Carezco de la formación básica para dominar mi magia. Soy un peligro con patas. Una nevera portátil, incluso. Lo próximo, unas bonitas estalactitas colgando de las vigas.

Su marido se limitó a enarcar una ceja ante el dramatismo que imprimió a sus palabras.

Lo sabía, estaba actuando en plan *Drama Queen*, pero es que todo era demasiado.

—Eres una bruja que está aprendiendo a controlar su magia y descubriendo sus dones en el proceso —resumió él con demasiada sencillez para justificar todo lo que había pasado.

—Cameron, he creado… tejido… cocinado… o como quieras llamarlo… una figura humanoide fantasmal ahí dentro —señaló hacia la puerta con bastante vehemencia—. Eso no lo enseñan en la escuela de brujas, te lo aseguro.

—En realidad, creo que es algo un poco más complicado que eso —admitió y se llevó el vaso de licor que se había servido a los labios y le dio un largo trago—. Lo que hiciste fue tejer tu magia. De algún modo le diste un vehículo en el que poder dar rienda suelta a tus emociones y cumplir con tus deseos, con tus órdenes. Fue… interesante.

—Sí, ahora ya sois *trillizos* —resopló y se encogió en el sofá—. En serio, ¿por qué no se abre la tierra y me traga ya?

—Porque tendría que volver a escupirte. —La absurda respuesta hizo que se volviese hacia él y lo encontrase mirándola—. Ensayo y error, esposa, en eso se basa el aprendizaje. Todo es cuestión de dar el primer paso e intentarlo. ¿Que sale mal? Lo repites. ¿Qué sale bien? Ya has descubierto como hacerlo.

—Si crees que voy a repetir lo que ha pasado en la cocina, es que has bebido ya demasiado —señaló el vaso entre sus dedos.

—No me importaría, la verdad. —Su sinceridad era como siempre arrolladora—. Sentí tu magia, pero también la mía en el tejido que creaste. Mientras sea él quién se una a nuestros juegos de alcoba…

—¡Cameron! —jadeó.

—Dime.

—Eres un pervertido.

Enarcó una ceja y la recorrió con la mirada.

—¿Lo dice la que ha modelado a mi *trillizo*? —No le pasó por alto la nota burlona en su voz.

Entrecerró los ojos sobre él, barajando todo tipo de insultos, pero al final optó por beberse el chocolate.

—El punto focal de todo esto es que estás desarrollando unas habilidades con un nivel de poder muy superior al de una bruja media, Allie —continuó él dejando a un lado el terreno sexual—. El hielo es sin duda la parte que te entregué, de la que nutres tu magia a través de

nuestro vínculo. ¿Lo que hiciste en la cocina? ¿Con tu vestido? Eso es tuyo.

—Bruja nula, ¿recuerdas? —mencionó bajando la taza de chocolate—. Jamás he tenido acceso a la magia, a ninguna clase de poder hasta que me vinculaste a ti y compartiste el caudal. Antes de ese momento, no habría conseguido que lloviese ni bailando la danza de la lluvia. ¿Y después? Bueno, ya viste que bien han ido las cosas.

—No eres capaz de drenar el exceso de caudal y terminas vinculándote a una de las líneas telúricas de Moher —resumió con sencillez.

—Cosa que he prometido solemnemente no volver a hacer en la vida —confirmó con un resoplido—. Todavía soy incapaz de recordar con claridad que pasó esa tarde o lo que dije a partir de entonces.

—No dijiste nada que… —Cameron se quedó a media frase. Los ojos sobre ella, su expresión mudando paulatinamente, como si se hubiese dado cuenta de algo—. La sacudida de la red telúrica. ¡Mierda!

Se sobresaltó al escucharle soltar de repente aquello.

—Esa conexión fue lo bastante potente como para desbloquear el hilo que te conecta con tu don primigenio —añadió con total convencimiento—. El caudal que comparto contigo se ha unido a él, como lo habría hecho con el de cualquier otra usuaria de hechicería. Lo ha nutrido y moldeado hasta convertirlo en lo que ahora corre por tus venas; tu propia magia.

Bien. Eso tenía sentido hasta cierto punto, pensó.

A pesar de que a su cerebro todavía le costaba un poco procesar la información que le daban, Allison empezaba a ver hacia dónde se dirigían los pensamientos de su marido.

—Entonces, ¿el poder que tengo ahora, lo que he hecho con mi vestido y con… el *amante fantasma*… es a raíz del leñazo que me he llevado al tocar aquel hilo de energía telúrica?

—Es la única explicación que puedo encontrar y que tiene sentido para el poder que ahora corre por tus venas —afirmó dejando el vaso de licor sobre la mesa auxiliar y cruzando a continuación las manos—. Naciste bruja. Capaz o no de canalizar las energías mágicas, posees una base natural primigenia. Todos los brujos la poseemos. La sacudida de mi fuente ha tenido que desbloquear tu acceso a ello, así que los dones que estás empezando a manifestar no son otra cosa que la consecución natural de lo que habrían sido, solo que fortalecidos por mi propio caudal.

—Así que solo soy una bruja novata aprendiendo a utilizar sus dones, vamos, lo que habría tenido que aprender de niña, tendré que aprenderlo ahora de adulta —resumió con un profundo suspiro—. Siento comunicarle que eso es algo de lo que ya nos habíamos dado cuenta, *señor McNamara.*

—Una *bruja novata* no tiene tu rango de poder, *señora McNamara*, lo tiene una *Alta Hechicera* —remató volviendo sobre el término por el que habían terminado en el salón—. Eres

una bruja sensitiva con el don de tejer la magia. Una combinación infernal, si me permites la valoración.

Le bajó un escalofrío por la columna.

—¿Eso me convierte en alguien peligroso?

—No, peligroso no, pero sí valioso —admitió con su habitual franqueza—. Demasiado valioso para que el aquelarre no esté interesado en prestarte toda su atención. Cualquier comunidad mágica, en realidad.

Hizo una mueca ante la manera en que lo dijo.

—No quiero ser el bufón de ningún circo —resopló.

—Bien, porque tienes el poder de convertirte en su maestra de ceremonias, esposa mía —declaró—. Solo tendrás… que practicar.

—Practicar, practicar y practicar —repitió las palabras que él mismo le había lanzado—. *Ten cuidado con lo que deseas*, dicen, porque no sabes cuando o de qué manera tus deseos pueden llegar a hacerse realidad.

—Un consejo que muchos deberíamos de poner en práctica al menos una vez en la vida —afirmó al tiempo que se volvía a escuchar el timbre procedente de la cocina—. La cena está lista. ¿Quieres que cenemos aquí o en el comedor? —Señaló el otro lado del salón en el que había un pequeño espacio con una mesa redonda y un par de sillas.

—Si no te importa, preferiría quedarme justo dónde estoy —admitió con un suspiro—. Estoy demasiado cansada como para moverme. Si me traes una manta, duermo aquí.

—Ahí no cogemos los dos y nos merecemos una cama en nuestra noche de bodas —replicó poniéndose en pie, sus ojos no abandonaron los suyos mientras le decía—. Te recuerdo que te dije que a partir del lunes dormirías conmigo y ya sabes que siempre cumplo mis promesas, Allie.

—Lo sé —asintió y se lamió los labios—. Es una de las cosas que me gustan de ti.

Cameron se limitó a asentir con la cabeza.

—Vuelvo ahora.

—Aquí te espero.

No pensaba moverse, no mientras no fuese completamente necesario o su adorable y poderoso marido no estuviese disponible para llevarla en brazos.

CAPÍTULO 26

Cameron se llevó su primera taza de café del día a la boca y saboreó el amargo brebaje mientras contemplaba el verdoso escenario que le brindaba el valle de *Glenmacnass*. El suyo era uno de los únicos *cottage* de la zona que no estaban habilitados como camping o B&B. Había tenido que hacer malabares para conseguir la propiedad, la cual estaba en franca decadencia y bastante maltrecha cuando llegó a sus manos, pero después de una intensa y costosa reforma, la casa había quedado a su gusto y sobre todo, armonizaba con el entorno.

Le gustaba la ciudad, adoraba Dublín, pero este entorno tenía algo que calmaba su espíritu indómito y le permitía relajarse.

Escuchar el trino de los pájaros por la mañana, oír el viento meciendo los árboles o ver como todo se empapaba de agua cuando llovía, oliendo a verde, eran placeres de los que había disfrutado incluso con sus emociones entumecidas, así que, ¿cómo no disfrutarlos incluso más ahora?

Entrecerró los ojos al levantar la cabeza y mirar hacia el cielo entre azul y gris. El sol de media mañana ya estaba en lo alto, recordándole que se le habían pegado las sábanas, lo cual no le sorprendía lo más mínimo después de la intensa jornada vivida ayer.

Echó un vistazo a su alianza y rozó la banda de oro con el pulgar.

Al instante le vino ella a la mente.

Desde que se levantó, dejándola plácidamente dormida bajo las sábanas, no dejó de darle vueltas a lo que había descubierto la noche anterior, lo que había visto a través del vínculo que compartían en medio del frenesí y la pasión.

Su esposa le amaba.

A él.

Y no era un sentimiento repentino, ni reciente, sino un secreto guardado con celo en lo más profundo de sí misma, uno que se reflejaba en sus ojos cuando pensaba que no la estaba mirando o bajaba las defensas como lo había hecho ayer.

Intentó recordar el día en que la había conocido. El momento exacto en que entró a trabajar

en su empresa y se dio cuenta de que sí la había mirado, al menos una vez, antes de continuar con sus asuntos.

Allison había tenido razón al echarle en cara que no sabía nada de ella, que a pesar de trabajar para él y con él casi cuatro años, en realidad no la había mirado. Y si lo había hecho, no se interesó en ver lo que decían sus ojos, lo que escondían sus silencios o la manera en la que siempre se adelantaba a sus necesidades.

El café por la mañana. Tal y como le gustaba. No había errado ni una sola vez.

Se había contentado con ejercer su papel, con mantenerse a su lado y hacer que todo lo que cayese en sus manos, funcionase a las mil maravillas.

No. Nunca supo que debajo de todo ese maquillaje había unas preciosas pecas, ni que sus ojos se volvían brillantes cuando algo le gustaba o que prefería vestir de sport o andar descalza por el suelo de madera cuando estaba en casa.

Esas pequeñas cosas las había aprendido ahora, en tan solo unas pocas horas a su lado y, para su propia sorpresa, quería aprender más, mucho más sobre ella.

Le gustaba el chocolate y cerraba los ojos para saborearlo.

Se achispaba con tan solo una cerveza.

Y en la cama… Era la jodida horma de su zapato.

Era consciente de que no la había estado buscando, pero si era honesto consigo mismo debía admitir que había encontrado la mujer adecuada para él.

Volvió a llevarse el café a los labios y bebió un nuevo trago.

Una Alta Hechicera.

Una Tejedora de Magia.

Su bruja era un auténtico cóctel molotov que requería de una mano firme y una guía aún más firme para evitar que explotase sin control. Pero era inteligente y capaz, lo había demostrado en el par de ocasiones en la que la había guiado con palabras, sin necesidad de hacerlo con su magia.

Allie era muy capaz y sabía que con un poco de práctica y sobre todo tiempo sería una de las brujas más poderosas del aquelarre.

Toda una ironía si tenía en cuenta que había nacido como una bruja nula, carente de magia, a la que su comunidad no dudó en dar la espalda.

Él no lo haría. No la abandonaría, jamás le daría la espalda y si durante el proceso encontraba más cosas que le gustaran de ella, que se metiesen debajo de su piel y tentaran a un helado corazón como el suyo, ¿quién era él para evitarlo?

Enamorarse de ella no podía ser tan difícil.

Ya le gustaba, se sentía bien con ella alrededor y en la cama eran absolutamente compatibles.

—Hay matrimonios que empezaron mucho peor —murmuró para sí.

Quizás, un día, podría corresponder a lo que había visto en sus ojos, a lo que había sentido en su interior y hacer realidad el más secreto de todos sus deseos.

—Cuando haces algo, lo haces a lo grande, ¿no?

La inesperada voz femenina lo hizo girarse para verla atravesar el umbral de la puerta abierta que daba al porche. No la había escuchado, ni siquiera la había sentido, lo cual no era sorprendente dado lo ensimismado que estaba en sus pensamientos.

—Podría levantarme cada mañana temprano con tal de poder desayunar aquí fuera. —Su voz se volvió más suave y contemplativa mientras se paraba a su lado y dejaba vagar la mirada sobre las vistas que ofrecía el valle—. Con estas vistas, incluso las tostadas quemadas sabrían a gloria.

—¿Eres de las que quema las tostadas?

—Soy de las que pone el pan en la tostadora y se va a hacer el resto de las tareas antes de salir disparada para la oficina —contestó volviéndose hacia él con una pequeña sonrisa culpable —. La mayoría de las veces me acuerdo del pan cuando huele a tostado.

—Cuando dices esas cosas, me cuesta relacionarlas con la mujer pulcra, seria y eficiente que cruzaba la puerta de mi oficina por las mañanas.

—Y pienso seguir cruzándola —lo apuntó con el dedo—. Eso sería otra de las cosas de las que tendríamos que hablar.

—Estamos de luna de miel, cuando volvamos…

—Cuando volvamos seré oficialmente la señora McNamara y…

—Ya lo eres —la corrigió—. Y seguirás siéndolo… hasta que la muerte nos separe.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante unos segundos, entonces ella suspiró, acortó la distancia entre ellos y enlazó la mano alrededor de su cuello para obligarlo a inclinarse.

—Me pregunto si alguna vez podremos empezar el día con algo que no sea una discusión —mencionó y acto seguido le dio un beso en la mejilla—. Buenos días, marido.

—Buenos días, esposa —le devolvió el beso, pero él prefería su boca a su mejilla—. Deberíamos empezarlo con un polvo matutino en la cama…

—Haberlo pensado antes de largarte de ella —replicó ella y le dio un par de palmaditas en el pecho—. ¿Y bien? ¿Qué planes tenemos para hoy?

—Sugeriría empezar con un tardío desayuno, retrasar la comida y aprovechar el día para empezar a practicar antes de que encontremos alguna superficie lisa en la que follarnos el uno al otro.

—Luna de miel, ¿recuerdas? —canturreó al tiempo que giraba lentamente ante él. Estaba convencido que los *leggins* y el suéter que llevaba habían sido originalmente de otro color distinto al blanco, pero tenía que admitir que el tono de la nieve le sentaba muy bien.

—Si tienes pensado volver a invitar a mi *trillizo* a nuestras orgías deberás practicar un poquito antes.

—El *fantasma* se queda fuera —resopló al tiempo que veía como se le arrebolaban las mejillas, pero hizo un buen trabajo al cambiar sutilmente su postura y lenguaje corporal para imprimir algo más de seriedad a su conversación—. Si es posible, me gustaría que me hablases un poco más de las tejedoras. Para poder utilizar mi magia con cierta fiabilidad, necesito entender de dónde viene.

Asintió de acuerdo con ella.

—No es mucho lo que puedo decirte, ya que eres la primera tejedora que conozco, pero supongo que entre el conocimiento que poseo y tu propia experiencia hasta ahora podremos crear una base sobre la que puedas empezar a trabajar —confirmó. Señaló la mesa y los bancos de madera cubiertos con cojines—. ¿Lo hablamos durante el desayuno?

Asintió e indicó el tablón con un gesto.

—¿Te ayudo a traer algo?

—Te enseñaré dónde están las cosas en la cocina —la invitó a pasar delante de él.

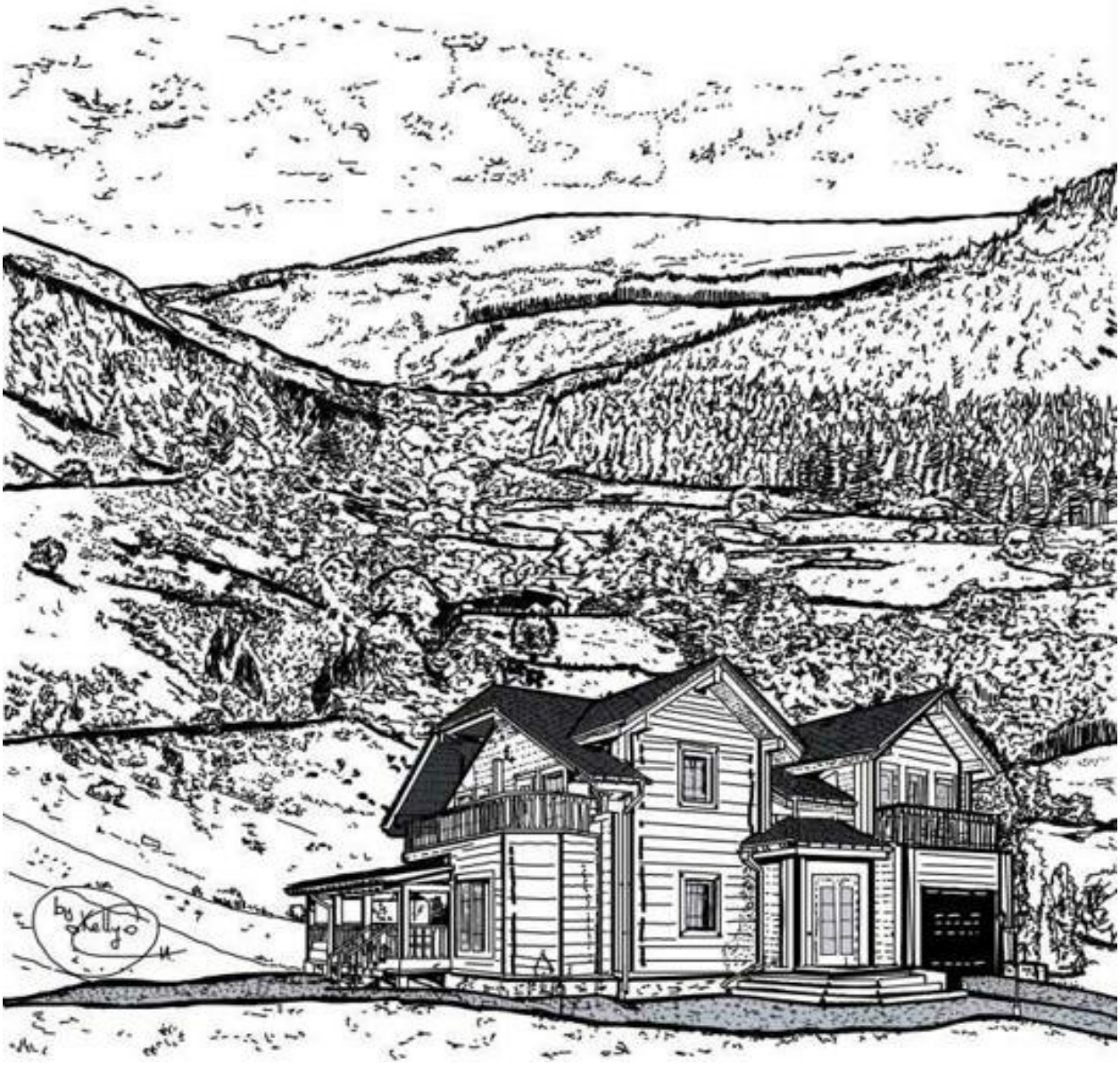
—Ya puestos, ¿por qué no me das ese tour por la casa? —sugirió entrando de nuevo en el interior—. Uno rápido. Para que no se nos queme el pan.

Sonrió. Era imposible no hacerlo cuando esa mujer decía algo tan absurdo como aquello y lo hacía parecer una travesura.

—Solo si tú preparas el café —concedió y señaló su propia taza—. Reconozco que te sale mejor que a mí.

—Ah. Pero eso es porque tengo una mezcla especial para la oficina —replicó—. Pero, sí, de acuerdo. Yo hago el café.

—En ese caso… —la guio—. Empecemos el tour por aquí, mi señora.



CAPÍTULO 27

Allison levantó la cabeza para abarcar con la mirada la inmensa ladera rocosa por la que bajaban las distintas lenguas de agua de la cascada de *Glenmacnass.* El murmullo constante del torrente parecía magnificarse en el solitario lugar haciéndola cada vez más consciente de la naturaleza a su alrededor.

Y ese sonido despertaba también el cosquilleo en su interior, tiraba de ella hacia el agua, la cual ya había comprobado estaba tremendamente fría.

Cameron la había arrastrado hasta allí de un salto. En un momento estaba enseñándole los alrededores de la casa, los accesos y diciéndole dónde se encontraba cada cosa y al siguiente, en el transcurso de un único paso, habían traspasado el éter para aparecerse en el valle.

Afortunadamente ya se había vestido de manera cómoda y llevaba unas deportivas bastante contundentes, lo que le permitió disfrutar de la repentina excursión de diez minutos a través del pedregoso valle.

Si bien había venido alguna que otra vez a las Montañas Wicklow, sus excursiones se habían concentrado sobre el parque de *Glendalough*, para ver el conjunto monasterial y las ruinas situadas en las inmediaciones de sus dos lagos.

Le gustaba la naturaleza y disfrutaba del aire libre, pero a veces se le hacía cuesta arriba encontrar las ganas para salir de casa y hacer alguna escapada sabiendo que tendría que hacerlo sola.

Así que esta era la primera vez que deambulaba por el valle, sin una mochila, sin teléfono móvil, sin una triste botellita de agua, pero en compañía.

Volvió la cabeza para mirar a su marido.

No estaba acostumbrada a verlo vestido de manera tan informal.

Un suéter, unos vaqueros y botas de montaña.

Ese no era el señor McNamara que conocía, pero sí encajaba con el hombre que la había follado sin pensárselo dos veces sobre la encimera de la cocina.

Diablos. El sexo con él era mucho mejor de lo que lo había sido en sus fantasías, mejor que nada que hubiese experimentado hasta ahora.

Pero no era lo único que la tenía en una nube.

Estaba descubriendo que su marido podía ser también tierno y juguetón, que disfrutaba con

algo tan sencillo como hacerle un tour privado por la casa y decirle los lugares exactos en los que pensaba corromperla.

Como si supiera que lo estaba mirando, ladeó la cabeza en su dirección y la miró.

Los ojos verdes refulgían llenos de magia, la misma que pulsaba dentro de ella, respondiendo a lo que quiera que hubiese en aquella tierra.

—La sientes.

No era una pregunta, sino una afirmación.

Sabía a qué se refería. Era imposible pasarlo por alto.

—Desde hace un rato noto de nuevo ese cosquilleo que me dice que mi magia se ha despertado —admitió devolviendo la mirada a la cascada—. Zumba en la misma frecuencia que el agua, cada vez con mayor intensidad.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

Enarcó una ceja ante tal pregunta, por lo que reformuló su pregunta.

—¿A qué te empuja?

¿Empujarla?

Sí. Era una buena manera de decirlo.

El poder que corría por sus venas, el que palpitaba en su interior y se deslizaba bajo su piel como un cosquilleo, empujaba siempre en una dirección, hacia algo concreto. Un deseo, una necesidad, un propósito.

—El agua —Deslizó la mirada por las lenguas de agua que caían como un velo de novia entre las piedras, entonces se giró hacia su izquierda y miró los árboles, la brisa meciendo sus copas, creando un murmullo propio que opacaba el sonido del agua, pero que estaba allí—. El bosque… —El cosquilleo en su interior empezó a hacerse más intenso, más palpable, el poder le acarició las yemas de los dedos y miró automáticamente hacia el suelo. Era como si vibrase por debajo de ella, muy por debajo—. La tierra…

—¿Qué te piden?

Negó con la cabeza.

—No lo sé —admitió. Sacudió la cabeza y cerró los puños como si de esa manera pudiese retener ese pulso de energía que quería abandonar su cuerpo—. ¡Para!

Como si hubiese puesto una tapa sobre una sartén en llamas, la intensidad de su magia decreció y el murmullo empezó a bajar de intensidad, limitándose a mantener el mismo ritmo que la caída del agua.

—Permites que sea ella quién guíe, quién elija, cuando eres tú quién debe darle forma y conducirla hacia dónde desees que vaya. —La voz de Cameron hizo que se volviese hacia él—. Tienes que entender una cosa, Allie. Tú eres su voluntad, su deseo y su propósito. Sois una sola.

La magia era ella y ella era la magia.

Un concepto que conocía, que había escuchado en sus días de escuela, pero que solo ahora podía comprender en realidad.

—Téjela —le indicó al tiempo que señalaba el charco de agua que discurría junto a sus pies—. Dale una forma. La que tú quieras.

—Es agua —señaló lo evidente.

Él enarcó una ceja en respuesta a su comentario.

—Buena deducción, hechicera.

Arrugó la nariz, entonces se llevó las manos a las caderas y pronunció con voz afectada.

—Excelentísimo *Alto Hechicero*, ¿podéis explicarme cómo demonios se teje el agua?

—De la misma manera en que has tejido a mi *trillizo*.

—Te juro que le daré un nombre solo para que dejes de llamarle así —resopló y se volvió hacia el agua—. El *fantasma* no tiene una base sólida de la que partir.

—No, la tejiste con el caudal, le diste forma a la magia —corroboró—. Ahora lo que te pido es que uses esa magia, que la comandes y le ordenes, que la guíes para que de forma al agua.

—Eso es mucha agua, Cameron.

—No te estoy pidiendo que uses toda la cascada. —Señaló de nuevo el agua y extendió la mano en la que llevaba su alianza—. Te haré un modelo para que puedas inspirarte en él.

Y un movimiento elegante de sus dedos, nada brusco, sino sutil, empezó a extraer unos pequeños hilos de agua que se fueron fusionando hasta dar forma a un pequeño conejo.

—Dibújalo en tu mente y deja que tu caudal lo modele —le indicó—. Es más fácil si haces algo que ya conoces, que hayas visto. Imprime tus deseos en la magia, tus pensamientos, deja que navegue por ellos, que los haga realidad y lo tendrás.

Allison se quedó mirando embobada la pequeña creación. El animalito parecía estar vivo. Dio varios saltos por encima del agua, dejando ligeras perturbaciones sobre la superficie cuando la tocaba. Entonces saltó al aire, dio un par de brincos y volvió al charco, dónde se zambulló y se convirtió en líquido.

—¿Te he dicho alguna vez que no tengo talento para el dibujo? —mencionó, pero no vaciló y dio un paso hacia el charco, lo miró con ojo crítico y se agachó para estar más cerca del agua—. Vale. Vamos a ver. Un conejo. Orejas, cuatro patas y una cola de pompón.

—Llámala, tráela a tus dedos y moldea —le dio las pautas una vez más.

Respiró hondo y se concentró en el cosquilleo de su interior.

Ven a mis manos.

Su petición fue respondida con tal celeridad que se sobresaltó.

—Despacio, Allison, hazlo despacio, con suavidad. —La voz masculina no varió un ápice y su serenidad contribuyó a su propia calma.

Hilos. Tenía que extraer solo unos hilos de agua, no necesitaba nada más.

Despacio. Vale. Por favor, no salgas deforme.

El cosquilleo aumentó en su interior, convirtiéndose en ese zumbido y sus manos empezaron a moverse con cuidado y con algo de torpeza.

Entonces lo vio, ante sus ojos aparecieron pequeños hilos de luz azulada que surfeaban el agua. Su poder se extendía hacia ellos, quería tocarlos y moldearlos. Eran fríos, se dio cuenta aún sin tocarlos y no cantaban de la misma forma que había escuchado en los filamentos luminosos de Moher.

—¿Cam? ¿Las líneas telúricas suelen tener más de un color? ¿Azul hielo, por ejemplo?

—La energía suele tener distintos tonos dependiendo de su intensidad o su naturaleza —respondió y sintió como se acercaba a él—. Tu magia está mostrándote el entramado del agua, los hilos con los que puedes tejerla.

—¿Estás seguro?

—Mueve los dedos, imagina que eres una marionetista y escoge de qué hilo tirar —la guio de pie ahora a su lado—. Empuja tu poder hacia ellos, envuélvelos con tu magia y crea tu propio dibujo.

—Me va a salir un conejo deforme, ya lo verás.

Había hilos de varios tonos de azul, algunos parecían vibrar con mayor intensidad que otros, así que se dejó guiar por el instinto y el cosquilleo de su magia para seleccionar cuatro de ellos y tirar hacia arriba.

Dejó que sus manos se moviesen, envolviéndose alrededor de ellos, pidiéndoles que adoptasen la forma del inocente y tierno conejito acuático que había visto formar a Cameron.

Lo primero que apareció fue una esfera de agua de un tamaño más bien pequeño, a la esfera le salieron cuatro patas, dos enormes orejas, una cola y poco a poco se fue afinando hasta terminar en una copia del animalito que había conjurado el hechicero.

Solo que su conejo no estaba hecho de agua transparente, sino de diminutas estrellas de nieve que le daban un aspecto completamente blanco. La figura se movió, ladeó la cabeza, su naricita se movió, entonces empezó a brincar sobre el agua, dejando con cada toque sobre esta unas pequeñas hondas.

Una inesperada oleada de júbilo hizo que la figura helada diese saltos cada vez más largos, que se moviese más rápido, abandonando la superficie del agua para empezar a saltar en el aire y dejar con cada patada un polvillo de nieve que caía sobre el agua.

—Lo hice… —murmuró, pero sus labios estirados en una amplia sonrisa gritaban su alegría—. ¡Lo hice! ¡Hice un conejo!

Notó el tirón de su magia correspondiendo a sus emociones, dispuesta a celebrar el mismo júbilo y esa conciencia la hizo reaccionar por instinto. Algo cambio en su interior, el cosquilleo

se plegó a sus deseos y se apaciguó sin más.

—Me ha obedecido… —murmuró con genuina sorpresa, hablando más para sí misma que para su marido—. La he contenido…

—Allie…

Dejó escapar un jadeo de incredulidad.

—Ha tenido que ser casualidad, pero…

—Allie, tu liebre…

—No es una liebre, es un cone…

¡Plas! Aquello tenía que ser igual que te lanzasen una bola de nieve a la cara.

—…se ha descontrolado —escuchó que le decía su marido con un tono que no podía ocultar su diversión.

Se quedó quieta, parpadeando y escupiendo nieve.

Sí, aquello era nieve.

El puto conejo se le había estrellado en la cara.

Y lo peor de todo es que lo había visto venir. Solo había sido una milésima de segundo, lo justo para girarse y ver un borrón blanco a toda velocidad y sentir a continuación como el frío le golpeaba en el rostro.

—Primera regla de la brujería, *Allison McNamara* —escuchó la voz de Cameron al oído—, concéntrate en lo que estás haciendo y no pierdas de vista una nieve fuera de control.

—La liebre no estaba fuera de control —resopló volviéndose hacia él para encontrarse con sus ojos chispeantes de diversión—. Y era un conejo.

—Recuérdame que te enseñe en casa la diferencia entre una liebre ártica y un conejo común —replicó irónico, entonces señaló el charco con un gesto de la barbilla—. Y ahora, descongela eso.

Siguió su mirada y gimió por lo bajo al ver que lo que antes era un charco de agua, ahora se había convertido en una pista de patinaje para patos.

Levantó la cabeza y sintió cierto alivio al ver que al menos el resto de la cascada seguía intacta.

—¿Por qué? —Señaló el helado charco—. Sentí como mi magia respondía a mis emociones, pero creí que había conseguido contenerla. Noté como me obedecía, Cam.

—Y lo hizo —le confirmó e indicó el suelo a sus pies—. ¿Qué suele pasar cuando se te escapa de las manos?

Bajó la mirada a sus deportivas y la deslizó a su alrededor, sobre las piedras intactas, la hierba verde, la gravilla.

—No he congelado el suelo —comprendió.

Él asintió en respuesta.

—No ha estado mal para un primer intento —declaró y se cruzó de brazos—. Ahora, descongela eso y vuelve a crear el conejo. Pero esta vez, que sea de agua.

—Se suponía que sería un lindo conejito de agua, no una libre de nieve suicida.

—Bien, pues ponte a ello.

Bufó, le dedicó una mirada fulminante y acto seguido le dio la espalda y miró el charco helado.

—Será mejor que te pongas a cubierto, maridito, porque la última vez que intenté descongelar algo, terminé con cuchillos de hielo clavados profundamente en la pared.

Y con esa última advertencia, se arremangó las mangas del suéter y se acuclilló para posar la mano derecha sobre la helada superficie sin tocarla.

Un segundo después, el hielo se hizo añicos y saltó al aire como un géiser de agua que terminó bañándola por completo.

—¡La madre que me parió! —jadeó levantándose de un salto, calada hasta los huesos y temblando como si le hubiesen tirado encima un cubo de agua helada—. ¡Está fría! ¡Muy fría!

Allison miró a su marido, quién se limitó a recorrerla con la mirada de la cabeza a los pies.

—Y me lo quería perder.

Con esa última acotación, Cameron McNamara dio por finalizado el entrenamiento de ese día.

CAPÍTULO 28

—Lo juro, conseguiré crear ese maldito conejo así sea lo último que haga.

Cameron sonrió al escuchar la airada voz de su esposa.

Ni siquiera se molestó en apartar la mirada del recipiente que tenía al fuego y siguió removiendo el contenido con paciencia. Allison había convertido el sencillo ejercicio que había realizado por primera vez tres días atrás en un desafío personal y se pasaba buena parte de su tiempo libre intentando replicarlo en la parte de atrás de la casa.

Hasta ahora había conseguido recrear la liebre de nieve una docena de veces, cada vez con mayor soltura, sin esfuerzo, pero parecía imposible para ella darle la forma de agua. De hecho, en los últimos intentos ni siquiera necesitaba el agua como elemento base, la tejía con su magia, del mismo modo que le había dado vida ya un par de veces a *Airean*; como había bautizado a su *trillizo fantasmal*.

Cuanto más fuertes eran sus emociones, más intensas eran sus encarnaciones y también más tangibles, aunque su duración se limitaba al caudal y el uso de su magia, con lo que no solían durar mucho más allá del uso o la necesidad que les daba.

Habían llegado a la conclusión de que le resultaba mucho más sencillo tejer aquello con lo que tenía alguna especie de conexión. Sus dones eran sensibles a las emociones, así que estas se habían convertido en su brújula interior y en su medio para dominar el caudal que fluía en sus venas.

Todavía le costaba controlar su magia durante el sexo, cuando su concentración era más fragmentada y la lujuria se apoderaba de ella, pero más allá de un poco de polvo de estrellas de nieve y algo de estimulación externa cuando la empujaba a conjurarla, su bruja era capaz de mantener su poder a raya.

Y de lo que ya no le quedaba ninguna duda era que Allison había asimilado la base de su caudal como propia. Esa afinidad con el hielo y la nieve venía de su propia magia, de su don primigenio, el cual se había convertido en el gen dominante de la bruja. Así que esos últimos días se habían dedicado a explorar qué otros aspectos de su propia magia podía haber heredado ella, adaptados o modificados por sus propios dones.

Dejó de remover la crema que estaba preparando, hundió la cuchara y la levantó para llevarse el humeante líquido a los labios. Sopló un par de veces y lo probó, comprobando su

sazón.

Ajustando los ingredientes para que quedasen a su gusto, bajó la intensidad del fuego y dejó que se fuese terminando de hacer.

Echó un vistazo alrededor de la cocina, comprobando que tenía listo todo lo que necesitaba para la comida del mediodía, se quitó el delantal y abandonó la cocina para concederse un poco de tiempo a sí mismo con esa deliciosa mujer.

Tenía que admitir que era un milagro que no estuviesen follando sobre la encimera o en cualquier otro rincón de la casa. Empezaba a convertirse en alguna especie de ritual entre ellos el interrumpir lo que quiera que estuviesen haciendo por separado y terminar sucumbiendo ante su pareja.

Cameron disfrutaba del sexo, le encantaba jugar, pero siempre había sido capaz de poner a un lado su lujuria y necesidades sexuales y centrarse en la tarea que tenía entre manos. Nunca se había dejado dominar por sus apetitos, pero Allison conseguía que la desease con solo una mirada. Si la veía y la deseaba, no se detenía hasta tenerla, hasta enterrarse profundamente en su coño o darse un buen homenaje entre sus pechos; algo de lo que ella participaba gustosa.

Pero también había otra Allison de la que disfrutaba y era de la que estaba ahora ahí fuera, practicando como lo haría una bruja que empieza a descubrir cuáles son sus dones, la que se enfadaba consigo misma porque no le salían las cosas como quería. La misma que, completamente agotada, se arrastraba de vuelta al salón y se dejaba caer en el sofá, pidiéndole que se sentase a su lado para usarlo de almohada y que no dudaba en gritar a pleno pulmón para animar al equipo irlandés de turno en algún deporte que estuviesen pasando por televisión.

Acostumbrado como estaba a disfrutar de un encuentro, un documental o una película a solas en este lugar, tener a esa pequeña y cálida mujer sentada en el sofá contiguo o acurrucada contra él, era un cambio al que estaba empezando a acostumbrarse y que le empezaba a gustar más de lo que se permitía admitir.

La puerta del porche trasero estaba abierta como siempre que ella andaba por allí, la atravesó y se apoyó en la barandilla de madera para examinar sus progresos.

En esos momentos estaba haciendo volar un pájaro de azulado cristal.

Sus alas eran perfectas, cada pincelada de su plumaje parecía haber sido tallada en un bloque de hielo y cuando agitaba sus extremidades, podías escuchar el sonido del aire al surcarlas.

Lo siguió con la mirada, viéndolo hacer cabriolas en el aire para luego fijarse en ella.

Allison resplandecía y no solo porque su poder pareciese cubrir su piel y hacer más intensos que nunca sus ojos, había alegría en esas facciones, pero sobre todo disfrute. No quedaba nada del temor que había visto en ella las primeras veces en que su poder se desbocaba o se le escapaba de las manos.

Sus movimientos también eran más fluidos evidenciando que no eran solo sus manos las que dirigían el vuelo del ave de cristal, sino su propio espíritu. La hechicera en ella había abrazado completamente quién era.

—¿Está la comida?

Sonrió de soslayo al escucharla.

—¿Ya tienes hambre?

Apartó la mirada del pájaro unos momentos y cambió el movimiento de sus manos, desviando el pájaro, haciéndolo ascender hacia el cielo que hoy estaba ligeramente encapotado.

—Tendría que ser delito que un hombre como tú cocine tan bien —aseguró bajando ahora la mano con la que había tejido al pájaro—. Deberíamos estar alimentándonos a base de galletitas saladas y cualquier cosa que hubiese en la nevera. Ya sabes, olvidarse de hacer la compra y sobrevivir…

—Si quieres dejo de cocinar y sobrevivimos a base de galletitas saladas.

El pájaro empezó a caer en picado.

—Solo si quieres que un pájaro de hielo se estrelle en tu culo.

Miró dónde estaba, luego al pájaro y chasqueó la lengua.

—Mucha maniobra tendría que hacer la avecilla para hacer diana.

Ella enarcó una ceja, gesto que le había visto hacer muchas veces a él.

—¿Me estás retando?

Sonrió y se inclinó hacia delante.

—Prefiero ser yo el que haga diana en el tuyo, brujita mía.

Allison jadeó y un par de segundos después el pájaro se convirtió en polvillo en su caída hacia el suelo.

—Mi culo está fuera de tu jurisdicción —resopló, pero vio el rubor cubriéndole las mejillas.

Cameron abandonó la balaustrada, cruzó el porche y se reunió con ella.

—Cuando se trata de ti, hay muy pocas cosas que queden fuera de mi jurisdicción —le dijo, su voz enronquecida por el punzante apetito que ella le despertaba—. Y esto… —Resbaló una mano sobre su trasero, apretándole una nalga al tiempo que la atraía contra él—, no será una excepción.

—Me lo pensaré —le respondió con lo que podía equipararse a un maullido gatuno.

Le acarició el rostro y le acunó la mejilla con la mano libre antes de bajar sobre su boca.

—A la comida todavía le falta un poco —dijo antes de acariciarle los labios con la punta de la lengua—. Tendrás que esperar.

—Vale.

Tomó su boca con un lánguido y húmedo beso y estaba dispuesto a hacer mucho más

cuando algo despertó sus instintos.

—¿Cameron? —A juzgar por la inmediata rigidez que notó en el cuerpo femenino, no había sido el único—. ¿Qué es…?

Su pregunta quedó interrumpida por el timbre de la puerta principal, uno que nadie debería estar tocando en esos momentos.

—Parece que tenemos visita.

—¿Visita?

Asintió con la cabeza, se apartó de ella y entró a través del porche, cruzando la casa para detenerse ante la puerta principal y fruncir el ceño un segundo antes de abrir y encontrarse con un extraño mensajero.

Escuchó los pasos rápidos de Allison a su espalda un segundo antes de detenerse de golpe para mirar lo mismo que él estaba contemplando.

—¿Ese no es…?

—Sí, lo es —sentenció.

Un mensajero del coven.

Un enorme gato negro ante cuyas patas descansaba un sobre del mismo color con unas letras doradas escritas a mano.

Cameron se agachó y recogió la carta.

El gato maulló como señal de que había realizado su trabajo y luego se desvaneció en una voluta de humo negro.

—Odio esas cosas. —El tono de voz de su pareja lo llevó a mirar hacia atrás. Allison seguía con la mirada fija allí dónde había estado el ser.

—¿Los gatos?

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—Los gatos me encantan, pero eso… —gesticuló hacia el polvillo que se había asentado en el suelo—. Eso no es un gato, ni siquiera es real.

—No, no lo es —admitió. Era una ilusión potenciada por uno de los patriarcas del aquelarre—. Deduzco que ya has tenido algún encuentro con O'Sullivan y sus creaciones.

—Sí —respondió de tal forma que su mente conjuró inmediatamente a su secretaria y no a la mujer con la que había estado conviviendo esos días—. Y ninguno de ellos fue especialmente agradable.

Se volvió hacia ella con el sobre oscuro en las manos.

—¿Qué ocurrió?

La mirada femenina se había vuelto dura, perdiendo todo el calor que había mostrado recién.

—Una de esas cosas se presentó en mi casa cuando era tan solo una niña, pocos días

después de la prueba de brujas, creo. —Señaló con un gesto de la barbilla el sobre—. Convocó a mi familia al círculo del aquelarre para comunicarles que su hija no era ni sería nunca una bruja completa.

Allison se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa, pero no dejó de hablar, por lo que tras cerrar la puerta, la siguió.

—El día en que cumplí la mayoría de edad como bruja, se presentó directamente en nuestra casa para verme —le dijo mientras entraba en el salón—. Él fue quién me comunicó que a partir de ese momento, mi posición en el aquelarre sería el de una *Bruja Nula*. También fue quién sugirió que debería dirigir mis pasos fuera de la comunidad y estrechar lazos con los mundanos.

Se apoyó contra el respaldo de uno de los sillones y levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—La tercera y última vez que nuestros caminos se cruzaron fue durante la elección de candidatos a los puestos vacantes del *Grimorio*, nuestra red privada de bibliotecas —mencionó con ese tono eficiente y serio que conocía bien—. No me dejó pasar de la puerta.

Su sorpresa no pudo ser mayor, sobre todo porque estaba hablando de una convocatoria libre, a la que podía presentarse cualquier hombre o mujer, mientras fuese miembro de un aquelarre y no contase con otros cargos en el mismo.

—Puedo ser una *hija del aquelarre*, Cam, pero para ellos no soy una bruja, por lo que no era apta ni siquiera para presentarme a la entrevista —explicó como si hubiese escuchado sus propios pensamientos—. Callum O'Sullivan me negó la entrada a la sala y su decisión fue secundada por otros dos patriarcas de las primeras familias. Todos ellos convinieron en que yo no tenía el estatus requerido para formar parte de la selección y me invitaron a irme.

—¿Cuándo sucedió eso?

Ella dejó escapar un pequeño suspiro y todo su cuerpo se relajó, al igual que su semblante.

—Esa misma tarde me presenté a la entrevista para secretaria de dirección de la *McNamara´s* y llevo trabajando para el *señor McNamara* desde entonces —confesó y añadió en voz baja, levantando la mano como si le contase un secreto—. ¿Y sabes qué? El trabajo no está nada mal y mi jefe… Bueno, una vez empiezas a conocerle, es un buen hombre.

—¿Lo soy? —La pregunta escapó de sus labios incluso antes de que pudiese detenerla.

—Sí, lo eres —respondió con total sinceridad—. Eres un buen hombre, Cameron McNamara. A veces haces cosas muy estúpidas, como casarte conmigo, pero… sin duda eres un buen hombre y yo te… —Se detuvo en seco, bajó la mirada con rapidez y dio media vuelta para canturrear—. Tengo hambre. ¿Comemos?

Te quiero.

Eso era lo que había estado a punto de decir en voz alta.

Y se sorprendió queriendo escucharlo, preguntándose cómo sería oírlo de sus labios, pero

en vez de sonsacarla, bajó la mirada al sobre que todavía sujetaba.

Y lo abrió.

Era una invitación.

La que sabía que antes o después llegaría.

—El aquelarre solicita nuestra presencia en la recepción que tendrá lugar el próximo treinta de septiembre —le informó después de leer el escueto contenido de la tarjeta—, en la cual esperan que el *Alto Hechicero de Dublín* presente a su consorte.

Allison se volvió hacia él y le tendió la tarjeta para que pudiese leerlo por sí misma.

—Treinta de septiembre —leyó la fecha escrita en cursiva—. Eso es dentro de tres semanas.

—Sigue siendo tu decisión —le recordó. Después de lo que su esposa acaba de contar, entendía bien la reacción que había tenido cuando Connor sacó el tema a colación—. Nadie obliga a la *Alta Hechicera de Dublín* a asistir a una fiesta si no le apetece lo más mínimo.

—No vuelvas a decir eso en voz alta.

—Es lo que eres.

—No, no lo soy —lo apuntó con el dedo—. Soy tu esposa, tu mujer, tu bruja… Pero no soy la *Alta Hechicera* de nada. No me da la gana.

—Terca.

—¿Qué?

—Mi esposa, mi mujer, mi bruja y terca como una mula.

—Todavía estoy a tiempo de dibujar una polla voladora en tu puerta, Cam, piénsalo bien.

—Esa también es tu puerta, Allie —le recordó—. Si quieres una obra de arte tan profunda en tu hogar, tú misma.

—Me gusta demasiado esta casa para profanarla de esa manera —admitió, entonces sonrió de soslayo—. Aunque quizá te dibuje una en un papel para que puedas colgarla en tu oficina. Será un *Allison McNamara* único.

—Si eso te hace feliz… —Se encogió de hombros, pero sus propias palabras lo cogieron por sorpresa una vez más. Volvió a mirar la tarjeta y la levantó—. ¿Cuál es tu respuesta?

—¿Tengo que dártela ahora?

—No. —Hizo desaparecer la tarjeta entre sus dedos—. No tienes que hacer nada que no quieras.

—¿Y si hay algo que sí quiero hacer? —preguntó llevándose las manos a la espalda y dejando claro al mismo tiempo el significado de sus palabras en la manera en que lo recorrió con la mirada.

—¿Incluye mi polla y tu boca?

—Incluye muchas cosas, Cam, muchas cosas.

—En ese caso, oigamos lo que tienes en mente, Allie.

CAPÍTULO 29

Allison empezaba a preguntarse si no se estaría convirtiendo en una adicta a Cameron McNamara. No había otra forma de explicar que se le cayesen las bragas hasta los tobillos cada vez que la miraba de la manera en que lo estaba haciendo ahora. Y no podía culparle a él, pues la que había dado el primer paso en esta ocasión había sido ella.

—¿Y bien? —preguntó mientras la recorría de la cabeza a los pies—. Estoy esperando.

—Um… te dije que tenía hambre, ¿no? —mencionó al tiempo que bajaba la mirada sobre la entrepierna de su marido, dónde su polla empujaba ya contra los vaqueros con abierto descaro —. Y ya que dices que la comida todavía no está lista… y tú sí…

—Suena bien —admitió con la voz ligeramente ronca, sin duda deseando aquello tanto como ella.

Bendita luna de miel, pensó mientras acortaba la distancia entre ambos y se plantaba delante de él.

No dejaba de sorprenderle lo fácil que le resultaba hablar de esa manera con él, ser tan abierta y decir lo que deseaba sin sentirse cohibida. Nunca había considerado el sexo un tabú, pero sí había visto que ciertas actitudes o cierta forma de expresarse no siempre era bien recibida en la cama.

Cameron no solo aprobaba su forma de ser, sino que siempre la empujaba a decir lo que deseaba, a mostrarse como era en realidad, sin filtros ni ataduras, pues él actuaba de la misma manera con ella.

—Me muero de ganas de tenerte en mi boca… —susurró pegándose a él y resbalando al mismo tiempo la mano sobre el bulto de los pantalones.

—Y yo de hundirme en ella y correrme en tu garganta.

Eran dos románticos, sin duda.

—¿Puedo? —Le dio un tironcito a la cintura del pantalón.

Esas manos grandes cogieron las suyas y se las apartaron, confundiéndola un poco.

—Enséñame lo que has aprendido estos días… —Sabía que no se refería a tejer animales de hielo, ni a controlar su magia, sino a deshacerse de la ropa y volver a conjurarla.

—Espero que no le tengas mucho aprecio a los pantalones o a su color, mi magia tiene un fetiche con el blanco —suspiró, pero aceptó el reto—. No te muevas, ¿vale?

—Procede.

Con lo fácil que habría sido desabrochar el botón, bajar la cremallera y arrastrar los puñeteros pantalones para liberar su polla. Pero no, el hechicero quería que trabajase, que practicase incluso cuando lo que quería era comerle el miembro.

Su poder respondió con rapidez a su llamado, alcanzarlo ahora era instintivo y se plegaba de buen grado a sus necesidades. Se concentró en el cosquilleo y dejó que se extendiese hasta sus dedos, empujó un poco, muy ligeramente y comandó su magia sobre la ropa masculina.

Retirarla era la parte más sencilla, lo había practicado sobre ella, tanto era así que acabó desnudándose a sí misma también en el proceso, lo difícil venía ahora, al reunir las partículas en las que había disuelto la ropa para volver a unirlas.

El proceso de desvestido siempre dejaba una caricia de lo más erótica sobre su piel, como si fuesen cientos de manos tocándola por todos lados, pero debía concentrarse, así que hizo esa sensación a un lado y puso toda su atención en devolver las prendas a su estado original.

—Nada mal, brujita, nada mal —admitió él con la voz ronca—. Si sigues así, pronto podrás hacerlo sin esfuerzo.

—¿Lo prometes? —Sonrió de soslayo, pues aquella era una palabra que solía usar mucho con él.

—Lo comprobarás tú misma, solo ten paciencia.

Tras comprobar con un solo vistazo que las prendas estaban enteras en un montón a su lado y no habían sufrido cambios de color, dejó escapar un suspiro de alivio y bajó la mirada sobre el magnífico cuerpo masculino.

Se le secó la boca.

¿Cómo podía estar tan bueno?

Deslizó la lengua sobre sus propios labios para humedecerlos y se permitió un pellizco en su labio inferior cuando vio esa enorme y dura columna de carne erecta.

Se estaba aficionando al sexo oral.

No había otra forma de describir el hambre que sentía cada vez que veía esa vara de carne erguida, libre de cualquier restricción, esperando por el toque de sus manos y la humedad de su boca.

Contrólate. Prohibido babear, ¿recuerdas?

Mejor guardar la saliva para el aperitivo que tenía ante ella.

—Allie, si sigues mirándome de esa manera y relamiéndote como un gato, mi polla no entrará en tu boca, lo hará en tu coño.

—Una chica tiene derecho a recrearse con su marido, ¿no te parece? —canturreó.

—Tu boca. Mi polla. Ahora.

Se rio entre dientes, pero obedeció encantada.

Cayó de rodillas delante de él y envolvió los dedos alrededor del caliente miembro arrancándole un gruñido de lo más sexy. Aprovechó su posición y el pilar de madera que tenía Cameron detrás para empujarle contra él y apoyase así ese duro culo suyo.

—Allie…

No le dejó replicar, abrió la boca y chupó la punta con fuerza, sin preámbulos. Sus caderas saltaron hacia delante y se introdujo un poco en ella, haciéndola gemir a su vez. Se tomó su tiempo para bañar toda la carne con su lengua, lamiéndolo desde la punta hasta la base, alternando sus pasadas con las caricias de sus dedos antes de tragárselo de nuevo.

Le rodeó la corona con la lengua, saboreando el gusto salobre de su piel y bajando después para tragárselo poco a poco.

Notó los dedos en su cuero cabelludo, jugando con su pelo, resbalando sobre su mejilla, tocándola con una ternura y suavidad que contrastaban con los tirones ocasionales de pelo o los movimientos de su cadera que empujaban cuando ella tragaba y se retiraba cuando ella lo dejaba ir.

Lo folló despacio, saboreando cada pulgada de él, manteniendo el ritmo de aquel primer asalto, pues sabía que en el momento en que terminase, Cam la doblaría sobre el sofá y se hundiría en su coño como un loco.

Y señor, esa parte salvaje de él le gustaba tanto como la suave y traviesa con la que la volvía loca. Quería sentirse amada, poseída por completo y él, lo supiera o no, le brindaba eso cada vez que la tocaba, que la besaba y la hacía gritar de placer.

—Así, preciosa, justo así…

Gimió y lo chupó, tragándoselo de nuevo, dejándolo escapar solo para rodearle de nuevo la punta con la lengua. Lo masturbó con los dedos, deslizándolos arriba y abajo por su columna mientras lo chupaba como un caramelo.

Lo escuchó gemir, sus gruñidos cada vez más espesos, sus caderas conteniéndose a duras penas de empujar en ella, intentando enterrarse en su garganta. Siguió atormentándolo hasta que notó como se tensaba y el chorro de semen salía desde la punta directo a su garganta.

Tragó cada gota, apretándolo en su boca mientras lo hacía, bebiendo hasta la última gota de la liberación masculina.

—Por dios… tu boca… es… una puta… maravilla… —escuchó sus entrecortados jadeos.

Abandonó su polla y sonrió traviesa mientras se ponía de pie y buscaba ahora la boca del hombre. Cameron le hundió la lengua, saboreándose a sí mismo en ella, reclamándola de una manera absoluta con tan solo un beso.

Sus manos encontraron rápidamente sus pechos, los dedos se prendieron en sus pezones y

ahora fue su turno de gemir de placer, de contonearse contra él mientras sucumbía a la lujuria del momento.

Le mordisqueó el cuello, descendió sobre su clavícula y se prendió a uno de sus pezones para amamantarse de él. La mano previamente ocupada con el pecho resbaló por su cadera, rodeando sus nalgas y se hundió entre ellas, acariciándole el húmedo sexo con los dedos, empapándolos para lo que sabía iba a hacer.

Jadeó cuando notó la punta de uno de sus dedos incursionando en su culo. Se puso instintivamente de puntillas, aunque no sabía si para acercarse a él o para alejarse de esa incómoda y vergonzosa intrusión.

—Voy a follarte por aquí un día de estos, Allie, te lo prometo.

—Cam… —Sus palabras la encendían. El solo imaginárselo abriéndose paso en su trasero la ponía caliente. No era la primera vez que probaba el sexo anal y estaba segura de que con Cameron no sería fácil, pero lo disfrutaría inmensamente.

—Y mientras lo hago… nuestro *Airean* te comerá el coño… o quizá le pida que te folle también con su miembro.

Se estremeció. Ese hombre era capaz de poner imágenes de lo más vívidas en su mente. Y en vez de avergonzarla, de negar categóricamente sus perversiones, las ansiaba pues nacían de su placer, de ella misma, de lo que eran cuando estaban juntos.

Sabía que la obligaba a crear la figura fantasmal de su *trillizo* para que dominase su poder. Incluso con las emociones descontroladas del sexo, los actos del *amante fantasma* se replicaban en Cameron, como si fuese él quién estuviese bajo la piel del ente y la poseyese también de esa manera.

Motivo por el cual disfrutaba de esa tercera participación de manera ocasional.

El dedo en su culo salió solo para volver a entrar acompañado de un segundo.

—¡Cameron!

—Mi dulce brujita —gimió contra sus pechos, chupando su pezón con fuerza, lamiéndolo a continuación, todo ello mientras pellizcaba y mimaba el otro con una mano y le follaba el culo con la otra.

—Córrete, Allie —Su voz parecía reverberar en todo su cuerpo, acariciándola como si fuesen sus manos—. Quiero que te corras mientras te follo por aquí…

Empezó a penetrarla más rápido, más hondo, haciendo que no diferenciara entre el placer y el dolor, empujándola más y más hacia el borde.

—Cam, oh, Dios, Cam… Cam… Cam…

El placer seguía creciendo, amontonándose como si no tuviese techo y ella temblaba jadeando en busca de aire hasta que su cuerpo explotó y un sinfín de luces aparecieron detrás de sus párpados.

Entonces, tal y como había predicho, él la empujó sobre el sofá, le separó las piernas y la penetró desde atrás, hundiéndose profundamente en ella. Le ciñó las caderas y se retiró solo para volver a empujar.

Dentro, fuera, dentro, fuera. Cada golpe la empujaba contra el frío cuero, sus sensibilizados pezones raspando contra la tela, refrenándose mientras él la montaba rápido y fuerte. Estaba de nuevo duro, hinchado, la llenaba completamente.

Se aferró como pudo al borde del sofá y gimió con cada embestida en su interior, dejándose hacer y disfrutando con cada momento de ello.

—Cam… Oh, señor. Cam…

Amaba a ese hombre. Lo amaba con desesperación. Ya no se trataba solo de un sueño, ni de un enamoramiento tonto, estaba enamorada del jefe, del marido, del amante tierno y del salvaje.

—No pares… oh, dios, no pares…

Él gruñó y siguió empujando en ella, marcándola con cada penetración como si quisiera dejar su marca impresa para que todo el mundo supiera que le pertenecía.

Te quiero. Murmuró en su mente. *Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero.*

No le importaba si él todavía no le correspondía, se esforzaría en enamorarle, en hacerle ver que no se había equivocado al elegirla ese día.

—Cam… —susurró entre lágrimas, unas provocadas por las intensas emociones que la embargaban y que crecían en su interior, alimentando su magia y haciendo que esta la envolviese, acariciándola a su vez, aumentando su placer y sabía que también el de él.

—Dios, Allison… —Lo oyó jadear—. Allie… Allie… Allie…

Cada empuje llevaba su nombre, su pasión y con el último se hundió profundamente en ella, temblando y dejando escapar un profundo gruñido acompañado de su propio poder mientras se dejaba ir, aplastándola con su peso.

Las luces estallaron sobre ellos, su propia magia actuó y se le unió derramando los conocidos cristales de hielo, envolviendo el salón en una neblina blanca que les enfriaba la piel.

Después de lo que pareció una eternidad, él salió de ella y se incorporó.

—Cristo… —Lo oyó mascullar.

Ella se rio e hizo un esfuerzo sobre humano para resbalar hacia atrás y terminar sentada en el suelo, sobre la nieve.

—Esta vez no he sido solo yo.

La mirada que le dedicó su amante la hizo reír.

—La que has liado, pollito —canturreó Allison entre risas, pues su marido todavía parecía sobrecogido por la que se había formado en el salón.

CAPÍTULO 30

—Bueno, pues ni tan mal.

Allison se quedó mirando el dibujo de la infame polla voladora que acababa de retratar.

Estaba tan inspirada que incluso le hizo un par de ojitos.

Si no se reía de su propia suerte, acabaría liándose a golpes con las cosas y no era el momento ni el lugar para ello.

El estudio-biblioteca que su marido había creado en la casa se había convertido en uno de sus lugares favoritos. La habitación parecía ser el santuario de Cameron, pues estaba llena de libros gastados, fotografías en marcos sobre las estanterías e incluso sobre la mesa. Viejos juguetes ocupaban un lugar de honor dentro de vitrinas, como si quisiera encapsular su infancia y preservarla. De entre todas las fotos encontró una que le gustaba especialmente; los dos hermanos rodeándose con el brazo y riendo, totalmente despreocupados delante de una especie de camping.

En esa instantánea sí que se veía parecido entre los gemelos, pero lo que más la impactaba era la sonrisa sincera, despreocupada y juvenil de su hombre en esa foto. Una que le era desconocida y que le gustaría verla en sus labios alguna vez.

—Ojalá yo pueda hacerte sonreír así —murmuró echando un vistazo a la estantería en la que estaba esa foto. Volvió sobre el dibujo que había garabateado y fue ella la que se rio—. Pero por ahora me conformaré con sacarte unas carcajadas con esto.

Habían pasado ya tres días desde que recibieron la invitación del aquelarre, mañana haría una semana desde que iniciaron esta particular luna de miel y se negaba a que la sombra de los patriarcas le amargara la existencia.

Ambos convinieron dejar a un lado el tema de la fiesta y se centraron en pasar tiempo practicando con magia, compartiendo comidas, cenas o desayunos entre charlas, anécdotas y en definitiva, descubriéndose el uno al otro. Cuando no estaban desafiándose en algún juego de mesa en los que su hechicero resultaba ser extremadamente competitivo, ponían a prueba cada

superficie de la casa con sus escarceos, follando hasta quedar exhaustos y disfrutando de todo tipo de juegos eróticos.

Allison meneó el trasero al pensar en la excitante y lujuriosa sesión amatoria de la pasada noche. No estaba segura de quién había disfrutado más de la experiencia, si él o ella, pero fuese como fuese, sabía que no podría volver a pensar en el sexo de la misma forma que antes.

Cameron no hacía nada sin antes consultárselo, sin asegurarse de que ella también quería probarlo y sobre todo, que lo disfrutaba.

Y a juzgar por los gritos que salieron de su boca la noche anterior y que la dejó casi afónica, no había manera de ocultar su propia satisfacción.

Por dios, ese hombre la estaba convirtiendo en una adicta al sexo y solo podía admitir que le encantaba.

Echó un vistazo a la ventana al escuchar la lluvia repicando ahora con más fuerza contra el cristal.

La mañana había llegado con los cielos plomizos, un presagio de lo que se avecinaba y que se hizo realidad cuando empezaron a caer las primeras gotas y poco después se había cerrado de lluvia.

Era un momento perfecto para quedarse dentro de casa y disfrutar de más tiempo juntos, pero también por separado. Su marido quería asegurarse de que las cosas marchaban bien en la empresa, así que lo había dejado al teléfono en el salón y ella se había venido al estudio.

—Yo también debería de llamar a casa —se dijo. Soltó un suspiro al pensar en tener que coger el teléfono o utilizar el ordenador para hacerles una videollamada.

Miró el portátil que descansaba en una esquina del escritorio en el que había estado dando rienda suelta a su creatividad e hizo una mueca.

Cameron le había dicho que podía utilizarlo cuando quisiera, le enseñó la contraseña para desbloquearlo y le dio vía libre; el que confiase en ella de esa manera la había calentado por dentro.

Si bien no habían vuelto a hablar sobre su familia desde que llegaron, estaba claro que antes o después tendrían que abordar también ese tema y hacer algo al respecto.

Su madre tenía que estar tirándose de los pelos después de la última conversación que habían tenido, sobre todo porque no había vuelto a llamarla. Su padre solía ser más pragmático, como solía decirle en ocasiones: *«Las malas noticias suelen llegar antes que las buenas, así que si no hay noticias, quiere decir que todo está bien»*.

Y que razón tenía.

Le echó un nuevo vistazo a su dibujo de la polla voladora, lo delineó una vez más con el rotulador y lo firmó con rapidez.

—Listo. Ya tienes una maravillosa obra de arte para tu despacho, Cam —canturreó

divertida.

Se dejó caer en el asiento, satisfecha con el resultado y mirando el ordenador de manera soslayada.

—Debería al menos hablarles de la recepción… —murmuró para sí.

En cuanto se corriese la voz de quién era la esposa del Alto Hechicero de Dublín, sin duda también les afectaría a ellos. Y no quería que el aquelarre metiese las narices en la vida de sus padres, bastante habían tenido ya al ver como consideraban a su hija como una paria dentro de su propia comunidad.

—Esto habría sido más fácil si él hubiese sido panadero, cocinero o gestor —resopló pasándose las manos por el pelo, desordenándolo completamente antes de subirse las gafas sobre el puente de la nariz—. Pero no, tenía que enamorarme de todo un hechicero.

Y cada día que pasaba, sentía que se enamoraba un poquito más de él, de la persona que se ocultaba debajo del perfil de hombre de negocios.

—No sigas procrastinando, Allie, las cosas no se solucionarán por sí solas.

Tomada la decisión, cogió el ordenador, desbloqueó el acceso y puso en marcha el software de videollamada para contactar con sus padres.

—Espero que no les dé una apoplejía cuando les diga que estoy de luna de miel… —murmuró para sí mientras esperaba a que alguien descolgase la llamada desde el otro lado.

Estaba a punto de darse por vencida cuando la pantalla cambió y apareció el rostro de su padre en primera plana.

—Hola, papá, soy yo.

—Por supuesto que eres tú. —Su padre, tan pragmático como siempre, pensó al tiempo que hacía un mohín—. Ese no es tu piso.

Brian Reid no se andaba con vueltas, nada escapaba a su ojo de halcón, ni siquiera su propia hija.

—No, estoy en la casa de… —Se detuvo en seco e hizo una mueca. Cameron no hacía más que repetirle una y otra vez que el cottage era también su casa, de los dos—. Estamos pasando unos días en una de las propiedades de mi marido fuera de Dublín.

—¿Tu marido o tu pareja? —La voz de su padre no podía ser más elocuente. Él era, con toda probabilidad, uno de los hombres que mejor conocía los engranajes del aquelarre y su funcionamiento como sociedad.

Tres, dos, uno… Levantó la mano en la que lucía su alianza de bodas.

—Las dos cosas —agitó el dedo—. Nos casamos legalmente el pasado lunes.

—Tu madre va a poner el grito en el cielo, lo sabes, ¿no? —chasqueó el hombre, pero sus ojos brillaban con algo parecido al orgullo—. Siempre ha querido verte vestida de novia y…

—Y lo hará.

Allison se giró al escuchar la voz de su marido. Cameron cruzó en ese momento el umbral de la puerta.

—¿Debo suponer que es mi yerno? —La ironía en la voz de su progenitor la hizo poner los ojos en blanco.

—El mismo… —musitó ella, levantó un dedo pidiéndole a su padre que esperara y extendió la mano hacia el hechicero. Si quería o no acercarse, tendría que decirlo él.

No la decepcionó. Cogió su mano en la de él y se la llevó a los labios, para besarle los nudillos antes de apoyarse en el respaldo de la silla e inclinarse lo suficiente para entrar en el encuadre de la cámara.

—Habría preferido que nuestro primer encuentro fuese cara a cara, pero me alegra poder conocerle finalmente, señor. —Y ahí estaban los impecables modales de su jefe, se dijo mientras ladeaba la cabeza para mirarle.

—Brian Reid… —señaló la pantalla y luego a su marido—, Cameron McNamara.

—El infame marido hechicero de mi hija.

—No sé si infame, pero sí soy su marido y su pareja —admitió el aludido con voz neutral —. Y no podría haber encontrado mejor bruja para ese puesto.

El hombre al otro lado de la pantalla no dijo nada durante un buen rato, se limitó a mirarles casi sin parpadear.

—¿Papá? ¿Sigues ahí?

No era la primera vez que la conexión se quedaba congelada, pero tan pronto como pronunció la última palabra, el hombre dejó escapar un suspiro y cuando volvió a hablar, lo hizo con su habitual humor.

—Tienes mucha razón, joven, no podrías encontrar una bruja mejor que la que tienes ahora mismo a tu lado —declaró con rotundidad, entonces se dirigió a ella—. Será mejor que te vayas preparando, Allie, tu madre lleva toda la semana amenazando con ir a Dublín. No se fía de que su *bebé* esté a salvo en manos de un *Alto Hechicero*.

Puso los ojos en blanco ante la manera en que se refirió a ella, pero la advertencia no era algo nuevo. Conocía bien a su madre y sabía lo protectora que podía llegar a ser, aun cuando fingiese todo lo contrario.

—Nunca he estado en mejores manos —replicó y lo dijo con total convencimiento.

—Eso puedo verlo, hija, eso puedo verlo.

Su padre era una de las pocas personas que podía ver a través de ella, que sabía o intuía cuando estaba bien o estaba mal, pero al contrario que su madre, él no la agobiaba, dejaba que se hiciese cargo de sus propios problemas.

—Quizás deberíamos hacerles a tus padres la visita de la que hablamos —mencionó Cam volviéndose hacia ella—. Dadas las circunstancias, considero que sería lo más correcto

presentarme a ellos personalmente, ¿no te parece?

—Me parece una idea de lo más sensata, sobre todo dada la sorpresa que Allison nos dio con su reciente matrimonio —admitió su padre y no tardó en poner fecha—. El jueves tenemos barbacoa. Pondremos dos platos más en la mesa.

—Eso es un *«o vienes a comer o te lo guardaré durante el resto de tu vida»* —susurró ella volviéndose hacia el hombre a su espalda.

—Me lo puedo imaginar —confirmó su marido con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. Procuraremos ser puntuales.

El hombre asintió conforme con aquella respuesta, entonces ladeó la cabeza y se giró, como si hubiese escuchado algo.

—Tu madre acaba de llegar —le informó y volvió a mirar la pantalla—. Preparaos. Los dos. Sois los únicos responsables, así que a ver como lo arregláis.

Todo un detalle por parte de su padre advertirles.

—Arlene, tengo a Allison en el ordenador. Está con su marido.

Bolsas cayendo al suelo, sonido de tacones corriendo y el borrón que convirtió en la cara de su madre entrando en el ángulo de la cama.

—¡Allison Lilian Reid…!

—*McNamara* —respondieron tanto ella como Cameron al mismo tiempo, lo que hizo que su padre estallase en una inesperada carcajada.

—¿…dónde demonios has estado metida? —Su madre ignoró la acotación y paseó la mirada sobre ella y su acompañante—. Y usted debe de ser el infame hechicero.

Su padre siguió riendo para bochorno suyo.

—Papá, por favor… —susurró.

—Ah, no, esto es cosa vuestra, muchachos —aseguró el hombre—. Si hubieseis hecho las cosas como debíais, no tendríais ahora mismo estos problemas.

—Soy Cameron McNamara, señora Reid —intervino su marido con su habitual aplomo—. Es un placer poder conocerla finalmente y me disculpo por las formas, así como el momento en cuestión.

Si algo valoraba su madre era una buena educación.

—Allison acababa de informarme que se ha casado legalmente con Cameron…

Su padre quería verla sudar, eso era un hecho.

—¿Qué? —A su madre casi le saltan los ojos de las órbitas—. ¿Os habéis casado?

No le quedó más remedio que levantar la mano con su alianza.

—De manera oficial —admitió y esperó escuchar el grito de su madre, pero este nunca llegó.

Y eso era mucho peor.

No había nada más aterrador que el silencio y la seriedad en el rostro de Arlene Reid.

—Quería asegurarme de que Allison estaba protegida legalmente ante el aquelarre y llevaba mi apellido de modo que nadie cuestione el vínculo que tengo con esta bruja —añadió Cameron con su habitual seriedad—. Entiendo que puede resultar un movimiento repentino e incluso egoísta por mi parte y me disculpo por ello, pero si Allison todavía lo desea, celebraremos una boda en condiciones en compañía de nuestras familias y amigos más allegados.

Hubo un largo momento de silencio en el que llegó a pensar que su madre cortaría la llamada, pero entonces su padre le puso la mano en el hombro y le sonrió de una manera íntima que había visto alguna que otra vez entre ellos.

La mujer asintió y dejó escapar lentamente el aire.

—Vendrán a comer el jueves —escuchó que le susurraba su padre.

Aquello fue como música celestial para los oídos de su madre, quién alternó la mirada entre uno y otro para clavarla finalmente en ella.

—Sí —confirmó ella—. Papá nos invitó y Cam quiere conoceros en persona, así que… iremos a comer el jueves.

Y que dios los cogiese confesados.

—Bien, supongo que lo que está hecho, hecho está —afirmó la mujer, entonces los recorrió a ambos con la mirada y algo cambió en sus ojos—. Eres feliz.

La admisión de su madre la sorprendió, pero asintió.

No era algo que pensase ocultar.

—Sí, lo soy —aceptó y notó la mano de su marido apretándole suavemente el hombro—. Puede que todo haya sido algo precipitado, pero… ha salido bien —Levantó la cabeza y se encontró con los ojos verdes de su marido—. ¿Verdad?

—Mejor de lo que podría haberme imaginado —asintió con su habitual franqueza y, para su sorpresa, la besó en los labios. No fue un beso carnal y tórrido, como los que solían compartir, pero lo sintió hasta lo más hondo de sí misma—. De verdad.

Por dios, ¿cómo no podía amar a ese hombre cuando le decía cosas así?

Un carraspeo del otro lado de la pantalla los devolvió a la llamada.

Las expresiones de sus padres bailaban entre la sorpresa, la sospecha y la tranquilidad, como si acabasen de ver algo que les quitase un peso de encima.

Ahora fue ella la que carraspeó, buscando la manera de continuar y hablar del motivo por el que los había llamado para empezar.

—Y ya que estamos hablando de todo un poco, quería poneros sobre aviso de que el patriarcado del aquelarre me ha convocado —declaró con firmeza—, a los dos, de hecho.

—¿Cómo que te ha convocado? ¿Para qué? —Su madre frunció el ceño y empezó a mascullar por lo bajo—. Es que no les ha llegado con la última humillación a la que la

sometieron. Cómo se atreven…

Su padre apretó la mano de su esposa y negó con la cabeza antes de volverse de nuevo hacia la pantalla.

—Si el *Alto Hechicero* del aquelarre ha sellado el vínculo de pareja con una bruja, entiendo que querrán que esta sea presentada ante los cabezas de las primeras familias. —Su padre estaba bien versado en los antiguos protocolos, así que no le sorprendió que diese en el clavo.

—Así es —corroboró Cameron—. Nos han enviado una carta con uno de sus emisarios convocándonos a una celebración para el treinta de septiembre.

El hombre entrecerró los ojos a través de la pantalla y leyó a su marido con total claridad.

—No les has revelado todavía el nombre de tu esposa.

—No. —Su marido parecía tan tranquilo como su padre. De hecho, parecían comunicarse con la mirada sin necesidad de nada más—. Y después de escuchar la experiencia que tuvo mi esposa con el cabeza de familia de cierto patriarcado, me inclino a seguir manteniendo, al menos para ellos, el misterio hasta la misma recepción. Eso en caso de que Allie decida asistir. Es su decisión presentarse ante el aquelarre o no.

—Entiendo.

—Y hay otra cosa… —añadió ella—. Un par de ellas, en realidad y esperaba que mamá o tú pudieseis darme alguna idea.

—¿De qué se trata? —Arlene la miró con curiosidad.

—Supongo que la mejor manera de hacer esto es enseñándolo —murmuró al tiempo que levantaba la mano derecha y replicaba un ejercicio en el que había practicado en sus ratos libres; algo mucho más sencillo de hacer que un conejo saltarín o un pájaro emprendiendo el vuelo. Tras unos segundos de concentración logró dar vida a unos hilos de magia que se fueron entretejiendo hasta formar una pequeña estrella de copo de nieve—. ¿Sabéis si alguien en nuestra familia, si alguno de nuestros más lejanos antepasados, tenía la habilidad de tejer magia?

—Cristo. —Su madre fue muy elocuente en su respuesta.

—Que el diablo me lleve… —Su padre no se quedaba atrás, pero al menos él reaccionó mucho más rápido—. Pensé que nunca llegaría a presenciar este momento.

La voz le tembló al decir esas palabras y vio la emoción brillando momentáneamente en sus ojos. Ella sabía mejor que nadie la lucha que habían protagonizado esos dos para sacarla adelante, para darle una educación completa aun cuando no podía ser igual que otros niños de la comunidad y lo que significaba el verla hacer esto ahora.

—Las tejedoras llevan siglos sin manifestarse en los aquelarres irlandeses —continuó él, parpadeando un par de veces para romper el embrujo de aquel momento—, es un legado que heredan solo las mujeres de ciertas familias. Tu madre desciende de una de esas familias, pero ella, al igual que sus antepasados, no llegaron a manifestar esa clase de magia.

—Las *Fíodóir* son muy raras, pueden pasar generaciones y generaciones hasta que se manifieste el don —afirmó su madre, quién se dejó caer en el asiento que tenía detrás de ella—. Mi abuela decía que ella descendía de la última de las tejedoras de Leinster, de una de las grandes brujas de Tara.

—Allison es una bruja sensitiva con los dones de una tejedora de magia —concretó Cameron, completando la información que ella les había ofrecido—. Su poder es el de una *Alta Hechicera*. El vínculo a través del que fluye mi caudal hacia ella, ha tenido que derivar lo que quiera que estuviese impidiendo ese acceso y ahora cuenta con su propia magia, la cual está aprendiendo a dominar.

—Eres una tejedora, una *Fíodóir*. —Su madre no podía dejar de mirar la estrella de nieve que todavía levitaba en su mano—. La última del linaje de Leinster. Si esto no es un milagro, no sé qué lo es.

—Es el destino haciendo justicia —replicó su padre con rotundidad—. Justicia para una de sus brujas.

El orgullo en la voz de su progenitor hizo que se le empañasen los ojos, así que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dejar escapar las lágrimas.

Parpadeó un par de veces y dejó que la estrella de nieve estallase en una nube de polvo.

—Bueno, esto es algo que me pasa mucho, sobre todo cuando mi concentración se va de rositas —mencionó ella con lo que esperase fuese un tono cómico—. Que conste que sigo trabajando en ello.

—Doy fe —asintió su marido.

Allison intercambió un par de frases más con sus padres, prometió varias veces que llegarían a su hora a la barbacoa del jueves, cosa que su acompañante corroboró y después de una cálida despedida, bajó la tapa del ordenador con un largo suspiro.

—Estoy tan cansada como si me hubiese pasado varias horas entrenando junto a la cascada —aseguró dejando caer la cabeza hacia atrás.

—El estrés causa ese efecto, brujita —replicó Cameron, pero sus ojos no estaban puestos en ella, sino en algo que había sobre la mesa—. ¿Qué es esto?

Se volvió y sonrió al ver que era lo que él cogía.

—Es la infame polla voladora.

—Le has puesto ojos —señaló con cierta comicidad.

—Tú no llegaste a ver en toda su gloria la obra de arte que me habían dejado en la puerta —declaró con rotundidad—, pero tenía ojos.

—Ya veo.

—Es para tu oficina.

—¿Perdona?

—Es un *Allison McNamara* único, no encontrará otra pieza de arte igual en toda Irlanda, caballero —le dijo mientras imitaba a una profesional del arte—. Será la envidia de toda la alta sociedad… Ya no digamos del patriarcado.

—¿Y dónde me sugieres que debería colgar tamaña maravilla?

—En tu despacho, por supuesto, en la columna que hay entre las ventanas, para que sea lo primero que vean cuando entren en tu oficina —aseguró describiendo el lugar a la perfección—. Te aseguro que una vez que vean eso, se olvidarán de inmediato del motivo que los llevó allí.

—Pequeña bruja malvada.

—Esa soy yo.

—Me gusta —admitió levantando el papel—. Haré que mi secretaria le busque un marco y lo cuelgue en mi oficina.

—Estoy segura de que estará encantada de hacerle ese favor, señor McNamara —se burló, quitándole el dibujo de las manos y devolviéndolo sobre la mesa para envolver a continuación los brazos alrededor de su cuello—. Gracias por echarme un cable con eso.

—Debí de llamar antes a la puerta para decirte que estaba aquí —respondió él—. No tengo por costumbre escuchar conversaciones ajenas.

—Dada la naturaleza de esta llamada, agradezco que entrases y me salvases el culo.

—Ya sabes lo mucho que me gusta tu culo.

—Ajá… —Asintió con la cabeza y se pegó contra él—. Lo sé muy, pero que muy bien.

Tiró de él hacia abajo y lo besó, degustando sus labios tan solo un momento.

—Y, Cam.

—Dime.

—¿Estás seguro de que quieres celebrar una boda? —preguntó y se separó para poder mirarle a la cara—. ¿*Tú* quieres celebrarla?

Porque aquello se trataba de los dos, no solo de ella o de sus deseos.

Lo fácil sería ser egoísta, dejarse guiar por sus propias emociones y hacer realidad sus deseos, ¿pero qué pasaba con los de él? ¿Qué quería él?

—¿Alguna vez tuviste en mente casarte? Y me refiero a una boda de verdad, a un deseo propio, no a lo que se espere de ti o lo que quieran los demás.

—Me pasé buena parte de mi vida escuchando cómo sería mi vida cuando llegase al límite de mi caudal, sabía que tendría que tomar una decisión y seguir adelante en consecuencia, así que decidí que haría las cosas a mi manera —respondió con su habitual franqueza—. En ningún momento se me pasó por la cabeza que las cosas pudiesen terminar de este modo, contigo como mi pareja y mi esposa. Y sin embargo, a día de hoy y conociéndote un poco más, sabiendo la clase de bruja que hay debajo del uniforme de secretaria tras el que te escudas cada día, no cambiaría ni una coma de lo que ha ocurrido.

Deslizó las manos desde sus caderas y la envolvió con los brazos, ciñéndola de nuevo a él.

—Tú eres un camino distinto al que tenía en mente, así que ninguna de las ideas preconcebidas que me formé en su momento encajan ahora —aseguró con gesto pensativo—. Pero… Si una boda significa verte vestida de novia y saber que voy a poder quitarte ese vestido y disfrutar con lo que encontraré debajo… Sí, quiero una boda.

—Siempre tan romántico…

Él sonrió y se inclinó para susurrarle al oído.

—No pierdas la esperanza, Allie, algún día te sorprenderé diciéndote… algo más.

Parpadeó ante esas inesperadas palabras, ladeó el rostro y se encontró con sus ojos verdes brillando con la magia que habitaba en su interior.

—Por suerte para ti, la esperanza no es algo que esté dispuesta a perder.

—Bien —sentenció antes de besarla con su acostumbrada pasión, la única capaz de volarle el cerebro y hacer que se olvidase de todo, excepto del placer que encontraba en los brazos de ese hombre.

POLLA VOLADORA
by Kelly Dreams

CAPÍTULO 31

Seguía lloviendo.

Cameron echó un vistazo por encima del hombro para ver a Allie durmiendo en el sofá.

Se había acurrucado con un libro y juraría que no había terminado ni un capítulo cuando se quedó frita.

El estrés de la llamada a sus padres se había unido al agotamiento causado por el continuo uso de su magia y sus sesiones de cama. La ocupada semana le había pasado factura y era lógico que antes o después sucumbiera al sueño.

Se había tomado muy en serio el aprender a encauzar y dominar su magia. No importaba lo mucho que le costara, si no le salía a la primera lo intentaba una y otra vez hasta que se acercase lo bastante al resultado que quería. Era una alumna curiosa y con ganas de aprender, de explorar todo lo que el poder que ahora fluía en su interior pudiese darle, una bruja hambrienta de todo lo que se le había negado hasta ahora.

—Una tejedora…

La información que les brindaron los Reid arrojaba luz sobre muchas dudas, confirmaba alguna de sus teorías y también desvelaba una genealogía en la que ni siquiera había pensado.

Era muy probable que su esposa fuese descendiente de las *Grandes Brujas* de Tara; las primeras brujas y madres de los aquelarres primigenios de Éire. Su poder crecía con cada día que pasaba, podía sentirlo a través del vínculo con el que compartía el caudal y sabía que no solo era una *Alta Hechicera*, sino que con entrenamiento y experiencia, llegaría a ser incluso más poderosa de lo que lo era él.

Una hechicera que no dudó un segundo en regalarle una particular obra de arte.

—La polla voladora.

Sonrió para sí y sacudió la cabeza al recordar la caricatura de un falo con ojos y alas.

Su brujita malvada.

Dejó la columna en la que se estaba apoyando mientras la miraba y salió al porche.

Le gustaban los días lluviosos, había algo apacible en la manera en la que caía la lluvia, en el aroma que quedaba en el aire, impregnado por todos los aromas procedentes del valle.

Se apoyó en la barandilla y aprovechó ese momento de quietud para pensar en todo lo que se había juntado sobre su mesa.

La conversación que había mantenido con Connor esa mañana había ido más allá de los temas de empresa o de cómo estaba llevando su nueva vida en pareja.

La matriarca de los McNamara estaba detrás de la celebración a la que los había invitado el aquelarre.

En circunstancias normales habría sido suficiente con presentarse en el círculo, decirles que se había casado con Allison, que era su compañera y acto seguido olvidarse del asunto. Su negativa a hacerlo, a darles prioridad sobre sus propias necesidades y sobre todo, a no desvelar la identidad de su mujer a las matriarcas de su casa, había sido un abierto desafío a la autoridad de Erin McNamara y su condición como cabeza de familia.

Un título que dejó de corresponderle en el mismo instante en el que él alcanzó la mayoría de edad, pero al que la mujer parecía estar demasiado apegada.

Esto no era otra cosa que un ejercicio de poder, de mostrar que, como miembro del patriarcado, seguía ostentando el poder de los McNamara y tenía bajo su cuidado a uno de los *Altos Hechiceros* de Irlanda.

Su abuela le estaba echando un pulso, incluso había utilizado a su madre para ello, la cual, según su hermano, estaba hecha un basilisco porque su suegra le había usurpado el honor que le correspondía a ella.

Estaba harto de estos juegos, de los tejemanejes que se daban en el aquelarre y que coartaban la libertad de aquellos que estaban a su amparo. Sus métodos se habían quedado obsoletos, su presencia en los tiempos actuales era más un lastre que un progreso, hacía falta un cambio, pero dadas las raíces de su comunidad, no creía que fuese a llegar demasiado pronto.

Tal y como él lo veía, solo había una manera de dejar atrás todo aquello, pero tomar esa decisión significaba hacer sacrificios. Y las consecuencias no solo caerían sobre él.

Sacudió la cabeza y se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros de dónde extrajo el teléfono móvil.

Buscó en la agenda el número al que no había llamado en meses y se preparó para cualquier tipo de respuesta.

—Hola, papá —dijo antes de que su progenitor dijese una sola palabra.

—Cameron. —Escuchó su nombre con la voz grave y un poco rasgada de su padre—. ¿Qué puedo hacer por ti, hijo?

Ese era Dugan McNamara.

No se habían visto en meses, no había hablado con él desde mucho antes del episodio que lo llevó a vincularse con Allison, no de la manera en que solían hacerlo, pero eso no importaba. No a ese hombre.

Para el McNamara, como le conocían en el aquelarre, no había nada que fuese blanco o negro, era de los que preferían una buena gama de grises. Nadie estaba por encima de nadie, la valía de cada individuo la medía por sus logros, no por quién era o de dónde venía y era algo que había inculcado a sus dos hijos.

Eso y la sinceridad.

Cameron podría haberse casado con una vagabunda y él no habría dicho una palabra al respecto.

Dugan creía en las elecciones personales, en que cada uno debía hacerse cargo de sus decisiones y de sus errores y ser consecuente con sus elecciones. Por supuesto, si sus hijos o su pareja le necesitaban, era el primero en estar ahí para apoyarles, para escucharles y aconsejarles en caso de ser necesario, pero no metía las narices dónde no le llamaban.

Y ese era el motivo por el que lo había llamado ahora a él.

—Me vendría bien un poco de orientación —le dijo sin andarse por las ramas—. Imagino que estás al tanto de lo que está haciendo el aquelarre.

—Entiendo que lo dices por el circo que han montado esos inútiles.

Sí, su padre tampoco le tenía mucho cariño a los patriarcas. De hecho, había declinado formar parte del círculo cuando se lo habían propuesto.

—Recibí una convocatoria formal del coven en la que prácticamente me ordena que presente a mi esposa delante de toda la comunidad —le informó—. Y esta mañana hablé con Connor, el cual ha arrojado un poco de luz a este inusual proceder. Por lo que parece, Erin no acepta que su reinado ha terminado.

Le oyó chasquear la lengua en respuesta, entonces un profundo gruñido.

—Esa mujer vive por y para las antiguas tradiciones —replicó y su tono se endureció un poco más. Escuchar a su padre llamar «esa mujer» a su propia madre no hacía más que confirmar que su padre estaba cansado de los teje maneje de la matriarca—. Todos esos cabezas huecas del patriarcado siguen enterrados en el pasado a pesar de que el mundo sigue avanzando. La comunidad hechicera necesita sangre nueva y una renovación estructural.

Algo que no llegaría fácilmente y ambos lo sabían.

—Y bien, ¿qué has decidido hacer con respecto a esa invitación? —Fue directo al asunto que los ocupaba.

—No estoy seguro —confesó y añadió—. Le pregunté a mi esposa qué deseaba ella, después de todo, es el motivo por el que están haciendo todo esto y su respuesta me reveló algunas cosas que hacen que me incline a tomar una drástica decisión.

—¿Fueron sus palabras o ella la que te ha llevado a pensar en tomar esa decisión?

Una buena pregunta, sin duda.

Y la respuesta empezaba a presentarse más y más clara con cada día que pasaba.

—Soy consciente de que cometí una enorme imprudencia…

—Yo lo llamaría estupidez —afirmó su padre, pero no había censura en su voz, solo pragmatismo.

—Me comporté como un crío, lo admito.

—Si tú eres consciente de ello, no tengo nada que decir al respecto, Cam —aseguró con paciencia—. Sabes que cometiste una imprudencia y te has hecho cargo de las consecuencias. No tengo nada que reprocharte.

—Supongo que las cosas podrían haber salido mucho peor de lo que salieron en realidad —admitió levantando la cabeza y mirando la hilera de gotas de agua que caía de la viga superior —. Ella no es lo que esperaba, no se parece en nada al tipo de mujer con el que creí que terminaría antes o después. Ni siquiera mientras la buscaba…

—Tu madre y tu hermano me han dado distintas versiones de lo ocurrido. —No le pasó por alto la comicidad en su voz—. Deidre tenía mucho que decir al respecto.

—Estoy seguro —resopló.

—Lo creas o no, solo quiere lo mejor para ti.

—Su concepto y el mío sobre eso difieren bastante, papá.

—Está preocupada porque hayas podido terminar con una mujer a la que no puedas amar.

Y aquello era lo último que esperaba escuchar de boca de su madre.

—Y el hecho de no conocerla todavía la tiene en vilo —añadió con lo que parecía una risita-

—En realidad sí la conoce, todos la conocéis… —admitió con un profundo suspiro—. Has tenido que verla tú mismo la última vez que viniste a verme a la empresa. Trabaja conmigo.

—El mundo es un pañuelo —le dijo y añadió—. ¿Me vas a hacer adivinar a mí también?

—Te la pondría al teléfono, pero está frita en el sofá —admitió echando un vistazo por encima del hombro al interior de la casa, a pesar de que desde ese punto no podía verla—. ¿Recuerdas a mi eficiente y seria secretaria?

—¿La señorita Reid?

—Ahora es McNamara —corrigió, lo cual se estaba convirtiendo en una costumbre—. Allison McNamara.

—La bruja nula del aquelarre… —Su padre dejó escapar un largo suspiro—. ¿Vuestro vínculo…?

—Firme como una roca —confirmó. Aquel era otro de los misterios a los que no sabía si alguna vez podría dar respuesta—. Aceptó mi caudal y ya lo ha hecho suyo.

—No creo que nunca haya ocurrido algo ni remotamente parecido. —Había más curiosidad que sorpresa en la voz de su padre.

—Y todavía no lo has oído todo —le dijo antes de añadir—. Allison es una tejedora. Una bruja sensitiva. Hasta dónde hemos podido averiguar, después de hablar con su familia, es posible que descienda de la línea de las matriarcas de Tara.

Un largo silbido atravesó la línea.

—Cameron, estás hablando de una *Alta Hechicera*. —La rotundidad en la voz del

McNamara no dejaba lugar a dudas.

—Lo es —corroboró—. Si bien todavía está aprendiendo sobre sus dones, a cómo usar su magia y contenerla. El poder que corre por sus venas tiene el potencial de hacerse más y más grande. No creo equivocarme al decir que podría llegar a convertirse en una de las brujas más poderosas del aquelarre.

—Entiendo.

Hubo un momento de silencio, como si su progenitor estuviese cavilando sobre lo que le acababa de decir.

—Entonces, la encantadora bruja que se ha convertido en mi nuera, ya estaba en tu vida incluso antes de que la reclamases. —Fue lo próximo que escuchó—. Que interesante.

—Supongo que podrías verlo de ese modo.

—¿No te gusta?

—No puedo quitarle las manos de encima.

El viejo soltó una carcajada en respuesta, algo poco usual en él.

—Lo creas o no, ese es un buen comienzo para un matrimonio, Cameron —aseguró con la risa todavía presente en su voz—. Lo demás… llegará con el tiempo, si es que no está ya en camino.

No pudo responder a eso.

—Ella es muy distinta a la mujer que lleva años trabajando en la mesa contigua a mi oficina —aseguró—. La bruja que hay debajo de ese uniforme, la chica a la que estoy conociendo estos días es todo lo contrario a lo que esperarías ver a mi lado.

—¿Yo o tu madre? —Ese era su padre, directo como una bala—. Eres tú el que tiene que verla a tu lado, decidir si es la mujer que quieres que te acompañe el resto de tu vida o solo durante un rato. La vida es muy larga para pasarla con una mujer a la que ni siquiera quieres echarle un polvo, Cam.

—No tengo ese problema.

—En ese caso, solo tienes que decidir cómo quieres que sea tu vida, cómo deseas vivir el futuro junto a tu esposa —concluyó su padre—. Tienes el poder en tus manos, así que úsalo con sabiduría. Decidas lo que decidas, te apoyaremos.

Sus palabras fueron lo que necesitaba oír, lo que de vez en cuando un hijo necesitaba saber de sus padres.

—Lo haré —aceptó con su habitual rotundidad—. Gracias por estar ahí.

—Soy tu padre, Cam, siempre estaré aquí cada vez que necesites consejo o solo hablar con alguien más —confirmó, entonces añadió—. Espero que mi nuera y tú nos hagáis pronto una visita. Tu madre se llevará una enorme sorpresa y, lo creas o no, quizá te sorprenda su respuesta ante tu elección.

—Nos pasaremos antes de la fiesta del aquelarre —prometió—. Intenta contener a Deidre hasta entonces. Amordázala si es necesario.

—Um… creo que dejaré que siga hirviendo un poco más en su impaciencia y continúe con sus elucubraciones —aseguró y parecía divertido con el pensamiento—. Avísame cuando vayáis a venir, la sorprenderé entonces con la noticia.

Sacudió la cabeza ante la vena marital y vengativa de su padre.

—Lo haré —confirmó.

Se despidió y cortó la llamada, devolviendo el teléfono al bolsillo de su pantalón.

Seguía lloviendo y no tenía pinta de que parase pronto.

Le dio la espalda a la lluvia y volvió al calor y la comodidad del hogar dónde le esperaba su dormida esposa.

CAPÍTULO 32

—No te preocupes por ellos, estarán bien.

Allison aceptó el vaso de limonada que acababa de servirle su madre y le dio un largo sorbo mientras veía a su marido charlar animadamente con su padre a través de la ventana de la cocina.

Los dos hombres parecían enfrascados en alguna especie de pelea con la carne de la parrilla, como si fuese una cuestión de vida o muerte ganarle a los chuletones. Era extraño verlos así, bebiéndose una *Guinness* y hablando como si fuesen viejos conocidos, cuando era la primera vez que se veían cara a cara.

—Tu padre no ha dejado su cerveza, lo que quiere decir que está cómodo en la compañía de tu marido —señaló y añadió—. Y le ha permitido incluso darle la vuelta a la carne, eso ya de por sí es un milagro.

Sonrió ante el asombro que escuchó en la voz de su madre, pues era la verdad.

Como todo buen estadounidense, para su padre el atender una barbacoa era un deber sagrado. Jamás le había permitido a nadie tocar sus costillas, hamburguesas o darle siquiera vuelta a la carne.

—Eso es verdad —admitió en voz alta y les dio finalmente la espalda para volver a la pequeña isla sobre la que su madre había estado sazonando la ensalada y terminando de hacer el puré de patata—. La barbacoa es sagrada para Brian Reid.

—Cameron parece un hombre agradable —mencionó su madre, entonces la miró de soslayo y la apuntó con la cuchara de madera que acababa de recuperar—. Pero todavía no os perdono a ninguno de los dos que os hayáis casado de esa manera. Sin decir nada a nadie. Y en el ayuntamiento, además.

Hizo una mueca ante el recordatorio de su madre.

Arlene Reid era capaz de recordarle esa falta a sus ojos durante el resto de su vida.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar hacia la ventana, viendo ahora a su padre reír a carcajadas mientras Cam curvaba los labios de esa manera tan suya.

—Me lo pidió, ¿sabes? —Murmuró y, quizá por primera vez en mucho tiempo, compartió algo propio con su madre—. No es el hombre más romántico del mundo, pero lo intenta. Se

esfuerza por mostrarse como es en realidad, por encontrar la manera de hacer las cosas bien. Puede que fuese una proposición un poco torpe y rocambolesca, pero me dio la oportunidad de decirle que sí y ese momento se ha convertido en uno de los más bonitos en mi vida.

—Le quieres.

No era una pregunta y no fingió que no sabía de qué le estaba hablando.

Asintió sin reservas.

—Llevo años enamorada de él, viéndolo desde la distancia, pensando en lo que podría ser sabiendo que solo eran ilusiones vacías. Me enamoré del hombre al que veía cada día en la oficina, el cual no me veía a mí. No realmente. —Sacudió la cabeza y añadió—. En estos últimos diez días he conocido a la persona que hay detrás del traje, al hechicero con una paciencia infinita para enseñar a una torpe bruja a usar su magia. A un hombre al que le encanta meterse en la cocina y es capaz de hacer una comida decente con un puñado de ingredientes. A quien no le importa sentarse en un sofá y trabajar un rato en el ordenador mientras leo. Me he vuelto a enamorar y cada día que pasa siento que lo hago un poco más.

—Desde que nos dijeron que no tendrías acceso a tu magia, que nunca conocerías esa parte de tu herencia, quisimos que tuvieses las herramientas necesarias para abrirte paso en la vida, que pudieses elegir el camino que querías seguir… —De todas las posibles respuestas que podía recibir de su madre, esa no era una que esperase—. Por encima de todo, tanto tu padre como yo queríamos que fueses feliz, pero esa felicidad parecía serte esquiva, nunca la vi en tu rostro… —Tras limpiarse las manos en el delantal, le acunó la cara—, no de la manera en que la veo ahora. Y si él es el hombre que la ha puesto ahí, solo puedo agradecer al destino que lo haya puesto en tu camino, sea cual sea la manera en la que lo haya hecho. —La mujer parpadeó para alejar las lágrimas que le brillaban en los ojos—. Pero todavía sigo enfadada por haberme perdido tu boda.

Se rio, no pudo evitarlo, esta era su madre en toda su gloria.

—No te la has perdido, mamá, todavía no la hemos celebrado —le cogió las manos y se las apretó—. De hecho, hemos acordado esperar hasta después de la celebración del aquelarre para ponernos con ello. Esta vez, lo haremos bien y tú estarás ahí para verlo.

La borrasca que había estado azotando la isla los últimos días les había mantenido tanto a Cameron como a ella en el interior de la casa y mayormente en la cama. No pensaba quejarse de ello, no cuando había pasado un tiempo delicioso haciendo todo tipo de cosas sucias y calientes de las que disfrutaron ambos.

Ese tipo de recogimiento también los llevó a hablar mucho, de todo y de nada, pero también de las cosas que iban dejando pendientes y que antes o después tendrían que concretar.

La luna de miel iba llegando a su fin y el próximo lunes su marido se reincorporaría al trabajo, lo que significaba que ella tendría que volver a la realidad y afrontar su nuevo papel como la señora de Cameron McNamara.

Después de discutir hasta la saciedad y amenazarle de maneras muy creativas, su marido había tirado la toalla dejando que se saliese con la suya. Al menos por el momento, le dijo, pero salir victoriosa de esa batalla le hacía sentir que seguía siendo dueña de su vida, que sus decisiones todavía eran suyas y su pareja las respetaba.

Cam también le habló de la conversación telefónica que había tenido con su padre, de lo que habían hablado y de su promesa de ir a visitarles antes de asistir al evento al que habían sido citados.

Y por primera vez le habló también como el *Alto Hechicero* de Dublín y no solo su marido.

Escuchó sus puntos de vista y se dio cuenta de que muchos de ellos coincidían con los propios. Ella no era la única que veía el deterioro de su comunidad, las clases elitistas firmemente enraizadas y la falta de avances hacia el futuro.

Entendía las repercusiones de todo lo que le había planteado y agradeció su sinceridad a la hora de plantearlas, de plantearle el futuro que les esperaba a ambos eligiesen lo que eligiesen a partir de ahora.

—¿Habéis pensado ya alguna fecha en especial?

La pregunta de su madre la sacó de sus pensamientos.

—¿Fecha?

—Para la boda —le recordó—. Conociéndote sé que querrás algo íntimo, pero incluso así hará falta tiempo para ir planeándolo todo. Por no hablar del vestido de novia, eso no puede esperar ni un minuto más.

Dejó escapar un largo suspiro y señaló hacia la ventana.

—Primero la barbacoa y ya después, con mucha, pero que mucha calma, nos ponemos a pensar en la boda, ¿vale?

—Allison. —Se llevó las manos a las caderas y entrecerró los ojos—. Si me dices que no vas a vestirte como una maldita novia, te desheredo.

Reprimió las ganas de echarse a reír.

—¿Tengo herencia?

—No juegues conmigo, Allison Lilian.

—Está bien, está bien —Levantó las manos y acto seguido se acercó a ella y le susurró algo en el oído que hizo que su madre la mirase como si le hubiese salido una segunda cabeza—. ¿De acuerdo?

—Estás loca.

—Sí, es algo que me he repetido mucho a mí misma últimamente —admitió y volvió a mirar hacia la ventana encontrándose con los ojos verdes de su marido a través del cristal, seguido de ese arqueo de ceja tan suyo. Sonrió y lo saludó con la mano, haciendo que él levantase la cerveza en respuesta y le articulase algo que la hizo soltar una carcajada.

—Ve a salvar a tu marido, tu padre ya ha empezado con sus batallitas —chasqueó la mujer a su lado, quién fruncía el ceño y meneaba la cabeza ante la enorme sonrisa de su propio marido.

—Ya voy, ya voy —admitió rodeando ya la isla para dirigirse a la puerta del salón, que era la que daba al jardín de atrás—. Y mamá, guárdame el secreto, ¿vale?

Su madre puso los ojos en blanco y volvió a menear la cabeza antes de sacudir la mano diciéndole que se fuera de una vez.

El soleado día que los había recibido esa mañana en Limerick seguía regalándoles un impactante cielo azul, aunque el aire venía ya lo bastante frío como para que le diesen ganas de acercarse a la barbacoa.

—¿Todo bien por ahí dentro? —Le preguntó en un susurro, enlazando su brazo libre alrededor de ella.

Asintió y se pegó a él con total naturalidad.

—Todo bien —admitió y dijo en voz alta—. Perdón por dejarte con el maníaco de las barbacoas, pero dado que cuentas con un extintor a mano, no me preocupé demasiado.

Cameron contuvo una sonrisa, mientras su padre fingía sentirse ofendido.

—Tu padre es un hombre lo bastante inteligente como para no atosigar a su yerno cuando acaba de conocerle —replicó este último con retintín—. Aunque eso no se aplica a su hija.

—¿No atosigarle? —Ahora fue ella la que tuvo que contener la risa—. Papá, solo te ha faltado explicarle, con una regla en la mano, la distancia exacta a la que hay que poner la panceta.

—Ya lo ha hecho.

Levantó la cabeza para mirar a su hombre.

—¿Y sigues vivo?

—Nunca se me ha ocurrido hacer la carne de esa manera, ha sido instructivo —admitió y lo decía en serio.

Ver para creer.

—Dime la verdad, estás pensando en dejar *McNamara´s* en manos de Connor y abrir tu propio restaurante —replicó con palpable ironía.

—Mi desesperación laboral todavía no ha llegado a esos límites, brujita.

—Mejor, porque ya has podido comprobar que soy una nulidad como ayudante de cocinas.

—No se te da tan mal.

—No. Hacer helados se me da de puta madre.

—Fuera de la cocina.

—Exactamente.

Una inesperada carcajada devolvió la atención de ambos a la barbacoa y a su padre, quién los miraba con los ojos chispeando de diversión.

—Alguien ha encontrado la horma de su zapato —mencionó mirándola ahora a ella.

Antes de que pudiera encontrar una respuesta adecuada, su madre apareció trayendo la ensalada y el puré para dejarla en la mesa que habían dispuesto en el jardín.

—¿Pero todavía no has terminado con la dichosa carne? —le regañó ella—. Deja de adorarla y ve poniéndola en la mesa. Allison, Cameron, sentaos.

Inteligente como era, se limitó a asentir e indicarle a su compañero que pusiese rumbo a la mesa. Si algo había aprendido en esta vida era a no meterse entre su madre y su padre cuando la primera llevaba las de ganar.

No podía recordar la última vez que había disfrutado de una comida en el jardín trasero de la casa de sus padres sin que hubiese una recua de invitados o tuviese a Arlene presentándole a todo brujo soltero del vecindario. Pero hoy, sentada junto a Cameron y viendo los rostros aliviados de las dos personas que habían hecho todo en la vida para darle una oportunidad de futuro, la disfrutó un montón.

Empezaba a caer la tarde cuando decidieron que había llegado la hora de poner fin a la velada. Tras prometerles a ambos que repetirían en otra ocasión y asegurarle a su madre que la llamaría para empezar con los preparativos de la boda, volvieron a casa y se quedaron un rato en el porche, viendo cómo se iba poniendo el sol sobre el valle.

—Voy a echar mucho de menos este lugar —confesó con un suspiro—. Tanto como me gusta Dublín, este sitio es… ya es parte de mí.

—Podemos venir los fines de semana —le sugirió apoyándose en la barandilla a su lado—. Y en vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Tú sabes qué es eso? —replicó mirándole de soslayo—. Desde que empecé a trabajar para ti, creo que solo te cogiste vacaciones cuando empezaste a perder el control de tu caudal y, créeme, Cam, eso no pueden considerarse vacaciones.

—Los negocios no se gestionan solos.

—No, no lo hacen, pero tú tienes un montón de gente que trabaja para que no tengas que hacerlo todo —aseguró. Ella había sido una de ellas—. Si han sobrevivido estos días, creo que podrán sobrevivir en el futuro si decides tomarte un descanso.

—Lo pensaré.

Se quedaron en silencio durante un rato, disfrutando de su compañía y del aire que se respiraba en aquel lugar.

—La señora Collins va a aplaudir con las orejas en cuanto vea que empiezo a sacar mis cosas del piso —mencionó después de un tiempo. Había tomado la decisión de mudarse con él, en especial después de que le dijese que se trasladaría a su piso y que escandalizarían a su vecina con los gritos y jadeos cuando follaran sobre cada mueble disponible. Dios, le había dado tal ataque de risa al imaginárselo que había terminado atragantándose con el aire y tosiendo—. Tan

pronto como cierre la puerta, pondrá un cartel de vendido o cercará el rellano con alambre de espinos para que nadie más se acerque.

—No sé cómo has aguantado tanto tiempo con esa mujer de vecina, ¿por qué no te mudaste?

—El alquiler es económico. El edificio está en una buena zona. Mis vecinos, a excepción de la infame señora Collins son agradables. Y lo más importante de todo, me permitía ahorrar para comprar la casa de mis sueños.

—¿La casa de tus sueños?

—Una vieja casa a las afueras de Dublín, pequeña y coqueta, que necesita una gran reforma —resumió—. Estaba ahorrando para comprarla. Tenía pensado ir a verla de nuevo en mis vacaciones.

—¿En qué parte?

—En Edmondstown, Clarkstown.

—Eso es algo más que a las afueras, Allie.

—Todavía espero poder comprarla algún día.

—Pásame los datos del inmueble y la ubicación exacta, la miraremos.

Negó con la cabeza y se le quedó mirando.

—Quiero comprarla yo, con mi dinero —le dijo sosteniéndole la mirada—. Si no el haber estado aguantando a esa loca durante todo el tiempo que llevo en el edificio no habrá significado nada.

—¿Y si ya no está en el mercado cuando puedas comprarla?

—Si alguien más está interesado en esas paredes, será un milagro —admitió con una mueca y añadió con una pequeña sonrisa—. Cuando dije que era vieja, me refería a que se cae a pedazos.

—¿Se puede entrar a dentro siquiera? ¿Es segura?

—Sí. Es segura. Pero tiene muchos desperfectos. Una parte del tejado se ha esfumado, el jardín… digamos que se ha comido un trozo de la vivienda y…

—Y esa es la casa que quieres.

—Sí —asintió con rotundidad.

—Recuérdame que nunca te deje invertir.

Se rio ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—No tendrás que preocuparte por eso.

Se desperezó como un gato y se inclinó hacia delante en la barandilla.

—Se está quedando una bonita noche, quizá hoy se puedan ver las estrellas —murmuró dejando a un lado el tema de la casa para disfrutar tan solo de estar allí y con él.

—Si quieres ver las estrellas, hay maneras mucho más inmediatas y menos heladas de

hacerlo —murmuró envolviéndola entre sus brazos, acariciándole la oreja con los labios.

—No me refería a ese tipo de estrellas —se rio y ladeó la cabeza para darle acceso a su cuello—, pero no me importaría verlas mientras esperamos a que salgan las de ahí arriba.

Sus manos ascendieron por sus costados hasta sus pechos y se los apretó, juntándolos y elevándolos.

—En ese caso, déjame ver qué puedo hacer para que las veas.

Su voz se convirtió en una ronquera sensual despertando el hambre en sus venas y en su cuerpo.

—Sí, por favor.

No le llevó mucho tiempo conseguir que viese las estrellas, ni que gritase a pleno pulmón pidiendo que le enseñase muchas más.

CAPÍTULO 33

Allison no era una bruja, era un camaleón.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó allí de pie, vestida con su habitual atuendo de empresa.

Su esposa, la mujer ligera, sensual y medio dormida que se había arrastrado hacía veinte minutos al cuarto de baño regresaba ahora convertida en la elegante y eficiente secretaria que tenía ante él.

La recorrió con la mirada reconociendo cada curva, sabiendo como encajaban en sus manos, viendo a la chica que se encontraba detrás del disfraz, una coraza tras la que se había ocultado durante años.

Los labios pintados de carmín, los párpados un tono más oscuro que su piel, las pecas suavizadas, aunque no cubiertas del todo, por el maquillaje, esas conocidas gafas tras las que se ocultaban unos vibrantes ojos marrones…

Su secretaria había regresado.

Aunque no de la misma manera.

El aura de su magia la envolvía como una segunda piel aportándole una esencia única y que solo los miembros de su propia comunidad reconocerían.

—Estoy reconciliándome con la idea de que no podré ponerte las manos encima hasta que volvamos a casa —admitió sincero, recordándose a sí mismo que el sexo estaba vetado en la empresa; era una línea que esperaba no cruzar, por mucho que la idea de doblarla sobre su escritorio y follarla le pareciese deliciosa—. Buenos días, señora McNamara.

—Buenos días, *jefe*.

Con ese pequeño hincapié sobre la última palabra salida de su boca, avanzó hacia él con total seguridad y le arregló la corbata.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le preguntó.

Habían tratado el tema en profundidad, no sin discusiones de por medio y al final esa brujita se alzó con el triunfo.

No le importaba lo más mínimo que siguiese trabajando como su asistente. Siendo egoísta, incluso agradecía que quisiera mantener su puesto, pues se había acostumbrado a su forma de trabajar y era capaz de adelantarse a todas sus necesidades, pero ahora no era una empleada más, sino su esposa y eso hacía que su estatus cambiase radicalmente.

Había pensado en todas las posibles consecuencias y ella las había desechado una tras otra, dándole razones plausibles que las desmontaban, así que al final solo pudo darle la razón y dejar que se saliese con la suya.

Sabía que era inevitable que se extendiesen los rumores, sobre todo porque ambos se habían ausentado al mismo tiempo y cuando regresaran, llevarían no solo la alianza matrimonial en el dedo, sino que los documentos legales de Allison ahora tenían su apellido de casada.

Sin duda era algo de lo que tendría que encargarse nada más entrase esa mañana en la oficina.

—Por última vez, sí, estoy segura —respondió ella alisándole la corbata—. Me gusta mi

trabajo, soy buena en él y no veo motivo por el que tenga que dejarlo. No te preocupes por mí, puedo manejar los rumores. No será la primera vez.

—Tú ganas.

—Te recordaré esas palabras cuando vuelvas a sacar el tema.

Se limitó a mirarla mientras cruzaba el dormitorio, ahora de los dos, recogía la chaqueta que completaba el uniforme y se la ponía.

—Sí, sé que lo harás.

Optó por seguir su ejemplo y se puso su propia americana.

—Vayamos a saludar a los de la planta de abajo —señaló hacia la puerta con un gesto de la barbilla—. Si no nos dejamos caer por el comedor en este primer desayuno familiar, nos vetarán el acceso a la cocina de por vida.

—¿Siempre desayunas con tu hermano y su esposa?

—Es uno de los pocos momentos en los que coincidimos todos en el mismo lugar, así que lo hemos convertido en una costumbre —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Al menos lo intentamos, ya que no es la primera vez que alguno tiene que salir corriendo para atender sus negocios.

—Eso me suena… —admitió.

—Vamos —abrió la puerta del dormitorio y la invitó a pasar delante de él.

Esto también era una rutina nueva para él. Levantarse por la mañana con esa mujer al lado, prepararse para una jornada de trabajo y saber que ella le acompañaría. No estaba tan mal después de todo.

Sus días de despreocupación, de dormir hasta tarde y follar en cualquier esquina de la casa habían llegado a su fin. Era hora de volver a la rutina y a las cosas que habían dejado pendientes para disfrutar de ese pequeño paréntesis.

Habían vuelto a Dublín la tarde anterior.

Connor le había advertido que le esperaba una calurosa bienvenida, lo que se tradujo en una pancarta que felicitaba a los recién casados y una merienda en la que mientras él se ponía al día con su hermano, su cuñada se llevaba a su esposa para hacerle un tour completo por la casa.

Las dos habían congeniado el día de la boda y a juzgar por la larga conversación y las risas que oyeron procedentes de ellas, estaba claro que no se trataba de algo pasajero.

Y se alegraba por ello, por su cuñada, que tendría alguien con quien charlar, pero sobre todo por su esposa.

Allison le había hablado de su infancia, de cómo había sido su adolescencia y su paso por la universidad. Si bien estaba convencido de que omitió algunas cosas en sus relatos, no pasó por alto su mención a las amistades.

Entendía la necesidad de soledad de algunas personas, él era una de ellas, pero lo que había

visto estos últimos días con ella le decía que no era algo que hubiese buscado de manera consciente, sino un mecanismo de autodefensa, una secuela sin duda derivada por el rechazo que había sufrido desde niña por parte de su propia comunidad.

Su esposa lo había buscado cuando estaba trasteando en la cocina, limitándose a sentarse y darle conversación. Se había acurrucado con él en el sofá, aunque después se quedase dormida.

Allie buscaba la compañía que no había tenido en el pasado, la cercanía y la presencia de alguien a fin de alejar esa soledad.

Ella era hija única, no tenía hermanos, primos o algún familiar cercano con el que hubiese podido mantener confidencias, así que le aliviaba ver que al menos empatizaba con Beatrice.

Su cuñada era una bruja con un sexto sentido para calar a la gente, si le caías bien, si te sentía parte de ella, de su familia, haría lo que fuese necesario para que nunca estuvieses solo y supieses que podías contar con su presencia.

Y después de lo que había visto ayer, incluso su hermano se dio cuenta de ello, sabía que esa bruja iba a cuidar de su mujer como una mamá gallina con su nuevo polluelo.

—Madre mía, qué bien huele.

El ronroneo de su mujer lo hizo sonreír.

El aroma que cruzaba el pasillo hacia el área abierta del comedor era dulce y delicioso.

Por no mencionar el del café que llegó ahora hasta él.

Cruzaron parte de la zona común y llegaron al comedor abierto que conectaba con la cocina.

Connor, que estaba sentado a la mesa leyendo el periódico, levantó la cabeza al escuchar sus pasos sobre el suelo de madera.

—Buenos días, pareja —los saludó a ambos.

—Buenos días —correspondió su mujer, la cual se acercó un poco más a él, como si se sintiese algo cohibida.

—Buenos días, chicos —Bea llegó desde la cocina con una bandeja de dulces en las manos —. Allie, ¿me ayudas?

—Sí, claro —asintió al momento y cogió la bandeja que traía su cuñada.

—Ponla en la mesa —señaló—. Voy a por el café y la leche.

—Sentaos, vamos. —Su hermano señaló los dos servicios extra disponibles mientras cerraba el periódico—. ¿Lista para volver a la rutina, hermanita? Te eché de menos esta semana, por cierto. Si alguna vez tuve dudas, acabo de comprobar que si *McNamara´s* funciona bien es gracias a la eficiente secretaria de dirección que se encarga de que a uno no le explote la cabeza en esa oficina.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —mencionó Cameron apartando la silla para que se sentase su pareja.

—Gracias —murmuró ante su gesto y miró a su nuevo cuñado al responder—. Y gracias también a ti por ese comentario. Y sí, yo estoy lista para volver al trabajo. En cuanto a Cameron… no sabría decirte.

Connor se rio entre dientes.

—¿Se te ha hecho corta la luna de miel, Cam?

—Habríamos disfrutado de unos días más lejos de todo esto si no tuviésemos tantos frentes abiertos —confirmó sincero—. Pero el mundo sigue girando y nosotros no podemos darnos el lujo de detenernos.

Y esa era una realidad de la que todos los presentes eran conscientes.

—¿Qué tal han ido las lecciones de hechicería? —Le preguntó a Allison, aun cuando sabía cómo había ido todo, ya que le había puesto al corriente de ello—. ¿Has llegado a congelarle los huevos a Cam?

—Mis huevos no, pero todo lo demás…

—Solo fue una vez y porque estaba distraída —replicó ella de manera inmediata, sus mejillas tiñéndose de rubor.

—Para ser una bruja novata que no ha tenido acceso a su magia hasta ahora, ha hecho grandes progresos.

—Lo de bruja novata me ha llegado al alma, Cam.

—Habéis pretendido que aprenda en cuestión de días lo que todos nosotros hemos aprendido a lo largo de los años. —Bea entró en defensa de su nueva hermana—. Y ha hecho unos progresos increíbles en muy poco tiempo, sobre todo cuando todavía se está acostumbrando a usar su magia.

—¿No es lo que yo acabo de decir? —preguntó enarcando una ceja.

—No. —Allison y Bea respondieron a la vez, cosa que hizo que su hermano apenas contuviese la risa mientras le posaba la mano en el hombro.

—Te faltó tacto, pero vas por buen camino, Cam —le dio una palmadita—. Sigue así.

Puso los ojos en blanco, pero no se le escapó la pequeña sonrisa que curvaba los labios de su pareja mientras intercambia unas palabras con su cuñada.

—Todo tiene una pinta estupenda, Bea.

—Espero que te guste el bizcocho, es una receta nueva que vi en una revista —indicó el plato en cuestión—. Tienes leche fría en esa jarra.

—Gracias.

Su sonrisa fue apareciendo poco a poco, del mismo modo en que se fue la incomodidad ante un nuevo desafío.

—Si es que te miro y todavía me cuesta creer que eres la misma chica de las pecas a la que Cam estaba buscando desesperado —mencionó entonces Connor, llamando su atención—.

Estuviste siempre ahí, delante de sus narices… El mundo es un pañuelo.

—Y tú un bocazas —sentenció Bea fulminando a su marido con la mirada.

—¿Qué he dicho? —pareció realmente confundido.

—Y aún encima lerdo.

—Amor…

Allison se rio en voz baja y sacudió la cabeza.

—No pasa nada, Bea, de hecho, a Cameron todavía le pasa lo mismo —mencionó ella volviéndose en su dirección—. No es así, *jefe*.

—Vuelve a llamarme *jefe* fuera de la oficina y te enseño lo que opino de tu apariencia de esta mañana, esposa mía.

—Intentaré contenerme, *señor McNamara*.

—Bruja malvada.

—Esa sería yo —admitió al tiempo que se servía un poco de café y le agregaba la leche.

—Bueno, ya veo que la cosa marcha viento en popa —se rio Connor—. Pronto os encontraremos retozando por las esquinas. Solo os pedimos un favor, poned un cartelito avisando de que estáis foll…

Las palabras de su hermano se vieron interrumpidas por la colleja que le metió su mujer.

—Connie, o te callas, o duermes en la caseta del perro.

—No tenemos perro, mi amor.

—Adoptaré uno solo para que puedas dormir en su caseta.

Y era capaz de hacerlo, pensó Cameron sirviéndose su propio café para evitar echarse a reír.

Sin duda era algo que hacía más que de costumbre, reírse, lo cual se lo debía a la mujer que intentaba con todas sus fuerzas no estallar en carcajadas.

—Como iba diciendo… —Continuó Connor después del rapapolvo de su mujer—. Bienvenida a la familia, Allie.

—Gracias… —asintió e intercambió una fugaz y divertida mirada con él—. Tendrías que avisarme de estas cosas…

—No me habrías creído a menos que lo vieses por ti misma —le dedicó un guiño.

—Cambiando de tema, el viejo me dijo que habías hablado con él.

Asintió y se llevó la taza de café a los labios.

—Le dije que iríamos a verles antes de la recepción del aquelarre —confirmó—. ¿Por qué? ¿Quieres venir?

—Sin duda sería toda una experiencia presentarnos los dos con nuestras respectivas esposas —sonrió de soslayo—. Papá lo disfrutaría como un enano…

—A tu madre le saldrían canas y le daría indigestión —mencionó Beatrice con palpable

sarcasmo, pero no dudó en añadir—. No me lo perdería por nada del mundo. —Se volvió hacia Allison y añadió—. Dugan es un pedazo de pan, te encantará, su esposa… Bueno, nuestra suegra es… un mundo aparte.

—Sí, lo sé, la conozco —admitió ella y se señaló a sí misma con la mano al ver que todos la miraban—. He tenido que atenderla alguna vez en la oficina.

—Es verdad —asintió Connor y su mujer le imitó—. Conoces a ambas matriarcas. Y aun así te has casado con Cam. Si eso no es amor, no sé lo que es.

Allison se atragantó con el café y empezó a toser.

—Dios, Connor, hoy deberías de mantener la boca cerrada —chasqueó su mujer.

—Perdón… —Se excusó Allison, su mirada esquiva—. Tragué… aire.

—No pasa nada —la tranquilizó Bea pasándole una nueva servilleta de papel.

—¿Estás bien? —Se interesó él, buscando sus ojos.

Se limitó a asentir y vio en su mirada una pizca de vergüenza e inquietud, como si no supiera qué hacer al respecto.

Pero sus ojos ya tenían la respuesta, llevaba en ellos desde el principio.

Le cogió la mano y se la apretó con suavidad, tranquilizándola cuando notó el cosquilleo de su magia, alterándose al compás de sus emociones.

—Terminemos de desayunar, nos espera una intensa mañana por delante.

—Sí, es verdad. —Se cogió a su respuesta y la usó para recomponerse.

—Avísame cuando decidas ir a ver al viejo —mencionó Connor en voz baja—, os acompañaremos.

—Te avisaré.

—Bueno, familia, ¿disfrutamos de nuestro primer desayuno juntos? —sugirió su gemelo.

Y eso fue lo que hicieron, dejar a un lado los problemas y disfrutar de ese momento, el primero de muchos más en esa casa.

CAPÍTULO 34

Allison salió del ascensor con un suspiro.

Llevaba toda la mañana recibiendo miradas furtivas, escuchando rumores e incluso recibiendo inesperadas *«felicitaciones»* por parte de miembros de la comunidad bruja, quienes parecían ser mucho más conscientes de su nuevo estado civil.

Sí, la gente miraba su alianza.

No la escondía, no tenía motivo alguno para sentirse avergonzada o culpable por llevarla, más bien todo lo contrario, se sentía orgullosa de ser la esposa de Cameron.

Además, de poco habría servido que intentase hacer como si no pasara nada, sobre todo cuando su marido no había dudado un momento en entrar con ella de la mano en el edificio esa misma mañana.

Quién no se había dado por aludido, era porque tenía los ojos cerrados.

Se habían separado solo cuando ella se dirigió como cada día a la recepción para recoger la correspondencia del área de presidencia. En ese momento la gente parecía incapaz de saber si seguir a su jefe con la mirada o posarla sobre ella.

Incluso la recepcionista se la quedó mirando con la boca abierta cuando le entregó la caja y vio la alianza en su dedo.

Se había despedido de ella con un *«buenos días»* antes de enfilar hacia el ascensor en el que Cameron ya había subido para esperar a que se abriesen las puertas del segundo.

Y eso había sido más que suficiente para que los rumores se disparasen y hubiese gente por los pasillos, corrillos en ciertos departamentos y se cruzase a lo largo de la mañana con personas que no estaban ni en la planta que les correspondía.

Apenas había llegado al final del pasillo cuando escuchó el murmullo que salía de la sala de juntas en la que su jefe había mandado llamar a todos los jefes de sección para una reunión de última hora.

Cameron quería zanjar todo el asunto con un comunicado oficial y aquella era la manera más rápida, pero también más personal de hacerla sin tener que recurrir a un email.

«Si les enviamos un email, los rumores seguirán siendo rumores y habrá preguntas y

conjeturas. La manera más sencilla de atajarlo es reuniendo a los encargados de cada planta y comunicarles personalmente la noticia».

Dudaba y mucho que aquello aquietase los rumores, pero al menos habría gente que podría atestiguar la veracidad de estos y no darían pábulo a cualquier otro tipo de especulaciones.

—Tú puedes, Allie —se dijo a sí misma—. Tú puedes.

Se enderezó y avanzó con decisión hacia la sala.

Las puertas estaban abiertas de par en par y en su interior, sentados alrededor de la mesa, se encontraban los responsables de los distintos departamentos de la empresa, así como algunos asistentes.

Cameron ocupaba su lugar en la cabecera. Estaba charlando con uno de los presentes cuando sintió su presencia y esos brillantes ojos verdes se elevaron clavándose al momento en los de ella.

Le sonrió. Una sonrisa tranquila, confiada, animándola a entrar y ocupar su lugar, como lo hacía siempre.

—Buenos días a todos —saludó y su presencia hizo que algunos murmuraran en respuesta, la mirasen con sorpresa o como si confirmasen sus sospechas.

—Bien, ahora ya estamos todos —mencionó Cameron y se levantó al mismo tiempo que ella llegaba a la cabecera de la mesa—. Sé que he interrumpido sus respectivas tareas y prometo que no los retendremos durante mucho tiempo.

Con aquellas palabras ya la estaba incluyendo a ella, pensó.

—Soy consciente de que nuestra llegada de esta mañana al edificio ha suscitado ciertos… rumores entre el personal, algunos bastante curiosos, en realidad. Dichos rumores obedecen a una supuesta relación entre mi asistente, aquí presente y yo mismo. Bien —Se volvió hacia ella y asintió antes de volverse de nuevo a los presentes—. Damas y caballeros, quiero presentarles oficialmente a mi esposa, la señora Allison McNamara.

Hubo distintas reacciones, algunas miradas cómplices y asentimiento entre los presentes, como si aquello diese confirmación al motivo de dicha reunión.

—Allison es una mujer sumamente importante para mí, pero también lo es para esta empresa, motivo por el cual va a seguir formando parte de la plantilla como hasta ahora —les informó, siguiendo con lo que ellos mismos habían hablado previamente—. Espero que su nuevo estado civil no les suponga un problema y sigan colaborando con ella como lo han hecho hasta el momento.

—Entendemos que la noticia llega en un momento inesperado para todo el mundo, pero pensamos que lo correcto era hablar directamente con vosotros, para que lo escuchaseis de nuestra boca y no tener que recurrir a algo tan frío como un comunicado de empresa vía email —añadió ella, su tono de voz claramente reconocible por cada uno de ellos—. Más allá de este

cambio en nuestra vida personal, estoy aquí para lo mismo que llevo haciendo desde hace casi cuatro años, asistir al señor McNamara y gestionar las necesidades profesionales de la dirección de la empresa. Así que quitad esas caras de bobalicones y haceros a la idea de que tendréis que seguir sufriéndome como hasta ahora.

Su desenfadado comentario hizo que aquellos que la conocían y con los que solía tener más trato en la empresa sonrieran o perdieran parte de la tensión.

—Eso es todo —concluyó Cameron—. Señoras, señores… Volvamos al trabajo.

El ambiente de toda la sala cambió rápidamente y llegaron las primeras felicitaciones, los *«pero qué calladito te lo tenías»* y los buenos deseos dirigidos tanto a ella como a su jefe.

Y este era uno de los motivos por los que a Allison le gustaba trabajar aquí. Aun cuando no tuviese una relación personal o estrecha con sus compañeros, había respeto y compañerismo, lo que generaba un buen ambiente de trabajo.

—Bueno, parece que no ha ido tan mal, ¿no? —mencionó su marido tan pronto como se quedaron solos en la sala.

—No, no ha ido tan mal —admitió y suspiró con visible alivio, entonces ladeó la cabeza y lo miró—. Pero no esperes que los rumores se apaguen demasiado pronto. De hecho, posiblemente escuches de todo antes de que la cosa pase de moda… digamos que en una o dos semanas.

—Que digan lo que quieran, señora McNamara, nunca le he prestado demasiada atención a los rumores, ni siquiera cuando yo he sido el centro de ellos.

—Es bueno saberlo, *jefe*, es bueno saberlo —admitió. Le dio una palmadita en la solapa del traje y señaló la puerta abierta—. Volvamos al trabajo. Necesito terminar algunas cosas antes de finalizar la jornada. Quiero pasarme por mi piso para recoger algunas cosas y ver qué puedo entregar a las *Charity*.

Miró el reloj de muñeca y asintió.

—Pide algo para comer al restaurante de siempre —le indicó y añadió como si fuese necesaria la advertencia—. Para los dos.

—¿Pensabas comer solo? —No pudo evitar sonreír, pero entendía el motivo de su acotación, ya que solía ser una petición que le hacía cuando tenía mucho trabajo y tenía que quedarse en la oficina—. Lo tendré todo listo para la una. Procura terminar para entonces.

—Lo intentaré —replicó y le cogió la barbilla para besarla fugazmente en los labios—. Te veo después.

Sin otra palabra más abandonó la sala para volver al trabajo, algo que ella también pensaba hacer tan pronto como dejase de latirle el corazón a toda velocidad.

Sí, iba a ser de lo más interesante trabajar con ese hombre a partir de ahora.

CAPÍTULO 35

—¡Mi casa! ¡Mi casa! ¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella!

—Deja ya de acusar a la muchacha, Maeve, sabes muy bien que ni siquiera ha estado en casa estos días.

Allison se planteó dar media vuelta y olvidarse de acceder hoy a su piso en cuando escuchó los primeros gritos. No quería subir, no quería comprobar a qué venía la discusión en plena escalera, pues los ecos llegaban desde la primera planta y empezaba a sentir que estaba sumergida en un jodido *déjà vu*.

—Lo más probable es que fuesen los mismos vándalos de la última vez —escuchó la voz del señor Burke.

—Tiene toda la pinta.

Gimió y se aferró a la barandilla mientras miraba hacia arriba.

—Venga, hombre, no me jodas… —farfulló y de verdad se planteó dar media vuelta, pero la mano que se posó sobre la parte baja de su espalda le recordó que no estaba sola.

—¿A qué viene todo el alboroto? —Cameron miró en su misma dirección.

—Reza porque no haya una nueva polla voladora en mi puerta, porque como la haya, mato a alguien.

Con esa declaración arrancó a subir el tramo de escaleras, dobló el descansillo y acometió el siguiente viendo ya las figuras de sus vecinos ocultándole la visión de la pared que había pintado hacía poco más de diez días.

Se detuvo en seco nada más alcanzar el último peldaño.

Parpadeó varias veces esperando que aquello desapareciera, pero seguía allí.

Un puto mural que no sabía si reivindicaba algo o los grafiteros estaban tan fumados que no atinaron a hacer algo coherente.

—No me lo puedo creer.

Esta vez la obra de arte no se limitaba solo a su zona del rellano.

No. Cubría toda la pared, así como la de su vecina y la puerta de esta con lo que suponía era alguna especie de *perro-conejo-vete tú a saber*.

Y era de colores. Muchos colores.

—¿Esto sucede a menudo?

Sacudió la cabeza ante el goteante sarcasmo en la voz de su marido.

—No —respondió sin saber si echarse a reír, ponerse a gritar o dar media vuelta y dejar el lugar sin mirar atrás—. La mamarrachada que dejaron sobre mi puerta y la pared fue la primera incursión vandálica que tuvimos en el edificio, aunque parece que le han cogido gusto.

Parpadeó varias veces más, pero no había manera de que eso se esfumara.

—Su puta madre… —acabó rezongando y señaló la pared con ambas manos—. ¡Acababa de pintar la maldita pared!

—¡Tú! ¡Tú, pequeña perra…!

—¡Maeve, por Dios! —rezongó el octogenario de la segunda planta—. Deja ya en paz a la chica.

—¡Esto es cosa tuya! ¡Mira lo que le has hecho a mi casa!

—Señora, tranquilícese, o esta vez seré yo el que llame a la policía. —La réplica de Cameron fue lo bastante fría y tajante como para que la mujer se quedase con la boca abierta y el resto de los inquilinos de la vivienda se fijasen en él.

—¿Quién coño está haciendo estas cosas y por qué narices eligen este puñetero rellano? —No quería gritar, su poder se estaba haciendo eco de sus emociones y crepitaba ya bajo su piel—. ¿Cuándo ha pasado?

—Yo acabo de verlo —mencionó Helen, la camarera del tercero y señaló a la señora Collins, con quién había tenido ya problemas—. Subía detrás de la vieja bruja cuando esta empezó a gritar como una posesa.

—Han tenido que ser los mismos chicos que vi la otra vez —comentó Max, el nieto del octogenario—. Parece que no es el único edificio en el que se han colado. Acabo de estar en la carnicería y un par de mujeres hablaba sobre unas pintadas que habían aparecido en el interior del portal.

—Tú… Tú estás detrás de esto, lo sé. —La mujer volvió a la carga, pero ahora mantenía una mirada aviesa sobre Cameron—. Pero no te saldrás con la tuya. No conseguirás librarte, de eso nada. Hablaré con el casero. Tus días en este edificio están contados.

Giró sobre sus talones y se quedó parada, llevándose las manos al pecho y mirando visiblemente horrorizada todo el colorido escenario.

—Mi casa, mi puerta… —gimoteó mientras hurgaba en el bolsillo y sacaba la llave de su casa—. Esto no se quedará así. No, señor. Ningún mafioso va a amenazarme. Llamaré a la policía y ellos los pondrán en su sitio.

—Creo que acaba de llamarte mafioso, señor McNamara —murmuró ladeando la cabeza para encontrarse con una mirada irónica por su parte.

—Me han llamado cosas peores.

—¡Llamaré a la policía! ¡Esto no se va a quedar así! —gritó la mujer un segundo antes de desaparecer en su casa y cerrar de un portazo.

—Señor, porque no te apiadas del resto del edificio y haces que la lleven sus hijos a Tombuctú o la Antártida —escuchó que farfullaba Helen—. Evitarías que muchos de nosotros acabásemos en la cárcel por intento de asesinato.

—Vamos, vamos… —la tranquilizó el octogenario—. Si no lo han hecho en todos los años que llevo yo aquí, dudo mucho que lo hagan ahora. —Entonces se volvió hacia ella y le sonrió —. Es bueno verte, querida. Llevaba días sin saber de ti y llegué a pensar que estarías enferma. Le dije a Max que bajase y llamase por si necesitabas algo, pero no contestabas.

Le devolvió la sonrisa al hombre.

—Le agradezco que se haya tomado la molestia y lamento mucho que se preocupara, señor Burke —asintió y señaló a Cameron—. Pero como puede ver estoy perfectamente. Este es Cameron, mi marido. Hemos estado… de luna de miel, por eso no estaba en casa.

—¿Tu marido? —Los ojos de la camarera se abrieron de par en par—. Joder, tía, que suerte.

—Niña, no seas irrespetuosa —chasqueó el hombre y no dudó en tenderle la mano a su pareja, quién se la estrechó—. Es un placer conocerle, joven. Espero que cuide bien de esta jovencita.

—Lo hago lo mejor que puedo, señor Burke —contestó educado—. Es un placer conocerle y gracias por preocuparse por mi esposa. Es usted muy amable.

—Solo trato de ser un buen vecino, hijo —aseguró y señaló con un gesto hacia la puerta cerrada a través de cuya mirilla sabía que estaba mirando la mujer—. Esa Maeve no hace más que crear problemas. Una pena que sus hijos no estén más pendientes de ella.

—La pena es que no se la lleven con ellos —rezongó Helen, sacudió la cabeza y miró la pared—. Menuda mamarrachada. Y pensar que pintaste hace nada toda la pared e incluso la puerta. Tenemos que hablar con el propietario del inmueble, tiene que poner una cámara de vigilancia o algo. Ya van dos veces que hacen esto.

—¿Han dado parte a la policía?

—Se han pasado por aquí —asintió el hombre—. Ya sabes cómo es esto. Te dicen que echarán un vistazo, que estarán atentos… y a la semana siguiente te encuentras de nuevo con esto. Ay, hija, con todo lo que te habrá costado pintar la pared de nuevo.

Sí, le había llevado casi todo el fin de semana.

Y no pensaba repetir la experiencia.

—Espero que den con los chavales que han hecho esto, si es que son los mismos de la otra vez y los hagan limpiar a ellos. —Señaló la pared con un resoplido—. Yo no voy a hacerlo más.

De hecho, solo vengo a buscar algunas cosas y empezar a empaquetar otras. Me mudo.

—Entiendo, entiendo —asintió el hombre deslizando la mirada entre ella y su marido—. En ese caso, te deseo mucha felicidad en tu nuevo hogar, querida.

—Gracias —asintió y miró a su nieto—. Cuidaos mucho.

—Tú también —corroboró el chico y le dedicó un gesto también a su marido.

—Suerte —le deseó al mismo tiempo Helen, quién se dio el lujo de echarle un buen vistazo al hombre a su lado.

Asintió, se despidió de los presentes y sacó las llaves del bolso para entrar en el que había sido su hogar los últimos cuatro años.

Este había sido el lugar en el que había empezado su vida, en el que había soñado y fantaseado con su jefe, dónde se había enfurecido y había tenido todo tipo de rabietas. Aquí había llorado y había reído y había empezado a experimentar también lo que significaba ser por fin una bruja completa.

Aquí había comenzado todo y ahora era hora de cerrar el capítulo a fin de poder comenzar el siguiente en otro lugar.

—Es extraño volver a casa después de todo lo que ha pasado —mencionó dejando las llaves en el lugar de siempre, desabotonando el abrigo y quitándoselo para dejarlo sobre el respaldo del sofá de su pequeño salón—. Conozco cada recoveco, los he recorrido una y mil veces, pero ahora es cómo si los viese por primera vez. Como si este lugar perteneciese a otra persona, como si yo ya no fuese quién era cuando vivía aquí. ¿Y cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos semanas?

—Quizá es porque ya no la eres. —Cameron miró a su alrededor, él había estado allí una sola vez, ocupando aquel mismo espacio y a pesar de que no había pasado más que un puñado de días, parecía como si hubiese sucedido en otra vida—. La mujer de entonces todavía intentaba entender en qué se había metido, comprender la magia de la que de repente era propietaria y desconocía hacia dónde quería dirigir sus pasos.

—¿Y crees que ahora lo sabe? —sugirió con un toque de ironía y negó con la cabeza—. Sigo igual de perdida, Cameron.

—Yo mismo me encuentro perdido en lo que a ti se refiere.

Su admisión la llevó a hacer una pequeña mueca.

—¿Y eso es malo?

—No —negó con firmeza—. En realidad, es posible que el que haya estado perdido hasta el momento haya sido yo y tú seas la que haya devuelto al camino.

No pudo evitar temblar de emoción al escuchar esas palabras.

—Has conseguido que me dé cuenta de cosas en las que no había reparado antes y en las que ahora me encuentro pensando a menudo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Tu forma de mirarme.

—¿Y cómo te miro?

—Como una mujer enamorada.

Sus palabras la dejaron inmóvil y sin capacidad de reacción, cosa que él aprovechó para acercarse a ella y levantarle la barbilla con los dedos.

—Y me gustaría seguir encontrando esa mirada en tus ojos para aprender de ti —afirmó con su habitual franqueza—, y quizás, un día, poder mirarte yo de la misma manera.

El corazón le dio un salto ante la forma en que lo dijo y la vista empezó a vidriársele a causa de las lágrimas que querían asomar.

—Si crees que puedes intentarlo… —musitó con una pequeña sonrisa temblorosa cubriéndole los labios.

—Podría si me enseñas.

—Entonces te enseñaré —afirmó con decisión.

—Y yo prometo aprender —confirmó deslizando el pulgar desde su barbilla a su cara para rozarle la piel—. Pero, por ahora, dime lo que veo en esos ojos marrones, Allie. Dímelo en palabras.

Las lágrimas que intentaba retener resbalaron ante esa petición.

—Te quiero —musitó con la voz rota por la emoción—. Te quiero, Cam.

Él le limpió la humedad con el pulgar y bajó sobre sus labios, acariciándolo con una única palabra antes de besarla.

—Gracias, brujita —Le dijo—. Y perdóname por no haberme dado cuenta antes.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Podría decírselo las veces que hiciera falta, todas las necesarias hasta que él encontrarse el amor en su corazón y se las devolviera.

CAPÍTULO 36

Su madre iba vestida de luto.

Negro de pies a cabeza.

De todas las cosas que pensó iba a encontrarse al visitar a sus padres en Connemara, esta no era una de ellas.

—¿Un cuervo? ¿En serio? —murmuró Bea recorriendo a su suegra de los pies a la cabeza, sin duda como hacían todos ellos.

—Pero si ella odia el negro —mencionó Connor.

—Está de luto —chasqueó su cuñada.

—¿Por quién? —preguntó Allison, quién miraba a la mujer con cierta reserva.

—Por Cameron, sin duda —aseguró su hermano—. O quizá sea por los dos. ¿Nos habrá dado ya por perdidos?

—Hay que ver lo que le gusta el melodrama a esta mujer —resopló Beatrice inclinándose hacia Allison—. Ya te dije que iba a ser una visita de lo más entretenida, hermana.

Su esposa no respondió, ya fuese por educación o porque no sabía que decir, optó por guardar silencio, pero era consciente de su nerviosismo y de la manera en la que miraba a su alrededor, evaluando cada pedazo del terreno y de la enorme mansión que se elevaba detrás de sus padres.

Dugan McNamara era sin duda una versión mayor de ellos dos.

Así era como él y Connor se verían dentro de unos cuantos años, pensó mientras veía a su hermano estrechar la mano de su padre y darle unas palmaditas en la espalda. Un segundo después, era Bea la engullida en un abrazo de oso que la hizo reír hasta que la devolvió al suelo. Su cuñada era menuda, un poco más baja que Allison, por lo que la altura y corpulencia del irlandés la engullía.

Deidre McNamara se limitó a permitir que Connor le diese un beso en la mejilla y apenas reaccionó al saludo de su nuera, sobre todo porque había clavado los ojos sobre su propia esposa y la miraba con una intensidad que la atravesaba.

Allison, sin embargo, no se inmutó, de hecho, mantuvo ese aire regio y profesional que solía utilizar en la oficina; una máscara perfecta tras la que ocultaba su verdadera personalidad.

—Ven, te presentaré al *oso amoroso* de Connemara.

—¿El qué? —Su mujer lo miró como si le hubiese salido una segunda cabeza.

Contuvo una sonrisa y tiró de ella hacia la pareja que los esperaba ya junto a su hermano y cuñada.

Lo primero que hizo su padre fue recorrerlo con la mirada de la cabeza a los pies un par de veces para luego asentir complacido.

—Siempre has sido un rebelde, Cameron McNamara —chasqueó y acto seguido lo atrajo en un fiero abrazo—. No vuelvas a hacernos esto, nunca. ¿Me has oído?

Se limitó a asentir con la cabeza, sabiendo a qué se refería el viejo y lo que les había hecho pasar tanto a él como a su madre con su imprudencia.

—Te veo bien, madre.

Su progenitora se limitó a fulminarlo con la mirada sin decir una sola palabra.

Aterrador, sin duda.

Estaba acostumbrado a su lengua afilada, pero no a sus silencios.

¿Qué demonios le había dicho el viejo? Su madre solo hacía caso a una persona y ese era su padre. Al parecer era el único capaz de hacerla entrar en razón, pero jamás había entendido como.

—Y tú tienes que ser Allison, mi nueva hija.

—Es un placer conocerle, señor McNamara —lo saludó su compañera con una suave sonrisa.

—Cariño, el señor McNamara lo tienes al lado, yo soy Dugan, o *Papá Dug* —le dijo con total confianza y una sonrisa que le cubría el rostro de oreja a oreja—. Bienvenida a Connemara.

La escuchó jadear cuando el hombretón la engulló en un abrazo de oso y no le pasó por alto la manera en la que le susurró algo al oído que solo ella escuchó.

La sonrisa y calidez que aparecieron en los ojos de su mujer le dijeron lo que necesitaba saber.

—Solo hice lo que cualquiera en mi situación habría hecho —mencionó ella en un susurro —. No le habría permitido irse. Te lo aseguro.

El viejo se hinchó como un pavo de puro orgullo.

—Elegiste bien, Cameron, muy bien.

—Eso podría ser cuestionable.

Y ahí estaba su madre, dando salida a esa maravillosa personalidad.

—Deidre. —La advertencia en la voz de su padre era palpable—. Es tu nuera y la responsable de que el menor de tus hijos esté hoy aquí con todos nosotros.

—Y su secretaria.

—Mamá… —Connor se unió a la advertencia de su padre.

—Sí, señora, lo soy. —La réplica de Allison los cogió a todos por sorpresa; él incluido—. Y el negro le sienta bien. Hay muy pocas mujeres que son capaces de lucirlo sin parecer apagadas y verse en su lugar como un símbolo de empoderamiento femenino.

—No necesito de tus halagos.

—Bien, porque tampoco soy dada a hacerlos —asintió su esposa volviéndose entonces a su padre—. De lo único que soy responsable es de querer al hombre con el que me he casado, Dugan, todo lo demás… ha sido producto de la casualidad.

Y esa franca declaración fue todo lo que necesitó para darse cuenta de la clase de bruja que

tenía a su lado. Si no terminaba enamorándose de ella, es que era un completo imbécil.

Ninguna mujer lo había reclamado de esa manera, sin pedir nada a cambio y ella acababa de hacerlo delante de toda su familia.

—Si no estuvieses ya casado con ella, te diría que lo hicieras en este mismo momento —le susurró Connor de pie a su lado.

Le miró de soslayo e intercambió una mirada con él, una que decía mucho sin necesidad de palabras.

—Y del oportunismo.

—De lo cual debes saber mucho, ¿no, *madre*? —El rostro de Beatrice se había vuelto serio y la mirada que intercambiaba con su progenitora contenía una gran cantidad de reproches—. Por una vez en la vida, alégrate de que haya alguien que quiera realmente a tus hijos por los hombres que son, no por el título o el apellido que tienen.

—Tú no eres mucho mejor que ella.

—Ya es suficiente. —Connor pocas veces se enfrentaba a su madre, pero cuando se trataba de su mujer, había pocas cosas que le tolerara a la matriarca—. Mi mujer no podía hacer dicho una verdad más grande, eres tú la que busca la grandeza, no nosotros. Ni Cameron ni yo la necesitamos.

—¡Es el *Alto Hechicero de Dublín*! —Un dedo acusador se lanzó en su dirección a pesar de que miraba a su hijo mayor—. ¿Crees que no sé lo que ha estado haciendo todos estos meses? ¿Qué no he estado con el alma en vilo y el corazón en un puño? Soy vuestra madre, os llevé a los dos en mi vientre —Se volvió con los ojos llameantes y un profundo dolor en sus profundidades —. ¿Crees que no sentí como te alejabas de todos nosotros? Intenté hacer todo lo que estaba en mi mano para darte opciones, pero lo único que hacías era ignorarlas, porque no querías esto, no querías el papel que te había tocado vivir en esta vida.

—Deidre… —El tono de su padre había cambiado y ahora era una súplica.

—No. Que lo sepa —siseó y recorrió con la mirada también a las dos mujeres presentes—. Que lo sepan ellas también, sobre todo esta niña, si es verdad que también es una *Alta Hechicera*, porque lo acabará sufriendo en sus propias carnes. —Volvió a clavar la mirada en él—. Sufrirá cada estertor, cada latigazo y cada centímetro de hielo que cubre sus venas mientras se aleja de la cordura. Sentirá como se va hundiendo en la más profunda de las insensibilidades, cómo su corazón deja de latir y se le para el suyo propio. Sentirá como va perdiendo a una parte de sí misma, una que nunca podrá recuperar… ¡Y todo por ser un hechicero cabezota e irresponsable que prefiere sucumbir a admitir que se había equivocado!

—Mamá… —Hacía tanto tiempo que no la llamaba de esa manera, que la palabra le pareció extraña.

—No me vengas ahora con *mamá*, Cameron McNamara —siseó la mujer, los ojos llenos

de lágrimas y los dientes apretados—. Eres el hijo más egoísta e irresponsable que he tenido en la vida. Y mira que Connor es terco como una mula, pero hijo, tú le ganas por goleada.

—¿Qué yo soy ter…? —empezó su hermano.

—Cállate. —Lo vetó de inmediato su esposa—. Ella tiene razón. Por una vez, en esto, la tiene.

—Sí, la tiene. —Allison dio un paso adelante, le miró y asintió—. Y lo sabes. Mejor que nadie, posiblemente.

—No necesito que me des la razón, muchacha —replicó su madre, pero la rabia que había en su voz se había aplacado un poco.

—No, no lo necesita, pero es la verdad y si algo he aprendido en todos los años que he estado al lado de su hijo es que esta familia lleva la honestidad y la verdad como una bandera —le dijo y añadió—. Yo estuve allí, señora McNamara. Ya fuera por preocupación, por casualidad o el mismo destino, estuve con él en ese momento y los dioses sabrán cómo, pero conseguí retenerle el tiempo suficiente conmigo para que hiciese la mayor de todas las imprudencias.

Su madre cerró la boca, pues sabía que no podía replicar ante lo que estaba diciendo su mujer.

—Se ató a mí para vivir, porque en lo más profundo de sí mismo sabe que hay gente que le necesita, que todos vosotros le necesitáis, ¿pero alguna vez os habéis detenido un segundo, os habéis acercado a él y le habéis preguntado qué es lo que él quiere? —Allison se giró entonces hacia él y vio el poder en sus ojos, la magia descarnada y cruda, la que había nacido de ese momento—. ¿Y tú? ¿Alguna vez has dejado de lado tu propio orgullo y esa absurda imprudencia y le has dicho a ellos lo que quieres en realidad?

Sacudió la cabeza y se volvió hacia su madre.

—Puede que no sea una de las hijas de las primeras familias, ni el tipo de mujer que querría para un *Alto Hechicero*. Puede que no haya sido otra cosa que una bruja desechada en una comunidad que nunca me ha aceptado como tal, pero puedo asegurarle una cosa, Deidre McNamara. No hay ninguna mujer, bruja o mundana, poderosa o carente de poder, que quiera a su hijo más de lo que lo quiero yo —sentenció con fiereza—. Así que tiene dos opciones, aceptarlo o irse a la mierda, señora.

Nadie dijo nada.

No podían hacerlo.

Estaban demasiado ocupados contemplando a la bruja ante ellos, la misma que había creado una repentina y palpable ilusión invernal alrededor de todos ellos.

—¿Allie?

—¿Qué? —Se volvió hacia él con cara de pocos amigos.

—Está nevando. —Señaló levantando un dedo a modo de ilustración—. Otra vez.

La chica miró a su alrededor y soltó un alto y contundente:

—Mierda.

La vio cerrar los ojos y respirar hondo un par de veces, entonces sintió de nuevo esa corriente que había estado presente durante aquel inesperado y pasional arrebato. Un segundo después la nieve había dejado de caer y ella abría un solo ojo para comprobar si su intento de contención había funcionado.

—Lo siento. Se me ha ido un poquito de las manos.

—Un poquito, dice. —Connor tragó saliva y lo miró—. Te has quedado corto.

—Eso ha sido… la hostia —murmuró Beatrice, quién se había agachado y recogía los pequeños cristales en forma de estrella de copo de nieve que parecían ser el sello personal de su hechicera—. Allie, tienes que enseñarme esos pájaros que haces.

—Quizá en otro momento… —musitó al tiempo que volvía a su lado y se quedaba quieta, como si fuese una niña que no hubiese roto un plato en su vida—. Perdón.

—Si lo que acabas de presenciar no te convence de lo acertada que ha sido la elección de nuestro hijo, Deidre, nada lo hará.

Su madre tenía una expresión indescifrable en el rostro, alterno la mirada entre su cuñada y Allison y finalmente fulminó a su marido antes de dar media vuelta con intención de meterse en casa.

—Mamá, vamos…

—Mamá…

Se detuvo y se giró, clavándolos a ambos con una mirada como solía hacer cuando eran dos niños, lo que los hizo cerrar la boca al instante.

—Beatrice, Allison. Venid conmigo. Ahora.

Su esposa le miró sin saber que hacer. Casi podía decirse que la sorprendía y asustaba a partes iguales el que la hubiese llamado; lo cual no dejaba de ser curioso después de la manera en la que la había confrontado. Por su parte, Bea también miró a Connor e incluso a su padre, quién se limitaba a sonreír como el gato que se ha comido la crema.

—He dicho *ahora*.

Ambas dieron un respingo y, sin mucha convicción, siguieron a la matriarca al interior de la mansión.

No volvieron a salir hasta casi una hora después y para entonces, ambas hijas de la familia, portaban sendos juegos de pendientes idénticos; las joyas familiares de la matriarca del clan.

Los tres hombres de la familia estuvieron de acuerdo en una cosa.

Acababa de producirse un jodido milagro.

CAPÍTULO 37

Allison contempló en la distancia a los dos hermanos manteniendo una conversación tranquila con Deidre McNamara.

La tensión inicial parecía haber desaparecido.

La formidable mujer seguía luciendo esa actitud altiva natural en ella, pero la ligera inclinación de la cabeza, la comodidad de su postura y la tranquilidad que trasmitía hacía que pareciese más accesible.

Aunque no lo pareciera a simple vista, la bruja era más parecida a sus hijos de lo que estos estaban dispuestos a admitir. En el momento en que Beatrice y ella la habían acompañado y conversaron con ella, Allison apreció varios gestos de su marido en la mujer, así como esa manera tajante de decir las cosas.

La matriarca estaba acostumbrada a ser escuchada y obedecida, a cuidar de su familia, de su posición y mantener el estatus dentro de una comunidad que daba importancia al poder y a la sangre por encima de todo. Pero también era una madre preocupada por sus hijos, que había visto impotente como el más joven ponía su vida en peligro, sintiéndose impotente para mantenerle a salvo.

Habiendo visto como sus propios padres habían sacrificado tanto para que ella tuviese una vida, podía entender un poco mejor la actitud de la dama.

Y además, era un hecho, Cameron se había comportado de manera irresponsable frente al aumento de su caudal y su tozudez no es que le hubiese puesto las cosas fáciles a ningún miembro de esa familia.

Algo que sin duda su marido reconocía.

Bea, a su lado, miraba también la escena y se llevaba los dedos a uno de los pendientes que le había entregado su suegra.

—Me ha impactado —musitó—. La conozco desde hace años y nunca la he visto tan… vulnerable, tan humana. Y yo más que nadie tendría que haberlo hecho, tendría que haberme dado cuenta.

—A veces pasamos tanto tiempo con una máscara que se nos olvida quienes somos en realidad —respondió en voz baja—. Solo cuando nos lo recuerdan sale quienes somos de verdad.

—Esto es culpa del patriarcado, de la cultura arcaica que sigue vigente en el coven. A

pesar de que los tiempos han cambiado, seguimos atados a las viejas tradiciones, a sus normas y su aprobación —mencionó Bea—. Puedo entender que necesitemos mantenernos unidos como una comunidad, que protejamos nuestra magia frente a los mundanos, pero otras actitudes como la elección de brujas de pedigrí, la necesidad de aprobación por parte de un círculo de personas cuya única relevancia es la posición, se han quedado obsoletas.

No podía estar más acuerdo con sus palabras.

Una cosa era conservar tus raíces, saber de dónde venías, quién eras y por qué habías llegado hasta dónde estabas, otra actuar como si más que una comunidad, fuesen una orden secreta con unos estatutos inamovibles.

No pudo evitar pensar en la invitación que les habían hecho, una obligatoriedad encubierta que exigía que fuese llevada al círculo para ser presentada a los patriarcas y así darle el visto bueno.

Como si fuese a necesitar tal cosa de ellos.

Sabía que Cameron tenía una visión propia, algo le estaba dando vueltas en la cabeza, pero seguía insistiendo en darle algo que el propio aquelarre no le había dado jamás; libertad de decisión.

Elección.

Una única palabra que encerraba un gran poder y también una profunda responsabilidad.

Una a la que no quería enfrentarse, pero de la que tampoco podía escapar.

Era hora de tomar una decisión. No podía seguir procrastinando, ni dejar su vida en manos de otros. No había llegado hasta dónde estaba escondiéndose o esquivando los problemas, sino atacándolos de frente.

Y eso es lo que iba a hacer.

El patriarcado la había expulsado una vez, la habían desechado como si fuese un objeto defectuoso que no encajase con los cánones establecidos por la comunidad. La habían marcado como una bruja nula, una usuaria de magia carente de poder y de valor para un puñado de familias aristócratas demasiado pagadas de sí mismas.

La bruja nula había muerto.

Y ahora se alzaba una *Alta Hechicera*, una *Tejedora* y la única voz que no tenía absolutamente nada que perder frente a un aquelarre por el que no sentía lealtad alguna.

—Ellos me vetaron, ¿sabes? —murmuró mirándola de soslayo y encontrándose al momento con su mirada—. El patriarcado. No me permitieron formarme con las demás brujas, a sus ojos solo era una bruja defectuosa. Se presentaron en casa de mis padres cuando solo era una niña y les dijeron que buscasen otra vía de vida para mí.

La expresión de asombro e indignación en el rostro de su hermana bruja no necesitó palabras.

—Y después de prepararme adecuadamente para ser útil a nuestra comunidad académicamente, me negaron el acceso a la prueba para las bibliotecas —resumió con una tranquilidad que solía contradecir a la rabia que le provocaba aquel recuerdo—. Y lo hicieron cuando comparecí ante el círculo. Ni antes ni después. Sino justo en ese momento, para que pudiese ver en sus rostros lo que opinaban de una candidata como yo.

Negó con la cabeza y volvió a mirar el grupo reunido.

—No le debo nada al aquelarre, ni tampoco al círculo, por mí todos ellos pueden irse al infierno —aseguró con rotundidad—. Pero ahora no se trata solo de mí, sino de él, de todos vosotros, de los McNamara.

—Allie…

—Yo también conozco las normas del aquelarre, sus rituales y cuáles son los pasos a dar en cada uno de los casos. Quizá no me acuerde de todos, pero sí sé que la presentación de la pareja vinculada de un *Alto Hechicero*, no requiere de una celebración formal por parte del círculo de los patriarcas… —Se volvió hacia ella—. Esto es algo personal…

—Y una demostración de poder —añadió la chica con un gesto afirmativo.

—Si no aceptamos la invitación, el círculo lo tomará como un desaire y un desafío procedente de uno de sus miembros más poderosos y no permitiré que esos imbéciles dañen la imagen de mi *Alto Hechicero*, ni de nuestra familia —continuó con mayor seguridad en sus palabras—. Asistiremos a la recepción. Me presentaré tal y como solicitan, pero no lo haré para cumplir con sus deseos, ni como respeto hacia su autoridad, ni siquiera me presentaré como hija del aquelarre de Leinster, porque no lo soy. Ellos me despojaron de esa condición, así que tendrán que conformarse con recibir a la pareja del *Alto Hechicero* de Dublín.

—*Alta Hechicera* y *Tejedora de Tara*.

Allison levantó la cabeza y se encontró con los ojos verdes salpicados de poder de su marido.

—Dejémoslo en tejedora a secas o en prácticas.

Él negó con la cabeza.

—Los Patriarcas pueden negar tus raíces, incluso tu entrada en el aquelarre, pero no pueden privarte de tus orígenes o tu nacimiento —aseguró cogiéndola de las manos—. Tu don primigenio viene de la tierra de tus ancestros, vibra con el eco de las brujas que reclamaron Éire como su hogar, lo sé porque lo siento a través del caudal que comparto contigo, del vínculo que nos une como uno solo. Eres mi *Alta Hechicera*, mi pareja, mi esposa y la única mujer que ha sido capaz de atravesar el hielo para llegar hasta mí. Eso no lo hace una simple bruja, cariño mío, eso solo puedes hacerlo tú.

Todas sus dudas se esfumaron en ese momento, asintió y le apretó las manos a su vez.

—Aceptemos la invitación —le dijo con seguridad.

—¿Estás segura? —Como siempre, Cameron tenía en cuenta su opinión. Ya no eran dos personas, eran un equipo, una unidad, ahora y para siempre—. ¿Entiendes que no habrá marcha atrás?

—Cam, esos hijos de puta me dejaron fuera, no los representaré ni ahora ni dentro de mil años —sentenció—. Como te dije una vez, amor mío, por mí el aquelarre puede irse a la mierda.

—Amén —canturreó su cuñada, quién había optado por darles un poco de privacidad.

—Un sentimiento que sin duda comparto, Allie —confirmó él. Asintió y se giró para ver a su hermano en compañía de su madre y a su padre, quién había salido de la casa después de haber dejado a su mujer hablando a solas con sus hijos—. Los McNamara dejaremos el aquelarre.

De todos los anuncios posibles que esperaba salir de su boca, aquel no era uno de ellos.

Pero tampoco podía decir que le sorprendiese.

Cameron había estado meditativo después de la llamada que había hecho a su padre, lo había visto serio hablando con Connor y ahora intuía que la expresión y el silencio que envolvía a Deidre cuando llegaron, no se debía a sus nueras, sino a que posiblemente su marido le hubiese puesto al tanto de los planes de su hijo.

—Eres consciente de lo que eso significa, de la repercusión que tendrá para todos nosotros, ¿verdad? —Deidre McNamara habló con voz fría, gélida en realidad y quizá con una pizca de disgusto, pero no había reproche o culpabilidad en su voz.

—Es mi privilegio y mi responsabilidad como cabeza de los McNamara —declaró con firmeza—. Como le acabo de decir a mi mujer, no pueden quitarme aquello que es mío, que me pertenece por nacimiento. Soy un *Alto Hechicero*, soy un McNamara y reniego del aquelarre de Leinster. Una comunidad que expulsa a uno de sus miembros por una discapacidad, que lo despoja de su identidad y lo marca como a un paria, no se merece tenerme entre sus filas. Ni a mí, ni a mi esposa.

—Ni a mí —declaró Connor con la misma firmeza que su hermano—. Los McNamara-Bristol también abandonamos el aquelarre.

Bristol, aquel tenía que ser el apellido de la familia de Beatrice.

—Suscribo las palabras de mi marido —confirmó esta.

Deidre resopló, un sonido muy poco femenino, miró a sus dos hijos y luego a su marido.

—Son iguales a ti, un par de rebeldes con esposas igual de rebeldes.

—Vaya, esa es la cosa más bonita que me has dicho en mucho tiempo, *suegri* —canturreó Bea.

—Un poco de respeto, niña, ¿qué es eso de *suegri*? —Bufó la mujer—. Soy la madre de tu marido. *Tu madre*. Así que nada de *suegri*. Y eso va también para ti, Allison.

—Sí, señora.

—¿Quién eres tú y que has hecho con la arpía de mi madre?

—Sigue aquí, hijo, sigue aquí, no te preocupes. —Su padre estaba intentando contener la risa—. Entonces… —Miró a su esposa, quién dejó escapar un resoplido y cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que asentía con rotundidad.

—Quiero estar en primera fila para ver la cara que se le queda a la arpía de Erin.

—Los McNamara-O'Hara también abandonamos el aquelarre de Leinster —confirmó Dugan.

Y con esa última declaración, el grueso del clan McNamara había dado voz a un deseo común.

—Bien, ahora que ya hemos llegado a un consenso y a mamá se le han fundido los plomos, ¿qué os parece si comemos?

—Fundido… ¿Fundido los plomos? —Deidre no podía parecer más ultrajada en esos momentos a pesar de la enorme sonrisa que curvaba los labios de su hijo mayor—. ¿Dónde te has criado? ¿En una cochiquera? Dios sabe que esa no es la educación que yo te he dado.

—Pasa demasiado tiempo con los cerdos, *madre*, no le hagas caso —dijo Beatrice pegándole un puntapié a su marido.

—*Auch.* Nena, eso duele.

—¿Ah, sí? —Se hizo la inocente.

—Los dos. Adentro. Ahora. —Sentenció la mujer señalando con un delgado dedo la mansión detrás de ellos.

Connor tuvo tiempo de dedicarle un guiño a su hermano, quién sacudió la cabeza mientras acompañaban a la matriarca.

Dugan se acercó entonces a ellos y posó la mano encima del hombro de su marido.

—Estoy orgulloso de ti —afirmó, entonces la miró a ella—. De los dos.

Sin una palabra más dio media vuelta y se fue canturreando detrás de su mujer, alcanzándola a tiempo de darle un cachete en el culo, lo que sacó a la O'Hara que había en esa rígida mujer.

—Tu madre tiene un impresionante repertorio de insultos.

—Solo con mi padre —replicó al tiempo que les daba la espalda a ambos y se centraba en ella—. No será fácil, lo sabes, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Mi vida nunca ha sido fácil, Cam, ellos no me la hicieron fácil —admitió con total franqueza—. Te apoyaré a través de esto, pase lo que pase.

Corroboró sus palabras con un gesto de la cabeza y se quedó un momento en silencio.

—Lo que le dijiste a mi madre… —Empezó a hablar de nuevo y negó con la cabeza—. No fue un error. Ni tampoco una equivocación. Tenías que estar allí, Allison, tenías que ser tú.

Sus palabras la entibiaron y le pusieron una sonrisa en los labios.

—Nadie más podría haber llegado a mí, nadie podría haber cruzado el hielo, tenías que ser tú —continuó con esa apabullante franqueza suya—. Eras la única que podía penetrar la coraza y meterse debajo de mi piel.

—Cam…

Le puso un dedo sobre los labios y negó con la cabeza.

—Puedo encauzar mi magia, poseer un caudal suficiente como para poner de rodillas al maldito patriarcado, gestionar una empresa como McNamara´s, pero no sé cómo protegerme de ti —continuó mirándola a los ojos—. No estaba preparado para esto, para la mujer, para la bruja que eres, para la esposa en la que te has convertido para mí. Me ha costado mucho ver lo que tenía enfrente a pesar de que lleva cuatro años delante de mí, en entender lo que estaba viendo y, sobre todo, desentrañar lo que estaba sintiendo, lo que tú me haces sentir…

El corazón se le aceleró y esa pequeña esperanza que vivía en su pecho empezó a latir de nuevo.

—No sé si se reflejará en mis ojos de la misma manera en que lo veo en los tuyos. No se me da bien expresar estas cosas porque no sé cómo hacerlo, así que permíteme que te use como guía, que aprenda de ti, lo que tú ya conoces y te devuelva ese *te quiero* que no supe decir antes.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, haciendo que su imagen se distorsionase, pero no le importó. Se los secó como pudo, contuvo un sollozo y le regaló una sonrisa.

—Dímelo otra vez, por favor —pidió en un susurro—. Solo una vez más.

Él le acunó el rostro con las manos y se acercó lo suficiente para ver esos ojos verdes brillando de algo más que magia.

—Te quiero, Allie —le susurró en respuesta—. Te quiero en mi vida, en mi alma, en mi corazón… Incluso en mi oficina. Te quiero, pequeña bruja malvada y estoy dispuesto a quererte siempre.

—¿*Palabra de McNamara*? —Medio rio, medio sollozó.

—Palabra de McNamara, amor mío, palabra de McNamara.

No fue necesario que dijera nada más, esas palabras y el beso que las acompañó fueron suficientes para hacer su sueño realidad.

CAPÍTULO 38

—Supongo que una mujer puede deducir por la mirada lujuriosa en los ojos de su marido que ha elegido el vestido correcto.

El comentario no hacía justicia a la visión que tenía ante él. A partir de ese momento el rojo iba a convertirse en su color favorito.

—Si el marido tiene una mujer tan hermosa y sexy como la que tengo yo, que no te quepa duda —aseguró comiéndosela con la mirada—. Estás irresistible, mi amor.

Sus ojos relucieron y su sonrisa se volvió más sensual.

—Tú también estás muy atractivo, hechicero, voy a ser la envidia de todas las mujeres del aquelarre.

La mención a la noche que los esperaba por delante lo llevó a preguntarle una vez más.

—¿Estás preparada para lo que se avecina?

—Llevo toda la vida preparándome para este momento aun si no era consciente de ello —admitió con sinceridad—. Ellos me empujaron a este camino y es el que elijo seguir, Cameron, hasta el final.

—Estoy orgulloso de ti. —Sus palabras la derritieron—. Y soy tremendamente afortunado de que me hayas elegido.

—¿Cómo no hacerlo? —Chasqueó ella con picaresca—. Llevo cuatro años bebiendo los vientos por ti, *jefe*.

Sonrió, algo que hacía mucho gracias a esa mujer.

—Están esperando a una bruja y van a encontrarse con algo que no pueden ni imaginarse —mencionó mirándola de arriba abajo.

—Esperan a tu infame secretaria, a la bruja nula del aquelarre de Leinster —señaló. Después de la presentación oficial que habían hecho en la empresa hacía una semana y media, sabían que su identidad no era un secreto y que estaría ya en boca de todos. Lo que ninguno sospechaba era que esa no era ella, ya no—. Y les daremos a una *Alta Hechicera*, una *hija de Tara*.

En los últimos días habían podido investigar un poco más sobre sus raíces, sobre las

Grandes Hechiceras de Tara, las *Tejedoras* de magia y con ello se le había abierto un nuevo mundo de posibilidades y un entendimiento mayor del poder que corría por sus venas; su propio poder.

En la antigüedad, a las mujeres descendientes de las primeras brujas, se las conocía como las *«hijas de Tara»* y ese era un nombre que había adoptado con sumo placer y respeto.

—No pueden quejarse, les daremos más de lo que han pedido —aseguró traviesa.

—Eres una bruja malvada, cariño.

—Alguien tiene que serlo y a mí me sienta tan bien ese papel…

Cameron soltó una carcajada ante el tono sensual de su voz.

—Sobre todo en la cama, amor, algo de lo que pienso disfrutar solo yo.

Le devolvió la sonrisa y acortó la distancia entre ambos.

Un segundo después lo envolvía con ese dulce aroma a flores y tenía esas pequeñas manos arreglándole la corbata, del mismo color carmesí que su vestido.

—No te preocupes, van a ver que estoy a la altura del magnífico *Alto Hechicero* de Dublín.

—De eso no me cabe la menor duda.

No. No tenía la menor duda de que su esposa estaría a la altura del evento que les esperaba.

Allison se había tomado más en serio que nunca el adiestramiento y el control sobre su magia había mejorado considerablemente. Ya no había dualidad alguna en su poder, se había hecho una con él y lo vestía como una segunda piel, incluso sin ser consciente de ello.

Si durante la semana estaban en Dublín ocupados entre el trabajo y la casa, el fin de semana lo pasaban al cottage, el cual se había convertido sin duda en el refugio de ambos. Allí se concentró en perfeccionar sus habilidades como tejedora, sumergiéndose en la magia que era natural en ella, en el poder que le permitía conectar con la naturaleza de un modo mucho más profundo del que había visto en una bruja hasta ahora.

No se equivocó al suponer que se convertiría en alguien poderoso.

Su esposa tenía todas las papeletas para ser en una de las más talentosas hechiceras de los tiempos modernos.

—Así. Perfecto —confirmó dando un paso atrás para mirarle de arriba abajo—. El hechicero más guapo de toda Irlanda.

Sonrió de soslayo y la miró de la misma manera.

—Cuando terminemos con esto, quiero verte vestida de novia —le dijo dando vida al deseo que había ido creciendo en él con el paso de los días—. Quiero que seas mía de todas las maneras posibles.

—Lo estoy deseando —afirmó y volvió a acortar la distancia una vez más—. Y eso me recuerda… Tengo en mente un lugar y una fecha para ello. —Se apoyó en su brazo y se puso de puntillas obligándole a inclinarse para susurrarle al oído dicha información—. ¿Crees que sería

posible?

—Si eso es lo que deseas, lo será —asintió. Su petición no solo era razonable, sino que también dotaría a la ceremonia de un carácter mágico e inolvidable.

—Solo si tú también lo deseas —añadió resbalando la mano sobre su pecho—. Somos dos, Cam. Ahora y siempre. O al menos hasta que se nos una alguien más… En el futuro, no ahora. Si te parece bien.

Escucharla mencionar a una tercera persona, una que sería parte de ambos, lo llenó de una inexplicable calidez.

—Lo deseo, amor mío. —La atrajo hacia él y la besó fugazmente en los labios—. Y ahora salgamos de aquí, porque si nos quedamos un solo minuto más y tú sigues contoneándote de esa manera con semejante vestido, te lo arranco y te follo.

—¿Un polvo rápido? —Sugirió coqueta y no pudo evitar gemir en respuesta. Su polla diciéndole sin necesidad de palabras que estaba más que de acuerdo con esa sugerencia.

—Si me meto ahora entre tus piernas, no salimos de aquí en toda la jodida noche.

—Qué pena.

—Ya nos pondremos al día después, bruja lujuriosa.

—¿Lo prometes, hechicero caliente?

—*Palabra de McNamara*.

—Me encanta cuando lo dices de esa forma.

—Allie… —La censuró. Lo estaba poniendo cardíaco—. Ten piedad.

—Lo sé, lo sé. —Se enderezó, se alisó el vestido y adoptó esa expresión elegante y seria de secretaria que empezaba a encontrar también de lo más sexy—. Primero los compromisos y luego tu polla en mi boca.

—La horma de mi zapato —resopló mientras Allie daba media vuelta y meneaba el culo ante él—. Salgamos de aquí. Ya. Ahora.

Ella se rio y no dejó de atormentarlo hasta que llegaron a la planta común, dónde su hermano y su preciosa esposa ya los esperaban.

—Quieres que arda el coven, ¿no? —mencionó Connor recorriendo a Allison sin pudor.

—Ambos lo queremos, según veo —replicó haciendo lo mismo con su cuñada. La mujer estaba igual de elegante y sexy que su propia esposa, pero con un tono verde esmeralda a juego con los ojos de su gemelo.

Las mujeres McNamara eran sin duda dos brujas que acapararían miradas durante esa velada.

—Nuestros padres ya están en el círculo —le comunicó su hermano—. Y para increíble gozo de nuestra madre, Erin ha acudido a la reunión sola; el abuelo ha decidido mantenerse al margen de los tejemanejes de su mujer. Eso sí, le ha dicho a papá que cuentes con su apoyo para

hacer lo que te salga de los cojones. Dicho literalmente.

Sí, el patriarca de los McNamara era sin duda un irlandés de los pies a la cabeza y no tenía el más mínimo respeto por las tradiciones.

—Creo que me va a gustar tu abuelo, amor.

—Él es… un caso aparte —admitió Bea y sonrió como una gata—. Y lo adoramos por ello.

Su hermano y él mismo asintieron con rotundidad ante tal descripción.

Cameron le echó un vistazo a su reloj de pulsera y anunció.

—Es la hora —declaró y tomó la mano de Allie en la suya—. Acabemos con esto y volvamos a casa.

—Hagámoslo —asintió apretándosela en respuesta.

Connor asintió y un segundo después, su esposa y él mismo desaparecieron.

—Tienes que explicarme de nuevo como caminar entre distancias —le recordó su hechicera—. Y esta vez, con coordenadas completas, por favor.

Sonrió sin poder evitarlo.

Su primer intento había sido memorable, tanto como para equivocarse de habitación y pillar a su hermano y su cuñada pasándoselo en grande.

—Hecho.

Lujo, opulencia, sofisticación y ostentación.

Esa era la descripción perfecta para el enorme salón de baile con aire versallesco que habían conjurado los patriarcas del aquelarre para representar esta pantomima.

Esto era en lo que se había convertido el coven, en un alarde de poder y la magia por parte de un puñado de cabezas de familia. Hombres y mujeres cuyo linaje se remontaba en el tiempo y les conferían un estatus por encima de las demás brujas y brujos de la comunidad.

Cameron sintió como la mano de su compañera se tensaba un poco en el hueco de su brazo. Fue algo fugaz, pero lo hizo más consciente aún de todo lo que lo rodeaba, de quienes estaban allí reunidos y sus propósitos.

Ninguno de ellos le tocaría un solo pelo de la cabeza y mucho menos diría una sola palabra que la ofendiese, pues de hacerlo, tendrían en sus manos un problema mucho mayor del que ninguno querría.

Como había esperado, en el mismo instante en que aparecieron ante las puertas de entrada al salón, las voces de las conversaciones empezaron a decrecer como un dial de volumen que se apaga poco a poco. Las cabezas giraron en su dirección, unas con curiosidad, otras con sorpresa, pero de todas ellas las únicas a las que prestó atención fueron las de su familia, quienes no

dudaron en reconocer su presencia con sonrisas y asentimientos.

—Creo que si dejo caer un alfiler en el suelo se oirá hasta en la otra punta —mencionó Allison en voz baja.

No pudo menos que sonreír de manera soslayada ante su comentario y asentir.

—Que no te quepa la menor duda —admitió y con un pequeño apretón de su brazo contra el de ella, traspasaron el umbral de las puertas francesas y atravesaron con paso firme el suelo de damero.

—El *Alto Hechicero* de Dublín y su esposa, lady McNamara.

El anuncio pareció resonar en todo el salón como si hubiese sido hecho por megafonía, pero no era más que otro truco de magia.

Es ella. Dicen que es una bruja nula.

¿Esa no es su secretaria? Entonces, los rumores eran ciertos.

No se le puede negar el buen gusto, es guapa.

Esa mujer posee magia.

Es el caudal del hechicero.

Los comentarios empezaron a sucederse rompiendo así el previo silencio, pero los ignoraron. Avanzaron hacia la especie de tribuna en la que esperaban de pie los siete cabezas de familia, entre los que se encontraba su propia abuela.

—Cameron McNamara, *Alto Hechicero* de Dublín, el patriarcado te agradece que hayas acudido a su llamado y te da la bienvenida a ti y a tu encantadora esposa.

—No es que nos hayan dejado otra salida, patriarca Kontis —respondió mirando, no al hombre que le había hablado, sino a la mujer que se encontraba de pie a su lado—, aunque habría sido mucho más sencillo que tú misma nos entregases la invitación, ¿no te parece, Erin?

No abuela. Nunca abuela. Esa mujer no se merecía ese título.

La aludida sonrió. Le conocía bien, no cabía duda y no le sorprendía lo más mínimo su actitud.

—Si hubieses tenido a bien presentarme a tu encantadora novia, lo habría hecho con sumo gusto, pero preferiste convertirlo en un secreto… —Se justificó con su habitual contundencia—. Nunca me imaginé que llegaría a verla en esta posición, querida mía.

Allison le sostuvo la mirada y sonrió con su habitual profesionalidad.

—Es un placer verla de nuevo, señora —le dijo con elegancia—. Y debo admitir que yo misma me encuentro fuera de mi elemento. No suelen invitarme demasiado a menudo al aquelarre, de hecho, prefieren que esté fuera de él.

Tuvo que morderse una sonrisa, sobre todo al escuchar los jadeos entre la multitud presente, pues ese puñado de personajillos no había escatimado en invitaciones.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que coincidimos, Patriarca O'Sullivan —

continuó ella volviéndose hacia uno de los presentes, entonces continuó con los dos más próximos a él—. Señores.

—Allison Reid, la bruja nula del aquelarre. —La manera en que pronunció esas palabras dejó clara su postura en este juego, pero la ignoró para mirarle a él—. Has hecho una elección un tanto peculiar, Cameron.

—La mejor que se me ocurrió en el momento —replicó sosteniendo la mirada al individuo —, y ha resultado ser todo un acierto, además.

—¿Una bruja nula? —preguntó una de las mujeres que no había hablado hasta el momento. Dio un paso adelante y tendió la mano en dirección a su esposa—. Querida, ¿me permites tu mano?

Bueno, al menos alguien todavía conservaba los modales.

—Por supuesto, lady Amaltea —respondió su pareja y posó la mano en la de la mujer, la cual abrió los ojos de golpe y tras unos segundos asintió.

—Gracias, querida —declaró la mujer y se volvió hacia él—. Lord McNamara, felicidades por su elección.

Asintió con un solo gesto mientras veía como la mujer intercambiaba una mirada con el hombre más cercano a ella y le decía.

—Es una *Alta Hechicera.*

—Eso no es posible —negó categóricamente O'Sullivan, secundado al momento por sus secuaces.

—Velo por ti mismo, mentecato. —Le soltó la mujer sin pelos en la lengua. La anciana era la mayor de todos ellos y no había quién le replicase sin llevarse un mordisco—. Esa niña es una *Alta Hechicera*.

—En realidad, soy mucho más que eso —mencionó Allison mirando a la mujer, quién sonrió y asintió conocedora.

—Lo sé, niña, lo sé —aseguró y le miró de nuevo a él—. Como dije, muy buen ojo, McNamara, muy buen ojo.

Erin, quién había seguido con interés el intercambio avanzó ahora hacia ellos y se detuvo delante de su esposa. La vio entrecerrar los ojos y fruncir el ceño, entonces asintió y sus ojos brillaron con una inesperada satisfacción.

—Eres de los que siempre cae de pie, ¿verdad, *nieto*? —mencionó en voz baja, mirando ahora en su dirección—. La has convertido en una bruja.

—Ya era una bruja —fue categórico en su respuesta.

—Pero no una bruja con un caudal a su disposición —añadió la matriarca volviéndose de nuevo hacia ella. Entonces le tendió la mano y su voz se volvió más amable al dirigirse a su esposa—. ¿Me permites, *nieta*?

Nieta. ¿A qué demonios estaba jugando esa mujer?

Allison decidió por sí misma y posó la mano en la de ella.

Al contrario que la anciana, Erin cerró los dedos en torno a la mano femenina, pero lo que no pudo disimular fue la expresión de su rostro o el brillo de asombro en sus ojos.

—Sí, eres una *Alta Hechicera* —musitó la matriarca, sus labios curvándose ahora en una amplia sonrisa que acabó en una carcajada—. Pero también eres algo más, una *Tejedora de Magia*.

Jadeos, murmullos, miradas asombradas y consternadas entre los patriarcas.

Cameron empezaba a encontrar todo aquello bastante cómico.

—Así es, así es —canturreó la anciana del círculo.

—Eso no es posible. —Algunos insistían con su negativa.

—Lo es.

La respuesta de su esposa fue categórica.

Sintió el tirón en su propio caudal y lo dejó ir dándole total acceso mientras sentía ese cosquilleo en su interior. Era la magia de la tejedora. Su magia elemental la envolvió por completo antes de extenderse por toda la sala como una tela de araña que congelaba todo objeto inanimado a su paso.

Convirtió una porción de suelo en un espejo de hielo y pudo sentir su sensación de libertad y felicidad unos segundos antes de musitar:

—*Alza el vuelo.*

Un pequeño fénix de nieve emergió del espejo con un agudo grito que perforó el ambiente, sus alas se agitaron, derramando pequeñas estrellas de nieve que siguieron cayendo de la estela helada que dejaba detrás de sí.

Allison tejía la magia con sus manos con movimientos suaves, lentos y sensuales, dirigiendo el pájaro por encima de las cabezas de los presentes para luego lanzarlo, con mala leche, todo hay que decirlo, sobre O'Sullivan.

El patriarca tuvo que agachar la cabeza para no perderla, cosa que hizo reír a carcajadas a la anciana del patriarcado, quién empezó a aplaudir entusiasmada.

El pájaro volvió a gritar, hizo un círculo sobre sus cabezas y estalló en una nube de polvo helado sobre todos ellos en el momento en que Allison terminó con aquella dirección de orquesta.

—Maravilloso, niña, maravilloso —aplaudía la mujer mientras los demás estaban con la boca abierta o demasiado perturbados para moverse—. Es la magia más pura y hermosa que han presenciado mis ojos en toda la vida. Gracias por este regalo.

Allison sonrió e inclinó la cabeza, pues resollaba por el esfuerzo.

—Bien hecho, *nieta* —escuchó que decía Erin posando una mano sobre el hombro de la

chica antes de mirarle y asentir a su vez—. Bien hecho, *nieto*, bien hecho.

Sin otra palabra más, bajó del estrado y se alejó con toda la dignidad de una dama de su clase, pero no antes de susurrarle a su altura:

—Dejo el clan McNamara en tus manos, Cameron. Tu abuelo y yo apoyaremos tu decisión.

No podía haber oído bien y sin embargo…

¿Cuándo había hecho Erin algo medianamente normal?

—Reconocemos a lady McNamara como la nueva *Alta Hechicera de Dublín* —mencionó uno de los patriarcas, reponiéndose del susto.

—Sí, ha demostrado ser una…

—No será necesario. —Los atajó ella ahora que había recuperado el aliento—. Yo, Allison McNamara, hija de los brujos Reid, renuncio aquí y ahora al aquelarre de Leinster.

Un nuevo jadeo se extendió por el salón y el silencio volvió a imponerse roto tan solo por una carcajada femenina.

Lady Amaltea se lo estaba pasando en grande.

—¿Cómo te atreves a…? —Empezó O'Sullivan.

—Patriarcas, Matriarcas. —Interrumpió él, ignorando al imbécil y mirando los rostros de aquellos que se habían pronunciado hasta el momento—. Aquí y ahora, yo, Cameron McNamara, jefe del Clan McNamara y *Alto Hechicero* de Dublín, declaro que el clan McNamara abandona el aquelarre de Leinster.

A algunos iban a salírsele los ojos de las órbitas, pensó.

—¿Te has vuelto loco?

—Ah, un muchacho inteligente, sí señor.

—Lord McNamara, vuestras palabras pueden interpretarse como que…

—Mis palabras se interpretarán al pie de la letra. —Dicho eso se dio media vuelta y miró a la gente ahí reunida—. Desde este mismo momento, los McNamara no formamos parte del aquelarre de Leinster. Mi esposa es una *hija de Tara*, descendiente de las *Grandes Brujas* de Éire y *Alta Hechicera* de mi clan.

—Ningún otro aquelarre os acogerá, vuestra familia quedará proscrita para la comunidad y también vuestros descendientes, ¿entendéis eso, McNamara? —Uno de los patriarcas dio un paso adelante—. Vuestro clan pertenece a Leinster, es dónde están sus raíces, ningún otro coven, en ningún punto del planeta, os acogerá.

—Lo entiendo —afirmó categórico.

—Ah, pero ella sí puede reclamar todavía el aquelarre de Tara. —El canturreo de lady Amaltea hizo que tanto ellos dos como el resto del círculo se volviese hacia la anciana—. La hechicera es *hija de Tara*. Puede reclamar su aquelarre original.

—Tara no tiene aquelarre.

La mujer chasqueó la lengua y fulminó con una aviesa mirada a O'Sullivan.

—Imbécil. —Le escupió a los pies, algo que pareció horrorizar a los demás patriarcas—. Tara es el primer aquelarre y esta niña tiene su magia. —Lo ignoró con un gesto y se acercó a Allison, mirándole a él también de manera alternativa—. Tú eres la única que queda, ¿pero no es mejor un aquelarre con una sola voz, que uno en el que hay muchas?

Se volvió hacia él y sonrió.

—Si quieres cambiar el mundo, debes empezar por cambiar tú primero, *Alto Hechicero* —señaló la mujer y volvió a deslizar la mirada de uno al otro—. Os irá bien.

Dicho eso, giró sobre sus pies y volvió al lugar que ocupaba e intercambió unas palabras en voz baja con uno de sus acompañantes.

Allison se inclinó entonces hacia él y preguntó en un susurro.

—¿Hemos acabado?

Asintió.

—Eso parece —afirmó.

—Pues vámonos de una vez —pidió tomando su mano—. Si tengo que verle la cara a ese imbécil un segundo más, lo convierto en un cubito de hielo y a la mierda el aquelarre.

No lo evitó, dejó que emergiese por su garganta y estallase de viva voz.

Se rio. A carcajadas. Y por dios, que bien sentaba.

—Vámonos a casa, mi amor. —Se llevó su mano a los labios y la besó.

Ella asintió, se despidió de la matriarca con un gesto de la mano que arrancó una sonrisa y un asentimiento a la anciana y dejó que la guiase de regreso a través del salón aún cubierto con el hielo de su magia y lleno de brujos y brujas que no sabían cómo reaccionar.

—Os gusta dar la nota, ¿verdad? —mencionó su hermano flanqueando su lado mientras su cuñada hacía lo propio con el de su esposa.

—Hemos intentado ser discretos, pero ellos no nos han dejado —replicó Allison con un pequeño resoplido—. Por cierto, ¿se consideraría una grosería por mi parte si le envío una enorme caja de bombones a lady Amaltea? Mi madre tenía razón, esa mujer es una bruja de los pies a la cabeza.

—¿Tu madre? —preguntó mirando en su dirección.

La sonrisa traviesa que le curvó los labios le dijo que sabía algo que él no.

—Les pedí a mis padres que no asistieran —admitió e hizo un gesto con la cabeza—. No quería someterlos a esto. Y entonces mi madre me dijo que, pasase lo que pasase, no contrariase a lady Amaltea y fuese educada con ella.

—¿Por qué? —Se interesó Bea—. Quiero decir, ha sido encantadora, pero…

—No tengo la menor idea, pero mi madre sabe muchas más cosas de lo que dice. Así que,

como hija inteligente que soy, en cuestiones de esta índole yo escucho, callo y obedezco.

Beatrice asintió conforme con aquella filosofía que él, sin embargo, no estaba tan seguro de encontrar agradable.

Cameron cruzó entonces la mirada con su padre, quién asintió y se unió a ellos. Su madre iba cogida de su brazo, con la cabeza en alto y tan satisfecha como si le hubiesen dado un mismísimo puesto en el patriarcado.

—Lo has conseguido, hijo —mencionó su padre avanzando con ellos—. Esta celebración no se olvidará en mucho, pero que mucho tiempo.

—El aquelarre de Tara… —Escuchó que decía también su madre—. Allison, querida mía, bienvenida a la familia.

—Er, ¿gracias? —respondió mirándole a él con una ceja enarcada.

Sacudió la cabeza. Prefería no pensar en lo que debía estársele pasando por la cabeza a Deidre en esos momentos.

—Los McNamara de Tara… —mencionó su hermano al otro lado de la comitiva—. No suena mal.

—No, nada mal, ¿verdad?

Se encontró con los ojos de su esposa y asintió.

Los McNamara de Tara, un aquelarre que su preciosa e inteligente esposa había rescatado del pasado para ellos.

Uno que carecía de normas, de patriarcados y que podría crecer y acoger a tantos expulsados y refugiados como fuese necesario. Porque eso sería el coven de Tara, una comunidad para los suyos, para todos, sin excepción.

—¿Te he dicho hoy que te quiero, mi bruja malvada?

—Lo veo en tus ojos cada vez que te miro, mi amor —mencionó ella perdiéndose en sus ojos—, pero adoro escucharlo porque quiere decir que mi sueño se ha hecho por fin realidad.

—Te quiero, Allison McNamara.

—Y yo a ti, Cam. Y yo a ti.

EPÍLOGO

Un mes después…

Si cerraba los ojos y escuchaba atentamente podía escuchar su voz.

La de la tierra.

La de sus ancestros.

La de la magia que corría por sus venas.

Aquí estaban sus raíces, las respuestas a los miles de preguntas que se había hecho a lo largo de toda su vida.

Y aquí era dónde quería unir su vida, su corazón y su alma al hombre que la cogía de las manos frente a la *Lia Fáil*; la antigua piedra cuyas leyendas decían que había sido traída a Irlanda por los *Tuatha Dé Danann* y en la que habían sido coronados los antiguos reyes. La piedra del destino.

Y en una noche tan señalada como esta, en la que el velo de los mundos era tan liviano que podía sentirlas a ellas, las antiguas brujas, sus madres, mirando atentamente aquel momento.

Allison volvió la cabeza hacia un lado y se encontró con la amplia sonrisa de su madre, con sus ojos llorosos y la felicidad en su mirada. Rodeándola con el brazo, con el orgullo tiñéndole el rostro se encontraba su padre, uno de los hombres de su vida.

Sonrió y paseó la mirada sobre la solitaria colina de Tara, sobre cada uno de los fuegos que habían conjurado a su alrededor hasta aquella otra parte de su familia, flanqueando el otro lado.

Connor y Bea, su hermana bruja, sonreían mientras se rodeaban el uno al otro con el brazo. El brillo en sus ojos hablaba de amor, de esperanza y de la paz que el mayor de los gemelos sentía al fin. Junto a ellos estaban sus padres, Dugal y Deidre, cuyos rostros reflejaban la misma felicidad y paz que existía ahora en los corazones de todos.

—¿Eres feliz, amor mío?

Allison levantó la cabeza y se encontró con esos ojos verdes brillantes por la magia y el amor que se reflejaba en ellos. Un amor que le pertenecía, que la hacía temblar de placer y que cuidaría con mimo, como un tesoro, pues era el mayor regalo que le había hecho la vida.

Su jefe.

Su *Alto Hechicero.*

Su Cameron.

—Sí. Ahora lo soy, Cam —asintió perdiéndose en esas gemas esmeralda—. Inmensamente feliz.

Y para que a su marido no le quedase ninguna duda sobre ello, dejó que la colina de Tara hablase por ella y cubriese la noche de pequeñas estrellas en forma de copo de nieve.

Su magia.

Su amor.

Para siempre.

Cuidado con lo que deseas

CUIDADO CON LO QUE DESEAS

Cuando esa mujer se abalanzó sobre él en un rocambolesco intento por impedirle lanzarse en una caída mortal desde la terraza, **Asher** tuvo claras dos cosas; que ella había sacado conclusiones precipitadas y que su aroma lo había atrapado para siempre.

Con todos los problemas que venía arrastrando, el encontrarse a su pareja en la reunión anual de los *Pilares* era lo último que necesitaba. Humana y ajena al mundo al que él pertenecía, Nica prometía ser un desafío interesante, uno que estaba a punto de convertirse en una accidentada carrera de obstáculos.

Unido a ella por un vínculo de pareja, el alfa dragos de Vancouver tendrá que armarse de paciencia con el fin de conquistarla y hacerle ver que su destino es estar a su lado.

Nicola sabía que ceder a la desesperada petición de su mejor amiga iba a traerle problemas, pero jamás imaginó que estos harían tambalear los cimientos de su cordura y pondrían su vida patas arriba en un abrir y cerrar de ojos.

De repente nadie era quién decía ser. Brujas, cambiantes, dragones… lo imposible se hizo realidad ante sus ojos y su mente tuvo que hacer grandes esfuerzos por seguir funcionando. Nada podía prepararla para todo lo que se le vino encima, en especial para la inesperada y creciente atracción que la empujaba hacia ese hombre. Asher era un mito hecho realidad, un dragón empeñado en reclamarla como suya.

PRÓLOGO

Un parpadeo. Eso era todo lo que necesitaba una vida satisfactoria y tranquila para irse a la mierda.

Y Asher Turquen, el *dragos* Lux del fiordo y ahora también de Vancouver, lo sabía de primera mano.

Dejó escapar un resoplido y un par de volutas de humo abandonaron los orificios de su nariz.

Esos vejestorios habían vuelto a convocarle esa misma mañana, por segunda vez en lo que iba de mes, solo para sacarle de sus casillas.

Como si su primera convocatoria no hubiese sido ya suficiente para ponerle de mal humor, pensó. Se habían asegurado de ello con un movimiento magistral, uno ante todo lo que le habían permitido hacer era ponerse a patalear, cosa que no hizo, o aceptar como iban a ser las cosas a partir de ahora.

Cómo si me hubiesen dejado otra salida, caviló de nuevo.

Agitó la cola, sacudió un poco el polvo a su alrededor y volvió a recogerla sobre la ancha piedra sobre la que descansaba. Había elegido este lugar no solo por las vistas sobre su territorio, sino porque no podía pensar.

No podía decir que le sorprendiese el movimiento, después de todo él era un *dragos*, el único del fiordo de *Icaris*; un alfa sin nadie a su cargo.

Era un dragón sin familia, sin clan, un solitario que había tomado su propio camino y rechazado la invitación a ser adoptado o abducido por los ya existentes. Si bien no era el único *dragos* en una situación similar, sí era el único que tenía un territorio propio que no compartía con nadie y el representante más joven de la comunidad.

Siempre había sido consciente de la fragilidad de su posición, así como de la sed de poder de los otros ancianos, en especial del que codiciaba su fiordo. El clan marino había estado más que dispuesto a acogerlo en su seno, pero solo si cedía al mismo tiempo su territorio, algo que no tenía la más mínima intención de hacer.

Y sin duda ese había sido uno de los principales motivos por los que lo habían empujado a semejante ultimátum. Para el consejo, un alfa sin clan era un problema y dado que no podían sacarlo de circulación sin pervertir el equilibrio dentro de *Icaris*, optaron por la opción de

obligarlo a elegir.

«Te guste o no eres uno de los alfas de Icaris. Tienes un territorio propio, pero no un clan que lo respalde. Si quieres mantener el fiordo deberás unirte a uno de los clanes, crear una alianza o reclamar un clan propio».

No había una tercera opción o más bien, ni siquiera se la planteaba, pues se trataba de darle la espalda al consejo y abandonar el valle. Hacerlo significaba perder una parte de sí mismo, el único lugar en el que un *dragos* tenía permitido recuperar su forma natural, algo a lo que no renunciaría jamás.

Sabía que estaba en inferioridad de condiciones, eran cuatro contra uno y lo habían planeado todo al milímetro para que no pudiese seguir escapando de su posición. Lo habían puesto entre la espada y la pared, obligándole a tomar una decisión que no deseaba, una que sin duda coartaría su libertad, pero la alternativa había parecido del todo inviable… O lo fue hasta que Ren y Sophie se plantaron ante él con la solución.

«Si esos vejestorios quieren que lideres un clan, formaremos un puñetero clan».

Sophie Evergreen se había plantado ante él con su largo pelo negro recogido en una trenza, vestida como una elegante mujer de negocios y unos enormes tacones de aguja sobre los que caminaba sin perder un solo paso. A su lado estaba Ren, su mellizo, tan rubio como ella morena, esbozando una amplia sonrisa en su rostro. Al contrario que su hermana, él vestía de manera mucho más casual, pero el brillo en sus ojos azules, idénticos a los de la chica, prometían diversión de la que solía joder a los demás.

«Los exiliados, Ash». Le había dicho entonces Ren abriéndole los ojos. *«No encontrarás a nadie más leal, sobre todo si les devuelves lo que esos imbéciles les han quitado».*

Exiliados. Dragones que habían sido expulsados por sus respectivos clanes de nacimiento por distintas causas. Si bien algunos se lo merecían, otros eran completamente inocentes, víctimas de una sociedad arcaica y patriarcal que buscaba la fuerza, la perfección y el pedigrí por encima de todo.

Los jóvenes *dragos* que había encontrado hacía un par de décadas deambulando por las inmediaciones de su fiordo eran una prueba fehaciente de ello. Los mellizos solo habían sido dos críos famélicos buscando algo que comer y un lugar en el que poder descansar, llegaron a su territorio huyendo del propio del que habían sido expulsados. Si no les hubiese permitido quedarse, si los hubiese expulsado también del fiordo, ahora mismo estarían dando tumbos por el mundo mortal, atrapados para siempre en su apariencia humana, sin tener la oportunidad de liberar sus alas y disfrutar de su naturaleza primigenia.

Niños, un par de críos, tan solo una década más jóvenes que él y que acabaron por convertirse en parte de su familia.

Sí. La idea de Sophie había sido tan acertada como complicada de llevar a cabo, pues

muchos de los exiliados guardaban rencor hacia los alfas que los habían expulsado y hacia sus propios congéneres por no haber hecho nada para evitarlo. Requería de una buena dosis de paciencia y sobre todo de fortaleza el convencer a alguien a quién han apaleado, a quién han dado la espalda y ha visto la cara más amarga de la vida, el confiar de nuevo en la palabra de un alfa. Pese a todo, con la ayuda de esos dos había sido capaz de asentar las bases de su nuevo clan.

«Todos somos unos inadaptados, Ash, empezando por ti». Le había dicho Ren cuando le preguntó si creía que aquello iba a funcionar, si llegarían a confiar y sobre todo a verle como su cabeza. *«Cualquiera que tenga dos dedos de frente ha visto como les has plantado cara a esos vejestorios, si eso no te hace confiable, hermano, no sé qué lo hará»*.

«Hay gente decente ahí fuera, Asher, no solo gilipollas». Le dijo a su vez Sophie, quién no se andaba con rodeos. *«Hay quienes necesitan sentirse de nuevo parte de algo, ver que no son los despojos que los hicieron creer que eran. Gente como Ren o yo misma, que solo quieren un lugar al que poder llamar suyo, dónde poder ser uno mismo sin que eso signifique una sentencia de exilio por no encajar dentro de un canon de perfección que no es real. Dales un lugar que poder llamar hogar y tendrás a tu clan»*.

Y eso había hecho. Durante todo este último mes se había dedicado a buscarles, a reunirles y ofrecerles lo que nadie más les había ofrecido. Sí, se había encontrado con negativas, incluso con ataques, con recelo, mucho recelo, pero también con agradecimiento, ilusión y sobre todo esperanza. A día de hoy contaba ya con una treintena de *dragos* afiliados a su nuevo clan, personas tan variopintas como podían serlo viniendo de distintos clanes, pero curiosamente se llevaban bien entre ellos, complementándose y uniéndose poco a poco como era posible que no lo hubiesen hecho en mucho tiempo.

Sabía que todavía tenían un largo camino por delante y él con ellos, pero era un dragón que se crecía ante la adversidad y sin duda, liderar este nuevo clan iba a ser su prueba de fuego, una que pensaba superar por el bien de todos.

Estiró el largo cuello y olfateó el aire, le gustaba ese aroma limpio y fresco del fiordo, el cual además hoy contrastaba con el calor del sol que le calentaba las escamas del enorme cuerpo reptiliano. La luz incidía en las iridiscentes placas creando una dualidad de tonalidades que iban del azul más intenso, pasando por el turquesa a un suave plateado, un caleidoscopio de colores que se volvía más oscuro en la zona de las patas, la parte inferior de su garganta o las alas.

Paseó la mirada por el ahora silencioso fiordo.

Quería que funcionase, deseaba que ese lugar vibrase de vida, que volviese a ser cómo había sido en el pasado, uno demasiado lejano para que él siquiera recordara. Podía ser el último *dragos* de su tipo que quedaba en *Icaris*, pero no sería el único que disfrutase de este pedazo de oasis cuando la misma tierra bajo sus pies, el agua e incluso el aire parecían trinar pidiendo ser

ocupados de nuevo.

Resolló y una nueva voluta de humo abandonó sus ollares para disiparse en aire frente a él.

La convocatoria de esa mañana había sido igual de irritante que la primera, aunque no tan catastrófica, al menos no para él. Con todo, no podía dejar de pensar en que se trataba de una nueva forma de venganza, una forma de castigar el que se hubiese salido con la suya, sobre todo de una manera tan poco ortodoxa.

Oh, sí. No podía decirse que a los vejestorios les hubiese gustado la manera en la que había conseguido dejarles con un palmo de narices. Estaban convencidos de que ningún *dragos* en su sano juicio abandonaría su casa primordial para unirse a él, que no encontraría miembros para fundar un clan y que tendría que plegarse a sus deseos, solo para descubrir todo lo contrario.

El clan de inadaptados de Vancouver, como lo habían bautizado los mellizos, era válido bajo sus leyes, constituido bajo las premisas de unión, lealdad y honor. Todos y cada uno de los miembros que ahora lo componían habían jurado lealtad y fidelidad a su nuevo alfa, con lo que nadie podría tocarles un pelo sin tener que dar cuenta de sus acciones ante él.

Había cumplido con las normas y además les había dejado con un palmo de narices, algo que había hecho que se vengasen de la manera más ridícula de todas; dejando en su regazo una invitación para representar a los *dragos* ante la reunión anual de los *Pilares Primigenios.*

Cada año, cada una de las castas sobrenaturales se reunían bajo un mismo techos con el único fin de estrechar lazos, reforzar las alianzas que ya había formadas y procurar que las rencillas entre los distintos pilares se mantuviesen en tonos amistosos.

O lo que era lo mismo, un concurso de meadas para ver quién llegaba más lejos.

Y esta vez, dicho dudoso honor había recaído sobre él.

—¿Es una broma? —Le había dicho Ren después de que le entregase la misiva que había aparecido sobre su mesa.

—Ojalá lo fuera.

—Sabes que significa esto, ¿no?

Sophie se había sentado sobre el escritorio, sus ojos azules clavándose en los suyos con esa intensidad femenina que a veces le provocaba escalofríos. A pesar de que era una auténtica belleza, la más joven de los hermanos Evergreen no era su tipo.

—Que tendré que ponerme traje y corbata —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Estaba claro que antes o después nos la devolverían. Les ha escocido un poquitín que decidiese rescatar a aquellos que ellos mismos echaron y les diese un lugar en mi clan. Debieron pensárselo antes de joderme.

—Esto será considerado un insulto hacia el resto de los pilares, lo sabes, ¿verdad? —chasqueó Ren—. Se supone que deberían estar los más altos representantes y te envían… a ti.

—Aunque no lo parezca también formo parte del consejo, Ren —replicó no sin ironía.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé —admitió y echó la cabeza atrás para contemplar el techo de la nueva casa que ahora tenían en Vancouver; el nuevo hogar para el clan—. Si no acudimos, se verá como una falta de respeto hacia el resto de los Pilares Primigenios y si asistimos, también seremos una ofensa, pues no van a enviar ningún emisario más.

—Menudos hijos de puta…

—No sé si se han dado cuenta de que más que joderte a ti, que te la trae floja, se están jodiendo a sí mismos —mencionó Sophie con una mueca—. Aunque de eso también podrían echarte la culpa… Si la cosa sale mal, si montas un escándalo, tú serás el único responsable de haber manchado la imagen de los dragos.

—Vamos, que lo mires por dónde lo mires, estás jodido —sentenció Ren devolviéndole la invitación—. Así que, tendrás que ponerte guapo y hacer uso de ese atractivo arrebatador para conquistar algunas féminas en la fiesta y quedar bien ante el populacho… Aunque solo sea por joder.

—No pienso hacer tal cosa.

—Lo harás —aseguró su amiga sin dejar lugar a réplica—. Irás hecho un pincel. Yo me encargo de eso. Te presentarás en la fiesta anual como se espera del representante dragos, te pasearás por el salón y te dejarás ver, aunque solo sea para que hablen de ti…

—Me pides mucho, Sophie.

—Una hora… —concedió ella bajando del escritorio de un salto—. Aguanta a la plebe una hora y después podrás irte.

—Podremos irnos —la corrigió y miró a Ren a continuación—. Los dos vendréis conmigo. Ya sabes eso de… dos son compañía y tres multitud. Con suerte nos echarán antes.

—No te quepa la menor duda…

Sacudió su enorme cabeza y volvió a acomodarse, replegó las alas y adoptó una postura cómoda para disfrutar de las últimas horas de sol de la tarde. Necesitaba toda esa energía y la calma que encontraba en su forma primitiva para poder enfrentarse a lo que sin duda sería el evento más aburrido de toda su vida.

Esta noche iba a ser larga, pero que muy larga, así que se echaría una buena siesta antes de volver a adoptar su encarnación humana y vestirse para la ocasión.

CAPÍTULO 1

Algunas horas después…

Todas las cosas que podían salir mal esa noche, estaban saliendo, pensó Nicola mientras sujetaba de la cintura a aquel imbécil que había visto a punto de saltar desde el balcón.

No, cuando aceptó asistir a esta estúpida fiesta no pensó que terminaría la velada aferrada con desesperación a un completo desconocido con tendencias suicidas, pero ahí estaba, haciendo exactamente eso.

Tendría que haberse quedado en casa, hacer caso omiso de la súplicas y la carita de cordero degollado de su amiga y mandarla a la mierda. Pero no. Tenía que ceder y echarle una mano.

¡En maldita hora la había escuchado!

—Esta es una malísima idea —le había dicho tan solo unas horas, después de verse delante del espejo de cuerpo entero de la habitación de Lisa.

—Estás divina.

—Lo que estaré es muerta si esto se sale de madre —replicó sin saber lo ciertas que iban a ser esas palabras.

—No pasará nada. Solo mírate. Míranos. Parecemos gemelas.

—En el blanco de los ojos quieres decir…

—Venga, Nica, todo saldrá a pedir de boca —la tranquilizó y le apoyó las manos sobre los hombros—. No tienes que ni que hablar, con que entregues la invitación cuando llegues, ya está. No te harán pasar un examen, posiblemente ni siquiera te miren dos veces. Y luego solo tienes que dar una vuelta, dejarte ver, beber lo que te dé la gana y digamos en… ¿una hora? Ya podrás largarte.

—¿Y por qué no haces tú todo eso? —La señaló en el espejo—. Te pones este vestido, enseñas carne, pavoneas el culo y…

—Sabes que no te pediría algo como esto si no fuese de vida o muerte —le dijo y unió las manos delante de ella—. Necesito estar en otro lugar esta noche, Nica. Es muy, pero que muy importante. Y te prometo que te compensaré por esto…

—No necesito una compensación, sino que pares con esta locura —resopló—. Ya no somos unas crías, ni estamos en la universidad. Esta es la vida real y ya no podemos jugar a intercambiarnos. Joder, Lisa, tú estás más delgada que yo y tienes unas tetas que no rebosan el puñetero vestido…

—¿Tú me has visto bien? Me engorda hasta el aire —chasqueó, negó con la cabeza y señaló lo obvio—. Y tú sí que llenas la parte de arriba de este vestido, yo tendría que ajustármelo o ponerme relleno.

—Lisa…

—Tranquila, Nica. Te lo juro. Nadie se dará cuenta de que no eres yo —insistió—. Y te lo prometo. Tú hazme hoy este favor y yo me encargo de conseguirte esa casita…

—¿Me estás chantajeando? —resopló entrecerrando los ojos sobre ella. Se conocían lo bastante bien como para no sentirse ofendida con sus salidas.

—Te estoy incentivando, que no es lo mismo —Se apoyó en ella y puso esos ojos de cordero degollado a los que era imposible decirle que no—. Además, la decisión final será tuya, tus ahorros los que vayan para la casa, no insistiré de nuevo en colaborar monetariamente porque sé que me lanzarás algo a la cabeza. Pero deja al menos que eche un vistazo y me entere de cómo van las ofertas. No quiero que pagues un centavo más de lo que vale realmente esa propiedad.

Puso los ojos en blanco. Dijese lo que dijese, su amiga haría lo que le diese la gana, como siempre.

—Sigo pensando que esto es una mala idea.

—Por favor… —Dio un paso atrás y la sorprendió dejándose caer al suelo—. Me pondré de rodillas si hace falta. No me dejes ahora en la estacada. Tú no. Eres mi mejor amiga, mi otra mitad, la única que comprende mis locos procesos mentales, mi…

—No empieces…

—Por favor. Porfi. Please. —Unió las manos en modo ruego e hizo uno de esos pucheros a los que nadie podía resistirse—. Porfa, porfa, por fa…

—Tu puta madre, Lisara, deja de hacer eso y ponte de pie de una vez —siseó y tiró de ella para obligarla a ponerse en pie. Nica resopló, sabía que no había manera humana en que pudiese salir de esta, no cuando ya le había dicho que la ayudaría—. Voy a arrepentirme de esto, lo sé —dejó escapar un resoplido, se llevó una mano a la cabeza y la apuntó con la otra—. Solo esta noche, ¿me oyes? No volveré a hacerme pasar por ti nunca más. ¡Nunca! Métetelo en la mollera.

—Me salvas la vida, Nica, en serio —se lanzó a sus brazos—. Te prometo que todo irá bien. Nadie verá otra cosa que no sea a la estupenda señorita Huntington asistiendo a otra engorrosa fiesta. Lo juro.

Siseó. De nada le valía ya protestar. La culpa era toda suya por haberle dicho que sí sin preguntar siquiera a qué estaba afirmando. ¡Joder! No se había enterado de nada. ¿Cómo hacerlo si las dos iban hasta arriba de chupitos?

La muy perra le había hablado de no sé qué fiesta, de que ojalá pudiese ir ella en su lugar, como cuando estaban en la universidad. Nica se había reído y le había dicho que lo haría, que sería como en los viejos tiempos.

Sacudió mentalmente la cabeza.

Esta era su jodida pesadilla, una en la que se había metido ella solita y ahora no sabía salir airosa, así que no le quedaba otra que apechugar y rezar para que nadie descubriese el pastel.

—¿Estará tu abuela?

—Dios, no. Esa bruja es la única capaz de echar por tierra mis planes —resopló y puso los ojos en blanco—. No, no. De hecho, la idea es que yo acudiese en su lugar.

—¿Cómo?

—Lo cual harás tú.

—Lisa, ¿no era una fiesta? ¿A qué clase de evento me estás empujando?

—Es una fiesta, Nica, una celebración anual. —Se encogió de hombros como si nada—. Nada demasiado importante o de lo contrario habría ido ella, ¿no te parece?

No pensaba comprarle eso, ni hoy ni nunca.

La señora Huntington era toda una matriarca y si tenías medio cerebro con neuronas inteligentes no le llevabas la contraria y sobre todo, no te ponías en su camino. Esa mujer era peor que Terminator, solo que en su versión femenina y con un precioso y elegante pelo blanco.

No, esa mujer no entraba en la descripción tradicional de «abuela» bondadosa, que adoraba a sus nietos y los consentía. Era fría como el hielo y por algún motivo que jamás llegó a entender, a ella la tenía enfilada.

«Este no es tu mundo, Nicola, harías bien en alejarte de Lisara y seguir tu propio camino antes de que este se vuelva tortuoso».

Nunca supo si se trató de una advertencia o una amenaza, lo que sí sabía era que a partir de ese momento, Lisa y ella se hicieron uña y carne, importándoles más bien poco el estatus social de la otra o lo que esto significase.

¿No decían que todo el mundo tenía un doble en alguna parte?

Pues ella había encontrado a la suya, pidiéndole una «jodida tila», en la cafetería de la universidad en la que trabajaba. El parecido entre ambas en aquella época era tal, que si no fuese porque se había teñido el pelo, habrían podido pasar por gemelas.

Ese había sido el comienzo de una rocambolesca amistad que las había llevado a ambas a meterse en un sinfín de problemas.

Pero aquel era el pasado y ahora ambas eran sensatas, maduras y tenían una vida independiente. La diferencia radicaba en que Lisa trabajaba en la empresa de su familia, una conocida multinacional de renombre y ella era limpiadora.

Lo más rocambolesco de todo es que conocía al dedillo el edificio en el que iba a celebrarse la fiesta ya que esa misma mañana lo había estado limpiando. Se suponía que la planta superior había sido alquilada por una nueva empresa que comenzaría su actividad la próxima semana. Su jefa había estado encendiendo velas a todos los santos de los que tenía conocimiento para que les diesen la concesión para el mantenimiento. Ella misma las pondría si eso significaba que no le darían la patada a final de mes, tal y como sugerían los rumores que circulaban sobre una posible reducción de plantilla.

Señor, pensar en todo aquello le daba dolor de cabeza. Tenía que haber seguido su primer instinto y salir por la puerta a los quince minutos de estar en aquella reunión. Había rezado incluso para que le denegasen la entrada, prefería pasar un poco de vergüenza antes de entrar a ser descubierta en medio de todo ese mogollón de gente que bebía, charlaba y echaba mirada furtivas sobre las personas que pasaban cerca. Era como si todos desconfiasen de todos, pero en público pusieran sus mejores sonrisas y charlasen como si no odiasen las tripas del otro.

El ambiente resultaba lo bastante tenso y sofocante como para que optase por salir del salón principal, esquivase a una pareja que hablaba en voz baja y no precisamente bien sobre no sé qué personas y se escabullese por uno de los pasillos que llevaban al ascensor de subida.

En su afán por escapar de aquel lugar, se había metido en la cabina y subido a la planta superior, en dónde se encontró con este horrible panorama.

¿Qué gilipollas aprovechaba una fiesta en la que se bebía champán, se comían toda clase de canapés, cada cual más asqueroso, y terminaba en la única planta que tenía terraza con la única intención de precipitarse desde esta?

—¡No puede hacerlo! —siseó tirando de la chaqueta del tipo hacia atrás como si no hubiese un mañana. Se había lanzado a por él en un arrebato desesperado al ver como se doblaba sobre la balaustrada, su cuerpo lo bastante fuera de aquella línea de seguridad como para precipitarse sin remedio si perdía el equilibrio—. ¡De eso nada! ¡No me va a dejar un trauma psicológico de por vida! ¡Suicídese otro día! ¡Hoy no!

Ya fuese por la adrenalina que le recorría el cuerpo o la desesperación, consiguió arrastrar esa enorme muralla humana hacia atrás y con el impulso ambos terminaron en el suelo.

—¡Esta no es una buena noche para cometer tamaña estupidez! —Lo increpó revolviéndose en el suelo y apoyando todo su peso sobre él para impedirle levantarse—. ¡La vida es demasiado preciosa para desperdiciarla de esa manera!

—¿Qué?

—¡No dejaré que se suicide! —replicó manteniéndolo contra el suelo sin esfuerzo. Y no es

que ella tuviese la fuerza de un coloso, sino que él se había quedado inmóvil, mirándola con los ojos muy abiertos; unos ojos preciosos, por cierto.

Todo él era digno de mirar, de admirar e incluso de lamer, si se permitía ir un poquito más allá…

¿Pero en qué demonios estaba pensando?

—¿Suicidarme?

Quitándose de encima esa inesperada apreciación sobre lo bueno que estaba el imbécil, señaló con un gesto del brazo.

—Se habría precipitado por la balaustrada y se habría hecho papilla —replicó en un bajo siseo y luego alzó la voz para remarcar lo evidente—. ¡*Papilla*, pedazo orangután!

—Orangután.

—¡Sí! ¡Ya sabe! ¡Uno de esos monos de pelo naranja!

—Dudo que ahí fuera haya uno solo de esos, pero…

—¡Pero nada! —Le clavó el dedo en el pecho—. Prométame ahora mismo que no intentará saltar desde la terraza y dejaré que se levante.

Dios, ¿podía haber algo más bizarro que esto? Ella… ¡Ella! Sentada a horcajadas sobre la cadera del tío más sexy y atractivo que había visto en su vida.

Uno que ha intentado suicidarse, ¿recuerdas?

—¿Saltar desde la terraza? —repitió abriendo aún más esos ojos verdes—. ¿Yo?

Vale. Era guapo y estaba cañón, pero se veía que no era muy listo. Eso o estaba de alcohol hasta las cejas.

—Desde luego no fui yo la que estaba doblada sobre el borde a punto de caerse de cabeza al vacío —replicó con goteante ironía—. ¡Debería darle vergüenza! ¿No ha pensado en su familia? ¿En sus hijos?

—No tengo hijos —resopló y pareció ofendido ante la sola pregunta.

—¡Mejor, así no tendrá que decirles que tienen un padre imbécil con tendencias suicidas! —exclamó con vehemencia.

—¿Es necesario que grite? —chasqueó apoyado ahora en los antebrazos.

—¡Gritaré todo lo que me dé la gana! —replicó clavando de nuevo el dedo—. ¡Tengo derecho a hacerlo después de que casi me parase el corazón al ver como casi se suicida delante de mis narices!

—No estaba intentando suicidarme.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le llama a precipitarse en caída libre desde el último piso de este maldito edificio? ¿Un paseo por las nubes?

Él entrecerró los ojos y levantó un poco la cabeza al tiempo que inhalaba hondo, entonces sonrió y acto seguido se echó a reír sin más. Allí estaba, en el suelo, con ella encima y se reía

como un auténtico desquiciado.

—Está borracho —decidió con una mueca de disgusto—. Así que además de suicida, es un redomado imbécil.

Sus carcajadas resonaron en torno a ella, el cuerpo masculino que tenía debajo se estremeció a causa de la risa; al tipo incluso se le saltaron las lágrimas.

—Increíble —bufó Nica, se apoyó en ese duro pecho con intención de levantarse y apartarse del tipo, pero él se lo impidió.

—No. —Unos largos y elegantes dedos se le cerraron en torno a ambas muñecas impidiéndole ir más lejos. Esos ojos verdes se encontraron con los suyos y a pesar de la sonrisa que le curvaba los labios, su hilaridad menguó al momento otorgándole un aspecto más peligroso que de profunda embriaguez—. Tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Nica. —Tan pronto como la palabra salió de sus labios se encogió. Había venido aquí con una invitación a nombre de su amiga, no al suyo, para los presentes ella era *Lisara Huntington*, la princesita de Vancouver, no una fregona—. Olvídese de mi nombre y suélteme para que pueda levantarme. Le acompañaré de nuevo abajo para que se le quiten las ganas de hacer más tonterías.

Ignoró sus palabras y la recorrió con la mirada, una pasada lenta y que le provocó un inesperado escalofrío de lo más placentero.

—No tienes aspecto de llamarte Nica —mencionó él, sus ojos volviendo a encontrarse con los de ella—. ¿Es tu nombre real?

—Es el diminutivo de Nicola.

Dejó escapar un pequeño jadeo y se llevó la mano a la boca.

¿Por qué mierda le había dicho eso? ¿Qué narices estaba haciendo?

Se soltó de su mano de un tirón y se levantó mirándole con cara de pocos amigos.

—¿Nicola qué más? —Inquirió con voz suave, sensual, una caricia que le bajó por la columna y le provocó un estremecimiento.

Sus movimientos eran gráciles, fluidos, endemoniadamente sexis mientras se ponía también en pie y se alisaba la ropa.

—Nico… —Se detuvo en el acto y apretó la mano contra la boca, porque las palabras estaban brotando solas, como si necesitase responder a sus preguntas con la verdad.

El suicida sonrió un poco más, ladeó la cabeza y le tendió la mano a modo de saludo.

—Soy Asher —le dijo manteniendo el brazo estirado—, y tú, Nicola, eres mi mejor hallazgo de la noche…

—Dele las gracias a su ángel de la guarda —replicó ignorando el comentario, le apartó la mano de una palmada y lo apuntó con el dedo desde su posición—. Y ni se le ocurra intentarlo otra vez. No mientras yo esté delante, al menos.

—Nunca he tenido la intención de hacer tal cosa, pero si eso te tranquiliza, lo prometo —le dijo y, por raro que sonara, le creyó a pies juntillas.

—Bien —asintió satisfecha y barajó la posibilidad de dejarle solo, pero no se fiaba de que no intentase de nuevo hacer alguna tontería.

—Mire, señor Asher, ¿por qué no me acompaña abajo? ¿Ha venido con alguien? No debería quedarse aquí solo.

—¿A qué pilar perteneces? —inquirió mirándola con curiosidad—. ¿A quién *guardas*?

—¿Disculpe?

—Tendré que hablar con ellos para que prescindan de tus servicios —aseguró recorriéndola ahora de la cabeza a los pies—. No puedo creer dónde ha venido a suceder. Ni siquiera tenía ganas de venir a esta pantomima y aquí estás. Eres más voluptuosa de lo que podría haberme imaginado.

—¿Perdón? —siseó visiblemente ofendida con su referencia. Era lo último que le faltaba, que ese orangután insinuara algo sobre su físico.

—No te lo tomes a mal, cariño, estoy encantado con tu figura —rectificó con sinceridad y un toque de sorpresa—. Es solo que… todavía me estoy haciendo a la idea… de que estés aquí. ¿Vives en la ciudad?

Enarcó una ceja, ¿el suicida estaba ligando con ella? ¿En serio?

—¿Cuánto ha bebido?

—El champán que sirven es terrible.

No tenía idea de si era así, pues no le gustaba y no se había molestado ni en probarlo. Tan solo sorbió de una de las copas de vino y ni siquiera se la terminó.

—¿Aceptó alguna otra bebida?

Quizá lo hubiesen drogado, ¿no?

—Aceptaría cualquier cosa que viniese de ti, aunque a juzgar por tu mirada lo último que pareces querer es invitarme a una copa.

De acuerdo, esto ya era más que ridículo.

—Venga, le acompañaré abajo… —extendió el brazo señalando la puerta abierta de la entrada.

—Será un placer, pero primero tengo que recuperar el gemelo que ha caído por el balcón de la terraza. Si no lo hago, podrías tener que prescindir de mí…

—Y una mierda. —Nicola no se lo pensó dos veces, lo rodeó y lo empujó fuera de la oficina. No pensaba dejarle de nuevo cerca de la terraza—. Usted baja conmigo.

Lo empujó y él se movió solo porque parecía querer hacerlo, ya que con esa envergadura le habría sido imposible menearlo siquiera un poquito. Eso sí, el cuerpo bajo sus manos era fuerte y duro, por no hablar de que olía de maravilla. No era de las que se fijaban en esas cosas, pero este

tipo tenía un aroma propio embriagador.

—Vamos a ir al ascensor y…

Mientras las palabras salían de su boca, escuchó el timbre de este y vio como las puertas se abrían. Las dos personas que lo ocupaban y que parecían enzarzados en una acalorada discusión se quedaron callados al verles.

—Asher, ¿va todo bien por aquí?

Escuchar el nombre con el que se había presentado el hombre la alivió y dio por hecho de que le conocerían.

—Hola —saludó caminando directa hacia ellos—. ¿Le conocen?

La mujer que la miraba enarcó una ceja ante semejante pregunta y asintió con la cabeza.

—Estupendo. Hagan el favor de ocuparse de él entonces —pidió señalando al tipo—. Y no le pierdan de vista. Acabo de encontrarle a punto de saltar del balcón de la terraza.

—¿Qué? —La mujer abrió mucho los ojos, mientras que el chico que lo acompañaba enarcó una ceja como si no la creyese.

—Se trata de un malentendido.

—Difícilmente he podido malinterpretar lo que estaba a punto de hacer, sobre todo cuando ha tenido suerte de que pasase por aquí para impedirlo —chasqueó Nica volviéndose a la pareja —. Les sugiero que se lo lleven a casa y que lo lleven a consulta.

Con ese último apunte, saludó con un gesto al tipo, así como a la mujer y se marchó hacia el ascensor. Los tres se habían vuelto hacia ella con distintas expresiones y no dejaron de mirarla hasta que las puertas se cerraron de nuevo.

Ya había hecho bastante por esa noche. Había aparecido, se había dejado ver y ahora pensaba marcharse a casa.

Mañana le diría a Lisara que no volvería a hacerse pasar por ella nunca más.

CAPÍTULO 2

—¿Qué coño ha sido eso?

Ash levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Ren. Su hermana seguía contemplando el ascensor, al igual que él, aunque sabía que no por la misma razón.

No. Ellos no tenían ni idea, pensó entre divertido y confundido.

—Mejor aún, ¿por qué piensa que has intentado saltar desde el balcón de la terraza? —preguntó Sophie girándose hacia él.

No pudo evitar que los labios se estiraran en una divertida sonrisa y la risa le burbujeara de nuevo en la garganta.

—Por alguna extraña razón se le metió en la cabeza que tenía intenciones suicidas y actuó en consecuencia para evitar una catástrofe irremediable —respondió encogiéndose de hombros —. Me agarró de la chaqueta, tiró de mí y terminamos sobre el suelo de la terraza. Fue un acto de lo más inesperado.

Al igual que su aparición, por no hablar de su aroma y lo que este representaba para él.

—Necesito averiguar a que familia pertenece —mencionó y no pudo evitar hacer una mueca al pensar que tendría que volver al salón en el que se estaba celebrando la reunión anual y encontrar dicha familia—. Si es que pertenece a alguna…

—Si está hoy aquí, tiene que pertenecerlo —chasqueó Sophie llevándose las manos a las caderas—. Una guardiana…

—No es una *guardiana*.

Esa había sido su inmediata suposición. Solo los guardianes de los pilares tenían acceso a la fiesta, humanos que servían a los distintos clanes, pero ella… Ella no llevaba la *impronta* ni en su sangre ni en su piel, algo que solo ahora, tras reflexionar un poco, venía a notar.

—Solo es humana…

Bueno, no solo eso, se dijo a sí mismo. No. Esa mujer era más, mucho más, algo que todavía estaba procesando.

—Eso es imposible. —La contundencia de Ren lo espabiló, le dirigió una mirada y lo vio negar también con la cabeza—. Una humana común no habría podido pasar de la puerta, es imposible.

—No he dicho que fuese común —admitió. No lo era, pero su amigo no estaba equivocado

en su afirmación inicial. Para empezar, era sorprendente que hubiese podido pasar por la puerta

—Ash, ningún humano entra sin invitación al cónclave. —le recordó Sophie señalando lo que debería ser evidente—. Tiene que ser una guardiana. O puede que una acólita, si no has notado su *impronta*…

Lo que vendría a ser un guardián en espera, alguien que solía formar parte de una familia, pero que todavía no había terminado su periodo obligatorio de servicio.

Sí, eso tendría sentido si lo que había descubierto no le hubiese dicho todo lo contrario.

—No lo es —negó de nuevo—. No ha sido reclamada por ningún clan, ni tampoco por macho alguno, lo cual es ideal, dadas las circunstancias. Sería un poco complicado tener que explicarle a esa deliciosa mujercita que me pertenece.

—¿Qué?

—¿Qué coño has bebido esta noche?

—Al parecer no tanto como para pasar por alto el delicioso aroma de la mujer que cayó sobre mí, la única que podría hacer que de repente me gustasen tanto las fresas con nata —admitió con secreta diversión.

Sin duda había sido lo más estimulante de esa aburrida noche, pensó mientras recordaba el momento exacto en el que atravesó las puertas del salón en el que se celebraba la fiesta. Durante un latido, quizá dos, el murmullo y las conversaciones que se escuchaban por encima de la música se acallaron. Fue algo paulatino, como si una ola las fuese sofocando poco a poco. El silencio llegó acompañado de miradas de incredulidad, sorpresa, disgusto y también alguna que otra de pura curiosidad.

Había cogido una copa de la bandeja de uno de los camareros, mirado de soslayo a sus acompañantes, los cuales pusieron los ojos en blanco, y seguido su camino entre los asistentes. Sonrió y enfrentó el escrutinio al que eran sometidos con genuina diversión, en algún momento incluso se le pasó por la cabeza decirles «Boo» y ver si saltaban, pero los representantes de mayor edad de dos de los pilares le salieron al paso..

—Así que los dragos decidieron levantar una piedra y enviarte a ti como su representante, ¿eh, Turquen? —Lo había saludado el representante de los felinos, quién no dudó en tenderle la mano.

Había sonreído con suficiencia y devuelto el saludo.

—Al parecer era el único dragos que no tenía nada mejor que hacer hoy, Nolan.

—Entonces ya seríamos dos, querido. —Había añadido la mujer mayor que no solo representaba, sino lideraba el pilar Hawkin. Sus ojos eran sagaces, sabios y de un dorado similar al de su naturaleza falcónida—. Ya seríamos dos.

—Lady Calíope —La saludó con educación, correspondiendo a la mano tendida de la mujer—. Veo que sigue igual de franca que siempre.

—A mi edad la franqueza es la única diversión que encuentro, Asher, sobre todo porque me permite ver la cara de pánfilos que se le quedan a los demás —respondió la mujer antes de volverse a sus acompañantes y saludarles a ambos.

Ese primer intercambio había roto el silencio y devuelto la voz al resto de los presentes, aunque durante todo el tiempo que pasó en el salón, nadie más pareció encontrar el valor para acercarse a ninguno de los tres *dragos* presentes.

Al parecer su asistencia no era la única nota discordante en aquella reunión anual, la ausencia de algunos nombres o la parca representación por parte de ciertos pilares, había suscitado todo tipo de rumores y escándalos que lo entretuvieron durante quince minutos.

Las *magikae*, el clan de brujas, parecía acarrear el centro de todos los cuchicheos, pues a la ausencia de la matriarca del clan, se le había unido la altiva presencia de su heredera. Al parecer su papel esa noche era comparable a la de una princesa de hielo; fría y distante.

Lo cierto es que no había llegado a verla en todo el tiempo que estuvo en el salón y casi mejor, lo último que le apetecía era tener que soportar a una bruja. Con todo, tampoco es que se hubiese prodigado mucho, después de abandonar el malísimo champán y cambiarlo por una copa de vino algo menos malo, había dejado a los mellizos a cargo de hacer acto de presencia y había subido a la planta superior en la que estaba su nueva oficina.

Sí, había sido realmente divertido hacerse con el edificio, sobre todo cuando hasta hacía pocos días había pertenecido al clan *magikae* de la región. En principio solo había tenido intención de alquilar una planta completa para establecer nueva base empresarial, pero entonces Ren decidió que sería más cómodo hacerse con todo el inmueble. Poco sabían las brujas que detrás del alquiler de la planta, como de la oferta de compra que habían aceptado por el inmueble, se encontraba en realidad el clan *dragos* de Vancouver; o lo que es lo mismo, él.

Como buen empresario, había dejado las transacciones en manos de su gente de confianza, supervisando las cosas a medida que se las iban poniendo sobre la mesa. Así pues, si bien habían empezado alquilando y reformando la planta para la labor empresarial, a partir del lunes serían oficialmente también dueños de toda la propiedad.

Sí. A más de uno le daría un ataque al corazón al saber que la reunión anual de los pilares había sido hospedada finalmente en territorio *dragos* y no *magikae*, pero era algo que ahora no le importaba lo más mínimo, no después de que esa inesperada y voluptuosa hembra que olía tan bien se hubiese cruzado en su camino.

—Su olor era dulce, con un toque de caramelo… —añadió relamiéndose ante el solo recuerdo. Ese aroma se había convertido en su favorito—. *Fresas con nata y caramelo.*

—*No. Me. Jodas.* —siseó su amiga abriendo los ojos como platos—. ¿Ella? —El brazo de Sophie salió disparado en dirección a la puerta del ascensor—. ¿Esa hembra humana?

Sus labios se fueron estirando solos, formando una pequeña curvatura que tiró de su

sonrisa.

Sí, ¿cuántas posibilidades existían de que un *dragos* como él encontrarse su pareja en la jodida reunión de los pilares en medio de la ciudad de Vancouver?

Según sus cálculos, pocas tirando a ninguna.

¿Y que además dicha pareja fuese una humana común y corriente, compatible con el líder de uno?

Eso ya sería como encontrar una aguja en un pajar.

Y sin embargo, Asher no tenía la menor duda al respecto. Esa voluptuosa humana reunía ambas cualidades y no solo no poseía marca alguna que supusiera un escollo para su reclamo, sino que su aroma había despertado sus instintos, unos que solo cobraban vida ante la pareja destinada a él.

Un aroma.

Los integrantes de los gremios del *pilar dragos* nacían con un aroma grabado en su alma, uno que identificaba a la hembra o el macho al que estaban destinados. Podías pasarte gran parte de tu vida sin captar jamás ese aroma o reconocerlo en tu más temprana juventud y saber que siempre te sentirías atraído hacia su destinatario.

Nunca había experimentado algo semejante, en la vida le había golpeado nada tan fuerte como lo hizo en el momento en que ella se abalanzó sobre él. *Fresas con nata, con un toque de caramelo.* Ese era el aroma de la mujer, uno que jamás olvidaría y que lo conduciría a ella allí dónde estuviese.

—Sí, esa deliciosa hembra humana —afirmó y sonrió contento. Había estallado en carcajadas, pero no por lo que la chica pensaba, sino por el hecho de haber encontrado en aquel lugar, en esa estúpida fiesta, a su otra mitad.

—Tiene que ser una broma… —musitó Sophie mirándole con los ojos como platos y la boca abierta.

—¿Cuántas copas de champán te has bebido? —preguntó Ren mirándole igual de estupefacto—. ¿Les has birlado la botella a los camareros?

—El champán era malísimo, no merecía la pena el esfuerzo —replicó al tiempo que echaba un vistazo hacia el otro lado del pasillo, a la entrada de sala en la que había tenido lugar el glorioso encuentro—. Creía que tenía intención de saltar por el balcón y trato de evitarlo. —Lo cierto es que todavía le sorprendía que hubiese llegado a una conclusión semejante—. Fue todo un malentendido, pero ni siquiera me dejó abrir la boca. ¡Qué carácter! Me gusta.

Sus dos compañeros se lo quedaron mirando como si fuera la primera vez que lo veían.

—Se me cayó uno de los gemelos y se quedó encajado en el saliente.

Los ojos de Sophie se abrieron aún más, si es que eso era posible.

—¿Los gemelos que te puse esta tarde?

—Esos mismos —afirmó a sabiendas de lo que esa admisión traería consigo. Oh, sí, no había nada como una *dragos* cabreada—. Lo siento. Odio tener que asistir a estas fiestas. Me vine aquí arriba precisamente para evitar a toda esa panda de inútiles. Salí a la terraza y es posible que me pusiera a juguetear con uno de ellos.

—¿Dónde está? —Bajó la mirada sobre los puños de su camisa. La chaqueta seguía en la oficina, colgada del respaldo de la silla de su nueva mesa.

—Se quedó encajado en el saliente, por la parte de fuera y allí sigue —indicó con toda la serenidad que fue capaz de reunir, pues todo en él vibraba en una única dirección—. Estaba intentando recuperarlo cuando ella evitó que me suicidara. Sigue en el mismo lugar.

—¿Nos estás diciendo que esa chica, la que se ha metido en el ascensor, es tu pareja? —Ren parecía haber recuperado la lucidez.

Asintió con la cabeza.

—Increíble, ¿verdad? —Afirmó acercándose a ambos y posando ambas manos sobre cada uno de sus hombros—. Quién nos iba a decir cuando me dieron ese estúpido ultimátum que las cosas cambiarían tan drásticamente. Creo que incluso me gusta un poquito más esta ciudad.

—No tengo palabras… —afirmó Sophie.

—Yo tampoco —corroboró su hermano.

—Pues yo sí —admitió y señaló el ascensor—. Me voy. Tengo que averiguar dónde vive y cuál es su nombre completo. No he podido sacárselo con la voz de la verdad. Curioso, muy curioso, ¿no? —Sobre todo porque había muy pocos humanos capaces de resistirse a ella. La mayoría sucumbían con facilidad, respondiendo a sus preguntas sin mayor reticencia, pero ella… Nicola parecía haberse percatado incluso de las palabras involuntarias que salían de su boca.

—Espera, ¿estás diciendo que la compulsión no ha funcionado en una *tonta* humana?

—Ten cuidado en cómo te refieres a *mi mujer*, Ren. —Su réplica trajo consigo una ligera ronquera en su voz, una que no debería estar allí por la amenaza que suponía para el destinatario.

—Ren… cuidado… —El tono de voz de su hermana advirtió al *dragos* ante él.

—Me disculpo por mi mala elección de palabras, *alfa* —replicó al instante el mellizo de la chica, inclinando la cabeza de manera servil—. No ocurrirá de nuevo.

Respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Está bien, Ren. No… no soy yo mismo. —Asher se disculpó con el chico al momento. No era culpa suya, sus instintos se estaban afinando y sabía que se volvería incluso más territorial con el paso de los días, al menos hasta que tuviese a su pareja en su propio nido—. Perdóname.

Él joven sacudió la cabeza, restándole importancia a su reacción, pero aun así, tenía sus razones para sorprenderse ante la falta de efectividad de la compulsión de la voz de la verdad. Se trataba de un don intrínseco a los *dragos*, un poder bastante útil, sobre todo en los negocios, pero

también uno del que no convenía abusar. Era consciente de la desconfianza de los otros clanes con respecto a los dragones y a esa particular habilidad, todo el mundo tenía secretos que guardar y no estaban dispuestos a que salieran a la luz por el simple hecho de abrir la boca.

—Sophie, ¿puedes recuperar el gemelo por mí, por favor? —le pidió a la chica, quién enarcó una ceja—. Y… mejor guárdame también este.

Se quitó el que todavía llevaba en el puño y se lo entregó.

—Recuperaré el otro y los guardaré para evitar que… los pierdas —replicó ella mirándole con cara de pocos amigos.

—¿Recuerdas ese bolso al que llevas haciéndole ojitos desde hace meses? —La mujer enarcó una ceja y lo miró interesada—. Es tuyo.

—No puedes sobornarme para que no te eche la bronca, capullo.

Él sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Ya no lo quieres?

—En color rubí. La edición especial. Y más te vale que venga en su bolsa original.

—Cada vez te está saliendo más caro sobornarla, Ash… —mencionó su mellizo poniendo los ojos en blanco. Entonces señaló con un gesto el ascensor—. Vete. Ya veremos que se nos ocurre para justificar tu ausencia ante los clanes.

—Podéis decirles la verdad, que me importan una mierda sus culos.

Con esa última acotación les dio la espalda y empezó a caminar hacia las puertas metálicas al final del pasillo.

—Y no me esperéis despiertos —añadió levantando la mano en un gesto de despedida.

Un parpadeo después se desvaneció en el aire, abandonando aquella planta para seguir el delicioso aroma que pertenecía a la mujer que había conocido esa noche, la única por la que ahora sentía una profunda y absoluta curiosidad.

CAPÍTULO 3

—Y ahora, aún encima, llueve.

Nicola dejó escapar un bufido al ver la intensa lluvia que caía en esos momentos. No se trataba de un tímido aguacero, no, caía con la fuerza suficiente para empaparla antes de que tuviese tiempo de llegar a la acera.

—Irse a casa andando, tachado de la lista —dijo abriendo el bolsito para sacar el móvil—. Toca pedir un *Uber*. Ya verá la gracia que le hace cuando le pase la factura.

No había hecho más que abrir la aplicación y navegar por ella cuando alguien se le acercó desde atrás y, sin mencionar una sola palabra, le echaron una bolsa por la cabeza. De repente todo se volvió oscuro, el teléfono se le cayó de las manos y estas quedaron inmovilizadas, al igual que sus brazos, cuando la rodearon.

Todo sucedió tan deprisa que el grito que nació de su garganta quedó ahogado contra la tela de su cabeza. El suelo desapareció de sus pies en el mismo instante en que sintió que la levantaban y cuatro pares de manos la cargaban como si fuese una puñetera alfombra.

Notó el frío y punzante golpe de la lluvia, entonces un fogonazo de luz y el rugido del motor de un coche entraron en acción.

—No se preocupe, *señorita Huntington* —escuchó una voz masculina llamándola por el apellido de Lisara—. Todo acabará pronto.

—El jefe quiere verla, entiéndalo. No le ha dejado otra salida.

¿Jefe? ¿Qué jefe? ¿En qué demonios se había metido Lisara esta vez?

—Um… Señores, creo que han cometido una enorme equivocación —les dijo con voz calmada, dejándose transportar, pues la alternativa era menearse como una serpiente—. No soy a quién están buscando.

—Por supuesto, por supuesto…

¿Podía haber más ironía en esa voz?

No le sonaba de nada, pero habiéndoles escuchado pronunciar el nombre Huntington podía esperarse cualquier cosa.

—Son conscientes de que el secuestro está penado, ¿verdad? —les dijo haciendo gala de toda su paciencia.

—Considérelo una invitación informal a reunirse con *su marido*.

Dejó escapar una carcajada ante la absurda respuesta.

—En serio, están metiendo la pata de cabo a rabo —aseguró con un resoplido—. Ni yo soy Lisara Huntington, ni ella está casada como para tener un marido.

No obtuvo respuesta, más su posición cambió y durante un breve instante notó de nuevo el suelo bajo sus pies. A estas alturas la lluvia ya la había calado entera y estaba jodidamente fría.

—Cuidado con la cabeza, por favor —le dijo una de esas dos voces al tiempo que una mano la empujaba hacia abajo y hacia dentro. Al momento notó el asiento del coche bajo su mojado trasero, esas manos que no podía ver, pero sentía sobre ella la obligaron a introducir las piernas—. Será un viaje corto, no se preocupe.

La puerta se cerró y viéndose ya con las manos de nuevo libres, se sacó la maldita bolsa de la cabeza al tiempo que farfullaba.

—Esto es absurdo —masculló en la oscuridad y agobio de la bolsa de tela—. Yo no soy Lisara.

Su palabras hicieron eco en lo que era a todas luces el interior de una jodida limusina. El tapizado y la carrocería no podían ser más elegantes y lujosas, pensó echando un breve vistazo antes de lanzarse primero hacia una puerta y luego hacia la otra y comprobar que ambas estaban cerradas.

—¿Oigan? ¿Señores secuestradores? —No hubo ni un solo murmullo en respuesta, tan solo el tirón de su cuerpo hacia atrás en cuanto el coche se puso en movimiento—. Esto tiene que ser una jodida broma. —Resopló y se incorporó en un intento de ver a través de alguna de las ventanillas, pero eran cristales tintados. Revisó cada panel, toqueteó cada botón que encontró, pero ninguno le ofreció nada que le sirviese para salir de ese embrollo—. ¿Oigan? ¿Me están escuchando? Sé que tiene que haber un jodido intercomunicador por algún sitio. ¡Ey! ¡Les estoy diciendo que no soy Lisara Huntington! ¡Están cometiendo un error!

La única respuesta que obtuvo vino del monitor situado en el extremo contrario al que se encontraba. Este se encendió y se encontró mirando a la cara de un hombre extremadamente apuesto, con unos ojos de un azul grisáceo, el pelo rubio alborotado, como si se hubiese pasado las manos a través de él en más de una ocasión y una recortada perilla que enmarcaba unos labios de lo más irónicos.

No tenía la menor idea de quién era ese tipo, no lo había visto en su vida, pero a juzgar por las palabras que salieron de esa boca sexy, él sí conocía bien a Lisara.

—*Volvemos a vernos, querida mía* —dijo mirándola directamente, pero a juzgar por sus próximas palabras y el hecho de que no advirtiese que ella no era quién se suponía que debía ser, dio por hecho de que estaba ante una grabación—. *Me habría gustado estar ahí en persona, pero dadas las circunstancias, comprenderás que prefiera recurrir a métodos poco ortodoxos para*

recuperar lo que es mío. Se acabaron las travesuras, amor mío, es hora de regresar a casa. *Has tenido tiempo más que suficiente para hacerte a la idea. Se acabaron los juegos, brujilla.*

La imagen desapareció dando por finalizado el escueto video.

—¡Tienes que estar de puta broma! —exclamó dejándose caer de nuevo en el asiento. Sacudió la cabeza y se echó a reír. No podía hacer otra cosa, era todo tan surrealista que solo podía tratarse de una broma.

¿Lisara tenía un marido? ¿Estaba casada con el monumento que acababa de ver en la pantalla?

Nicola sacudió la cabeza. Sabía que su amiga era algo alocada e inconformista, terca como una mula, pero en todo el tiempo que la conocía jamás le había escuchado hablar de un marido.

Por otro lado, tampoco le había escuchado hablar de muchas cosas que al final acababan saliendo a la luz, ya fuese porque la metía en alguno de sus *«magníficos planes que nunca salían bien»* o porque era el cotilleo del momento en la empresa para la que trabajaba.

Lisara Huntington era una amante de la libertad y de las fiestas, podía llegar a ser algo frívola algunas veces, pero si la necesitaba, era la primera en estar ahí a pie del cañón.

Quizá por eso no era capaz de decirle que no cada vez que le pedía algo, pensó e hizo una mueca por ello.

Pero esto iba más allá de cualquiera de sus momentáneas locuras transitorias, *este fallido secuestro* era la prueba irrefutable de que su amiga estaba metida en un buen lío, uno que iba a crecer de lo lindo en el momento en que pudiera ponerle las manos al cuello.

Nicola se estremeció y estornudó.

Estaba empapada y con cada nuevo minuto que pasaba dentro de esa limusina sin respuestas a sus incesantes preguntas, la paciencia de la que siempre solía hacer gala se le iba acabando.

No era de las que se echaba a gritar, ni de las que hacía un escándalo sin más. Se tenía por una mujer racional y quizá un poco pasota. ¿Quién sino ella podía tomarse el que un par de capullos la hubiesen secuestrado pensando que era otra persona con tanta parsimonia?

—Daño cerebral de nacimiento —levantó la mano y se señaló a sí misma—. Sip. No hay otra explicación posible para la manera en la que me funciona o no el cerebro.

No sabía el tiempo que había pasado allí dentro hasta que el vehículo se detuvo, pero desde luego había sido suficiente para que pasara de la incredulidad al absoluto cabreo.

Era absurdo. Todo esto era una auténtica majadería.

¿Qué hombre en su sano juicio recurriría al secuestro para hablar con su mujer?

Más aún, si era realmente quién decía ser, ¿por qué no sabía nada de él?

Lisara jamás le había hablado de un marido. Hasta dónde sabía, su última pareja le había durado un fin de semana, el tiempo justo para echar un polvo y a otra cosa. No recordaba que un

tío le hubiese durado demasiado. A Lisa no le iban las ataduras de ningún tipo, de hecho, durante su tiempo en la universidad, pese a sus *novios de usar y tirar*, siempre le pareció del tipo del *príncipe azul*; alguien demasiado perfecto como para existir.

Y ahora ese tipo no solo mencionaba que era su marido, sino que se había dirigido a su amiga como si esta llevase tiempo dándole esquinazo. ¿Quién era él? ¿Y por qué Lisa jamás le habló de su matrimonio?

Esta historia hacía aguas por todos lados, empezando por el hecho de que la hubiesen confundido a ella con la presunta esposa.

Escuchó una de las puertas abriéndose y luego cerrándose. No se lo pensó, se sacó los zapatos y sujetó uno de ellos de modo que pudiese usar el tacón como arma.

Hubo un murmullo ahogado, voces y entonces la puerta se abrió y el aire frío y húmedo entró en el coche.

Unos ojos verdes, intensos y casi brillantes bajo la luz de una farola aparecieron ante ella en un rostro sereno. La sorpresa y la incomprensión bailaron en su expresión un segundo antes de que se apartase de la puerta y preguntase algo irritado.

—¿Quién es ella?

—¿Cómo que quién es? —Nica reconoció esa voz como la de uno de los dos hombres que la habían secuestrado—. La señorita Huntington.

—No. No lo es —bufó el tipo de ojos verdes volviendo a mirar en su dirección—. Usted no es Lisara Huntington.

Bueno, al parecer alguien sí conocía a Lisa, pensó mientras observaba al tipo. Vestía de negro, era atractivo y también peligroso. Su mirada conseguía traspasarla y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no lanzarle un zapato a la cabeza.

—No. No lo soy —confirmó ella sin perderle de vista.

—Claro que no —bufó él.

—Eso es imposible —mencionó el que ya había hablado—. Se ha paseado por el salón como la heredera Huntington. La saludaron, la llamaron Lisara. Su invitación…

—Esta mujer no es la princesa —declaró con un siseo y se volvió de nuevo hacia ella—, por mucho que se le parezca. —Entrecerró los ojos y la recorrió de la cabeza a los pies—. ¿Quién es usted?

—¿Y usted? —replicó con otra pregunta—. Dado que sus… hombres me han secuestrado, quizá debería empezar por disculparse y a continuación explicar quién demonios son ustedes.

Una mano fuerte y de dedos largos se estiró hacia ella haciendo que apretase más el zapato que sostenía en la suya.

—Me disculpo por la equivocación cometida, si me permite… —Acercó su mano para ayudarla a abandonar el coche—. Soy Eric Grisom y le sugeriría que se pusiera los zapatos. El

suelo está mojado.

Miró su mano, calibró rápidamente sus opciones y optó por ponerse de nuevo los zapatos.

—Nicola Papadopoulos —le dio su nombre, apartó la mano con una suave palmada y se apeó del vehículo—. Algo que intenté decirles a estos… caballeros durante todo el trayecto. E incluso antes, cuando me pusieron esa estúpida capucha.

—Pero eso es imposible, Eric —dijo ahora el tipo que había permanecido callado hasta el momento—. Huele como ella, es…

—La señorita Papadopoulos, por supuesto —asintió como si su nombre acabase de aclarar la situación—. Ya veo que no eran solo rumores infundados, son muy parecidas…

—Ahora que lo dices… —Habló uno de sus secuestradores, el que había llevado la voz cantante hasta el momento. Sus ojos se entrecerraron sobre ella y la miró como si fuese la primera vez que la tenía delante—. Hay algo distinto en ella. Su rostro… sus ojos…

—No esperaba menos de una bruja —asintió el tal Eric recorriéndola a su vez.

—¿Disculpe? —¿Acababa de insultarla?

—No era un insulto, querida, no uno dirigido a usted, al menos —replicó el tipo con tal suficiencia que le dieron ganas de darle un buen bofetón. Estaba empezando a sacarla de quicio —. En realidad no es más que otro de los tejemanejes de esa *Luna*. —Chistó con la lengua y sacudió la cabeza—. Mujeres adultas jugando como niñas. Ha tenido que disfrutar de la experiencia de estar en la piel de su amiga, ¿no es así?

¿Pero quién demonios era este tipo? ¿De qué conocía a Lisara?

—No sé de qué me está hablando… —optó por no darse por aludida, pues no sabía que repercusiones podía tener abrir la boca. El nombre de Eric Grisom no le decía absolutamente nada, no tenía la menor idea de quién era este tipo o qué clase de relación tenía con Lisa.

—Hablo de la mujer que ha acudido a una fiesta… privada, con una invitación a nombre de Lisara Huntington, persona por la que se ha estado haciendo pasar en ese salón. —Hizo un resumen perfecto de la situación—. Imagino que la idea fue de la señorita Lisa, un oportuno cambio de última hora para así evitar tener que dar la cara y seguir escondiéndose de él. Un buen movimiento, he de añadir, sobre todo porque solo necesitó una pizca de glamour para que nadie se diese cuenta de que era usted y no ella la que se paseaba por el lugar…

Nadie habría podido hacer una descripción más precisa de lo que había ocurrido esa noche, pensó mientras un escalofrío le bajaba por la columna.

—A Markus no le hará ni pizca de gracia enterarse de los tejemanejes de su esposa…

Markus. ¿Ese era el nombre del tipo que había visto en el vídeo? ¿De verdad era el marido de Lisara? ¡Y por qué coño esa loca no le había dicho ni una sola palabra al respecto!

—¿Quién es usted realmente y de qué conoce a la señorita Huntington?

—Soy… digamos la mano derecha y asistente del marido de su amiga —resumió con

facilidad.

—Lisara no está casada. —Al menos ella no tenía constancia de matrimonio alguno.

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Lo está, querida, lleva un año… casada con Markus Jerson. —Su respuesta la dejó helada—. El señor Jerson ha estado fuera por negocios, pero ha vuelto y esperaba que su esposa tuviese a bien reunirse con él. Algo que debería haber hecho hace meses.

—Tiene que estar de coña.

—En absoluto —negó y la miró de nuevo—. Su amiga debería habérselo dicho en vez de seguir negando lo evidente.

Nicola se estremeció, pero ya no sabía si era por el frío y la humedad que le estaban calando los huesos o por el discurso de ese tipo.

—Quizá debería volver al coche —la invitó con un gesto—. Me ocuparé de que la lleven a dónde desee…

¿Volver a subir al vehículo en el que la habían metido a la fuerza? ¡Venga ya! Podía estar congelándose el culo, pero su cerebro funcionaba divinamente.

—Creo que declinaré tan amable oferta de los hombres que me han secuestrado —alzó la voz al pronunciar aquellas cuatro últimas palabras.

—Me disculpo una vez más por tamaña equivocación —aseguró con firmeza, entonces dio un paso hacia ella haciéndola retroceder a su vez—. Permítame subsanar su error y acompañarla a…

Negó con la cabeza y empezó a moverse paralela al vehículo, su mirada puesta en cada uno de los tres tipos que había frente a ella. Eran unos completos desconocidos, grandes como montañas y estaba… ¿Dónde coño estaba? Miró a su alrededor, pero las luces de las farolas eran lo bastante tenues como para llevarle un buen rato dilucidar a qué parte de la ciudad la habían traído.

—Nicola, suba al coche, por favor. Este no es un lugar en el que una mujer debería pasear sola y medio desnuda en medio de la noche —le soltó deslizando la mirada sobre ella al decir eso —. Venga…

Dio un nuevo paso atrás y sacudió la cabeza con brío.

—Ni lo sueñe.

—Le prometo que no sufrirá daño alguno —insistió.

—El que diga eso ya no me da buena espina.

Sonrió, el tipo sonrió y cuando lo hizo resultó increíblemente atractivo. Era una sonrisa sincera, casi divertida, no solo una mueca.

—Bien, ¿por qué no me dice dónde puedo encontrar a la señorita Huntington? O puede llamarla, pasármela y ella misma le dirá quién soy…

—Me parece que declinaré su oferta una vez más…

—Suba al coche, señorita Papadopoulos.

Su voz esta vez fue como una caricia, una sacudida que la recorrió por entero y que durante una milésima de segundo la hizo querer dar un paso hacia el vehículo. Sacudió la cabeza para deshacerse de tal sensación y dio un nuevo paso atrás.

—No, gracias —replicó al tiempo que se afanaba en buscar dentro de su bolsito el teléfono para tenerlo a mano—. Y ahora, si no se alejan de mí llamaré a la policía y…

—No se moleste en coger el teléfono, querida, no lo necesita —Su voz se volvió algo más melosa, sexy y los dedos alrededor del teléfono empezaron a perder fuerza—. Venga, la llevaré con su amiga tan pronto me diga dónde…

—¡No! —Alzó la voz y vio como los ojos del tipo se abrían ligeramente.

—¿Eric?

—Se lo preguntaré una vez más… —Su voz la envolvió como terciopelo mientras avanzaba ahora hacia ella. Nicola se quedó allí, clavada al suelo, sus piernas no la respondían, era como si los ojos de ese hombre la mantuviesen en el lugar—. ¿Dónde está Lisara?

Una punzada en la cabeza, un ligero dolor similar al de una migraña, entonces las palabras salieron solas de su boca.

—Ella… ella tenía asuntos… en otro lugar —Jadeó y se llevó la mano a la sien, cerrando los ojos durante un segundo, luchando contra el malestar general que empezaba a envolverla—. Ella… Ella no… No es… ¡No es asunto suyo! ¡Joder! —Trastabilló como si la hubiesen golpeado, como si su sola presencia de repente fuese incluso mucho más amenazadora de lo que lo había sido hasta el momento.

El miedo la recorrió, puro terror, uno que nacía del instinto y de saber que no estaba a salvo, que el tipo delante de ella era muchísimo más peligroso de lo que parecía a simple vista.

—Vaya… esto es cuando menos… interesante. —Había verdadera sorpresa en el tono masculino—. Es la primera vez que una humana sin marca de guardián se resiste a mí. Lisara te ha enseñado bien…

¿Enseñarle? ¿De qué demonios hablaba ese lunático? Nada de lo que salía de su boca tenía sentido.

Vale, Nica, ya has pasado el tiempo suficiente de cháchara con estos secuestradores con pinta de asesinos, da media vuelta y sal por patas. ¡Ya!

No tuvo que escucharse a sí misma dos veces, giró sobre los tacones con intención de salir corriendo, pero ni siquiera pudo dar un paso, porque justo allí, cortándole el paso, estaba el mismo hombre que la había estado interrogando.

¿Cómo demonios se había movido tan rápido? Era imposible.

—¿Cómo…?

—Me disculpo por lo que estoy a punto de hacer…

Esas palabras se filtraron en su mente y el terror cobró voz a través de su garganta en un desesperado grito que acabó sofocado cuando le volvieron a colocar esa maldita capucha en la cabeza.

La oscuridad la asfixió, el inesperado contacto de unas manos sobre su cuerpo prendió mecha a su creciente psicosis y se desgañitó, soltando alaridos y revolviéndose como una gata.

—¡Soltadme! ¡Socorro! ¡Oh, dios mío! ¡Van a matarme! ¡Auxilio!

—Tranquila… —Esa voz se filtró de nuevo en sus oídos, pero ya no era capaz de discernir las palabras, de escuchar otra cosa que el propio latido de su corazón en los oídos—. No te haré daño, pequeña. Vas a volver a casa. Olvidarás todo esto. No ha sido más que una pesadilla. No es real.

Y una mierda que no lo era, pensó, pero su boca dejó de responderle, los alaridos que le arañaban la garganta cesaron al momento y se encontró boqueando en busca de aire. Se estaba ahogando, no podía respirar…

—Nunca nos hemos encontrado. Esto es solo un extraño sueño y…

—Y tú eres *licanio* muerto si no sacas ahora mismo las manos de encima de mi mujer.

Nicola reconoció esa voz, se filtró en su aterrada mente como una ola de agua fría que sofocó todo, aplacando sus nervios y permitiéndole nuevamente llevar aire a los pulmones. Las manos que la retenían desaparecieron de su cuerpo, al igual que la capucha que la devolvió de nuevo a la luz. Parpadeó un par de veces y entonces se encontró con unos ojos que conocía y un rostro en el que bailaba una pequeña sonrisa. Ni siquiera entendía el motivo, pero verle le produjo un instantáneo alivio.

—Sigues vivo.

—Nunca tuve intención de morirme, Nicola —aseguró con una dulzura que le produjo un pequeño temblor de felicidad—. Ahora sé buena chica, dulzura y cierra los ojos durante un ratito.

Tan pronto como pronunció esas palabras, los párpados empezaron a pesarle. Un repentino agotamiento cayó sobre ella y antes de que pudiese mover los labios o preguntar qué narices estaba pasando, las piernas se le aflojaron y sabía que habría caído en el suelo si esos brazos no la hubiesen cogido a tiempo, alzándola y presionándola contra el calor masculino.

—¿Qué… está…pas…?

No llegó a terminar la frase pues los ojos se le cerraron por completo y la oscuridad la reclamó.

CAPÍTULO 4

—¿Tu mujer?

Asher levantó la mirada hacia el hombre que tenía en frente, entrecerró los ojos y bufó.

—¿Tu alfa es tan tonto que no es capaz de retener a la suya, Eric?

El *licanio* sonrió de soslayo, le echó un nuevo vistazo a la hembra en sus brazos y la señaló.

—Ella se presentó en la fiesta anual de los pilares haciéndose pasar por la heredera *magikae* —señaló con un resoplido—. Y nadie se dio cuenta. Ella. Una humana. Sin marca. Ni siquiera es una guardiana. ¿Puedes decirme cómo demonios sucedió?

—Para qué preguntas lo que ya sabes.

—Oh, no me cabe duda de que esto ha sido cosa de Lisara y alguno de sus trucos de bruja, pero, ¿tu compañera? —Ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Por qué dejaría el alfa *dragos* de Vancouver que su mujer se expusiera de esa manera?

—Si la hubiese encontrado antes, te aseguro que no se lo habría permitido, pero dado que acabamos de conocernos… —Fue sincero. No era de los que se andaba con pamplinas y menos aún con ese lobo—. Son niñas jugando, Eric, tú mejor que nadie deberías saber lo que eso significa.

Él enarcó una ceja y sonrió de soslayo.

—Niñas que deberían ser más conscientes de sus travesuras.

Sonrió y se limitó a hacerle una única advertencia.

—Si veo a alguno de los tuyos cerca de mi mujer otra vez, si tan siquiera os huelo… no quedara de vosotros ni los huesos, solo un puñado de cenizas.

—Cuidado, *dragos*, no es inteligente amenazar a tus aliados, más aún cuando ahora tienes un clan propio que podría beneficiarse de dicha alianza —le dijo Eric con esa petulante sonrisa curvándole los labios—. Felicidades, por cierto, Markus casi se cae de culo cuando se enteró.

—Apuesto a que no fue el único.

—Me caes bien, Ash, no eres tan tonto como tus congéneres.

—¿Eso es un halago?

—La constatación de un hecho —afirmó, acto seguido miró a la mujer entre sus brazos y asintió—. Llévate a tu compañera humana y que procure no meterse en más líos.

—Mientras mantengas a esos lumbreras que te acompañan lejos de ella…

Los aludidos entrecerraron los ojos y un gruñido canino emergió de sus gargantas humanas. Este fue cortado de raíz por el brazo extendido de su beta.

—A menos que queráis comprobar que *dragos* no va de farol, yo me quedaría calladito —les advirtió a los suyos con tono mortal, entonces se volvió de nuevo hacia él—. Le diré a Markus que su *Luna* tiene ahora una hermana *dragos*, sin duda le hará mucha ilusión.

Le devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

—Le advertí que no era una buena idea dejarla a sus anchas —repuso con un profundo resoplido—. Que debería atarla en corto, pero, ¿quién me escucha? Nadie.

El lobo bufó.

—Que no te quite el sueño, *amigo mío*, él ni siquiera me escucha a mí —aseguró no sin una considerable dosis de ironía en la voz—. Todo habría sido mucho más fácil si hubiese rechazado esta absurda alianza, sobre todo con semejante compañera.

—Eric… Vuestras parejas, al igual que las nuestras, no se eligen, solo aparecen… —le dijo con sorna—, y en ese momento solo puedes… aceptarlo.

El lobo bajó la vista sobre la mujer que llevaba en brazos y asintió.

—Buena suerte con ella —le dijo con una mueca—. Si Markus lo tiene jodido… tú no lo tendrás mucho mejor. Humana. Pura. ¿En qué demonios estaban pensando los hados?

—Supongo que en poner algo de diversión en mi aburrida vida —le dijo, puso los ojos en blanco y acto seguido, tras inclinar la cabeza en su dirección a modo de despedida, se esfumó.

Momentos después…

Asher deslizó la mirada sobre la pequeña y femenina habitación. Un par de pinturas enmarcadas, unas estanterías de pared llenas de libros y algunos colgantes, un par de plantas claramente artificiales… El armario y una pequeña televisión sobre otro mueble bajo y un par de mesillas de noche enmarcando la cama completaban el mobiliario.

Nicola Athena Papadopoulos. Ese era el nombre completo de la mujer que ahora dormía en el sofá. La había dejado allí y tapado con la primera cosa que encontró; una manta a retales.

Canadiense de nacimiento, madre estadounidense y padre griego. Había cumplido los veintinueve hacía un par de meses y según su carné de conducir figuraba esta dirección.

Había tenido que buscar en su bolso algún documento que la identificase y le diese una pista de quién era y a dónde llevarla. Solo llevaba consigo el permiso de conducir, unos pañuelos

de papel y un juego de llaves, pues su móvil había terminado abandonado delante de la entrada del edificio.

Ella vivía aquí, en Oakridge. Una casita de una sola planta con un diminuto jardín. Era coqueta, estaba decorada con buen gusto, sencilla y hogareña, nada que ver con las lujosas mansiones, pisos y apartamentos que solían preferir las hembras de su raza.

No, Nicola no tenía nada que ver con las hembras *dragos*. Su aroma era distinto, pero agradable y carecía de uñas y dientes con los que tener que vérselas en su forma primitiva, lo cual para él era un gran alivio.

Se acercó al sofá y se acuclilló para verla más de cerca.

—¿Cómo han podido confundirte con esa arpía? —chasqueó la lengua—. No te pareces en nada a Lisara Huntington.

El que tuviesen el mismo tono de pelo, el mismo color de ojos y un ligero parecido facial, no la convertía en una doble de esa bruja. Cualquiera que hubiese visto alguna vez a la heredera del clan *magikae* del continente norteamericano lo sabría al instante. La brujilla respiraba magia por los cuatro costados, por no hablar de su irritante carácter y esa manía suya de hacer lo que le diese la gana cuando le diese la gana. Su poder la había hecho una joya codiciada por muchos, hasta que Markus Jerson, líder de los *licania* la reclamó como su compañera hacía un año y la mujer salió del mercado.

Muchos de los asistentes habían esperado ver a la pareja en el evento anual de los pilares, así que ver solo a la supuesta heredera y apenas un mínimo de representación lupina debió ser bastante chocante. O lo habría sido si la mujer que hubiese estado realmente en el salón fuese la heredera *magikae* y no una impostora.

La única explicación que encontraba a que su presencia no hubiese sido detectada desde que entró en el edificio, solo podía deberse a la presencia de algún tipo de magia que escudase su aroma y su condición de humana; algo que no funcionaba con los *dragos*.

De ahí que sus respectivos clanes nunca se hubiesen tenido mucho aprecio, pensó divertido.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y resbaló el dedo por las pequeñas pecas que le salpicaban la nariz y los pómulos, algo de lo que carecía la brujilla a la que había suplantado. Las oscuras y densas pestañas se agitaron un momento y al siguiente se encontró con un par de ojos azules clavados en él.

—Sigues vivo… —musitó al tiempo que una pequeña sonrisa de felicidad le curvaba los labios—. Que bien.

—Creo que seguiré en este estado durante mucho tiempo, cariño.

—¿Te he convencido para que no te lances desde el balcón? —suspiró complacida—. Me alegro.

—Nunca tuve intención de lanzarme desde ningún balcón.

—Mentiroso.

—Nunca he sido más sincero en mi vida.

—Vale, lo que tú… digas.

Volvió a cerrar los ojos y dejó escapar un suspiro con el que volvió a dormirse.

—Asombroso —murmuró para sí mismo, maravillándose con la complejidad de algo tan frágil como lo era la raza humana.

—Um… —La escuchó musitar ahora con los ojos cerrados—. No pienso dejar que vuelvan… a meterme a la fuerza… en una limusina… nunca más.

Enarcó una ceja ante el murmullo de ella.

—¿Una mala experiencia? —Se encontró preguntándole.

—De las peores —rezongó somnolienta—. Piratas.

—¿Piratas?

Ella frunció el ceño, entonces se revolvió y resopló.

—No. Piratas no. Secuestradores.

¿Lo recordaba? Vaya, eso sí que era interesante.

—Vaya par de *merluzos* —chasqueó amodorrada—. Que se dediquen a otra cosa. El secuestro no es lo suyo.

—¿Ah, no? —intentó no reírse, pero aquello era de lo más cómico.

—Lisara. La querían a ella —rezongó—. Y yo no soy Lisa.

—No, no lo eres.

—Menos mal que alguien escucha cuando le hablo —suspiró y se acurrucó bajo la manta —. Um. Tengo frío.

Asher miró a su alrededor en busca de algo más con la que cubrirla. No le sorprendía lo más mínimo que tuviese frío, pues tenía el vestido húmedo y también el pelo, sin duda a causa de la intensa lluvia que había caído cuando abandonó el edificio.

Hizo una mueca al darse cuenta de lo que había pasado por alto; ella no podía regular su propia temperatura corporal y mucho menos irradiar calor para secarse por completo.

—¿Me he acostado con el pelo mojado? —Se levantó de golpe, con los ojos cerrados y se llevó la mano al pelo—. *Mieeeeerda.*

Volvió a dejarse caer y se acurrucó una vez más.

Jamás había visto a un ser humano comportarse de esa manera, no estaba despierta, pero tampoco tan dormida como para que su cerebro desconectase por completo. Hablaba y se movía a espasmos, como si su propia mente se conectase a intervalos, algo que no debería ocurrir después de que la hubiese inducido a dormir.

Sacudió la cabeza y resbaló la mano sobre el pelo mojado extrayendo al mismo tiempo la

humedad en él. No dejaba de sorprenderle el hecho de que su base primigenia fuese lo que necesitaba su pareja en estos momentos; sin duda era una prueba más de que ella era suya.

—Tenía que haber hecho esto antes, pero me temo que estoy demasiado fascinado contigo —admitió haciendo la manta a un lado y absorbiendo al mismo tiempo la humedad del vestido y de la ropa interior que pudiese llevar bajo este. Se centró en las prendas y en la superficie de su piel expuesta y cuando estuvo satisfecho, volvió a cubrirla con la manta—. Eso bastará por ahora.

—No… no te suicidarás delante de mí… —La escuchó mascullar, su rostro arrugándose con disgusto—. De eso nada… —continuó con gesto irritado a pesar de que seguía dormida—. Nada es tan malo que no tenga solución… No te dejaré, no lo haré…

Asher volvió a arroparla con la manta y le cepilló el pelo con los dedos encontrándolo seco y sedoso.

—Está bien, Nicola, me has salvado —le dijo con dulzura, encontrando que le resultaba natural hablarle de esa manera, que quería mostrarle ternura y hacerla sentir segura—. Estoy justo aquí y no voy a irme a ningún sitio.

Ella se revolvió y antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró con su mano entre las de ella, pegada a su pecho, entre sus senos.

—No dejaré que lo hagas, no te soltaré… —La suavidad de esos senos desnudos bajo el vestido lo hicieron tragar. La sensación era deliciosa, de lo más sexy y su aroma… Respiró hondo, llenándose de nuevo de esa fragancia que le recordaba a las fresas con nata y un toque de caramelo dulce.

—En este momento creo que sería una buena idea que lo hicieras —murmuró con voz ronca, su cuerpo despertando ante su contacto.

—No. —Negó con tanta vehemencia que le costó hacerse a la idea de que en verdad estaba farfullando dormida—. No te dejaré ir.

Asher soltó un resoplido de risa, se pasó una mano por el pelo y miró a su alrededor sin saber muy bien que hacer.

Podía despertarla, pero sin duda eso traería consigo un sinfín de preguntas, tendría que dar explicaciones para las que ella todavía no estaba preparada.

Era pura. Una humana sin contaminar. No se trataba de una guardián, ni siquiera de un aspirante a uno. Ahora que estaba tan cerca de la mujer, que podía sentir el latido de su corazón casi contra su mano, sabía que no había marca alguna en ella. Nicola no pertenecía a ninguna familia, no estaba reclamada a ningún servicio.

La miró, intentó retirar la mano, pero solo consiguió que ella se aferrase más a él, revolviéndose de tal manera que acabó cogiéndole el brazo y arrastrándolo sobre ella.

Asher se encontró contemplando ese crispado rostro, mirando los labios entreabiertos de la

mujer y cedió a la necesidad de probarlos.

Un beso. Un beso y se iría por dónde había venido, dejándola descansar… Solo un beso, era todo lo que pensaba obtener de ella, pero la maldita criatura sabía demasiado bien y cuando su boca se abrió bajo la de él y esa pequeña lengua salió al encuentro de la suya, todas sus buenas intenciones salieron volando.

Ella era dulce, cálida y su aroma lo llamaba como lo haría el canto de una sirena, era una atracción inesperada y sobrenatural, que nacía en lo más profundo de sí mismo, de esa parte primitiva que sabía que la mujer le pertenecía y quería reclamarla como tal.

Se obligó a romper el beso, a soltarse del agarre que tenía sobre su mano y dar un paso atrás. Y lo hizo jadeando, el corazón le iba a mil, su miembro había engrosado y empujaba contra el confinamiento de los pantalones, el deseo le corría por las venas con una intensidad voraz y se obligó a dar un segundo paso atrás.

—Respira, Ash, respira… —Se dijo a sí mismo y se pasó una mano por el pelo, por la cara, buscando poner de nuevo bajo llave ese creciente deseo.

Hizo una mueca mientras se recolocaba a sí mismo en los pantalones, respiró hondo y se bebió con la mirada la visión de esa pequeña criatura voluptuosa que volvía a farfullar alguna cosa sin sentido.

—No limpiaré una oficina en la que alguien se ha lanzado por el balcón —masculló ahogando su voz contra la tela—. Que me despidan, porque no lo haré.

Frunció el ceño al escuchar sus palabras, quizá fuese tan solo un puñado de frases sin sentido, pero acabó preguntando.

—¿Limpias oficinas? —musitó en su oído.

—*Empresa de limpieza Carmody. Todo lo que no se pueda limpiar, nosotros lo limpiamos…* —rezongó como si recitase un anuncio—. *Blanco, no… Impoluto.*

Carmody. ¿Por qué le sonaba ese nombre? Tenía que haberlo leído o escuchado en algún sitio. Lo investigaría.

—Secuestradores de pacotilla… —continuó farfullando—. Lisara. Su marido… Vaya mierda. No volveré a ayudarla nunca más. Que se busque la vida. Que haga lo que le dé la gana…

Ella continuó mascullando, pero sus palabras ya no tenían ningún sentido, así que se limitó a mirarla hasta que volvió a caer en un sueño profundo y ahora mucho más tranquilo.

Desde luego, ella parecía ser la única en ese estado, porque a él todo el cuerpo le hormigueaba pidiendo más de lo que prometía esa bonita boca.

Sacudió la cabeza una vez más y bajó ahora la mirada sobre el antebrazo desnudo. Ni siquiera lo pensó, cogió la mano femenina entre las suyas, le dio la vuelta dejando el pulso de su muñeca hacia arriba así como la suave piel expuesta del brazo y deslizó el índice sobre ella. Bajo

su dedo fue tomando forma su impronta, una marca que les diría a cualquier miembro de los pilares que esta humana era ahora parte de su clan y más concretamente suya.

Nicola se revolvió una vez más, cambió de posición y envolvió su mano en la de él.

—No te dejaré… —La escuchó murmurar—. No te soltaré. Pase lo que pase, no te soltaré.

Asher sintió una punzada en el corazón ante aquellas palabras.

Era consciente de que ella solo balbuceaba, que no sabía lo que estaba diciendo, pero aun así se inclinó sobre ella y le susurró al oído.

—Duerme ahora, dulzura, volveré a por ti muy pronto.

Con esa última promesa, imprimió una suave orden a sus palabras y notó como la mano que lo aferraba se relajó poco a poco hasta que por fin lo soltó.

—Muy pronto —confirmó y se inclinó para besarla ahora en la mejilla. Se apartó antes de que su aroma lo impulsase de nuevo a quedarse allí, a su lado y verla dormir toda la noche.

Tenía que poner en orden sus pensamientos y sobre todo, idear la mejor manera para traer a esta inocente humana a su mundo y sobre todo, a su lado.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente…

El timbre de la puerta sonó y Nicola terminó deslizándose del sofá hacia el suelo con muy poca gracia.

—¡Me están secuestrando!

Se quedó sentada en el suelo, parpadeando y mirando a su alrededor dispuesta a emprenderla a golpes, solo para darse cuenta de que estaba en el salón; en su salón.

Al insistente sonido del timbre se le unió ahora unos ahogados golpes.

—¿Qué coño…? —Se pasó una malo por el pelo desgreñado, hizo una mueca al ver que todavía llevaba el vestido de la fiesta y se las ingenió para ponerse en pie.

Estaba descalza, los zapatos estaban juntos a un lado del sofá.

¿Cuándo los había dejado allí?

El insistente aporreo al otro lado de la habitación no hizo nada por mitigar el incómodo dolor de cabeza que le hacía latir las sienes, más bien al contrario.

Dejó atrás el salón sintiéndose como la mierda, al intenso martilleo se le acababan de unir las náuseas y como la propietaria de los gritos que escuchaba del otro lado de la puerta no cesasen de una vez, iba a asesinarla.

—¡Deja ya de aporrear la puerta! —siseó y frunció el ceño al ver que no había echado el cierre. Pero aquello no fue nada con lo que vio en el interior del brazo que había estirado hacia la manija—. ¿Pero qué coño…?

Había un intrincada trama de líneas tatuadas en el interior de su brazo izquierdo, un diseño bastante elaborado, en color negro y no tenía la menor idea de cómo coño había llegado hasta ahí.

—Esto tiene que ser una calcomanía, ¿no? —Frotó la piel e incluso resbaló una uña sobre el diseño sin que este cediese ni un poco—. ¡Venga ya! ¿Qué coño es esto?

Un nuevo golpe en la puerta la devolvió a su primera tarea, así que la abrió de golpe y se

encontró con una mujer con un significativo parecido físico al otro lado del umbral. El pelo castaño, normalmente recogido en un pulcro peinado, parecía haber sido víctima de un huracán y ya ni hablar de la ropa arrugada y los zapatos con obvios rastros de barro seco pegados a los tacones.

—¿Qué te han hecho esos miserables? ¿Estás bien? —Lisara Huntington le puso las manos encima y la revisó milímetro a milímetro—. No puedo creer que ese imbécil haya llegado tan lejos como para intentar secuestrarme. ¡Y menos aún que te confundiese conmigo! ¿Cómo se atreve? Esas no son maneras de arreglar las cosas. Ay, dios. Lo siento, Nica, lo siento tantísimo. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiese pasar algo semejante, de haberlo sabido jamás te habría pedido que asistieras a… ¡Ay, hostia puta! —La chica le sacó las manos de encima en el mismo instante en que se fijó en la calcomanía de su brazo—. ¿Qué es eso?

Bajó la mirada a su propio brazo y se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —admitió, entonces sacudió la cabeza y dejó que la neurona recién levantada empezase a trabajar—. Posiblemente sea otra de las cosas que ocurrieron ayer gracias a tu brillante idea de que ocupase tu lugar en una jodida fiesta. ¡Una vez y nada más! En qué mierda estás metida, ¿eh? ¿Tienes idea de lo loco que ha sido encontrarse con dos tíos poniéndome una bolsa en la cabeza y metiéndome en una jodida limusina? Por no hablar del vídeo de ese supuesto marido tuyo, cuya existencia desconocía, que pasaron en esa pantalla de televisión que había en el interior del vehículo. Me debes una jodida explicación, Lisa, una así de grande. —Abrió los brazos todo lo que le daba e hizo una mueca al ver por el rabillo del ojo esa inesperada calcamonía en su brazo—. ¿Y cuándo demonios pasó esto?

—Eso me gustaría saber a mí —replicó la recién llegada llevándose las manos a las caderas—. ¡Llevas la *impronta* de un jodido *dragos*!

Enarcó una ceja ante lo que solo ella parecía saber.

—¿Y eso qué es? —Señaló el tatuaje—. ¿Un nuevo grupo de música?

—Es… —Se quedó callada, soltó un irritado resoplido y le dio una patada al suelo—. Mierda. Joder, Nica, ¿qué demonios hiciste en la fiesta?

—¿Además de entrar en ella con tu invitación, tal y cómo me pediste, darme una vuelta y sonreír como si todos me importasen una mierda? —replicó irónica, entonces se llevó un dedo al mentón al recordar—. Ah, sí. También impedí que el tonto de turno intentase tirarse del balcón de la terraza de la planta de arriba. Ya sabes, la que alquiló esa nueva empresa y que llevamos toda la semana limpiando. En serio, ¿qué clase de gente asiste a esas estúpidas recepciones tuyas? El muy imbécil habría aparecido hoy en todos los noticiarios como el capullo que saltó desde la terraza de un edificio y se despanzurró en el suelo.

—¿Cómo? ¿Quién?

—¿Cómo voy a saberlo? Alguno de la fiesta que se pasó de copas y quería saber si era

capaz de volar a pesar de no tener alas —bufó y volvió a frotarse el tatuaje—. Y esto no sale.

—No, no va a salir. —Negó ella mirándolo y arrugando la nariz, todo al mismo tiempo—. Joder, joder, joder, joder… ¡Joder! —El último «joder» llegó acompañado de un chillido de pura irritación—. Esto se me ha ido de las manos.

—¿No me digas? —resopló y puso los ojos en blanco—. No lo había notado, mira tú.

—No sabía que ocurriría todo esto, ¿vale?

Su estallido de irritación la llevó a dar un paso atrás y mirarla de la cabeza a los pies.

—Oh, perdone usted, *señoritinga*. Pero verá, lo de que a una la secuestren pensando que se están llevando a *«Lisara Huntington»* y que la cabecita pensante detrás de tal disparate haya sido presumiblemente *«tu supuesto marido»*, uno que ni siquiera sabía que existía, tiende a ponerme un poco de los nervios —estalló y la señaló con el dedo—. Tienes muchas, pero que muchas explicaciones por dar, Lisa, muchísimas.

La chica no solo no le estaba haciendo el menor caso, sino que seguía mirando el diseño del dragón pintado en su piel.

—Nica, ¿con quién hablaste anoche? ¿Con quién pasaste más tiempo de lo normal?

Enarcó una ceja y se llevó ella también las manos a las caderas.

—¿Además de los dos portentos que me secuestraron pensando que eras tú y me dejaron ante un tercero que tenía alguna que otra luz más que los primeros?

Sacudió la cabeza.

—Ellos no son *dragos.*

—No, eran *imbéciles* —resopló, entonces señaló lo obvio—. ¿Vas a decirme de una puñetera vez que coño son los *dragos*? —Levantó el brazo—. Quizá entonces pueda hacerme una idea de por qué tengo esto y más aún cómo demonios llegó ahí, porque no tengo ni putísima idea.

—*Dragones.*

Frunció el ceño y señaló pensativa.

—¿El club de moteros?

—No. Uno de *Dragones.*

Había tanto sarcasmo en su voz que le entraron ganas de estrangularla.

—No son horas para que te hagas la graciosilla.

—Ojalá fuese un chiste —resopló, cerró la puerta que todavía estaba abierta a sus espaldas y la empujó hacia el interior de su propia casa—. Vamos. Estás de mierda hasta el cuello y ni siquiera te has dado cuenta de ello.

—¿Yo? —Se carcajeó—. Yo no soy la que tiene un lunático por marido, que envía a unos tíos a secuestrarte y te deja un vídeo diciéndote un sinfín de gilipolleces.

—No. Lo tuyo es mucho peor —admitió con un bufido y añadió—. Tú acabas de servirte

en bandeja de plata a uno de los líderes del *pilar dragos*.

—¿Qué hice qué?

—…pero eso no es lo peor, no señor, lo más grave de todo es que no tienes ni la más mínima idea de la mierda en la que te has metido.

—No he entendido ni media palabra de lo que acabas de decir —resopló entrando ahora en la cocina para ir directa a la cafetera, comprobar que tenía todavía café y ponerla en marcha.

—Para variar —rezongó Lisa abriendo y cerrando las puertas de las alacenas para sacar un par de tazas—. Esto es gordo, Nica, muy gordo.

—Gordo es el hecho de que tengas a un pedazo tiarrón por marido y no me hayas dicho una sola palabra al respecto, so bruja.

Ella le dedicó una mirada cargada de sarcasmo.

—Cariño, lo mío palidece ante lo tuyo. —Puso los ojos en blanco y señaló la barra americana de su cocina, ante la que había un par de sillas—. Siéntate, esto va a llevarnos un buen rato y posiblemente acabes necesitando algo más contundente que un café.

—Acabo de despertarme en el sofá y con la ropa de ayer todavía puesta, necesitaré algo más fuerte que un café para que mis neuronas empiecen a funcionar correctamente —afirmó poniendo los ojos en blanco—. Te lo juro, Lisa, la de anoche fue la última vez que me hago pasar por ti. No pienso ir ni a recogerte un puñetero paquete al servicio de paquetería.

—Si las malditas cartas me hubiesen avisado de que iba a pasar esto, no te lo habría pedido, pero no podía estar allí, se suponía que yo no debía de asistir… —masculló la chica más para sí misma que como una respuesta a su reproche—. Joder, Nica, de todos los hombres con los que podías haberte cruzado anoche, vas y lo haces con el único que iba a ver a través de mi *glamour*. Pensé que enviarían a alguien más o que no asistiría ninguno, eso sería lo normal. Pero no, tenía que ir justo él. Joder, joder… ¡Joder!

—Niña, no me estoy enterando de *naaaaadaaaaaa* —canturreó al tiempo que la apuntaba con el dedo—. Me estás hablando en chino mandarín. Sí. Necesito ese café.

—Lo que necesitas es un cursillo acelerado de *«lo tenía delante de las narices y jamás vi»* —siseó la chica—. Pero antes de llegar a ese punto, necesito que me expliques, con todo lujo de detalles, lo que ocurrió anoche. Todo lo que recuerdes, cada uno de tus pasos desde que llegaste a la fiesta, hasta que te marchaste…

Enarcó una ceja y la miró divertida.

—Me parece que la que tendría que estar dando ese tipo de explicaciones eres tú, guapa. —Nica señaló su propio dedo anular a modo de réplica—. *Marido*. ¿Hola? ¿Quién coño es ese lunático?

—Es… una larga historia.

—¿Es o no es tu marido?

—Es más complicado que eso —replicó con un resoplido, se pasó la mano por el pelo y la miró a los ojos—. Te has metido de cabeza en algo que no entiendes, de lo que no sabes absolutamente nada y yo tengo la culpa. Tenía que haberte reclamado en el mismo instante en que nos conocimos, en cuanto vi tu parecido conmigo. Señor, qué estúpida. Estúpida y egoísta. Lo siento, Nica, no te haces una idea de lo mucho que lamento todo esto.

Arrugó la nariz y la miró como si no conociese a la mujer que tenía delante.

En todo el tiempo que conocía a Lisa nunca la había visto disculparse. ¿Justificarse? Sí. Y de las maneras más creativas, pero, ¿pedir perdón a alguien por algo de la manera en que lo estaba haciendo, así de compungida y con aspecto culpable? Ni de coña.

—Me estás acojonando viva…

—Ni siquiera he empezado, pero tú dame tiempo. Cuando termine de contarte todo lo que necesitas saber, sin duda querrás escapar corriendo —aseguró su amiga con un gesto serio que empezaba a preocuparla de veras. Lisa hizo una pausa, respiró hondo y le dijo—. Nicola, soy una *bruja*.

Nica se la quedó mirando, puso los ojos en blanco y giró en el taburete para comprobar que la cafetera hubiese terminado.

—Dime algo que no sepa, anda…

Sin embargo no fue necesario que dijera nada, no cuando el líquido oscuro y humeante que había en la jarra salió de esta como si flotase, cruzando por delante de ella para dividirse en dos y llenar cada una de las tazas sobre la mesa.

Nica pasó la mirada del líquido volador a la mano de Lisa, cuyos dedos se movían en el aire como si estuviese dirigiendo una orquesta imaginaria.

—Como te estaba diciendo, soy una *bruja*, aunque entre nosotros nos llamamos *magikae* —le dijo con una tranquilidad pasmosa—. Y lo que llevas en el brazo, amiga mía, es el reclamo de uno de los alfas *dragos*, la impronta del Lux, si no me equivoco. La marca que le dirá a todo aquel que tenga sangre de los clanes corriendo por sus venas, que le perteneces. En otras palabras, que ahora estás igual de jodida que yo —sentenció, entonces hizo una mueca y sacudió la cabeza—. No, espera. Tú lo estás aún más, porque no tienes la menor idea de que acabas de emparejarte a un *dragón*.

—El café ha salido flotando de la cafetera y se ha metido en las tazas —murmuró mirando estas últimas delante de ella—. Lisa. *El café ha flotado*.

—¿Has escuchado algo de lo que te acabo de decir?

—¡Lisa, el puto café ha flotado por el aire!

—Lo sé. Te lo acabo de decir. *Soy bruja*.

—Las brujas echan las cartas o leen las palmas de las manos, no hacen volar el puto café desde mi cafetera hasta las tazas. —Señaló de un objeto a otro con creciente histeria—. ¡Y en mi

casa el café no vuela!

—Levitar —la corrigió—. No puedo hacer que las cosas vuelen, solo hacerlas levitar.

—¿Es que hay alguna diferencia?

—Gigantesca.

—Lisa, ¡el café!

La mujer resopló y se inclinó hacia delante, cogiéndole una de las manos entre las suyas.

—A ver, repite conmigo —le dijo y ella asintió. Estaba claro que todavía no se había despertado del todo, solo eso podía explicar que el café hubiese levitado—. *Lisa es una bruja*. *Lisa ha hecho levitar el café. Lo que acabo de ver es real y…*

—Y necesito urgente una cita con el neurólogo —concluyó ella con una risita nerviosa—. Anda que no. Una cita hoy mismo.

Su amiga sacudió la cabeza y resopló.

—Conste en acta que primero he intentado hacerlo a la manera tradicional… —refunfuñó antes de que le pusiera ambos pulgares en las sienes y le sujetase la cabeza—. No me odies por esto, es la mejor forma y la más rápida de que entiendas todo de una sola vez.

Nicola escuchó un par de palabras impronunciables saliendo de boca de su amiga un segundo antes de que los ojos azules de Lisara adquiriesen un brillo intenso y sobrenatural y un sinfín de imágenes, voces y un caliente y agudo dolor le atravesara el cerebro.

Nica empezó a gritar mientras su mente se abría a una realidad desconocida, al conocimiento de una sociedad sobrenatural oculta a ojos de los humanos y que sin embargo era tan real como la vida misma.

CAPÍTULO 6

—¿Has escuchado algo de lo que acabo de decir?

Asher echó la cabeza hacia atrás y la ladeó de modo que pudiese encontrarse con los ojos azules de Ren. Su amigo estaba un pelín cabreado por la salida que había protagonizado anoche o más que por la salida, por haber amenazado a los *licanios* con reducirlos a cenizas si volvían a poner un dedo sobre su compañera.

—Alto y claro —replicó mirándolo de soslayo—. Y volveré a hacerlo las veces que hagan falta si algún gilipollas vuelve a cometer tamaña estupidez.

Su amigo resopló, sabía que en este asunto nada de lo que dijese le convencería de lo contrario. Estaba hablando con un *dragos* que acababa de encontrar a su pareja, una completamente humana, además.

Quería volver con ella, era algo que su naturaleza primitiva exigía, pero antes de salir por la puerta tendría que tranquilizar a los dos miembros de su clan.

—Yo diría que no has escuchado ni una sola de las palabras que ha pronunciado mi hermano.

La voz femenina que llegó desde la cocina de su nueva casa en la ciudad hizo que se volviese en su dirección. Los mellizos se habían presentado a primera hora de la mañana para desayunar con él, un ritual que habían instaurado hacía años y que intentaban mantener vivo con el paso del tiempo. Era su manera de hacerle compañía y también asegurarse de que no empezase el día deseando cargarse a alguien.

—He escuchado todas y cada una de sus palabras, Sophie —respondió—, otra cosa es que me interesen.

—Lo que yo decía —replicó ella con los ojos en blanco—. Ni una sola palabra.

La chica dejó sobre la mesa una bandeja de pan recién tostado y se sentó al lado de su hermano, quién resopló de manera audible antes de darle un sorbo a su café.

—Te perdiste algunos comentarios de lo más interesantes… —le dijo.

—¿A quién insultaron? —preguntó haciéndose con su propio café.

—¿A ti?

Sonrió de soslayo. Eso no era una novedad.

—Han alabado tu locura, falta de orientación, tu predilección por tocarle los huevos a todo el mundo, de la completa ausencia de sesera…

—A las mujeres sigues pareciéndole atractivo, aunque lo bastante peligroso como para no tocarte con un palo y… —Sophie se tomó su tiempo mientras untaba una tostada—. Oh, sí. Un completo idiota.

—¿Alguna cosa que no hayamos oído ya?

—Que tienes un buen par de pelotas para presentarte en la reunión —asintió Ren tras darle un buen sorbo al café—. Y a alguna que otra voz le ha parecido valiente tu decisión de recoger la basura y darle otro uso…

—Cabrones… —siseó su melliza.

—Lo son. Incluso para nuestro pueblo son desechos, prescindibles y no habrían movido un dedo por ellos —admitió con sequedad. Ese era uno de los motivos por el que nunca había estado interesado en aliarse con otra casta. Nadie tenía derecho a decirte si eras apto o no. Nació *dragos* y moriría *dragos*, lo que pasara en medio de eso lo decidiría él—. No lo veo como un acto de valor, sino de humanidad. Son nuestra gente, la mayoría de ellos son niños, por dios… Si no han sido capaces de entender eso…

—Palabras similares salieron de lady Calíope —afirmó Ren y añadió—. Me gusta esa mujer.

—La verdad es que parece decente —valoró la chica—. Y sus acompañantes… bastante divertidos e interesantes.

—Una *hawkin* le tiró los tejos… —Tosió su hermano para ocultar una risita—. ¿O fueron dos?

Ella puso los ojos en blanco y replicó.

—Al contrario que tú yo sé cómo socializar, Ren.

Y no lo decía por decir, pensó Asher, ella era su relaciones públicas en esta aventura y en su vida laboral, en realidad.

—Entonces, ¿los *hawkin*?

—Digamos que prefieren tenerte de amigo que como enemigo —afirmó el mellizo—. Lo cual no está mal para empezar.

—Aunque lo más probable es que solo te vean a ti así —añadió Sophie dándole un buen mordisco a la tostada—. Ya sabes cómo funciona esto. Les has gustado tú, tu clan, lo que no quiere decir que sientan la misma inclinación hacia el resto de los gremios. Podrían mostrarse colaboradores, firmar una alianza, pero solo si tú eres quién lleva la voz cantante y ya sabemos que eso no está en la orden del día en el consejo *dragos*.

Ni lo estaba, ni lo estaría nunca.

Si bien su raza se dividía en cinco gremios, cada uno de ellos representado por un alfa, él no era más que un necesario heredero, el representante de los *dragos* Lux y también el último de su casta. Mantenía el puesto solo porque no había otro que pudiese desafiarle para quitárselo.

—Sigamos con nuestro perfil aburrido y evitemos atención indeseada.

—¿Aburrido? ¿Tú? —Ren lo miró con profunda ironía—. ¿Te has olvidado del circo que tienes montado en *Southlands*?

—¿Ahora es un circo?

—A veces juraría que tenemos hasta trapecistas —afirmó Sophie con la misma ironía que su hermano—. Pero no me quejo. Me gusta. El lugar es precioso, rural y tranquilo, con el río cerca. Sin duda satisface las necesidades de todos. Y no es como si fuésemos un clan típico, les has dado un techo sobre sus cabezas y la libertad de quedarse o marcharse…

—Y la mayoría se han quedado porque les encanta verte peinar canas… —aseguró el chico con una divertida sonrisa.

Puso los ojos en blanco ante semejante comentario.

No había sido fácil encontrar un lugar tranquilo, alejado del centro de la ciudad y en el que pudiesen convivir tantas personas, pero el destino había querido que uno de los establos de la zona estuviese en venta y si bien él no estaba interesado en los caballos, la propiedad era lo bastante grande como para alojar a más de treinta *dragos*.

—Eso es verdad —afirmó Ren con gesto divertido, entonces añadió—. De todas formas, no fuiste el único que causó furor en la fiesta a pesar de tu breve aparición, la heredera de los *magikae* también ha suscitado muchos rumores…

—Sobre todo porque se presentó sola y los *licania*, empezando por su compañero y líder de la familia primigenia, brillaron por su ausencia…

Hizo una mueca ante la mención de una mujer que en realidad ni siquiera había estado presente y el hecho de que esos dos no se hubiesen dado ni cuenta decía mucho sobre el hechizo de glamour que había creado la brujilla sobre Nicola.

—Lisara Huntington nunca estuvo en la fiesta…

—Es posible que no te cruzases con ella, pero estaba en el salón, yo misma la vi —aseguró la chica.

—¿Llegaste a hablar con ella? ¿Estuvisteis frente a frente? —le preguntó con una irónica mirada.

—No. Ya sabes que no soporto a esa…

—No era ella, Sophie, sino mi pareja haciéndose pasar por ella.

—¿Cómo? —La mujer abrió los ojos como platos.

—¿Eso es cierto? —preguntó su mellizo al tiempo que fruncía el ceño con gesto pensativo —. Me pareció que había algo raro en esa mujer, pero… tampoco me acerqué a ella.

—Glamour —resumió y los dos sisearon en respuesta—. Por algún motivo que desconozco, esas dos se intercambiaron.

—¿Tu pareja conoce a la bruja?

—Diría que es más que un simple *«conocerse»*, por lo que he podido descubrir esta noche, son amigas y bastante íntimas si Nicola ha accedido a hacerse pasar por ella en este evento. —Sacudió la cabeza y dejó escapar un brusco resoplido—. Los *licanios* la secuestraron nada más abandonar el edificio pensando que se trataba de Lisara.

—¿Es una broma?

—No.

—Joder —acabó siseando Sophie—. ¿En qué mierda estaban pensando los culos peludos?

—En nada, ahí dentro no hay materia gris —apuntó su hermano.

No podía discutírselo cuando él mismo había visto la cara que se les había quedado a los lobos cuando se dieron cuenta del error cometido. Entendía que el glamour podía llevar a equivocaciones, sobre todo si no eran capaces de ver a través de él, aunque sin duda el que hubiese funcionado tan bien se debía al considerable parecido que había entre las dos mujeres.

Ash no se había dado cuenta cuando se le tiró encima, estaba demasiado ocupado viéndola como era, descubriendo lo que le suscitaba el aroma de esa mujer como para ponerse a buscar parecidos razonables.

—Vale, vale, vale… —Sophie levantó ambas manos y lo miró—. Será mejor que empieces a explicar todo de nuevo desde el principio para que aquí, esta servidora, pueda hacerse una imagen completa del cuadro, porque ahora mismo me tienes con las piezas del puzle en la mano y sin saber qué hacer con ellas.

Puso los ojos en blanco y accedió a su petición. Sabía que si no lo hacía seguirían increpándolo toda la mañana y tenía cosas mejores que hacer, como hacerle una visita a su pareja. Les hizo un rápido resumen de lo ocurrido durante la noche, guardándose para sí el breve y glorioso momento que había compartido con ella.

—En serio, Ash, habría pagado por ver a esa mujer aferrada a ti, echándote la bronca por intentar suicidarte —aseguró la chica después de oír todo el relato—. Ahora entiendo muchas cosas. Y por cierto, tengo tus gemelos. Los dos. Te juro que no entiendo como conseguiste que uno terminase en el borde de la balaustrada por la parte de fuera.

—Ya sabes que suelo jugar con ellos cuando me aburro, solo que no contaba con que terminase en ese lugar.

—Eres peor que un niño.

—Me lo vas a recordar toda la vida, ¿verdad?

—Oh, que no te quepa la menor duda, *alfa* —replicó guiñándole un ojo.

—Procura que esto no salga de aquí, Ash, o terminarás siendo la comidilla del refugio.

El refugio. Así era como habían bautizado a la propiedad de Southlands. Habían tenido que hacer algunas remodelaciones en la casa principal para adaptarla a sus nuevos inquilinos, darle una mano de pintura, cambiar algunas ventanas y puertas, pero el resultado había merecido la pena.

—¿Qué tal se están adaptando?

—Yo diría que bien —asintió Ren—. Las paredes siguen en su sitio, nadie ha prendido fuego a la casa a propósito o por accidente… Si bien ha habido algún que otro problemilla con los más jóvenes a la hora de dividirse las habitaciones, Mary los zanjó en un abrir y cerrar de ojos.

—Adoro a Mary —aseguró Sophie con una enorme sonrisa en los labios—. Tendrías que hacerla tu *beta*. Es la única capaz de mantener a raya los problemas.

—No sería una mala opción —afirmó Ren—. Ella conoce a los exiliados, la ven como uno de ellos, los entiende y podría ser el puente de conexión definitivo que necesitas con ellos.

Como alfa de un clan se esperaba que tuviese un lugarteniente, alguien en quién confiase lo suficiente para delegar sus propias responsabilidades, pero Asher había pasado la mayor parte de su vida solo, sin formar parte de ningún clan y liderar ahora uno era una tarea nueva para él.

—Para llegar a ese punto primero tendríamos que llegar a un entendimiento ella y yo y por ahora no es…

Se quedó a mitad de la frase, pues un inesperado ardor en el pecho le impidió continuar. Su instinto más primitivo cobró vida avisándole de que algo no iba bien. Saboreó el miedo y la agonía, un dolor tan intenso que le estaba cortando el flujo de aire a los pulmones, pero no eran suyos, no se trataba de él sino de su compañera.

—Nicola… —pronunció su nombre al tiempo que se levantaba de golpe de la mesa en la que había estado compartiendo el desayuno con esos dos.

—¿Ash? ¿Qué ocurre?

El aire distendido que había existido hasta ese momento cambió por completo, los mellizos se concentraron en él al momento, adoptando una postura completamente alerta.

—Es… mi pareja —musitó llevándose la mano al pecho—. Algo… Algo no va bien.

—Vete. —Ren fue el primero en dar un paso hacia delante y darle el empujón que necesitaba, pues se había quedado bloqueado.

No tuvo que repetírselo, se concentró en ella, buscándola a través del éter hasta encontrar esa impronta que había dejado en su piel y que la unía a él y se desvaneció para ir a su encuentro.

CAPÍTULO 7

—Ay, madre, que la he matado. Que le he frito el cerebro. Ay, madre. Ay, madre.

Si no fuese una situación tan preocupante, Nicola se estaría partiendo de la risa. En lugar de eso estaba tirada en el suelo de su cocina, con los ojos abiertos de par en par y convulsionando mientras un montón de información e imágenes pululaban por su mente sin orden ni concierto.

El dolor había sido brutal, como si le hubiesen atravesado el cerebro con un hierro candente, dejándola completamente fuera de juego. No podía hablar, no tenía control sobre su propio cuerpo, era como si se hubiese desconectado de él de alguna forma en el momento en que ese agudo dolor le había atravesado la cabeza.

Ni siquiera sabía cómo era posible que se estuviese viendo a sí misma en el suelo, una visión del todo perturbadora.

—No te mueras, Nica. ¡No se te ocurra morirte, joder!

La cara de Lisara se acercó a la suya, sus ojos ya no brillaban, pero había terror en ellos, como si en verdad pensase que sus palabras iban a cumplirse de un momento a otro.

«¿Nicola?».

La voz fue como una caricia en su mente, una ola de agua fría que barría sobre todas las imágenes, pensamientos y voces que se agolpaban en su cabeza resonando igual que una cacofonía.

«¿Qué ocurre, Nicola?».

¿Por qué le resultaba familiar esa voz? ¿Por qué tenía la sensación de que ya la había escuchado antes?

«Tranquila. Casi estoy ahí».

—Vuelve, Nica. Por lo que más quieras, vuelve. —Lisara hablaba al mismo tiempo que esa voz masculina le acariciaba la mente. Sus manos, sintió las manos de la chica sobre ella, presionándola contra el suelo, impidiendo que su cuerpo siguiese sacudiéndose sin control—. Joder, joder, joder.

Aquella palabra debía de encantarle, porque no hacía otra cosa que pronunciarla una y otra vez.

—¡Joder, Nica! —siseó aferrándole ahora la cabeza para que no siguiese golpeándose—.

¡Si te mueres, te mato!

Um. No estaba muy segura de que pudiese matarla una vez que fuese un fiambre, pero ¿qué sabía ella? No era bruja, ni siquiera una tan jodidamente mala como esta. Porque Lisara era mala de cojones. ¿El truquito del café? Al parecer era una *mingurria* en los estándares de su comunidad. Curioso que la heredera del aquelarre más poderoso del clan *magikae* fuese también la bruja más desastrosa de todos los tiempos, pero más curioso aún era que ella lo supiera.

Oh, sí. *Brujas. Lobos. Aves. Mininos*.

Todo desfilaba por su cabeza.

Incluso *dragones*. Eso sí que era ridículo.

Nada de aquello tenía sentido, pero no podía dejar de verlo, de escuchar la voz de Lisa, de ver fragmentos de su vida, así como tampoco podía dejar de escuchar otras voces que recitaban información. Era como si un puñado de personas se pudiesen a leer en voz alta al mismo tiempo y solo pudieses coger pedacitos de información de aquí y de allá.

Quería reírse, quería ponerse histérica, pero sobre todo quería salir corriendo y alejarse de esa lunática que tenía por amiga y que en realidad era una jodida *bruja*; en el sentido más literal de la palabra.

No podía. El cuerpo no le respondía, ni siquiera era capaz de hablar y aunque tenía los ojos abiertos, no podía ni mover la cabeza para mirar hacia otro lugar, porque si seguía contemplando mucho más ese rostro con un ligero parecido con el suyo, empezaría a gritar.

Oh, tú espera a que pueda moverme, pedazo bruja, que te voy a decir unas cuantas cositas.

«Nicola, déjame entrar».

Él de nuevo, una caricia de agua fresca en su convulsa mente, agradable y al mismo tiempo demasiado irritante.

No me da la gana.

Juraría que escuchó una carcajada en respuesta, pero no en sus oídos, esa voz no estaba fuera, sino dentro de su cabeza. ¿Tenía eso algo de sentido? No, ni *pizquita*. Pero era una caricia, cada palabra era como un paño frío que alejaba el dolor.

«Si quieres arrancarle la garganta a esa bruja, tienes que dejarme entrar».

No quiero arrancarle la garganta, aunque no digo que no le haga un pequeño apaño en esos pelos, replicó con un bufido, aunque sabía que su garganta no se había movido, tampoco sus labios.

«Bien. Pues déjame entrar».

¿Dejarle entrar? Claro. Ahora mismo se levantaba y le abría la puerta, no te jode.

Lo tengo un poco difícil ya que no puedo mover un jodido músculo.

«Anoche no pareciste tener semejante problema cuando te abalanzaste sobre mí».

Yo no me abalancé sobre… Las palabras se le atascaron en el momento en que se dio

cuenta de a quién pertenecía esa voz. *Oh, eres tú.*

«Sí, soy yo». Respondió y de algún modo sintió como la rodeaba, como la envolvía ahogando las voces en su cabeza. *«Ahora, déjame entrar y te traeré de vuelta»*.

¿Estás muerto?

«La última vez que lo comprobé estaba vivito y coleando y me gustaría que tú siguieses de la misma manera». Insistió esa voz sexy en su cabeza. *«No te arranqué de brazos de tus secuestradores y te llevé a casa para que ahora sucumbas a manos de esa bruja inútil»*.

Esa bruja inútil es mi mejor amiga, así que no la insultes.

«Nicola, deja de discutir conmigo y déjame entrar, por favor».

¿Quién estaba discutiendo? Ella no, de hecho, no tenía el más mínimo interés en discutir con él, preferiría que la besara de nuevo.

Espera, ¿cuándo la había besado?

En casa. Él había estado allí, ¿verdad?

Después de ese viaje en limusina, después de ese extraño encuentro con esos hombres, él… él había aparecido y… y luego…

Tú estuviste allí. Eras tú. Tu beso.

Una nueva caricia resbaló por su mente, esta vez fue casi como sentir unos dedos sobre la frente.

«¿Qué te parece si me dejas entrar para que pueda traerte de vuelta y seguimos con esta conversación cara a cara?».

Si eso le reportaba algunas respuestas, no le importaría nada tener esa conversación cara a cara, sobre todo porque así podría verlo de nuevo y sentir de nuevos sus dedos… ¿sobre su brazo?

La calcomanía ha sido cosa tuya, ¿no?

«No es una calcomanía». Le pareció oírlo bufar. *«Déjame entrar, Nicola, por favor, te lo explicaré todo»*.

Explicaciones. Sin duda le vendrían bien.

—¡Nica! ¡Joder! ¡Vamos, Nica! ¡Vuelve! ¡Vuelve, maldita sea!

Lágrimas. Lisara estaba llorando y esas lágrimas le mojaban a ella la cara. Podía sentirlas del mismo modo en que sentía la desesperación de la mujer.

—No puedes dejarme tú también, Nica, eres la única amiga de verdad que tengo, no me hagas esto.

¿Su única amiga? ¿Una mujer como ella no tenía más amigas?

Eso era ridículo. Lisara lo tenía todo. Era guapa, tenía un buen cuerpo, una buena posición y una conversación amena e inteligente.

«Nicola, tienes que dejarme entrar. Ahora». La voz masculina se hizo más intensa, más

demandante, una exigencia en toda regla. *«Lisara no puede traerte de vuelta, solo es una bruja estúpida que…».*

¡Te he dicho que no la insultes! ¡Es mi mejor amiga! Puede que sea un incordio la mayor parte del tiempo y que ahora mismo tenga unas ganas locas de estrangularla, pero es mi amiga y nadie la insulta en mi presencia.

«Una amiga que casi te fríe el cerebro».

Se le notaba un pelín irritado, ¿no?

No lo hizo a propósito. ¿No ves cómo llora? Ella jamás llora y mucho menos pide disculpas o perdón. Así que está jodida, muy jodida.

«¿Y piensas hacer algo al respecto o seguimos charlando hasta que te vayas tan lejos que ni siquiera yo seré capaz de traerte de vuelta?».

Frunció el ceño, al menos en su mente o dónde quiera que estuviese en ese momento, porque no estaba en su cuerpo, no dónde debía estar.

«Nicola, déjame entrar». Una súplica, una pizca de desesperación que apareció bajo esa tranquila voz, bajo el agua que parecía rodearla. *«Te lo suplico, permíteme entrar…».*

No sé cómo hacerlo.

«Solo imagínate abriendo una puerta, solo tienes que hacer eso».

Un segundo después se vio a sí misma en medio de la oscuridad, frente a una puerta de prístino color blanco, sus dedos se cerraron en torno al pomo y acto seguido sintió como una ola de fría humedad y luz la envolvían. Sabía que no era algo físico y aun así era como sentirse envuelta en unos brazos y estrechada contra un cálido cuerpo que le aportaba seguridad.

«Te tengo».

Asher. Su nombre emergió de entre todo el galimatías que había en su cabeza, un conocimiento, una seguridad absoluta y un rostro que lo acompañaba.

«Veo que recuerdas mi nombre».

Sí, lo recordaba. Del mismo modo en que recordaba su encuentro con él en la terraza, la conclusión que había sacado al verle y cómo había actuado en consecuencia.

«Respira hondo, Nicola». Sus palabras parecían susurradas al oído. *«Respira muy hondo».*

En un momento estaba allí, abrigada entre unos brazos y al siguiente sintió que caía, caía y caía hasta que…

—¡Oh, dios! Gracias, gracias, gracias.

Sus pulmones volvieron a funcionar y Nicola empezó a aspirar bocanadas de aire. Tosió, se giró de lado ahora que su cuerpo le respondía de nuevo y le pegó un manotazo a las manos femeninas que intentaban ayudarla.

—Tú… pedazo… lunática.

—Aléjate de ella. —Aquella voz ya no estaba en su cabeza, se dio cuenta, giró la cabeza,

mirando por encima del hombro y lo vio. Estaba allí de pie, sus ojos verdes brillando como antes habían brillado los de Lisa un segundo antes de apagarse. Pero no la miraba a ella, su rostro pétreo y con expresión cabreada estaba puesto en Lisa—. Ya has hecho más que suficiente, ¿no te parece, heredera *magikae*?

—Esto es todo culpa tuya, *dragos* —siseó la aludida avanzando hacia él—. ¡Ella es humana! ¡Humana! No es una de los nuestros, ni siquiera es una guardiana, ¿cómo has podido reclamarla?

—Es mi pareja, un concepto que deberías comprender bien, ya que apestas al líder de los *licania.*

—¡Eres un maldito *dragos*! ¡No eres digno de ella!

—¿Y lo dice la bruja que casi la mata? —El sarcasmo goteaba de la voz masculina.

—¡Solo quería hacerle el camino más fácil!

Él bufó y abrió los brazos con un gesto irritado.

—Pues te ha ido de puta madre.

Nicola encontró el aliento y la fuerza para levantar el brazo y gritar:

—¡Tiempo muerto! —Los dos se detuvieron en el acto y sus ojos se clavaron en la responsable de lo que quiera que hubiese pasado en esos últimos minutos—. Fuera. Ahora.

—Nica…

—¡Fuera! —Lanzó el brazo en dirección a la puerta principal y no dudó en mirarle también a él—. Los dos. Fuera de mi casa.

El rostro de Lisara palideció, vio como apretaba los labios y nuevas lágrimas volvían a inundarle los ojos.

—Lo siento… —musitó la chica con visible congoja—. Solo quería hacerte las cosas más fáciles, pero… —Sacudió la cabeza y volvió a pronunciar—. Lo siento. —Los ojos de Lisa se cruzaron entonces con los del hombre y la expresión en su rostro cambió por completo, se volvió feroz—. Lastímala de la manera que sea y tendré tus intestinos en una bandeja antes de que des tu próxima respiración. —Una amenaza en toda regla—. Hazla llorar y no encontrarán de ti ni los huesos.

Tras aquella colorida amenaza, se enderezó, se alisó la ropa y posó sobre ella la vista una última vez.

—No te dejes engañar, los *dragos* no son de fiar —dijo con voz algo más firme y se volvió de nuevo hacia él—. Y este menos que ninguno.

La sonrisa que le dedicó Asher le provocó un escalofrío; si estuviese dirigida a ella, ya estaría corriendo.

—Por el contrario, soy la única persona de la que siempre podrá fiarse, querida —replicó él con ese tono de voz que había escuchado antes—. El único que antepondrá su seguridad y su

bienestar por encima de todo y de todos.

Una nueva batalla, esta de miradas, dio comienzo entre ellos y para Nica fue suficiente.

Se las ingenió para levantarse del suelo a pesar de que la cabeza le palpitaba y tenía el estómago tan revuelto que pensó que terminaría vomitando.

—Fuera… de mi casa… los dos —insistió apoyándose ahora en el borde de la barra americana, pues el taburete que había ocupado estaba también en el suelo—. ¡Fuera!

—No voy a irme a ningún lado, menos aun cuando está claro que no puedes ni mantenerte en pie —replicó Asher acercándose a ella.

—Iros. Fuera. Ya… —insistió, pero todo a su alrededor empezó a dar vueltas, demasiadas vueltas—. Mierda…

—¿Nica?

—Esta… me la vas… a pagar… —masculló aferrándose al borde de la encimera—. Solo espera. Cuando el mundo se detenga… Os pondré a los dos… en mi lista negra.

—¿Tienes una de esas?

—La empezaré… solo para poneros en ella —aseguró, apretó los ojos con fuerza y soltó un quejido—. Mierda…

Nicola no llegó a decir nada más pues el mundo eligió ese mismo instante para apagar la luz y también su consciencia.

CAPÍTULO 8

—¿Pero en qué brillante cabecita ha surgido la idea de abrirle la mente a una humana de esa manera?

—En una sin materia gris, ¿en cuál sino?

—Respira de puro milagro —chasqueó Sophie contemplando a la humana dormida en la cama de su propia habitación.

Asher la había llevado allí justo después de que se desmayase y le hubiese evitado el porrazo de su vida por puro instinto. La brujilla había tenido mucho más que decir al respecto, incluso se negó a dejar la casa de la chica hasta que se asegurase de que estaba bien.

Ya fuese por la fortaleza mental de Nicola o por el deficiente hechizo que Lisara Huntington utilizó en ella, su mente estaba intacta. La deriva de su conciencia había sido provocada por el hechizo, un efecto colateral con el que la brujilla no había contado y cuyo resultado muy bien podría haber llevado a la humana a una inconsciencia permanente; perdida en su propia mente.

Por suerte para ambas, pero sobre todo para su pareja, la marca que había dejado en Nicola le permitía encontrarla allí dónde estuviese, incluso dentro de sí misma.

Fuese como fuese, Nicola estaba bien o lo estaría en cuanto despertase y pudiese organizar sus propios pensamientos y enfrentarse a la información que esa buena para nada vertió sobre ella.

Si no fuese la heredera del clan *magikae* y pareja del líder de los *licania*, la hubiese estrangulado con sumo placer, solo para luego convertirla en cenizas y esparcirlas sobre cualquier basurero.

Había escuchado muchas cosas sobre la *magikae*, pero al verla y contemplar la genuina preocupación y desesperación que vio en la brujilla a su llegada, no tenía duda sobre lo mucho que le importaba la humana.

—Deberías vetar la entrada a las brujas en esta casa, Ash, más aún, tendrías que colgarle un repelente al cuello para que ninguna otra se le acerque.

—¿Existe algo como un repelente de brujas? —murmuró Ren mirando a su hermana.

—Si no lo hay, tendrían que inventarlo.

Miró a los mellizos. Esos dos se habían presentado en el momento en que la bruja

abandonó la vivienda, aunque había sido consciente en todo momento de su cercanía.

—Fuera. Los dos. Ahora. —Señaló la puerta abierta del dormitorio, invitándoles a abandonarlo en ese mismo instante—. Necesita descansar y no podrá hacerlo con dos gallinas cluecas cacareando a su alrededor.

Sophie se llevó la mano al pecho con gesto afectado; era muy buen actriz.

—¿Gallina clueca? ¿Me acabas de llamar gallina? ¿A mí? —Empezó a abanicarse—. No me esperaba algo así de ti, Ash. Estoy impactada.

Le dedicó una mirada de pura advertencia que la hizo resoplar.

—Ren, nos vamos al salón —replicó echándole un último vistazo a la humana—. Nuestro alfa necesita privacidad con su compañera.

Se abstuvo de poner los ojos en blanco. Sabía que nada de lo que dijese o hiciese haría que esos dos abandonasen la vivienda hasta estar seguros de que su nueva compañera estuviese bien.

Esa era la ley de los *dragos*. Si un miembro del clan se emparejaba, su pareja pasaba a ser miembro del clan, pero si esa pareja era además la del alfa, cualquier juramento de lealtad por parte de sus lugartenientes o miembros del clan, pasaba a ser también efectivo sobre él o ella.

—Le echaré un vistazo a la nevera por si hay que comprar alguna cosa… —murmuró Ren.

Dejó escapar un resoplido y sacudió la cabeza.

—Los dos os vais a ir por dónde habéis venido… —Señaló sin darles lugar a objeciones—, y os encargaréis de que esto no salga de aquí. Nadie debe saber lo que hizo esa bruja, ni tampoco que la humana es mi compañera…

Vio como la mirada de Sophie se posaba de nuevo en la chica antes de volverse sobre él.

—No podrás ocultarlo, que te has emparejado, quiero decir…

No, no podría hacerlo, pero sí retrasar esa noticia todo lo que pudiese, sobre todo porque no quería a ninguno de los miembros del consejo opinando de algo que no les incumbía.

—Deberías comunicárselo al menos al clan —mencionó Ren desde el umbral de la puerta —. Merecen saber que ahora cuentan con un miembro más.

—Lo haré llegado el momento, pero hasta entonces no quiero a nadie alrededor de Nicola —resopló y miró a la mujer que dormía apacible en su cama, inconsciente de todo lo que se le venía encima—. Si a esos vejestorios se les ocurre tan solo respirar cerca de mi pareja, me encargaré personalmente de hacerlos pedazos y saborearé cada bocado de carne que arranque de sus pellejudos cuerpos.

—¿No te encantan los dragones recién emparejados? —murmuró Sophie mirando a su hermano—. Todo a su alrededor se vuelve sangre y vísceras si a alguien se le ocurre mirar mal a su pareja.

—Mientras no estemos en el lado de la sangre y las vísceras, disfrutaré inmensamente del espectáculo.

—Largo. Los dos. —No se molestó ni en mirarlos.

—Qué carácter.

—Recuerda que el lunes empezamos a trabajar en serio —le recordó Ren con una actitud más seria—. Toca poner en marcha la maquinaria aquí en Vancouver.

Asintió.

—Yo seguiré supervisando la sucursal de Washington —le informó Sophie—. Y no te preocupes, si conseguiste levantar aquel desastre a pesar de todo, podrás hacer un buen trabajo aquí, sobre todo porque solo tendrás que preocuparte de nuestro propio clan.

El comentario le recordó una vez más el motivo por el que los *dragos* ya no dejaban su patrimonio en manos humanas. Los guardianes asignados a sus clanes habían sido un auténtico despropósito, una auténtica mofa, por lo que no le habría sorprendido lo más mínimo si a alguno de los suyos se les hubiese ocurrido convertirlos en cenizas.

Él mismo se había encontrado de la noche a la mañana teniendo que levantar una empresa a causa de las malas decisiones de los guardianes asignados a ella. Un trabajo considerable que había dado como resultado varios despidos, una reducción de plantilla y un total cambio en la gestión.

Desde ese momento se había negado a tomar guardianes a su cargo y a no aceptar a nadie que no fuese de su entera confianza. Pero a partir del lunes las cosas también serían distintas en las formas, ya que su trabajo ya no sería en beneficio de sí mismo o de alguno de los otros gremios, a partir de ahora su principal deber era el clan de inadaptados que tenía a su cargo y las ganancias devengadas de su trabajo servirían para procurarles cierta prosperidad.

Ahora solo faltaba conseguir que algunos de los miembros del clan confiasen en él lo suficiente como para querer formar parte de esta comunidad.

—Antes de que te marches a Washington, infórmate de cuál es la empresa que está a cargo de nuestras nuevas oficinas —le pidió—. Quiero que la empresa Carmody se encargue de ello a partir de ahora.

Ella enarcó una ceja ante su extraña petición.

—Um. ¿Por algún motivo en especial?

Miró a la mujer que seguía durmiendo y asintió bajando la voz.

—Nicola trabaja en ella.

—¿Es una de sus empleadas? —inquirió Ren.

Asintió.

—Oído cocina, me encargaré de ver quién está a cargo y haré los cambios necesarios —afirmó ella.

—Bien.

No necesitó añadir nada más, ambos se esfumaron del mismo modo en que habían llegado

dejándole de nuevo a solas con ella.

—Descansa ahora, Nicola, tienes por delante todo un nuevo mundo al que hacer frente —murmuró inclinándose sobre ella y apartándole el pelo del rostro—. Y un compañero que se muere por conocerte en profundidad.

Asher estaba dispuesto a hacerle la transición tan sencilla como le fuese posible, pero había cosas que no estaban en su mano y cómo se tomara ella la existencia de los clanes y el mundo sobrenatural en el que él moraba, era una de ellas.

Solo podía esperar que el viaje que les esperaba a ambos no acabase con alguno de ellos hecho pedazos.

CAPÍTULO 9

Nicola se ahogaba, estaba en medio de la oscuridad y las voces e imágenes la bombardeaban desde todos los ángulos. No podía respirar, a duras penas podía pensar y esos ecos seguían murmurando, recitando a pesar de que se había tapado los oídos.

Y por si eso fuese poco, el brazo le ardía, la marca que ahora llenaba la cara interna entre la muñeca y el codo parecía haber cobrado vida propia y palpitaba como si tuviese un corazón.

Se encogió sobre sí misma buscando acallar los sonidos, pero era imposible, incluso con los ojos cerrados seguía viendo, seguía escuchando la incesante letanía. Nada de todo aquello tenía sentido y sin embargo *sabía* que eso era real. *Lo sabía*.

El conocimiento estaba en ella, se filtraba a cada segundo en su cerebro saturándola con datos que emergían de la nada para fijarse a su memoria.

De repente estaba ante las puertas abiertas de una nueva realidad, una fantasía que cobraba inesperado sentido. Una fantasía cuya existencia era palpable y comprobable, convirtiéndose en toda una revelación.

Brujas, mujeres cuyos dones no podían ser explicados de manera científica, con actitudes que iban más allá de lo comprensible. *Pilares primigenios* que se remontaban siglos y siglos en el tiempo, líneas de sangre antiquísima que conectaban el pasado y el presente. Lisara pertenecía a una de ellas, era su heredera, una *magikae*, como se hacían llamar en la actualidad, alguien cuyos dones no eran tan fiables como deberían.

Pero no eran las únicas «rarezas» que existían en el mundo, que compartían espacio e incluso vida con la raza humana.

Licanios… seres de naturaleza primitiva, lobos en su encarnación animal, capaces de adquirir forma humana. *Hawkin*, una antigua raza alada, felinos con características similares a los lupinos y también muy distintos.

Y entonces… ellos. Los más antiguos e impredecibles, poco confiables, peligrosos… los principales enemigos de las brujas; *los dragos*.

Dragones en forma humana, los señores de las épocas, tan antiguos que nadie sabía cuándo habían aparecido en el mundo por primera vez.

Pero eso no era todo lo que eran, aunque sí lo que sonaba con más fuerza en su cabeza,

como una opinión personal muy arraigada, una letanía repetida innumerables veces con la voz de Lisara como protagonista.

Y esa voz seguía e insistía, hacía sus propios comentarios sobre todo, como si fuesen los pies de página de la extraña enciclopedia que parecía darle vueltas en la cabeza.

Sus propios pensamientos se perdían en medio de toda esa información, su mente era un galimatías de imágenes, acepciones, notas, dibujos y voces, una infinita cantidad de voces que no hacían más que hablar al unísono. No podía escucharse a sí misma, sus ideas y palabras se perdían en medio de esa vorágine y eso resultaba aterrador.

Una nueva punzada en el brazo la sacó de esa batidora durante un breve instante, el calor era cada vez mayor en esa zona, pulsaba como si la sombra draconiana sobre su piel tuviese vida y la llamase. Abandonó sus oídos solo para poder cubrirse la marca con la mano y entonces lo escuchó; una única voz que sofocó todas las demás.

«Estoy aquí». Oyó en su mente. *«Estoy aquí»*.

Sus palabras se abrieron paso y trajeron consigo un ahogado silencio.

«Abre los ojos, Nicola». Pidió con suavidad, una invitación cálida, incluso sexy, pero sobre todo tierna. *«Despierta, cariño»*.

Cariño. La palabra fue pronunciada con tanta suavidad que se derritió.

¿Quién era él?

«Abre los ojos».

Sí. Tenía que abrirlos, quería mirarle, reconocerle, saber a quién pertenecía esa voz.

—Eso es, Nicola, abre los ojos —escuchó en su oído, ya no en su mente—. Despierta…

Abrió los ojos y se encontró con una intensa mirada verde, unas cejas negras y una sombra de barba acariciando un mentón de líneas duras. Tenía una boca de lo más sexy, sus labios se curvaron un poco y lo supo; quería probarlos, sentirlos sobre ella.

No sabía que la empujó a ello, pero se encontró con sus propios dedos tocando esa barbuda mejilla y respirando en su boca tan solo unos instantes después. La besó, rozó esos labios y suspiró en su boca agradeciendo el repentino silencio que siguió a la unión de sus lenguas en un lento y lánguido beso.

Paz. Eso representaba él en su convulsa mente, aun si su boca encendía cada terminación de su cuerpo. Él era su ancla, todo lo que necesitaba para capear el temporal.

Una imagen se coló en su cabeza, un vislumbre de pura fantasía, una advertencia. Tan rápido como llegó se fue. Entonces la sustituyó otra, un recuerdo de esos mismos ojos fijos en ella, sorprendidos, curiosos… Y su propia desesperación.

Le conocía. Le había visto antes. Él era…

—Asher.

Era él.

El hombre al que había encontrado en la terraza, inclinado peligrosamente sobre el borde, con una aparente intención de saltar.

—El suicida.

Al escuchar sus palabras frunció el ceño e incluso rodó los ojos.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no estaba intentando suicidarme?

Él había estado allí… ¿anoche? El secuestro, la limusina… esos hombres. No, hombres no. *Licanios.* Lobos.

Pero Asher no era un lobo, no era uno de ellos, aunque también era distinto.

El brazo empezó a latirle, pero no era el brazo, sino el diseño que había en él, la calcomanía que no era una calcomanía.

Era cosa suya, *su impronta*.

La marca de un *dragos*.

El significado de toda esa información se filtró en ella y la comprensión se abrió paso dejándola impactada, arrancándole el aire de los pulmones e imposibilitándole respirar.

—No entres en pánico… —Su voz fue una caricia, pero no sirvió de gran cosa cuando esos ojos seguían fijos en ella y la información continuaba vertiéndose en su mente como si cayese desde una cascada.

—Haré… Haré lo que… me dé… la gana.

O lo haría en cuanto consiguiese respirar.

—Cálmate, Nicola —Volvió a decirle y esta vez su voz fue como una ola de agua fría aplacando sus nervios. El aire entró por fin en sus pulmones, como si él lo insuflase allí—. Respira. Despacio. Eso es…

—Tú… Eres… Tú eres… eres… —Bajó la mirada a la silueta en su brazo y la señaló—. *Dragos*. Un dragón. Uno de los Pilares Primigenios. Antiguos, no hay constancia de sus orígenes. Se dividen en cinco clanes, cada uno está regido por un alfa…

—Nicola…

—Longevos —continuó recitando sin parar, la información solo seguía y seguía—, su base es draconiana. Son viciosos, asesinos, peligrosos… *Nuestros enemigos*. No se puede… —Se detuvo y sacudió la cabeza—. No… Eso es lo que dice Lisa, son sus palabras… Yo… yo no entiendo, no puedo distinguir entre una cosa y otra. Y las voces, las voces no dejan de hablar, hablar y hablar…

Se estremeció, sus ojos bajaron entonces a la marca sobre su brazo y la absoluta comprensión de su significado la golpeó de nuevo.

—Quítamela. No… no la quiero… —empezó a frotar con fuerza—. ¡Quítamela!

—Nicola, para —Le cogió la mano impidiéndole que siguiera con el movimiento—. Deja de hacer eso. Vas a lastimarte.

—Tú me lo pusiste —lo miró desesperada—. Tienes que quitármelo.

—Sí. Yo lo puse ahí, pero una vez que se fija a la piel no se retirará hasta…

—¿Hasta?

—…que uno de los dos muera.

Parpadeó ante sus palabras y al instante supo que era verdad.

—No.

—Nicola…

—La impronta… —murmuró bajando la mirada a su brazo—. La marca de vinculación común a la mayoría de los Pilares Primigenios. Distintos método de aparición, pero con un mismo sentido. Vinculación, apareamiento, parejas predestinadas…

Se llevó los puños a las sienes y apretó como si de esa manera pudiese detener las voces que no dejaban de hablarle, que vomitaban información sin parar.

—Para… para… para… —gimió y cerró los ojos con fuerza—. No se callan… Las voces no cesan…

Un siseo en voz baja, algo similar a un gruñido, entonces unas manos grandes retiraron las suyas y las sustituyeron por unos dedos fríos.

—Bruja inútil… —le pareció que farfullaba él por encima de la cacofonía que le llenaba el cerebro—. ¿Qué demonios te ha hecho? —El contacto con esos dedos la estremeció, pero también alivió—. Esto… esto es… el códice primigenio, ¿pero qué coño?

Nicola gimió y aferró esas manos, manteniéndolas contra su cabeza, pues bajo su contacto las voces empezaban a bajar el volumen.

—Perra estúpida… —Siseó una vez más y notó al mismo tiempo el temblor de rabia en el cuerpo masculino—. ¿En qué mierda estaba pensando? No se limitó a compartir su conocimiento contigo, te ha transmitido el contenido de todo el puto códice…

Códice Primigenio. El libro que encerraba el conocimiento de los Pilares, una especie de compendio elaborado entre todas las razas sobrenaturales que se iba actualizando con nuevas entradas.

Un libro absurdo, demasiado vago en algunas partes, sobre todo en las importantes y que necesitaba de unos cuantos ajustes.

Esa era la opinión de Lisa, una que su mente reconocía como si fuese suya, como si fuese ella, Nicola, la que la hubiese formulado.

—Basta… —Siseó ella ciñendo los dedos a esas manos—. No quiero saberlo, no quiero saber nada más… ¡Para! ¡Para! ¡Para!

—Quédate quieta, Nicola… —le pidió con suavidad—. Necesito…

—Duele… —gimió y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No se callan, hablan todas al mismo tiempo… Voces, todas esas voces hablan al mismo tiempo y no puedo pensar, no puedo

escuchar mis propios pensamientos… Imágenes, información, comentarios… Pero no son míos, no soy yo, esa no soy yo… Oh, dios, creo que voy a vomitar.

—Respira, pequeña, respira despacio. —Su voz volvió a convertirse en un suave arrullo, acariciándola con suavidad, dejando tras de sí el ansiado alivio en su palpitante cabeza—. Esa perra estúpida… No puedo deshacer el tejido que ha hilado esa buena para nada y a estas alturas tampoco serviría de nada. Tu mente se está esforzando en absorber el conocimiento, pero no tiene tiempo para profundizar y ordenar la información, tu voluntad, tu realidad choca con lo que estás viendo, estás oponiendo resistencia y eso solo hará que aumente más y más el dolor. —Esos dedos parecieron presionar un poco más en sus sienes, casi podía sentirlos sobre su propio cerebro, pero no la lastimaban, por el contrario, aliviaban la creciente presión dentro de su cabeza—. No te resistas más, Nicola, respira hondo y deja que se vayan asentando, déjalos entrar.

—Las voces… —susurró. Las oía en su mente, algunas eran como uñas arañando las paredes de su cerebro—. Duele… Asher, duele…

—Lo sé, cariño, lo sé… —murmuró él con voz tranquila, plácida—, pero ya no más, lo prometo. Solo… respira hondo e intenta relajarte.

Cerró los ojos y luchó por respirar a través de las intensas punzadas que le atravesaban la cabeza.

—Respira, Nica, despacio… —Su voz se hizo más profunda y líquida, era como un río de agua fría y luz—. Eso es… ya casi estamos…

Abrió los ojos y se encontró con los suyos, una mirada verde intensa y unas pupilas que, durante un breve instante, parecían haberse alargado.

Dragos.

Lo sabía, el conocimiento seguía en su cabeza, pero no le explotó detrás de los ojos junto con un montón de acepciones e imágenes. Mientras contemplaba esa mirada las voces empezaron a remitir hasta desaparecer por completo. El silencio fue tan absoluto que se encontró escuchando el acelerado latido de su propio corazón.

Un parpadeo y esos ojos volvieron a tener apariencia humana.

—¿Qué… has hecho?

—Podar las hojas que no te dejaban ver el árbol —mencionó con voz grave, como si esta se hubiese visto momentáneamente afectada por algo. Carraspeó y cuando continuó volvía a sonar más a él mismo—. No puedo deshacer el hechizo que conjuró esa buena para nada, así que he intentado darte espacio y tiempo para asimilar las cosas encerrando todo el conocimiento detrás de unas puertas. Seguirá ahí, tendrás acceso a él, pero ahora llegará a ti de forma ordenada y solo cuando desees encontrar esa información, no en forma de ese continuo bombardeo.

Lo que estaba diciendo no tenía el menor sentido y aun así, el hecho de poder pensar de

nuevo y escuchar sus propios pensamientos era un alivio más que suficiente para ello.

—Piensa en ello como en acceder a un libro o a una biblioteca… —añadió como si hubiese leído su confusión—. Busca en tu mente aquello que quieres saber y se abrirá solo la sección correspondiente a ello.

—¿Y los pies de página? —murmuró pensando en la voz de su amiga hablando cosas incoherentes, en sus propios pensamientos y anotaciones. Porque eran eso, se dio cuenta, lo sabía porque podía ver a Lisara escribiéndolos en un libro—. Ella… ella escribe en un libro. Es un tomo viejo, con páginas gastadas y canta… El libro. O las páginas. No… no lo sé.

—Es el *Códice Primigenio*… —Dejó escapar un resoplido—. Ha vertido todo su conocimiento en tu cabeza… Es… como una descargar de información a lo bestia, que incluye además los pensamientos y la persona que escribe en él. Por eso escuchabas tantas voces. He intentado aligerar la carga cortando esas voces, con el tiempo se irán diluyendo o serán sustituidas por tus propias apreciaciones.

—Una enciclopedia… tengo una enciclopedia sobrenatural en la cabeza —musitó sintiendo que sus palabras eran bastante acertadas.

—Algo así… —aceptó él.

Nicola bajó de nuevo la mirada a su brazo y el diseño en él le provocó un escalofrío.

Sabía lo que significaba, el motivo por el que estaba ahí, pero era solo el texto de un libro, algo que leías… Convertir eso en un hecho, en realidad era…

—Es… tu impronta.

Él asintió.

—Lo es.

Los dedos que antes le habían acariciado las sienes ahora resbalaron sobre la cara interna de su antebrazo y el contacto le produjo una breve corriente eléctrica.

—¿Entiendes su significado? —le preguntó.

Levantó la cabeza y se encontró de nuevo con esos ojos.

La respuesta a esa pregunta le llegó poco a poco, como si un libro se abriese en su mente, las páginas pasaran con lentitud hasta detenerse en aquella que tenía la información.

—Vínculo. Pareja. Marca de impronta —murmuró. Hizo una pausa y sacudió la cabeza. Su mente empezó a darle forma a esa información, la procesó como lo haría con algo que hubiese leído por sí misma—. Es una marca vinculante, el reconocimiento de una pareja…

Y en el caso de los *dragos*, era la constatación de que la persona que la llevaba era suya, su otra mitad, la única que habría para él o ella en toda una vida. La conexión era instantánea, al igual que el reconocimiento de esa otra mitad y ese hilo conductor, esa impronta funcionaba en ambos sentidos, pues ella también le reconocía a él… De algún modo lo había hecho en el mismo instante en que lo encontró en aquella terraza y sus instintos la llevaron a evitar que se

lanzase por el balcón.

No se trataba solo de un gesto altruista, de lo que haría cualquiera con una pizca de humanidad. El miedo, la desesperación que la había motivado, así como el enorme alivio que la recorrió cuando ambos acabaron en el suelo y que no tenía el menor sentido, se debía a esto; a que ese hombre que ahora la miraba era su otra mitad.

¿Bizarro? Por dios, sí.

Pero de algún modo tan real que no podía negarlo y eso era ya de por sí aterrador.

La impronta también era distinta en cada gremio, esa pizca de información se coló también en su mente, y obraba tanto como una marca de protección como de propiedad y pertenencia.

Y tal y como Asher había dicho, después de que apareciese en su piel, solo se extinguiría cuando uno de los dos muriese.

—No… Nunca tuviste intención de tirarte desde el balcón, ¿no es así?

La cama cedió bajo el peso del hombre que se sentó de modo que pudiesen continuar esa conversación cara a cara.

—Perdí uno de los gemelos e intentaba recuperarlo cuando apareciste —afirmó con naturalidad—. Se había quedado enganchado en el borde exterior de la balaustrada, justo en la base e intentaba recuperarlo.

—De acuerdo, eso no te convierte en un suicida, te convierte en…

—¿Alguien con suerte?

—…un imbécil —concluyó ella con un resoplido—. Y no te ofendas, pero…

—No me ofendo con facilidad —la interrumpió al tiempo que la recorría con la mirada—, aunque debes saber que el que te pongan en peligro sí puede ponerme de un humor de lo más sombrío. Tanto como para querer descuartizar a cierta bruja de las narices…

—Quítate eso de la cabeza —lo interrumpió ella ahora con el corazón acelerado ante aquella mortal amenaza—. Ella es mi amiga. No le tocarás un solo pelo.

—Nicola, ha estado a punto de freírte el cerebro —siseó—. Y habría terminado consiguiéndolo si no llego a venir a ti.

De alguna forma sabía que eso era verdad, pero también recordaba el pánico en la voz de Lisa, la desesperación y su llanto. Había estado aterrada, dispuesta a hacer lo que hiciera falta para revertir lo que quiera que hubiese salido mal… Que en lo que se refería a ella y la hechicería, según sus propios recuerdos, solía ocurrir nueve de cada diez veces.

—Ambos sois responsables de… esto… —Hizo un gesto con la mano señalándose a sí misma—. Los dos… habéis… traído esto… sin preguntarme siquiera.

—Desde luego esta no era la forma en la que pensaba presentarte mi mundo —replicó él con evidente sarcasmo—. Apenas había tenido tiempo de descubrir quién eras y qué eras cuando pusiste pies en polvorosa y entonces esos imbéciles *licanios* te secuestraron por error…

—Estuviste allí, ¿verdad? —Era otra de las cosas confusas que circulaban en su mente, casi tanto como el hecho de encontrarse allí, en su dormitorio, teniendo una conversación amistosa con un tipo que no era humano y que además no conocía absolutamente de nada.

¿Qué mierda le había hecho Lisa a su cabeza?

—Te traje a casa —admitió—. Te dejé dormida en el sofá…

Y eso explicaba el que se hubiese despertado, ¿fue esa misma mañana?, en el sofá.

El timbre. Había sonado el timbre y Lisa estaba allí.

Las piezas del puzle empezaban a ocupar de nuevo su lugar montando el orden de los acontecimientos.

—¿Dónde está Lisa?

—Ni lo sé, ni me importa. —La réplica de él fue rápida y contundente—. La echaste…

—Os eché a los dos —recordó. Lo había hecho justo después de que él hubiese aparecido y la hubiese sacado de ese cortocircuito que había provocado la bruja en su cabeza. Recordaba haber estado tirada en el suelo, convulsionando—. Os eché a los dos… Y tú sigues aquí.

—No iba a dejarte sola cuando estabas en semejante estado —admitió con sencillez—. Te desmayaste. Colapsaste por completo, tu mente no podía seguir procesando toda esa información así que se desconectó. —Sacudió la cabeza y cuando volvió a hablar su tono era duro y letal—. Debería haber supuesto que esa bruja no había hecho nada bueno cuando sentí tu dolor en la distancia, pero, ¿esto? Esto es incluso demasiado para esa buena para nada, ¿cómo demonios se le ha ocurrido semejante estupidez? ¡Podría haberte destrozado la mente, hacerla pedazos!

Bruja. Hechicería. Todavía le costaba aceptar eso como algo real, pero lo era o al menos lo que había en su cabeza le decía que era real.

—Eres un… lagarto.

La manera en que enarcó las cejas resultó incluso cómica.

—Me han llamado muchas cosas en mi vida, cariño, pero quienes han pronunciado esa palabra luego no han podido contarlo —replicó con goteante ironía—. La palabra que buscas es *dragos*.

—¿Me acabas de amenazar? —La pregunta surgió de su boca antes de poder detenerla.

—Tú siempre estarás a salvo de cualquiera de mis amenazas, Nicola, eres mi pareja —afirmó con un ligero encogimiento de hombros—, pero, ¿no te ofenderías tú también si en vez de llamarte humana, te llamase *primate* o *mono*?

Vale, el *lagarto* tenía un punto, pensó.

—*Dragos*… —repitió y nada más pronunciar la palabra sintió ese libro en su mente, las hojas pasando, pero una vez más fue capaz de controlar sus pensamientos, incluso de cerrar esa cosa antes de que se abriese—. Esto es una locura. Es demencial. Brujas, dragones… Solo son material de cuentos, de historias y leyendas, no… No se supone que sean reales, no de la manera

en que… lo sois. Dios, creo que me va a estallar de nuevo la cabeza.

—Respira hondo —la instó y se acercó un poco más hasta coger su mano en la de él y provocarle de nuevo esa electricidad que la recorrió como un cosquilleo—. Estoy aquí y te prometo que soy muy real.

Desde luego, su contacto lo era, como también ese delicioso aroma que le envolvía.

Era algo fresco, como agua y nieve.

—Hueles bien… —Menuda estupidez acababa de soltar en voz alta, pensó al tiempo que notaba como se le calentaban las mejillas—. Quiero decir…

—Tú también —la interrumpió con una divertida y tierna sonrisa—. A fresas con nata y caramelo. Ese fue el aroma que despertó la impronta en mí. Tu aroma, el que hizo que te reconociera como mi pareja.

Sacudió la cabeza y se pegó aún más al cabecero de la cama, consciente por primera desde que abrió los ojos, de la intimidad que compartían.

—No… Nada de esto tiene sentido —insistió y señaló lo obvio—. Y tú no deberías estar aquí. Ni siquiera deberías existir, no eres… no deberías de ser real.

Enarcó una ceja y volvió a acercarse hasta el punto de que terminó enjaulada entre el cabecero y él.

—Pero lo soy, todo en mí es muy real —afirmó resbalando los dedos sobre su caliente mejilla—. Entiendo que esta situación es extraña para ti, sobre todo por lo que acabas de hacer frente. Yo mismo siento que camino sobre arenas movedizas. No te esperaba y sin embargo aquí estás, sé que tenemos un largo camino por delante, que apenas me conoces…

—Sé que tienes una extraña afición por «no saltar» de los balcones de ciertas terrazas… —le soltó y casi al momento de decirlo quiso haber podido morderse la lengua.

—Y tú por intentar salvar a «presuntos suicidas» —respondió con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. ¿Empezamos de nuevo? —le dijo dejando caer la mano de su rostro para tendérsela a modo de saludo—. Hola, soy Asher Turquen, alfa Lux del clan *dragos* de Vancouver y estoy… alucinado contigo.

Ella miró la mano entre ellos, tan cerca que casi le rozaba el pecho.

—Ahora es cuando tú te presentas, cariño…

—Nica… Nicola Papadopoulos… y lo que a mí me alucina es cómo todavía no me ha estallado la cabeza —afirmó posando la mano sobre la de él y notando al momento esa corriente entre los dos—. Aunque lo hará, no me cabe la menor duda de ello. Acabará explotándome igual que un melón. Segurísimo.

—No lo permitiré —le dijo al tiempo que le acariciaba la mano con el pulgar provocándole un agradable calorcillo por todo el cuerpo—. Me gusta mucho tu cabeza como para que la pierdas por los desastrosos hechizos de una bruja inútil.

—¿Quieres dejar de insultar a mi amiga?

Dejó escapar un pequeño gruñido y asintió.

—Me costará la vida misma, pero… —le acarició los labios con su aliento—, lo intentaré.

Fue un beso inesperado, una silenciosa reclamación de su boca que la sacudió como si se hubiese agarrado a un cable de alta tensión. No pensó, simplemente reaccionó correspondiendo al gesto, enlazando su lengua en la de él y saboreándole como ya había hecho antes.

Le gustaba su sabor, su presencia no la violentaba a pesar de que era un completo desconocido, era como si cada una de las células de su cuerpo supieran quién era él y confiasen en ese hombre.

Suspiró contra sus labios y él se bebió su suspiro. El calor la envolvía con una mezcla de aroma a nieve recién caída y agua, a lo que olían las tormentas, si es que podía adjudicársele algún olor. Ni siquiera fue consciente de que le había echado los brazos al cuello, de que lo retenía contra ella hasta que Asher dio por terminado el beso y se encontró prácticamente entre los suyos.

—A merecido la pena… —lo escuchó musitar.

—¿El qué?

—La espera —admitió con una sonrisa que la derritió por completo—. Esperar por ti.

Le miró sin entender.

—Mi pareja, Nica —pronunció el diminutivo de su nombre de tal manera que la derritió una vez más—, mi otra mitad. Eso es lo que eres tú.

—No me conoces… —le dijo y añadió para sí misma «ni yo a ti» .

—Tú tampoco a mí —admitió él poniendo en palabras sus propios pensamientos—, pero me gustaría que lo hicieras. Que supieses más de mí, del mismo modo en que quiero saber todo sobre ti.

Se estremeció, no pudo evitarlo.

Sus palabras encendieron algo en ella, en su cuerpo, pero su mente, la cual todavía estaba haciendo un verdadero esfuerzo por encontrar el equilibrio y en funcionar de nuevo correctamente, mostró reticencia.

Por el amor de dios, si no hacía ni veinticuatro horas que se había encontrado con él de casualidad. No tenía la menor idea de quién era, de a qué se dedicaba, de dónde coño había salido… y a pesar de ello ya le había besado una vez por iniciativa propia y acababa de responder a su beso como si siempre lo hubiese hecho.

Ese resquicio de sentido común se iluminó en su cerebro y no lo pensó, lo empujó con las manos.

—Esto… esto se nos está yendo de las manos… —murmuró alejándose de él, librándose de las sábanas y el edredón para finalmente escabullirse de la cama y darse cuenta que todavía

llevaba ese infame vestido de fiesta que dejaba poco o nada a la imaginación—. Tienes… tienes que irte.

Él se levantó de la cama en la que había estado sentado los últimos minutos y la miró. Descalza como estaba, la diferencia de altura entre ambos era más que evidente y por primera vez se sintió pequeña, menuda y frágil.

—Por favor… solo… vete… —Le dio la espalda el tiempo justo para ir hacia la puerta del dormitorio la cual había permanecido todo el tiempo abierta—. Necesito… necesito despertarme de esto y…

—Nica, ya estás despierta.

Sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, no lo estoy —replicó y levantó la cabeza al ver que se acercaba de nuevo a ella. Si bien ya no iba vestido de traje, como anoche, con tan solo una camisa blanca, pantalones y chaleco, resultaba igual de arrebatador y sexy—. Y tú tienes que irte. Ahora. Ya.

Porque si no lo hacía y seguía mirándola de esa manera, no le cabía la menor duda de que iba a cometer una enorme, pero que enormísima estupidez.

Salió al pasillo y extendió el brazo en una invitación.

—Asher, fuera. Ya.

Él esbozó una pequeña sonrisa, pero obedeció.

—Me gusta oír mi nombre en tus labios, suena sexy —aseguró deteniéndose ante ella en el pasillo—. Me pregunto cómo se oirá sí…

Se llevó las manos a los oídos y empezó a caminar delante de él.

—*Calla cucurucho, que no te escucho*… —Se puso a canturrear, lo que arrancó una carcajada al hombre detrás de ella.

—De acuerdo, Nica, te dejaré a solas para que puedas… asentar tus ideas —mencionó siguiéndola hasta la puerta principal.

—Es la primera cosa sensata que he escuchado hasta el momento —admitió abriendo la puerta y apoyándose en ella como si necesitaba de algo para mantenerse en pie.

—Estás preciosa con ese vestido, por cierto.

—Genial. Lo quemaré tan pronto como me lo quite —replicó incómoda con sus halagos.

Él no llegó a reírse, pero tampoco hacía falta, pues la risa bailaba en esos ojos verdes.

—Te he dejado una tarjeta con mi número sobre la encimera de la cocina —le dijo él entonces—. Si necesitas alguna cosa, llámame. No importa la hora.

—Deberías irte ya… —insistió, entonces añadió—. Er… y gracias… por… lo que quiera que hayas hecho para… acallar… esto. —Se tocó la cabeza con un dedo—. Yo… bien. Eso.

Una lenta sonrisa tiró de los labios masculinos antes de negar con la cabeza e inclinarse sobre ella, esta vez para darle un beso en la mejilla.

—No estaré demasiado lejos —le dijo con voz suave, una caricia erótica en toda regla—, tenlo siempre presente.

Sin más, le guiñó el ojo y salió de la casa.

Un segundo después Nicola se dejaba caer contra ella con el corazón acelerado y la respiración contenida.

—Esto es una locura —murmuró para sí misma—. Una jodida locura.

CAPÍTULO 10

Asher echó un vistazo a la casa a su espalda y sonrió para sí. Ella estaría bien, tener algo de tiempo para sí misma la ayudaría a lidiar con toda la información que ahora tenía en la cabeza y los desafíos que esta suponía para una mente humana ajena a su mundo.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para estarse quieto y no sucumbir a la primitiva necesidad de proteger a su pareja del potencial peligro que representaba esa maldita bruja. *Lisara Huntington* era un peligro incluso para sí misma. La heredera de las *magikae* era una hechicera desastrosa, un verdadero despropósito y él era probablemente una de las pocas personas que lo sabía.

Siempre protegida, la niña mimada, la heredera del Pilar Primigenio era un fracaso, una bruja a la que la magia le venía grande. Tanto que había estado a punto de matarse a sí misma en el pasado. Si hoy seguía con vida y aquí era solo porque la muy estúpida acabó encontrándoselo a él y no a otro *dragos*. Markus había aparecido en el momento justo y su impronta había evitado que la brujita se friese a sí misma al recibir su poder.

Menudo lío habían montado los tres entonces, uno tan grande que solo el pacto de silencio que habían establecido entre los tres había evitado una guerra entre sus respectivos pilares.

Y ahora resultaba que esa alocada bruja era nada más y nada menos que la mejor amiga de su propia compañera. Para que luego dijesen que el mundo no era un pañuelo.

Sabiendo que sentiría cualquier posible peligro o malestar que la aquejara, dejó aquella calle en la zona de Oakridge y se trasladó con un solo pensamiento al lugar en el que tenía aparcado el coche.

Necesitaba continuar con su cotidianidad a fin de encontrar alguna especie de equilibrio en ese momento de su vida. Sus instintos tiraban de él en dirección a la mujer que acababa de dejar, si ella fuese de su misma raza, lo normal sería que ambos se mantuviesen juntos, que se entregaran al deseo que ya ronroneaba en sus venas y disfrutasen de esa mutua atracción. Pero su pareja no solo era humana, sino que acababa de aterrizar de golpe y porrazo en un mundo del que no sabía nada.

Y aun encima, ahora tenía el jodido códice primigenio en la cabeza con una cantidad ingente de información con la que estaba convencido ella no sabría ni qué hacer.

Pensó en lo que allí se recogía sobre los *dragos*, sus clanes y la información que su propio pilar habría añadido por su cuenta. Hizo una mueca y frunció el ceño al comprender que muchas de esas cosas no tendrían el más mínimo sentido para ella, por no hablar de otras tantas que no venían ni al caso.

Tenía que admitir que estaba muy sorprendido ante la fortaleza mental de la chica, otra humana en su situación habría enloquecido o se habría encerrado en sí misma hasta el punto de no ser capaz de sacarla de ahí. Suponía que en gran parte se debía a que ya llevaba su impronta, lo que le permitió alcanzarla y escudar su mente tan pronto fue consciente de lo que ocurría. No le había mentido al decir que no podía deshacer lo hecho por esa buena para nada, había tenido que tejer su propia trama a fin de enjaular la información y evitar que ese brutal asedio le destrozase el cerebro.

Apretó los dientes y dejó escapar un resoplido bastante dragonesco. Abrió la puerta del coche y se metió dentro.

No le sorprendió ver por el retrovisor que el asiento trasero estaba lleno con bolsas de supermercado. Lo más probable era que el maletero estuviese igual. Aquella era la forma que tenían los mellizos de recordarle que ahora tenía también otras obligaciones ineludibles. Echó un vistazo por encima del hombro, sacudió la cabeza y acto seguido metió la llave en el contacto, arrancó y dejó el aparcamiento para dirigirse a casa.

Era extraño llamar casa a un lugar totalmente nuevo, en el que apenas había pernoctado un par de veces. Todavía tenía que acostumbrarse a ver aquella enorme propiedad como suya y a sí mismo como alfa de un clan cuando se había pasado gran parte de la vida solo.

Sabía que los chicos no querían presionarlo, pero antes o después tendría que abandonar el piso que había alquilado en Vancouver al empezar todo esto y mudarse al refugio.

«Somos un clan, somos iguales, somos uno».

Esa había sido la consigna que les había dado a todos y ya era hora de que la hiciese suya predicando con el ejemplo.

Tardó poco más de una hora en cruzar la ciudad y llegar a sus nuevos dominios.

La extensión de terreno que se abría ante él había pertenecido a uno de los establos de la zona, tenía campo y algunos árboles que convertían el lugar en un área tranquila y rural próxima a la bulliciosa ciudad. El olor del río en las inmediaciones le hizo saborear el aire, si estuviese en su forma primitiva le encantaría sumergirse en él y nadar, tanto como cabalgar las nubes y llamar a los relámpagos, por desgracia, a menos que quisiera salir en las noticias o darle un susto de muerte a alguien, tendría que esperar a volver a *Icaris* para disfrutar de esa libertad.

Se estremeció de placer y pensó en cómo sería mostrarle el fiordo a su compañera.

¿Le gustaría a Nicola? ¿Le gustaría él en su encarnación primitiva? Ya había comprobado que la humana sí. Había olido el deseo en ella, lo había saboreado en su boca… Y ahora tenía

una jodida erección gracias a ello.

Había sido una prueba de voluntad el no retenerla en aquella cama y hacer algo más que besarla. Su aroma lo embriagó y su sabor… Dios, la necesitaba.

Cerró los ojos y se obligó a respirar hondo.

—Lo último que necesitas es llegar al refugio de esta manera… —Se recordó a sí mismo y acto seguido acabó riendo por lo absurdo de todo aquello.

Se tomó unos minutos para calmarse y que su deseo no se hiciese tan evidente, dejó el coche junto a un par más que había aparcados a la entrada, cogió las bolsas y entró en la parte principal de la casa.

No había hecho más que cruzar el umbral de la cocina cuando escuchó un picajoso:

—Llegas tarde.

Enarcó una ceja mientras dejaba su carga sobre la isla de la enorme cocina y miró a la menuda *dragos* de pelo rojo que mordisqueaba una manzana. Sus ojos seguían siendo dos pedazos de carbón incandescente, tan oscuros que solo el borde rojizo en torno a la pupila y las ascuas que salpicaban el iris rompían la monocromía.

Mary King tenía los ojos de su encarnación primigenia, una mirada que chamuscaba y demostraba una considerable cautela y desconfianza en la mujer que los clavaba en él.

—Hola a ti también —la saludó al tiempo que señalaba las bolsas que acababa de traer—. Hay otras seis en el coche. Me vendría bien un poquito de ayuda.

Ella lo miró, le echó un fugaz vistazo a las bolsas y sin mediar palabra se acercó a la puerta desde dónde lanzó un par de silbidos que lo hicieron encogerse.

—Mary… —siseó. Sus oídos eran demasiado sensibles a los sonidos agudos.

—El alfa está aquí —añadió ahora en voz alta, ignorando completamente su llamada de atención.

Asher sacudió la cabeza dándola por perdida y se puso a sacar cosas de las bolsas sabiendo que con esa peculiar llamada y posterior grito, alguno de los otros miembros del clan aparecería para echar una mano.

—¿Cereales? ¿En serio? —preguntó ella acercándose a la isla y manteniéndose al mismo tiempo lejos de él—. Copos de avena. Señor, esto es comida para ganado.

—Pues el ganado debe disfrutarlos muchísimo si ya han devorado los que traje la semana pasada.

—Los cereales están ricos, sobre todo si les echas un poquito de azúcar o mejor aún, miel —replicó la joven *dragos* que entraba en ese momento por la puerta y no dudó en quedarse de pie a su lado.

Sinna era una de las miembros más jóvenes de su clan. La adolescente, junto con un puñado de chiquillos, eran los más pequeños y por ende también los más desconfiados. Estos

chicos habían vivido toda clase de estigmas a su corta edad, desde el ostracismo de sus congéneres al exilio cuando se quedaban huérfanos o sus propias familias los repudiaban. La joven *dragos* de aire era prueba de ello.

La miró de soslayo pensando en lo silenciosa y tímida que era cuando llegó, ni siquiera hablaba y solía esconderse detrás de Aiden, el miembro más anciano del clan. De un tiempo para aquí sin embargo eso había cambiado y estaba empezando a ser más comunicativa, así como a acercarse más a él, cosa que aún hoy le sorprendía.

—Gracias por traerlos, *Alfa*.

Todavía le hacía rechinar los dientes oírles llamarlo de esa manera.

Les había pedido por activa y por pasiva que usasen su nombre, pero la jerarquía era algo impreso en su ADN y solo aquellos a los que les importaba todo una mierda o tenían un vínculo de proximidad o amistad con él, prescindían de tanta ceremonia.

—Mira en esa otra bolsa. Hay chocolate —le informó pues lo había olido mientras conducía hacia aquí.

Los ojos bicolor de la joven se abrieron de par en par, se inclinó sobre la bolsa que le indicó y empezó a sacar los alimentos con extremo cuidado hasta sacar varias tabletas del dulce favorito de los niños… y de los no tan niños.

Las mejillas de la niña se colorearon, deslizó los dedos remetiendo el pelo detrás de la oreja y pudo ver un pedacito de la piel escamosa que le cubría parte de la mandíbula y el cuello.

Aquel había sido el motivo que encontró su clan de nacimiento para expulsarla, los parches de piel escamosa que le cubrían algunas partes del cuerpo en su encarnación humana. Eso y su tamaño primigenio, mucho más pequeño que el que solían alcanzar sus congéneres del aire.

Sinna había pasado un calvario de niña aun cuando sus abuelos habían hecho todo lo posible por protegerla. Pero cuando ellos faltaron y ya no tuvo a nadie que la defendiera o que se hiciese cargo de ella, la desterraron.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener a raya su temperamento al pensar en todo lo que había tenido que pasar la niña, en lo que les habían hecho pasar a los críos que ahora estaban bajo su techo… Su sociedad estaba anclada en unas normas absurdas, arcaicas y que no hacían más que reforzar su creencia de que de seguir así, antes o después acabarían por entrar en guerra consigo mismos o extinguiéndose por gilipollas.

La chiquilla cogió una de las tabletas y levantó la cabeza para mirarle con esos ojos bicolor.

—Busca a Oscar y al resto de los niños y reparte el botín —le dijo en tono confidente y le guiñó el ojo en complicidad.

Una pequeña y tímida sonrisa le curvó los labios y asintió.

—Sí… *alfa.*

Le sonrió de vuelta y no dijo nada. Les había advertido a los niños, a todos los miembros del clan que quería que lo llamasen por su nombre, así que solo tenía que esperar hasta que se sintiesen lo bastante cómodos para hacerlo.

La niña dio entonces media vuelta y salió por dónde había entrado con una cara de pura felicidad que le encogió el corazón.

—Les tratas bien, posiblemente mejor de lo que los ha tratado algún adulto en sus vidas —mencionó Mary empezando a recoger los artículos que él había ido sacando de las bolsas y guardarlos en los estantes destinados a ello—. Acabarás ganándotelos, te los merezcas o no.

Optó por no decir ni una palabra, la chica parecía estar un poquito más irritada de lo normal el día de hoy.

—¿Brócoli?

—¿Ahora me dirás que no sois conejos? —preguntó en tono desenfadado, como si no le importase lo más mínimo lo que pudiese decir al respecto.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Mary, ¿dónde dejamos esto? —La voz rasgada de un joven *dragos* precedió su entrada. Alto, desgarbado, era uno de los pocos miembros de su nuevo clan que estaba conforme con su nueva vida—. Aiden y Lena vienen detrás con dos bolsas cada uno…

—¿Aiden? —respondieron la chica y él al mismo tiempo.

—¿Pero cómo se te ocurre dejarle que coja nada, Lester? —siseó la chica saliendo ya por la puerta.

—Cualquiera le lleva la contraria —resopló dejando las bolsas sobre la mesa. Sus ojos se cruzaron entonces con los suyos y añadió—. Lo intenté, alfa, lo juro, pero ya sabes cómo es…

Aiden Philips o el Viejo, como lo llamaban todos, era un *dragos* antiguo, de edad indeterminada cuya apariencia humana encarnaba a un hombre de la tercera edad. Un hombre sabio como pocos al que era una auténtico placer escuchar, siempre y cuando no se le cruzasen los cables. No tenía pelos en la lengua, decía lo que pensaba y si bien a veces podía ser un poco charlatán, otras solo lo escuchabas hablar si tenía algo interesante que decir.

Y estaba ciego como un topo.

El hombre había vivido una buena vida, o eso decía, hasta que empezó a tener problemas de visión y con el paso del tiempo quedó completamente ciego.

A Aiden no llegaron a exiliarlo, él mismo decidió dejar su clan de nacimiento y había estado viviendo como un vagabundo cuando Ren lo encontró. Había tenido que ir él mismo a reclutarlo, pues se negaba a escuchar a mensajeros.

—Por todos los dioses, solo es una bolsa… —lo escuchó rezongar. El sonido de sus pasos lo acompañaba mientras entraba a la cocina acompañado de Mary. No sabía cómo lo hacía, pero el tipo no necesitaba un bastón, era capaz de *ver* dónde estaba todo—. No estoy manco, ni cojo y

oigo perfectamente y… ¡Qué coño! —Lo vio soltarse de la mano de la mujer y otear el aire antes de volverse en su dirección—. Asher, ¿te has emparejado?

Sí, podía estar ciego como un topo, pero su olfato y su oído todavía eran excepcionales.

El silencio cayó sobre la cocina como una densa cortina, todas las cabezas se giraron hacia él y notó más que vio varios pares de ojos clavándole la mirada.

Bueno, al parecer no iba a tener que pensar mucho en cómo decirlo, pues acababan de descubrirlo solitos.

—Sí, me he emparejado.

—¡No jodas!

—¿Es una broma?

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—¿Y quién es ella?

Aiden se abrió paso hasta él al tiempo que agitaba una mano en torno a la cocina.

—Dejad de atosigar al muchacho —sentenció el anciano.

—¿Pero acabas de escuchar lo que acaba de decir? —jadeó Mary y lo miró de arriba abajo como si fuese la primera vez que lo veía allí—. El alfa… tiene pareja.

—Me asombra tu inteligencia, Mary King —replicó el viejo con un resoplido—. Lo sorprendente es que no lo hubieseis notado vosotros en el mismo instante en que entró.

—¿Va a venir al refugio? —preguntó Lester con cierta cautela. Su voz contenía la misma incertidumbre y repentina preocupación que había en el aire.

—Por supuesto que vendrá —chasqueó el anciano y añadió antes de que él pudiese decir algo más—. Y la recibiréis con educación y respeto, pues es la mujer de nuestro alfa.

—¿A qué gremio pertenece? —La mirada de Mary contenía cierta ansiedad, aun cuando su voz sonó bastante aburrida y carente de interés.

Asher negó con la cabeza.

—No es *dragos*, ella es humana.

—¿Humana?

Un nuevo silencio recorrió la cocina, pero al mismo tiempo la tensión se diluyó un poco o lo hizo hasta que Mary comentó con visible disgusto.

—Una guardiana. —La chica casi escupe la palabra.

La miró y ella le sostuvo la mirada durante un breve instante, entonces la bajó como correspondía a su rango.

—No, no es guardiana —le dijo y miró a todos y cada uno de ellos—. Es una humana pura. Su nombre es Nicola y acaba de aterrizar en nuestro mundo… no de una forma… digamos amable, así que espero que, cuando la traiga para que os conozca, seáis consecuentes con ello.

—¿Es una broma? —jadeó Lester, pero en cuanto le vio la cara cerró la boca de golpe—.

No he dicho nada, alfa.

—Humana… —repitió entonces Mary entre incrédula y sorprendida—. Humana-humana.

Aidan se rio entonces por lo bajo.

—Quién sino encajaría con el líder de un clan tan variopinto como el nuestro —aseguró el anciano y lo dijo realmente contento—. Espero que la traigas pronto para que este viejo pueda conocerla, hijo.

Sí, bien, primero tendría que explicarle a la chica que ellos existían y después rogar que ella aceptase venir de buen grado. De todos modos, su Nica ahora también pertenecía al clan.

Su Nica. Su pareja. Su mujer.

Sí, sonaba bien.

—Ver para creer… —murmuró la chica al tiempo que le dedicaba una mirada indescifrable antes de volver a la tarea de guardar las cosas.

Lester sonrió, se encogió de hombros y volvió a salir para traer el resto de las bolsas.

—¿Vas a quedarte ahí parado o vas a ayudar a meter las cosas en los armarios?

—Niña, le estás hablando a tu…

—Déjalo, Aiden, sabe perfectamente a quién le está tirando de la cola y que como siga así puede que a su alfa le entren ganas de rostizarla un poquito.

Ella enarcó una ceja y lo miró de la cabeza a los pies.

—Qué más quisieras… alfa.

Sonrió, no pudo evitarlo, pues esa respuesta no contenía miedo alguno, por el contrario, casi había podido vislumbrar el inicio de una sonrisa en esos labios.

Poco a poco, se dijo, todo era cuestión de tiempo y confianza.

Ayudó a recoger todos los suministros que había traído y aprovechó para charlar con el viejo, pues siempre había alguien dispuesto a unirse a ellos y escuchar o intercambiar alguna opinión.

Los *dragos* eran solitarios por naturaleza, pero aquellos hombres, mujeres y niños llevaban media vida solos y ya era hora que encontrasen a su alrededor un lugar en el que se sintiesen acompañados y escuchados.

CAPÍTULO 11

Nicola estaba agotada, los últimos dos días habían sido un jodido infierno sobre la tierra, uno que no se enfriaba ni a tiros. Llevaba con fiebre desde el sábado por la noche, lo que empezó siendo tan solo unas décimas acabó por convertirse en unos puñeteros treinta y nueve grados que no parecían bajar por muchas duchas de agua fría, compresas y antitérmicos que se tomase. Si la noche del sábado al domingo había sido mala, el último día de la semana había sido una jodida montaña rusa. La fiebre parecía dispuesta a bajarle por la mañana, de hecho le había dado unas horas de asueto antes de subir de nuevo y dejarla tirada en el sofá durante el resto del día. Estaba agotada, se sentía sin fuerzas, le dolía todo el cuerpo, pero no tenía otros síntomas que pudiesen alertarla de una posible gripe o una infección de garganta. Lo que más le molestaba era la cabeza. Por momentos la sentía tan embotada que no podía ni pensar, se limitaba a quedarse allí, mirando al techo o frotándose el tatuaje que le cubría la cara interior del brazo. Había conseguido dormir a intervalos, despertándose empapada en sudor o tiritando. Y ya hoy lunes, después de la horrible mañana que había pasado vomitando incluso lo poco que había conseguido meterle al cuerpo, parecía que la fiebre había optado por darle una nueva tregua hacia el mediodía, lo que le había procurado el mayor respiro hasta el momento y le permitió dormir hasta mitad de la tarde.

De hecho, el sonido del insistente teléfono la despertó de la siesta que se había estado echando en el sofá; no había tenido fuerzas para arrastrarse hasta la cama.

Sabía quién era incluso sin mirar la pantalla. Lisara la había estado llamando cada día varias veces, había dejado decenas de mensajes pidiéndole perdón y preguntándole como estaba. Nicola no había respondido ni uno solo de ellos aun cuando los había leído y escuchado todos.

En uno de los últimos había llegado a decirle que si no le cogía el teléfono o le respondía al menos que estaba viva, se presentaría en su casa para comprobarlo ella misma.

Estaba decepcionada y enfadada. No era solo porque intentase freírle el cerebro, lo cual debería ser lo primero en su lista, sino porque acababa de darse cuenta de que en realidad nunca había conocido realmente a su amiga. Tantos años juntas, contándoselo todo, cubriéndose las espaldas la una a la otra y Lisa le había ocultado algo tan gordo como aquello.

Una bruja. Su mejor amiga, la única amiga que tenía en realidad, era una *magikae*. Pertenecía a una antigua estirpe de hechiceras, más aún, era la heredera del aquelarre más

importante dentro del *Pilar Primigenio* al que pertenecía, uno de los que conformaban la sociedad a la que pertenecía; una que su mente todavía intentaba encontrarle el sentido.

Tenía un jodido libro en la cabeza, un antiguo códice con un montón de información que no tenía el menor sentido para ella. Las páginas estaban llenas de texto que daban vida a lo que ella siempre había considerado mitos, leyendas, material de televisión o de novelas románticas. ¡Joder! ¿Cambia formas? ¿Hombres lobo? ¿Dragones? Nada de eso era real, no lo había sido hasta que se dio de bruces con Asher, acabó con la impronta de un *dragos* en su brazo y la loca de su mejor amiga decidió abrirle los ojos a ese nuevo mundo a golpe de taladro.

Gimió cuando el maldito teléfono se interrumpió solo para volver a sonar.

Debería apagarlo, pero en la situación en la que se encontraba ahora mismo y viendo que la fiebre no tenía intención de remitir, quizá fuese mejor dejar los enfados a un lado y responder. No tenía intención de dejarla usar ningún nuevo truco sobre ella, ni consciente ni inconscientemente, pero no le haría ascos a que la ayudase a vestirse y la acercase al hospital.

Con esa idea en mente estiró el brazo y manoteó en el aire hasta tocar la mesa auxiliar con los dedos y coger el aparato.

—¡Al fin! —escuchó del otro lado de la línea—. Por dios, Nica, estaba a punto de plantarme en tu casa y aporrear la puerta para ver si estabas bien. Si ese maldito *dragos* te ha hecho alguna cosa…

Dejó escapar un suspiro y no puso los ojos en blanco porque no tenía ni fuerzas para ello.

—¿Te das cuenta de que, la que me ha hecho algo, en realidad has sido tú? —le dijo sin andarse con rodeos. No estaba de humor para andarse con sutilezas, menos aun cuando era la única verdad posible. En esto no podía echarle la culpa a nadie más—. Cómo… ¿Cómo has podido… ser… tan irresponsable? Y sobre todo… ¿Por qué coño nunca me dijiste nada? ¡Somos amigas, joder, Lisa!

Alzar la voz había sido una mala idea, pensó en el mismo instante en que empezaron a latirle las sienes y el dolor de cabeza que venía arrastrando desde ayer se incrementó.

—Mierda… —siseó encogiéndose en el sofá.

—Lo siento muchísimo, de verdad, no quería mentirte, pero tienes que comprender que no es algo que pudiese compartir a la ligera… —la escuchó murmurar en respuesta con profundo pesar—. No tienes idea de las veces que quise decírtelo, de cuánto necesité poder hablar contigo de… de esto… de él… de todo.

Él. Su marido. Otra sorpresita más que se había guardado en la manga y de la que probablemente seguiría sin saber nada si el muy imbécil no hubiese ordenado a sus hombres que secuestraran a su presunta esposa y acabasen llevándosela a ella por error.

—Nica, me habrías tomado por una demente si te hubiese dicho que era una bruja, que pertenezco a las *magikae*… —continuó ella y escuchó el cambio de inflexión en su voz—. Ni

siquiera sabrías de qué te estaba hablando, pensarías que te estaba tomando el pelo, que era una de mis… locuras.

En eso no se equivocaba, pensó, lo más probable es que esa hubiese sido su respuesta, aunque podría haber tenido otras… ¿No había hecho levitar el café por su cocina? ¿Eso era un recuerdo o se lo había imaginado? Ya no lo sabía, tenía la cabeza hecha un lío.

—Dioses, cielo, te juro que no quería herirte, pero vi la *impronta* del *dragos* en tu brazo y tú ni siquiera tenías la menor idea de la clase de mierda en la que habías caído… —resopló como si le costase encontrar la manera de justificarse—. Solo… solo quería hacerte las cosas más fáciles, darte un vislumbre de lo que existía ahí fuera, de quién era yo, de lo que significaba esa marca, de lo que ibas a tener que hacer frente porque no tenías la menor idea de nada… Ni siquiera eras una guardiana, joder. Yo… yo no pensé… —La escuchó gemir y las lágrimas se transmitieron a sus palabras—. Tenía que haber sabido que saldría mal. Todo sale mal, por más que lo intento, que me esfuerzo, las cosas nunca salen como deseo que salgan, pero tenía la esperanza de que esta vez fuese distinto. Era un conjuro sencillo, pero entonces todo se torció y el códice apareció y…

—Y decidiste hacer una copia de seguridad de esa cosa en mi cerebro… —siseó pegando el teléfono a la oreja y acurrucándose aún más sobre el sofá. Ahora tenía frío, estaba empezando a tiritar y eso solo podía significar que la fiebre estaba subiendo de nuevo—. Tengo… tengo imágenes… que no sé de dónde han salido en mi cabeza, oigo voces y más voces, incluso está la tuya haciendo comentarios absurdos sobre algunas cosas…

—Oh, mierda… —la escuchó susurrar ahora.

—No podía escuchar mis propios pensamientos y con cada palabra que escuchaba, era como si ese jodido libro la encontrase y escupiese toda la información que tenía al respecto… —aseguró cerrando los ojos y concentrándose en sus propias palabras—. ¿Tienes… tienes idea de lo que es que te bombardeen el cerebro de esa manera? Me… me has convertido en una jodida enciclopedia de fenómenos extraños, so perra… —Alzó un poco la voz al decir aquello y al instante se arrepintió de ello—. Joder, mierda… Creo que voy a vomitar.

—Lo he jodido a base de bien —la escuchó murmurar visiblemente alterada—. Dime que estás bien, Nica, dime que Asher ha hecho algo para remediarlo. Si alguien puede deshacer mi hechicería o contrarrestarla es él. Dime si ha hecho algo, sino iré a buscarlo y lo arreglaremos, cielo, lo prometo.

Asher. Pensar en él le produjo una punzada en el bajo vientre, notó de nuevo ese cosquilleo en el tatuaje sobre su brazo y tuvo que obligarse a respirar hondo a fin de alejar el nudo que se le formaba en el pecho.

—No… —Negó aunque no sabía muy bien a qué le estaba diciendo que no, si a que lo llamase o a todo en general—. Él... apagó las voces. El conocimiento sigue ahí, el códice… sus

páginas… todo está en mi cabeza, yo… si pienso en ello… si quiero saber algo… solo lo sé, ahora es… es como leer en un libro y tengo tiempo para procesarlo… aunque sea una auténtica locura.

—Gracias a los cielos —musitó con visible alivio—. Le dije a ese hijo de puta que si te lastimaba de alguna manera yo… lo descuartizaría. Y juro que lo haré.

¿Él? ¿Hacerle algo a ella? Tenía gracia que lo dijese la persona que casi le hace una lobotomía en seco.

—No… no quiero hablar del *dragos*… —musitó sujetando ahora el teléfono entre el oído y el hombro mientras frotaba la marca sobre su brazo—. No quiero… saber nada de ninguno de vosotros. Todo esto es culpa vuestra.

—Nica…

—Me ocultaste la verdad —siseó molesta—. Ni siquiera pensaste en lo que podría pasarme cuando me pediste que me hiciese pasar por ti en esa fiesta. Me… me echaste a los lobos, Lisa, y no lo digo metafóricamente. Esos imbéciles me secuestraron… me pusieron una capucha en la cabeza y me metieron en una puñetera limusina…

—Voy a matarle… —siseó ella a su vez visiblemente cabreada—. Te juro que voy a castrarlo…

—¿A tu marido? —bufó—. Eso sin duda sería divertido de presenciar.

—No es mi marido, no en el sentido que tú crees, él… —resopló—. Es complicado, Nica, muy complicado. No se suponía que fuese así, pero… yo también terminé con una impronta en mi piel, con su reclamo y no tuve voz o voto en ello… Y yo sí sabía que significaba esa marca, lo supe desde mi nacimiento, pero… ¡Mierda! ¡Es que nunca me sale nada a derechas y ese día la cagué, Nicola, la cagué a lo grande! Si ellos no hubiesen estado allí, ahora mismo no estaría hablando contigo.

¿De qué coño estaba hablando ahora?

—Por eso no quería que pasases por lo mismo y cuando vi la marca del alfa *Lux* en tu brazo pensé que mi hechizo sería una manera más directa y rápida de hacerte comprender dónde te habías metido —declaró de carrerilla—. Ya estabas histérica por el simple hecho de ver levitar una taza de café y cuando empezases a hacerme preguntas, no iban a gustarte las respuestas que tenía, no las entenderías.

Se rio, no pudo evitarlo, era una respuesta tan surrealista que acabó riéndose.

—¿Qué no iban a gustarme las respuestas? ¡Habría preferido que no me gustaran las jodidas respuestas a tenerlas todas en la cabeza sin orden ni concierto! —replicó con palpable enfado—. Ni siquiera soy capaz de poner en orden mis propios pensamientos. ¡Y por si eso fuese poco, también tengo esto! Un precioso e inquietante tatuaje en el dorso de mi antebrazo izquierdo que me une a un hombre del que no sé absolutamente nada. ¡Y que para más inri ni

siquiera es un hombre sino un puto dragón!

Jadeó cuando una caliente punzada le atravesó el cráneo de lado a lado ante su exacerbada réplica. Había gritado, lo sabía porque podía escuchar el resonar de sus propias palabras agitándose en su cabeza.

—Todo esto es culpa tuya… —masculló entre sollozos—. Tuya.

—Sí, vale. Metí la pata, no tenía que haberte enviado a esa fiesta en mi lugar, pero ¿qué iba a saber yo que te encontrarías allí con él o que ese presuntuoso y arrogante *dragos* fuese a reconocer en ti a su pareja? Si quieres echarle la culpa de eso a alguien, échasela a tu dragón.

—No es mi dragón —gimió encogiéndose aún más sobre sí misma. El estómago se le revolvió y tuvo que respirar hondo para alejar las náuseas.

—Ahora lo es, Nicola… —continuó ella ajena a su malestar, su voz bajó de intensidad y se volvió más suave—. Ahora él es tuyo del mismo modo que tú eres de él.

—No quiero un lagarto… —musitó con un quejido.

—Técnicamente… no es un lagarto, Nica, es un *dragón* —la escuchó suspirar—. Los *dragos* son *dragones* en su forma primigenia, ya sabes, con cuatro patas y un par de alas. Hace tiempo se decía que también había guivernos entre ellos, pero se extinguieron.

¿Y qué le importaba a ella cuantas patas tenía un jodido dragón?

—Ahora mismo no necesito una clase de anatomía, Lisa… —afirmó encogiéndose de nuevo. Estaba tiritando, tenía frío y su piel empezaba a transpirar de nuevo—. Necesito… sacarme… esto de encima…

—Lo siento, cariño, por mucho que me gustase joder a Asher, no puedo hacer nada…

Pero ¿de qué mierda estaba hablando ahora? Nicola hizo un esfuerzo para concentrarse, pues el dolor de cabeza y el malestar general la estaban desconectando de la conversación, ya que no entendía ni media palabra.

—¿De qué… me estás hablando?

—Él tendría que habértelo explicado ya a estas alturas, sino, ¿para qué demonios se ha quedado contigo? —La escuchó resoplar y acto seguido añadió—. Todos los hombres son iguales, una vez que te marcan ya pierden la cabeza y lo único que les interesa es mantenerte debajo de ellos o encima o… Bueno, ya me entiendes. Seguro que no has usado tanto las sábanas… Tenía que haber pensado en ello cuando no respondiste, pero…

Sacudió la cabeza.

—¿Qué te has fumado? —musitó, cada vez le resultaba más complicado seguirle el hilo—. Lisa… Me duele la cabeza y no me encuentro bien… No… no soy capaz de seguirte…

—¿Cómo que te duele la cabeza? —La voz de la chica sonaba sorprendida—. ¿Desde cuándo? ¿Qué te ocurre? Si ese hijo de puta te ha hecho algo…

—Asher no está aquí… —consiguió que las palabras pasasen por su garganta—. Él… se

fue… yo le pedí que se marchase.

—¿Qué hiciste qué? —Hubo un jadeo al otro lado de la línea seguido de unos cuantos improperios—. Nica, ¿estás sola en casa?

—Sí… —murmuró encogiéndose de nuevo—. No me siento bien… Llevo dos días con fiebre, necesito… necesito que vengas, Lisa.

—¡Hijo de la gran puta!

¿Y ahora por qué gritaba?

—Nica… ¿Nica, me oyes?

Sí, la oía… a duras penas, pero… todavía oía su voz.

—Me lo voy a cargar. Haré que le salgan champiñones, ya verás.

¿Champiñones?

—¿Nica? Nica, cariño, ¿sigues ahí?

—S… sí… —logró musitar un segundo antes de cerrar los ojos y que la oscuridad se la llevase.

—Mierda… ¡Joder! ¡Nika!

Pero Nicola ya no la escuchaba pues había perdido la conciencia.

CAPÍTULO 12

—¿Cómo puedes ser tan irresponsable? —Siseó la bruja—. Ella está así por ti, pedazo de imbécil.

—Lisara, si no tienes nada inteligente que decir, mejor cállate la boca y vete —sentenció fulminando a la bruja con una amenazadora mirada—. No respondo de mis actos si sigues durante mucho más tiempo a mi alrededor.

Esos ojos azules se entrecerraron sobre él, pero la bruja fue lo bastante inteligente para mantenerse a un lado y sobre todo para cerrar el pico.

Asher estaba nervioso, su compañera había estado experimentando unos efectos secundarios a la impronta que no había anticipado. Ni siquiera contaba con ello ya que no era un síntoma achacable a los emparejamientos de los *dragos*.

Fiebre alta sin causa vírica o bacteriana, una subida de la temperatura corporal aleatoria y un malestar general que no parecían tener orígenes naturales. Dolor de cabeza, pesadez, sudores fríos… Solo había visto una vez algo así y había ocurrido precisamente con la bruja que lo había alertado de lo que ocurría.

No dejaba de ser irónico que hubiese sido él mismo el que alertase de esto mismo a su propio compañero un año atrás. Pero al contrario que a él, a Markus no le había cogido por sorpresa, de hecho, se lo esperaba, ya que era un síntoma común de las vinculaciones entre especies, cuando estas se daban fuera del mismo círculo, algo que jamás había escuchado que se diese entre los dragones.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiese pasarle a Nicola, después de todo la buena para nada de Lisara no se había encontrado en semejante situación hasta casi una semana después de que el líder de los *licania* los emparejase. Por otro lado, las circunstancias de esos dos también habían sido muy distintas, sobre todo el motivo de su repentino emparejamiento.

Markus había sabido desde que eran unos críos que eran pareja, no era un secreto entre los *licanios* y tampoco entre las *magikae*, era una alianza más que esperada, sobre todo por las brujas, aunque no podía decirse que le hiciese la misma ilusión a la heredera. Hasta dónde sabía,

el alfa *licania* había retrasado dicho emparejamiento todo lo que había podido por motivos que solo él conocía, para tener que forzarlo en el último instante a fin de evitar que esa buena para nada acabase fiambre por causa de su propia estupidez.

No podía decirse que hubiesen sido amigos desde siempre, aún hoy no estaba muy seguro de si llamar amigo al lobo, pero sabía que gozaba de su confianza y su alianza, sobre todo después de lo que ocurrido un año atrás.

Un nuevo hechizo que salió mal, unos daños colaterales inesperados, todo se torció en un abrir y cerrar de ojos, pero, ¿a qué bruja en su sano juicio se le ocurría tirarle de la cola a un dragón y esperar que este no le mordiese o se revolviese? Al parecer una que no era como las demás.

Por eso la conocía y sabía de lo que era capaz su defectuosa magia. No era una mala mujer, pero sus decisiones en la vida hasta el momento habían sido más que cuestionables.

Esos últimos dos días tampoco habían sido fáciles para él, pero ni de lejos tan malos como para acabar enfermo. Había estado irascible, su líbido por las nubes, no hacía más que pensar en ella, que desearla. Quería tenerla bajo su ala, empaparse de su aroma, impregnar toda su piel con él y sobre todo tenerla bajo su propio techo y a su alcance. Estuvo pendiente del teléfono, de cualquier posible llamada o mensaje, se repitió a sí mismo una y otra vez que debía darle espacio, un poco de tiempo para asimilar todo lo que le había caído encima de golpe. Sabía que si se encontrase en peligro lo sentiría del mismo modo en que lo hizo tan solo dos días atrás, pero esta vez no había sido así.

Tendría que haberle hecho caso a Ren e ir a por ella después de pasarse todo el primer día en la oficina, más tiempo en la terraza, que sentado detrás de su escritorio. No podía concentrarse, de repente todo en su mente era Nicola, pasar cualquier cantidad de tiempo sentado era una tortura y las noches… Esas prefería no tener ni que recordarlas.

Y entonces, tan solo unos minutos atrás su teléfono había sonado y tras descolgar escuchó la irritada voz de la bruja pronunciando una única frase.

«Nica te necesita».

No pidió explicaciones, no le preguntó de qué estaba hablando, ni siquiera la mandó a la mierda, dejó todo y se trasladó con tan solo un pensamiento a la casa de su pareja y la encontró ovillada en el sofá, tiritando y con la piel cubierta de un sudor frío a pesar de la alta temperatura que le cubría toda la piel.

No recordaba haber sentido tanto pánico como en ese momento. Durante un largo segundo dejó de respirar, incluso juraría que su corazón dejó de latir hasta que al fin consiguió moverse y ponerle las manos encima.

Solo necesitó tocarla para comprender que aquello que la aquejaba venía de su vínculo, el calor de su piel se evaporó en cuanto su poder empezó a absorber de manera instintiva el exceso

de temperatura, refrescándola y calmando casi al instante los temblores que la estremecían.

La bruja había aporreado la puerta unos instantes después, amenazando con echarla abajo con uno de sus truquitos si no la dejaba entrar. Dado el éxito reciente de dichos hechizos, prefirió abrirle a tener que llevarse a su mujer cuando la buena para nada de la *magikae* hiciese estallar la casa con ellos dentro o algo peor.

Al contrario que él, no era capaz de abrir brechas en el espacio que le permitiesen desplazarse de un lado a otro, por lo que para entrar en un lugar debía hacerlo a la vieja usanza; entrando por la puerta.

Y así es como habían llegado a este punto, en el que ella estaba poniendo a prueba su temperamento, algo no muy inteligente, dadas las circunstancias y su volátil humor.

Al menos ahora Nicola descansaba en la cama, estaba tranquila y profundamente dormida, la abrasadora temperatura que la había enfermado se había ido por completo y seguiría así mientras él no descuidase sus obligaciones para con su pareja.

—No pienso moverme de aquí hasta que ella abra los ojos y me eche si eso es lo que quiere —replicó dedicándole esa mirada que decía que se clavaría al suelo si hacía falta—. Me quedaré aquí. Puedes irte con ella a la habitación si así dejas de mear en cada esquina para marcar territorio.

Enarcó una ceja ante su burda elección de palabras.

—Ni siquiera tú puedes ser tan estúpida…

—La dejaste sola —le clavó el dedo en el pecho, lo cual sí que era estúpido y también un suicidio—. Dos putos días. —Insistió puntualizando cada palabra—. Se negó a cogerme el teléfono, a responder a mis mensajes, pensé que estaba contigo y por eso no vine antes. Sabía que estaría enfadada conmigo por lo que hice… ¡Joder! ¡Yo misma lo estoy! Pero tú… tú eres su pareja, joder, tenías que estar aquí con ella y cuidarla. ¡Tenías que saber en qué estado estaba! ¡Lo supiste conmigo!

Resopló ante esa inesperada y absurda acusación.

—Tú eres bruja, te emparejaste con un *licanio*, ni siquiera sabía qué coño te pasaba ese día en el que viniste a tocarme las narices, pero estaba claro que no era solo tu magia la que andaba errática en esos días. Y eras responsabilidad de Markus, por eso te llevé con él —resopló poniendo los ojos en blanco—. No tenía la menor idea de que lo que quiera que estabas experimentando se debía a vuestro vínculo. El emparejamiento de mi raza no funciona de la misma manera…

—¡Ella es humana! —le recordó apartando el dedo que había estado clavando en su pecho para señalar con él hacia la puerta del salón en el que ambos se habían reunido—. Humana, estúpido dragón.

—Soy consciente de ello. —Hizo un verdadero esfuerzo para mantener la tranquilidad y no

retorcerle el cuello allí mismo. Podría rompérselo sin esfuerzo, pero entonces tendría que dar muchas explicaciones y sin duda entraría en guerra con dos clanes con los que no tenía el menor interés en enemistarse.

—Joder, Asher —siseó ella. Estaba enfadada y frustrada, pero no con él, sino consigo misma, podía olerlo—. Ella no debería tener que estar pasando por esto. Nica, no. Esa chica es buena, genuina, una buena persona… No se merece nada de esto. No se merece lo que le hice. Joder. Solo quería ayudar, pero he vuelto a meter la pata, más que eso, le he jodido la vida a una mujer que ha hecho más por mí que toda mi maldita familia. Si le pasa algo… no me lo perdonaré jamás. Soy un puto fracaso como bruja y como amiga, soy…

—¿Cuánto tiempo lleváis Markus y tú sin compartir el mismo techo?

El brillo que asomó en esos ojos azules fue suficiente respuesta.

—Deberías volver a casa, Lisara, no os estáis haciendo un favor a ninguno de los dos, de hecho, estáis estirando tanto el hilo que habrá consecuencias y no solo para vosotros.

—Métete en tus asuntos —rezongó por lo bajo.

—Estoy metido de lleno en ellos, querida. De hecho, eres tú quién está metiéndose en los míos.

—Nicola es mi amiga —replicó con un siseo, como si necesitase defender esa posición—. No voy a darle la espalda, no cuando todo su mundo acaba de ponerse patas arriba…

—Gracias a ti.

—Y a ti, capullo. —Remarcó sus palabras con una patadita en el suelo—. Tú la reclamaste sin decirle una sola palabra, a sabiendas de que ella no tenía la menor idea de qué eras o dónde se estaba metiendo. —Alzó las manos al aire con gesto frustrado—. Si es que las bestias primigenias sois todas iguales. No pensáis, no preguntáis, solo reclamáis lo que os dicta vuestro instinto y a la mierda todo y todos. ¿Es que nosotras no tenemos voz ni voto? ¡Por qué narices no preguntó primero si yo quería esto!

Asher enarcó una ceja y señaló lo obvio.

—Estás dirigiendo tus quejas a la *«bestia primigenia»* equivocada —le dijo recalcando a propósito las palabras que ella había utilizado. Un término que no les gustaba especialmente a los metamorfos.

Se mordió el labio sin duda percatándose de su propio error, entonces sacudió la cabeza y resopló.

—No quiero que sufra…

—Deberías haber pensado en ello antes de hacerle eso a su cerebro —replicó con goteante sarcasmo—. El códice primigenio, ¿pero en qué mierda estabas pensando?

—Solo quería darle una visión global… —resopló y levantó las manos—. Ni siquiera estaba pensando en el códice, esa cosa solo… apareció en el tejido y todo se complicó.

Sacudió la cabeza, pues no sabía cómo responder a eso.

—Nunca quise hacerle daño —añadió con visible afectación y arrepentimiento—. A ella no. Nunca.

La miró durante unos instantes y acabó por resoplar.

—Lo sabe —admitió en voz alta—. Nicola lo sabe y, sí, está enfadada contigo, como para no estarlo, vamos, pero… Ella te aprecia, le importas lo suficiente como para haberme prohibido insultarte en su presencia, como para amenazarme en caso de que te ocurriese algo a mis manos. No puedo hablar con mi pareja, pero he visto el fuego en sus ojos cuando habla de ti, te quiere, te considera su amiga y deberías cuidar esa amistad, Lisara… —Dio un paso adelante y sonrió para sí al verla retroceder por instinto—. Porque si vuelves a decepcionarla, si vuelves a utilizarla de la manera que sea, ella será la menor de tus preocupaciones, bruja. Te lo juro.

—¿Me estás amenazando?

—No. —Se enderezó en toda su altura—. Te estoy advirtiendo de lo que te pasará si vuelves a usar un solo hechizo sobre ella. Nicola quizás se enfurruñe y te perdone, ¿pero yo? Yo te quemaré hasta los huesos y después abonaré mi fiordo con tus cenizas.

Verla estremecerse fue todo lo que necesitó para saber que sus palabras habían calado en ella.

—Y ahora, sé una buena bruja, recoge tu escoba en la puerta y lárgate —le soltó a sabiendas que la mención de la escoba la encendería—. Déjala que lidie por sí misma con lo que tanto tú como yo hemos dejado caer sobre ella, dale tiempo para que lo asimile, para que entienda cuál es ahora su vida y… céntrate en arreglar tus propios problemas porque han sido los que os han llevado a ambas hasta este punto.

Un ligero sonrojo se elevó en el rostro de la mujer, pero para su sorpresa no dijo una sola palabra.

—Vete —le pidió con total tranquilidad—. Me ocuparé de mi compañera de aquí en adelante.

Esos ojos azules, tan distintos a los de Nicola que no sabía cómo alguien con ojos en la cara no era capaz de ver la diferencia, conectaron con los suyos durante unos segundos, entonces apartó la mirada y rezongó en voz baja.

—La llamaré mañana —declaró y volvió a mirarle, esta vez con ese brillo amenazador dirigido solo a él—, y si no me coge el teléfono, daré por hecho que todavía está mal por tu culpa y vendré en persona para arrancarte el corazón.

Enarcó una ceja ante semejante amenaza y sonrió.

—*Magikae,* tan sanguinarias como siempre —replicó mirándola de la cabeza a los pies—. Y luego nosotros somos las supuestas *bestias primigenias*… —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Alguien debería revisar ese grimorio… O mejor aún, reescribirlo entero.

Ella duplicó su gesto al enarcar una ceja y lo apuntó con el dedo de manera casual y mucho menos agresiva.

—Ver para creer, un dragón y una bruja por fin de acuerdo en algo —afirmó con lo que casi podía decir que era diversión, entonces su tono cambió de nuevo y sus ojos se dirigieron al otro lado del pasillo—. Cuida de ella. Lo digo en serio.

—No tienes que pedirme algo que ya está impreso en mi ADN —admitió con sencillez—. Ella es mi vida, mi otra mitad, siempre será lo primero.

La mujer se limitó a asentir, como si sus palabras fueran algo que ella misma conocía de primera mano.

—Dile que la llamaré —pidió. Acto seguido dio media vuelta y lo próximo que escuchó Asher fue la puerta principal cerrándose.

El *dragos* sacudió la cabeza, dejó escapar un resoplido y abandonó el salón para reunirse con su compañera en el dormitorio y asegurarse de que descansaba.

No iba a volver a dejarla sola. No sabía cómo demonios iba a arreglárselas para que lo entendiese, pero a partir de este momento, ambos iban a compartir el mismo techo.

CAPÍTULO 13

Nicola suspiró y se acurrucó contra el calentito y delicioso aroma que le resultaba tan agradable. Ya no sentía ese ardor en la piel, el tamborileo en su cabeza había desaparecido por fin y, si bien sentía algo de agotamiento, estaba mucho, pero que mucho mejor que antes.

Algo le acarició la frente, una sensación cálida y también fresca, como si ambas fuesen posibles al mismo tiempo. Dejó escapar un nuevo suspiro y se desperezó disfrutando una vez más de ese delicioso aroma que la envolvía. Lo había echado tanto de menos, lo había necesitado tanto… y no tenía la menor idea de por qué, pero era una verdad irrefutable.

—¿Asher? —musitó sabiendo de manera instintiva que era él, que esa calidez y aroma eran suyos.

—Sigue durmiendo —escuchó su voz profunda, masculina y sexy, una auténtica caricia para sus sentidos—. No me moveré de aquí.

Sus palabras ejercieron como un bálsamo sobre su ánimo, tranquilizándola al instante; era todo lo que necesitaba escuchar. Y eso también resultaba extraño, pues nunca había sido del tipo dependiente, alguien que requiriese de compañía con tanta desesperación como ahora lo necesitaba a él. Ni siquiera supo lo que hacía hasta que cerró los dedos en torno a la mano masculina, aferrándose a ella para retenerlo a su lado.

—Te… he echado de menos y no… no entiendo el por qué.

—Ahora nos pertenecemos el uno al otro, lo natural es que nos busquemos, que estar juntos nos produzca paz y sosiego —escuchó que le decía—. También te he extrañado, Nica. Quería darte tiempo, espacio para que pudieses lidiar con todo esto a tu manera, pero… No sabía que pasaría esto. Perdóname. Nunca te heriría.

¿Herirla? ¿A ella?

No. Él no le había hecho daño en ningún momento, más bien todo lo contrario.

Asher no era el responsable del desorden que tenía en la cabeza, eso era cosa de Lisara.

Lisa, ¿no había hablado con ella recientemente? Tenía la vaga sensación de que lo había hecho, pero… volvía a tener la cabeza hecha un lío.

—Lisa…

—Ha estado aquí —le informó sorprendiéndola con aquella información—. Hablasteis por teléfono esta mañana. Se dio cuenta de que no estabas bien.

—Fiebre… —El malestar que la había aquejado los últimos días volvió a su mente—. Un infierno abrasador… No… no podía pensar, no podía hacer nada. Me dolía la cabeza y tenía calor, mucha calor… Y también frío… —Se acurrucó contra él de manera instintiva, buscando protección frente a la indefensión que había sentido.

—Fue ella quién me llamó —añadió con voz suave—. Estaba muy preocupada por ti. Es consciente de su metedura de pata…

Una sutil manera de decir que la había jodido a base de bien, pensó mientras se pegaba más a él y ocultaba el rostro en su costado.

—No quiero hablar de ello, no puedo pensar en eso, ahora no…

—Evitar hablar de ello no hará que desaparezca, Nicola, este es ahora tu mundo, tu presente y cuanto antes te hagas a él, mejor será para ti. —Su voz era como una caricia, suave y tierna, pero también caliente y demandante—. Cuanto antes asimiles lo que soy…

—Ahora mismo eres la almohada perfecta… —murmuró aferrándose a su mano—. No… no quiero pensar en nada de eso, hoy no, ahora no… Dejémoslo para mañana. Solo… quédate a mi lado, no necesito nada más.

—No podría irme ni aunque quisiera hacerlo —mencionó él con un toque de ironía en la voz—. ¿Me devuelves mi mano?

—No —negó y la atrajo contra sus pechos.

—Cristo, Nica, ten un poco de piedad —mencionó con voz ahora gruesa, moviéndose a su lado. El colchón cedió bajo ella, desequilibrándola—. Te prometo que no me iré, pero tienes que soltarme…

—¿Por qué? —protestó.

—Porque ya es bastante difícil estar cerca de ti y mantener las manos para mí mismo cuando hueles tan bien y te deseo tanto… —confesó con voz grave—. No pretendo que lo entiendas cuando esto es nuevo incluso para mí, pero eres mi pareja… y tu aroma me está volviendo loco.

Y esa era sin duda una descripción bastante cercana a lo que ella misma había estado experimentando últimamente. La necesidad que burbujeaba en sus venas, que llenaba sus pulmones y la hacía desear más de él, más de alguien a quien apenas conocía y sin embargo le pertenecía.

Apretó los dedos en torno a la mano masculina e hizo lo que se había estado resistiendo a hacer hasta ahora; abrió los ojos.

—Bien, porque tú también me has estado volviendo loca desde el mismo instante en que te encontré.

Y ahí estaba, real, mirándola con esos intensos ojos verdes, con esas pupilas algo rasgadas, a camino entre lo humano y… lo dragón. Esa mirada tendría que haberla estremecido, asustado

al menos, pero todo en lo que podía pensar era en como sabían sus besos y en lo mucho que le gustaría que volviese a besarla.

—Cuidado con lo que deseas, Nica… —murmuró él, mirándola como si pudiese verlo en sus ojos—, podrías descubrir que estoy más que dispuesto a dártelo todo.

Se sonrojó, le ciñó una vez más la mano y preguntó en voz alta.

—¿Y si lo que deseo en estos momentos es… a ti?

Ladeó la cabeza y se inclinó sobre ella.

—En ese caso será un verdadero placer decir «sí, por favor».

No necesitó más para besarla en los labios, suave al principio, profundo después, ofreciéndole lo supiera o no lo que más deseaba en esos momentos.

Oh. Nada de esto era normal, adecuado o inteligente. Probablemente debería hacerse un escáner cerebral para asegurarse de que no le habían frito el cerebro, pero hoy y en este momento, todo lo que deseaba era a ese hombre.

En el instante en que sus bocas se unieron y sus lenguas se enlazaron sintió que todo estaba bien, que esto era lo correcto.

Nicola no era de las que se acostaba con el primero que la encandilaba, prefería tomarse su tiempo y conocer a la persona con la que estaba en ese momento. El sexo era importante para ella, pero nunca había sido su motor, no hasta ahora, al menos.

Durante su etapa universitaria y debido a la actitud mucho más liberal de Lisa había tenido algunas relaciones esporádicas, rollos de una noche, polvos intrascendentales. Aquello nunca la había llenado, más bien al contrario, solía quedarle una sensación agridulce, de vacío, así que dejó de buscar una satisfacción momentánea y pasó a pensar en algo más profundo, que le aportase más.

Lo cierto era que hasta hoy no había encontrado a nadie con quién sintiese que le explotaba la cabeza, por quién se le mojaran las bragas con tan solo una mirada y se viese a sí misma lamiendo al objeto de su deseo como a un helado, pero eso había cambiado al conocer a Asher.

Él era todo lo contrario a los hombres con los que había salido con anterioridad, muy distinto a lo que solía buscar o a lo que se permitía encontrar en uno. Y eso era abrumador. Ese aura de hombre de negocios, la seguridad aplastante en cada uno de sus actos, la intensidad de su mirada, su voz sexy y profunda, por no hablar de que era enorme y muy atractivo. Ella nunca había aspirado a tanto, nunca había sido el tipo de hombre que le llamase la atención o que se fijase siquiera en ella… hasta ahora.

Sus labios se separaron lo justo para que pudiese respirar hondo y estremecerse de placer ante su contacto. Era tan extraño a la par que divertido verlo a él llevando una pulcra camisa y un pantalón de vestir, mientras ella lucía uno de sus sencillos pijamas. Por no hablar del hecho de que él estaba tumbado sobre el edredón y ella bajo las sábanas.

Ni siquiera recordaba cómo había llegado a la cama. Su mente volvía a ser un galimatías de imágenes y pensamientos, aunque nada tan dantesco como lo que había pasado días atrás. Al menos ahora podía pensar y escuchar sus propios pensamientos, no le saltaba la información sin ton ni son nublando todo su raciocinio.

Sin duda la fiebre que había padecido le había afectado también a la mente porque tenía problemas para rellenar ciertos momentos.

—No deberías estar aquí, ni siquiera sé si puedo contagiarte lo que quiera que tenga encima… —se encontró murmurando contra su boca, pero reacia al mismo tiempo a separarse de él.

—¿Contagiarme? —respondió algo confundido.

—La fiebre. Quizá esté incubando alguna cosa o sea una gripe rara…

—La fiebre no tiene nada que ver con la gripe, ni tampoco con cualquier otra posible infección, su originen no ha sido… natural —le dijo con suavidad y pausando las palabras de modo que ella tuviese tiempo a comprenderlas en su totalidad—. Me temo que ha sido causada por mi impronta. No sabía que te afectaría de esa manera, que necesitarías tan pronto de mi contacto. Estaba tan ensimismado conmigo mismo y con lo que el vínculo también me estaba causando, que no lo percibí… Si lo hubiese sospechado siquiera, no habría…

Nada de lo que decía tenía mucho sentido, pero dado que últimamente su vida parecía carecer de él, optó por dejar todo aquello a un lado y concentrarse en lo que sí sabía, lo que deseaba en esos momentos; a él.

—¿Podríamos dejar eso para después? —preguntó mirando esos brillantes ojos verdes.

Unos largos y fuertes dedos le acariciaron el rostro y la negativa que hizo con la cabeza la sorprendió.

—Sería sencillo decir que sí, pero no quiero que haya más malos entendidos entre nosotros —aseguró al tiempo que se incorporaba, haciéndola perder el contacto de su cuerpo y su calor—. Te deseo, Nica, que no te quepa la menor duda de ello y nada me gustaría más que dar rienda suelta a ese deseo…

—Entonces, ¿por qué no haces exactamente eso y… evitas que me sienta como una completa estúpida en este mismo momento? —Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese ponerles un alto.

Así era como se sentía, como una estúpida que había pensado en que sus deseos podían hacerse realidad, que él podía desearla. Se sintió rechazada y avergonzada por haber admitido que lo que deseaba era acostarse con él.

Se incorporó dispuesta a abandonar la cama y alejarse de él, pero esas fuertes manos encerraron su rostro y un segundo después su boca acariciaba la suya en un suave y breve beso.

—Puedes ser muchas cosas, Nicola, pero estúpida no es una de ellas —le dijo y añadió

antes de que pudiese replicar—. La fiebre, el malestar general que has experimentado no ha sido un virus, ni una gripe, ha sido una causa directa de nuestro vínculo. —Volvió a insistir en lo mismo, pero esta vez lo simplificó aún más—. La necesidad, el deseo, las emociones… todo lo que sientes en estos momentos se ve incrementado a causa de ese vínculo. Es la manera que tiene la impronta de decir a nuestra pareja *«sí, la encontraste, ella es la correcta, la única»*. Todo lo que sientes por ti misma, se magnifica, se recrudece y a veces cuesta pensar porque el instinto prima sobre la mente y eso parece triplicarse en el momento en que estamos juntos, tan cerca como ahora y será incluso más intenso cuando estemos piel con piel.

Hizo una breve pausa sin apartar la mirada de la de ella y añadió.

—No quiero que pienses que esto no es natural, que no nace de ti o de mí, porque es dónde tiene su origen, pero dada la manera en que acabas de caer en mi mundo, en que todo se ha precipitado…

—Asher —lo interrumpió con decisión—. Si no quisiera esto, sea lo que sea, si no te desease como lo hago, créeme, no tendrías la oportunidad de ponerme un dedo encima con impronta o sin ella. —Resopló de manera audible e hizo a un lado las mantas con el fin de salir de una vez de la cama y escapar de esa incómoda situación en la que ambos habían terminado—. Si no puedes ver eso, lo mejor será que me…

Nicola no llegó a terminar la frase y tampoco llegó a bajar los pies de la cama, pues acabó tumbada de espaldas y con él encima.

—Solo te estaba advirtiendo de que no habrá vuelta atrás, Nica —le dijo con esa mirada encendida , sus pupilas de nuevo alargadas—. Si te hago mía… será oficial. Serás mi pareja en todos los sentidos.

Tragó ante la pasión en esas palabras y la promesa implícita en ellas.

—Serás mía y solo mía —continuó clavándola al colchón, bajando sobre ella como un peligroso cazador que tiene una presa a su merced—. ¿He sido lo bastante claro para ti?

Asintió con la cabeza, pues estaba tan impactada que no sabía que otra cosa hacer.

—Bien.

Esos ojos verdes destellaron de nuevo y un segundo después la boca masculina reclamaba de nuevo la suya al tiempo que sus manos se introducían bajo la parte de arriba del pijama sin perder un segundo. El contacto de sus dedos contra su piel fue como un cosquilleo eléctrico que la encendió y el deseo que ronroneaba en sus venas cobró vida al instante de manera voraz.

CAPÍTULO 14

Ella sabía a fresas y a nata. Su piel tenía también ese toque de caramelo y estaba salpicada por unas bonitas pecas aquí y allí.

Era todo un placer para los sentidos, en especial para los suyos. Acariciar toda esa piel, disfrutar de su desnudez, de un cuerpo voluptuoso que se adaptaba a sus manos era el mismísimo paraíso.

Y por encima de todo era *su* paraíso.

Esta mujer era suya, su compañera en una vida que hasta ahora tenía pocos alicientes, que le había resultado monótona y que gracias a ella se acababa de teñir de color. Su aroma ya estaba grabado en su alma, su voz era como una caricia sedosa en sus oídos y sobre su piel. No había nada en la humana que no le gustase o reconociese ya como suyo y no podía esperar a conocerla de otra manera, una íntima y personal.

Lo había sorprendido con sus palabras, así como con esa muestra de vergüenza y la férrea defensa que había levantado a continuación. Nicola tendía a juzgar demasiado deprisa las situaciones que requerían de un poco más de tiempo. No podía culparla, no ahora cuando su mente debía ser un galimatías.

No quería aprovecharse de la situación, solo quería que ella entendiese eso, pero tal y como estaban las cosas, ambos necesitaban esta cercanía y dar rienda suelta al deseo. Era una necesidad básica, primitiva que exigía ser satisfecha, el cierre de algo que habían empezado en una terraza y también una nueva apertura para el futuro que compartirían a partir de este momento.

Se deshizo del pijama y las braguitas de ella sin ceremonias e hizo lo mismo con su ropa deseando que todo lo que hubiese entre ellos fuese piel. Deslizó la lengua sobre cada recoveco de su piel, aprendiendo su sabor y las cosas que arrancaban una bonita y erótica respuesta de esa garganta.

Sus pechos eran grandes, coronados de rosados pezones, un par de montículos que llenaban sus manos a la perfección. Saboreó las dulces y duras cúspides, se amamantó de ellas y las torturó con sus dedos mientras ella se contoneaba debajo de él.

Su miembro estaba más que contento con sus movimientos, pesado y duro, totalmente

erguido y pulsando por enterrarse profundamente entre sus piernas. Pero tendría que esperar porque primero quería probarla él y descubrir si su sabor era tal y como imaginaba.

Siguió jugando con sus pechos hasta que la tuvo jadeando y contoneándose bajo él. Una delicada caricia sobre su miembro lo hizo respingar, ahogó un gruñido de placer contra su pezón mientras los traviesos dedos se envolvían en torno a su polla.

—Nica… —gruñó en advertencia.

—No eres el único que va a divertirse, ¿no?

Sonrió contra la tierna carne y succionó con fuerza haciéndola jadear, arqueándose hacia él en busca de más mientras apretaba su miembro.

Dios. Era increíble. La sensación de sus dedos en torno a su verga, una caricia traviesa y delicada que acicateaba su deseo y lo acercaba cada vez más al borde.

Envolvió los dedos de Nica con los suyos y los retiró a pesar de las quejas de su pareja. Subió a su boca y la sedujo de nuevo con un beso lleno de promesas.

—Después… —alargó la palabra mientras le acariciaba la boca con su aliento—. Ahora me toca a mí disfrutar de ti…

—Um… No es justo… —ronroneó ella.

Asher se rio y la besó de nuevo.

—Debí advertirte que no suelo ser justo en la cama —gruñó divertido—, pero te prometo que te gustará y mucho que no lo sea…

Procedió a demostrárselo al bajar entre sus piernas y darse un festín con su sexo.

Escucharla gemir fue casi tan bueno como oír su nombre entre jadeos. La degustó y se tomó su tiempo con ello. Se convirtió en su postre favorito, en un sabor que no podía compararse con ningún otro. La lamió a placer, disfrutando con cada pasada de la lengua, con cada succión… La notó estremecerse bajo su boca y sus dedos y la torturó de la forma más dulce y erótica que se le pasó por la cabeza.

Nica era como un nuevo patio de juegos del que no se cansaba, un inesperado regalo que había llegado en el momento más inesperado y a quién ya sabía que deseaba conservar por encima de todo.

La llevó a un primer orgasmo entre lametones, saboreándola en cada temblor, bebiéndosela como si fuese un delicioso vino y aumentando su placer mientras sucumbía y gritaba su nombre al correrse.

Era tan preciosa en su placer, tan natural y auténtica. Nicola no fingía, solo sentía y eso lo tenía loco, al borde.

Capturó de nuevo su boca permitiéndole saborearse a sí misma en su lengua. Se tomó su tiempo, respirándola, disfrutando de su beso y solo entonces se deslizó entre sus piernas, posicionando la punta de su miembro en la húmeda entrada.

—Mía, Nica —gruñó con voz grave, su primitiva esencia bailando en ella—. Solo mía, dilo…

Ella gimió arqueándose debajo de él cuando introdujo tan solo la cabeza en su sexo.

—Dilo, Nica… —insistió manteniéndola inmóvil, impidiéndole tomar más de él por sí misma—. Eres mía, solo mía…

—Tu… tuya… —gimió ella echando la cabeza hacia atrás, mostrándole ese largo y bonito cuello que se moría por mordisquear—. Soy tuya, Asher…

—Mía —corroboró introduciéndose por completo en ella, llenándola con su polla—. Mía, toda mía.

—Oh, joder, ¡Ash!

Saboreó sus palabras, su voz, el placer goteante en cada una de ellas y la poseyó como deseaba hacerlo desde que acabó sobre él en esa terraza, envuelto en su delicioso aroma. Se retiró solo para volver a penetrarla, despacio, saboreando el momento y disfrutando de la apretada funda que lo mantenía en su interior. Se dejó ir dando rienda suelta a su deseo y sintió como ella lo equiparaba saliendo a su encuentro en cada embestida, retirándose cuando la abandonaba. Se entregaron a la necesidad y a la lujuria, al frenesí de una cópula que culminó en otro nuevo orgasmo. Escuchó sus gritos y se recreó en ellos mientras seguía empujando en busca de su propia liberación.

Se corrió en ella, hundiéndose hasta la base, derramándose en su interior sabiendo que no estaba en sus días fértiles. Ella era ahora suya, completamente. Como *dragos* y alfa tenía impreso en su ADN la necesidad de perpetuar su línea, pero también poseía un sexto sentido para saber el momento exacto en el que su pareja era más receptiva a dicha impregnación. No tenía prisa, no quería meterse en ese jardín todavía, no lo haría sin consultarlo primero con ella. Había muchas cosas de las que tendrían que hablar, situaciones que deberían enfrentar, pero por ahora todo lo que deseaba era abrazarla y mantenerla muy cerca de sí.

Se retiró de su interior con cuidado, se dejó ir de espaldas y no dudó en atraerla a sus brazos, al lugar al que esa magnífica mujer pertenecía.

—Dime que estás bien —susurró en su oído, besándola con ternura mientras los cubría a ambos con una sábana.

—Lo… haré… cuando… vuelva… a respirar… —jadeó ella y había tal nota de humor en su voz que Asher acabó riéndose.

—Recupera el aliento, cariño, porque no he hecho más que empezar…

Nica correspondió a sus palabras con una risita que se convirtió en un nuevo jadeo cuando sus dedos se apropiaron de uno de sus pezones.

—Y creo que comenzaré de nuevo por aquí.

Todo lo que escuchó como respuesta a partir de ese momento fueron sus gemidos de

absoluto placer.

CAPÍTULO 15

Nicola supo que estaba metida en un buen lío en el momento en que abrió los ojos y notó el caliente y desnudo cuerpo masculino enredado en el suyo. Al momento le vinieron a la cabeza todas las horas que había retozado entre las sábanas, el placer que había experimentado entre sus brazos, la picaresca y lujuriosa inventiva… Señor, estaba segura de que nunca había gritado tanto ni experimentado tantos orgasmos.

Notó que se le calentaba el rostro y lo ocultó como pudo al tiempo que cerraba los muslos. O lo intentó, ya que la pierna de Asher permanecía trabada entre las suyas.

No iba a flagelarse a sí misma con algo que había disfrutado, que ella había buscado, pero iba a permitirse un momentito de vergüenza, pues le costaba aceptar que él siguiese en su cama, durmiendo con tanta tranquilidad, sin intención de levantarse y salir por la puerta como si no hubiese pasado nada.

Intentó desembarazarse de esa pierna, de los brazos que la retenían contra su cuerpo, pero en el momento en que se separó de su piel sintió la necesidad de volver a ese calor, al abrigo de toda esa montaña de puro músculo que la hacía sentirse segura y deseada.

—Buenos días a ti también… —Su voz adormilada, esos labios contra su cuello, los brazos ciñéndola de nuevo… Nicola tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no gemir—. ¿Has dormido bien?

La pregunta la hizo levantar la cabeza y se encontró con esos ojos verdes entreabiertos, mirándola con evidente somnolencia.

—Buenos días… —murmuró en respuesta—. Yo… um. Me acabo de despertar, así que… supongo que he dormido… como un bebé.

Él sonrió y se inclinó sobre ella para depositar un beso en sus labios.

—Bien —murmuró contra su boca—. ¿Más despejada, entonces?

—¿Despejada?

Su sonrisa se hizo un poco más ladina y esos ojos se abrieron un poco más, demostrando estar bastante más despierto que ella.

—Dejaré que te despiertes del todo antes de intentar tener una conversación medianamente coherente.

Nicola notó como se le calentaba el rostro un poco más.

—Lo siento… —carraspeó—. No estoy acostumbrada a… despertarme con alguien más en mi cama…

—Solo tendrás que acostumbrarte a despertarte a mi lado, Nica —le aseguró y acto seguido la tumbó de espaldas y procedió a dejarla sin aliento con un profundo y erótico beso—. Soy el único con el que la vas a compartir a partir de ahora…

—No vas a oír ni una sola queja de mi parte con respecto a eso… —Se encontró respondiendo y la sorprendió admitir aquello en voz alta, pero era verdad. Estaba justo en el lugar en el que quería estar, con la persona con la que deseaba estar.

—Tenemos mucho de lo que hablar… —le dijo acariciándole el rostro—, pero lo haremos con calma. Paso a paso. Aunque no te aseguro que pueda mantener esa calma contigo desnuda debajo de mí.

—¿En serio? No me había dado ni cuenta… —se burló de él, algo que encontró de lo más natural dadas las circunstancias.

—Mentirosa… —ronroneó ahora en su oído, demorándose en su oreja más de la cuenta—. Tanto como me gustaría quedarme contigo en la cama en estos momentos, tengo una responsabilidad laboral ineludible y más me vale hacerle frente. —Le informó con un resoplido de evidente fastidio—. Pero antes, ¿desayunas conmigo?

Trabajo. Ella misma tendría que llamar a su empresa e incorporarse lo antes posible, pues no podía permitirse seguir perdiendo días.

—Yo misma debería ponerme en marcha, aunque mi turno es de tarde… —admitió con un suspiro, pues la idea de quedarse en la cama con él le parecía mucho más apetecible que salir de ella.

—Dijiste que trabajabas para una empresa de limpieza, ¿no?

Enarcó una ceja y lo miró de soslayo.

—¿Lo dije? —No recordaba haber hablado con él de eso, pero por otra parte, su mente no estaba en su mejor momento.

—Carmody, si mal no recuerdo —asintió y añadió—. Somos uno de vuestros nuevos clientes. Así que te veré después del trabajo.

Aquello la hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo que sois uno de nuestros nuevos clientes? —preguntó medio incorporándose, entonces se dio cuenta de algo; no tenía la menor idea de en qué trabajaba ese hombre—. Mierda. Ni siquiera sé a qué te dedicas…

Asher sonrió de soslayo.

—Estaba en mi nueva oficina la noche en que me viste en la terraza y pensaste que tenía intención de lanzarme sin paracaídas —le dijo con un tono de lo más divertido—. Mi empresa ha

adquirido el inmueble para alojar sus nuevas oficinas en Vancouver.

La afirmación la cogió por sorpresa.

—Tu empresa… —repitió, pues le había parecido notar cierto tono de pertenencia, como si hablase de su propiedad y no de aquellos para quienes trabajaba—. ¿Trabajas para… cómo se llamaba… *Icaris*?

Él asintió.

—Acabamos de establecernos en Vancouver —afirmó una vez más—. La *Columbia Británica* era una de las regiones que todavía no tenía representación *dragos* oficial, así que… supuse que sería un buen lugar para que se asentase mi nuevo clan.

—Tu clan… —repitió y en el momento en que pronunció esas dos palabras escuchó ese ligero pasar de páginas en su cabeza y optó por dejarse llevar y rescatar la información que tenía al respecto—. Sí, los *dragos*… vuestra sociedad está formada por clanes.

—No lo fuerces… —le acarició la sien con un dedo—. Así es y como alfa de una de las regiones de *Icaris*, que también da nombre a nuestro hogar primigenio, tengo un clan a mi cuidado… Uno un poquito diferente de lo que debería…

—¿Por qué?

—Soy el último de mi casta —mencionó lo cual trajo a su mente alguna conversación que ya habían tenido sobre ello, pues recordaba algunas cosas—. No hay más dragos de luz, así que he sido un alfa sin clan propio hasta hace muy poco. Los viejos… Um, los otros líderes de los gremios, tenían ciertas reticencias a que siguiese con mi independencia y neutralidad, así que me dieron un ultimátum. Unirme a algún gremio ya existente o crear un clan propio para así conservar mi territorio primigenio; el Fiordo. Solo te diré que no esperaban que consiguiese formar el clan y eso los ha dejado con un palmo de narices.

Nicola se lo quedó mirando mientras toda esa información le daba vueltas en la cabeza e intentaba encontrarle sentido. Entendía lo que le había dicho, pero al mismo tiempo había un trasfondo en todo aquello que le costaba un poco más asimilar.

—Y tú también formas ahora parte de ese clan —añadió haciendo que le prestase de nuevo atención.

—¿Disculpa?

—Como mi pareja, también formas parte del clan —le dijo con tranquilidad—. Ahora eres una *dragos* de Vancouver.

—Pero yo no soy un… er… dragón.

—No, pero estás emparejada con uno, eso en nuestra sociedad, te hace uno de nosotros —añadió y esta vez le retiró el pelo de la cara—. Sé que es demasiada información de golpe, sobre todo cuando aún intentas adaptarte a… todo esto.

Sí, lo era. Y le estaba costando dios y ayuda encontrar el equilibrio y no perder la cabeza.

—Volvamos sobre el trabajo, por favor… —le pidió. Necesitaba ir paso a paso—. Entonces, ¿*Icaris* es tu empresa? Quiero decir, ¿es tuya o trabajas para *Icaris*?

—Es mía, yo la creé, si eso es lo que preguntas —corroboró y acto seguido añadió—. Es el holding empresarial del clan.

Bien, sin duda eso encajaba con la apariencia de hombre de negocios que había visto en él cuando lo encontró en aquella terraza. Su terraza. Su empresa. Sí, tenía mucho sentido.

Y ahora la empresa de limpieza para la que trabajaba, ¿le tenía también a él en cartera?

Su jefa tenía que estar dando saltos de felicidad por haber conseguido un contrato semejante, aunque le daba en la nariz que dicho contrato poco tenía que ver con el buen hacer de la empresa de limpieza y mucho con el que ella trabajase allí.

—Asher, dime que no has contratado la empresa de limpieza porque yo trabajo en ella.

—No puedo —admitió con total sinceridad—. Sería mentirte y no puedo hacerlo.

Enarcó una ceja ante su inusual elección de palabras.

—Estás loco.

—Me lo dicen muy a menudo —admitió al tiempo que la comisura de sus labios se elevaba un poco—. Como ya te dije, hay mucho sobre lo que tenemos que hablar, Nica, empezando por la situación de estos últimos días y en lo que vamos a hacer a partir de ahora. Es necesario que permanezcamos bajo el mismo techo…

—¿Qué quieres decir con bajo el mismo techo?

—La fiebre…

—¿Qué tiene que ver la fiebre con que estemos bajo el mismo techo? —lo interrumpió, entonces recordó vagamente lo que le había explicado la noche anterior, antes de que acabasen retozando entre las sábanas—. Espera… dijiste que esto tenía que ver con la impronta. —Bajó la mirada al tatuaje que le cubría el antebrazo y acto seguido posó la mirada sobre el bíceps derecho del hombre dónde lucía una marca similar a la suya, pero esta le envolvía la parte superior del brazo como un anillo. Esa era la marca de la impronta en Asher, una gemela a la suya y de la que le habló cuando lo vio sin camisa.

—Así es —afirmó y resbaló un dedo por su piel provocándole un estremecimiento de placer. Su contacto era capaz de encenderla como una cerilla—. Es un efecto con el que no había contado porque no suele manifestarse en mi raza, pero no conté con el hecho de que tú eres humana. Yo… estos días no he tenido la mente demasiado despejada, en verdad.

No, ni ella, admitió para sí misma.

—Si me hubiese quedado a tu lado desde el principio, no habrías pasado por ello, pero no pensé… —Dejó escapar un resoplido y sacudió la cabeza—. Las emociones se magnifican durante los primeros días después de que un *dragos* encuentra a su pareja, sobre todo después de que la impronta se manifieste. Es más… soportable si permanecemos bajo el mismo techo, si

estamos piel con piel hasta que el vínculo se asiente por completo.

Miró su tatuaje y luego a él.

—¿Y cómo sabes si se ha asentado por completo?

—¿Te has fijado en el tono de tu marca? —mencionó y le cogió el brazo con cuidado, girándolo para que pudiese ver el diseño.

—Espera… parece un poco más azulado —comprobó con sorpresa. El diseño había sido completamente negro.

—En cuanto nuestro vínculo esté asentado del todo tendrá el color predominante en mis escamas —le explicó—. Y como puedes ver ya ha empezado a cambiar. Eso quiere decir que no tendrás más episodios de fiebre como el de estos dos días.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada todavía fija en su marca.

—¿Quieres decir que la fiebre, el dolor de cabeza y todo eso lo he sufrido porque tú no estabas conmigo?

Él asintió y la miró a los ojos.

—Lo siento, Nica, no lo sabía.

—¿Volverá a pasar?

Negó con la cabeza y le acunó la mejilla.

—No. A partir de ahora vas a estar bien —aseguró y supo que decía la verdad—. Me ocuparé de ello personalmente.

Su comentario le provocó un escalofrío de placer, su cuerpo reaccionó en el acto, derritiéndose por él, pero su mente, bendita fuera, parecía empezar a recobrar la lucidez.

—Dime que no vas a estar pegado a mi culo las veinticuatro horas del día…

—Ni siquiera yo me aguantaría a mí mismo todo el día y menos con mi humor actual —replicó con un resoplido. Se lo quedó mirando, pues no acababa de entender lo que le decía, entonces él añadió—. No saldrías de la cama, Nica.

Abrió la boca y volvió a cerrarla al tiempo que sentía que todo el cuerpo se le encendía y no solo las mejillas.

—Soy consciente de que tienes tu vida, del mismo modo en que yo tengo la mía, no voy a arrancarte de ella y pretender que aceptes mi modo de vida sin más ni más —le dijo entonces con naturalidad—. Eres humana, yo *dragos*, pertenecemos a dos mundos distintos. No es cómo si tú fueses ya una guardiana de alguna familia, que supieras en dónde has ido a caer. Y para mí también es nuevo el simple hecho de tener una pareja, de sentir toda la vorágine de emociones y sensaciones que me bombardean desde el momento en que reconocí tu aroma. Estoy dispuesto a ir paso a paso contigo…

Ella asintió en silenciosa respuesta, pues no estaba muy segura de qué podía decir o argumentar, pues estaba igual o más perdida aún que él en lo que se refería a esta relación. Ya no

digamos en este nuevo e inesperado mundo que se había abierto bajo sus pies.

Volvió a bajar la mirada sobre el tatuaje en su piel y preguntó.

—¿Tus escamas son azules?

—Las primarias sí —contestó con una naturalidad que casi la hace reír.

Por dios. Estaba hablando de escamas, aceptando que ese hombre desnudo y en su cama era un dragón y que tenía escamas.

Dragones. Desde que era una niña siempre había sentido fascinación por ellos, pero sabía que solo eran material de leyendas, que no eran reales… hasta ahora.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—¿Cómo es? —murmuró repentinamente intrigada—. Tu…er… forma dragón.

Esos ojos verdes se clavaron en los suyos, las pupilas ahora normales parecieron estirarse ligeramente, pero solo fue un instante.

—Cuando la impronta se fije por completo te llevaré a *Icaris* para que conozcas mi tierra natal y lo veas por ti misma —le dijo con un tono de voz profundo, algo grave y lleno de un anhelo que no esperaba—. Tendrás… que esperar hasta entonces para saberlo.

Asintió y miró de nuevo su tatuaje.

—Recorreremos este camino juntos, Nica… —Un dedo se coló bajo su barbilla y se la levantó—, pero ahora será mejor que ambos abandonemos esta cama o tendré que dar muchas explicaciones por llegar tarde no, lo siguiente a la oficina. Y aprecio mucho mis escamas como para que Ren amenace con arrancármelas…

—Ren… —pronunció el nombre de alguien que no…

—Le conoces. A él y a su melliza, Sophie —le dijo al tiempo que hacía las mantas a un lado y dejaba la cama tan desnudo como había estado en ella—. Les pediste que me vigilaran para que no volviese a intentar saltar desde la terraza.

Le siguió con la mirada, disfrutando de la vista de ese magnífico cuerpo.

Ese hombre tenía un culo que debería ser ilegal en todo el jodido país.

—La pareja de la fiesta… —consiguió que su mente trabajase a pesar de todo.

—Los mismos —afirmó moviéndose por la habitación y recogiendo la ropa que se había quitado la noche anterior—. ¿Te gusta lo que ves, cariño?

Se mordió el labio inferior y asintió cuando él la miró por encima del hombro.

—Mucho.

—Nica, sé buena… o no saldrás de esa cama en…

—Lo intento… —replicó, pero era incapaz de sacarle los ojos de encima—, pero tú tampoco es que me lo pongas muy fácil.

Enarcó una ceja y la miró entre irónico y divertido.

—Sigue así y esta noche tú y yo tendremos una conversación en la que no se necesitarán

palabras…

Se le encendió la cara como un semáforo en cuanto le clavó esa mirada puramente erótica.

—Er… El baño está en el pasillo, por si quieres utilizarlo…

Él se volvió a echar un vistazo a la puerta cerrada del dormitorio, acto seguido se volvió a ella y le tendió la mano.

—¿Compartimos la ducha?

Se quedó mirando su mano extendida, tragó y antes de poder pensarlo dos veces, se deslizó de la cama y depositó la suya sobre la de él.

Un segundo después estaba entre sus brazos y su aliento le calentaba los labios al decirle.

—Buena decisión.

Oh, sin duda resultó ser una buena y erótica decisión tal y como comprobó después, durante todo el tiempo que pasó bajo la ducha con él. Si la noche había sido caliente y erótica, ese breve intercambio en el baño la dejó temblando y con las piernas de gelatina una vez que él acabó con ella.

Después de todo aquello, verle vestido de traje y corbata la hizo recordar su primer encuentro el cual parecía muy lejano, a pesar de haber transcurrido tan solo un puñado de días.

Un mundo completamente distinto, comprendió al saber quién y qué era el hombre que ahora estaba frente a ella, el que la había reclamado como su pareja y a quién empezaba a ver como algo especial.

—Prepara el café. Serán solo unos minutos —le prometió inclinándose sobre ella para besarla en los labios—. Voy y vengo. Desayunamos juntos y después de dejaré en paz durante el resto del día… O lo intentaré.

Sonrió, no pudo evitarlo, pues había dicho aquello último como un niño pequeño que no estaba seguro de poder aguantar hasta abrir los regalos.

—Cinco minutos máximo, lo prometo —le dijo acariciándole el rostro.

—Creo que sobreviviré hasta entonces —replicó con ironía.

—Sé que lo harás —afirmó y tras un nuevo beso, dio un paso atrás y allí mismo, delante de sus narices, se esfumó.

CAPÍTULO 16

Nicola acababa de poner el café en marcha cuando escuchó el timbre de la puerta. Le echó un vistazo al reloj de la pared de la cocina y puso los ojos en blanco; no habían pasado ni cinco minutos desde que Asher había hecho ese truco de ilusionismo, dejándole con las piernas temblando y el corazón en la boca, al desaparecer delante de sus propias narices.

Había sido cuestión de un parpadeo, en un momento estaba allí y en cuestión de un paso, se había esfumado. Se estremeció involuntariamente ante el solo recuerdo y se preparó para la primera charla del día; decirle a su pareja que ni se le ocurriese volver a hacer algo así si no era previo aviso.

—Me alegra ver que todavía sabes utilizar la…

—¡Tía Nica!

Ni siquiera tuvo tiempo a asimilar lo que estaba viendo al otro lado de su puerta cuando notó el impacto del menudo cuerpo contra ella. Los delgados brazos le rodearon la cintura y una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes iluminó la pecosa carita de su sobrina.

—Melissa, ¿qué te he dicho hace un momento?

La niña se limitó a cambiar de posición, pegándose a su costado sin despegarse de su cintura, para mirar a su madre, la cual llegaba en ese instante al recibidor.

No sabía que la sorprendía más, si descubrir que la persona que había llamado a su puerta no era el hombre que había prometido volver enseguida o que fuese su hermana mayor, a la cual no había visto en al menos un año.

Parecía mentira que tuviesen los mismos progenitores, pues no se parecían en nada. Físicamente eran como el día y la noche. Mientras que ella tenía curvas y una figura voluptuosa, Alison era delgada, siempre preocupándose por las dietas y lo que debía o no debía comer cualquiera que tuviese un poco de sobrepeso. Estaba vez, además, ni siquiera era morena, sino que llevaba un color de pelo similar al de una berenjena y que, por raro que pareciese, le quedaba bien. Como siempre iba maquillada como una puerta y vestía como si tuviese diez años menos y no hubiese cumplido los cuarenta ese mismo año.

Se encontró con la mirada marrón a través de unas gafas y enarcó una ceja en una silenciosa pregunta. Incluso en eso se diferenciaban, pensó, pues Alison había heredado el color

de ojos de su madre mientras que los suyos venían de la línea paterna.

—Que no le diga a la tía Nica que nos han echado de casa —replicó la niña sin la menor vacilación, ajena al silencioso intercambio entre ellas.

De todas las respuestas posibles, aquella no era la que esperaba escuchar y que justificara esa inesperada visita.

—¿Cómo? —Sus ojos volaron entonces sobre su hermana, quién empezaba a enrojecer hasta la punta del pelo mientras miraba con gesto asesino a su hija. Nicola se fijó entonces en la mochila que llevaba al hombro y la pequeña maleta de flores que permanecía a su lado—. ¿Qué demonios…?

—He terminado con un auténtico imbécil, eso es lo que pasó. —La interrumpió la aludida con un ligero encogimiento de hombros, como si en vez de soltarle una noticia semejante le estuviese hablando del tiempo—. Y nos hemos ido de casa.

Los bracitos que la niña todavía tenía en torno a ella se ciñeron un poco más.

—Mamá ha roto con Lucas —replicó su sobrina levantando la cabeza para encontrarse con su mirada del mismo color marrón que la de su madre—. Le lanzó una sartén y rompió el cristal de la ventana de la cocina.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué Lucas lanzó una sartén? —No tenía la menor idea de quién coño era ese Lucas, pero si se le había ocurrido lanzarle una sartén a su hermana…

—¡No! —Sacudió la cabeza con energía—. ¡Mamá lanzó la sartén! Pero tiene muy mala puntería. No le dio a la araña. Lucas se agachó y rompió el cristal de la ventana.

Sabía que debería sentir cierta alarma o preocupación por las palabras que habían salido de la boca de la niña, pero dado el extraño e irreal cúmulo de cosas a las que se había enfrentado en los últimos días, solo pudo sacudir la cabeza.

—No entiendo nada… —admitió pasando la mirada de la niña a la mujer que todavía seguía allí plantada, sin dar más explicaciones—. ¿Quién es Lucas? ¿Y a quién le has lanzado una jodida sartén?

Su hermana puso los ojos en blanco y tal y como hacía siempre, se hizo con el control de la situación.

—Vamos a dentro, desayunamos y te lo cuento todo despacito para que lo entiendas.

Aunque quisiera protestar y decirle que no era un buen momento, una mirada a la niña y la admisión de esta de que tenía hambre, evitó que pudiese decir una sola palabra.

Así que, sin comerlo ni beberlo terminó con las dos y sus maletas dentro de casa.

Sabiendo como se las gastaba su hermana, optó por dejar a su sobrina viendo los dibujos animados en el salón, poniéndole los auriculares tanto para aislarla de las conversaciones de los adultos, como para su propia comodidad y poco después se reunió con esta en la cocina mientras

profería una serie de insultos y maldiciones contra el que al parecer era su último novio.

—Oh, gracias a los cielos. Huele a café —la escuchó decir mientras dejaba la mochila y la maleta de la niña a un lado y se dirigía directa a la cocina—. ¿Has desayunado ya?

Negó con la cabeza mientras la seguía a la cocina y veía como se dirigía a la cafetera y acto seguido empezaba a abrir y cerrar armarios como si estuviese en su propia casa. Nicola estaba tan sorprendida con su presencia que pasó por alto aquello.

—¿Vas a explicarme ya quién ha lanzado una sartén y se ha cargado el cristal de una ventana en el proceso? —preguntó intentando encontrar sentido a aquel absurdo.

—Yo. Y la sartén no iba dirigida a la ventana sino a esa asquerosa araña.

—Una araña.

Ella asintió al tiempo que sacaba un par de tazas de un armario y un paquete de pan de molde de otro.

—¿Dónde tienes la tostadora? —preguntó moviéndose de un lado a otro—. Mel desayuna pan tostado con queso y mermelada de naranja. ¿Tienes? Sino tendré que salir a comprar…

Aquello era el colmo, pensó y dio un paso adelante, quitándole el pan y las tazas de la mano.

—Para. —La frenó en seco y señaló una de las sillas de la pequeña mesa de la cocina—. Siéntate y dime qué narices está pasando. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Quién demonios es ese Lucas? ¿Y por qué le lanzaste una sartén a una jodida araña?

—No viste el tamaño de esa cosa, Nica, era gigantesca —aseguró y a juzgar por su mueca de asco debía ser lo bastante grande como para que no le gustase ni a ella. Dios. Odiaba las arañas, pero no tanto como para lanzarle una sartén, eso desde luego.

—Y no se te ocurrió nada mejor que lanzarle una sartén.

—No esperarías que la matase con la zapatilla —pareció realmente ofendida por ello.

Sacudió la cabeza y señaló lo único que tenía en mente.

—Una sartén, Alison.

—No tenía nada más a mano en ese momento. Además, la culpa fue de ese imbécil. La cogió con los dedos… ¡Los dedos! —exclamó su hermana estremeciéndose una vez más—. ¿Te haces una idea de lo horrible que es eso? ¡Él sabía que le tengo pavor a las arañas y tenía la intención de acercármela!

—Supongo que ese *«él»* es el tal Lucas, ¿no?

Ella asintió.

—Sí, el *Gran Imbécil* —siseó y sacudió la cabeza—. Cuando me enseñó esa cosa, solo tiré la sartén. Ni siquiera se la lancé a él, aunque debería, pero que bah. La cosa salió volando y acabó impactando contra el cristal.

Hizo una mueca y sus labios se fruncieron de puro disgusto.

—El muy imbécil pretende que le pague el cristal de la ventana —resopló e hizo un aspavientos con la mano—. Sí, claro. He sido yo la que ha estado pagando sus caprichitos y las facturas de la luz, del agua e incluso el teléfono. Le dije que podía pagarla él, que para algo no gastaba un puto duro en nosotras… ¡Y nos echó! ¡Nos echó de casa! ¿Te lo puedes creer?

Lo que creía era que a ese relato le faltaban algunas partes porque no entendía ni la mitad de lo que le estaba contando.

—Y pensar que fui yo quién le consiguió esa ganga, si lo llego a saber le habría cobrado la puta comisión.

—¿Es su casa? —Sabía que su hermana trabajaba como agente inmobiliario, así que a tenor de sus comentarios, solo había una deducción posible.

—Sí… —Su respuesta fue tan renuente que casi se ríe por ello—. Y nos echó a la calle. En plena noche. ¡Cómo se atreve! El muy hijo de puta incluso amenazó con llamar a la policía y acusarme de agresión. ¡La sartén ni siquiera iba para él!

Empezaba a dolerle la cabeza, pensó y no tenía nada que ver con lo que había pasado estos días, sino con el esfuerzo que estaba haciendo por intentar entender lo que le decía.

—¡Me llamó desequilibrada! ¡A mí! —resopló y sacudió la cabeza—. La que debería de presentar una denuncia soy yo, pero creo que rajarle las ruedas ha sido más que suficiente.

Nica cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—Le rajaste las ruedas del coche.

—Por supuesto. Me echó a la calle con la niña, Nica.

No podía decir que le sorprendiese, de hecho, a estas alturas no debería de sorprenderle nada de lo que decía su hermana. Era una experta en echarle la culpa de sus propios errores a los demás. Ella jamás era la responsable, no, Alison Papadopoulos era tan solo una víctima más del sistema, de la mala suerte y de la pérdida de valores humanos.

Dicho por ella, claro. Había esgrimido ese discurso tantas veces ante su padre que ya había perdido la cuenta de las veces que lo había escuchado. A su madre no le iba con sus lloriqueos, porque a la señora Evangeline Papadopoulos no podía importarle menos lo que le pasase a cualquiera de sus hijas desde el momento en que se divorció y decidió irse a vivir la vida loca con un tipo al que le sacaba treinta años.

Su familia no era precisamente un modelo, de hecho, apenas hablaba con ellos. Si acaso mantenía una buena relación con su padre, con quién hablaba de vez en cuando, pero tampoco era la niña de sus ojos; esa siempre había sido Alison.

Nicola era la más joven, la sensata, la que podía sacarse las castañas del fuego, la que se había ido a la universidad y se la había pagado con su propio trabajo, la que tenía una amiga rica. Puso los ojos en blanco ante esa última coletilla, pues la había escuchado demasiado a menudo.

—No es más que un cerdo misógino… —rezongó Alison antes de levantarse de nuevo y

coger una de las tazas que había sacado del armario y servirse una taza del café recién hecho—. Pensé que esta vez era el correcto. Ya sabes, un hombre guapo, educado, con una buena posición, casa propia… incluso parecía que le gustaba Melissa, ya sabes.

No, no tenía la menor idea, aunque la descripción sonaba como a todas las que había oído sobre los supuestos novios de su hermana, los cuales no duraban más que unos pocos meses.

—Al final resultó ser pura fachada, un lobo con piel de cordero —afirmó volviéndose a ella desde la cafetera—. Tardó en mostrar su verdadera cara. No quise verlo, no podía hacerle eso a Melissa, quería que funcionara, que tuviese una familia y…

Levantó la mano deteniendo el discurso que parecía no haber cambiado mucho en el último año.

—¿Sabes que eso es lo que dijiste el año pasado, la última vez que te vi, dicho sea de paso, cuando te presentaste en casa de papá? —le dijo con cierta ironía.

Había sido la última vez que la vio y solo había ocurrido porque su padre las había llamado a ambas para decirles que había tenido un accidente, que estaba bien y no era nada grave. Por fortuna así había sido, todo quedó en un pequeño susto y en un fin de semana en el que ella había estado ayudando a su padre a acostumbrarse a las muletas mientras su hermana se quejaba, de nuevo, de una relación que había salido mal.

Desde entonces no había sabido gran cosa de ella, de hecho, era su pequeña sobrina la que cogía el teléfono y la llamaba por su cumpleaños o en alguna ocasión especial. Esa niña era tan inteligente como una ardilla y tan dulce que no sabía cómo podía haberla criado la loca que estaba ahora sorbiendo el café.

—No sé, Ali, llámame loca, pero, ¿te has parado a pensar que quizá no sean siempre ellos los culpables y que el problema esté en tu elección o lo que esperas de ellos?

La mujer puso los ojos en blanco y resopló.

—No hables de lo que no sabes, Nicola.

Dejó escapar un resoplido de risa.

—Tienes razón, no debería de hablar porque no tengo la menor idea de quién es ese tal Lucas —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. El último novio que te conocí, al que le dijiste a Mel que tenía que llamar *«papá»* se llamaba Héctor, creo. No piensas con la cabeza, hermanita. No es posible que a los dos días de conocer a un tío le digas a quién quiera escuchar que es el hombre de tu vida, que es el correcto y será bueno para Mel. Y ya no digamos el irte a vivir con él, que si fueses solo tú, vale, haz lo que quieras con tu vida, pero tienes una hija…

—Sí, tengo una hija, Nica, y por lo mismo tengo que mirar por ella, por que tenga una familia, una figura masculina en quién pueda inspirarse… —dijo señalando a la niña que, gracias a los cielos, seguía inmersa en su sesión de dibujos animados.

Resopló por no echarse a reír.

—Tiene a su abuelo, el cual ha ejercido como figura paterna desde que nació —le espetó sin andarse con rodeos.

—…y yo también tengo mis propias necesidades…

Puso los ojos en blanco.

—Siento decirte que eres la típica mujer que no sabe vivir sola, pero tampoco vivir con alguien…

—¿Y lo dice la mujer que está sola, no porque lo haya elegido, sino porque no encuentra a nadie que sea lo suficiente bueno para ella?

Un comentario aparentemente hiriente se convirtió en un motivo de risa al pensar en cómo era su vida, en el hombre que había aparecido en ella y en lo que era en realidad.

Nicola se echó a reír. En cualquier otro momento, incluso en otro día, esas palabras habían sido motivo de riña entre ellas, habrían terminado gritándose y acto seguido la habría echado de su casa sin pensárselo dos veces, pero después de lo que había pasado esos últimos días, su única reacción era echarse a reír.

—Lo dice la mujer que ha terminado cayendo a través de una madriguera de conejo, ha conocido a la *Bruja Mala del Oeste* y se ha emparejado con un dragón —replicó entre risas.

Sacudió la cabeza y esperó hasta calmarse un poco antes de suspirar.

—En fin… —respiró hondo y echó un vistazo al reloj en la pared y luego hacia el sofá en el que su sobrina estaba viendo los dibujos animados con sus auriculares puestos—. Deberías sacar los billetes de autobús e iros las dos a casa de papá. A Mel le encanta la granja y tú…

—Esperaba que pudiésemos quedarnos unos días. —Le soltó como si nada y señaló a la niña—. Mel tiene colegio, no quiero que pierda clases…

La manera en que lo dijo le advirtió de que su inesperada llegada no había sido algo fortuito, sino algo planeado de ante mano.

—Te puedo recomendar algún hotel mientras buscas algo más estable —le dijo con total intención, lo cual pareció tomar por sorpresa a su hermana. Si lo sentía era por su sobrina, porque adoraba a esa niña y le encantaría tenerla con ella unos días, pero ahora mismo, con todo lo que tenía encima, con esa marca en su brazo, lo último que necesitaba era más problemas y su hermana era uno enorme—. Lo siento, Ali, pero no podéis quedaros aquí. No es un buen momento.

—Nica, soy tu hermana, ella es tu sobrina y acaban de echarnos de casa… —jadeó visiblemente conmocionada—. No puedes hablar en serio. Solo serían unos días…

—Deberías ir a casa, con papá, si solo son unos días a Mel no le supondrá ningún retraso —le dijo sin ceder ni un ápice—. Y ya sabes lo mucho que disfruta su abuelo con su presencia. Os iría bien a ambas…

Su hermana abrió la boca para decir algo, pero el timbre de la puerta volvió a sonar por segunda vez esa mañana y la interrumpió.

Ya bien fuese que se hubiesen terminado los dibujos o que su sobrina hubiese escuchado el timbre, saltó del sofá y salió como un rayo hacia la entrada.

—¡Voy yo! ¡Voy yo! ¡Voy yo!

—Pregunta primero quién es, Mel —le dijo su madre, sin mover el culo del asiento.

—A veces me pregunto quién de las dos es la niña y quién la adulta —resopló Nicola quien ya había dejado su lugar junto a la encimera para salir tras la niña.

—¿Quién es? —Escuchó la cantarina voz de su sobrina un segundo antes de que abriese la puerta.

—Melissa, no se abre la puerta hasta que te contesten y te digan quién es —la aleccionó mientras se apresuraba a retirar a la niña y atender a la llamada—. Y nunca, jamás, se le abre la puerta a un desconocido.

—Un excelente consejo —respondió el hombre que encontró en el umbral de su puerta, el cual le dedicó una seductora a la par que traviesa sonrisa—. No sabía que tendrías visita…

Sacudió la cabeza y murmuró.

—Yo tampoco —abrió la puerta con intención de dejarle pasar, pero su sobrina se coló delante de ella y se quedó allí, mirando con la boca abierta a quién sin duda debería parecerle un gigante.

—Hola, soy Melissa —le dijo con esa sonrisa desdentada—. ¿Tú quién eres?

La mirada del recién llegado se suavizó y su sonrisa se volvió casi tierna cuando bajó la cabeza. Acto seguido se agachó para quedar a la altura de la niña.

—Es un placer conocerte, Melissa —le dijo con ese tono que los adultos utilizaban en los niños, pero que al mismo tiempo no resultaba ni tonto ni infantil—. Yo me llamo Asher.

—Es mi sobrina. —aclaró posando las manos sobre los hombros de su sobrina—. Una visita inesperada, créeme.

—¿Eres el novio de la tía Nica? —La niña no se cortó un pelo.

Ante semejante pregunta, Asher levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—Digamos que algo más que su novio…

—Asher… —Negó con la cabeza, pero la pequeñaja ya daba media vuelta y volvía dentro clamando a voz en grito.

—¡Mamá! ¡La tía Nica tiene novio! ¡Y es altísimo!

Asher se rio entre dientes al tiempo que se incorporaba.

—Es un encanto —le dijo risueño y levantó la bolsa de papel con el logotipo de una conocida pastelería—. Los bollos.

Aspiró el aroma de la bollería recién hecha y se le hizo la boca agua, entonces notó esos

dedos sobre su rostro, acariciándole la mejilla.

—Estás alterada, ¿va todo bien?

Lo miró curiosa.

—¿Otro *hocus-pocus* del que deba saber?

Él sonrió de soslayo.

—Solo soy observador, Nica, y tú muy expresiva —admitió en voz baja, manteniendo esa conversación solo para ellos—. Prácticamente has suspirado de alivio al ver que era yo, lo cual es todo un halago, sea dicho de paso.

—Mi hermana se ha presentado sin avisar y con intención de quedarse en mi casa. —Las palabras salieron de corrido de su boca y frunció el ceño. No era la primera vez que se encontraba diciendo algo que en realidad habría preferido guardarse para sí, aunque esta ocasión no había sido como las otras—. Problemas con un ex… para variar y…

—¿Nica?

No era necesario que se volviese para ver que ella estaba allí, más que dispuesta a ver si lo que había gritado su hija era verdad.

—Oh, hola —Se hizo la sorprendida y no dudó en dedicarle una mirada en plan, «qué calladito te lo tenías», antes de volverse hacia Asher—. Soy Alison Papadopoulos, la hermana de Nicola.

—Asher Turquen. —Se presentó al tiempo que aceptaba la mano tendida, la estrechaba brevemente y añadía—. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo, Asher… —asintió Alison con una voz suave y melosa—. Veo que… hemos interrumpido algo, ¿no? —Aquello lo dijo volviéndose hacia ella.

—En realidad…

—Iba a invitar a Nicola a desayunar —se adelantó él y miró a la niña que se había arrimado ahora a su madre y los miraba curiosa—. ¿Te gustan los bollos con chocolate, Melissa?

Los ojos de su sobrina se abrieron de par en par al escuchar la palabra mágica; chocolate.

—Sí —asintió al momento y miró a su madre en busca de permiso—. ¿Verdad que me gustan, mamá?

—Ya lo creo que sí —asintió esta y se hizo a un lado—. Vamos, pasa, Asher. Nicola acaba de hacer café.

Sí, típico de su hermana ejercer de anfitriona en una casa que no era la suya.

—Y una mierda… —siseó por lo bajo, pero al parecer no tanto como para no haber sido escuchada por ciertos oídos.

—Tranquila… —le susurró él deslizando la mano libre por su espalda, lo que la calmó al momento.

—Tía Nica, tienes que meter un dólar en el tarro de las palabras que no se pueden decir —

canturreó Melissa.

Él la miró entonces entre curioso y divertido.

—¿El tarro de las palabras que no se pueden decir? —Se interesó Asher y la niña no dudó en explicárselo.

—Mamá y tía Nica tienen un tarro grande en el que tienen que meter un dólar cada vez que dicen una palabra mala —lo dijo como si estuviese compartiendo con él un secreto—. Mamá me dijo que cuando esté lleno ese dinero irá para mi futuro uni… unive… No sé cómo se dice.

—¿Universitario? —sugirió él inclinándose un poco hacia la niña y usando su mismo tono.

—¡Eso!

—Apuesto que el de tu tía se llena muy rápido —susurró y la miró a ella al decir aquello, lo que hizo que se sonrojase en el acto.

La niña se rio y asintió.

—Mamá dice que la tía Nica tiene la boca muy sucia y que por eso su bote tiene muchos billetes de un dólar —afirmó repitiendo sin duda algo que había escuchado a Alison y cuyo significado no entendía.

—Ya veo —mencionó él y le tocó la nariz a la niña de manera juguetona—. Me ocuparé de que no diga tantas palabras malas, ¿te parece bien?

La pequeña asintió con vehemencia y le dedicó una sonrisa desdentada.

—No le prometas cosas que no podrás cumplir… —replicó en respuesta y añadió en voz baja—. Mejor aún, no digas una sola solo palabra más…

Una amplia sonrisa curvó los labios masculinos, pero no dijo nada al respecto, aunque tampoco habría podido, ya que Alison se le adelantó.

—Imagino por vuestra complicidad que ya lleváis un tiempo saliendo, ¿eh?

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no echarse a reír, porque la respuesta a eso era cuando menos… divertida.

—Te sorprendería.

—A veces parece como si hubiesen pasado tan solo un puñado de días desde que nos conocimos, ¿verdad? —mencionó él y vio la risa bailando en sus ojos.

—Sí, es verdad —admitió y sus siguientes palabras salieron solas para su total mortificación—. Y sigues siendo el mismo hijo de puta atractivo de entonces.

Asher rompió a reír.

—¡Tía Nica! ¡Has dicho otra palabra mala!

—Eso no es una palabra, es una frase… —siseó ella. Estaba empezando a perder los papeles y la culpa era solo de ese hombre—. Ya meteré después cinco dólares…

—Permíteme que los ponga yo por ti —mencionó él llevándose la mano al interior del abrigo y sacando la cartera. Cogió un billete de cincuenta y se lo dio a la niña—. Mételo en el

tarro de los tacos, esto cubrirá las palabras malas de tu tía el resto del día.

—¡Voy!

La niña no esperó, giró sobre sus pies y corrió de vuelta al interior de la casa.

—Mel, ni se te ocurra subirte a la silla. Ya te bajo yo el tarro —la avisó su madre dando la vuelta de inmediato. Por una vez hacía algo bien, pensó.

—Tu sobrina es una niña muy inteligente —admitió él genuinamente divertido—. Me recuerda un poco a Oscar, uno de los niños del clan. También carece de filtros a la hora de hablar.

—Melissa es una ardilla —admitió con un resoplido—. Y también una esponja. Absorbe todo lo que oye, así que cuidado con lo que sale por esa boquita…

—No soy yo el que tiene la boca sucia, *cariño.*

Hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Yo no tengo la boca sucia —murmuró aun en tono más bajo y confidencial—, tú, por otro lado, tienes un repertorio de lo más… interesante.

—¿Por qué te digo la verdad? —replicó inclinándose sobre ella para hablarle el oído—. Tú eres la única culpable de que quiera follarte de esa manera… y no te oí quejarte por ello.

No, no se había quejado, más bien al contrario, lo había encontrado sumamente erótico.

—Ni lo oirás —admitió cada vez más bajito.

—¿Quieres quedarte a solas con ellas? Puedo irme ya a la empresa y verte después…

Su pregunta la cogió por sorpresa.

—Lo harías, ¿no? Irte.

—Si es lo que deseas, sí —afirmó y señaló con un gesto la puerta—. Eres mi pareja, eso no cambia nada esté pegado a ti o trabajando en la oficina. Si necesitas espacio, te lo daré y si me necesitas cerca, estaré pegado a ese precioso culo…

—Ash, córtate un poquito…

—Me gusta cuando me llamas Ash.

Lo miró a los ojos y se preguntó cómo era posible que estuviese hablando de esa manera con él. No era solo el hecho de que hubiesen follado, que sí, vale, eso le daba confianza para hablarle de esa manera, pero de igual modo seguía siendo prácticamente un desconocido.

—Te diré lo que haremos… —continuó él depositando la bolsa de la pastelería en sus manos—. Te dejaré ahora con tu familia, para que soluciones lo que creas que debes solucionar y enviaré a Ren para que te recoja y te traiga a casa. A mi piso, en realidad. Creo que preferirás un poco de paz antes de conocer el refugio.

—¿El refugio? —El nombre le resultó curioso.

—Nuestro clan ha decidido bautizar así su nuevo hogar. En Southlands. En los terrenos de unos antiguos establos —le informó, entonces sacudió la cabeza y pronunció las mismas palabras

que aquella misma mañana—. Poco a poco, ¿de acuerdo?

Poco a poco. Sí, sin duda necesitaba que esto, lo que quiera que fuese, transcurriese poco a poco, porque necesitaba tiempo para comprender y sobre todo para asimilar todas y cada una de las cosas que estaban cambiando a velocidad de la luz.

—Despídeme de tu hermana y de tu encantadora sobrina —le pidió inclinándose sobre ella para besarla en los labios—. Y si me necesitas antes, sea la hora que sea, solo llámame, ¿lo harás?

Asintió.

—Espero que esta vez te cunda la jornada laboral —le dijo lamiéndose los labios, saboreando todavía su beso en ellos.

—Esta noche te diré si me ha cundido —le guiñó el ojo y acto seguido dio media vuelta y apenas llegó al tercer escalón de la entrada antes de desvanecerse de nuevo en el aire—. Mierda. Tenemos que hablar de eso, sí.

Se llevó la mano libre al acelerado corazón, respiró hondo y se volvió hacia la puerta lista para enfrentarse a la batalla que tenía por delante, una que espera concluir lo antes posible.

CAPÍTULO 17

—Así que él…

Nicola miró a su hermana y sacudió la cabeza.

—No empieces —le dijo dejando los dulces que le había traído Asher en una bandeja—. Mel, cariño, ven a desayunar. Hay bollos con chocolate y sin chocolate. Nada de tostadas —informó mirando ahora a Alison—. Lo tomas o lo dejas.

—¿Tu chico no nos acompaña?

—Tiene más educación que tú —siseó y se sorprendió por ello. No era de las que se enfurruñaba y sin embargo la presencia de su hermana la había puesto de un humor de perros, sobre todo porque ni siquiera contaba con ella—. No ha querido molestar al ver que tenía visita…

Ella puso los ojos en blanco y le dio la espalda.

—¿Tienes al menos leche en la nevera?

—Abre y mira, llevas haciéndolo desde que entraste por la puerta.

—Si tu nuevo chico es el que te hace estar de ese humor, no has elegido demasiado bien, hermanita —le dijo con toda la intención—. Ese tipo de relaciones son tóxicas. Tú no sueles ser así de desdeñosa, ni siquiera conmigo.

Y en eso tenía razón. Lo cierto es que tendía a ignorarla, pero por algún motivo esta mañana solo quería pegarle una patada en el culo y largarla de casa. Si su sobrina no estuviese ahora sentada en el sofá viendo un programa infantil, ya lo habría hecho.

—¿Qué te molesta exactamente, Ali? ¿Qué tenga pareja o que no le haya insistido en que se quede para que tú pudieras sonsacarle hasta el número de la seguridad social?

—No me interesa lo más mínimo su número de la seguridad social —bufó volviéndose con la botella de leche que encontró en la nevera—. Salta a la vista que no es un muerto de hambre, lo cual es un buen punto para ti. Al menos has subido el listón…

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no mandarla a la mierda.

¿Es que no se daba cuenta de las cosas que salían de su boca? A veces pensaba que no y eso lo hacía si cabía mucho más grave.

—¿Ya se lo has presentado a papá o todavía no estamos en esa fase? —Se interesó—.

¿Llevas mucho saliendo con él? Lo cierto es que parece un tipo decente, es educado y guapísimo. Eso lo admito. Está como quiere… ¿A qué se dedica? Sin duda tiene que ser directivo de alguna empresa porque ese traje y ese abrigo… eran de primerísima calidad.

Su hermana, la mujer que era capaz de retratarte el estado financiero de un hombre con solo catalogar su ropa.

—Alison, lee mis labios —le soltó de sopetón—. No es de tu puta incumbencia.

—Tía Nica, ¡eso no se dice! —Escuchó ahora la voz de su sobrina, quién se había quitado los cascos y la miraba asombrada.

—Lo siento, cariño, tienes razón, eso no se dice —asintió con una perfecta y tranquilizadora sonrisa que cambió por una mirada asesina en cuanto se volvió hacia su hermana.

—No te preocupes, cielo, el tío Asher ya ha metido un billete para pagar todas las palabras malas de la tía Nica.

—Te lo juro, un día de estos voy a estrangularte… —murmuró para que no la escuchase la niña—. Y voy a sonreír mientras lo hago.

—Joder, Nica, ahora sí que me has dado miedo —aseguró llevándose la mano al pecho, entonces le echó la lengua como una chiquilla—. No te preocupes. Te devolveremos tu nidito de amor. Nos iremos a un hotel y buscaré algo para alquilar.

Apretó los dientes. Señor, de verdad que quería estrangularla.

—Deja de ser tan cabezota y llama a papá. —Se acercó a ella para que pudiesen hablar en voz baja y escucharse—. No le pasará nada por perder unos días de colegio y a él le hará ilusión tener a su nieta en casa. Y tú podrás pensar con claridad, cosa que no estás haciendo ahora mismo.

Ella resopló.

—Parece mentira que te hayas criado en la misma casa que yo —rezongó y no tardó en añadir—. Aunque claro, tú hace años que no pisas el pueblo, así que no has oído a las cotillas de turno, pero vamos, que no ha cambiado un ápice. Ya sabes lo que sucede en los pueblos pequeños, todos se conocen, todos saben de los trapos sucios de los demás y si no los conocen, hacen todo lo posible por enterarse. Allí todos te señalan, eres la fracasada, la oveja negra, la que siempre da problemas… Y si fuese solo yo, vale, me la refanfinfla, pero está Mel, Nica, una cosa es ir de visita, pero quedarse un tiempo… Prefiero optar por el alquiler. De todas formas, necesito algo permanente.

Hasta que al fin se le encendía la bombilla, pensó con cierto alivio.

—Papá se merece ver a su nieta y Mel a su abuelo, es el único que tiene, porque nuestra madre… —Sacudió la cabeza.

Su hermana sonrió de soslayo y algo extraño pasó por sus ojos.

—Me llamó, ¿sabes? Hace cosa de un mes o así —le dijo y su voz se volvió más seria—.

Me preguntó por Mel, por papá y por ti… Parece que le va bien.

—Me importa una mierda como le vaya a nuestra madre, Alison —admitió y fue muy sincera al respecto—. Salió de mi vida en el momento en que se largó de casa con ese crío…

Ella la miró realmente sorprendida con su exabrupto.

—Pues sí que estás irritada esta mañana —admitió mirándola de la cabeza a los pies, entonces entrecerró los ojos y se inclinó hacia ella—. No te ha puesto la mano encima, ¿verdad?

Arrugó la nariz sin entender hasta que…

—¿Asher? ¡No! —Se ofendió ante la sola pregunta—. Él jamás me ha puesto la mano encima, más bien al contrario, se preocupa por mí…

Y esa era una novedad en sí misma, pensó, pues no había mucha gente que lo hiciera, ni siquiera su propia familia, que solo se acordaban de ella cuando la necesitaban para algo.

—Vale, vale, solo preguntaba… —Alison alzó las manos a modo de defensa—. Entonces tienes que estar así de irritada porque hemos estropeado un romántico desayuno… Lo siento.

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Lo que ocurre es que ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza, Alison, demasiados frentes abiertos como para… poder ocuparme de vosotras. —Ahí estaba, la verdad —. No has llegado en el mejor de los momentos.

—Me he dado cuenta en el mismo instante en que me miraste como si fuese la última cosa que querías ver ante la puerta de tu casa —replicó ella con palpable ironía—. No te preocupes. No nos quedaremos. Ni siquiera yo soy tan hija de puta, Nica, aunque no lo creas sé cuándo no se me quiere en un lugar…

—No te pongas en plan víctima, no te lo compro.

Ella sonrió de soslayo y la miró de la cabeza a los pies.

—No sé qué es, pero estás distinta… —mencionó y asintió—. Sea lo que sea que tienes entre manos, será mejor que lo soluciones y vuelvas a ser tú misma. Ahora pareces una gruñona.

—Yo no soy…

—¡Mel, deja ya eso y ven a desayunar! —La interrumpió mientras le pegaba un grito a su hija, quien dio un respingo y se sacó los cascos para mirar hacia atrás—. A desayunar, ratoncita, vamos.

—¡Voy! —Arrastró las palabras y dejó los auriculares a un lado para venir a la mesa.

—Primero ve a lavarte las manos —la frenó su madre y la niña giró sobre los pies y se fue corriendo al baño.

Odiaba perderse tiempo con su sobrina, pensó Nica, pero en sus actuales circunstancias y con el humor tan extraño que tenía esa mañana, no podía afrontar tenerlas en casa. Adoraba a esa niña, era la cosa más dulce del mundo, su presencia siempre conseguía arrancarle una sonrisa y no eran muchas las oportunidades que tenían para estar juntas, por ello la mataba tener que

pedirle a su hermana que pernoctara en otro lugar. Además, sabía que si Alison y ella pasaban mucho tiempo bajo el mismo techo acabarían discutiendo y tampoco quería que su relación familiar se resintiese por absurdas desavenencias.

—¿Tienes trabajo esta mañana?

La pregunta de Alison hizo que se volviese hacia ella.

—No, tengo la mañana libre —admitió—. Tengo que incorporarme al trabajo por la tarde, eso sí… He estado… indispuesta estos últimos días.

—¿Indispuesta? —Enarcó una ceja ante su elección de palabras.

—No de esa clase de indisposición —resopló y puso los ojos en blanco—. Un virus. Ya sabes, fiebre, vómitos… Pero ya estoy bien.

Y gracias a Asher. Él había sido la mejor de las medicinas, pensó con cierta ironía.

Todavía tenía que meditar en todo lo que le había dicho con respecto a ese inesperado episodio febril y a qué se había debido. Debería haberle preguntado por ello más en profundidad, pero su mente estaba en otras cosas, en unas más agradables y lo cierto es que tampoco había querido saber nada de nada.

Al final había hecho lo de siempre, hacerlo todo a un lado para poder examinarlo después en soledad y con calma. Estaba acostumbrada a lidiar ella misma con sus propios problemas, aunque estaba claro que en esta ocasión, lo quisiera o no, necesitaría ayuda o al menos cierta orientación.

—¿Podrías quedarte entonces con Mel durante la mañana? —Le pidió y miró hacia el pasillo a la espera de que apareciese la niña—. Le dije que si nos quedábamos la llevarías al zoo…

—La madre que te…

—Pensé que íbamos a quedarnos, Nica, no que tendrías… bueno, ya sabes, compañía… —Hizo una mueca—. No sueles vivir con nadie…

—No estoy viviendo con nadie.

—Ya, pero alguien si te trae el desayuno a casa…

Cerró los ojos y respiró hondo.

—Si te quedas con ella yo saldré a hacer unas llamadas y a mirar algunas casas —admitió mordiéndose el labio inferior—. A tu sobrina le gustaría verte más a menudo y… bueno, podríamos estar más cerca. Y no me refiero cerca, en el mismo barrio, porque ni yo soy tan empalagosa, pero Vancouver no está mal…

Y eso era lo último que esperaba escuchar saliendo de la boca de su hermana.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó entrecerrando los ojos sobre ella.

—Me han ofrecido un cambio de estado y una subida de sueldo —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Fue hace una semana. Todavía no les había dado una respuesta

porque pensé que las cosas iban bien con Lucas, pero… Bueno, borrón y cuenta nueva.

—Ya. —No se creía ni una sola palabra.

—El trabajo es en Seattle.

Y eso sí ya le cuadraba más.

—Solo son dos horas y media en coche…

—Cruzando la frontera de un país —le recordó, aunque no era un problema mientras tuviesen el pasaporte en regla. Mucha gente iba a trabajar o hacer negocios en Seattle y volvía a casa los fines de semana o incluso por la semana.

—Pero estaríamos más cerca y Mel podría ver a su tía más a menudo —continuó como si nada. Estaba claro que era algo que ya había decidido, algo que no venía de una semana atrás, ni siquiera de dos.

—Seattle, ¿eh?

Ella asintió y se mordió el labio inferior.

—¿Qué te parece?

—Que Mel y yo nos vamos a ir al zoo y que no sé cómo vas a hacerlo, pero tienes que estar de vuelta antes de las seis, porque tengo que trabajar.

—Lo haré. Lo juro —afirmó al momento visiblemente aliviada—. Volveré antes de las seis para recogerla.

Respiró hondo y asintió.

No sabía que era lo que buscaba realmente su hermana con este cambio, pero la idea de poder ver a su sobrina más a menudo y no solo una o dos veces al año, era suficiente aliciente para darle una oportunidad a la cabeza hueca que tenía delante.

La niña apareció en ese momento por la puerta.

—Mel, cariño, ¿qué te parece si tú y yo nos vamos al zoo después de desayunar y así dejamos que mami busque una casa chula para vosotras dos?

—¿Vamos a ir al zoo? —A la niña se le iluminó la carita—. ¡Sí!

—Pero primero tienes que desayunar, ratoncita —le advirtió su madre—. Tómate toda la leche.

No tuvo que decírselo dos veces, se sentó a la mesa y cogió el vaso entre las manos haciéndolas reír a ambas.

Nicola se permitió entonces respirar hondo y esta vez se notó mucho más relajada, como si la mala leche que le había entrado ante todos los imprevistos al fin se hubiese diluido.

No pudo evitar preguntarse si eso también era un efecto secundario de la impronta. Esperaba que no, pues esa inesperada bipolaridad no iba con ella.

CAPÍTULO 18

—Buenos días.

Asher vio a Ren levantar la cabeza del montón de papeles que tenía delante y enarcó una ceja sin duda sorprendido de verle allí.

Su amigo ocupaba su asiento en la oficina presidencial y a juzgar por todo el revoltijo que tenía sobre el escritorio había estado intentando reducir algo del trabajo acumulado en los dos últimos días. Le debía al *dragos* una disculpa y un enorme agradecimiento por tomar las riendas cuando él tenía la cabeza en cualquier otro sitio menos en la empresa.

—¿Debo suponer que vuelves a ser tú mismo? —preguntó dejando el bolígrafo a un lado y abandonando el asiento sin dejar de mirarle con ojo crítico. Levantó la cabeza y olfateó el aire para finalmente esbozar una conocedora sonrisa—. Bueno, yo diría que sí, más aún por lo que huelo. Enhorabuena, ya era hora.

Puso los ojos en blanco y se contuvo de responder ya que tampoco hacía falta.

—Buenos días a ti también —le dijo en cambio y señaló el papeleo sobre la mesa—. ¿Eso es todo lo que hemos juntado solo en dos días?

Él se rio y sacudió la cabeza.

—No, solo son algunas propuestas para licitaciones. —Señaló volviendo a la mesa, ahora del lado contrario de modo que él ocupase su asiento—. Hay un par de cosas interesantes que podrían adaptarse a nuestras necesidades como clan. Las he estado estudiando y he seleccionado tres en las que podríamos presentarnos.

Si alguien tenía ojo para este tipo de negocios ese era Ren Evergreen. Su amigo había demostrado, al igual que su hermana, que eran jodidamente buenos en el campo empresarial y tenían un olfato infalible para ciertos negocios. Ambos se habían preparado a conciencia para ello desde el momento en que su propio clan los expulsó y acabaron como refugiados en el Fiordo de *Icaris*. Eran inteligentes, despiertos y tenían una sed de conocimiento brutal que los había llevado a cursar estudios universitarios e incluso hacer algún que otro master gracias a los ahorros que había conseguido reunir a lo largo de estos años.

Él les había costeado los estudios, pero ellos se habían encargado de que mereciese la pena y de devolverle el favor en cada nuevo proyecto que iniciaba. De ahí había nacido *Icaris* y había

crecido hasta ser lo que era hoy en día.

Podían ser un holding nuevo, con tan solo un puñado de años de trayectoria, pero tenían una cartera de clientes sólida y que les había ayudado a crecer. El poder abrir esta segunda empresa en Vancouver era prueba de ello.

—¿Cómo le va a Sophie? —La melliza de Ren estaba ahora en Washington, encargándose de la dirección de la sede principal—. ¿Ha tenido algún problema con el cambio de presidencia?

—Ninguno que yo sepa —admitió su amigo encogiéndose de hombros—.Y dudo que lo haya. Todos saben que es una extensión de ti, que lo que sale por su boca es lo mismo que saldría por la tuya. Siempre ha sido así.

Sí, lo había sido. Desde el minuto uno ella se había convertido en su mano derecha, al igual que su hermano. Aunque en el caso del mellizo rubio a él le gustaba más ir a su aire y hacer sugerencias que tomar decisiones propias.

—Ren, he estado pensando…

—¿Tú? ¿Pensando? ¿Ya han avisado de la llegada del apocalipsis? —Le soltó con profunda ironía y una ligera curva elevando sus labios—. No me asustes, anda.

Puso los ojos en blanco y dijo lo que llevaba en mente desde hacía mucho tiempo.

—Quiero a Sophie como mi *Beta.*

—Eres un suicida. —La respuesta del *dragos* fue rotunda—. Creo que ambos te sugerimos a Mary para ese puesto.

—Mary no está lista para ello —admitió con total sinceridad—. ¿Para cuidar y llevar el refugio? Sí, claro, sin duda, pero no para bajar la cabeza y acatar mis órdenes. Y, no quiero sonar cruel, pero no podría mi vida en sus manos. ¿En las de Sophie? Con los ojos cerrados.

El hombre dejó escapar un resoplido y asintió.

—Sé que lo harías del mismo modo en que sé que ella, al igual que yo, daría su vida por la tuya —admitió con sinceridad—. Si me estás preguntando si deberías proponérselo, no lo hagas…

Enarcó una ceja ante su rotunda respuesta, pero él no había terminado.

—Eres su alfa, solo nómbrala como beta del clan de Vancouver —le dijo con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. Y mándale un enorme ramo de rosas blancas con una tarjetita que diga *«Felicidades, Beta. Empiezas hoy mismo. Con cariño, tu alfa»*. *Tshh*. Deja, eso ya lo hago yo en tu nombre.

—No sé quién morirá antes, si yo por sugerir a tu hermana para Beta o tú como se te ocurra escribir eso en una tarjeta —le aseguró clavando la mirada en él.

—Bien, cambiaré el *«con cariño»* por *«atentamente»* —declaró chasqueando la lengua con afectación—. Total, el resultado será el mismo. Te saltará al cuello. Dios. Quiero entradas en primera fila para eso.

—Ren…

—Has elegido bien, *alfa* —respondió y a pesar del tono todavía jocoso en su voz, el que usase su rango y no su nombre, le decía que estaba hablando muy en serio—. Ella es la *Beta* perfecta para nuestro clan.

—¿Cómo te aguanta?

—A veces me hago la misma pregunta, pero a la inversa, ¿cómo la aguanto yo a ella? —replicó con cierta ironía—. La respuesta es la misma para ambos; no nos queda otro remedio, nacimos juntos.

Asher puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Para qué preguntaré… —Suspiró y acto seguido añadió—. Antes de que lo olvide y me meta de lleno en el trabajo. Necesito tu ayuda y un favor.

El chico asintió.

—Tú dirás.

—Le he dicho a Nicola que la recogerías esta noche en su casa y la traerías a casa.

Ren enarcó una ceja.

—¿A casa como *«El Refugio»* o a tu *nido*?

Así era como solían llamar los *dragos* al lugar en que solían pasar más tiempo, en el que guardaban las cosas importantes y a dónde solo llevaban a las personas que significaban algo o formaban parte de sus vidas. Por lo general se convertía en el lugar en el que formaban una familia, el que acaban compartiendo con sus parejas, pero hasta hoy él no había sentido esa necesidad.

El nido de un alfa debía estar en el corazón de su clan, protegido por ellos y dónde él pudiese protegerlos a su vez, algo para lo que no había estado preparado hasta ahora y a lo que tampoco había dado importancia hasta que esa mañana se despertó con el cálido cuerpo de su pareja a su lado. Quería crear un nido con ella, un hogar y lo haría, con el tiempo, cuando ambos se conociesen bien el uno al otro y su compañera entendiese que su lugar estaba a su lado. No iba a precipitarse, no con Nicola, no con la mujer que ya había empezado a arañarle el corazón.

Enamorarse de ella ya estaba en su ADN, era la consecuencia normal que llegaba con el emparejamiento, pero quería disfrutar del proceso, del descubrimiento que representaba la mujer que el destino había puesto en su camino.

—Nos quedaremos en mi piso —le informó—. Una cena para los dos, vino, conversación…

—Y lo que mejor se os da a los *dragos* recién emparejados, mantener a vuestras parejas en la cama —canturreó por lo bajo y ante la mirada fulminante que le dedicó, hizo como si no se hubiese dado ni cuenta y añadió—. De acuerdo. La recojo a las ocho y la escolto a tu nido. ¿Pido cena para dos? ¿Algo en especial? ¿O piensas cocinar tú? Reconozco que no se te da mal, aunque

tu repertorio es un pelín limitado. ¿Quieres impresionarla o que descubra como dejas la cocina después de tirarte horas entre fogones? Sin duda esa sería una experiencia que no iba a olvidar en la vida.

Hizo una mueca ante su comentario. Por desgracia era verdad, pero de eso se trataba, ¿no? De ser él mismo, de que ella le conociera y supiera quién era el *dragos* con el que estaba vinculada.

—Cocinaré yo.

—Compraré una tabla de quesos y algunos encurtidos por si acaso —mencionó con gesto divertido.

—Ren, no opines, solo haz lo que te pido.

—Sí, sí, *alfa* —canturreó, entonces sonrió, sacudió la cabeza y añadió—. Me alegro por ti. De verdad. Ya era hora de que encontrases a alguien con quién pasar el resto de tu vida, alguien que sea solo tuyo. Te lo mereces, Ash.

Asintió en silencioso agradecimiento.

—Bien, antes de que nos pongamos sentimentales y acabemos llorando a lágrima viva, tienes que saber que ha llamado tu *licanio* del alma.

Enarcó una ceja ante semejante descripción.

—¿Quién?

—Markus Jerson, alfa de los *licania* —le dio la versión completa—. El marido de la bruja psicótica que casi le vuela el cerebro a tu preciosa pareja. Quiere que te reúnas con él para comer. Ha dejado el nombre del restaurante. A la una. Y ya sabes cómo es, no ha aceptado un no por respuesta.

Puso los ojos en blanco.

—¿Está en Vancouver?

Ren asintió.

—Eso parece —afirmó—. Te he dejado el nombre del restaurante en un *post-it* amarillo en la esquina de la mesa. —Señaló la esquina en cuestión.

—¿Dijo que quería o te hizo algún comentario sobre algo?

—Nop. Solo que quería hablar contigo y como no habías llegado todavía, decidió que te reunieses con él para comer —afirmó con un ligero encogimiento de hombros—. Ya sabes como es.

—De acuerdo —aceptó cogiendo la nota con el nombre del restaurante. No le sorprendió reconocer el lugar, pues era uno de los mejores de la zona. Markus era todo un gourmet, pero el hecho de que lo citase allí solo podía obedecer a que quería hablar con él sobre *Lisara*.

Y comprobar que los actos de su esposa, así como el absurdo secuestro a su propia compañera, no hubiesen deteriorado sus buenas relaciones. El alfa *licanio* era un hombre de

palabra y cuando la daba pobre del que se inmiscuyese en sus asuntos para echarla por tierra o ponerla en duda.

Consciente o no, esa bruja inútil había conseguido con sus irreflexivos actos tocar a dos clanes y si lo sucedido se sabía más allá de los implicados, podría desencadenar una serie de conflictos que no les interesaban a ninguno.

Si todo esto hubiese ocurrido en niveles más bajos, todo quedaría en una simple anécdota, pero daba la causalidad de que había sido justo al contrario.

Dejó escapar un resoplido y dejó de lado aquel asunto para fijarse en lo que tenía sobre la mesa. Era hora de que se concentrase en el trabajo y se pusiese al día con estas cosas, solo así podría tener luego el tiempo libre que necesitaba para encargarse de lo que realmente le interesaba; su propia mujer.

—Bien, ponme al día con esto, Ren —pidió señalando los papeles—. Veamos que licitación podemos presentar.

CAPÍTULO 19

—¡Tía Nica! Tía Nica, mira… ¡lobitos!

Sonrió y se dejó llevar por el entusiasmo de la niña. Los lupinos, un par de parejas y un lobo gris enorme descansaban plácidamente en su hábitat. Los animales iban a lo suyo ignorando la fascinación que despertaban en los visitantes y sobre todo en los niños. Parecía importarle más bien poco su visita, cosa que no molestó en absoluto a su sobrina que se quedó mirándolos extasiada.

—Que bonitos… —la escuchó murmurar—. Y mira ese blanco de allí…

Nicola sonrió y contempló a los canes.

—¿Cómo se llaman? —preguntó levantando la cabeza hacia ella.

—Pues no lo sé —admitió mirando a su alrededor en busca de algún cartel informativo que diese respuesta a la pregunta de la niña.

—El blanco es Casper… —comentó alguien desde algún punto detrás de ellas. La voz le resultó conocida, pero no fue hasta que el propietario de esas palabras se detuvo junto a ellas que se dio cuenta de que lo conocía. O más que conocerle, que lo había visto antes, en la pantalla de video de una limusina, para ser exacta—. Es el gracioso del grupo, le gusta que le rasquen detrás de las orejas. La pareja que se está haciendo arrumacos son Lola y Emery, son hermanas y bastante coquetas y vuelven loco a Rourke, que es ese enorme lobo gris; un bonachón. Y aquella pareja de la esquina, los que los vigilan sin que se note, son Bella y Dimos, los lobos alfa. Ellos son los que mandan, aunque no lo parezca… Hoy están un poco cansados de las chiquilladas de las más pequeñas.

Aquella voluntaria información y la manera en que la había compartido con la niña hizo que esta abriese los ojos como platos y se volviese hacia el recién llegado.

—¿Casper? ¿Cómo el fantasma?

Una cálida sonrisa curvó los labios masculinos y asintió con la cabeza antes de volverse hacia el recinto.

—A él le gusta. Dice que así puede desaparecer cuando nieva.

—Claro. Porque es blanco —se rio la niña.

Nica se había quedado congelada en el lugar, mirándole como si no pudiese creerse que ese

hombre estaba allí, en carne y hueso y sabiendo, sin lugar a dudas, que se trataba del mismo tipo cuya imagen había visto en una grabación; Markus Jerson, el alfa de los *licania* y la pareja de Lisara.

El jodido chucho pulgoso.

El apodo saltó en su mente con la irritada voz de su amiga, sin duda uno de sus «pies de página» en el grimorio.

—Así es —asintió el hombre con visible paciencia, entonces levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. La sonrisa que curvaba sus labios se hizo un poco más intensa, más lobuna antes de saludarla con un gesto—. Señorita Papadopoulos. —La reconoció y la mirada que le echó a continuación le dijo que estaba apreciando el parecido que compartía con su mujer—. Ya veo el porqué de la confusión.

—El señor Jerson en carne y hueso, me imagino —replicó intentando no sonar muy dura, pues la niña estaba presente.

Él se rio. Solo fue una especie de bufido de risa, pero la hilaridad estaba presente en sus ojos.

—Presumes bien, Nicola —pronunció su nombre de pila y acto seguido miró a la niña—. Y tú, señorita, tienes que ser… Melissa, ¿verdad?

La niña abrió los ojos como platos, casi al mismo tiempo que lo hizo ella.

—Sí —asintió la niña—. ¿Cómo lo sabes?

—Señor Jerson…

—Markus, por favor… —lo interrumpió él con naturalidad—. Es lo mínimo que te debo después de lo que… ha organizado Lisara.

—¿Conoces a la tía Lisa? —La niña reconoció el nombre de su amiga, ya que ambas se conocían. De hecho, Mel adoraba a Lisa y viceversa. Cuando estaban juntas no sabía quién era la niña y quién la adulta.

—Oh, ya creo que la conozco —asintió inclinándose un poco para que la pequeña no tuviese que echar tanto para atrás la cabeza—. Es mi esposa.

—Eso quiere decir que estáis casados, ¿no? Mi mamá no está casada, mi tía tampoco, pero tiene novio, ¿verdad, tía Nica? —replicó levantando la cabeza para mirarla—. ¿Te vas a casar con el tío Asher? Mamá quería casarse con Lucas, pero no *cuajó.*

Al escuchar semejante respuesta supo al momento que era algo que le había escuchado a su madre.

—El tío Asher es muy alto —mencionó la niña siguiendo su propio hilo—. Tú también lo eres.

—Eso es porque cuando era como tú, me comía todo lo que mi mamá me ponía en el plato —le aseguró con tono divertido, entonces miró hacia el recinto de los lobos, los cuales parecían

haberse desperezado y, curiosamente estaban mirando todos en su dirección.

Un inesperado escalofrío le bajó por la columna y abrazó a la niña contra ella por puro instinto.

—Solo sienten curiosidad por el hermano que ha venido a visitarlos… —mencionó Markus como si hubiese sentido su estremecimiento—. Mira, Mel. Ahí viene Casper. Creo que le gusta el dibujo de tu sudadera, se parece a él.

En efecto, la niña tenía el dibujo de un lobo blanco, uno caricaturizado.

El caso es que sus palabras no iban muy desencaminadas de la verdad, pues el lobo blanco se acercaba ahora trotando hasta el cierre de su hábitat.

—Oh… —La emoción en la voz de la niña era palpable y antes de que pudiese evitarlo, se soltó de ella y se aproximó al borde para ver mejor al can.

—Melissa…

—Tranquila, él solo es un cachorro y siente curiosidad —mencionó Markus a su lado y señaló lo obvio—. Y ella no puede colarse más allá de la línea de seguridad.

En eso tenía razón, no le quedó más remedio que admitir. No había una sola posibilidad de que su sobrina sobrepasase el cierre del área para intentar siquiera acariciar al lobo como si fuese un perrito y no un animal salvaje.

—¿A qué debo el honor de esta inesperada aparición, señor Jerson? —preguntó en voz baja, repartiendo su atención entre él y la niña—. A estas alturas supongo que ya se ha dado cuenta de que no soy Lisara.

—Soy muy consciente de ello, Nicola —pronunció de nuevo su nombre a pesar de que ella ni siquiera había aceptado tutearlo—. Al contrario que… mi gente, reconozco a mi mujer allí donde esté, sin importar bajo que glamour se camufle, aunque… ahora entiendo la confusión que te llevó a protagonizar un incómodo momento. Quería disculparme personalmente por ello, así como también por los recientes acontecimientos causados por mi esposa.

Le miró de soslayo y no pudo evitar comparar lo que recordaba de aquel momento en la limusina, el vídeo que había saltado a la pantalla y él hablando a alguien que ni siquiera estaba allí. Desde luego, en persona el *jodido chucho pulgoso* ganaba mucha más presencia. No solo era atractivo, sino que poseía una sexualidad arrolladora, así como un borde peligroso que había despertado todas sus alarmas.

—Tenía que haberme imaginado que Lisara estaría maquinando alguna de las suyas, pero ni se me pasó por la cabeza que llegaría tan lejos como para pedirle a su amiga que se hiciese pasar por ella en la reunión anual de los clanes —mencionó usando el mismo tono bajo que ella a la par que sacudía la cabeza—. Y no fue la única trasgresión que cometió, lo que te hizo después no tiene excusa.

Dejó escapar un profundo suspiro y durante un breve instante, el que le llevó ver como se

pasaba la mano por el pelo y lo desordenaba un poco, así como el cambio en sus ojos, vio a un hombre preocupado y no solo al alfa del clan lupino al que pertenecía.

Un lobo. El hombre que estaba a su lado en ese momento era un lobo. Un congénere de los canes que su sobrina admiraba al otro lado de la vaya. Y saberlo le resultaba tan absurdo como el admitir que detrás de la apariencia humana de Asher se ocultaba un dragón.

Al menos los lobos eran reales, siempre lo habían sido, pero los dragones…

Sacudió la cabeza y volvió a mirar a su sobrina, quién saludaba con la mano al lobo blanco mientras le contaba vete tú a saber qué cosa.

—Mi compañera puede haber nacido en el seno de las *magikae*, ser una bruja, pero… su uso de la hechicería es bastante cuestionable… —añadió él con una mueca—. No debió usar su magia en ti, es consciente de que ha cometido un daño irreparable y me consta que está desolada por ello.

Se aventuró a mirarle una vez más.

—Hay cosas que no pueden arreglar una disculpa, por muy sentida que sea —respondió en voz baja, entonces respiró hondo y añadió—. De todas formas, Lisa no fue la que empezó esto y sé que sus intenciones eran buenas, que solo quería ayudarme, pero… Joder, no eligió precisamente la más convencional.

—Soy plenamente consciente de ello —admitió con rotundidad y parecía sincero en sus palabras—. Y ella también lo es.

—Supongo que eso quiere decir que ya la ha encontrado.

Una ligera sonrisa le curvó los labios.

—Nunca he estado demasiado lejos de ella —admitió y su comentario hizo que recordase las palabras de Asher—. Pero sí, me he reunido con mi esposa y me ha puesto al tanto de todo lo ocurrido.

Esposa. Oírle decir eso hacía que todo pareciese más real incluso y que el secreto de Lisara pareciese haber sido solo un secreto para ella.

—No sabía que estuviese casada, nunca lo mencionó… —Las palabras salieron de su boca incluso antes de pensar en el reproche que había en ellas—. Bueno, obviamente no mencionó muchas cosas…

—Lo sé y también sé lo mucho que le costaba guardar silencio —admitió con una pequeña sonrisa curvándole los labios, pero lo que la sorprendió fueron sus siguientes palabras—. Ella sí hablaba de ti. Probablemente seas una de las pocas cosas de las que me haya hablado voluntariamente. Aunque admito que no tenía la menor idea de que os parecieseis tanto físicamente y, por supuesto, omitió convenientemente que soléis intercambiaros…

Lo miró y negó con la cabeza.

—No desde hace mucho tiempo y no de la manera en que… —Se detuvo y negó una vez

más—. No importa. No es asunto suyo. Pregúntele a ella lo que quiera saber…

—Lo hago. Siempre. Otra cosa es que me responda —admitió con genuina diversión, como si estuviese recordando algo privado.

Nica le echó un último vistazo antes de volver a concentrarse en su sobrina, la cual estaba ahora saludando a la pareja de hembras que se había acercado también al borde y parecían olfatear el aire.

—¡Tía Nica! —Se giró en ese mismo momento y señaló a los lobos—. ¡Mira! ¡Mira!

Sonrió y asintió, haciéndola saber que estaba atenta.

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? —preguntó ahora mirándole de soslayo. Era obvio que no había aparecido por allí por curiosidad y no quería ni pensar en que pudiesen haberla estado vigilando.

—Ellos sienten la presencia de los no-humanos —mencionó Markus señalando con un gesto a los lobos—. Y tú llevas ahora la marca de Asher, el nuevo alfa *dragos* de la *Columbia Británica*. Somos aliados, digamos que nuestros caminos se cruzaron gracias a Lisara y somos algo así como… amigos. Los lobos querían que supiera que estabas en el territorio, ya que yo andaba cerca.

—¿Coincidencia, entonces?

Dejó escapar una risa que le provocó un estremecimiento.

—Ni siquiera tú comprarías una excusa como esa, ¿verdad?

—No.

Su sonrisa aumentó.

—Lo creas o no me importa mi mujer y quiero su bienestar por encima de todo —admitió sin andarse con rodeos—. Sus faltas, se convierten en las mías… Así es como funcionan las cosas en nuestro mundo. Ella cometió un error y yo también. Lo mínimo que podía hacer era buscarte y disculparme en nombre de ambos. Y admito que después del error que cometieron mis hombres, tenía un interés particular en conocerte en persona.

Ella enarcó una ceja ante su franqueza.

—Espero que cuando se calmen las cosas y te asientes en nuestro mundo consideres devolverle la palabra a Lisa —le dijo clavando esa intensa mirada en ella—. Mi bruja no tiene muchas amigas y no quiero que pierda a la persona que considera una hermana…

Sus palabras le provocaron una punzada y solo pudo responder con la misma sinceridad.

—Las hermanas no se separan… —murmuró—, pero tienen derecho a cabrearse y mucho cuando una de ellas casi le hace una lobotomía a la otra. Puede… —Se lamió los labios y aceptó tutearle, pues él lo había hecho hasta el momento—. Puedes decirle eso de mi parte.

Asintió con la cabeza.

—Se lo diré —afirmó y acto seguido añadió—. Gracias por quererla a pesar de todo.

Nicola se encogió de hombros.

—Es difícil no querer a Lisara una vez que la conoces, ¿no? —Quizá fuera una pregunta indiscreta, pero a estas alturas ya le daba igual.

—Llevo queriéndola desde que supe que era mi compañera… —admitió en voz baja y no hubo vacilación al decir aquello—. Solo espero que llegue el día en que se dé cuenta de ello.

No dijo nada, no le correspondía a ella responder a eso.

—No te quitaré más tiempo con tu encantadora sobrina —añadió deslizando ahora la mirada de ella a la niña—. Tengo una cita para comer con tu pareja. Le diré que me he encontrado contigo, sin duda le hará mucha ilusión.

Arrugó la nariz y lo miró de nuevo, ¿por qué tenía la sensación de que iba a ser todo lo contrario?

La mirada divertida que vio en los ojos del *licanio* le dieron la razón.

—Espero que la próxima vez que nos veamos, te fíes un poquito más de mí —añadió con un guiño antes de dirigirse a Melissa—. Adiós, princesa.

La niña se giró y se despidió con la manita.

—Nicola… —Con una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida, el marido de Lisara dio media vuelta y se fue por dónde había venido.

—¡Tía Nica!

El llamado de su sobrina la devolvió de nuevo al motivo de su presencia allí y fue a reunirse con ella, aunque no pudo quitarse de la cabeza la inesperada aparición de ese hombre así como sus palabras durante un buen rato.

Markus Jerson había resultado ser muy distinto a quién se había imaginado.

CAPÍTULO 20

—Tienes una pareja de lo más interesante.

Asher miró al hombre sentado al otro lado de la mesa. Hacía tiempo que no se cruzaban sus caminos y por lo que podía ver no había cambiado gran cosa; seguía siendo el cabrón metomentodo que recordaba.

—Me encontré con ella y con su encantadora sobrina en el zoo —le informó y sonrió con evidente ironía—. La niña es fan de los lobos.

—¿Nicola no te mandó a la mierda?

Se rio y dejó esa sonrisa en los labios.

—No le gustó un pelo verme, la verdad sea dicha, pero ha sido bastante educada —admitió y añadió—. Es verdad que Lisa y ella tienen un cierto parecido, quién no las conozca podría confundirlas con facilidad, aunque tu mujer es… más humana y comedida. No es una zorra resentida. Solo por eso ya me ha caído bien.

—Deduzco que ya has encontrado a tu bruja.

—Deduces bien —asintió—. Y le ha quedado muy clara mi opinión respecto a su irreflexivo carácter y la colosal metedura de pata cometida. Está realmente afectada. Nunca la había visto de esa manera.

—Ha estado a punto de destrozarle la mente, Markus, no ha sido una simple metedura de pata —aseguró con voz fría—. Si no hubiese estado vinculada a mí, si no hubiese minimizado el daño, podría haberle destrozado la mente de manera irrevocable.

—Lo sé —admitió con la misma seriedad—. Y Lisara también lo sabe, Asher, lo sabe muy bien. Es muy consciente de que sus actos han estado a punto de romper no solo una mente, sino la relación que tiene con Nicola.

—Mi pareja está cabreada, aunque no tanto con el resultado de lo ocurrido como con el hecho de que le haya ocultado una realidad a la que ahora no le ha quedado otro remedio que hacer frente. Cuenta con toda la información de un mundo que no conoce y que de repente se ha convertido en una realidad ante sus ojos. —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. La bruja le importa, forma parte de su vida, pero todavía necesita tiempo para pactar consigo misma y con lo que se le ha venido encima. Ese desastre con patas tendrá que esperar.

Markus dejó escapar un resoplido de risa, entonces añadió en un tono un poco más bajo.

—Esta situación parece un *déjà vu*—mencionó irónico.

—Con la salvedad de que tu bruja era plenamente consciente de lo que hacía cuando invadió mi territorio. No fue un error, ni desconocimiento, fue estupidez en estado puro —replicó con rotundidad—. Y tuvo mucha suerte de no acabar matándose a sí misma en el proceso.

—Solo porque la contuviste el tiempo suficiente para que yo pudiese llegar hasta ella —añadió con una mueca y sacudió la cabeza—. Tenía que habérmela llevado antes, mucho antes. Esa perra sabía lo que hacía. No le importaba como bruja porque no estaba a su altura, pero todavía le servía como heredera a fin de perpetuar su poder. —Dejó escapar un gruñido muy canino—. La habría sacrificado. Lo supe cuando la enfrenté, lo vi en sus ojos… Lisara se negó a creerlo, tardó tiempo en entenderlo, pero al final lo vio por sí misma; era imposible que no lo hiciera.

Como para no hacerlo, pensó él. El *licanio* tenía motivos más que suficientes para querer ver muerta a la actual matriarca del pilar primigenio de las *magikae* y si todavía no había cumplido su deseo era solo porque su compañera lo había refrenado.

Camile Huntington era la mano que mecía la cuna, el poder de los aquelarres y uno de los pilares más peligrosos. Sus ansias de poder a menudo conducían a su gente a conflictos con otros clanes y razas y tenía una inquina especial con los *dragos*; sus acérrimos enemigos.

El conflicto entre los dos pilares se remontaba en el tiempo hasta la creación del *Icaris*. Se decía que por aquel entonces, las brujas todavía tenían buena relación con su raza, de hecho, había sido una de ellas, emparejada con uno de sus propios ancestros, la que había creado el valle para proteger a su familia y a sus descendientes.

No sabía qué parte era verdad y cual invención, pero la matriarca de las *magikae* parecía creerlo a pies juntillas y estaba decidida a reclamar lo que, según decía, les pertenecía a las brujas y los dragones habían robado.

Esa mujer había manipulado a Lisara, su nieta y heredera, la había envenenado de tal manera que la estúpida brujilla no dudó en seguir sus órdenes y atacar al último de los dragones de luz a fin de reclamar su territorio para su pilar primigenio.

Ese encuentro casi había terminado con la vida de la chica y no por su mano, sino porque el hechizo arcaico que empleó se volvió contra ella.

Oh, sí. El alfa de los *licania* tenía motivos más que suficientes para querer destrozar a esa perra, casi tanto como él mismo por haber osado intentar apropiarse de lo que le pertenecía por derecho.

Los vejestorios, por aquel entonces, habían votado no tomar represalias y lo apuntaron a él como único instigador de lo ocurrido. Era su territorio, su bastión, así que era suya la tarea de protegerlo y evitar que se lo apropiasen otras facciones.

Los *dragos* no estaban dispuestos a entrar en conflicto con ese pilar de las *magikae*, no por

él, al menos.

Esa fue la primera vez que le dieron la espalda abiertamente y le dejaron claro que a pesar de tener un asiento en el consejo, no lo consideraban uno de ellos, más bien todo lo contrario. Seguía siendo un paria, un miembro imperfecto que había tenido la suerte de heredar de sus antepasados, nada más, así que cuando se le presentó la oportunidad, no dudó en firmar un acuerdo con Markus y su clan lupino.

—¿Sabías que llevaban tiempo planeando sabotear la reunión anual de los pilares de este año? —mencionó el *licanio*—. No tenían la menor intención de enviar una representación propia. De hecho, estaban convencidas de que Lisara acudiría como mi compañera, en representación a mi pilar, en vez de al suyo. Por una vez la matriarca no tenía idea de que mi compañera estaba haciendo las cosas como le daba la gana. No solo no se presentó ella, sino que envió a alguien más en su lugar. Tu pareja no tenía la menor idea de dónde se estaba metiendo, ni lo que su aparición, fingiendo ser mi mujer, significaría para los allí presentes.

—Empecé a olerme algo cuando los vejestorios decidieron ponerme sobre la mesa un ultimátum —admitió con un resoplido—. Siempre he sido como una espina en sus traseros, pero esta vez subieron la apuesta un nivel más. O me anexionaba a uno de los clanes existentes o encontraba un clan que justificase mi liderazgo dentro del *Icaris*. Supongo que esperaban que bajase la cabeza y acatase lo inevitable, no se imaginaron que acabaría con un clan propio con miembros dispuestos a jurar lealtad a un paria.

—Algo he oído, sí —admitió con una pequeña sonrisa—. Les abriste las puertas a todos aquellos que fueron expulsados de sus respectivos clanes de nacimiento, a los exiliados y los acogiste bajo tu ala. Te has creado un jodido clan de inadaptados igualitos a ti. Le has echado un par de huevos, amigo mío.

Se encogió de hombros.

—Nadie especificó cómo tenía que ser mi clan, solo que debía contar con uno —declaró con sinceridad—. Todos y cada uno de sus miembros pertenecen al *Pilar Primigenio* de los *dragos*, son perfectamente elegibles y cuentan con la libertad de decidir anexionarse a mi territorio o seguir vagando como exiliados.

—Les devolviste lo que les habían quitado —comprendió y asintió con visible satisfacción e incluso diría que una pizca de orgullo—. Hubiese pagado por ver la cara de esos vejestorios cuando se enteraron…

—Han tenido suerte de que no fuese yo el que les diese la noticia, porque hoy podrían no ser más que un montón de cenizas —afirmó entre dientes—. Envié a Ren con la declaración del clan. Si hubiese ido en persona… es probable que ahora mismo estuvieses teniendo que elegir bando o quedarte al margen, porque habría iniciado una jodida guerra civil entre los míos.

El *licanio* dejó escapar un largo silbido.

—¿Tanto te han cabreado?

—Niños. —Fue todo lo que dijo y no necesitó añadir nada más pues la expresión del lobo cambió al momento—. Entre los exiliados había niños. Solos, sin familia. Expulsados por aquellos que debían protegerlos por encima de todas las cosas. La *dragos* es una sociedad en decadencia, siguen rigiéndose por leyes arcaicas y esos vejestorios son los únicos responsables de ello.

—Demasiado poder en manos equivocadas… —murmuró Markus en voz baja, entonces añadió—. Sigues contando con los *licania* como aliados, Asher, considera nuestro pacto extendido ahora también al clan *dragos* de Vancouver.

Lo miró de soslayo y sonrió.

—Eres consciente de que eso va a cabrear mucho a los vejestorios, ¿no?

—Vivo para cabrear a la gente, dragoncillo, para eso y para sacar de quicio a mi preciosa compañera.

Algo que sin duda se le daba extremadamente bien.

—Y ahora que nos hemos puesto al día sobre los gilipollas que hay sueltos en nuestro mundo, cuéntame que es eso de que ibas a lanzarte desde un balcón cuando te encontró tu humana —pidió con gesto divertido—. Y por favor, no te dejes nada por el camino…

Puso los ojos en blanco.

—Me has citado aquí porque te aburrías como una ostra, ¿no?

—Que puedo decir, Ash, tengo que cultivar mis pocas amistades y mantener vivas mis alianzas —le soltó con un ligero encogimiento de hombros, pero su rostro no dejaba de mostrar diversión a raudales—. Sobre todo cuando estas han resultado además ser parte de la vida de mi compañera. Además, quizá pueda darte un consejo sobre las cosas *«que no debes hacer o decir»* delante de tu pareja. Tengo experiencia, créeme.

—El día en que necesite tu consejo en ese campo, Markus, habrá llegado el Apocalipsis.

El lobo soltó una carcajada y Asher no pudo hacer más que responder con una sonrisa propia.

CAPÍTULO 21

—…Había un lobo blanco, ¿sabes, mami? Se llama Casper…

Alison asentía a la explicación de su hija, la cual abrazaba el lobo de peluche que Nicola le había comprado en el zoo a modo de recuerdo de la mañana que habían pasado juntas.

Había sido un día distendido, distinto y le había permitido encontrar de nuevo un poco de paz en medio de la vorágine que era su vida últimamente. La niña se había reído y divertido y eso era lo que más le importaba, la visita al zoo y la posterior comida en una hamburguesería había convertido ese día en uno de los favoritos de Melissa, según sus propias palabras.

Su madre las había llamado para comprobar cómo les estaba yendo y para avisarla de que estaba ya de camino a casa.

—Un lobo llamado Casper, ¡qué original!

—Sí, es como un fantasma… —Asintió su hija y acto seguido se volvió hacia el televisión en el cual empezaba a escucharse la sintonía de uno de sus programas infantiles favoritos—. ¡Ah! ¡Ya empieza! ¡Ya empieza!

Voló como un rayo hacia el sofá, se puso los auriculares y eso les permitió a los adultos poder hablar con cierta libertad.

—He encontrado una bonita propiedad en Northgate —le informó su hermana—. Está en un buen barrio, hay un colegio cerca y no tengo más que unos cuantos minutos en coche hasta mi nuevo puesto de trabajo. Está cerca de la calle principal, de las tiendas y supermercados. Es perfecta, Nica. Y podremos mudarnos esta misma semana.

Su entusiasmo sin duda contrastaba con su actitud de esa misma mañana, pero esta era Alison Papadopoulos en toda su gloria. En un momento podía echarte la culpa de todos sus problemas, acusarte de falta de empatía y al siguiente hablarte de sus perspectivas de futuro como si no hubiese ocurrido nada.

—Ya he cogido una habitación de hotel para mí, solo serán unos días.

—¿Para ti? —preguntó sin entender—. ¿Y Mel?

—He llamado a papá —le dijo sorprendiéndola de nuevo—. Tenías razón, después de todo.

—Vaya, que novedad… —No pudo evitar mencionar.

—Le he hablado de la mudanza, del nuevo trabajo y ha insistido en que le lleve a Mel —asintió y acto seguido la vio respirar hondo—. Una mudanza no es lugar para una niña. Así

tendré total libertad para arreglarlo todo, tener lista su habitación y podrá pasar tiempo con su abuelo.

Intentó no poner los ojos en blanco a lo que ella misma le había dicho por la mañana y dejó que prosiguiera. Lo último que quería era discutir.

—¿Ya se lo has dicho? ¿Las minivacaciones con el abuelo?

Negó con la cabeza, miró en dirección a su hija y sonrió.

—Todavía no, pero sé que le va a entusiasmar —asintió con total convencimiento—. Lo ha echado mucho de menos, al igual que a ti. Supongo que a partir de ahora podremos vernos un poco más a menudo, ¿no?

Asintió y fue sincera en su respuesta.

—No hay cosa que disfrute más que de la compañía de mi sobrina y poder verla más a menudo me hará muy feliz —afirmó con rotundidad, entonces añadió—. Pero… antes necesito tiempo para… solucionar mi propia vida. Las cosas se han puesto… un poco locas últimamente y… necesito tiempo y sobre todo espacio, Ali.

Ella chasqueó la lengua y se inclinó para susurrarle.

—Haz lo que tengas que hacer, pero avísame con tiempo si hay boda —le soltó sin más—. Ya sabes que necesitaré tiempo para buscar el vestido ideal para la ocasión…

—Tú sueñas… —afirmó poniendo los ojos en blanco—. Que boda ni que ocho cuartos…

—No serías la primera ni la última en caer rendida a los pies de un hombre y si el susodicho es alguien como Asher, chica, yo ni me lo pensaba —aseguró con su habitual rotundidad—. Pero si necesitas tiempo, dátelo. Si él es el correcto, lo sabrás.

Hizo una mueca, pues aquellas eran las últimas palabras que esperaba escuchar saliendo de su boca.

Hablaron un poco más, escuchó los planes de su hermana para la mudanza y tan pronto como terminó el programa infantil se dirigió a su sobrina.

—Mel, nos tenemos que ir —le informó su madre—. He hablado con el abuelo y está deseando que vayamos a verle, así que, ¿qué te parece si le damos una sorpresa y dormimos en su casa?

—¡Sí! —chilló la niña exultante ante la idea.

—Bueno, eso ha sido fácil —murmuró su hermana mirándola divertida.

—Dame un abrazo, renacuaja. —Abrazó a su sobrina y la comió a besos—. Pásalo muy bien en casa del abuelo.

—¿Tú no vienes, tía Nica? —preguntó con uno de esos infantiles pucheros.

—No, cariño, pero te prometo que volveremos a ir al zoo muy pronto, ¿vale? —La engatusó y miró a su madre—. Mamá me ha dicho que ha encontrado una casa preciosa cerquita de aquí, así que vamos a poder vernos más a menudo.

Aquello fue todo lo que necesitó la niña para ponerse a chillar de alegría haciendo que a ambas les pitasen los oídos.

La casa se quedó en absoluto silencio tras la partida de su hermana y su sobrina. Aun estando sola podía escuchar el eco de sus voces, así como la luminosa presencia de la niña.

Nicola se dejó caer en el sofá y permaneció allí durante un buen rato en completo silencio, su mente empezó a divagar, pensando en todo lo sucedido en aquellas últimas horas, intentando asimilar cada una de ellas a la par que las ordenaba en su cabeza.

Pensó en Asher. Él le vino a la cabeza sin más y con su imagen regresaron los momentos compartidos la pasada noche y esa misma mañana en la ducha. Se encontró queriendo verlo, deseando que estuviese ahora mismo allí, a su lado, un deseo tan absurdo que acabó sacudiendo la cabeza.

—Será mejor que llames a Valery y le digas que ya estás de nuevo en condiciones para volver a trabajar —se dijo a sí misma e hizo exactamente eso.

Su jefa se alegró de escuchar que estaba de nuevo disponible y la emplazó para el próximo turno, pues el de hoy ya lo había cubierto una compañera. Eso le dejó el resto de la tarde para pensar, algo que no le apetecía lo más mínimo hacer.

Pensar equivalía a recordar lo que había pasado, a meditar sobre sus propios e irracionales actos e intentar encontrar una lógica a cosas que no la tenían. Había demasiadas preguntas que no tenían respuesta, demasiadas cuestiones a las que se resistía a dar voz por miedo a saber más, a entender lo que ahora apenas tenía sentido.

—Si pudiese darle para atrás al reloj y llegar al momento en que le dije que sí a esa loca para decirle justo lo contrario…—murmuró para sí.

Nada más decir aquello pensó en lo que eso significaría, en lo que perdería, en lo que no habría sucedido y en lo que quizá no sucedería nunca.

Asher.

Se le encogió el estómago y sintió un momentáneo peso en el pecho, como si no pudiese respirar. Fue algo fugaz, pero tan palpable que trajo lágrimas a sus ojos.

No. Había cosas que sucedían por algo, encuentros que debían producirse en la vida y el de ellos parecía ser una de esas situaciones ineludibles. Si creía en sus palabras, en la información que tenía almacenada en la cabeza, se trataba de algo que iba a suceder antes o después, en este momento o en cualquier otro.

—Soy la pareja de un *dragos* —dijo en voz alta.

Las palabras parecían resonar con más fuerza en la silenciosa habitación, cobrando una dimensión que le provocó un escalofrío. Bajó la mirada sobre su brazo, remangó la manga y vio la marca sobre su piel, la cual había ido adquiriendo un tono más azulado.

Se estremeció y se lo cubrió de nuevo.

—Oh, Nica, ten cuidado con lo que deseas… —Se dijo a sí misma, pues su corazón había empezado a palpitar con fuerza, tan rápido que parecía estar a punto de salírsele del pecho y todo porque realmente quería verle, quería estar con él, con un hombre al que apenas conocía.

¿Qué era todo aquello si no una absoluta e irracional locura?

Respiró hondo y cerró los ojos intentando calmar la desbocada carrera en su pecho.

—Una cena —se recordó—. Solo una cena…

Pero no sería solo una cena y lo sabía. No se trataba solo de la creciente atracción que existía entre ellos y que le nublaba el juicio, sino que antes o después tendría que atreverse a hacer las preguntas correctas y no solo eso, sino también a escuchar las respuestas que podrían cambiar su vida definitivamente.

Con aquello dándole vueltas en la cabeza, se quedó un rato más en el sofá con la esperanza de que su mente se aclarase lo suficiente en algún momento como para permitirle pensar de nuevo con claridad.

CAPÍTULO 22

—Hola. Yo… he traído una botella de vino. —Nicola levantó la botella—. No sabías si preferías tinto o blanco, así que… lo eché a suertes.

—¿Y cuál ganó?

—El tinto.

Asher sonrió, cogió la botella de manos de la mujer y abrió la puerta por completo para invitarla a entrar.

—Perfecto para la carne —le guiñó el ojo—. Pasa, por favor. Estás en tu casa.

—Gracias.

—¿Qué tal ha ido tu encuentro familiar? —preguntó cerrando la puerta tras ella—. Adelante, sigue recto. Te enseñaré un poco esto. Como verás es un concepto bastante abierto. Ahí tienes el salón, la cocina y el comedor están justo detrás de esa pared divisoria, esa puerta de la derecha es un aseo. Esas escaleras que ves ahí llevan al piso superior en el que está mi dormitorio, un baño completo y mi oficina.

Levantó la cabeza y supo que la ausencia de pared le llamó la atención.

—Veo que lo del concepto abierto lo has llevado al extremo —mencionó y lo miró divertida—. Al menos ese balcón está a una altura menos mortal del suelo…

Dejó escapar una risita ante su comentario y aprovechó la visita para dejar la botella que había traído ella sobre la encimera.

—Lo reconozco, prefiero los espacios abiertos, las paredes… hacen que tenga la sensación de estar en una jaula —aseguró al tiempo que volvía con ella y señalaba el abrigo—. ¿Me permites?

Se lo desabrochó y lo hizo resbalar hacia atrás para sacárselo y dejarlo en sus manos. Debajo llevaba unos sencillos leggins, así como un suéter largo que disimulaba un poco sus curvas; como si hubiese tenido la intención de esconderlas.

—Gracias… —murmuró ella quedándose allí de pie, con las manos cruzadas aferrando el bolso.

—¿Quieres una copa de vino? —le preguntó mientras dejaba la prenda femenina sobre el respaldo de una silla—. La cena casi está lista…

—Claro…

Se la veía nerviosa y un poco incómoda, lo que lo llevó a pensar en sí mismo y en el nerviosismo que lo había recorrido las últimas horas. Era como si fuese la primera vez que se citaba con una chica o que la invitaba a cenar a casa… Bien, lo era. Ninguna otra hembra a excepción de Sophie había pisado este lugar, pero la situación de ambas mujeres era muy distinta.

—Y quizá debiésemos empezar también por relajarnos, ¿eh?

Los ojos azules se abrieron un poco y acto seguido asintió mientras sus labios se curvaban en una mueca.

—Sí, sin duda sería la mejor manera de empezar…

—En realidad hay una manera todavía mucho mejor —aseguró y sin mediar palabra, la atrajo a sus brazos y reclamó los labios que lo atraían como un imán. La besó despacio, tomándose su tiempo para saborearla y disfrutar de la sensación de ese voluptuoso cuerpo entre sus brazos—. Sí, mejor… mucho mejor. Bienvenida de nuevo, cariño.

Ella se relajó contra él y tamborileó su pecho con los dedos.

—Me gusta tu forma de dar la bienvenida —admitió con una pequeña sonrisa—. Dios… no me di cuenta de lo mucho que necesitaba esto hasta que lo has hecho. Es una auténtica locura.

—Lo es —admitió sabiendo bien a qué se refería—. Pero bendita locura —declaró y acto seguido la apartó lo suficiente para recorrerla con la mirada—. Acabas de convertir los leggins y los suéteres flojos en mi nuevo fetiche. Estás preciosa, para comerte, de hecho.

Y se la veía más como ella misma, un reflejo de su sencillez, de la comodidad en contraste con el glamour que había representado durante la fiesta anual de los pilares.

—Tú no te quedas atrás —afirmó recorriéndole a su vez—. Es la primera vez que no te veo con traje y el cambio… es muy agradable.

—¿Solo agradable? —volvió a atraerla hacia él.

—Muy sexy —respondió en un suave murmullo.

No pudo evitarlo y se rio.

—De acuerdo, creo que me vestiré más a menudo con vaqueros y camiseta a tu alrededor —se burló al tiempo que se inclinaba para darle un nuevo beso y añadía—. Pareces cansada, ¿problemas con tu inesperada visita?

A juzgar por la mueca fugaz que curvó sus labios y el modo en que dejó sus brazos, parecía que la respuesta era afirmativa.

—Cuando mi hermana entra en escena, lo raro es que no lo haya sin traer consigo algún problema —su admisión fue contundente—. Es el tipo de persona que irrumpe en tu vida sin importarle nada más que sus propios problemas y su actual situación. Es como un huracán, arrasa por dónde pasa. Y aún encima esta vez ha arrastrado con ella a su hija, la cual es un ángel y más inteligente que su madre, a pesar de que solo tiene cinco años.

Sacudió la cabeza y añadió.

—Le dije que no podía quedarse, que no podía aparecer sin más y esperar que yo dejase mi vida a un lado para ocuparme de algo que ni me va ni me viene. —Hizo una pausa y frunció el ceño, entonces levantó la cabeza y lo miró—. ¿Por qué narices suelto todo esto de carrerilla cuando es algo que normalmente me guardaría para mí? Cada vez que estoy contigo parece que olvido mis filtros, que digo lo que pienso y a la mierda las consecuencias…

—No es cosa mía, aunque nuestro vínculo suele hacernos bajar las defensas cuando estamos el uno cerca del otro… —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. De todas formas, si fuese algo que no quisieras decir, que no quisieras compartir conmigo, lo mantendrías para ti misma. La impronta no vulnera tu voluntad.

Hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Supongo que es más bien el hecho de que estoy hasta arriba de problemas y lo último que me apetecía era tener que lidiar con ella —continuó con un pequeño suspiro—. Creo que esta vez pilló la indirecta e incluso puede que viese la luz… Solo espero que esta vez sea la buena y se dé cuenta de que tiene una personita que depende de ella y a la que debería poner por delante de todo lo demás.

—Tu sobrina es encantadora —admitió recordando a la niña—. ¿Son tu única familia?

Sentía curiosidad por todo lo que tenía que ver con ella, después de todo apenas sí la conocía, al menos en un sentido amplio de la palabra. Y quería hacerlo, quería conocer sus gustos, lo que la hacía reír, lo que la hacía llorar, cuál era su color favorito, si prefería el mar o la montaña… Deseaba saber más de su pareja.

—Son mi única hermana y sobrina —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Ella es la mayor… Aunque a veces no se comporte como tal. Mi padre vive en Kelowna, nos hablamos de vez en cuando. En cuanto a mi madre… No hay mucho que decir de una mujer que decidió abandonar a su familia, incluidas sus hijas e irse con un chico casi veinte años más joven que ella. Alison es la única que mantiene el contacto con ella, a mí dejó de llamarme después de que le dijese cuatro cositas. Ya sabes cómo es esto, la verdad nunca sienta bien a quién no quiere oírla…

—Muy cierto…

—Me independicé muy joven, con dieciocho ya estaba fuera de casa buscándome la vida, aprendiendo lo difícil que es intentar valerte por ti misma. —Se encogió de hombros y concluyó —. No tengo lo que se dice una relación familiar estrecha, así que… la mayoría de las visitas familiares que recibo suelen ser porque alguien necesita algo… Excepto mi padre, él ya se puede estar desangrando en una cuneta que sus hijas nos enteraremos de ello durante el funeral.

El sarcasmo con el que pronunció esas palabras le dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Y tú? ¿Tienes también ese tipo de problemas? —mencionó mirándolo de soslayo—.

Recuerdo que me dijiste que eras el último de tu… err… ¿gremio? Pero no sé si eso significa que no tienes familia o que no pertenecen al mismo clan.

—No tengo familia consanguínea —compartió con ella ese trocito de sí mismo—. Mis padres murieron hace mucho tiempo. Eran la última pareja del fiordo de *Icaris* y no tuvieron más hijos o hijas. Yo soy su único vástago y heredero.

—Lo siento —murmuró ella ante sus palabras, su lenguaje corporal cambió, así como el tono de su voz—. ¿Qué les pasó?

—Murieron defendiendo el valle o eso es lo que me contaron —afirmó con un ligero encogimiento de hombros—. Yo solo era una cría por aquel entonces, lo que los humanos consideraríais un niño de corta edad. Todo lo que sé es que por la mañana salieron del fiordo y por la noche no regresaron. Ni lo hicieron a la siguiente, ni a la siguiente, ni a la siguiente a esa. Uno de los ancianos apareció entonces para decirme que ya no volverían, que habían caído en batalla y que tendría que valerme por mí mismo a partir de entonces.

—Pero, solo eras un niño —jadeó ella visiblemente afectada por sus palabras—. ¿Cómo pudieron decirte tal cosa?

—Soy un *dragos*, Nica, en nuestra sociedad las cosas funcionan así —admitió con sencillez—. Si te quedas sin familia, lo normal es que te acoja algún miembro de tu propio clan, pero yo no tenía a nadie del mío, era el último miembro de los *dragos* Lux. Pese a ello, los ancestros de mi madre pertenecían al gremio de agua, así que su alfa decidió acogerme en el clan. Cuando fui lo bastante mayor como para cuidar de mí mismo, reclamé el territorio de mis padres como su heredero y me convertí en el único alfa sin clan.

—Estabas… solo…

Asintió.

—Lo estuve hasta que dos jóvenes *dragos* exiliados de su territorio decidieron entrar en el mío —recordó con una pequeña sonrisa curvándole los labios ante el recuerdo de aquellos días —. No buscaban problemas, solo un lugar en el que poder estar tranquilos y dado que a mí me sobraba terreno, se instalaron en las inmediaciones. Ellos eran cercanos a mi edad, así que al final nos acabamos adoptando unos a otros y durante mucho tiempo ellos han sido mi familia y yo la suya. Les conociste en la fiesta, el hombre rubio y la mujer morena. Ren y Sophie Evergreen.

—La pareja de la fiesta, sí… —asintió recordándoles.

—Ellos han sido los dos primeros miembros de mi nueva familia —explicó con naturalidad—, después llegaron los de mi clan de inadaptados y finalmente tú, mi pareja. No hay necesidad de compartir lazos de sangre para tener una familia.

—¿Y te refieres a ellos como clan de inadaptados? —preguntó entre divertida e irónica.

—No he sido yo el que lo bautizó así, pero sin duda nos viene que ni anillo al dedo —

aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Como dije, el funcionamiento de mi sociedad es muy distinto al de la tuya, o más que distinto, digamos que en algunos aspectos se ha quedado anclado al pasado. En tu mundo también ocurre. Los poderosos mandan sobre los débiles, son los que marcan las pautas, los que dictan las leyes y lo de a pie solo podéis acatarlas. En la cultura humana, en muchas de las distintas que tenéis a lo largo y ancho del planeta, en la antigüedad e incluso ahora, en el presente, se repite una misma tónica; el que es diferente o tiene alguna discapacidad es considerado inferior, en ocasiones incluso desechado o expulsado de su círculo, abandonado a su suerte…

El rostro femenino se ensombreció, pero vio en sus ojos que comprendía sus palabras y afirmaba en silencio ante algo que todavía hoy ocurría.

—En la cultura *dragosiana* se espera perfección y fuerza, cualquiera que sea distinto, que no alcance los baremos establecidos por la sociedad, es considerado débil, inútil y en ocasiones una carga —continuó dando forma a la sociedad a la que se aferraban los vejestorios, la que mantenían con mano de hierro, sofocando cualquier voz disidente—. Digamos que existe un baremo para cada clan y si no das la talla o no cumples con ciertas expectativas, estás fuera.

La expresión femenina cambió en el mismo momento en que entendió el significado de sus palabras.

—¿Me estás diciendo que si equis persona no cumple con ciertos requisitos lo expulsan de su gremio? —Había incredulidad en su voz.

—No solo del gremio, lo expulsan también de *Icaris* —confirmó—. Tienes que entender que los *dragos* estamos vinculados desde nuestro nacimiento al valle. Es nuestro hogar primordial. Es el único lugar en el que podemos ser nosotros mismos, en el que podemos adoptar nuestra forma primigenia.

—¿No podéis adoptar esa forma fuera de ese lugar?

—Como ya te expliqué, sería un poco contraproducente dada la cantidad de información que se maneja hoy por hoy a tiempo real —le dijo con una mueca—. No es como si quisiera salir en las noticias, la verdad.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Tienes razón.

Sonrió y añadió.

—Nuestro hogar es el valle, ahí es dónde nacemos, dónde aprendemos a volar, a desarrollar las aptitudes de nuestros gremios, no adquirimos nuestra otra naturaleza hasta que abandonamos *Icaris*…

—Espera, ¿me estás diciendo que… que tú… que vosotros… nacéis como dragones? —Casi se atraganta al decir aquello.

—Solo los dragones puros nacen como *dragos*, los que son mestizos, generalmente de

madres humanas u otras razas, nacen como humanos, por supuesto —le dijo y no pudo evitar sonreír al pensar en lo que seguramente se le estaba pasando por la cabeza—. Cuando tú y yo tengamos descendencia, se gestarán y nacerán del mismo modo en que has nacido tú.

Asher se dio cuenta en ese mismo instante que el rostro de su mujer podía alcanzar un nivel de rojo estratosférico.

—Echa el freno ahora mismo, dragoncito, que vas embalado.

Se rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—Solo estoy respondiendo a la pregunta que no has formulado, Nica, solo eso.

Ella sacudió la cabeza e intentó recuperar el habla.

—A ver si lo entiendo. ¿Los miembros de vuestra comunidad que no dan la talla son expulsados de su propio hogar?

Asintió una vez más, aunque su diversión se esfumó en el acto.

—¡Pero eso es inhumano!

—No somos humanos, Nica, somos *dragos* —puntualizó sabiendo que ella solo tenía una referencia, la humana—. O esa es la letanía que le gusta repetir a los vejestorios. Deciden olvidar que tenemos una parte humana, que es la que nos permite salir al mundo, ganar conocimiento e interactuar fuera de nuestras fronteras. Están anclados al pasado, a los días en los que nuestro pilar era poderoso, temido…

—¿Y a nadie se le ha ocurrido protestar? No sé, llevarles la contraria, decir que no quieren seguir de esa manera…

—No todos los *dragos* tenemos la misma manera de ver las cosas que nuestros líderes, pero al final son ellos los que mandan, los que tienen el poder —admitió corroborando sus palabras—. Yo solo lidero un gremio y hasta hace cosa de un mes ni siquiera tenía clan propio. Me obligaron a formarlo o anexionarme a otro gremio y dado que no pienso cederle mi territorio a nadie, decidí que ya que ellos me ven como un inadaptado y un incordio, mi gente bien podría parecerse a mí o estar en una situación parecida.

—¿Quieres decir…?

—Les ofrecí a los exiliados la oportunidad de volver a formar parte de mi clan —afirmó poniendo en palabras la conclusión a la que parecía haber llegado ella—. Como parte del mi gremio, como parte de mi clan, podrán volver a *Icaris*… No a los territorios a los que pertenecían, pero… el Fiordo es lo bastante grande para todos ellos.

—¿Y los líderes de los otros gremios no han puesto el grito en el cielo? —preguntó entre curiosa y sorprendida—. Entiendo que los exiliados formaban parte de esos gremios, ¿no?

—Por mí pueden hacer el pino puente si les place —aseguró con un bufido—. Ahora son míos, mi gente, mi clan. Cualquiera que ose ponerles un solo dedo encima a esos niños, mujeres, hombres o ancianos, se las verá conmigo… Y no soy muy agradable cuando estoy de mal humor.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—Tú no tendrás que preocuparte por eso, por supuesto, eres la única que está completamente a salvo de mis cambios de humor *dragosianos* —le dijo rotundo.

—Me… alegra saberlo —replicó mirándolo ahora con una intensidad distinta, casi como si lo viese por primera vez—. Creo que necesito sentarme un ratito…

—Pues ven a sentarte a la mesa —indicó y la acompañó al comedor a la mesa que ya estaba dispuesta para dos—. Podemos seguir hablando mientras cenamos.

Nica miró a su alrededor y luego a él.

—¿Quieres que te ayude con algo? —Su pregunta fue como una suave caricia.

—Eres mi invitada —respondió inclinándose sobre ella, rozándole los labios con el aliento —. Solo siéntate ahí y recupera el aliento. Y después, cuando te sientas de nuevo con fuerzas, ¿por qué no me cuentas algo sobre ti?

—¿Algo como qué?

—Cuál es tu color favorito, si prefieres la carne o el pescado, que te hace sonreír… —enumeró con facilidad—. Quiero conocerte, Nica, quiero saber más de la preciosa mujer que el destino me ha obsequiado como mi pareja…

—¿Podré pedir lo mismo a cambio? —preguntó ella.

—El azul, prefiero el pescado, aunque no le hago ascos a un buen chuletón y… tú, aquí y ahora, eso es lo que me hace sonreír.

Los ojos femeninos se abrieron un poco, pero fue la sonrisa que empezó a curvar sus labios la que le dio esperanza de que esa noche fuese tan solo el comienzo de muchas más.

CAPÍTULO 23

—¿No te gusta la comida?

Nicola levantó la cabeza y se encontró con esos penetrantes ojos verdes sobre ella.

—¿Qué?

Asher señaló su plato.

—Llevas un buen rato dándole vueltas a la comida.

Bajó la mirada a su plato y sacudió la cabeza.

—Oh, no. La comida está riquísima, en serio, es solo que…. Creo que mi cerebro se quedó clavado en nuestra conversación anterior —admitió—. Es mucha información que asimilar. La manera en que gestionáis vuestra… sociedad, tu pasado… la manera en que has conseguido darle una segunda oportunidad a toda esa gente… Nosotros... Lo que hay entre nosotros y cómo de repente siento que te conozco aun cuando en realidad no sé gran cosa de ti…

Le costaba encontrar las palabras correctas o la idea con las que formar las frases, no sabía cómo explicar todo lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Estoy aquí, cenando contigo y es como si lo hubiese hecho siempre, casi parece natural el estar aquí y así. —Negó con la cabeza—. Pero no lo es. Te cruzaste en mi camino hace tan solo un puñado de días y no puedo evitar pensar que, si las cosas hubiesen sucedido de otra manera, si no fuera quién dices que soy, lo que dice este dichosa calcomanía que soy… Ni siquiera me hubieses mirado dos veces.

—Eso no es verdad. —Asher fue tajante en su respuesta.

—¿No lo es? —preguntó con mayor interés del que debería—. ¿No te fijaste en mí solo porque… reconociste mi olor? ¿Por qué eso te dijo que era tu pareja? ¿Y si no hubiese sido así? ¿Me habrías mirado siquiera dos veces?

—Nica, te lanzaste sobre mí, quisiera o no te habría mirado, créeme —replicó no sin algo de sarcasmo, entonces añadió—. Y habría seguido haciéndolo porque me gustas. Me llamaste la atención, eres el tipo de mujer que me atrae, así que quizá no hubiese sido tan… intenso nuestro primer encuentro, pero sin duda habría sido igual de memorable para mí.

Y para ella, pensó admitiendo para sí misma lo que ya sabía en el momento en que sus ojos

se encontraron.

Asher era un hombre atractivo, poseía un aura de misterio y cierto peligro que resultaba atrapante. Era como estar delante de una fiera salvaje, que es hermosa y también peligrosa, pero no te importa lo más mínimo porque sigues queriendo tocarla.

Él poseía ese magnetismo animal que iba más allá de lo humano y que ahora tenía más sentido que nunca, pues debajo de esa piel existía un alma *dragosiana*.

Él era un dragón.

¡Había nacido como un dragón!

Eso había sido un shock, algo del todo inesperado, casi tanto como su posterior explicación de que solo los *dragos* puros nacían así. ¡Había hablado de sus futuros vástagos! ¿Cómo demonios habían llegado hasta ese punto? A duras penas podía hacerse a la idea de que él era algo más que un desconocido, que la pasión y la atracción existente entre ellos era más que pura lujuria. Él estaba dando por hecho algo que para ella era una auténtica locura, necesitaba que las cosas fuesen más despacio, poder verse a sí misma dentro de una relación con ese hombre, algo a largo plazo… Y ahora le era del todo imposible, pues apenas podía pensar con claridad.

El hombre que estaba sentado a la mesa delante de ella ni siquiera era humano, ¡era un jodido dragón!

No hacía más que repetírselo una y otra vez. Y es que si bien entendía el concepto de otra raza, de cómo estaba constituida su sociedad, de los distintos gremios que la componían, pues toda esa información la tenía en la cabeza, extrapolarlo a la realidad era algo totalmente distinto.

—¿Respiras fuego?

La pregunta salió de su boca incluso antes de que pudiese cerrarla y pensar bien la enorme burrada que acababa de soltar.

—Um… Nop —respondió con una pequeña sonrisa curvándole los labios—. No respiro fuego. Sería biológicamente imposible y sin duda muy doloroso, ¿no crees?

Enrojeció hasta la punta del pelo.

—Me refería a tu… otra forma, la que tiene escamas.

—Sé a qué te referías, Nica, solo te tomaba el pelo —admitió y añadió—. Te has puesto muy seria de repente.

—Lo siento. Es que tengo mucho en la cabeza y no soy capaz de… asimilarlo. Y entonces surgen preguntas y más preguntas, algunas tan absurdas como la que acabo de soltar. —Sacudió la cabeza y negó—. Olvida lo que dije, en serio.

—Si tienes preguntas, solo hazlas —le dijo y notó su mano sobre la de ella cuando la cogió por encima de la mesa—. No las guardes para ti. No puedo asegurarte que tenga todas las respuestas, pero si puedo aliviar tus temores de algún modo o resolver de algún modo tus inquietudes, lo haré. Soy consciente de que no es fácil aceptar lo que te estoy poniendo en las

manos, pero no quiero ocultarte nada. Quizá sea egoísta de mi parte, pero… eres la única persona que se merece toda la verdad.

—No creo que esté preparada para enfrentarme a todo esto, mi mente a duras penas puede procesar lo que está ocurriendo, Asher, me cuesta un mundo entender… cosas que no puedo ver o tocar, de las que tengo toda la teoría, pero en las que falla la práctica… No sé si me explico.

—Eres de las que necesita *«ver» para «creer»* o al menos para asimilar las cosas en su totalidad —resumió con naturalidad—. Tienes un concepto, pero necesitas la ejecución de este para ver el conjunto y aceptar la realidad a la que pertenece.

—Supongo… que sí —admitió con una mueca—. Soy de lo más terrenal, lo sé… Y es absurdo, porque siempre he sentido fascinación por las cosas que no lo son.

—¿Cómo por ejemplo?

—Los dragones… —Una vez más las palabras brotaron de su boca por sí solas y el admitir aquello en voz alta la sonrojó de nuevo—. Quiero decir. Los seres mitológicos…

—La humanidad y su necesidad de darle siempre una explicación a las cosas, convirtiéndolas en relatos y fábulas, sobre todo cuando son incapaces de aceptarlas como una realidad —chasqueó la lengua y recitó aquello como si lo hubiese hecho más de una vez—. ¿Por qué será que siempre pintáis como «malvado» o «diabólico» aquello que no entendéis? Como no lo entiendo, como es una cosa enorme, con colmillos, garras y escupe fuego, automáticamente tiene que ser malo. Ah, y mi parte favorita, comemos vírgenes. ¿En serio?

Quizá ese fuese el mejor momento para meterse debajo de la mesa.

—No todos los humanos somos… imbéciles.

Él enarcó una ceja ante su inesperada respuesta y le ciñó los dedos, pues aún no le había soltado la mano.

—Ni todos los *dragos «respiramos»* fuego —le dijo con suavidad—. Cada gremio tiene sus propias características y, si bien hay alguna que otra común a toda la raza, también tenemos grandes diferencias. Por ejemplo, respirar, respiramos aire, como todo ser vivo.

—Ya te dije que olvidases esa estúpida pregunta…

—No es estúpida, cariño, solo estaba mal planteada —afirmó y continuó—. Los *dragos Lumeria* o de fuego, son capaces de proyectar las llamas, las crean de hecho, aunque es un sistema biológico un poquito complicado. ¿Los típicos dragones de vuestras películas a los que parece que les han metido un lanzallamas en la boca? Pues son similares, sus escamas suelen tener un color intenso, generalmente con alguna variación de rojo, negro e incluso ocre.

—¿También tenéis… gamas de colores para cada gremio?

—Es cosa de la naturaleza, representamos aquello a lo que somos afines —asintió—. Los dragos *Acuaria*, son algo más pequeños y estilizados, dado que suelen morar cerca de lagos y ríos, sus escamas son iridiscentes cubriendo un gran abanico de azules, turquesas y algo de

blanco, aunque este último tono domina sobre todo en el gremio de aire, los *Erios*. Son los más grandes en tamaño y también los más esquivos y nos quedarían los dragos Gea, el gremio de tierra que suelen ocupar tanto las montañas como los bosques y sus colores varían según sus hábitats. Verdes, marrones, grises…

—¿Y tú?

¿Era ansiedad lo que había escuchado en su propia voz?

—Yo pertenezco al gremio *Lux* o de luz, soy un *dragos* de tormenta, el último que existe —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi gremio digamos que abarca tanto el aire, como el agua, como la luz y no somos del tamaño de una casa, de hecho, solo los más antiguos suelen llegar a crecer tantísimo. Los alfas de los otros gremios son los únicos que han alcanzado ese tamaño, yo, por otro lado, soy muy joven comparado con ellos.

Algo en la manera en la que pronunció esas palabras le llamó la atención y acabó preguntando.

—¿Cómo de joven?

Una perezosa sonrisa le curvó los labios, una que estaba llena de secreta diversión y otras cosas.

—Tengo cuarenta y dos años humanos —le dijo enlazando ahora los dedos en los suyos—. Es el tiempo que llevo fuera de *Icaris*.

—¿Qué quieres decir con *años humanos*? —insistió—. ¿Es que hay alguna diferencia con cómo contabilizáis los años los de tu… er… gente?

—A ver, cómo te lo explico… —Empezar con esa coletilla no era precisamente una buena señal, pensó Nica—. Mi raza suele pasar gran parte de sus vidas en *Icaris*, sobre todo mientras somos crías. Como te mencioné, algunos de nosotros, los de raza pura o cuyas madres son *dragos*, nacemos en el valle y allí pasamos nuestros primeros años de vida en esa forma. Aunque en el momento en que lo abandonamos y adquirimos nuestra encarnación humana, es cuando empezamos a contar los años humanos.

—No lo entiendo. —Lo cierto es que no se había enterado de nada.

—Mi forma primigenia tiene más edad que la humana, ¿lo entiendes así?

—Eso no tiene ningún sentido —replicó soltándose de su mano—. O tienes una edad o no la tienes, sin importar en la forma en la que estés.

—El paso del tiempo no es igual en *Icaris* que en este plano de existencia.

—Plano de existencia. —Ya está. Se había perdido del todo.

Lo vio resoplar, incluso se pasó una mano por el pelo.

—*Icaris* no existe en tu mundo, sino fuera de él —añadió y se notaba el esfuerzo que ponía en explicárselo—. Imagínate una isla suspendida en el tiempo y en el espacio, un lugar que no se rige por las mismas leyes físicas que el tuyo, que dónde estamos ahora mismo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, entonces sacudió la cabeza.

—Déjalo, mi cerebro está colapsado, no entiendo ni media palabra y no la entenderé hasta que todo deje de dar vueltas —suspiró.

—He pasado doce hibernaciones en el fiordo, lo que equivaldría a doce siglos de tu tiempo. —Las palabras que salieron de su boca fueron como un cañonazo directo a portería—. Después de mi doceava hibernación, me vine al mundo humano y Ren y Sophie me siguieron unos años después. Una vez que sales del valle por primera vez, los años humanos empiezan a contar y vuelven a detenerse cuando vuelves a *Icaris*.

Sabía que los ojos estaban a punto de salírsele de las órbitas, pero es que lo que acababa de entender en ese momento era imposible.

—¿Me estás diciendo que tienes… setecientos años en edad dragón y cuarenta y dos en edad humana? —La mandíbula estaba a punto de caerle hasta el suelo.

—Um… sería una manera de interpretarlo, sí —afirmó con total naturalidad.

—Eso… eso… ¡Eso no viene en el jodido grimorio!

—Hay muchas cosas que no vienen en el grimorio, Nicola, muchísimas.

—Pero… pero tú… tú… —Lo señaló de los pies a la cabeza—. Tú no puedes…

Dragos.

La palabra palpitó en su mente mientras el corazón se le aceleraba.

Él *no* era *humano*.

Era algo… distinto, inclasificable y aun así, viéndolo ahí sentado, no sabía cómo aceptar que no era lo que parecía; un hombre en sus cuarenta.

—Nica…

Levantó la mano pidiéndole un momento porque empezaba a tener verdaderos problemas para respirar.

—Dame… dame un momento… —susurró luchando por llevar aire a los pulmones—. Solo un… momento.

Se levantó al momento, abandonando su silla para inclinarse sobre ella y cogerle la mano.

—Respira… —Su voz se filtró en su mente, en cada una de sus terminaciones nerviosas y pareció ejercer una orden imperial que sus pulmones obedecieron en el acto—. Tranquila. Eso es… Solo respira.

—Es… esto es de locos… —consiguió articular mientras se aferraba a esa mano—. Esto es… demasiado para procesar ahora mismo… Necesito un minuto.

—Primero concéntrate en respirar… —insistió y eso fue lo que hizo.

—Lo siento… —musitó.

—No hay nada que tengas que sentir, nada de esto es culpa tuya, soy yo el que lamenta no poder explicarte las cosas de otra manera —admitió y lo escuchó visiblemente afectado—. Lo

último que quiero es lastimarte…

Sacudió la cabeza y respiró hondo de nuevo.

—Creo no equivocarme al decir que eres de las pocas personas que conozco que no me ha lastimado… —admitió en voz alta—. Te preocupas por mí más que… mucha gente.

Bajó la mirada sobre sus manos unidas y dejó escapar el aire poco a poco. El tatuaje con la impronta asomaba ahora bajo la manga del jersey.

—Markus Jeson apareció esta mañana en el zoo… —mencionó a sabiendas que era un cambio de tema radical, pero aun así también daba sentido a lo que le daba vueltas ahora mismo en la cabeza—. No… no lo esperaba, solo apareció allí, hablándome como si me conociera. Solo se quedó unos minutos, apenas intercambiamos unas palabras, pero… Cuando se fue me di cuenta que me había equivocado, que la primera impresión que tuve de él al verle en ese monitor, no era real. Él se mostró preocupado por Lisa, por lo que había hecho y cómo eso me había afectado. Se disculpó en nombre de los dos, dijo que sus faltas eran suyas, aun cuando la única que metió la pata fue ella.

—Es su pareja, su compañera, siempre será su primera prioridad y su mayor preocupación —asintió Asher mirándola ahora a los ojos—, del mismo modo en que tú eres y siempre serás la mía. Es lo que significa esta marca, el reconocimiento de nuestra otra mitad, el regalo más importante que nos hace el destino. Es parte de nosotros, desde que nacemos sabemos que esa otra mitad está ahí fuera y vivimos para encontrarla… para conocerla y atesorarla cuando al fin estemos frente a frente.

—Pero mis errores son míos, Asher, no tuyos —replicó queriendo señalar lo evidente—. Si yo soy la que mete la pata, la responsabilidad de eso es mía.

—Sí, así es. Pero al mismo tiempo, si esa metedura de pata afecta a algo más grande u otro pilar, por ejemplo, ya no sería solo cosa tuya, sino mía, porque tú perteneces a mi clan, a mi familia y yo soy el responsable final de cada uno de sus miembros frente al mundo —explicó.

Clan. Esa era la palabra clave, pensó.

Respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Todo suena demasiado arcaico y muy confuso… —resopló y añadió—. La verdad es que esperaba que Markus Jerson fuese un auténtico imbécil para que Lisa no me hubiese hablado de él, para que no hubiese mencionado siquiera que tenía una relación o que se había casado, pero… creo que es un tipo decente. Un gilipollas, pero decente.

—Dado que este es un asunto que obviamente os atañe a esa bruja inútil y a ti, me abstendré de opinar al respecto.

Lo miró de soslayo y sacudió la cabeza.

—¿Por qué te cae tan mal? —preguntó curiosa—. Es posible que no sea la más brillante en su campo, pero Lisa no es inútil.

—Yo tendría mis dudas al respecto, pero… —Negó con la cabeza—. Mira, todo lo que puedo decirte al respecto, es que Lisara, Markus y yo tenemos una historia en común, una que se inició en el mismo instante en que esa… bruja… se metió dónde no debía. Sus actos estuvieron a punto de costarnos muy caros a todos, pero sobre todo a ella. —Y de todas las respuestas que podía esperar, esa no era una de ellas—. Podría hablarte de ello y lo haré si así lo deseas, pero… creo que es algo que deberías escuchar de boca de ella.

Sus palabras la dejaron un tanto preocupada. Lisa podía haber metido la pata y Nicola estar todavía enfadada con ella, pero era su amiga, lo había sido durante muchos años y eso pesaba lo suficiente como para desear darle una segunda oportunidad. Sabía que tenía que hablar con ella, que ambas necesitaban sentarse y hablar de todo, pero para poder hacerlo necesitaba que su mente estuviese en condiciones de afrontar dicha reunión.

En estos momentos se sentía bipolar, pues por un lado quería arrancarle la cabeza a esa loca por lo que le había hecho, pero al mismo tiempo sabía que cualquier otro la perdería en el instante en que quisieran joder con su amiga.

—Necesito… empezar a asimilar todo esto, porque siento que voy a enloquecer si no lo hago —admitió—. Ya no sé qué tengo que creer, qué es verdad y que mentira…

—Si te sirve de ayuda, puedes estar segura de que todo lo que salga de mi boca cuando esté junto a ti será la verdad más absoluta —le dijo acunándole el rostro con una mano—. Un *dragos* jamás miente a su pareja.

Lo miró a los ojos y vio que estaba convencido de esas palabras.

—¿Lo dices en serio?

Asintió con la misma rotundidad.

—Puedo elegir qué decirte o qué callar, pero jamás te mentiré —aseguró con una tierna sonrisa antes de acariciarle los labios con el pulgar—. Y ahora, si ya has terminado de jugar con la comida, ¿qué te parece si pasamos al postre?

Sonrió, no pudo evitarlo, a pesar de todo, ese hombre, dragón o lo que fuera, tenía la facultad de hacerla sentirse segura y a salvo cuando el mundo no dejaba de girar a su alrededor.

—Pasemos al postre.

CAPÍTULO 24

Asher no podía dejar de mirarla. Estaba embobado con ella, la había observado detenidamente durante el postre, viéndola tomarse su tiempo para comer, disfrutando cada bocado con cuidado. Casi podía ver también la tormenta de emociones que giraba en su cabeza y que se reflejaba en sus ojos azules, esta había ido in crescendo desde el momento en que sus preguntas empezaron a obtener respuestas.

Habían hablado durante toda la cena e incluso durante el postre. Podía ver como Nica intentaba asimilar lo que le decía, así como su propio esfuerzo para hacer preguntas y escuchar las respuestas.

Ella era toda una novedad para él, compartir su tiempo de esta manera con la mujer, disfrutando de su compañía, escuchándola hablar por el placer de hacerlo… El deseo seguía presente, podía olerlo incluso en ella, pero ambos parecían estar conteniéndose para saber más el uno del otro.

Quería conocerla de esta manera y que ella le conociese a su vez.

—A ver si lo entiendo —mencionó cuando compartían un café en el sofá—. Los *vejestorios*, que son los alfas de los otros cuatro gremios *dragos* y parte del consejo que os rige, te presentaron un ultimátum y tú decidiste enseñarles el dedo corazón reclutando a los exiliados de sus propios clanes para crear el tuyo.

—Ese sería un buen resumen —admitió sorbiendo su café.

—¿Y toda esa gente es la que ahora se aloja en los terrenos de uno de los antiguos establos de la zona de Southlands? —preguntó—. ¿En lo que llamas el *Refugio*?

—El nombre se lo han puesto ellos, pero sí —afirmó con sencillez—. Son buenas personas, la mayoría demasiado jóvenes para estar solas en un mundo como este y sin guía. Ninguno de ellos ha hecho nada malo, no son traficantes, ladrones ni asesinos, no había un solo motivo por el que no pudiesen formar parte de un clan…

—Perdona que te diga esto, Asher, pero tu sociedad apesta —replicó ella de manera categórica, entonces añadió con una mueca—. Y lamentablemente se parece demasiado a la mía. Los humanos no son mucho mejores en ese sentido…

—No, no lo sois —asintió con su habitual franqueza—. Pero vuestra sociedad está dispuesta a cambiar, a renovarse para no quedarse obsoleta o morir, quizá no lo hagan con la

celeridad que deberían, pero se lo plantean. El consejo de *dragos* no lo hace, no hay más ley que la suya, equivocada o no.

—Tú formas parte de ese consejo y sí has hecho algo al respecto —le recordó ella—. A veces solo hace falta que una persona de el primer paso y muestre que hay otro camino que seguir. Tú se lo has mostrado a esa gente, les has dado lo que sus propias familias les negaron por el simple hecho de ser diferentes, por no ser… perfectos a ojos de sus líderes. —Sacudió la cabeza—. Como si la perfección existiese siquiera…

No podía estar más de acuerdo con ella en esa última afirmación.

—Creo que les haría bien conocerte… —mencionó llamando su atención—. Tienes una manera de ver la vida que podría resultar beneficiosa para *nuestro* clan.

—No estoy segura de como una simple humana como yo puede resultar beneficiosa para unos individuos que, presumo, me doblan o triplican la edad y ya no hablemos de conocimiento.

Sonrió ante la expresión que apareció en su rostro.

—No vas a dejar pasar el tema de la edad, ¿eh?

—Todavía intento digerirlo —admitió con un resoplido—. No quiero pensar mucho en ello porque mi cabeza no da para más ahora mismo, pero… No, no voy a ir por ahí. Ahora no.

Se rio, no pudo evitarlo. Esa espontaneidad, la sinceridad con la que se expresaba era refrescante para él.

—Me gustaría que considerases el venir al refugio, el conocer a nuestro clan —pronunció en voz alta, dando vida a sus propios deseos, unos que ni siquiera era consciente que había albergado hasta ese momento—. Quiero enseñarte mi nuevo hogar, el nido que quiero compartir contigo.

—¿Nido? —Preguntó y acto seguido arrugó la nariz. La mirada en sus ojos pasó de la incomprensión a la comprensión en tan solo un latido—. Ah, ya. Así es como llamáis a vuestra casa, el lugar que elegís compartir con… vuestras parejas.

—Es una manera de decirlo, pero para nosotros, para los *dragos*, es mucho más que eso —admitió—. Es un símbolo de estabilidad, de vida y también de futuro. Puedes poseer muchas residencias a lo largo de una vida, pero solo un nido porque ese nace aquí. —Se llevó la mano al pecho—. Y vayas dónde vayas, siempre estará contigo.

—Eso es a lo que yo llamo hogar —mencionó ella y su rostro empezó a ganar color—. El lugar que construyes junto a la persona a la que amas, la que te importa, con quién deseas iniciar un futuro…

—Acabas de describir un *nido* —le sonrió—. Y es lo que quiero contigo.

La manera en que abrió un poco más los ojos, el creciente sonrojo en sus mejillas y su automático nerviosismo le dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Vas un poquito rápido, ¿no crees? —lo acusó, pero esta vez fue incapaz de mirarle a la

cara al decir aquello y se escudó detrás de su taza de café.

—Algunos dirían que me lo estoy tomando con una calma pasmosa —aseguró y acabó por encogerse de hombros—. Eres mi pareja, es el curso normal de los acontecimientos.

Al menos para él lo era, pero estaba ante una hembra humana, una mujer cuyo mundo había saltado por los aires.

—Lo que tú consideras normal está lejos de mis baremos, Ash —replicó ella con un profundo suspiro—. Sé que no puedo huir de esto, empiezo a darme cuenta de ello, pero eso no quiere decir que pueda aceptarlo sin más. —La vio resbalar los dedos sobre la marca de la *impronta*—. Necesito algo más que esto como comienzo, yo necesito conocerte por mí misma, a través de mis ojos y que tú me conozcas a mí y quiero poder hacerlo a mi ritmo, sin sentir que me ahogo si no estás cerca. Yo tenía una vida antes de que tú aparecieses en ella, una que me gustaba y aunque sé que ya nada será lo mismo, que deberé hacer algunos ajustes, quiero recuperarla, quiero… encontrarme de nuevo a mí misma, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —admitió y fue sincero. Dejó la taza sobre la mesa y la cogió de las manos —. Soy consciente de que mi llegada ha puesto tu mundo patas para arriba. Solo quiero formar parte de esa vida, Nica, de quién eres y si para hacerlo debo darte tiempo y espacio, lo haré. Salgamos como una pareja humana, tómate tu tiempo para conocerme y deja que yo te conozca. Pero ten en cuenta también una cosa, no soy ni seré nunca humano, puedo tener su apariencia y comportarme como uno, pero soy *dragos* y debes saber que siempre actuaré como tal en lo que a ti respecta.

—¿Y eso significa?

—Que me va a resultar muy difícil sacarte las manos de encima —aseguró tocándole ahora el rostro y acercándose a ella para acariciarle los labios—, que no puedo garantizarte que no quiera besarte —Lo hizo al momento. Un beso breve, pero intenso—, que quiera estar cerca de ti, sentirte u oír tu voz. —Bajó la boca ahora sobre su cuello y le mordisqueó la piel—, pero intentaré comportarme y darte todo lo que necesites. Lo prometo.

—Creo que podré acostumbrarme a ello —admitió con un suave suspiro, entonces se apartó de él lo justo para poder mirarle a los ojos—. Solo… dame algo de tiempo y espacio para… pactar con lo que hay en mi cabeza y… todo en general.

—El que necesites —aceptó y añadió—. Aprenderé a ser paciente, a darte lo que necesites, Nica, esta es una carrera de fondo, no es necesario ser el primero en llegar, solo… hacerlo juntos.

—¿Siempre sabes que decir en cada momento?

Se rio ante sus palabras y negó con la cabeza.

—La verdad es que nunca sé que decir cuando te tengo cerca, así que me limito a ser sincero —aseguró y le acarició el rostro con las manos—. Y siguiendo con la sinceridad… Me gustaría mucho que te quedases conmigo esta noche, pero aceptaré lo que decidas.

—Quiero quedarme… —respondió mirándole a los ojos—. No hay nada que desee más en estos momentos.

—Bien.

Ninguno necesitó decir nada más durante el resto de la noche, pues la pasión se encargó de hablar por ellos.

CAPÍTULO 25

A la mañana siguiente…

—Buenos días, cariño.

Nicola sintió como esas palabras la acariciaban como si fuesen las manos que habían recorrido su cuerpo durante toda la noche. Se encontró con la intensa mirada verde de su amante y sonrió.

Se había despertado sola en la cama y había remoloneado un rato, disfrutando del aroma impregnado en ellas, el del hombre que ahora encontró trasteando en la cocina. Fue directa hacia él, como si se viese atraída por un enorme imán y reclamó el beso que prometían esos labios.

Señor, ¿alguna vez se cansaría de sus besos? No lo creía.

Estaba perdida. Era un hecho. Ese hombre la había atrapado en su red. La hacía sentirse segura, especial, incluso querida y no pudo evitar pensar en que sería muy fácil enamorarse de él.

Amor.

¿Había estado enamorada de verdad alguna vez?

Desde luego nunca había sentido lo que ahora, la conexión absoluta con ese hombre, la paz que encontraba a su lado, no solo entre sus brazos, sino al estar junto a él, sentados tomándose un café o charlando de nada trascendental después de haber disfrutado de sus mutuos cuerpos. Oh, Asher sabía cómo hacerla suplicar y ya no digamos gritar. Era un amante espléndido, imaginativo y sobre todo generoso, cosa que había demostrado una vez más en esas horas antes del amanecer.

Y por extraño que pareciera, por muy loco que fuese, se sentía bien a su lado, como si al fin hubiese encontrado el lugar en el que debía estar.

Hizo un verdadero esfuerzo por dar un paso atrás, lo miró y acto seguido le echó un vistazo a la mesa puesta para el desayuno. Café, zumo de naranja, tostadas, queso, mermelada e incluso esos bollos de chocolate que había traído a casa la mañana anterior.

—¿Has dejado algo en la nevera? —Se burló.

—Da gracias a que no tengo que cocinar —aseguró y señaló la mesa—. Siéntate. Desayunamos con tranquilidad y luego te dejo en tu casa antes de irme a la oficina.

—Gracias —aceptó—. Tengo el tiempo justo para cambiarme y salir para el trabajo. Hoy tengo turno de mañana y tarde.

—¿A qué hora sales?

Se encogió de hombros.

—Lo sabré cuando vea los cuadrantes —afirmó cogiendo una tostada—. Es posible que a las ocho ya esté fuera.

—¿Cenamos, entonces? —sugirió sentándose con ella—. A menos que tengas tiempo para comer conmigo.

—Repito. Lo sabré cuando vea los cuadrantes —repitió dándole un mordisco a la tostada —. Ayer hablé con mi jefa y me pidió que fuese por la mañana, que tendría ya algo libre para mí. Como han tenido que cambiar los turnos en mi ausencia, no tengo la menor idea de cómo de liada estaré hoy o a dónde nos toca ir. Supongo que nos tocará alguna de nuestras empresas del centro, pero no lo sabré con seguridad hasta ver los turnos.

Y esa era la verdad. No lo estaba evitando, aunque suponía que podría interpretarse de esa manera, pensó.

—¿Te parece si te llamo y te confirmo si estoy libre para comer?

—Me parece —asintió y algo cambió en sus ojos, casi parecía contento con su respuesta—. Y sé lo que estás pensando…

Enarcó una ceja ante esa inesperada afirmación.

—¿Vas a decirme ahora que también puedes leerme la mente?

—No, pero tu rostro es de lo más expresivo —aseguró con una traviesa sonrisa—. Tienes tu jornada laboral, tus propios compromisos y como dije anoche, estoy dispuesto a darte el tiempo y el espacio que necesites, pero…

—¿Pero? —repitió en su mismo tono.

—Soy un *dragos* recién emparejado, todo en mí tira en una sola dirección. —La señaló como respuesta—. Y esa dirección cada vez me gusta más, así que… Es inevitable que quiera pasar tanto tiempo como pueda contigo. Aunque también soy un hombre adulto, sensato y que cumple lo que promete, así que me conformaré con echarte de menos y torturar a Ren cuando me aburra.

—Pobre Ren.

—Sí, pobre Ren.

Nicola se lo quedó mirando. ¿Acababa de hacer un puchero? ¿Ese hombre adulto y sensato que cumple sus promesas? No pudo evitarlo, se echó a reír, una risa auténtica, de pura diversión.

—Ay, Ash, eres de lo más mono cuando te enfurruñas —aseguró entre risas—. Adorable, en serio.

—No te burles… —resopló y ella solo pudo sonreír en respuesta.

—Siempre podemos volver a quedar el fin de semana, sin trabajo, sin compromisos… —sugirió y a medida que decía aquello sentía que sí, que lo deseaba más que nada.

—Hoy es martes, Nica.

—Lo sé —afirmó y no pudo evitar poner los ojos en blanco ante el fastidio en su voz. ¿De verdad se había enfurruñado porque todavía le quedaba media semana por delante—. Y tú trabajarás toda la semana, me imagino.

Aquello pareció hacerlo reflexionar y acabó resoplando al tiempo que asentía.

—Sí, tienes razón —admitió e hizo una mueca—. Y va a ser una semana jodidamente larga.

Sacudió la cabeza y tras respirar hondo se volvió a ella con esa calma que ya conocía en él.

—Lo siento —se disculpó—. Me he puesto en modo *dragosiano*, ten un poquito de paciencia conmigo.

—La tendré si tú también la tienes conmigo —replicó llamando su atención—. ¿Hay trato?

—Hay trato, cariño, hay trato —afirmó dedicándole esa media sonrisa que tiraba de la comisura de sus labios—. Solo recuerda que si me necesitas…

—Estarás al alcance de mi mano… —Nica usó sus propias palabras, obteniendo un asentimiento por su parte. Entonces añadió—. Y yo de la tuya.

No lo decía por decir, sabía que era así, era una certeza que había nacido en lo más hondo de sí misma y que se iba haciendo más fuerte con cada minuto que pasaba a su lado. Bajó la mirada sobre el tatuaje que asomaba bajo la manga del suéter y la retiró un poco para ver cómo había empezado a adquirir un tono azul más intenso, iridiscente en algunas partes. La tinta negra del diseño original parecía diluirse poco a poco para dejar paso a esa mezcla de azules. Resbaló la punta del dedo sobre las líneas y sintió como si esa caricia se replicase también en su alma.

—Está cambiando… —murmuró y en su fuero interno se dijo que no era lo único que estaba mudando de forma, ella misma estaba cambiando por dentro.

—Se está asentando —corroboró él mirando en su dirección—, pronto se asentará del todo.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—Poco a poco, Nica —le dijo él con suavidad, como si una vez más le hubiese leído el pensamiento o hubiese visto estos reflejados en su rostro—. Empecemos con hoy y ya veremos a dónde nos lleva el mañana.

Asintió y volvió a bajar la manga sobre el tatuaje.

—Sí, será lo mejor.

Cogió su taza de café recién hecho, aspiró su aroma y le dio un pequeño sorbo para disfrutar del comienzo de ese nuevo día y de la compañía del hombre que estaba frente a ella.

Poco a poco, Nica, se dijo a sí misma mientras prestaba atención a lo que le decía su pareja, *solo ármate de valor y enfréntate al futuro que te espera.*

Y para ello tendría que empezar a poner de nuevo en orden su vida y hacer las paces con las personas que formaban parte de ella y a las que seguía queriendo tener en su futuro.

CAPÍTULO 26

Dos semanas después…

Lo último que esperaba Nicola ver cuando llamó al timbre, era al hombre gloriosamente desnudo, a excepción de una diminuta toalla en torno a sus caderas, que abrió la puerta llenando el umbral.

—Vaya, pero si es la *dragoncita.* —Markus Jerson la recorrió con la mirada, sus labios curvados en una perezosa y traviesa sonrisa—. ¡Lis! Nicola ha venido a verte. Ponte algo encima.

Si no estuviese tan asombrada se habría echado a reír, pero lo cierto es que no le salían ni las palabras.

—Adelante, querida. —La invitó a pasar—. Lisara está en la cocina. Os dejaré para que podáis charlar con tranquilidad.

Con esa última acotación y tras esperar a que diese un paso adelante, deteniéndose en el recibidor, cerró la puerta detrás de ella y se marchó por dónde había venido. Entonces, casi al mismo tiempo Lisa apareció terminando de secarse las manos en un trapo de cocina.

Con el pelo castaño atado en una coleta, shorts y camiseta, la chica parecía mucho más joven y sobre todo guardaba incluso un mayor parecido con ella. Solo las mechas rubias que ahora atravesaban el color marrón de su pelo rompían esa similitud.

—Nica… —Se detuvo en seco, las manos retorciéndose en el trapo como si no supiera si dar un paso hacia delante o quedarse allí.

—Él me invitó a pasar —mencionó señalando con un dedo en dirección al pasillo—. Y… creo que… me ha dejado muda.

Su amiga dejó escapar un pequeño suspiro de visible alivio y caminó hacia ella con esa coqueta sonrisa que tan bien conocía en sus labios.

—Suele provocar esa sensación en la gente, sobre todo cuando abre la boca…

«¡Lo he oído, Lis!».

La voz llegó de manera ahogada y la mirada asesina que apareció en los ojos de la chica

antes de que girase la cabeza como una cobra en aquella dirección, casi la hace reír.

—Ignórale. Yo lo hago la mayor parte del tiempo.

Una carcajada masculina las siguió mientras Lisara la conducía a la cocina, dónde no dudó en cerrar la puerta para mantener así un poco de privacidad.

—Así que… ¿él? —mencionó mirando a su amiga.

La chica dejó escapar un largo suspiro y asintió.

—Él —afirmó y añadió—. Markus Jerson, alfa *licanio* de Alaska y líder del *Pilar Licania* es… es el imbécil de mi compañero. Mi marido, si nos ceñimos a términos humanos.

Lo expresó con tal resignación que a punto estuvo de soltar una carcajada, pero la mirada agobiada de su amiga lo impidió.

—Entiendo.

Sabía que tenía que decir algo más, que para eso había venido, pero no sabía cómo abordar las cosas, no cuando tenía tantos frentes abiertos.

Había tomado la decisión de venir a verla de manera repentina, sin pensarlo siquiera y el detonante había sido su misma ausencia. Sacar el teléfono del bolso de manera automática y pensar en llamarla para contarle la loca jornada que había tenido en el trabajo la dejó paralizada al darse cuenta que ya no podía hacerlo, que las cosas no eran como lo habían sido hacía casi tres semanas.

Y no había sido lo único que había cambiado, que se había visto obligada a poner en pausa para priorizar su propia salud mental. Lidiar con todo lo que tenía en la cabeza por sí misma era una enorme batalla y con el paso de los días empezó a ser más y más consciente de que no podía hacerlo sola.

A pesar del tiempo y el espacio que le pidió a Asher, se encontró necesitándole, deseando hablar con él, escuchar su voz y fue toda una hazaña el conseguir limitarse tan solo a mantener conversaciones telefónicas o videollamadas. Se habían juntado para comer un par de veces por semana, habían compartido alguna que otra cena y los dos últimos fines de semana los habían pasado en el piso de él dando rienda suelta a la pasión que hacía acto de presencia en el mismo instante en que estaban juntos. Sin embargo, esos encuentros no se limitaban solo al sexo, compartían comidas, paseos, risas y sus conversaciones habían empezado a hacerse más profundas. Ahora compartían partes de sus respectivas vidas, haciendo partícipes el uno al otro de sus gustos, de sus logros y sus fracasos. Su pareja estaba poniendo todo de su parte para que se conocieran, incluso había tenido ocasión de saludar de nuevo a Ren las veces que había comido con su jefe e intercambiado algunas conversaciones con su hermana Sophie, cuya franqueza le sacó los colores en más de una ocasión. La mujer *dragos* era directa como una bala, pero también cálida y paciente, gracias a ella había obtenido respuestas a cosas que no se había atrevido a preguntarle a su pareja.

Pero más allá de las nuevas relaciones, de la gente que estaba llegando a su vida, de lo que empezaba a sentir con respecto a Asher, estaba Lisara, la mujer en la que había confiado todo lo que era, quién había sido su hermana en muchas más formas que Alison y que, a pesar de su metedura de pata, de todo lo que le había ocultado, seguía siendo una pieza importante en su vida. Una que necesitaba recuperar.

Nica era consciente de que ya no podía seguir negando el mundo que se abría ante ella, pues hacerlo no hacía sino contribuir a su confusión, así que se esforzó en aceptarlo e intentar entenderlo en la medida de lo posible. No era fácil, pero sabía que no podía seguir dándole la espalda a la vida, así que había enfilado la calle en la que vivía su amiga y antes de poder echarse atrás, llamó a la puerta.

—Hay café recién hecho, ¿quieres una taza? —mencionó Lisa rompiendo el incómodo silencio que había caído entre ambas.

La miró fijamente y dejó que las palabras salieran solas de su boca con esa pizca de ironía.

—Solo si no haces levitar las tazas… —replicó lo que hizo que la mujer la mirase con otros ojos—. Todavía estoy acostumbrándome… a todo esto.

El lenguaje corporal de su amiga cambio por completo, asintió y sin pensárselo dos veces, estiró la mano para coger la suya y apretársela con suavidad.

—Nada de tazas que levitan, lo prometo —dicho eso la soltó y señaló—. Perdona el lío, tengo la cocina manga por hombro. No esperaba… visitas.

O lo que era lo mismo, no esperaba que *ella* viniese a verla.

—Él tampoco, ¿no? —murmuró bajando el tono de voz, como cuando solían hacerse confidencias.

Lisa se inclinó hacia ella, bajando también el tono y respondiéndole con la misma complicidad.

—A Markus le daría lo mismo si quién estuviese del otro lado de la puerta fuese la mismísima reina de Saba, seguiría en pelotas —le dijo poniendo los ojos en blanco—. Es de naturaleza nudista.

Se sostuvieron la mirada durante unos instantes y ambas se echaron a reír por lo bajo, conteniendo a duras penas la sonrisa.

—Dios… pensé… pensé que nunca volvería a hacer esto… que tú no… —La chica negó con la cabeza y sacudió la mano—. No importa. Yo, me alegro que… estés aquí.

—Me costó lo mío animarme a venir —admitió sincera.

—Lo sé y lo entiendo, Nica —aseguró y acto seguido añadió—. Markus me dijo que te había visto hace unas semanas, que te había conocido, de hecho… Espero que no dijese nada que te molestase, él… Ese hombre no tiene filtros. Casi lo mato cuando me lo dijo. Quería llamarte, pero dijo que era mejor que te diese tiempo y… —Hizo una pausa, se encogió de hombros y

añadió—. Nica, yo siento mucho lo que…

—¿Por qué no me lo dijiste? —La interrumpió, pero no lo hizo con brusquedad, ni de manera acusatoria, solo dio rienda suelta a su curiosidad—. Entiendo que todo lo que eres en realidad sería difícil de explicar, tanto o más como lo ha sido y está siendo asimilarlo, pero… No sé, al menos podías haberme dicho que habías conocido a alguien o qué se yo…

—No te haces una idea de la de veces que quise decírtelo, pero hacerlo era hablarte de otra parte de mí, de cosas que iban a escapar a tu entendimiento y de muchas de las estupideces que he cometido como… bruja.

—Lisa, ahora mismo sigo lidiando con cosas que escapan a mi entendimiento y no es fácil, nada fácil —admitió y añadió con un ligero encogimiento de hombros—, y quizá lo hubiese sido, lo sería ahora, si todavía pudiese contar con mi mejor amiga…

Esa afirmación hizo que los ojos de la chica se nublaran por la aparición de las lágrimas.

—Sabes que siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase y joda a quién joda —afirmó con voz temblorosa, haciendo un verdadero esfuerzo por controlarse.

—Pero… No más secretos —la apuntó con el dedo—. Todo esto ya es demasiado… chungo así como está, no… no puedo afrontar más de lo que tengo ahora mismo encima, en serio. No más mentiras, no más hechizos y no más secretos.

Ella asintió y señaló la mesa.

—Siéntate, traeré el café.

Lisa le puso una taza delante y se sentó con otra.

—No más secretos —corroboró a sus palabras y tras decir aquello miró hacia la puerta cerrada de la cocina—. Es curioso, ¿sabes? Esas fueron las mismas palabras que me dedicó Markus el día en que me reclamó como su compañera. Si no lo hubiese hecho, ahora mismo no estaría sentada aquí, estaría muerta y no podría culpar a nadie más que a mí misma de ello.

Volvió a mirarla y añadió.

—Eso fue también en parte por lo que no podía decirte que él existía o que tenía pareja, porque hacerlo sería confesar algo que… que prometí no desvelar —mencionó y añadió—. Pero dado que ahora estás con Asher… supongo que ya no importa y… y quiero que lo sepas, porque no quiero tener más secretos con mi *hermana*.

Sus palabras no hicieron más que confirmar que había tomado la decisión correcta al venir, que esto era lo que tenía que hacer, lo que ambas tenían que hacer para dejar atrás lo que las había separado.

—¿Él te trata bien?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Es una de las pocas personas a las que parezco importarle por el simple hecho de ser yo —admitió tanto para ella como para sí misma—. Él es… extraño en muchas formas y

abrumador, pero también es encantador y tierno. Y paciente, mucho más de lo que jamás pensé que podría serlo alguien. Y…

—¿Y no tienes idea del por qué te gusta tanto, de por qué sientes que el mundo se te viene encima o se te acelera el corazón con tanta rapidez que podría salírsete del cuerpo, sobre todo cuando es alguien a quien apenas conoces?

Abrió la boca con intención de decir algo, pero todo lo que pudo responder fue un rotundo:

—Sí. Eso y mucho más.

Lisa sonrió y levantó su taza en un mudo brindis.

—Bienvenida a mi mundo, Nica, ahora ya sabes lo que significa en nuestro mundo tener una pareja o lo que es lo mismo, encontrar a tu otra mitad —afirmó su amiga con un suspiro—. No es racional y si del todo inesperado, te sientes bipolar algunas veces y al principio… al principio es como estar subida en una jodida montaña rusa.

Y esa era sin duda una muy buena descripción de todo lo que le estaba pasando a ella.

—El *dragos*, er… Asher —Se corrigió e hizo una mueca antes de añadir con sinceridad—. Él es un buen tío. Es un hombre cabal y sobre todo justo, no podrías haber encontrado a nadie mejor… Pero que sepas que si repites lo que te acabo de decir en voz alta, lo negaré todo.

No pudo evitar sonreír ante la rotundidad de su afirmación.

—Supongo que a esto es a lo que se refería él al decir que los tres teníais un pasado en común.

Lisa la miró.

—¿Te lo contó?

Negó con la cabeza.

—Dijo que era algo que solo podías contarme tú…

Algo pasó por sus ojos, pero fue demasiado rápido como para poder darle nombre.

—¿Lo que te he contado sobre mi familia? —mencionó mirándola a la espera de su confirmación—. Todo eso era verdad, solo que omití algunos matices.

—¿Cómo por ejemplo?

—Mi abuela es la líder del aquelarre de la Columbia Británica y la matriarca de las *magikae*. Es quién rige sobre el Pilar de las brujas y es una auténtica zorra.

Bueno, eso sin duda era un matiz importante a tener en cuenta, pensó Nica.

La rabia en la voz de su amiga jamás había sido tan palpable como ahora. Sí, jamás había habido cariño en su voz cuando hablaba de la mujer que supuestamente la había criado, pero hasta ahora no había notado semejante… odio.

Todo lo que sabía de la señora Huntington era que no se parecía en nada a las abuelitas de los cuentos, que era severa, exigente y la cabeza de familia de una poderosa familia a la que Lisara pertenecía, de la que era heredera de hecho. El poder que esgrimían era considerable, pero

ahora empezaba a pensar que este no tenía que ver tanto con el dinero y sus propiedades como con quién era en realidad.

—Ya sabes que ella fue quién me crio tras la muerte de mis padres, intentó moldearme a su imagen y semejanza, el problema radica en que yo no soy como ella, no tengo sus aptitudes para la hechicería… Soy un auténtico desastre, esa es la verdad.

—No me había dado ni cuenta.

Lisa hizo una mueca y la miró visiblemente avergonzada.

—Mil perdones por eso, Nica.

Agitó la mano restándole importancia y la invitó a seguir.

—Ya sabes lo que opino sobre ser la heredera del clan Huntington —continuó con un resoplido—, pero todo palidece ante la realidad de lo que significa ser «heredera» de un clan de brujas, de este clan en concreto. Crecí escuchando cómo los *dragos* nos habían quitado esto, nos habían robado aquello, lo peligrosos que eran para las brujas, básicamente los convirtieron en los hombres del saco. —Hizo una pausa y añadió con visible sarcasmo—. Pero los Lux eran los peores de todos, los despiadados *dragos* de luz que habían echado a nuestros antepasados de *Icaris* y se habían quedado con lo que nos pertenecía por derecho; *el valle de las brujas.*

Frunció el ceño al escuchar aquello.

—Pero, ¿*Icaris* no les pertenece a los *dragos*? Ellos… es su lugar de nacimiento —mencionó recordando las explicaciones de Asher.

—Y ahí es dónde radica la primera de las más grandes mentiras con las que crecí —afirmó Lisara—. *Icaris* les pertenece, sí, pero, ¿sabes quién lo creó?

Negó con la cabeza.

—Una bruja Huntington. La primera *magikae* del clan, mi antepasada… y también la de Asher.

—¿Cómo? —Aquello no estaba en su fuente de información.

—La primera bruja era la pareja del alfa de los Lux —respondió e hizo una mueca al añadir—. Algo que descubrí cuando intenté matar… a tu pareja.

—Espera, espera, espera… —Levantó la mano pidiendo tiempo muerto—. A ver, despacito, que mi cerebro procesa las cosas de aquella manera. ¿Estás diciendo que Asher y tú compartís un antepasado común? ¿Y que ese antepasado es una bruja?

Lisara asintió con la cabeza.

—Sí, esa fue también mi cara cuando me enteré —admitió su amiga con un suspiro—. O más bien, mi cara cuando tuve tiempo de pensar en las cosas con calma y empecé a ver como todas las mentiras iban cayendo por su propio peso. Verás, mi abuela siempre me contó la misma historia, de hecho es la única que se conoce en todo el pilar primigenio. En ella la primera Huntington había sido engañada por un Lux, secuestrada y violada, obligada a entregarle el valle

que había creado después de quedarse embarazada de él, para proteger a la brujita que llevaba en su vientre. Ella habría creado *Icaris* para nuestro pueblo, para protegerles de los Lux y el resto de los gremios que querían hacerse con el poder, con nuestra magia y gobernar sobre las *magikae.*

Sacudió la cabeza con energía y soltó un resoplido.

—Mentiras, mentiras y más mentiras —añadió con un bajo siseo—. Durante años y años no escuché otra cosa, crecí con esa historia, me inculcaron el odio hacia los *dragos*, ya sin importar a qué gremio perteneciesen, pero sobre todo hacia el heredero de los Lux. Me recordaron una y otra vez que sería la heredera que lideraría a los aquelarres, la que las liberaría de una vez del miedo que suponían esos lagartos… Mi abuela me machacó, me machacó y me machacó hasta que creí todas y cada una de sus palabras, hasta convertirme en su peón y cometer el acto más estúpido de todos.

Nica estiró el brazo sobre la mesa y le cogió la mano, podía ver como temblaba, sin duda prisionera de sus propios recuerdos.

—Estoy aquí —le dijo y Lisa la miró con esos ojos similares y al mismo tiempo distintos a los suyos.

—Hace algo más de un año conseguí entrar en Icari —le dijo al tiempo que le ceñía los dedos—. Mi misión era infiltrarme en el fiordo, el territorio de los Lux y asesinar al líder, a su alfa y reclamar las tierras en nombre de mi aquelarre.

Nicola no pudo evitar estremecerse al entender lo que eso significaba. El estómago se le encogió y el corazón empezó a latirle de manera acelerada. De repente la envolvió una sensación de desasosiego, una negativa colgando ya de su lengua y que retuvo a duras penas.

Asher estaba bien, había hablado con él esa misma mañana y Lisara estaba hablando en pasado.

—Me envió a mí porque soy la última descendiente, del mismo modo en que el Lux es el último de su línea. Solo yo puedo acceder al Icari, pero no supe nada de eso en ese momento, no vi la verdad, estaba ciega a todo lo que no fuese el hacer que mi abuela se sintiese orgullosa, que por fin me viese, que al fin me valorase… —Sus palabras no le cogieron por sorpresa. Sabía que Lisa siempre había estado resentida por eso, que deseaba algo que nunca había obtenido de esa mujer, la pizca de cariño que lo hubiese significado todo para ella—. Se suponía que debía ir allí, recitar un conjuro para el que me había estado preparando toda mi vida adulta y que le arrebataría su poder al heredero de los Lux y me lo transferiría a mí. Ni que decir tiene que todo salió mal, pero que muy mal… Tan mal que estuve a punto de cargarme a Asher, el fiordo y el maldito *Icaris.* Para detenerme… tu pareja hizo lo que tenía que hacer. Debería haberme matado, me lo merecía por imbécil, pero eso al parecer ya lo estaba haciendo el hechizo. Me ancló, lo mismo que te hizo a ti cuando yo casi te frío el cerebro… Si es que no puedo ser más tonta, joder.

Sacudió la cabeza y continuó.

—Solo que él no me podía anclar a sí mismo, yo no era su pareja, de hecho, yo ya tenía un compañero, solo que él se había negado a reclamarme… —Hizo una mueca y continuó—. Me ancló al fiordo. Y lo demás… si te digo la verdad es bastante confuso en mi cabeza. Solo sé que Markus estaba allí, que me gritaba como si no hubiese un mañana. Creo que vi lágrimas en sus ojos, pero… ¿Ese capullo llorando? Ni aunque le des con un martillo en el dedo gordo del pie. Lo próximo que supe es que tenía su impronta en el pecho, que estaba viva y que Asher me quería hacer pedacitos.

Cogió su taza de café y le dio un largo trago, como si necesitase del líquido para continuar.

—Icaris me mostró toda la verdad —continuó ahora en voz baja, casi como si estuviese reviviendo aquel recuerdo—. Los vi, a mi antepasada y a su pareja. Vi su amor, el amor por sus hijos. Hijos Lux, los nuevos *Señores de la Tormenta*, unos *dragos* bellísimos, poderosos y amados por su madre y por su padre de igual modo. Todo era mentira, mi antepasada había creado el *Icaris* para ellos, para su familia, para los dragos que sí eran perseguidos por nuestros clanes, por los propios humanos. Quería darles un lugar en el que pudiesen ser libres y vivir en su forma primigenia. El valle no es nuestro, nunca lo fue… y no lo será jamás. No mientras ese dragoncito tuyo esté al mando.

Respiró hondo y levantó la cabeza.

—Mi abuela… —continuó—. ¿Sabes lo primero que me dijo cuando regresé? ¿Cuándo Markus me llevó a casa? —Se lamió los labios y escupió—. *«Estás viva»*. Y oh, sí, justo después de eso me dijo. *«Hueles a fracaso»*.

—Hija de la gran puta… —No pudo evitar sisear ante sus palabras.

—Sí, estaba viva y además era un fracaso, por no hablar del hecho de que conocía la verdad existente bajo las mentiras que había contado y que aún encima me había unido a un *licanio* —resumió con goteante sarcasmo—. Solo le faltó ponerme un lacito y entregarme a Markus. Aunque puede que lo hiciera al proclamar nuestro vínculo y bendecir nuestra unión, la muy zorra… —Hizo un verdadero esfuerzo por controlarse—. Total. Que acabé en la puerta de ese chucho imbécil demasiado pagado de sí mismo después de que mi clan me diese la patada, pues ya no pertenecía a las *magikae*, solo para que el señor decidiera que la mejor manera de darle la bienvenida a su pareja era gritarle de nuevo su propia estupidez y prohibirle volver a poner un pie fuera de casa.

Lisa se distrajo un momento acariciándole la mano con el pulgar al tiempo que sus labios se curvaban en una perezosa sonrisa.

—Me largué esa misma noche —aseguró con una mueca—. Y pasé la semana más horrible de toda mi vida, deseando morirme a cada rato o que viniese él y me matara. Creo que conoces los síntomas… Fiebre alta, malestar general, vómitos…

—Um… sip —afirmó con una mueca propia—. Gracias por avisar a Ash, por cierto.

Los labios de su amiga se estiraron en una sonrisa.

—Alégrate de no estar vinculada a un lobo, cariño, solo te diré que… no salí de su cama en varios días —musitó y sus mejillas se volvieron cada vez más rojas—. Después de eso… discutimos, creo que es lo que mejor se nos da, follar y discutir.

—Lisa…

Se encogió de hombros y añadió.

—Es la verdad —aseguró con un resoplido y continuó—. La cosa es que la discusión se salió de madre, yo estaba muy, pero que muy cabreada y… Digamos que le piqué en el orgullo y me dijo algo como *«¿Quieres irte? Pues ahí tienes la puerta. A ver lo que duras»*. —Se mordió el labio inferior y resopló una vez más—. Duré casi un año y solo porque ese mentecato quería darme una lección.

Le ciñó la mano y la miró.

—No seas tonta, Nica, quédate con Asher, inténtalo con él, porque la alternativa es pasarlo realmente mal —admitió ella—. Y no merece la pena.

Se inclinó para delante y le cogió ahora la mano entre las dos suyas.

—Y la fiesta… —resopló—. Esa fue otra enorme metedura de pata de mi parte. Sinceramente, pensé que no pasaría nada, que simplemente tanto las *magikae* como los *licania* se quedarían con un palmo de narices cuando me viesen… O más bien, te viesen a ti, llegar sola. No tenía la menor idea de que mi abuela no tenía la más mínima intención de asistir a la fiesta de los Pilares, ya no digamos el no enviar siquiera representación. Y lo mismo con los *licania*. Lo sepas o no, tu presencia esa noche y la manera en que te condujiste, ha evitado una posible disputa entre dos poderosos clanes.

Enarcó una ceja ante esa información.

—No sé si sentirme honrada o darle con algo en la cabeza por meterme en semejante lío —admitió con una mueca.

—Debías ser tú —aseguró con inesperada firmeza—. Siempre supe que debías ser tú la que se presentara esa noche en la fiesta, aunque no entendí el por qué hasta que vi la marca de imprimación en el brazo. Icaris me lo advirtió, que todo saldría bien una vez él te encontrara… Solo que no sabía que *«la pareja del último Lux»* serías tú.

—¿Cómo que todo saldría bien?

Ella miró hacia atrás y bajó el tono de voz.

—Cuando Asher me ancló a *Icaris*, la vi, a mi antepasada, no solo sus recuerdos, estuvo allí y me susurró algo al oído —le susurró—. Me dijo que llegado el momento sabría que hacer, que enviaría a la pareja del último Lux al lugar en el que él la estaría esperando.

Parpadeó seguido mientras esas palabras se hundían en su mente.

—Lisa, ¿te mato ya o espero a que me sueltes alguna cosa más? —acabó respondiendo con un pequeño jadeo. Empezaba a costarle respirar de nuevo. ¡Mierda!

—¿Perdón?

Puso los ojos en blanco ante la manera en que se disculpó esa loca.

—¿Cómo es posible que no me diese cuenta de nada de esto? —resopló pensando en todo lo que le había dicho? ¿Cómo pudo pasar todo sin que te notase algo? Yo… yo ni siquiera me di cuenta, Lisa.

Ella sacudió la cabeza y dejó ir su mano cuando tiró de ella.

—Porque yo no estaba aquí por aquel entonces, Nica —le recordó—. ¿Recuerdas aquel congreso del que te hablé en las Maldivas? ¿La perra con suerte?

Se la quedó mirando con la boca abierta.

¿Cómo podía haber olvidado aquello? Se había pasado media semana llamándola *«perra con suerte»,* incluso la había acompañado a comprarse unos bikinis y unos pareos. Lisa había estado fuera dos semanas completas. Apenas habían intercambiado algunos mensajes y un par de llamadas, pues ella no quería molestar a su amiga, pero…

—Me trajiste un puto imán —recordó y la apuntó con un dedo acusador—. ¡Lo tengo en la nevera!

—Y es de las Maldivas, lo juro —afirmó con rotundidad—. Lo compré allí… después.

—La madre que te…

Se la quedó mirando sin saber que más decir, intentando asimilar lo que le había dicho. Muchas cosas empezaban a cobrar sentido, pero también surgieron más preguntas, algunas de las cuales creía conocer ya la respuesta.

Sacudió la cabeza para intentar despejarse y dijo lo primero que le vino a la mente.

—Recuerdo que estabas… rara… —admitió y entonces jadeó—. Espera… ¡Nada más volver estabas fatal! Me dijiste que habían pillado un gripazo tremendo y… Joder.

—Sí, eso mismo. Joder —afirmó ella.

Nicola sacudió la cabeza una vez más y se limitó a mirarla, a verla de verdad, por quién era realmente la mujer que estaba sentada delante de ella.

—Eres una bruja.

—Lo soy —asintió.

—Estás… casada con un chucho.

—Yep.

—Y yo me he emparejado a un dragón.

—Sí, señora.

—Mierda.

—A raudales, ya lo sabes —afirmó.

Se miraron la una a la otra durante un largo momento, entonces Nicola suspiró.

—Estoy… decepcionada y muy frustrada contigo, no te mentiré al respecto, pero… lo entiendo, Lisa, creo que ahora al fin entiendo el motivo por el que lo hiciste… —murmuró y la señaló de nuevo—. Que conste que me va a costar un poquito superar lo que le has hecho a mi cabeza, pero… eres demasiado importante en mi vida como para no perdonarte y dejar esto a un lado —admitió—. Eres mi mejor amiga, siempre has sido un poco loca y particular, pero lo acepté, porque es quién eres, así que… también aceptaré que eres bruja y que estás casada con un nudista en potencia.

—Esa te la compro —aseguró riéndose por lo bajo.

—Pero, por favor, nada de hechicería, magia o trucos de *Abracadabra* conmigo, ¿queda claro?

—Te lo prometo por lo más sagrado, Nica —le dijo al tiempo que le tendía la mano por encima de la mesa—. Nunca más.

Miró su mano tendida y la aceptó.

—Te he echado de menos, hermanita —aseguró Lisa y supo que decía la verdad.

—Yo también —afirmó ciñéndole los dedos, entonces bajó un poco la voz y se inclinó hacia delante para decirle—. Ahora, ¿me explicas en que punto estás con el bombón nudista? Es para saber si tengo que cortarle los huevos o darle una palmadita en la espalda.

Su amiga se rio entre dientes y asintió.

—Reconciliación —asintió con el mismo tono de voz—. Una… lenta y caliente reconciliación.

Durante la hora que pasaron las dos solas en la cocina, ambas volvieron a ponerse al día y Nicola fue más consciente que nunca de lo mucho que había echado de menos a esa brujita loca en su vida.

CAPÍTULO 27

Una semana después…

—¿Estoy a tiempo de dar media vuelta?

Asher sonrió, le colocó la bufanda y la besó en los labios.

—Demasiado tarde, cariño —susurró contra sus labios—. Ya saben que estamos aquí.

Suspiró y asintió.

—Vale. Valor y al toro… o al *dragos*.

Se rio entre dientes y la mantuvo cerca de él. Nicola se había convertido en su otra mitad, en la mujer que le aportaba calma, paz y hacía que por primera vez disfrutase de cada uno de sus días. En este lento, pero satisfactorio camino que estaban recorriendo juntos estaba aprendiendo a ser paciente, a darse a sí mismo y hablar de cosas que nunca había compartido con nadie; ni siquiera con Ren o con Sophie.

Nicola le hacía sentir completo, disfrutaba tan solo con estar en su compañía, charlando o viendo una película. A estas alturas empezaba a conocerla bien, a saber que le gustaba y lo que no, a comprender e interpretar sus silencios o sus miradas. No era capaz de imaginarse un futuro sin ella, su vida estaba al lado de esta mujer y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que la hiciese feliz.

—Solo sé tú misma, Nica, no tienes que hacer nada más —le aseguró—. Esto no se trata de un examen, sino de conocer a la familia.

—hacer un examen sería mucho más sencillo —le dijo con un mohín—. Pensé que estaba lista para esto, pero… ahora me tiemblan hasta las rodillas. Y eso que la idea de venir a pasar aquí el fin de semana ha sido mía.

Sí, lo fue y para él supuso tanto una sorpresa como un granito de esperanza para el futuro. Quería tenerla de una vez por todas bajo su techo, dormir con ella, despertase cada mañana a su lado sin que ninguno tuviese que salir corriendo o tener que andar dejando prendas aquí y allí.

Ese deseo era parte de él, de lo que era y no veía la hora de que se hiciese realidad.

Sabía que esa inusual petición tenía más que ver con todas las concesiones que había hecho por ella que a un verdadero deseo de conocer su nuevo hogar. Pese a ello, tal y como lo veía, el

que su pareja estuviese aquí y ahora era un regalo en sí mismo.

Sophie, la cual había aceptado ser su beta, le había dicho en varias ocasiones que lo mejor que podía hacer era dejar que su chica avanzase a su propio ritmo. Las dos mujeres se habían caído bien y, por sorprendente que le resultase, las había visto charlar alguna que otra vez como si se conociesen de siempre.

Ren le había asegurado que Nicola había conquistado no solo a su hermana, sino también a él. La joven humana era mucho más de lo que parecía a simple vista, algo que él mismo ya había visto.

Así que había seguido el consejo de la *dragos* y se había esforzado por adaptarse al ritmo más pausado de Nica.

—Tranquila —la abrazó—. Yo estoy justo aquí, al alcance de la mano.

—Lo sé —admitió devolviéndole el abrazo y relajándose contra él—. La verdad es que el lugar impresiona —mencionó moviéndose para mirar a su alrededor—, la zona es muy bonita y parece tranquila.

—Agradecerás la tranquilidad cuando veas lo bulliciosos que pueden llegar a ser algunos miembros del clan —le dijo con sinceridad—. A otros quizá no llegues ni a verles hoy… Y también los habrá que se estén preguntando por qué te retengo aquí y no les permito conocerte.

Ella enterró la cara en su pecho y se rio.

—Estoy atrapada —murmuró—. De un modo u otro no me libraré, ¿verdad?

—Nop.

—Entonces, vamos —Lo empujó un poco y él se dejó apartar solo para cogerla de la mano y besarle el pulso allí dónde comenzaba el tatuaje de su *impronta*.

Este prácticamente se había completado, el tono iridiscente le recordaba al color de sus propias escamas, apenas quedaban unas líneas oscuras y no podía esperar a que estas desaparecieran y el vínculo se fijase para siempre.

—No habría podido haber pedido a nadie más especial que tú para completar mi vida —Se encontró diciéndole—. Eres todo lo que siempre he deseado, incluso más, Nicola.

Ella le miró y esos bonitos ojos se encontraron con los suyos. En ese momento lo supo, amaba a esa mujer, una emoción que nunca había experimentado, que no había nacido en él hasta que la vio sobre él, gritándole.

Se había enamorado de su pareja y supo instintivamente que aquello no era más que el principio.

—Estoy jodido —añadió y acto seguido señaló hacia la casa—. Como dije, ya saben que estamos aquí.

Ella se giró y se tensó un poco al ver las personas que habían salido al porche. Si les hubiese pedido expresamente que lo hicieran, posiblemente no habría acudido ni uno, pensó.

—¿Lista? —le susurró al oído.

—Tanto como puedo estarlo —admitió relajándose al momento.

—Pues vamos —le enlazó la cintura con el brazo y la guio hacia la entrada de la casa—. Dejadme que adivine —añadió en voz alta hacia las personas allí reunidas—. Se ha roto algo, se han acabado los cereales, Oscar ha vuelto a romper el cristal de una ventana o mi favorito, Mary os ha puesto a todos a trabajar en alguna cosa por tocarle las narices.

—Casi aciertas, hijo, casi aciertas.

Asher sonrió con sorna y miró al hombre que salía por la puerta acompañado de la pequeña Sinna.

—¿Y bien? ¿Habéis venido al fin los dos?

Miró a Nica, la cual había clavado los ojos en el hombre. La manera en que lo miraba le dijo que se había percatado al momento de su invidencia.

—Cariño, él es el hombre más interesante que conocerás. Después de mí, claro —le dijo de modo que ambos escuchasen—. Aiden, aquí te traigo a Nicola, mi pareja.

Ella lo miró y asintió, entonces lo dejó allí para acercarse al hombre y tomarle de la mano.

—Soy Nicola —le dijo ella—, y es un auténtico placer conocerle.

El anciano *dragos* dirigió sus ojos invidentes hacia ella y sonrió ampliamente.

—Bienvenida a casa, querida —le dijo dándole una palmadita en la mano, entonces levantó la cabeza y dirigió sus ojos hacia dónde había escuchado su voz—. No ha sido una ventana, Asher, ha sido una de las puertas acristaladas —le informó arrancándole una mueca—. Mary está cambiándola ahora mismo. Y todavía hay cereales, pero no estaría mal que trajeses algunas frutas y vegetales, los niños necesitan una alimentación equilibrada…

—Los niños prefieren el chocolate, Aidan —mencionó Lester, quien estaba en compañía de Lena. La joven *dragos* miraba a Nicola con curiosidad, al igual que Sinna.

—Incluso yo prefiero el chocolate —mencionó su mujer atrayendo la mirada de los chicos, cosa que hizo que se volviese entonces hacia él con mirada interrogante.

—Doy fe de ello —afirmó y se encaminó hacia ellos—. De acuerdo. Lester, que Aiden te dicte la lista de lo que hay que traer. Te toca ir a la compra.

—¿De verdad? —Abrió los ojos como platos—. ¿Eso quiere decir que me dejarás conducir?

—No. —Fue categórico mientras sacaba las llaves de su propio vehículo del bolsillo—. Lo hará Lena y tú traerás las bolsas. —Le entregó las llaves a la chica—. Al supermercado de siempre. Ida y vuelta, ¿entendido?

—Sí, alfa —pronunció ella con voz rasgada, una de las muchas cicatrices que le habían quedado previas a la expulsión de su clan. Por lo que había podido averiguar Sophie, la joven había sufrido tal paliza que era un milagro que hoy por hoy siguiese con vida. Solo era una niña,

una cría para los estándares *dragosianos* y la habían expulsado por no ser capaz de volar. Había nacido con un defecto en sus alas que le impedía alzar el vuelo, pero eso no la convertía en un deshecho, no para él.

Durante el tiempo que llevaba en el Refugio, la chica había demostrado tener más cabeza que otros miembros adultos del clan, así que confiaba en su buen juicio para realizar estas pequeñas tareas, las cuales también servían para demostrarles a los chicos que confiaba en ellos.

—Bien —asintió y se detuvo lo justo para saludar a la tímida Sinna—. Hola, cariño.

—Hola, alfa —lo saludó con esa renuente sonrisa, reprimiéndose aún a usar su nombre.

—Nica, esta señorita es Sinna —se la presentó a su pareja—. Es la catadora de cereales oficial del clan.

—Quizá puedas recomendarle algunos a la señorita Nica, Sinna —añadió el anciano, quién solía pasar más tiempo que nadie con la niña—. Tiene pinta de que le gusten los cereales.

—Me encantan, sobre todo los que tienen miel —replicó Nicola y se acercó a la niña, aunque procurando también mantener cierta distancia con ella—. Hola, Sinna. Es un placer conocerte.

Asher fue consciente de ese pequeño gesto con la nariz que le indicaba que estaba olfateando el aire. Sin duda tenía que estar captando su aroma en la mujer.

—Eres… *ella* —musitó la niña—. Eres… tú de verdad.

Nica parpadeó y se volvió hacia él en busca de una respuesta, pero no podía dársela porque ni él sabía de qué hablaba la niña.

—Pues claro que es ella, tonta —chasqueó Lester mirando también a Nicola—, es la pareja del alfa.

—Y tú el tonto del pueblo… —musitó Lena en voz tan baja que casi pasa desapercibida.

—Te he oído.

La chica se limitó a ignorar a su amigo al tiempo que Sinna, ajena a ese intercambio, hacía algo que sin duda los desconcertó a todos; se cogió de la mano de Nicola.

—Bienvenida a casa —murmuró la chiquilla y, sin mediar palabra con nadie, se volvió entonces hacia él y le cogió también de la mano para luego conducirlos a ambos al interior del Refugio.

Su hogar, comprendió entonces Asher, el de todos ellos.

Esa misma noche…

—No es… No es como me esperaba…

Nicola escuchó su propia voz aquella misma noche mientras disfrutaba de la terraza del *nido* de Asher. Se había burlado de ella cuando le preguntó si se atrevía a dejarle salir solo al balcón. Por supuesto acabó arrastrándola con él al cómodo banco en el que llevaban ya un buen rato sentados para disfrutar de la tranquilidad del lugar y una taza de chocolate caliente. Allí no había ruidos de la ciudad, la oscuridad no resultaba asfixiante y juraría que incluso le pareció escuchar algún animal nocturno.

Nada en aquel lugar había sido ni remotamente como había pensado que sería. Ni el sitio, ni su gente. No sabía muy bien que esperaba que conformase un clan de dragones, pero lo que encontró fue personas de varias edades con las que había compartido la comida, con quienes había hablado o paseado, todas ellas con distintas inquietudes y alguna discapacidad que no mermaba en absoluto su desempeño a la hora de hacer su vida o ayudar a los demás.

Sinna la había tocado, la había cogido de la mano e incluso se había sentado cerca de ella en varias ocasiones, algo que le había dicho Asher era casi un milagro.

Cada una de esas personas habían sido expulsadas de su propio hogar, traían en sus mochilas traumas e historias que en muchos casos ni siquiera habían visto la luz, pero que aquí, en este lugar, intentaban sanar.

Y el responsable de ello era el hombre que los trataba como a iguales, que reconocía su valía, que sabía cuándo permanecer un paso atrás y dejarlos actuar o dar un paso adelante para ofrecerles un brazo en el que apoyarse.

Lo supiera o no, Asher ya era para ellos un miembro más de ese clan, no solo su líder, sino uno de ellos, un miembro de esa increíble familia.

—¿Y qué te imaginabas? —le preguntó él mientras le acariciaba el pelo, algo que solía hacer cuando estaban juntos de esta manera—. Déjame adivinar. ¿Algo así como una fraternidad universitaria?

—Bueno, la verdad es que sería una descripción bastante acertada —admitió ella echándose a reír—. Pero no. La verdad… No estoy muy segura de lo que me esperaba, pero… ahora sé que si hubiese estado en su misma situación, este es el lugar en el que me gustaría que me acogieran, en el que querría estar.

—Y eso sí que no me lo esperaba yo —admitió él y ladeó la cabeza para así poder verle el rostro—. Pero me alegra saberlo. De verdad.

Nica echó un vistazo hacia atrás, a las puertas francesas que daban al balcón y que formaban parte del corazón de la casa. Era una vivienda completa e independiente y aun así formaba parte del resto de la construcción principal. Esta era la casa de Asher, su *nido*, el hogar en el que quería instalarse algún día y ahora que lo había visto entendía mucho mejor el por qué.

Este lugar olía a hogar, se sentía como un sitio seguro y al mismo tiempo cálido y

agradable, por primera vez se había permitido a sí misma pensar en el futuro, en lo que sería compartir su vida con el hombre que ahora la abrazaba y más que vértigo, había sentido un cosquilleo en el estómago.

Se había acostumbrado a él, a su presencia, a cómo la hacía sentir. Disfrutaba de sus charlas, escuchándole hablar de su vida, de cómo había sido hasta que ella se cruzó en su camino. Se había abierto a él, completamente, haciéndole partícipe de momentos de su vida que no había compartido con nadie más. Deseaba estar a su lado y no solo durante unos días, no como algo finito sino durante mucho tiempo.

Él era suyo, su otra mitad, ¿cómo no iba a enamorarse de ese hombre? ¿De alguien capaz de anteponer a otros antes que a sí mismo? ¿De perdonar a una bruja que irrumpió en su fiordo, su lugar de nacimiento para destruirle y arrebatarle lo que era suyo?

Asher Turquen no era el tipo serio, irónico y despreocupado que muchos de los suyos creían que era, esa era su coraza, su fachada, una que escondía un corazón generoso.

El destino los había unido por una razón y no dudaba que era para que ninguno de los dos tuviese que seguir caminando solo.

—Gracias por traerme, por compartir conmigo un trocito de tu vida —le dijo volviendo a mirarle—. Y gracias por no haberte suicidado ese día…

—Yo no… —Se detuvo y frunció el ceño mientras ella sonreía traviesa—. Si alguna vez llego a correr peligro de esa manera, espero que estés ahí para recatarme… siempre.

—Haré todo lo que esté en mi mano —aseguró antes de acurrucarse de nuevo contra él y admitir en voz alta—. ¿Ash?

—Dime.

—Me gusta. Nuestro *nido*.

Él se quedó en silencio durante algunos segundos, entonces la ciñó más contra él y la sorprendió con un beso íntimo en el cuello.

—Esperaré por ti el tiempo que haga falta, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —admitió revolviéndose hasta que quedaron cara a cara—. Y no es necesario que esperes más. Yo… estoy aquí, ahora y seguiré estándolo mañana. Y pasado y el día después de ese y…

No la dejó seguir pues la besó.

—Solo di para siempre, mi Nica —murmuró pegado a sus labios—. Solo di que te quedarás junto a mí para siempre.

—Para siempre, mi *dragos*, para siempre.

Se besaron, respiró en su boca y jadeó cuando notó un inesperado ardor en su brazo y luego en el pecho.

—Qué… —jadeó y se apartó para subirse la manga y ver como su tatuaje mostraba unos

tonos intensos, como si hubiese sido dibujado ahora con diminutas escamas iridiscentes. Ya no había una sola pizca de negro en él—. Ash…

—El vínculo se ha fijado —dijo resbalando un dedo sobre la marca en su brazo—, al igual que lo ha hecho el mío. Nuestras almas ya son una sola… para siempre.

—Oh… —musitó y sintió alegría por ello y calidez.

—¿Nica?

—¿Sí?

—¿Sabes cuando se fijan la impronta en una pareja?

—Dijiste que con el tiempo…

—Sí, el tiempo que lleva a un corazón aprender a latir al unísono con el de su otra mitad —le dijo con suavidad—. Al enamorarse de aquel o aquella destinado a ti.

Se apartó para mostrarle su propia impronta fija ahora sobre su antebrazo.

—El mío te reconoció al momento, supo que siempre serías tú y solo tú y ahora late al unísono con el tuyo —aseguró mirándola a los ojos—, porque te quiero, mi vida, ahora y siempre.

Sus palabras la acariciaron, la hicieron vibrar y le trajeron unas inesperadas lágrimas a los ojos.

—Te quiero, Ash —pronunció y había algo liberador en esas palabras—, y deseo quererte para siempre.

—Me ocuparé personalmente de que jamás dejes de hacerlo, mi dragoncita. Lo prometo.

Y lo haría, porque su dragón de luz siempre le decía la verdad.

EPÍLOGO

Tiempo después…

Ni todas las palabras, ni todas las descripciones posibles podían compararse con la realidad.

El fiordo de *Icaris* era un paraíso terrenal, todo el valle parecía vibrar ahora con la presencia de las míticas criaturas que surcaban los cielos, se zambullían en el agua o disfrutaban

tomando el sol. Los había de todos los tamaños y colores, de distintas formas, pero Asher había estado en lo cierto, no eran del tamaño de un edificio, aunque algunos eran lo bastante gigantes como para arrancarle el aliento.

«Bienvenida a mi hogar, amor mío».

La voz de su marido resonó en su cabeza, algo a lo que todavía se estaba acostumbrando, al igual que lo hacía a la presencia de la formidable bestia que permanecía de pie sobre sus cuatro patas a su lado.

Levantó la cabeza y se encontró con un ojo verde con motas doradas con una oscura pupila sesgada en un rostro de forma poliédrica con un morro alargado lleno de dientes y también preciosas escamas en varios tonos de azul y aguamarina. Había algunas más oscuras que otras, como sombras que daban forma a sus facciones. Tenía unos duros cuernos, dos pares a cada lado de la cabeza y una fila más al final de la cola. Sus alas eran enormes, suaves y cálidas, con los mismos tonos de las escamas que le recorrían el enorme cuerpo, pero lo que más le había llamado la atención, al punto de atreverse a tocarlo, eran los penachos que le salían por detrás de los cuernos, de espeso pelo que en cierta forma le recordaban un poco a la melena de un león. Su blancura contrastaba con los colores azules y aguamarina de sus duras y grandes escamas.

Deslizó la mano sobre esas durezas, encontrando unas frías al tacto y otras tibias y sonrió como una niña que no acaba de creerse que esté tocando un ser tan maravilloso.

Después de algunas horas luchando consigo misma para no hiperventilar, batallando con la fascinación y el miedo, con las ansias de tocar algo tan hermoso como mortífero, consiguió que su mente dejase de dar vueltas sin control y calmarse lo suficiente para disfrutar de esta maravillosa experiencia.

Sí, puede que Asher no fuese del tamaño de un edificio en aquella forma, pero era al menos del tamaño de dos caballos grandes juntos. Su cabeza a duras penas le cabía en los brazos y sus alas, ya había comprobado que podían escudarla como una enorme sombrilla. ¿Y esas enormes garras? Había tenido una de sus patas delanteras entre las manos y se había caído de culo a pesar de que él estaba totalmente inmóvil.

El dragón que estaba parado a su lado era magnífico, lo más hermoso que había visto en toda su vida y era suyo, todo suyo.

—Es precioso, Ash —respondió en voz alta a su bienvenida—. El fiordo es como un pedacito de paraíso y… y tú.. Tú… ¡Tú eres el dragón más alucinante que he visto en toda mi vida!

Escuchó la risa masculina en su mente al tiempo que veía surgir de esos grandes ollares una neblina blanca y fría.

«Así que el dragón más alucinante, ¿eh, amor?».

Asintió sin duda alguna.

—Y con diferencia —aseguró apoyándose en él, allí donde le había enseñado, pues su cuerpo estaba más caliente y observó a su nueva familia, a su clan, que disfrutaban después de mucho tiempo de la posibilidad de recuperar sus formas primigenias.

—Los protegeremos… —murmuró totalmente decidida—. Nadie los lastimará de nuevo. Nadie volverá a expulsarles de su hogar. Ahora son parte de nuestra familia y dejaré que te comas a quién intente herirles.

«¿Lo prometes, mi dragoncilla?».

Levantó la cabeza y estiró el brazo tatuado para tocar esa enorme cabeza que se había vuelto hacia ella.

—Lo prometo, amor mío.

Él asintió en su mente y cerró ese ojo reptiliano antes de estirar el cuello y levantar la cabeza hacia el cielo para contemplar a sus dragones, porque este era el clan de los *dragos* Lux y lo sería hasta el final de los tiempos.

—Ve con ellos —le dijo y se apartó de modo que pudiese dejarle espacio para moverse sin miedo a golpearla—. Te esperan.

«Algún día volarás conmigo».

Se echó a reír y acto seguido respondió categórica.

—Nop. Hoy no, al menos.

Él volvió a reír en su mente y acto seguido hizo algo parecido a soplar por la nariz, lo que dejó caer sobre ella una nube de fríos cristales que la envolvió durante unos segundos. Entonces, sin previo aviso, ese magnífico dragón se lanzó al fiordo en picado antes de abrir las alas y ascender como un relámpago. Su rugido retumbó por todo el fiordo, respondido por cada uno de sus dragones.

Nicola se sentó sobre aquella enorme piedra desde la que podía apreciar todo el territorio y a su amado dragón y disfrutó de una visión que solo existía en los sueños.